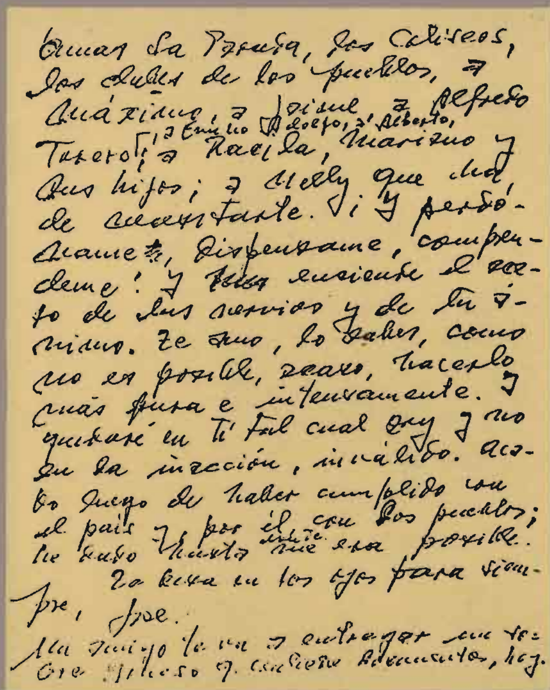
III

ANTOLOGIA GENERAL DE LA PROSA EN EL PERU

DE 1895 A 1985



EDICIONES EDUBANCO

ANTOLOGIA GENERAL DE LA PROSA EN EL PERU

DE 1895 A 1985

TOMO III

III

ANTOLOGIA GENERAL DE LA PROSA EN EL PERU

DE 1895 A 1985

Prólogo, selección, notas y epílogo de
ENRIQUE BALLON
Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Groupe de Recherches Sémio-linguistiques (Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales) du Centre National de la Recherche Scientifique de France
Seminario de Poética del Instituto de Investigaciones Filológicas de la Universidad Nacional Autónoma de México

dirección general de la Antología:
ALBERTO ESCOBAR

FUNDACION DEL BANCO CONTINENTAL PARA EL FOMENTO DE LA EDUCACION Y LA CULTURA

EDICIONES EDUBANCO

Impreso y hecho en el Perú / Printed and made in Peru
Lima, 1986

Diseño Carátula: Carlos A. González

Incarrí vuelve, y no podemos menos que sentir temor ante su posible impotencia para ensamblar individualismos quizá irremediablemente desarrollados. Salvo que detenga al Sol, amárrándolo de nuevo, con cinchos de hierro, sobre la cima del Osqonta, y modifique a los hombres; que todo es posible tratándose de una criatura sabia y resistente.

José María Arguedas (1956)

La prosa narrativa peruana del siglo XX

Si comparamos someramente la producción de los discursos narrativos peruanos en lo que va de este siglo, pronto a concluir, con aquella de los siglos anteriores, caeremos de inmediato en la evidencia de su diseminación, es decir, de la proliferación narrativa en una serie de prototipos discursivos casi inéditos, una verdadera deflagración narrativa ocasionada ciertamente por los cambios sociales de los cuales ella misma es el registro.

Pero creemos que es importante en esta irrupción narrativa tan diversificada, además del factor indicado, señalar la participación de otros dos factores incentivadores: en primer lugar, la expansión y profundización de los métodos actuales empleados por las ciencias naturales y las ciencias sociales. Particularmente estas últimas han recuperado —para cumplir con sus propios fines documentales, analíticos, etc.— discursos narrativos antes menospreciados o por lo menos abandonados, a lo que se agrega la aparición de ciertos 'modos narrativos' especiales, cada vez más rigurosos al exponer, describir y explicar sus respectivos objetos de conocimiento.

Un ejemplo de la vasta recuperación de los discursos producidos por nuestra sociedad, emprendida en los días que corren por las ciencias sociales, ha sido presentada en los dos primeros volúmenes de la antología, al incluirse varios textos poco conocidos; en este tercer tomo se compren-

den algunos discursos narrativos obtenidos de la gran tradición oral costeña y andina, así como de etnoliteratura selvática, motivo del entusiasta interés de los antropólogos, semióticos, etnohistoriadores y lingüistas que aportan su concurso para investigar ese campo olvidado de la producción narrativa nacional. Los textos elegidos no son, entonces, sino una breve y hasta diríamos enteca muestra de la inmensa labor de recojo, traducción y estudio de la narrativa oral peruana hecha hasta ahora, muestra que, en nuestro propósito, quiere ser también una invitación a los lectores para que contribuyan en la medida de sus posibilidades a evitar la desaparición (y hasta, lamentablemente, destrucción) de estas valiosas expresiones de la pluricultura nacional.

En cuanto a las distintas prosas narrativas propias de las ciencias naturales y sociales aplicadas en el Perú, éstas requieren para ser apreciadas correctamente de iniciaciones propedéuticas especiales, ajenas a los fines de nuestra antología. No hemos querido, sin embargo, dejar en blanco ese extenso e imprescindible campo de ejercicio intelectual y así hemos decidido dar una idea directa de la evolución y debate de, a lo menos, una ciencia social: la historia. A través de los discursos narrativos —descriptivos y explicativos— de cinco historiadores nacionales (Riva Agüero, Porras, Valcárcel, Basadre y Macera) podrá apreciarse a la par de la evolución teórico-metodológica de esa disciplina, el enfoque interpretativo de nuestra realidad histórica, en lo que va del siglo. Integra esta rápida visión de la narrativa histórica, la sección que hemos dedicado a algunas muestras de memorias y testimonios donde, al mismo tiempo de incluir la prosa de ciertos intelectuales y artistas (Belaúnde, Sánchez, Sabogal, etc.), se consideran textos igualmente destacables para la plena apreciación de la cultura popular peruana; se trata del testimonio del minero Ferreyro Rojo y de las memorias del cargador cuzqueño Gregorio Condori Mamani y su esposa Asunta.

El segundo factor que interviene en la fragmentación narrativa de nuestra época es, sin duda, la comunicación de masas. La multiplicación de los medios de difusión social de la palabra escrita (la narrativa "de quiosco" es característica del siglo XX, e incluso las ediciones de libros de gran tiraje), ha permitido la circulación en enormes escalas de los discursos narrativos así como el surgimiento de modos narrativos antes poco difundidos. La crónica periodística es un claro ejemplo de las distintas facetas que hoy pone al descubierto la narrativa circulante en diarios y revistas (estas últimas populares o especializadas): crónicas editoriales, deportivas, científicas, de humor, policiales, etc. que cumplen su función capital de información a través de un abanico discursivo bastante amplio. De tal manera que en el apartado correspondiente a este prototipo de prosa narrativa, hemos reunido algunas crónicas variadas, insistiendo a su vez en aquellos autores reconocidos que hicieron de ese modo de narratividad un vehículo de expresión predilecto (Mariátegui, More, Vallejo, Eguren, "Racso", Vargas Llosa, "Sofocleto").

La prosa política —también conocida como "sermón político"— propende igualmente a una difusión en gran escala dado su carácer doctrinal y sus miras dirigidas a conseguir la mayor adhesión ideológica posible entre sus lectores. La prosa política es, pues, una narrativa donde se exponen valores y programas tanto ideológicos (dominantes) como utópicos (dominados, pero enfilados hacia la subversión), según el público al que preferentemente va dirigida. El conjunto de textos seleccionados en esta oportunidad, considera el punto de vista de las principales corrientes políticas peruanas en este siglo, a través de sus más calificados portavoces (González Prada, Riva Agüero, Mariátegui, Haya de la Torre).

Dos apartados (narrativa institucional/desinstitucional) completan la visión panorámica de la prosa narra-

tiva en esta época. Se trata de la literatura institucional u oficial (académica y formal) que, como sabemos, abarca el extenso campo de las llamadas "bellas letras". Los quince textos elegidos (de López Albújar, Valdelomar, Díez Canseco, Alegría, Arguedas, Martín Adán, Ribeyro, Zavaleta, Vargas Llosa, Bryce, Congrains, Reinoso, Scorza, Martínez y Rivera Martínez) no tienen otro fin que ilustrar la narración literaria peruana contemporánea, bajo la perspectiva del fenómeno lingüo-cultural que nos define. Estas narraciones junto con las etnoliterarias y de tradición oral, a pesar de sus variaciones temáticas y estilísticas individuales, prefiguran la ebullición de los discursos peruanos tanto monoglósicos como diglósicos y, el conjunto, la multiglosia generalizada del país. La literatura oficial peruana no es, desde luego, un documento de la realidad lingüística de nuestra sociedad, pero sí su representación elaborada.

Acompañan a esta sección cuatro textos de narrativa infantil, cuyo ejercicio ha sido alentado en los últimos años. Su temática, intenta comprender las regiones en que comúnmente se divide el territorio nacional, costa (Nieri de Dammert), sierra (Carvallo de Núñez) y selva (Izquierdo Ríos). El último texto de este grupo (Ana y Elisabeth Mayer) es un compendio argumental de la vida campesina y citadina peruana.

La prosa narrativa desinstitucional cierra la serie de textos seleccionados para este volumen. Se compone de seis pequeñas muestras de narrativa panfletaria (Hidalgo) y cuatro de narrativa de subrepción (anónima); ambas dan una idea de la prosa marginada y clandestina producida en el país.

Como ya lo advertimos en el prólogo general, para terminar hemos planteado en el colofón de la obra titulado "La producción narrativa peruana: de la academia al graffi-

tti", los criterios de organización seguidos al diagramar esta antología. Allí los antologadores dejamos constancia de los marcos epistemológicos que nos han guiado al componerla y asimismo las reflexiones que la sustentan. Estas reflexiones, además de constatar la visión retrospectiva de nuestra prosa narrativa, intentan alisbar el potencial prospectivo "de otros hechos por venir".

ENRIQUE BALLON

1. LA TRADICION ORAL COSTEÑA

Las tradiciones y leyendas del campesinado, a lo largo de la costa peruana, son producciones literarias orales e *interculturales*. Son narraciones interculturales porque recogen, de un lado, la tradición oral principalmente hispano-árabe y, del otro, las leyendas provenientes de la experiencia social campesina, colectiva y directa.

En este sentido, los relatos del campesinado costeño son ejemplos bastante claros de la llamada *pluricultura peruana*, ya que ellos amalgaman temas y motivos argumentales aborígenes —de influencia andina— con otros procedentes de la migración narrativa europea y latinoamericana. El compendio de seis pequeños relatos [1] que presentamos a continuación, intenta ser un breve panorama de este prototipo de narraciones recogidas en distintos puntos de nuestro litoral: dos de ellas han sido registradas en el Departamento de Piura, la primera titulada *El pueblo de Narihualá* [2] en Catacaos y la segunda, *La barquita misteriosa* [3] en Paita. Del Departamento de La Libertad también tenemos otras dos muestras, *El cerro de la campana* [4] procede de Trujillo y *Las linternas* [5] de Guadalupe (Pacasmayo). Finalmente, *Las islas de Pachacamac* [6] es una tradición proveniente del Distrito de Pachacamac de la Provincia y Departa-

---

(1) Todos los relatos consignados han sido transcritos de Arguedas, José María, Izquierdo Ríos, Francisco, *Mitos, leyendas y cuentos peruanos*, Casa de la Cultura del Perú, 1970, pp. 21-55. Lima.
(2) Informante Néstor Zapata, recogido por Dilma Zapata.
(3) Registrado por Francisca Libaqui.
(4) Tomado por Carlota Linares M.
(5) Transcrito por Edda Horna C.
(6) Recogido por Hortensia Lizárraga.

mento de Lima, mientras que *La pampa del indio viejo*[7] se ubica en la Provincia de Caravelí del Departamento de Arequipa.

Una de las características más comunes a estas narraciones, es ciertamente el empleo que allí se hace de ciertas analogías entre la geografía observada y los objetos de la vida cotidiana (cerro = campana). Tales identificaciones formales demuestran bastante bien, cuando se les describe y compara con otras ajenas, el sistema de valores ideológicos con que los grupos sociales interpretan el mundo en que viven; de hecho, es a partir de esos reducidos núcleos analógicos que progresa la metonimia original, una especie de levadura simbólica que al expandirse da lugar al relato propiamente dicho.

Otro aspecto no menos interesante es el reflejo, en el relato, de las creencias populares. Tal es el caso de la práctica expiatoria para redimir un alma condenada o la atribución de acontecimientos prodigiosos durante los días de Semana Santa. En ambos motivos se trata ciertamente de la influencia del catolicismo en las viejas creencias indígenas, por ejemplo, en *La barquita misteriosa* que es una variante de la leyenda del "Amaru" muy conocida en Lucanas (Ayacucho). Precisamente la migración de los motivos entre los grupos sociales repartidos en el territorio nacional, demuestra a las claras que la cultura popular en el Perú no puede ser concebida de modo estático, sino dinámico. El punto neurálgico de la dinámica de su identidad, aparece a la luz de la evidencia cuando estos relatos campesinos se diluyen en las ciudades, dando lugar a nuevas —más no del todo diferentes— cosmovisiones y sociovisiones.

Tal es, en pocas palabras, la importancia de registrar y estudiar los símbolos de la cultura popular regional hechos discurso. Es allí que la conciencia compartida de los sectores populares se encarna en forma de relatos, cuyo conjunto revela las respuestas colectivas dadas a las necesidades vitales y conceptuales del medio rural y citadino.

ENRIQUE BALLON

---

(7) Transcrito por Alicia Bustamante Moscoso.

EL PUEBLO DE NARIHUALA

A pocos kilómetros de la ciudad de Catacaos existe un pueblecito llamado Narihualá. Este pueblo, según relatos históricos y los restos encontrados, fue poblado por varias tribus. En tiempo en que los tallanes poblaron esta ciudad, vivían formando ayllus que se dedicaban al pastoreo y la agricultura.

Al tener noticias de que el Conquistador Francisco Pizarro se encontraba cerca del pueblo, se llenaron de espanto, y se enterraron vivos, con todas las riquezas que poseían, a fin de que los españoles no se apoderaran de ellas. También dicen que este pueblo tenía un grandioso templo dedicado al culto del Sol, adornado con objetos de gran valor. Entre estos objetos existía una campana de oro; al descubrirla, los españoles se llenaron de admiración; y aumentó más su codicia. Se arrojaron para capturar la campana, pero ella se desplomó, y cayó al suelo, hundiéndose; y no fue posible encontrarla a pesar de los esfuerzos de los españoles. Hoy este pueblo tiene pocos habitantes; y todavía existen paredes de casas antiguas. La iglesia está construida sobre una lomita de tierra, a la cual se le ha denominado el Alto de Narihualá.

Cuentan los pobladores que el día de Viernes Santo sale un indiecito que lleva en la mano derecha un candil encendido y en la izquierda una campana que al tocarla hace gran ruido; y que este día es el apropiado para hacer la búsqueda de los objetos enterrados.

Muchas veces han encontrado sepulcros rodeados de objetos de oro, plata y huacos que contienen dentro gran cantidad de perlas.

Está prohibido por el gobierno y las autoridades apoderarse de estas riquezas aplicando serios castigos a los que desobedecen esta orden.

LA BARQUITA MISTERIOSA

En el Departamento de Piura, como sabemos, se encuentra Cabo Blanco. Dicen que en este sitio ocurrió un caso que hasta ahora se recuerda con mucho temor. Pues cuentan que gentes que se dedicaban a la pesca, en las noches iban en su bote a pescar cerca de Cabo Blanco, pero no volvían nunca más; sólo su barca era devuelta por las olas a la orilla, pero sin la menor seña de algún pobre pescador; desaparecían misteriosamente, como por encanto. Y cuentan que todas las noches aparecía un barquito luminoso a pasearse y navegar; y luego desaparecía en la inmensidad de las aguas. En Semana Santa era cuando los dedicados a la pesca sentían un impulso de irse muy adentro del mar a pescar pero no se volvía a saber nada de ellos.

La esposa de un pescador estaba cierta vez triste y desesperada por la tardanza de su esposo, cuando sintió un inmenso calor en todo el cuerpo y el reflejo tan grande de la luz de aquel barquito; y luego ella quiso huir hacia su humilde hogar, pero se quedó petrificada y una voz débil le dijo: "No habrá más aflicciones para este sitio, pero pido que mañana, que es día de San Juan, arrojen al mar un niño sin bautizar, a las doce de la noche, o si no los hombres que fueron a pescar desaparecerán".

La mujer palideció y prometió hacer lo convenido; la barca desapareció rápidamente. Para esto, todas las mujeres comentaban sobre la voz que había salido de la barca. Y una mujer, haciendo el más grande de los sacrificios, tomó a su hijita en sus brazos; la

niña estaba moribunda, desahuciada por los médicos; y con gran pena arrojó la criatura al mar. Y una luz hizo estremecer a la mujer: era la explosión de aquella barca que según dicen era de un pirata que estaba condenado y que quiso salvarse haciendo desaparecer a muchos hombres; pero sólo un niño sin pecado podía salvarlo y es por eso que desapareció para siempre aquella inmensa pena e inquietud de los pescadores, con el sacrificio de la criatura moribunda. Sin embargo, aún hoy, con mucha timidez, van cerca de ese sitio, para ver si sale la barquita mágica, pero la barquita no se asoma. Y dicen que sólo para Semana Santa sale a las doce de la noche y da terror.

EL CERRO DE LA CAMPANA

Contaba muy pocos años, cuando una de aquellas tardes en que la familia, entre una y otra cosa, hace recaer la conversación sobre temas históricos, leyendas y cosas lejanas que han ocurrido aquí o allá, que yo escuché una historia, una historia que se grabó tanto en mi memoria, que nunca pude olvidar y la cual voy a relatar como yo la escuché entonces:

Hace muchísimos años de este suceso y los españoles aún eran dueños y señores del Perú.

En un cerrito de la Caleta de Huanchaco apareció una Virgen. En ese lugar se levantó una Capilla. Poco tiempo después, y cuando ya la Capilla albergaba a la Virgen, muy cerca se encontró una enorme campana de oro de una belleza divina; llevaba una inscripción que rezaba: "Para la Iglesia de Huanchaco". La noticia se difundió en un momento y llegó hasta Trujillo. Se trató de averiguar su procedencia; pero vanos fueron los esfuerzos porque no se supo nada. Se discutió sobre el destino que se debía dar a la campana; según unos debía quedarse en la Capilla de Huanchaco; pero otros alegaban que no podía quedarse una cosa de tanto valor en una Caleta insignificante; que Trujillo adquiriría mayor atractivo con su catedral adornada por esa campana; además lo mismo daba que estuviera en una Iglesia o en otra. Aceptándose la segunda opinión, y con mucho trabajo, en el cual cooperaron muchos hombres, se trasladó la campana hasta la Catedral de Trujillo. Pero si el transporte fue difícil, mucho más costó subirla hasta la torre y fijarla en las barras donde se debía tañer. Muy cansados y transpi-

rando a cual mejor bajaron los hombres de la torre para contemplar cuán hermosa se veía la Catedral con su nueva y potente campana. Mas el espectáculo no duraría; al día siguiente, y muy temprano, acudieron nuevos curiosos a conocer la campana; pero cuál sería su sorpresa al contemplar la torre vacía y los barrotes de la campana rotos. ¡La campana había desaparecido!

Un mensajero de Huanchaco vino a confundirlos más; pues, la campana se hallaba en el lugar donde la vieron por primera vez. Pero a pesar de este raro suceso, no se conformaron con que la campana se quedara en Huanchaco. E hicieron los preparativos para llevarla nuevamente a Trujillo. Esta vez la encontraron muy pesada y tuvieron que redoblar el esfuerzo y el ingenio para conseguir su propósito. Con todo, sintieron gran satisfacción al contemplar la campana nuevamente en la Catedral donde por segunda vez la admiraron. Se pusieron guardianes para evitar que se repitiera el suceso que días antes los había asombrado. Pero ¿qué sucedió? Quizá los guardianes se durmieron; lo cierto es que al día siguiente, en lugar de la campana, estaban sólo los barrotes rotos.

Esta vez no podrían apoderarse más de la campana; los habitantes de Huanchaco la habían visto pasar por el aire, en vuelo veloz, y clavarse con gran estruendo en un cerro que queda cerca de la Capilla de esa Caleta.

Y ahí está y estará; quien sabe hasta cuando.

A la Virgen de la Capilla se le hace una gran fiesta cada cinco años y se la lleva desde Huanchaco hasta Trujillo. En las vísperas de esta fiesta, cuentan que a las doce de la noche se oyen los tañidos graves y sonoros de la campana; y otros dicen que no sólo por esos días sino todos los días a las doce de la noche se oyen unos toques como si llamaran a misa; que el repique es muy impresionante y extraño.

Esta capilla es notable por su Virgen y porque ahí reposan los restos del Deán Saavedra. Además junto a ella se halla el Cerro de la Campana.

LAS LINTERNAS

Cuentan que un señor tenía su hacienda llamada Semán. Este señor tenía sus chacras en las cuales estaban trillando; y por temor a que le robaran el arroz, mandó a diez guardianes; ellos entraron en una choza, y se sentaron en rústicos asientos; todos tomaron café; después, nueve de ellos, se fueron a resguardar los campos de arroz, dispersándose de tres en tres. El décimo guardián se quedó en la choza, cuidando por los alrededores de ésta; al cabo de un momento se le presentó el capataz y le dijo, en tono burlesco: "Hijo mío, ¿ves tú lo que yo veo?". "¿Qué es lo que usted ve y yo no veo?", fue la respuesta del guardián. Aquel respondió: "Mira por la cima de los montes y cuenta las linternas". El guardián obedeció, y miró hacia ellas y con gran sorpresa exclamó: "¿Pero, estoy soñando o es verdad lo que veo?". "Ciertamente, es verdad" —respondió el capataz. Aquella linterna que ves, cuya llama es de color rojo intenso, no es una linterna como las nuestras, ella está encantada y si quieres convencerte vamos a seguirla y verás adonde nos lleva". Y ambos, armados con sus machetes y palas, se encaminaron a la búsqueda. Pero sucedió algo extraño; conforme se iban aproximando la linterna se retiraba más y más. Dándose cuenta el capataz y el guardián que se habían retirado de la choza más de la cuenta, al ver que era grande la distancia, se detuvieron. La linterna, poco a poco se fue transformando en un toro de oro que subía hasta la plataforma de una huaca; una vez que llegó allí, comenzó el toro a mugir, haciendo temblar totalmente a la huaca. Dicen que esta linterna está encantada y se pasea por todos esos sitios.

LAS ISLAS DE PACHACAMAC

La leyenda sobre el origen de las islas de Pachacamac dice así: Habían dos curacas que se odiaban, cada uno de ellos tenía sus hijos. El hijo de un curaca se enamoró de la hija del otro curaca. El padre de la joven, al darse cuenta de estos amores, la encerró en su palacio, para que no la pudiera ver el hijo del otro curaca. Este, para poder penetrar al castillo, se convirtió en un pájaro hermoso.

Un día, cuando ella estaba en su jardín con sus doncellas, se presentó el pájaro; la niña al verlo tan hermoso lo quiso aprisionar; y viendo que no podía, llamó a sus doncellas para que le ayudasen. Y así pudieron cogerlo. La niña encerró al pájaro en una jaula y lo puso en su cuarto. Pasaron pocos días y el pájaro se convirtió en el hijo del curaca; volvió a su verdadero ser.

El padre, después de muchos meses, se da cuenta que su hija iba a tener un bebé; entonces le pregunta cómo había sido esto; y ella le contesta, que un día soñó que el pájaro que tenía en su cuarto se había convertido en gente. El padre al darse cuenta que su hija fue víctima de un ardid, manda que la maten; ella huye, pero al voltear la cara, ve con gran sorpresa que le está persiguiendo el mismo pájaro, pero en forma repugnante. Entonces, para no ser alcanzada, se arroja al mar junto con su hijo. Al caer al mar, el hijo se convirtió en una isla pequeña y ella en una isla grande.

Y así es como se formaron las islas de Pachacamac.

LA PAMPA DEL INDIO VIEJO

Voy contar una historia o leyenda de Caravelí. Esta de La Pampa del Indio Viejo me la contó mi mamá, a ella se la contó mi bisabuelita; así es que no sé de qué tiempo será.

En Caravelí, a un costado del pueblo, como sesgándolo, hay una pampa en la que se encuentran tres cerros: dos de ellos son más grandes y el otro es más pequeño. Cuentan de esta manera su origen: Una vez salieron un indio con su mujer y su hijo a buscar leña por la pampa. Entonces empezaron a bramar los cerros. Es que habían penetrado a una zona sagrada. Los indios sintieron el ruido de los cerros que estaban airados porque esas miserables gentes se habían atrevido a caminar en sus faldas, lo cual era una profanación. La india dijo a su esposo que allí, dentro de esos cerros, habían minas riquísimas. Y su esposo dejó escapar por sus labios el deseo de poseer algo de esos inmensos tesoros. Al oír esto, los espíritus de los cerros se enfadaron y convirtieron a los tres indios en tres cerros. El primer cerro es el indio que se quedó sentado chacchando su coca, el otro cerro es la india; dice que tiene la falda más ancha porque la mujer se quedó sentada hilando. El cerro más pequeño es el indiecito, quien por causa de sus padres fue convertido en cerro. Así, tal como fueron a buscar la leña, castigados por su mal deseo, quedaron para siempre en ese lugar. Y cuando suenan las campanas a las doce del día o a las seis de la tarde, dicen que los cerros braman: se quejan los indios de su terrible castigo. Pero cuentan que dentro de ellos existen minas, y ¿de qué les sirve a los indios tener riquezas en sus entrañas si ahora son cerros? Por eso siguen bramando su tristeza. A veces dicen que el Indio Viejo muge como un toro. Esta es la historia de por qué le llaman a ese lugar La Pampa del Indio Viejo.

2. LA TRADICION QUECHUA CONTEMPORANEA

Contrariamente a las perspectivas avizoradas a principios de siglo (Riva Agüero y otros) el quechua dista hoy mucho de ser una lengua muerta. Presente desde hacía siglos en el área andina, se incorporó al bagaje conquistador del estado incaico y más tarde se convirtió en lengua franca gracias al celo evangelizador del catolicismo. Su presencia cotidiana entonces tuvo el apoyo manifiesto de la autoridad colonial que reconoció la necesidad de su manejo. De hecho, todo el aparejo evangelizador se hizo bilingüe, y seminarios, conferencias y todo tipo de prédicas se hicieron en quechua, obligándose a los oficiales eclesiásticos a ser duchos en esta lengua. Es probable que en cumplimiento de tales funciones se hicieran las primeras recopilaciones o adaptaciones de materiales autóctonos. Canciones y bailes de origen andino pasaron a incorporarse al ceremonial de los nuevos dioses. De la misma manera argumentos de autos sacramentales y teatro popular español se reescribieron incorporando en muchos casos la circunstancia histórica y geográfica en la que ahora se enmarcaban. En esta línea se inscriben el *Apu Ollantay*, el *Usca Paucar* y la representación de la muerte del Inca Atahualpa, entre otros. Pero son aún más los que se compusieron en honor a santos y vírgenes locales. En este sentido la producción es vastísima.

A la Iglesia hay que sumar paulatinamente el interés de un reducido sector culto provinciano, que independientemente asumió la función de recopilar y traducir lo que desde hace casi un siglo empezó a llamarse folklore. En el caso andino el material que lo

conformaba estaba constituido por un conglomerado de información histórica, literaria, geográfica, artística, etc., que era recogido con mucho amor y desorden bajo el interés de constituir un repertorio tradicional de la patria chica. Como es de esperar fueron —y son— maestros escolares quienes constituyeron el mencionado sector, si bien no eran ajenos otros miembros ilustrados de la comunidad.

Pero la vitalidad de la lengua ha superado las posibilidades actuales de recopilación. Desbordada por todo el país en razón de la ola migratoria de los años 60, se produjo el fenómeno de una nueva expansión en territorio usualmente hispano. Esto hizo más evidente la quechuización del castellano peruano y colaboró a la estructuración de formas culturales mixtas (especialmente en la música) que ofrecen ahora novísimas posibilidades de estudio.

El texto que sigue [1] es un breve trozo de una versión moderna de "La muerte del Inca Atahualpa", drama popular que actualmente se representa desde Quito hasta Santiago del Estero, pasando por las repúblicas del Ecuador, Perú, Bolivia, Chile y Argentina. Representado desde el siglo XVI, parece tener antecedentes en la danza de moros y cristianos que había sido adoptada para aprovechar la circunstancia histórica de la muerte de Moctezuma en México y de Atahualpa en Perú. En todo caso el argumento general se ha mantenido buscando explicitar la conquista y la evangelización.

Naturalmente no es esto lo que percibían y perciben los quechuahablantes (o sus equivalentes en Mesoamérica); la representación se asume como recuerdo histórico en cuyo trasfondo subyace la imagen del poderío perdido y la utopía de una nueva sociedad en quechua y sin injusticias sociales. La forma versificada que adquiere la narración del relato de la muerte de Atahualpa, es congruente con la representación teatral que adopta.

---

(1) Tamboy realizado en el Coliseo "Amauta" de la ciudad de Carhuamayo, el 29 de agosto de 1984. Ha sido registrado por Luis Millones.

Se incluye además en este apartado un texto recogido por Rosalind Gow [2] en la comunidad de Pinchimuro (Cuzco). Apu Ausangate es la elevación tutelar de la región y motivo constante —como en este caso— de la geografía sagrada recordada en sus relatos orales.

El tercer texto, a diferencia de los anteriores, sólo se consigna en versión castellana. Se trata del relato *El hombre y la víbora* [3] recogido por Max Uhle. El trabajo etnográfico del recordado peruanista alemán es poco conocido pero constituye un material nada despreciable. La edición moderna de sus notas de campo fue llevada a cabo por Antje Kelm y la traducción del quechua que incluimos pertenece a Edmundo Bendezú.

Finalmente se incluye *Maqta peludo* (*El hombre velludo*) [4] recogido en Lucanamarca (Distrito de Huancasancos, Provincia de Víctor Fajardo, Departamento de Ayacucho) del informante don Luis Gilberto Pérez. Este texto es una variante de una de las vetas más ricas de la tradición oral hispanoamericana que se difunde en la Península Ibérica y desde México hasta la Argentina: la historia de Juan Oso. Suele incluírsele dentro del ciclo de *cuentos de condenados* (Morote Best, Arguedas), pero ha de advertirse que las variantes peruanas presentan importantes desarrollos de los *motivos*, aspecto que las identifica frente a las de otros países. En cuanto a los criterios de traducción, Arguedas anota [5]:

> "He tratado de poner mi conocimiento del castellano al servicio de mi conocimiento del quechua y creo haber logrado una traducción realmente fiel, cuidando de que

---

(2) Gow, Rosalind; Condori, Bernabé, *Kay Pacha*, Centro de Estudios Rurales Andinos "Bartolomé de las Casas", 1978, pp. 48-49. Cusco.

(3) Ha sido tomado de Bendezú, Edmundo, *Literatura Quechua*, Biblioteca Ayacucho, 1980, pp. 301-302. Caracas.

(4) Arguedas, José María, *Cuentos religiosos-mágicos quechuas de Lucanamarca*, en *Folklore Americano*, Años VIII-IX, Nos. 8-9, 1960-61, pp. 176-193.

(5) Ibid., pp. 215-216.

el texto castellano no contenga elementos distintos a los que se encuentran en el texto quechua. El literario y el etnográfico no sólo no son distintos sino complementarios; se integran. Aunque parezca un poco ocioso repetirlo, en el caso de la literatura oral, se trata de literatura, es decir de arte. Y, aunque su contenido tenga, en general, una relación más directa o explícita con el mundo social al que pertenece el narrador que en el caso de la literatura erudita, requiere, igualmente, el cuidado de que la traducción refleje el valor artístico. En el caso del folklore este cuidado debe tener en cuenta la fidelidad de los detalles, de la forma y del contenido, del texto a traducirse, mucho más detenida y rigurosamente que en la literatura escrita. Algunas recopilaciones no recogidas en el texto original del narrador han sido malogradas por "magnificar" su valor artístico; lo mismo puede afirmarse de ciertas traducciones."

LUIS MILLONES - ENRIQUE BALLON

TAMBOY: LA MUERTE DE ATAHUALPA
(Fragmento)

Habla Atahualpa: Buenas noches mis queridos públicos

¡Rumiñawi! ¡Chalkochimak! ¡Waranqa Kamayoj, kuri saya, Tiki saya, willarimuy llapan runanchikunata kay kusi patapi, kay carwas mayupi, nisqanta llapan runanchikunawan tusurisun kay llapan llaqtanchikunawan.

Cantan las Ñustas:

(Donde dice el número 1, kusi patan, eso es, llaqtamasikunalla)

Llaqtamasikunalla
kusita takirisum
taitanchik apu kusinapaq
kay kusipatapis pay tiyaykullanqa
kay kusipatapis pay tityaykullanqa
Kusikurikullay
kay suyuyoq Apu sunqullaiki chullaykuchun
kay miskichallata
takipaykarinki
kay miskichallata
takipaykarinki
mapas sunqullayki rumilla miraspa
qampa Quywachallay qerulla miraspa
mana kuyakuy, mana wayllukuy
mana kuyakuy, mana wayllukuy

¡Ahora!

LA MUERTE DE ATAHUALPA (Fragmento)
(Traducción)

Habla Atahualpa:

¡Rumiñawi! ¡Chalkochimak! ¡Waranqa Kamayoq! Kuri saya, tika saya, avísales a todos nuestros hombres que en este lugar de felicidad, en este río Carhuasmayu bailaremos con todos nuestros hombres y pueblos.

Cantan las Ñustas:

Paisanos míos
cantemos alegremente
para alegrar a nuestro poderoso padre
que aquí, en Kusipata, se sentará
que aquí, en Kusipata, se sentará.

Alégrate mucho
que tu corazón de Señor del Suyo se vuelva uno
y esto que es muy dulce
tú podrás cantar.

Dice que tu corazón es de piedra
dice que tu amor es vacío
que no sabe querer, que no sabe amar
que no sabe querer, que no sabe amar.

¡Ahora!

AUSANGATEQ LIYUNNINPA

Kunan ñuqa willakusaq liyunpa kuwintunmanta. Chay Uturungu quchapi liyun sayashan kallun aysayusqa. Uturungu quchaqa huch'uytinku quchachalla, yana qucha. Chayman runa asuyuqtinqa phiñakamun chay qucha. Altunman achuyusunmanchu. Manchakunapaqmi chay quchaqa. Mayninpis chay quchapi liyun sayan. Mayninpiqa Ausangateq patanman siqapun. Mayninpiqa kutiyanpun kaq Uturungu quchallamantaq. Chayqa chaypi payqa sayakushanpuni. Runa qhawayuqtinsi altuman hatarimun pacha.

Chaymanta riki huk laru nasyunmanta hamun gringukuna. Hinaspa chay gringukuna fastidiyanku. Ausangateq qhataman siqaspa qhawamunku, liyunqa mana dihakunchu, Mana pay fasil rikuchikuyta munanchu. Rinigakun payqa. Nitaq Ausangatepipis gringukunaq qhawanta kunsintillantaqchu. Q'ala phuyu taparakapun, rit'i rit'iyun.

Imayna pubri gringutaqa pasan chaypi. Paykuna simana simanan sufriyushanku. Ausangatemanñataq siqasqa ninku, liyuntanñataq qhawasqa ninku. Mana dihakunchu qhawanankuta. Chayqa pubri gringukuna quchapatapi karpata karpayukuspanku. Khullayta tiyayushanku. Wisk'achakunallata putugrafiyata urquyunku.

Chayllapi paykunaqa bidanta pasanku. Manapuni Ausangatemanpis siqayta atinkuchu. Kuskan qhatakunakama siqanku. Kuskan qhatamanta kutiyanpuku. Chaypi unqunku paykuna. Mayninpiqa qallapipi ima kutiyanpunku. Maininpiqa kawallupi chaqnasqa kutiyanpunku. Khuyayta gringukuna sufrin chay k'uchupi riki.

Ñankunata ima ruwayunku Ausangatepi: "Wichasaq patanman," nispa. Mana atinkuchu. Bandirakunatanña sayachimunku.

Mayta siqayta munan Ausangateq patanpi quri turukuna sayarachashan iskay. Piru mana atinkuchu chay pataman siqatapis nitaq chay quri turu urqumuytapis atinkutaqchu, nitaq chay liyun qhawaytapunipis atinkutaqchu.

EL LEON DE AUSANGATE
(Traducción)

Ahora voy a contar el cuento del león del Apu Ausangate. En esa laguna de Uturungu está parado el león sacando la lengua. La laguna de Uturungu es pequeña y negra. Cuando la gente se acerca a la laguna, se pone bravo. A lo alto no nos podríamos acercar. La laguna es para asustar. A veces el león está parado allí. A veces sube encima del Ausangate. A veces vuelve a la misma laguna. Allí de veras está parado. Cuando la gente lo mira se levanta para arriba, dicen.

Así pues, de otras naciones vinieron los gringos. Esos gringos lo fastidiaban. Subiendo casi hasta la mitad del Ausangate observaban, pero el león no los dejó. El no quiere que lo miren fácilmente. Se enoja. El mismo Ausangate no se deja mirar por los gringos. Puro nubes lo taparon. Después vino la nevada.

De todo les pasó a los pobres gringos. Semanas y semanas estuvieron allí sufriendo. Dicen que querían subir al Ausangate y también mirar al león. No los dejaba mirar. Entonces, poniendo su carpa encima de la laguna, los pobres gringos se quedaron tristes. Sacaron fotos de las vizcachas.

Así estaban pasando su vida. Nunca han podido subir al Ausangate. Hasta la mitad subían. De la mitad regresaban. Allí se enfermaron. A veces regresaban en camilla. A veces regresaban amarrados sobre caballo. Los gringos sufrían demasiado en esa rinconada. Hacían un camino en el Ausangate diciendo: "Arriba subiré." No han podido. Banderas han hecho levantar.

Cuando querían subir encima del Ausangate él hacía parar dos toros de oro. Por eso no podían subir hasta arriba ni podían llevarse esos toros de oro. Tampoco podía mirar al león. Por gusto sufrían allí. Hacían todo lo posible, pero no podían llevarse eso ni tampoco mirar.

EL HOMBRE Y LA VIBORA

Un indio llevaba una carta por un lugar boscoso y vio una víbora casi aplastada por una piedra grande. El hombre pasó por ahí, y cuando ya se iba, la víbora lo llamó:

—¡Señor! ¡Señor!

—¿Quién me llama ahí? —preguntó el hombre y siguió su camino. Por otra vez lo llamó la víbora; entonces, el hombre regresó mirando a un lado y a otro. En eso la víbora le dijo:

—Señor. Hazme un gran favor. Sácame de esta piedra que me va a matar aplastándome.

—¡De ningún modo te sacaría! —le contestó el hombre—. Si te saco, me picarás. Además estoy muy de prisa.

—Así pues sácame por favor —le rogó la víbora—. No te voy a picar.

Entonces el hombre a duras penas empujó la mole de granito. La víbora se estiró y se encogió y el hombre le dijo:

—Ahora sí, ya debo irme, he retirado ya la piedra que te aplastaba.

—No te vayas todavía —le dijo la víbora—. Te agradeceré todavía pues. ¿Con qué retornaré el favor que me has hecho? Te lo pagaré pues con un mal, porque cuando a uno le hacen un bien justamente se paga con un mal, y a un mal se retorna con un bien. Así es pues y, por eso, te voy a picar ahora.

—¿Por qué me vas a picar? —le dijo el hombre—. ¿Por el favor que te hice? Si es así, antes tenemos que pasar por la decisión de tres jueces. Tienes que ganarme en los tres jueces y entonces me picarás.

Y así, se fueron donde un juez. Ese juez era un buey muy viejo en figura de hombre.

—Señor —le dijo el hombre—. Al estar caminando por un bosque, vi a esta culebra aplastada por una enorme piedra. Ella me llamó hasta tres veces cuando ya me iba. Regresé y me dijo que le hiciera el favor de sacarla de debajo de la piedra. Yo le dije que de ninguna manera lo haría porque podía picarme. Ella dijo que no me picaría. Cuando quité la piedra se estiró y se puso de lado. Yo le dije que ya me iba en ese momento. Y ella me dijo que me iba a picar por el favor que le había hecho explicándome que un bien se devuelve con un mal. Me quiere pues picar, señor; por eso, he venido a pedir tu justicia.

Cuando el hombre le dijo todo eso, el buey le replicó:

—¡Oh! Tú has venido a quejarte de esas zonceras. Yo le he servido a mi patrón durante nueve años. Me mandó a trabajar a todas partes. Y ahora que ya no tengo fuerzas me ha botado a este cerro seco, sin agua y sin pasto. Así por desagradecimiento. Y tú me vienes a quejarte de zonceras! ¡Que te coma pues la culebra! —diciendo le dijo el buey al hombre. Este se marchó pensando que era un buey muy viejo. La víbora lo detuvo y le dijo:

¡Vamos a ver! ¿Cómo, no te he ganado acaso? Ahora te voy a picar pues.

—Todavía no puedes picarme —le dijo el hombre—. Cuando hayamos pasado por los tres jueces podrás hacerlo.

Se fueron y el hombre se quejó ante un caballo viejo:

—Señor, a esta culebra le libré de que muriera aplastada por una piedra y ahora ya me quiere comer. Señor: ¿está bien que me pague con esé malagradecimiento?

Y el juez le respondió:

—¡Oh! ¿Y de eso vienes a quejarte tú? Si yo te contara lo que he pasado. Yo serví a mi patrón hasta envejecer. Lo salvé muchas veces de la muerte cuando fue a las guerras. Cuando me alquiló a otras gentes, me hicieron andar sin comer. Yo mantuve a toda su familia cuando me alquilaban. Y ahora que ya no tengo fuerzas, me hace botar a este arroyo seco. Hasta el cóndor ya no me quiere por esa ingratitud. Y tú me vienes con esas zonceras de quejas. ¡Que la culebra te pique pues!

Y el hombre se fue diciendo que al fin y al cabo era sólo un caballo viejo. Pero la víbora ya se aprestaba para devorarlo:

—Ya te gané pues con dos jueces. Ahora sí te he de comer porque ya tengo hambre.

—¿Por qué me vas a comer? —le dijo el hombre—. Si solamente hemos pasado por dos jueces. Todavía tenemos que pasar por el tercero. Cuando hayamos pasado por los tres jueces, entonces me comerás.

Así se fueron donde otro juez. Entonces el hombre entró en una capilla y allí rezó muy bien para ganarle a la víbora en la última queja. Al estar yendo de nuevo se encontraron con un señor vestido de marrón. El hombre le saludó con mucha atención y luego le dijo:

—Señor, le voy a merecer un favor. Atiéndame pues una queja. A esta culebra la salvé de la muerte, empujando a duras penas una piedra grande que la aplastaba, porque me lo pidió mucho, y ahora me quiere comer porque, dice ella, yo le hice ese favor.

—Bueno, te aceptaré la queja si me das dos de tus borregos —le dijo al hombre el juez que no era otro sino el zorro.

—¡Cómo no señor! —dijo el hombre—. Te los daré.

—¡A ver! —dijo el juez—. ¿En qué estado la encontraste y con qué clase de piedra estaba aplastada esta culebra?

—Con una piedra de este tamaño —dijo el hombre— estaba aplastada señor juez.

—¡Oh! —exclamó la víbora—. No era de este tamañito la piedra. Era mucho más grande.

—¡A ver! —dijo el juez—. ¡Machúcala ahora con una piedra grande! ¡Así! Con eso haré justicia luego.

El hombre aplastó a la víbora con una piedra aún más grande que la original. Y el juez zorro sentenció:

—¡Tú! Tal como la encontraste, así la dejarás. Y luego: ¡Salta! ¡Vete! —diciéndole el zorro salvó al hombre.

MAQTA PELUDO

Huk runas kaska, riki, warmintin qarilla yachkusqaku, chakrapi. Hinaptinsi... warmikunaqa manas chay llaqtapiqa riqchu chakramanpas ni maymanpas riqchu... Ukumaris, riki, apaq warmikunata, qipiq. Chayta manchakuspanku warmikunaqa, qosayoq warmikunaqa, qosankuwan riq; qosankutaq imatapas wasinkunan apaqku, mikuytapas, imatapas, chakramanta, mana lloqsinanku rayku.

Huk runañataq warmichatin, riki, kasqa chakrapi. Hinaspan, riki, warminpaqa lliu aparamusqaña mikuyta... sarata, choqlluta, papakunatapas. Llaqta rinansi kasqa.

Llaqtataya rirusaq, kayqaya mikunaykipaq aparamuniña". nispan qosanqa nisqa. "Bueno. Ama maytapas kuyunkichu; gongaytan chay ukumariwan tupariptiki apasunkiman", nispan nisqa. "Arí" nispan, marmiqa quidakusqa...

Hinaptinsi... pasan runaqa llaqtaman. Chayarirun. Chaypi wauqen wañurusqa, runapaqa. Hinaptin, wauqen wañuptin riki mamanta cumpañasca; hinaspan, chaypi pampasqakuraq... Hinaspan, riki, pachataqsaypiraq kasqaku, riki pichka punchaunintiraq, velasqaku.

Chaynanankamaqa, riki, lliu mikuy apasqan tukurusqa, warmipaqa. Hinaptinsi... chay tukurunña, hinaptinsi, warmiqa, quiera o no quiera, yarqaymanta kaspan pasasqa riki nata... chakrata, riki abasman, papaman, riki, choqlloman. Chayna richkaptin, cuidakuspan richkaptinsi, ukumariwan tuparusqa. Chay tuparun hinaptinsi, ukumariqa hombrurusqa, Hinaspansi, machu machu mayuta chimpa-

rachin, riki, karu karuta, riki. Puramente currintillataña. Chimparachispa, wak lau chimpa qaqapi, riki, kasqa uchkun, riki, machaypi. Chaypis uywasqa. Uywasqa, machu hatun palta rumiwan uchkupa punkunta tapaspa uywasqa, warmitaqa.

Hinaspansi... chay primeropiqa, uywachkaspa uywaspinqa, primer punchaukunaqa. apaasi turutapas enteruta humbrurun, vacataraq, turutaraq, uvijataraq, kuchitaraq, apan. Chayta mikuq chawallata, warmiqa. Manayá yanunanpaq kaqchu, riki, ni imawanpas nina ratachinanpaq. Chayna kachkaptinqa, qosanñataq, riki, ña llaqtamanta kutiramunspa manaña warmintaqa tarisqachu. Hinaspansi, lutukusqaña "Mikurunchiki ukumari", nisqa. Lutukuspa, qosanqa, manaña piwanpas kayta munasqañachu. "¡Chayqaya, qechuwan ukumari!" nispa. Warmichallapas yanqañasá waqallan, hinaspa, yanqaya kan. Hinaspansi, chay mikuna animalkuna manaña kaptinsi, asnutaña apamusqan mikunanpaq, ukumariqa. Manaña mikuna animal kaptin, ukumariqa, asnuta, allqotaña apasqa. Chaysi, mikullaqsá, yarqaymanta kaspan, riki.

Wataña warmiqa... wata partiña. Wataña kach kaptin, wata iskay killaupi, wiksayoq rikurirusqa, ukumaripa churinta, warmichaqa. Chaysi, wiksayoqña warmiqa, ukumaripa.churinta. Hinaptinsi... chayna wiksayoq kachkaptinsi, apaq culibrataña, saputaña, mikunanpaq. Manañaya karqarañachu, riki, mikuna animalkuna, apananpaq. Chayna kachkaptinsi, wachakurusqa warmiqa. Hinaptinsi, wachakuruptinqa, wawachan kasqa, riki, qaricha. Orqochayari karqa riki. Puramente, lankay lankay cuerpuchayoq; puramente pelullaña; uyantaqsi kaska runapa. Chaysi, warmiqa waqaq wawachanta qawaspa: "Imaynaraq kay mayuta chimparuymanqa. Imaynapas chayaruymanmi qosay man", nispan, riki.

Iskay killachayoq maqta warmachaqa kasqa. Hinachkaptinsi, sapanpi rimaspa waqachkaptinsi, warmacha rimarirusqa, wawachaqa, iskay killachayoq: "Ama mamay waqaychu. Taytay kutimuptinyá: pañalninta taqsaramusaq, nispayki niykuy. Hinaptin, kuska ñoqatawan aparikuwaptiki; ñoqan chimparachisqayta, nispan nisqa.

"¡Jesús María! Kay wawayqa rimarirun. Ciertuchus kanman", nispa, warmiqa creesqa, riki.

Hinaspansi... chayaramusqa ukumariqa. Maqaq maqaq ukumari chayaramusqa. Hinaspas nin: "Ih, manan imatapas tarimunichu. Kunan kutispayqa apamusaqmi imallatapas. Imatapas mikuchisqaykin", nispa nisqa. "Bueno, pues", nispan nin warmi. "Kay wawaypa pañalchallanta taqsarakamusaq. ratulla" nispan nin. "Bueno, curriá", nispa, ukumariqa waskawan wataykun weqawninmanta, hinaspan kachaykun.

Chaynas uraykamun warmiqa, riki, wawa marqarisqa. Chayarunsi mayupataman. Hinaspansi mayutapiqa qayrachaqa kachkasqa, riki. Mariañataq kasqa sutin warmipaqa. Qayrachatañaq: "Ama hina kaychu, valikusqayki" nispan nin. "¡Valikuwaya" nispa nin qayrachaga. "¡María!, nisuptiki; ¡manaraqmi, siíñu", nispayki laqyanki kay chankilchata. Mayupi qorachan chankil sutiyoqmiki. Chayta, riki, "Laqyachanki" nispa, kullumanñataq wataykusqa waskataqa. Watarusqa, hinaptinsi, chutan, riki ukumariqa, machayllanmanta puñuspan, riki. "María! ¡Yaqañachu!". "Manaraqmi siíñu" nispan, qayrachaqa: ¡laq, laq, laq! laqlaqyachichkan makinwan chankilta, rumi wasaman churaruspa.

Puñunsá, ukumariqa. Chutan, chutan: "¡Ñachu, María!". "Manaraqmi, siíñu", Laq, laq, laq, laq, Iskayña. "Ima tantuta chayqa qeparamun. ¿Llumpaytachus unamún?, nispa: "María, ñacho", yaqa punupuñuytinpi. "Manaraqmi siíñu", uyarin. "¿Manaraqmi, siínu?" ¡Achkachun pañalninqa!", nispa, ukumariqa lloqsirimun... Hinaptin, qawariptinqa, qespeykuchkasqa waklau chimpamanña; chimpaykuchkasqa. Huk hatun runa kepispa apachkasqa, warmitaqa.

"Pitaq wak hamururqa; huk kaqniy ukumari masiychus, seguramente", nispan, riki, ¡uraykurun machayninmanta! ukumariqa. ¡Piñallaña! Qawa qawariptinqa kulluman watasqa, riki, kachkasqa, waskaqa. Chayaykuchkaptinña, naqa... qayrachaqa yakukama ¡bultín!, nispa urmakuykusga. Qanra, chayta ruwasqa, ukumarita. Chaysi, ukumaripas pas kun, mayu chimpayta, riki qallaykun. Chayñataq, ukumaripa churin warmachañataq hatunyarurqa, riki, hinaspa, mamanta qeperukusqa, chay mancha manchayta hatunyaruspa.

Hinaspas, chimparuspa, chimpaypiña, mamantaqa nin: "Richkay, mamay kikiy. taytaqa sipirusaq", nispan nin.

Hinaptinsi, ukumariqa, machun ukumariqa... chimpaykuchkanña. Chaysi-warmaqa, hatun sachamanta llasaq, chay pallqaq qeruta pakiramusqa. Chaywansi waqtasca taytanpa, umanpi. Mayu ukumansi chanqaykun, ¡Qatariramunsi! ¡Sayariramun! Hinaspas, warmaqa, manaña kaspiyoq, saqmaykun taytanta Ukumariqa ¡piñallaña! hatarin, mayu batiyninpi, yapata. ¡Hamunsi! Ña lloqsimuchkaptin, pichunpi ¡wañuyllataña! maqtaqa takan; eqeparachin taytanta, chay hatun mayupi. Hinaspas, kallpan, kallpan, kallpan, maman taripanampaq; hinasca, taksayanña, taksayanña, taksayanña... Mamanman chayasqa; wawachaña rikurirusqa.

Chaynasqansi... mamanqa, riki, rillasqaña, wawachan marqasqaña. Manan qasqonpiña kachkaspas. nisqa: "Taytayta sipiramunin. Amaña manchakunkichu, mamaya", nisqa. Chayna richkaptinsi, qosallanqa, *legitimo* qosallanqa, sapanpi waqallasqa, chakrapi. Waychauñataq muyupayasqa: "¡Waychau! Pipa maypa warmillanraq hamuchkan, karu llaqtamanta kaqastin ¡waychau!", nispas, takispa, muyupayasqa. "Imatataq kay waychauri, takipayawanqa", nispan, runachaqa nisqa. "Yanqataq yuyarichiwan *señorayta*", nispa, waqasqa, runachaqa. "¡Waychau, ama waqaychu ¡waychau! Warmikita hamuchkanñan huk wawacha marqarisqa, ¡waychau!", nispan, waychauqa rimapayan. "Yanqachu kay waychauqa, yanqanchu...", nichkaptin, warmichanqa rikuriykusqa, warmachan marqarisqa. *Puramente* tullullaña, mama, riki, mikusqakuchu kururaq ñanpi.

Qawaruspanqa, ñawintapas pichakuspanraq runaqa nisqa, riki: "¡Warmiychus!", nispas, pawaykuspa maqallanaruykun. "Manan *importanchu* wawayaq kutimuqtikipas. Ñogan huchayoq kani", nispan... runaqa nisqa, riki, "Ñoqan qeparamurqani anchata, manan qanchu. *Pierdonasqan* kanki", nispan nispa.

"Pipa churinmi", nispan tapusqa. "Ukumaripa churinmi" nispan nisqa. "Imanaspapas imanasunmi, *hija*, kutimunkiñamiki. Kuskañachiki wañukusunpas, kausakusunpas", nispan nisqa.

Llaqtata *pasasqaku*. "*Oliuchimusun ya* ukumaripa churinta", nispa. "¿Pitataq *padrinupaq* maskasunchik? Penqawasunchikchik pipas. *Mejor* willakamunsunchik tayta *curaman*", nispa *pasasqaku curapata*.

Tayta *curaman* willaykusqaku ukumarimanta, lliuta, riki. Sipisqanta, lliuta, riki, willakusqa. Hinaptinsi. "Bueno. ¡Ah, ñoqan kasaq padrino", nispa, *urgullullawanña*" "Ukumarin hijaduy kanqa", tayta kutaqa nisqa. Chaysi uliurachisqa, tayta *cura padrinuqa.*

Chaysi maqtaqa wiñaykuyta kachaykusqa. Ñas iskay, kimsa watayogña. Chaninsutaq mikuq plagaqa. Maqma ñas mikuq chupitapas: mutitapas; *daliq* maqmatapunis. Kallpanllaqtasi *puramente.* ¡ah! Manas pipas rimapayaykuqchu yanqapaqa. Laqechuqsi pampa chayankama, maqtakunatapas. Chaysi *escuelallamanña* churacusqa *padrinunqa. Padrinunmanña entregaykunkun, puramente lisu lisu* maqta kaptin. *Quijallañas* rikurimun kaymanta wakmanta, paymantaqa. Maqtakuna maqasqanmanta.

Escuelapi kachkaspas *bañakamusqa* maqta masinkunawan, *domingupi,* mayupi. Qalatukuykuspa paypas bañakurqa riki. *¡Puramente pilullaña,* chapullaña kasqa, riki. "¡Atatallau, maqta *peludo,* wak kasqa!" nispa, pawaykuspa llapa maqtakuna qawapayakusqa. Payñataq ¡lliu! warmakunata qochaman chamqaykusqa. Chaypi wañurachikusqa achka *cumpañirunkunata.*

Chaysi, chaymantapas kan *quija.* "Amana *mitikuychischu* kaywan", nispa sapallantaña kamachin *bañakunanpaqpas,* tayta cura.

Hinachkaptinñataqsi *costumbrita* hapirusqa campana *waqtayta. Campanatas* waqtaq, supa supayta, tukuylla tuta. *Torriman* qespiruspa, lloqaruspansi, yanqallaña tanlinyaq, tukuy tutapi. Runakunata puñuchiqchu. Hinaptinsi tayta *cura* nisqa: "Ama waqtaychu, ama chaynaychu, puñukunaykuta" ¡Manas *casupunchu.* Hinaptinsi: "¿Imaynataq kayta mancharachiyman, imanataq?", nisqa, *curaqa.* Hatunñayá kasqa, maqtaqa, yaqa ischkaychunka watayuq hinaña. Allinsuña, kallpasapa maqtañayá, riki.

"H'natañayá mancharichisaq piwanpas. Wanarunqaraqmi", nisqa tayta *cura.* Llaqtantin runakunata suyarachisqa, riki, *turre* ukunpi, riki. Kukurichisqa llapanta; mancharichinqan", nispa.

Mikuruspaqa ripunsi maqtaqa. Turrinmanñayá rin; campanam, waqtaq seqaykun, tuta. Riptinqa, hapin runakunaqa huknin. huknin. Hinaptinsi ¡Páá! chanqan kuchukunaman. Kupaykusqa runakunataqa

turre ocupi *dejaramusqa*, runachakunallataqa. *Alto turripi* runakuna tarisqantaqa chamqaykamun, choqaykamun *plaza* chaupinkama. ¡Tánlin, tánlín, tánlín, tánlin, tánlin, tánlin, tánlin, tánlin! Yaqañan *tocakun campanataqa*!

"Chay *plagata*. Imataraq ruwalluranri", nispan, *curaqa sacristanta* kamachisqa, riki, qawamunanpaq. Runakunaqa, riki wañusqa chiqirayachkasqa, *plazapi, turripi* ukupi.

Wañusqakunatapas pampachin, *familiankunalapas favoricinña*, riki, tayta *cura*, pay huchan kasqanmanta. "¿Imaynataq kay *ijaduymantari* ayqeriymanpas, wischukuymanpas, hina?", nisqa *curaqa*. "¿Imaynataq lloqsirusaq?. ¡*Diospa castigunnii*!", nisqa.

Hinaspañataqsi iskay llaqta runata *contrataramusqa*, riki. Hinaspansi *sepulturata* hina uchkurachisqa *inlesi* punku qepanpi. "Chaypiña icha pamparachisaqpas kay *ijaduytaqa, Diospa negayninchus* hina kayqa", nispan nisqa. Hinaspansi, uchkuyarachispa, chay iskay llaqta runakunata suyarachisqa, kukurruchiyoqtakama, inlesiapi, tutayaq ukupi. Hinaspansi:

"Maqta *peludu*", nispan nisqa, tayta *curaqa*. "Padrinu", nispan nisqa. "Aparamunki *misalniyta*, misa *libruyta*. Paqarin *misa ruwanay*".. "*Bueno, padrino*", ninsi. *Obediente* maqtasá.

Pasasqa riki *inlesialaqa*. Sukastin, mikuy tukurustaña. Sukastin choyasqa, riki. ¡Máchu *llavinwan inglesia* punkutaqa riki kichaykurun. Kichaykuspan, yaykuykuptinriqa, yaqa *falsuman* saruykuspa, yaqa seqakuykukun uchkuukuman. Runakunaqa, yangañas hapinkun, chutanku, urmayta munachinku... ¡Nis! ¡Paysi astawan kurpaykus kurpaykuspa, hukninta, hukninta, pamparun! *Altar Mayor* kuchuman chayarun, as libruta marqakuykuspa, kaq kutirimun. Lliutas, pampastin pampastin kutirimun. Pisipay pisipay chayaramun *padrinuntaqa*.

Padrinunñataq nin... "¿Imanasqan pisipasqa hamunkin?" nin *padrinunqa*. "¡Aah, *padrinu*... *Almakunataqmi* hatariramuspa upaqa pampayta munawanku. Upaqa, kikinkutan pamparamuspan *pasakamuni*", nispa nin. Hinaptinsi, *disimulaullataña* curaqa nin: "Qawaramusaqchiki. Imapas *sucedenmanmi* karqa", nispa.

Riptinqa, *verdad*, runaqa yaqa kimsa chunkaña wañurusqa, riki. Lliu, kurpay kurpay pampachasqa wañurusqaku. Chaypipas manuyanraqtaq.

Chaymantaqa, chunka pusaqniyoq watanpina kasqa Maqta *Peludaqa*. Tayta *curallaqa* ¡maychá! manukunata pay rayku *pagasqa*, riki... "¡Imanasaqta imanasaqta"... *Antis* mana churiyoq, mana piyniyoq karqa, tayta *curaqa*. Chayllaña riki, castigo carqa paypaqa riki.

Chaymantañataqa "¡Imanasaqtaq!", nispan nisqa "Mijor ya machu piña *turuta montañamanta* aparachimusaq, Chayqiña wañuchun; *dios pirdunawanqachiki*", nispan nisaq. Chayna nispas muntañatamanta *turuta* aparachimusqa. Maqta *Peludutañataq "Ijado"*, nispan nisqa. "Padrino", ninsá. "*Lanciykuy-ya wak turuta, fiestapi*" nispan nisqa. "Imanasqan, *padrino*. Qan niqtikiqa imatapas *lancisaqmi*", *padrino*, nisqa.

Fiestas. Turutaqa kachaykaramunkusá. *Puramente* machu machu *turuta*, wasanpas *curri curriptin* tinpuqtaq. Kachaykaramunkun hinaptinsi, naqa... Maqta Peludaqa *capiansá*, *capiansá* Maqta *Peludo*. *Túreaq*. *Turiachkaptin turiachkaptinsi*, *isquina*, *isquinapi* hapirqun. Wiksanta llikirusqa, riki, wagranwan; wagranwan hapirachisqa. Qawakusqapaqchu. Runa qapariptinña qawakuykusqa. Hinaptin chunchulnin wayurayachkasqa uraymanña.

"¡Má! Qanraqa", nisqa. Huktawantaqsi *turuqa pasaykuspa turil* ocuman haykuykusqa, *cusuman*. Hinaptinsi. Kumuykuykuspa, Maqta *Peluduqa*, *dedunwan* aqallinta kutiykachispa, wiksanta sirarun, qaytuwan, *pitawan*, pita qaytuwan *aujawan*. Sirarun, hinaspanqi:

"¡Yapa kachaykamuychis chay qanrata!" nispan nisqa. Kachaykamunku yapa, *turuta*. Hinaspas "Qanwanqa pukllayllan pukllarqani, imatan kayta ruwaruwarqanki. Ñoqaqa waqrawan waqrawan nirqaykichu, *fuertitaqa*. Kunan qanmi kayta ruwaruwarqanki", nispansi waqranmanta, makimanta hapirun, Maqta *Peludo* Plaza qepaman ¡wayrantaraq! choqarun *turutaqa*. Wañurusqa chaypi *turuqa*.

Chaymantañataq *curaqa* nin: "¡Imanasaqtaq, *diospa castigunmi*. Imapiñataq, imaynallataq kaymanta *librakamusaq*", nispa. Chayna-

nankamaqa, ñas padrastun kasqaña, Maqta *Peludapa* mamanpa qosan. Chaypas wañukusaqtaq. *Viudaña* kasqa mamanpas, riki. Hinaptinsi, *curaqa* nisqa: *Averiguay averiguay*", nispa. Chaysi *aynamanqa* willaramusqaku: Kay huk llaatapin kachkan. cundenakuchkan huk runa qollqellanwan", nispa. "Qollqellanwanmi *condenakuchkan*, Chaymi, runakunapas orqokunaman ayqerunku. Achkatañas chay *condenauqa* runakunata mikurun", nispa nisqaku, riki.

"¡Chaypiña tukukamuchun; chayqa mikurunqapunin", nisqa *curaqa*. Qayasqa maqtata, hinaspa nisqa:

"Mañana, *ijado*, *mantiniyta* atikiñachu. Sapa punchaymi astawan ostawan achkata mikunki".

Maqma maqmantas mikuyta mikun *almuersutapas*. Mitilapas kachun *fanigantas*. Chay raykus kallpanpas *puramente* maymaysi kasqa.

Iskay *caballutas* qoykusqa, *padrinun*. Hukninta maman *sillakunanpaq*, huknintañataq paypa *sillakunanpaq*. Huk allqotañataq koykusqa, "Kaymi *cumpañiruyki* kanqa Kay ñanta hapispayki riy *Siguramente* chay chaypi tarinki imallatapas kausanaykipaq; kallpaykiwanqa pipas kusisqan *trabajupaq* hapisunki" nispan, padrinunqa nin Qonqoriykunsi, Maqta *Peludo*. Ripukapun.

Hinaspansi... huk punchautaña purisqa (El Recop.: "¿Mamanwanchu risqa?" El Infor.: "Mamanwanyari risqa") Maáchu allqoñataqsi kasqa puka qala. Chaáysi... richkaptinkus, orqupi tarisqaku runakunata, pakasqata, pakasqata, yanqallataña.

"¿Imatan ruwankichik runakuna?", nispan, tapusqa.

"Manan, *siñor*, ama kay ñantaqa riychu. *Condenaumi* mikurusunki", nispan nisqa runakunaqa. "¿Ima *condenau*?", nispan, tapusqa riki. "Llaotaykupin huk runa *cundenakuchkan*, qollqellanwan. *Puraminti* qollqueyuq kachkaspan, mana piman qoq kachkaspan wañururqa. Chaymi *cundenakuchkan*. Runata mikuchkan".

"¡Aswan allin chay ñoqapaq! ¡*Aver*, pusawaychik! Mayta chay *condenau*", nispan nisqa. Paywan tuparamusaq, icha kallpayta pay-

wan tukuramuyman chay chaypi", nisqa. *Diuña vezña* riki, munasqa. Hinaptinsi: "Manan, *siñor*, manchakuniku" nispan nisqa runakunaqa. "Pusaruwaychik!", ninsi. "Munasqaykin, *siñor*", nispa, pusarusqaku, riki.

Chayanchun runakunaqa. Karullamantas qawariykachinku.

Allqontinsi pasan. Mamanñataqsi qepakun orqopi, chay runakunawan. Hinaptin nin: "Kausaspaqa chayqa, paqanyninta *campana* waqtasaq, *ripicaykamusaq*. Hinaptinmi huñunakamunkichik", nispan nin.

Rinsi; chayansi. Llaqtaqa chun chunniqsi. *Ni* imapas kanchu, *ni* pipas. Maqtaqa *cundenaupa* wasipa *tindanman* haykurun ¡Mana imapas *faltasqachu: barrita, lampa, hirramintakuna, hacha...* hatu hatun *tiendasá!* Apu apu llaqta *hacienda*, llaqta *dueño* karqan riki, *cundauqa*. Hinaptin, chaypi, qonqayta puñurukusqa maqtaqa, chutarayaspa; allqonpas puñurusqataq.

Intis waqtarukunña, riki, orqokunapi. Chaymantaqa allqaykunña. Tutayarun. Hinaptin qaparimun *condenado*: "¡Aáááá... pipas maypas llaqtay kaqtaqa mikusaqmiiií...!", nispan hamusqa. Hinaptinsi" ¡Chayqaya!" nispa sayarirun maqtaqa. Qawarirun *ventanamanta*, hinaptinqa, hamukuchkan ¡yanqallaña! ¡Bu... bú bú.. ! Wayrallaña! Toqyakustin. Hinaspansi haykuykun wasintan. Wasinmansi kurkuykuspa haykun. ¡Machu machus kasqa *condenado*! *Altu altusullaña*. Maqta ¡*Peludupas* hatunyá. Chaysi kurkuykuspa, haykuykuchkaptin kunkapi *dalirusqa* achawan. ¡Pampiraq tikrakusqa, *condenado*! Kaq hatarin hapinanpaq. *Yas dalin* huk *achawan*. Yapatas qochpakun; yapataq qatarin. Qontaq *fierruwan*, wikapan, hatarin; wikapan hatarin ¡chaysi! Hinaspañataqsi ¡wichirin condenauqa! ¡Wichirin *werpun*! Allqoñataqsi, chayqa, wichiriptinqa mikuyta qallaykun *pedazukunata condenaupa werpunmantan* wichisqanta. Mikun, mikun, ninata, aka akarispa; mañana wiksanpi kamaptin. *Condenauqa* hatarinsi *intirulla*. Ninallaña, sayarispas kas qatin, kas qatin, kas qatín. Chaynalla kasqanku achiyaykama; pim panki *huracama*.

Achikyaruptinsi "Paqarinmin reqsiykuwankin. Mana kunanchu ... kayna maqaruwanki. Paqirinqa ñoqa kasaq, qorosqaykin. Suyawanki qari kaspaqaykiqa" nispa nisqa condenauqa.

"Munaptikiqa suyasqaykin. Manan manchakuchkaykichu", nispan nisqa.

Ripukusqas *condenauqa*. Manas tuta puñuqchu, riki. Punchaupipas runata mikuspallas puñuq. Kutirin, hinaptinqa, *turriman* lloqaruspansi, *campanata* ripikayta qallaykun. Orqopi runakunañataqri: "Chayqay, kausasqaraqmiki. Hakuchu, qawaramusun", nispan nin.

Uraykusqaku *vivullaña*, hinaspa chayarusqaku.

"Arí kausachkaniraqmi" nispan nin Maqta *Peludaqa*. "Mikuyta ruwaychik, chupiwaychik".

Carnerukunata apamunku, kaymanta wakmanta. *Calduta* ruwanku, mutiyoqta. Mutitapas yanusqaku. Pisipay pisipayllaña Maqta *Peluduqa*. Manayá tukuy tuta puñusqachu. Allqoñataqsi saksay, saksay, mana mikuytapas munanchu. *condenaupata* aycha mukukuspa payqa kasqa, riki.

"Kunanpas suyasaqmi". nisqa runakunamanqa, Maqta Peludo. Hachakunataqa lliutas pakirusqa *condenaupa werpunpi*.

Perulnintas, runakunapa qayllanpi, mikurun mikunataqa.

"*Sichus* ( ) paqarin kausasaq chayqa, campanatan kunan hina waqtamusaq, *ripkamusaq*. Hinaptinmi huñanakamunkichik kaqlla", nisqa. "*Arí siñur*" ninkus runakunaqa.

Chaynas. Inti waqtaykuptin, tutayaypi, rikurikaykamun: "¡Aáá áááá... Suyawachkankiraqchu... icha ayqerunkiñachu!" nispan *condenauqa* qaparimusqa wayra huntata. Kununukustin achanyaspa chayaramun. Kurkuykuspa punkuta*pasarun*, haykurun *tindaman*, hatunkakarayllaña. Punku qepapi maqtaqa suyasqa. Hinaspa *picuwan* kunkanpi waqtasqa. Wichirillanñas, manas qochpanchu. Wichirikamusparíñataq, allqo pawaykuspa, mikun. "¡Kachkaniraqmi, kachkamiraqmi! Qawankichu manachu?" ninsi maqtaqa.

¡Tukuylla tutas *pilianaku*! *Picu* tukuruptinsi, *barritawanña* waqtan. Allqoñataq, akay akayrispa mikun, *condenaupa werpunmanta* nina wichirisqanta. Chaynalla chaynalla achikyarunku. Achikyaruptinsi *condenau* riman: "Paqarinqa yachasunmi, qanpas ñoqapas puchukay-

ninta", nisqa. "*Biencha* qanpas ñoqapas *salvanakusun*" Munasqayki kachun" ninsi, maqtaqa. *Piru*... manañas kallpan achkañachu. Pisiyasqaña kallpanpas.

Kutirinsi *condenauqa*. Hinaptinsi lloqarun *turriman* Maqta *Peludo*. "¡Tanlin tanlin, tanlin, tanlin, tanlin, tanlin, tanlin!"

"¡Chayqaya, kachkanraqmi; kausasqamiki", nispan, runakunaqa, yanqallaña pawanku. Chayaruptinkuqa, riki, pisipay, pisipay kachkasqa Maqta *Peluduqa*. "¡Kausachkankiraqmi!" nisqaku. "Ari. Kunanmi *ultimo plazuy*, kay tutallañam. Paypas, ñoqapas kunan tutanyachasaqku. *Binmi* mikuruwanqa, binmi *salvarusaq*", ninsi.

"Imatataq munanki", nin, runakunaqa.

"*Muntemanta* sachakunata kuchumuychik. Hinaspa sumaqta *garrutita* ruwaychik. Hatunkaraytapuni", ninsi.

Patiumansi muntekunamanta kaspikunata, kaymanta wakmanta apamunku llapan runakuna. Huntachinkus.

Chay punchauqa manañas mikusqachu achkataqa. Mikuruptinsi, runakunaqa kutikunku riki, orqokunaman pakakuq. "*Campanata waqtamusaq*" nisqayá Maqta *Peluduqa*.

Intis wañukuykunña riki allqaykuspa, chaypi. Llantupas kayman wakman wayukuykuptin: "¡Aáááááá... hinapiraqchu suyawachkankiman, icha ayqerunkichu manchakuwaspayki!", nispan waqamun, *condenau*. Maqta *Peluduqa* sapallan riman allqonwan: "Manchakusunñataqsi, chayta. Chaynaña kallpay puchukachanña chaypas, manan", Suyachkanchiraqmi" nispa, allqollanmansi rimachkan, runanaman hina Allqopas upallallas kachkan. ¡Manas mikunchu *playa* allqoqa! *Condenaupa* aychallanwansi saksakun.

Maqta rimachkaptinsi: "¡Uúúúúú... uuuuuuu!" chayaramun. Wasipa qapananpas ¡Jakaka kakaq! nispa kuyurin yanqallaña, qaparin qawiñankuna, riki. Hinaptinsi, kumuykuspa, huktawan *condenauqa*, nina *azufre* riki hatunkaray, haykuramun.

Kaq *dalin*, maqtaqa, chay *muntemanta* apamusqanku sachakunawan, *garrutiwanña*, riki; manaña kanñachu *irramintaqa*. Chaynapi

kunkapi *dalin, cuqutipi* Hinaspas ¡pánpapi qochpaspas wichirin! *condenauqa.* Allqo pawariykuspas *dalin* aychataqa. Nina ninantinta aychata mikun. ¡Chaynallas! Huk qeru pakikun, hukta hapin; huk qeru pakikun, hutataq hapin. ¡Chaynalla! Tukuy tuta piliasqa.

Chayna kachkaptinsi, primero wallpa waqaytaqa... *condenaupa* aychanqa, runa aychanqa tukurunña. Allqo, riki, mikuspa puchukarusqa lliuta. Hinas, manaña aychayoq, mana ninayoq, mana imayoqña, yuraq *alma* hatarimusqa *tindapa* chaupinpi.

"Qanmi salvacionniy kasqanki. ¡Qanmi mamay, taytay kasqanki! Manacha *nuncapas salvakusaqchu* nerganim. Hamuyá. Qawachisqayki imawansi *cundenakusqayta*", nispas *almaqa* pusan Maqta *Peluduta.* Allqonpas manas *dejanchu* Maqta Peludutaqa. Qepallanpis kachkan.

Yura *almañataq* qawaykachin, huk kuchupi, allpa ukupi kasqa kimsa maqmataq quri kasqa riki, pichqa maqmapiñataq qullqe.

"Kayman, kaymantan *cundenakuni.* Llapa runakunapa *trabujun* suwakusqaymantan. Kunanqa *salvaykuwanki.* Kay tukuymi qanpaq kanqa. Kanmi churiy, warmi churiy, paywanmi *casaranki*", nispan nispa. "Paywanmi *casaranki,* hinaspanmi paywan *vidaykichikta pasankichik.* ¡Adios!", niykuspa, yuraq *alma* ripukusqa, *paluma* ripukusqa.

Maqta *Peluduqa* pisipay pisipayñataq. Hinaptinsi allqonta kuyaykun. Allqopas llaqwaykun urkullanta. Chayllañas *cumpañirun* karqa, riki. Chaymantaqa, *turriman, campana turriman* rinkun. ¡Tánlin, tánlin, tánlin, tánlin, tánlin, tánlin", *ripican lucullaña.*

Chaysi runakunaqa "Chayqay kausasqamiki", nispa huñunarakamunku, ¡yanqallaña! *Plazapi* huñunarakunku, achkallaña, orqomanta wikapaykamukuspanku.

"Ñan kunanqa *salvaruniñan. Salvaruniñan cundenauta*", nispa nin maqtaqa.

"Imataq *prueba salvasqaykimanta*" nispan nin *autoridadkunaqa.*

"Kansi warmi churin. Kansi warmi churin, caywanmi *casaruku-*

saq. Kay wasi ukunpi kachkan, maqma quri, pichqa maqma qollqe. Chay raykus *cundenakusqa*. Chaymi ñoqapaq. Chaytan saqewan *salvasqaymanta*", nispa nin, "Churinta pusaramuwaychik", nispan niptin. Runakunaqa aparamusqaku, riki, pasñata, orqomanta. Mamantapas pusarachimusqa. Lliuñayá hamukunku, riki.

Maqta *Peluduqa* kusisqallaña! Kallpanqa manas achkañachu, tukurusqaña kallpanqa. Yaqa kallpasapa kallpasapa runa hinallaña kasqa. Mikuytapas manañas ancha mikuqañachu. Mikuysapa runa hinallaña kasqapas.

Chaynasqanpis yuvarirukusqa *padrinunmanta*. "*Padrinuymi* kay *furtunanamanqa* kamachiwarqan. *Padrinuy ari* hamuchun *Casarachiwachun*. Amaña *curachu* kachun. Kaypi yachakusaqku", nispan nin.

Hinaspas *Padrinunman pasachin propiuta*. Padrinuntaqa pusarachimunsá. ¡*Agradecikunraq* wañuyman *mandasqan padrinuntaqa*!

Casararachin. Hinaspa, chay llaqtapi *padrinunwan* yachakun chay llaqtapi.

EL JOVEN VELLUDO
(Traducción)

Este era un hombre que vivía en el campo. Lo acompañaba únicamente su mujer. No tenían hijos. En esos campos y en el pueblo, las mujeres no podían salir a ninguna parte; no podían ir del campo al pueblo ni del pueblo al campo. Había un oso que raptaba a las mujeres; se las llevaba cargándoselas al hombro. Por temor al oso, las mujeres casadas sólo caminaban en compañía de sus esposos. Y los esposos llevaban a sus casas todo cuanto se necesitaba en el hogar, para que las mujeres no salieran.

El pobre hombre que vivía en el campo acompañado únicamente por su mujer debía viajar al pueblo. Llevó, pues, a su casa papas, choclos, maíz... antes de partir.

"Voy al pueblo —le dijo a su mujer— Te he traído de todo para que te alimentes en mi ausencia. No has de moverte de la casa a ninguna parte. El oso puede sorprenderte y raptarte". "Sí", contestó ella.

El hombre fue al pueblo. Llegó. Un hermano suyo acababa de morir. Por esa causa tuvo que quedarse; debía acompañar a su madre. Enterró a su hermano muerto. Luego tuvo que asistir al lavatorio de las ropas, a los cinco días, y veló esos cinco días.

Mientras tanto, se le acabaron las provisiones a la esposa y, quieras o no quieras, tuvo que salir a la chacra, a recoger habas, choclos y papas. Y, a pesar de que vigilaba y trataba de esconderse, el oso la encontró. La encontró, se la echó al hombro y la raptó. Se la llevó lejos, lejos. La hizo pasar, cargándola, un inmenso río.

La corriente era terrible y golpeaba sobre el cuerpo del oso; pero vadeó el río. Hizo pasar a la mujer a la otra orilla. En un alto precipicio, el oso tenía una cueva. Depositó en esa cueva a la mujer, y allí la crió. Cuando salía, tapaba la puerta con una gran piedra.

Durante los primeros días, cuando el oso criaba a la mujer y la cuidaba, solía llegar con toros enteros a la cueva. Los traía sobre el hombro. Ya un toro, ya una vaca, ya una oveja; el oso llevaba presas grandes para la mujer raptada. Ella tenía que comer la carne cruda, pues no tenía fogón ni nada conqué prender candela.

Mientras tanto, el esposo volvió del pueblo a su choza del campo y no encontró a su mujer. Se vistió entonces de luto: "Debe haberla devorado el oso", dijo. Se vistió de luto y ya no quiso ver a nadie ni estar con nadie. "He ahí cómo el oso me la ha quitado", se lamentaba. Y su pobre mujer lloraba, en el mismo tiempo; lloraba a torrentes y era como si su vida no fuera vida. El oso había acabado con los animales comestibles y traía a la cueva burros; traía burros y perros. Ya no encontraba ninguna clase de ganado y traía perros. La mujer, acosada por el hambre comía la carne de los burros y de los perros.

Pasó así un año... más de un año; año y medio. Al año, al año y dos meses, la mujer apareció encinta; concibió un hijo del oso. Por esos días el oso ya no le llevaba animales grandes sino culebras y sapos, para que comiera. Y en ese estado, la mujer dio a luz, parió un hombrecito. Su hijo resultó macho, un varoncito. El cuerpo de la criatura cubierto de pelos, velludísimo; pero su cabeza y su rostro eran humanos. La mujer se echó a llorar contemplando su hijo: "¡Cómo pudiera pasar el gran río! Desde la otra orilla podría llegar a la choza de mi esposo", decía.

Ya el niño tenía dos meses; entonces, a solas, cuando la mujer hablaba llorando, el niño también habló. Habló la criatura que no tenía sino meses: "No llores, madre mía — dijo — Cuando vuelva mi padre, dile que necesitas lavar mis pañales. Y bajas, llevándome, a la orilla del río. Yo te haré pasar. Te llevaré a la otra orilla".

"Jesús María! Esta criatura ha hablado. Puede ser cierto lo que afirma", dijo la mujer, y creyó.

Y llegó el oso. El golpeador, el golpeador oso. Dijo: "!Ih! No he encontrado nada. Volveré luego a salir y traeré algo. Cuaquier cosa he de traer para que comas". "Bueno pues, —contestó la mujer — Ahora voy a ir a lavar los pañales de mi hijo, un rato". "Bien, corre", aceptó el oso. Pero amarró a la mujer con una soga; y el otro extremo de la cuerda se la amarró él a la cintura. Así la soltó.

De este modo bajó la mujer al río, cargando a su hijo. Llegó a la orilla. Allí estaba una ranita. El nombre de la mujer era María. Ella le habló a la ranita: "Sé piadosa, te voy a pedir un favor", "Pídeme el favor", dijo la rana. "Cuando el oso llame: "¡María!". Tú le contestas: "Todavía no, señor", y mientras hablas, palmeas fuerte fuerte sobre estas hojas de kanchil. El kanchil es una yerbita de los ríos. "Haz de palmearla", dijo la mujer, y amarró el extremo de la soga a un tronco seco de árbol; la soga conque el oso la había amarrado a ella. El oso jaló la soga a pesar de que un sueño terrible lo vencía. "María. ¿Ya terminaste?, preguntó: "Todavía, todavía no, señor", contestó la ranita, y empezó a palmear fuerte: ¡laq, laq, laq!. Golpeaba con sus manos la yerba de kanchil; la había llevado sobre una piedra y la golpeaba.

Dormía el oso. Dormía y jalaba la soga: "¿Ya terminaste, María?". "Todavía, todavía no, señor", le contestaban. Y podía escuchar el sonar del lavado: ¡laq, laq, laq! Dos veces ya la había llamado. "¿Creo que se está demorando mucho? — dijo — ¿María? ¿Ya?". Habló en medio de su pesadísimo sueño. "Todavía, todavía no, señor". "¡No son muchos pañales!", exclamó el oso, y se levantó. Salió. Entonces, cuando contempló el río, vió que la mujer ya alcanzaba la otra orilla. Ya atravesaba la corriente. Un hombre fornido y alto la cargaba; se llevaba a la mujer.

"¿Quién es ese hombre? ¡Es quizá un oso como yo, seguramente!", dijo. Y se lanzó barranco abajo, lleno de ira. Al examinar la orilla del río, descubrió la soga amarrada a un tronco seco. Estaba acercándose junto a la ranita, y ella se lanzó al agua: ¡bultín! La miserable, le hizo una gran jugarreta al gran oso.

El oso se metió a la corriente del río, empezó a vadearlo. El hijo, que había crecido, que se había hecho gigante, cargaba a su madre. Se convirtió en un hombre formidable y pasaba el río, cargando a su madre. Era el propio hijo del oso.

Cuando alcanzó la orilla, ya en el borde del río, dijo a su madre: "Ve caminando. Yo, yo mismo, he de matar a mi padre". Y lo esperó.

El oso viejo, el gran oso viejo, ya está por arribar a la otra orilla. El hijo había arrancado una pesada rama de árbol, una de las partes de un árbol que se bifurcaba en dos ramas. Con el árbol golpeó a su padre en la cabeza; lo volteó sobre la corriente. Se levantó en seguida, el oso viejo! ¡Se puso de pie, para avanzar! Ya el niño no tenía arma y atacó a su padre con los puños; lo volvió a tumbar. Enfurecido, sobre el batir de la corriente, el viejo oso se levanta otra vez, y avanza. Estaba ya a punto de escalar la orilla, de salir. Pero su hijo le dio un golpe de muerte, con los puños, en medio del pecho. Ahogó a su padre, en el gran río. Y corrió en seguida, corrió corrió, corrió, creyendo que podría ser alcanzado. Y mientras corría iba empequeñeciendo, empequeñeciendo, empequeñeciendo... Apareció junto a su madre convertido en el niño que era.

Entonces la madre emprendió la marcha, fue caminando, con el niño en los brazos. Sintiéndose junto al pecho de su madre, habló el niño: "He matado a mi padre. Ya nada tienes que temer". Y mientras ellos caminaban, el esposo de la mujer, el legítimo esposo, lloraba, solo, en el campo. Un waychau volaba junto a él, le daba vueltas:

"¡Waychau! — cantó — La mujer de quién, de quién, está viniendo, de un pueblo lejano; llorando". Cantaba y revoloteaba sobre el hombre. "¿Por qué este waychau me canta? — dijo el hombre — ¡Me ha recordado, en vano, a mi esposa!". Y el pájaro insistió, siguió silvando: "¡Waychau, no llores, waychau! Tu mujer está viniendo hacia aquí, con una criatura en los brazos. ¡Waychau!". "Inútilmente, este pájaro, inútilmente...!", exclamaba, el hombre... Y vió en ese instante que su mujer aparecía, con una

criatura en los brazos. Se la veía sumamente delgada, enflaquecida. No había comido en el largo camino.

Se refregó los ojos y volvió a mirarla. "¡Es mi esposa!", dijo y corrió a abrazarla. "No importa que hayas vuelto con un hijo. Fue por mi culpa", le explicó. "Yo me demoré demasiado en el pueblo. No eres culpable; estás perdonada".

Le preguntó después: "¿Quién es el padre?". "Es hijo del oso", respondió la mujer. "No hay nada que hacer ante lo que no tiene remedio. Has vuelto. Juntos viviremos y juntos moriremos".

Y se dirigieron al pueblo: "Vamos a hacer bautizar al hijo del oso", dijeron." ¿A quién hemos de elegir, ahora, de padrino? Hemos de ser avergonzados. Confesémosle, mejor, todo al señor cura". Así acordaron, y fueron a la casa del cura.

Contaron al párroco toda la historia del rapto y del hijo del oso, y cómo el hijo mató a su padre. "Bueno — dijo el cura — ¡Ah, yo voy a ser el padrino!", lo dijo con orgullo: "¡Ha de ser mi ahijado el hijo del oso!". Y le puso el óleo, lo bautizó.

El niño empezó a crecer rápidamente. Ya tenía dos, tres años. Comía mucho: la sopa tenían que servirle en una olla grande; y también el mote [1]. Comía una olla grande de mote. Su fuerza era enorme. Nadie se atrevía a molestarlo, a hablarle vanamente. De un sopapo lanzaba lejos a los muchachos, los tumbaba.

Entonces, el padrino lo envió a la escuela. Los padres habían entregado al niño a su padrino, porque era muy atrevido. Las quejas menudeaban, de todas partes, a causa de los mozos a quienes el hijo del oso tundía.

Cierta vez, cuando estaba en la escuela, fue a bañarse al río, un domingo, en compañía de sus condiscípulos. Se desnudó para entrar al agua. Su cuerpo apareció completamente cubierto de pelos, de una pelambre densa que se enredaba sobre todos sus miembros.

---

(1) Maíz cocido en agua.

"¡Atatallau!" [2] — exclamaron sus compañeros — Un mozo bien peludo había sido ése!" Y corrieron hacia él para contemplarlo: lo rodearon. Enfurecido, el hijo del oso, lanzó sobre el río a todos sus compañeros. Mató a muchos.

Desde entonces el cura ordenó a su ahijado que fuera a bañarse solo. Porque se quejaron los padres de los niños muertos.

Pero tomó la costumbre de tocar las campanas. Las tocaba durante toda la noche, sin cesar. Subía a la torre; se encaramaba en la cima y repicaba noche a noche, sin descanso. Y no dejaba dormir a nadie en el pueblo. El cura le pedía: "No golpées las campanas. No hagas eso. Déjanos dormir". No le escuchaba ni obedecía. "¿Cómo podría espantarlo?" reflexionaba el cura. Ya era pues grande el hijo del oso; tenía como veinte años. Se le veía recio, forzudo, joven.

"Tengo que darle un susto, de todos modos, con cualquiera" había decidido el cura. Y reunió a los hombres del pueblo y los apostó dentro de la torre. Hizo que allí se ocultaran y lo esperaran.

Cenó el joven y se marchó. Se fue directamente a la torre, a tocar las campanas. Apenas entró, lo agarraron los hombres, uno y otro. Pero él los alzó y tiró contra los rincones, en la oscuridad. Así los amontonó, los dejó apilados dentro de la torre. Encontró aun otros hombres en la cima, junto a las campanas. Los alcanzó a todos y los lanzó por el aire hasta media plaza. "¡Tánlin, tánlin, tánlin, tánlin, tánlin, tánlin!", con más furia, en vano y sin cesar, tocó las campanas.

"¡Esa plaga! ¡Qué habrá hecho!", gimió el cura, y envió al sacristán para que fuera a averiguar. Encontró a los hombres muertos, desparramados en la plaza y amontonados dentro de la torre.

El cura tuvo que hacer enterrar a los muertos y proteger a los deudos; toda la culpa era suya "¿Cómo he de huir de este mi ahijado o cómo he de arrojarlo del pueblo? ¿Qué he de hacer para salir de él?. "Es el castigo de Dios", decía.

---

(2) Interjección de asno.

Y contrató hombres en dos pueblos distintos e hizo que abrieran una especie de sepultura honda en la iglesia, detrás de la puerta. "Allí quizá pueda hacerlo enterrar a este negado de Dios, a mi ahijado", pensó. Luego disfrazó a los hombres, les puso un cucurucho en la cabeza y les ordenó que esperaran detrás de la puerta de la iglesia, de noche.

"Joven velludo — le dijo a su ahijado — Tráeme el misal; mañana tengo que oficiar en otra parte". El joven obedeció. Se dirigió a la iglesia.

Ya había comido y se marchó silbando; silbando llegó a la puerta del templo. Con una llave enorme abrió la puerta y entró. Pisó en falso; estuvo a punto de caer dentro de la sepultura y sintió que lo empujaban. Pero se enderezó. Los hombres lucharon inútilmente por lanzarlo al foso; lo jalaban, pretendían arrastrarlo. Por el contrario, él los enterró, uno tras otro. Los arrojó al hueco y los enterró. Avanzó, luego hasta el altar mayor; tomó con cuidado el libro, y lo llevó en brazos. Llegó muy cansado donde su padrino.

"¿Por qué llegas cansado?", le preguntó el padrino. "¡Ah, padrino! —respondió — Se habían levantado las almas en la iglesia y las muy bellacas pretendieron enterrarme. Pero yo las he vuelto a su sitio; he enterrado de nuevo a esas tontas". El cura no dijo nada. Salió disimuladamente de la casa y se dirigió a la Iglesia: "Tengo que ver. ¡Puede haber sucedido algo!", decía mientras caminaba.

Encontró a treinta hombres muertos. Estaban ya duros y enterrados. Habían muertos enterrados. Y el cura tuvo que responder también por esos hombres.

Así, el joven velludo cumplió veinticinco años. Las deudas del cura habían crecido incalculablemente. Tenía que pagar todos los daños que causaba su ahijado. Felizmente, el párroco no tenía hijos ni parientes. No gastaba sino a causa de las desgracias que cometía su ahijado. Era su único castigo.

"Haré traer el gran toro bravo de las montañas. Que él lo mate y que Dios me perdone", había decidido. Y logró que trajeran al gran toro de las montañas. Le dijo al joven: "¡Ahijado!". "¡Padrino!", le contestó. "Capearás a ese toro, en la fiesta". "¿Por qué no, padrino? Si tú me lo ordenas, lo capearé".

Se celebraba la fiesta. Soltaron a la plaza el toro. Era inmenso; su lomo parecía hervir cuando corría. Apenas lo echaron a la plaza, el joven peludo lo lanceó, empezó a capearlo. Lo toreaba. Y cuando estaba toreándolo; estaba toreándolo en una esquina, el toro lo enganchó. Le metió el cuerno al vientre y lo desgarró. El joven no sintió la cornada; no se miró el vientre; pero la multitud gritó. Al oir el alarido de la gente, el joven se miró la herida. Tenía los intestinos colgados hacia el suelo.

"¡Má! ¡El puerco!", dijo. Al toro lo arrearon al corral, al coso. Mientras tanto, el joven peludo, se agachó, alzó sus propias tripas con una mano y se las metió al vientre. Luego se cosió la herida con una pita; ensartó una cuerda cualquiera en una aguja y se cosió él mismo la herida. Ya de pie, ordenó:

"¡Vuélvanme a soltar a ese puerco!". Echaron nuevamente el toro a la plaza. En cuanto lo vio, el joven peludo le dijo: "¿Cómo me has hecho esto! Yo sólo jugaba contigo. La cosa no iba en serio. Yo no te dije que me cornearas fuerte. Haz de ver ahora lo que es luchar conmigo...". Lo atrapó de los cuernos y de las patas delanteras; lo levantó fácilmente; lo lanzó lejos, por el aire, detrás de la plaza. El toro cayó muerto.

El cura exclamó en seguida: "¡Qué he de hacer ahora! Es el castigo de Dios. ¿De qué modo y dónde he de librarme de este hombre?" Y el hijo del oso ya tenía padrasto. El padre había muerto y la madre viuda se había vuelto a casar. Pero también había muerto el segundo marido; acababa de morir. La madre se encontraba nuevamente sola y viuda. Entonces le trajeron al cura una noticia. Había pedido que averiguaran cómo podía salvarse de su ahijado:

"En ese pueblo, en ese otro, ha aparecido un condenado. Se ha condenado a causa de sus riquezas, de su mucho dinero. Toda

la gente ha huído a las montañas; porque el condenado ha devorado ya a muchos", le dijeron.

"Que perezca allí. El condenado se lo va a comer", pensó el cura y llamó al joven peludo. Le dijo:

"Ya no te puedo mantener, ahijado. Cada día comes más y más".

Y era cierto. Grandes vasijas llenas le servían en el almuerzo, y devoraba fanegas enteras de mote. Por eso su fuerza era descomunal, incalculable.

El padrino ofreció al mozo dos caballos; uno para la madre y otro para que lo montara él, el joven velludo. Le regaló también un perro: "Este va a ser tu compañero" — le dijo. — Luego le señaló un camino: "Sigue esta ruta. Estoy seguro que algo haz de encontrar para mantener tu vida. Con la gran fuerza que tienes, cualquiera será feliz de tomarte a su servicio". El joven velludo se arrodilló ante su padrino, y partió. Se fue con su madre.

Caminaron durante todo un día. El perro iba junto a ellos; era rojo, y grande, muy grande, de pelo corto y brillante. Trotaban por el camino y, de repente, encontraron sobre una montaña, encontraron muchos hombres escondidos por todas partes.

"¿Qué haceis aquí, hombres?", preguntó el joven.

"No, señor, no sigas este camino —le contestaron — El condenado te ha de devorar". "¿Qué condenado?", preguntó. "En nuestro pueblo se está condenando un hombre, con su dinero. Era muy rico y avaro. Murió siendo así, y se condenó. Ahora está devorando gente".

"¡Excelente persona es para mí! — exclamó el joven velludo — ¡A ver, guíenme! ¿Dónde está ese condenado? Me encontraré con él; quizá pueda consumir mis fuerzas luchando, en cualquier sitio". Deseaba marchar al instante. "No, señor. Tenemos miedo", le dijeron los hombres. "¡Guíenme solamente! Muéstrenme el pueblo", insistió. "Recuerda que tú lo has querido", le advirtieron los hombres y lo guiaron.

Llegaron a la vista del pueblo. Lo mostraron desde lejos.

El joven marchó sobre él, acompañado de su perro. Su madre quedó oculta con los hombres, en el cerro. El mozo dijo, antes de partir: "Si mañana vivo aún, tocaré las campanas; repicaré. Entonces se reunirán ustedes".

Se fue. Llegó al pueblo. No había allí nada ni nadie; todo era silencio. Se dirigió a la casa del condenado; entró a la tienda. ¡Era inmensa y estaba llena de toda clase de mercaderías. No faltaba nada: había barretas, lampas, hachas... herramientas. Era una gran tienda. Es que pertenecía a un hombre muy poderoso, dueño de todo el pueblo y de las tierras del pueblo. El pueblo había sido su hacienda.

Allí en la tienda, sin darse cuenta, el joven se quedó dormido. Y el perro también se quedó dormido.

El sol cayó a la cima de las montañas, luego oscureció. Y se hizo noche. Entonces el condenado gritó: "Aaaaaaaaaa...! ¡Cualquiera... quienquiera que esté en mi pueblo...! "¡Voy a devorarlo...!". Y vino gritando. El joven escuchó el alarido y se puso de pie: "¡Ahí está!, dijo. Se dirigió hacia una ventana, y miró.

Marchaba el condenado, como un viento, estallando, reventando, sacudiéndose: "Bú... bú... bú!". Llegó a su casa y entró; tuvo que inclinarse para entrar por la puerta. Era enorme, alto, muy alto. Pero el joven peludo también era altísimo y fuerte... Y cuando el condenado metió el cuerpo, por la puerta de la casa, agachándose, el joven le dio un hachazo en el cuello. El condenado se revolcó en el suelo. Se levantó en seguida y atacó. El mozo lo golpeó con otra hacha. Volvió a caer y a revolcarse, y se levantó de nuevo. Recibió otro fierrazo, cayó; se levantó, volvió a caer y volvió a levantarse... Entonces su cuerpo empezó a desparramarse. El perro se lanzó sobre los pedazos que saltaban del cuerpo del condenado. Los fue devorando. Eran trozos de fuego, pero el perro los comía. Se hartaba; defecaba allí mismo y volvía a comer. La lucha continuó así hasta el amanecer, hasta la hora en que, por la media luz, los hombres se preguntaron: "¿Quién eres?".

Cuando amaneció "¡Haz de conocerme mañana, verdaderamen te! — dijo el condenado — Hoy no, no soy el que soy... Me has maltratado. Mañana voy a ser verdaderamente el que soy. Te daré lo que mereces. Si eres hombre de valor, me esperarás".

"No te tengo miedo. Te esperaré si así lo deseas", le contestó el joven velludo.

Se marchó el condenado. (Ellos no duermen ni de día ni de noche. Sólo cuando devoran hombres suelen dormir durante el día). Ni bien se marchó el condenado, el joven subió a la torre y empezó a repicar las campanas.

Los hombres que estaban escondidos en los cerros exclamaron: "Toca las campanas. ¡Esta vivo!..." Y se atrevieron a bajar al pueblo: corrieron.

"¡Sí! estoy vivo todavía" — dijo el joven velludo — "Prepárenme comida".

Trajeron carneros de muchos sitios. Hicieron caldo, con mote, y cocinaron, aparte, mote. Vieron que el joven velludo estaba muy cansado, muy cansado. Había luchado toda la noche. Tenía hambre. En cambio al perro se le veía harto, bien lleno. No quiso comer. Se sentía aun repleto de la carne del condenado que había devorado.

"Tengo que esperarlo hoy", dijo el mozo. Había roto todas las hachas de la tienda en el cuerpo del condenado.

Le sirvieron la comida, y vieron los hombres cómo el joven velludo engullía peroles enteros de carne y caldo.

"Si vivo aún mañana, tocaré las campanas, como hoy. Ustedes se reunirán nuevamente y vendrán", les dijo. "Sí señor", contestaron los hombres.

Y sucedió lo que estaba previsto. Al caer el sol, en la oscuridad, apareció: "Aaaaaaaaa... ¿Me esperas?... ¡O haz huido...! gritó el condenado, henchiendo el aire, llenando la quebrada. Tronando y sacudiéndose llegó a la casa. Se agachó para entrar; entró

a la tienda; parecía más grande. El joven lo esperaba detrás de la puerta, y le asestó un golpe con un pico de fierro. Lo golpeó en el cuello. Y como en la noche anterior, el cuerpo del condenado empezó a desparramarse. Ya no cayó ni se revolcó en el suelo. Recibía los golpes y se desparramaba. El perro se lanzaba sobre los trozos de fuego y los iba comiendo. "¿Ves que soy, que soy aún?", le decía el mozo.

Pelearon toda la noche. Cuando los picos se acabaron, el joven velludo atacó con barretas. El perro seguía comiendo sin fatigarse los pedazos que saltaban del cuerpo condenado. Defecaba y comía. Así llegó el amanecer. A esa hora habló el condenado: "Mañana hemos de saber quien acaba, tú o yo. Alguno de los dos ha de salvarse". "Que sea lo que quieras", contestó el joven. Pero sintió que sus fuerzas habían decrecido, que la fatiga lo rendía.

Se retiró el condenado. El joven peludo se dirigió a la torre: "¡Tánlin, tánlin, tánlin, tánlin, tánlin, tánlin, tánlin!", Repicó.

"¡Ahí está! ¡Todavía existe!", voceando, los hombres corrieron al pueblo. Encontraron al joven velludo, rendido, muy cansado. "¡Todavía estás!", le dijeron, "¡Vives!". "Sí", contestó "Hoy es el último plazo, esta noche. El y yo hemos de saber, si me ha de devorar o lo he de salvar".

"¿Qué quieres ahora?", le preguntaron los hombres.

"Vayan al monte, corten árboles y hagan de los troncos muchos garrotes. Que sean garrotes grandes, bien grandes".

Los hombres llenaron el patio de árboles cortados, de inmensos garrotes. Los trajeron de los montes.

Ese día el joven velludo ya no comió tanto. Cuando terminó de almorzar los hombres volvieron a irse a la cima de la montaña, a esconderse. "Voy a tocar las campanas", les había dicho el joven velludo.

El sol moría, oscureciendo, allí. Y cuando las sombras colgaban ya sobre todas las cosas "¡Aaaaaaa...! ¿Me estás esperando en el mismo sitio...? ¡O te ha hecho huir el espanto...!", diciendo

gritó el condenado. El joven velludo, le dijo a su perro: "¡Tenerle miedo nosotros a ese pobre diablo! Aunque mis fuerzas han decaído... lo estamos esperando". Le habló al perro como a un semejante; el animal permaneció callado. ¡El bandido no había comido nada en el día! Se había saciado con la carne del condenado.

Mientras el joven hablaba... "¡Uúúúúú... uuuuu...!" Llegó. El maderamen de la casa empezó a rechinar, a moverse vivo; gemía. Agachándose, entró el condenado, todo como fuego de azufre; altísimo, inmenso, entró.

El joven lo golpeó con uno de los grandes trozos de árbol que los hombres trajeron del monte. Todos los instrumentos de metal se habían acabado. Con los garrotes golpeó al condenado en el cogote, en el cuello. Entonces... ¡revolcándose en el suelo! como la primera noche, empezó a desparramarse. El perro saltó sobre los trozos de fuego y los fue comiendo; devoraba los pedazos de carne que llameaban. ¡Y así, así! El joven rompía un árbol y tomaba otro, rompía otro árbol y alcanzaba uno nuevo. Peleó toda la noche.

Al primer canto del gallo... la carne del condenado, su carne humana, se acabó. El perro lo devoró todo. Sin carne, sin fuego, sin nada... un alma blanca apareció en medio de la tienda.
fuera de la tienda. El perro no abandonó a su dueño; fue tras él.

"¡Tú eres mi salvador! ¡Tú eres mi madre, tú eres mi padre! Creí que jamás me salvaría. Ven, pues. He de mostrarte la causa de mi condenación", dijo el alma, y guió al joven velludo; lo llevó

El alma blanca mostró al joven, en un rincón, tres vasijas llenas de oro y cinco llenas de plata. Estaban enterradas debajo de la tierra.

"Me condené con esto — dijo — Robé el trabajo de todos los hombres del pueblo. Ahora me has salvado tú. Todo esto es tuyo ahora. Tengo una hija. Has de casarte con ella y con ella pasarás tu vida. ¡Adiós!. Se convirtió en paloma, el alma blanca, y se fue.

El joven velludo se encontraba fatigado; había perdido sus fuerzas en la lucha. Abrazó a su perro; éste le acarició en la frente

con su lengua. No tenía más compañero que él. Luego se dirigió a la torre y repicó las campanas vivamente, llamando a los hombres.

"¡Ahí está! ¡Lo ha salvado!", exclamando, la gente del pueblo se arrojó al camino, corrió hacia la plaza. Se reunieron allí todos, hormigueando. Eran muchos.

"¡Ahora sí ya salvé al condenado! ¡Lo he salvado!", dijo el joven.

"¿Cuáles son tus pruebas?", le preguntaron las autoridades.

"Me dijo que tiene una hija. Me pidió que me casara con ella. Y en esta casa, adentro, hay tres vasijas llenas de oro y cinco llenas de plata. Se condenó a causa de esas riquezas, mal habidas. Me las dejó, por haberlo salvado. Traedme ahora a su hija".

Los hombres fueron a la montaña y trajeron a la muchacha. También a la madre del joven la trajeron. Todos se reunieron, volvieron a ser gente del pueblo.

¡El joven velludo se siente feliz! Ya no es el monstruo de antes. Su prodigioso vigor se acabó. Es únicamente un hombre fuerte, algo más fuerte que los demás, como hay muchos. Tampoco es el tragón que era; ya no come peroles de mote y caldo. Parece sólo un hombre comilón, de gran apetito, como hay muchos.

Se acordó de su gran padrino, el mozo. "El me encaminó a la fortuna — dijo — Que venga a casarme, que después deje de ser cura. Aquí vivirá con nosotros".

Envió un mensajero donde su padrino y consiguió que viniera. ¡Le agradeció a él, que lo había enviado a la muerte!

El cura celebró el matrimonio. Y el mozo velludo vivió en compañía del cura en ese pueblo, en ese mismo pueblo.

3. LA ETNOLITERATURA SELVATICA

La producción narrativa de las doce familias lingüísticas de la selva amazónica peruana (Arahuaca, Cahuapana, Harakmbet, Huitoto, Jíbaro, Pano, Peba-Yahua, Quechua, Tacana, Tucano, Tupí-Guaraní y Záparo) contiene casi exclusivamente relatos míticos. Esta literatura es eminentemente *intracultural* por su elaboración colectiva y grupal no contaminada, en principio, con los valores ideológicos de la cultura occidental; son narraciones primigenias en las que afloran las cosmovisiones étnicas de nuestro pueblo, transmitidas oralmente de generación en generación desde el poblamiento inicial del territorio selvático peruano hasta los actuales narradores que las ciencias sociales llaman "informantes".

El conjunto de relatos míticos pertenecientes a una determinada etnia constituye su *mitología*, cuya función primordial es la de preservar la identidad y el aservo cultural del grupo. Pero si bien no podemos sostener que la mitología es coextensiva con la totalidad de esa cultura, ella mantiene sus principales vestigios a través del habla cotidiana, los dibujos, las liturgias, los protocolos, todo tipo de ritos y monumentos. La mitología como experiencia social es, pues, un bien común, la cosmovisión compartida por el grupo no menor que la lengua que le sirve de medio de comunicación.

Ahora bien, desde el punto de vista etimológico, el término "mito" abarca varios sentidos más extensos que el señalado, enmarcando así su empleo en la lengua cotidiana. *Mito* significa "palabra, discurso", "acción de recitar, de decir un discurso" (anuncio, rumor, mensaje, diálogo, conversación), "consejo, orden" (prescrip-

ción, resolución, proyecto) y "fábula" (cuento, apólogo). De ahí que el mito se enuncie en grandes relatos que transmiten el conocimiento en el momento de su emergencia, como respuesta al deseo de saber el origen de las cosas, las conductas sociales, las relaciones con el medio ambiente (informaciones geográficas, climáticas, agrónómicas, zoológicas), todo ello asociado a las instituciones sociales (legitimación del poder y sus jerarquías políticas, religiosas, administrativas) y a la memoria que dictamina un código ético, es decir, la expresión de cierta idea de la condición humana.

La realidad multiétnica de nuestro país se retrata así en sus mitos. Una breve muestra de ellos son las dos variantes del *Mito de Núnkui* sobre la "instauración del orden social civilizado" perteneciente a la etnia aguaruna [1]. La primera variante (Variante A) fue grabada en la localidad de Alto Cachiaco en 1970 por la informante Untsúmat y la segunda (Variante B) en el lugar denominado Canga (río Cenepa) en 1976 por el informante Shirik (véase el croquis adjunto donde se ubican los lugares de grabación). Ambas variantes han sido colocadas una al lado de la otra y sus transcripciones divididas en secuencias a fin de que el lector pueda cotejarlas y observar allí uno de los fenómenos más resaltantes de la narración etnoliteraria: la *distasis* o propiedad que tienen los relatos míticos de mantener su misma estructura argumental a pesar de las condensaciones y expansiones que inevitablemente presenta cada variante narrativa respecto de otra variante. De esta manera, en cada secuencia se retiene un mismo volumen argumental, no obstante las diferencias surgidas (por ejemplo, la secuencia 11 sólo pertenece a la variante B). Por último, acompaña a estos textos un breve vocabulario comprensivo [2] que nos permite precisar el sentido del relato en su conjunto.

---

(1) García-Rendueles Fernández, Manuel, "Testimonios", en *Amazonía Peruana*, Vol. II, Nº 3 (Mitología), Centro Amazónico de Antropología y Aplicación Práctica, octubre de 1978, Lima, pp. 9-41.

(2) García-Rendueles Fernández, Manuel, "Vocabulario comprensivo", en *Amazonía Peruana*, Vol. II, Nº 3 (Mitología), Centro Amazónico de Antropología y Aplicación Práctica, octubre de 1978, Lima, pp. 42-50.

En relación al procedimiento de traducción de la lengua aguaruna al castellano peruano, M. García-Rendueles escribe lo siguiente: [3]

> "El material sufrió una primera 'degradación' al ser transcrito (puesto en escritura) en el propio idioma aguaruna. La riqueza dramática de la acción y el gesto, la variedad de tonos, la fuerza de las onomatopeyas, la vivencia colectiva ante la 're-creación del mito'... que enriquecen al 'mito narrado', todo ello desapareció al someterse el acto ilocutorio [4] a las rígidas normas de un abecedario y a un sistema de transcripción fonética. Sin embargo, este primer 'empobrecimiento' era necesario por dos razones. En primer lugar queremos presentar no 'nuestra interpretación del mito o la comprensión global de la narración', sino el mito tal y como fue narrado, con sus errores, sus machaconas repeticiones, su lenguaje desinhibido y al mismo tiempo, tal y como fue percibido por el grupo, con sus preguntas, sus dudas, sus aportaciones, y en algunos casos, con sus ritos, en fin, como praxis recreadora del mundo... Es decir, no el mito 'narrado' sino el mito 'vivido' en la conciencia colectiva de un pueblo y expresado simbólicamente. Para ello era necesaria la transcripción exacta de la narración del mito dramatizado que nos ayudará a ser lo más fieles posible en el momento de la traducción".

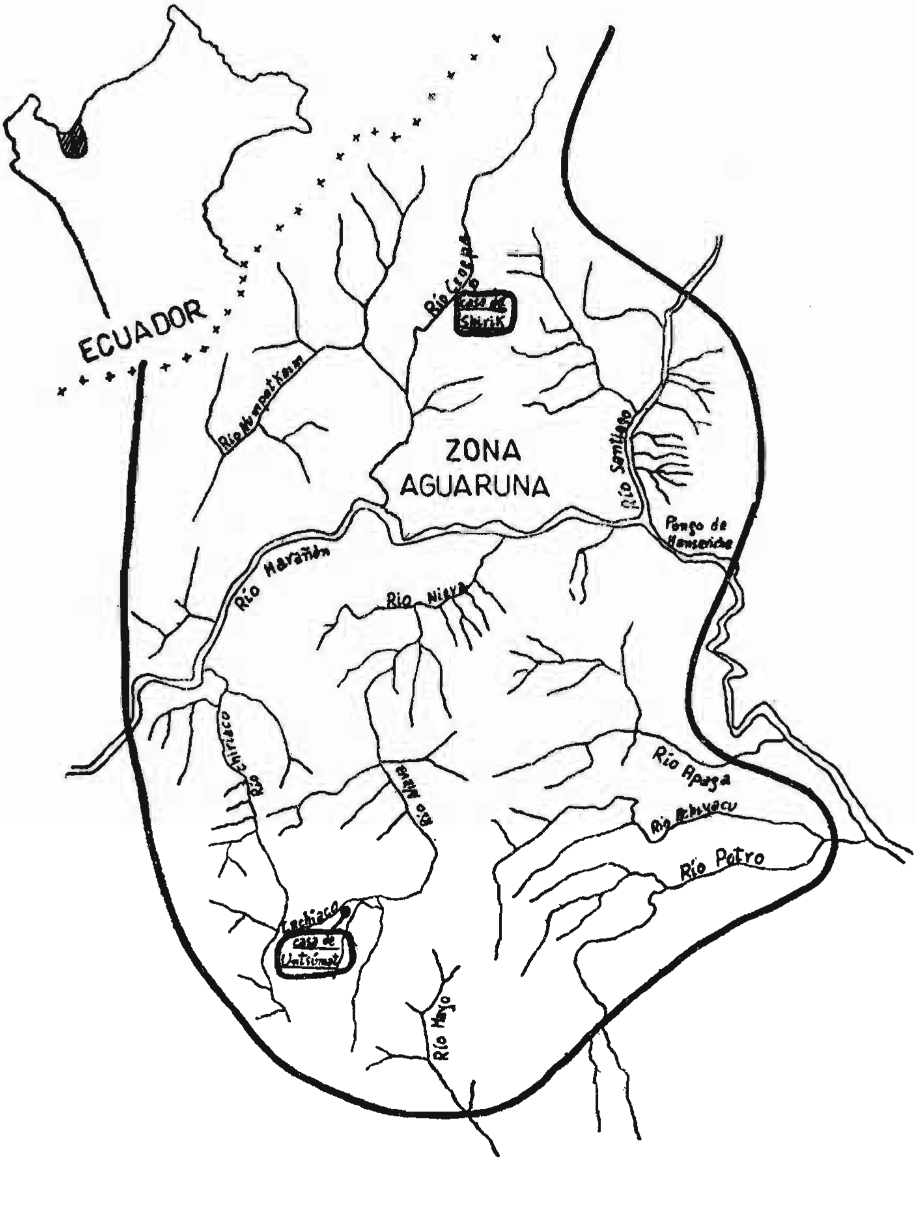
ENRIQUE BALLON

---

(3) Cf. "Introducción" a Aurelio Chumap Lucía - Manuel García-Rendueles, *Duik Múun... Universo mítico de los aguarunas*, Centro Amazónico de Antropología y Aplicación práctica, Lima, Tomo I, p. 19.

(4) Se denomina "acto ilocutorio" (o "acto de habla") al conjunto de enunciados efectivamente realizados por un locutor (o "informante") determinado en una situación dada. (N. de los A.).

Lugares de registro oral del mito de Núnkui



EL MITO DE NUNKUI
(Traducción)

VARIANTE A

Antiguamente los viejos, antiguamente los viejos, hambrientos decían:
— ¿Qué comeremos?

Vivían comiendo *washik*; estaban con hambre, siempre con hambre, dicen.

Washik. El *washik* es como una soga; el *washik* echa fruto. Ese mismo *washik* comían, dicen.

VARIANTE B

SECUENCIA I

Cuando el viejo llegó acá encontró bastante *wáwa* y árboles de *washik* cargados de frutos.
¿Qué cosa iban a comer? No había *yujúmak*.
Sólo tenían un *kanán* bien chiquita. Acá llegó con la *kanán* que había llevado (en la balsa). Amarrando la *kanán* (en el extremo) de un palo, macerando con ella el árbol de *wáwa* (sin tumbarlo), luego de sacar su corteza), eso comía.
Cultivando (árboles de wáwa, ¡taa! ¡taa! (golpeando sus troncos), rajándolos, jalando (sacaba en tiras la corteza). Cuando los árboles de wáwa estaban tiernos y su corteza estaba sa-kiskijú [1] a ésos, macerándolos

(1) Se denomina así a la corteza rugosa y áspera

(después de sacar su corteza), colocaba las raspaduras en una hoja grande diciendo:
— (Voy a llevar) esto para que luego mis hijos chupen su jugo. Envolviéndolas, regresaba el que se había ido a cultivar los árboles de *wáwa*. Cuando llegaba, repartía a sus hijos y ellos chupaban.
Al día siguiente, bien de mañana, se iba con su *kanán* (a otro manchal de *wáwa*). Después de deshierbar, (al regreso), recogía frutos de *washik*. Los llevaba (a la casa) y cocinándolos, comía, dicen.
Fíjate. El fruto del *inchinchi* es muy parecido al del *idáuk*. Aunque es amargo lo comía, dicen. El *yapán* que como el *yunkipák*, ése que actualmente no se come y que el espesor de su carne es como así [2], (también lo comían). Después de partirlo y de cocinarlo haciendo *painkámu*, a pesar de sentir que era amargo, como no podían aguantar el hambre, lo comían, dicen. Cocinando *pitu*, el *pitu* que actualmente come la *kúyu*, ése que es así de tamaño, también lo comían, dicen. Así vivían.

(2) Gesto con la mano indicando el grosor.

Estando comiendo, (un hombre dijo) a su mujercita:

—Vete a la chacrita [1]. Yo he descubierto *washik* y he dejado; voy a ver —decía.

—Bueno, vete a ver.

Diciendo eso se fue. Cuando se fue a ver el *washik*, ella, a su vez, se fue a la chacrita.

Cuando regresaba, estando viniendo, vio *dúse* con su cáscara abierta, caído en el río, que venía flotando, flotando.

—¡Debe ser eso que llaman *dúse!* ¿Qué cosa será? Es *dúse*. Eso que llaman *dúse*, eso es.

Empezó a subir por la quebrada, chapoteando, chapoteando. Mirando, (vio) allá mismo (que el agua) que venía bajaba barrosa.

—¡Jauchá! ¿Quién estará *lavando* [2]? Cuando uno está lavando así sucede; esto es igual.

Cuando se fue a deshierbar (la mancha de árboles) de *wáwa*, una de sus mujeres —dos tenía— dijo a la otra:

—Subiendo la quebrada, cojiendo *tsúntsu*, vamos a comer, dijo [3].

Cuando subía por la quebrada (encontró) una cáscara de yuca grande. ¿No ves que ¡puju! ¡puju! ¡puju! ¡puju! [4] machetean a las yucas grandes para sacar su cáscara?

Esa cáscara (era de una yuca que *Núnkui*) había pelado. La encontró cuando venía arrastrándose (por el fondo del agua).

Entonces (dijo:)

—¡Jeéee! ¿De dónde vendrá esa (cáscara) de yuca?

Diciendo eso, se fue subiendo la quebrada y mirando bien.

(Encontró) a una mujer grande, a otra también grande, a otra más, a otra más, a otra más. Eran *Núnkui*.

Una hija (de Núnkui), asi de tamaño, también estaba allí.

---

(1) No se refiere al huerto familiar, sino a los lugares de la selva donde abundan los frutos y plantas silvestres comestibles. Es una época donde los aguarunas eran únicamente recolectores.

(2) En el Oriente Peruano pescar con barbasco se dice "lavar la quebrada". Véase en el Vocabulario Comprensivo.

(3) Parece que la mujer no acepta la invitación pues no vuelve a aparecer en la narración.

(4) Onomatopeya: ruido que produce el machete al cortar la yuca para sacar su cáscara.

Diciendo así, echando a correr, yendo, (encontró) a una mujer que se estaba bañando, dicen.
Llegó donde se estaba bañando *Núnkui*.
—¡Chaj! ¡Cómo quisiera que a mí...!
—¿Quién eres tú? ¿qué mujer eres? —(preguntó *Núnkui*).
Cuando así dijo,
—Soy yo —(contestó).
—¡Chii! —(exclamó *Núnkui*).
—¡Cómo quisiera que me dieras un poquito de *máma*! Yo también quiero comer *máma* cocinada.
(*Núnkui* contestó:)
—¿Por qué tengo que darte *máma*? No te la voy a dar. Llévate a esa niñita.

Entonces (la mujer dijo a una de las *Núnkui*:)
—¡Jaucha! ¡Mujercita, cómo quisiera llevarte!
Diciendo eso, ¡kajut! abrazándola, la alzaba, dicen.
(*Núnkui*) dijo:
—¡Waa! ¿Por qué me tratas así. Lleva a ésa que está ahí.
(Mientras *Núnkui*) pelaba una yuca, (comenzó a cantar así:)
Yuca grande, yuca grande
acá he avivado, he avivado
(a esta mujer)
¡puj! ¡puj! ¡puj!
Así hacía, dicen.

SECUENCIA III

Cuando así dijo, (la mujer añadió:)
—¡No! Esta no la quiero llevar. Voy a llevar ésa.
Aquella que se está bañando en el río; la que está sentada e inclinada con el agua hasta la cintura.
Cuando así dijo,
—¡No! Lleva ésta.
—¡No! Quiero llevar aquella.
Cuando así dijo,
—¡Chii! Sal hijita, salte, salte.

Entonces (*Núnkui* dijo:)
—Llévate a ésa; llévate a ésa.

Entonces, la mujer que estaba en el río, la que estaba nadando, ¡tsekén!, saliendo rápidamente, se paró, dicen.
Cuando salía hizo blancas las estrellas, dicen Porque había tenido relaciones, porque había tenido relaciones, así sucedió, dicen. Esa *Núnkui* asi hizo, dicen.
Entonces (dijo:)
—Yo por eso te había dicho:
"Lleva ésta, esta chiquita lleva".
Era más o menos chiquita, dicen. Como así era; como así era.
—Hijita, sube, vete.
Una vez que subas a la niña, lavas las tinajitas, las tinajitas usadas, ¡shakau! ¡shakau! y las colocas ahí.
Otros que hagan lo mismo, otros que hagan también lo mismo; toditos.

SECUENCIA IV

Con la niña actúen así: a la niña no la traten con desprecio; no hagan así. Por tonterías no maltraten a la niña; no hagan así.
Si hacen así, van a morir de hambre.
A la niña no la traten con desprecio; no hagan así —dijo, dicen.

(No la maltrates) pues no quiero tener problemas contigo.
Lo que actualmente decimos: "Aunque fuese *Núnkui* no me arrojes ceniza a los ojos", (lo decimos porque antiguamente sucedió lo que luego veremos).
(*Núnkui* dijo a su hija:)
—Así como dices acá, de igual

(La mujer contestó:)

—¿Por qué voy a tratarle así?
¿Por qué voy a tratarle así?

(*Núnkui* añadió:)

—Hijita, como dices aquí, como dices aquí, de la misma manera dí. Ya sabes llamar todo. Sabes llamar al *dúse*; sabes llamar al *tsamáu*; sabes llamar a la *máma*; sabes llamar a toditos los animales. De igual manera, hijita, llama.
Ten firme tu corazón. Habla bien. —Así decía.

—Está bien —(respondió la niña).

manera dí. Fíjate bien. (Luego añadió dirigiéndose a la mujer:)
Mi hija es vergonzosa. Cuando llegues a tu casa haz un cerco con ropas alrededor de su cama; allí la dejas. Haz así. (Luego dijo a su hija:)
Dí como siempre dices acá; así dí.

Cuando así le dijo, (ella contestó:)

—Está bien.

(Dirigiéndose a la mujer, dijo:)

—Llévatela. Yo también estoy pensando ir a poblar (la tierra).

—Bueno —contestó (la mujer);

SECUENCIA V

Cuando dijo así, (la mujer), cargando a la niña, poniéndola encima se la llevó, dicen
Cargando, se la llevó. Llevando a la niña, subiendo, (llegando a la casa, la bajó.
Parándose, lavando las ollitas, las colocó como allí, dicen.
Otras también, lavando las ollitas, allí las colocaron.
Entonces, (la niña *Núnkui* dijo:)

—Estas ollas, convirtiéndose en grandes *búits*, que estén; así pintadas, que estén —Así dijo, dicen.

y se llevó (a la hija de *Núnkui*).
Cuando llegaron a la casa, cercando con ropa (una cama), dejó allí (a la niña *Núnkui*).
Todo esto sucedió cuando el marido se había ido a macerar *wáwa*.

(La mujer dijo a la niña:)

—¡Listo! Ahora dí.

—Bueno —contestó ella—. Que aparezca masato preparado también con *kénke*, en un *búits* recién pintado. Fermentando pronto ¡pushuj! que se derrame.

Dicho esto, gritó: ¡¡Kusuiiii!!
Y al decirlo, las ollas se convirtieron en *búits*, a otra le pasó igual; a otra le pasó igual; a otra le pasó igual. Así pasó con muchas, dicen.
Esto también (dijo:)
—Estas *piningas*, transformándose en unas *piningas* grandes, con *masato* bien colocado, espumante, así, que estén.
Como le habían dicho que dijera, (así decía). Como ella también siempre había dicho, como ella sabía, así dijo.
Al decir, se convirtieron en *piningas* con *masato* espumante, espumante, espumante. Así hicieron, dicen.
También en los *búits* el *masato* se derramó, se derramó, se derramó, espumante espumante. Así hicieron, dicen.
Entonces, su maridito que había ido por *washik*, volvió y, cogiendo el *tujúsh* que había dejado tirado (su mujer), poniéndolo en un pliegue de su *itipak*, lo llevaba agarrado.
Envolviéndolo, trayéndolo puesto en bandolera, venía, dicen.
El *washik* también lo traía envuelto (en hojas), envuelto (en hojas).
Envolviendo el *tujúsh* con su ropa, (llevándolo), venía, dicen.
Como lo había dicho apareció: ¡pushuj! (se derramaba).
—Que aparezca ahí fuera (una chacra llena) de yuca; (que los tubérculos) sean tan grandes (que haga levantar la tierra). (Que en la chacra también aparezca) *kénke* y *paámpa* con racimos bien cargados. Que haya tal cantidad de *tsamáu* que la (chacra) aparezca de color rojo.
Cuando ya el masato se derramaba, las dos mujeres, tomando, se emborracharon.
—Que aparezcan árboles de *ipák* tan cargaditos de frutos que sus ramas ¡wiji! ¡wiji! se inclinen por el peso.
Cuando aparecieron, se pintaron (de fiesta).
¿No te has fijado que cuando se toma sin haber comido antes nada, con solo una *pininga* de masato ya uno se emborracha? (Cuando uno anda de mitayo por el monte) comiendo sólo carne de *wáshi* (y regresa a la casa), al poco rato dice: "Ya estoy cansado y bien borracho pues he tomado sin haber comido yuca. Por eso estoy bien mareado".
¿No te has fijado que los que arrojan hablan así?
De igual manera estarían diciendo las mujeres.

Cuando llegó, (dijo:)
—!Chaj! ¿Por qué has tirado esto viejita?
(Contestó la mujer:)
—¡Chaj! ¿Por qué dices eso? ¿Por qué dices eso? No hables. Callándote, siéntate ahí.
—¿Por qué hablas así? ¿Por qué has hecho ese cerco? [3]
Cuando dijo eso,
—No digas. Estáte callado ¡No hables! ¡no hables!
Diciendo así le dio masato.
—Viejita ¿de dónde lo has sacado?
Cuando así dijo,
—¡No hables, te estoy diciendo!
Cuando así dijo,
—¡Chii!
Diciendo eso, de un sólo trago se lo bebió, dicen.
Ella le dio a su maridito; a ése que andaba comiendo inútilmente *washik*, a ése que venía recogiendo *washik*.
Entonces, a esa *Núnkui*, cogiéndola, subiéndola, a esa niña que era pequeñita, cogiéndola, la subió, dicen.
A ésa llevaron, dicen.
Entonces ella, a todo llamaba ¡Qué cosa no podría llamar! Al

(3) Las camas de las mujeres solteras generalmente tienen paredes bajas de pona o de corteza que rodean total o parcialmente el el lecho.

El marido llegó trayendo (raspaduras) de *wáwa*, envueltas en hojas y colgadas al hombro. Venía con el estómago vacío y con su *kanán* sujeta a la cintura. Entró (en la casa).
Entonces, (el masato) que estaba preparado en una *pinin* (que *Núnkui*) *había conjurado* -era así de grande- llevándola a pulso, ¡tsekén! se la dio (a su marido), dicen.
El marido (preguntó:)
—¡Cha! Mujercita ¿de dónde has sacado esto?
—Mira quién está ahí tumbada, mira quién está ahí —(contestó la mujer).
Tomó bastante (masato), dicen.
Como uno se emborracha pronto cuando toma sin haber comido antes yuca, cuando mis viejos me contaban esto, yo decía: "¡(Ese hombre) pronto comenzaría a bailar!".
Como tenían suficiente, bien estaban.
Cuando cuento esto, siempre me amargo (pues si no hubieran molestado) a *Núnkui*, ahora también tendríamos abundante comida) ¡Los antiguos cuánto deseaban sufrir de hambre!
(A la mujer no le gustaba que la *chacra* estuviera rodeando la casa como actualmente está. Por eso dijo a *Núnkui*:)

báshu, al *páki*, al *wáshi*, al *shushui*, al *káshai* los (llamaba); a todos.
A los *yunkipák*, a esos que son; a los que son *báshu*, a todos ¡Qué cosa no podría llamar! A todo llamaba, dice.
—¡Llama *dusé*!
Cuando así le decían, *dúse* también llamó.
—¡Llama huevo de *atásh*!
Cuando así le decían, huevo de *atásh* también llamaba.
—¡Dí que las *atásh* se multipliquen!
Cuando le dijeron eso, ella también (dijo:)
—¡Que se multipliquen las *átash*!
Cuando así dijo, las *atásh* se multiplicaron. Las *atásh* mucho se multiplicaron.
Entonces ella quería mucho a la niña, a ésa que la mujer había llevado; mucho la quería. Ahí estaba.

—No quiero andar por acá cerca de la casa (para recoger los frutos de la chacra); (no quiero) estar andando, andanlo, andando (por acá). Dí que la chacra aparezca allá, al otro lado de la quebrada. Yendo allá, regresando, bañándome (en la quebrada), viviré contenta.
Cuando dijo, (*Núnkui* contestó:)
—Bueno —dijo—. Que la chacra de yuca (se traslade) allá, al otro lado de la quebrada. Que las yucas (sean tan grandes que hagan levantarse la tierra). Que aparezca también *kénke*, *idáuk*, *sánku* y *namúk*.
Todo se cumplió.
(Cuando venía de la chacra), cruzaba (la quebrada después de bañarse). Bien vivía.
Esa *Núnkui*, que aún era mujercita, allí estaba.

SECUENCIA VI

—¡Llama al *Jwanch*! —así le decían, dicen—.
!Llama al *Jwanch*!
Cuando así le dijeron, ella contestó:
—¡No quiero! ¡Espera! Voy a llamar *bichák* y comeremos.

Los niños que vivían (en la misma casa), eran así de grandecitos.
—Llama a los *shiwán* para verlos —le decían (los niños).
¿Por qué dirían eso en vez de pedirle que llamara *kánka* o *sé-*

Después de llamarlo, dijo:
Maní molido, hecho *bichák*, estoy cagando —Así decía, dicen.

Engañándoles (decía:) "Estoy cagando".

Diciendo así, poniéndose (el *bichák*) encima, en su espaldita, kankekekeke...[4] ¡pau! se cayó. Al niño, que cogiéndolo lo comía, (*Núnkui* le dijo:)

—Estás comiendo mis excrementos —Así decía, dicen.

Núnkui así decía, dicen. Diciendo eso, hacía reir a los niños. Cuando estaba solito con ellos, así hacía, así hacía.

—¡Llama al *Iwanch*!

Cuando así le dijeron,

—¿Por qué voy a llamar al *Iwanch*? No se le debe llamar. El *Iwanch* no se marcha pronto; no regresa pronto. Tampoco los viejos, cuando lo llaman, le hacen regresar pronto. Al *Iwanch* no se le debe llamar, dicen.

Cuando dijo así,

—¡Estás mintiendo! ¡Llámale rápido! ¡Llámale rápido!

Diciendo así, le molestaban.

—¡Chiii! —dijo, y llamó al *Iwanch*, dicen.

(4) Onomatopeya: ruido que produce el bichák al rodar por la espalda de Núnkui.

kuch o a algún animal de caza, para luego comerlos?

—Llama a los *shiwán* para verlos.

Diciendo así,

—Está bien —dijo (la niña *Núnkui*).

Cuando dijo que los *siwán* aparezcan, estos (vinieron) y llenaron toda la casa. Con su lanzas en alto, ¡taket! invadieron la casa. Allí estaban.

Después de mirarlos, de mirarlos, (los niños dijeron a *Núnkui*:)

—Que regresen.

Diciendo eso,

—Bueno, —contestó—. ¡Que los *shiwán* regresen!

Regresaron en bloque y nuevamente todo quedó despejado.

—Llama a los *Iwanch* para verlos.

—Aunque regresan (después de llamarlos), no lo hacen rápido, demoran mucho. Nos meten miedo, nos meten miedo —dijo (*Núnkui*).

Cuando así les dijo, (ellos insistieron diciendo:)

—¿Tanto miedo dan? Vamos a verlos de todas maneras.

Tanto le rogaron (que *Núnkui* dijo:)

—¡Chiii! Que aparezcan los *Iwanch* en el tronco de ese árbol tumbado, que aparezcan

—¡Que aparezcan los *Iwanch* apoyados en los tronquitos! ¡recostados en la *peák* ¡sentados en la candela! ¡Que así suceda! —Así dijo, dicen.

Así dijo *Núnkui*, dicen.

Cuando así dijo, los *Iwanch* aparecieron apoyados (en esos sitios), dicen.

Entonces, los niños (dijeron:)

—¡Biii! ¡Echalos rápido! ¡échalos rápido! ¡échalos rápido! ¡Devuélvelos rápidamente!

Cuando así le exigieron, (*Núnkui*, dijo:)

—¡Waaaj! ¡No les he dicho que los *Iwach* no regresan pronto, aunque se les diga que se marchen! Yo así les había dicho —dijo.

—¡Que estos *Iwach* se pierdan!

Aunque así les decía, allí se quedaban.

—¡Cómo van a salir! ¡No salen rápido! ¡no regresan rápido!

No pudo, dicen.

Entonces,

—¡Te digo que los regreses rápido!

Diciendo eso, cogiendo ceniza, se la arrojó a la niña en su ojito; a la hijita de *Núnkui*, dicen.

apoyados en el *patách* y sentados en los leños del fuego.

Todo se cumplió. (Aparecieron) unos *Iwanch* grandes.

Cuando llegaron (todos, los niños gritaron:)

—¡Tenemos miedo! ¡tenemos miedo! ¡tenemos miedo!

Sus uñas eran largas.

—¡Nos dan miedo! ¡Hazlos regresar!

—¡Que los *Iwanch* regresen, que desaparezcan!

Cuando dijo eso, momentáneamente se alejaban un trecho. Después de alejarse, nuevamente regresaban y entraban (a la casa).

—¡Nos da miedo! ¿Por qué no los haces regresar si te lo decimos? ¿Por qué no los haces regresar si te lo estamos pidiendo? —le decían.

Cogiendo ceniza se la arrojaron a *Núnkui* a los ojos.

¡Acaso (pensaban que no dolía) la ceniza dentro de los ojos!

Esta niña, llorando, llorando, llorando, sobando, sobando su ojito, se le puso rojo; su ojito se hinchó, se hinchó. Hinchado estaba, dicen. Lloraba.
Entonces, a esa *Núnkui* que ella llevó, como a su hijita, como a su hija trataba. A ésa que había llevado, allí, la tenía.
—Cuídenla. No le riñan —dijo y les dejó, dicen.
A su chacrita, a su chacrita[5] se fue. Estuvo andando por la chacra. Había bastante *ínchi, pagát, paámpa.*
Entonces, mientras andaba, el *ínchi* se convirtió en *inchinchi;* dicen.
Cuando se convirtió en *inchinchi,* dijo:
—¿Por qué pasará eso? ¡Jauchá! ¿Por qué pasará esto? —dijo mientras miraba.
Mirando hacia arriba, cuando quiso ver un *paámpa,* el *paámpa* en *winchu* se convirtió, dicen.
Después, cuando quiso ver un *pagát,* en *tankán* se convirtió, dicen.

(5) Chacra hecha por *Núnkui,* a la que sólo va la mujer a recoger los productos. No se realiza aún ningún trabajo.

Llorando llorando, sobando (sus ojos), sobando, llorando, llorando, agarrándose (a un horcón) de la casa, ¡take! ¡take! trepando, trepando, (llegando) al *esáji* de la casa, haciendo un hueco (en la cumbrera), se sentó.

Guayaquil, guayaquil llévame.
Cuando coma el *mejentseje*
de mi mamá
te voy a invitar.
Guayaquil, guayaquil llévame.
Cuando coma el *mejentseje*
de mi mamá
te voy a invitar.

El guayaquil, ¡kau! (inclinándose) ¡saa! se apoyó (en la casa).
Entonces, (la mujer) que estaba en la chacra vio que la *yujúmak* en el fruto del *tsanintsanín,* así de grande, se transformaba. El *paámpa* en *tumpá* se transformó. El *sánku* en *sunkip* se transformó; el *idáuk* en *inchinchi;* el kénke en *kenkéke;* (la *yujúmak*) en *tsanin-tsanín* se transformó.

—¡Waa! ¿Qué está pasando? —dijo (extrañada la mujer).

La *kukúch* en *untuká* se transformó.

Queriendo ver *sánku*, en *sunkip* se convirtió, dicen.
Entonces, echando a correr, corriendo, corriendo, corriendo, corriendo, subió donde había dejado a la niña. Al mirar, (vio) que la niña, pegada a los palos, estaba trepando faltándole poco para la cumbrera de la casa. Pegada (a los palos), la niña estaba subida, así como a esa altura.
Estaba subiendo (para llegar) al travesaño. Así, poquito le faltaba. La niña, bien pegada (al palo), subía, subía.
(La mujer) ¡tsakén! llegando, desatándose la cinta que tenía amarrada, sacándosela, lanzándola, quería engancharla y, jalando, la quería llevar; jalando la quería llevar, la quería llevar; jalando la quería llevar; jalando la quería llevar; jalando la quería llevar; jalando la quería llevar.
Entonces, como la casa era grande, allá en la cumbrera se subió. Haciendo ruido al romper las hojas, se subió encima de la cumbrera. Entonces se sentó.

Guayaquil, guayaquil
llévame
para que comas
el *pagantseji*
de mi mamá.

—¡Waaa!

Corriendo llegó a la casa y encontró (a *Núnkui*) sentada encima del techo.

—Hijita, baja ¿Acaso te he maltratado? —decía.

A pesar de decir eso, el guayaquil ya estaba apoyado (en la casa).

(Nuevamente, *Núnkui* comenzó a cantar:)

Guayaquil, guayaquil llévame.
Cuando coma el *mejentseje* de mi mamá
te voy a invitar.

Tantas lo cantó (que el guayaquil) ¡kakut! se abría para llevarla; pero *Núnkui* de miedo (se apartaba) gritando ¡waaaa!

(El guayaquil) ¡take! se abría, ¡tantan! se cerraba. Por fin ¡juj! la llevó.

Guayaquil, guayaquil
llévame
para que comas
el *pagantseji*
de mi mamá.

Guayaquil, guayaquil
llévame
para que comas
el *pagantseji*
de mi mamá.

Así hacía, dicen

Sentada, lo repitió muchas veces.
—Hijita, ven; hijita ven ¿Por qué me dejas?
Su madrecita, la que le había llevado, estaba intentando ahorcarse como si fuera su *dukún*. Cayéndose estaba, dicen Como loca andaba llorando. (Estaba) como muerta, como muerta de tanto llorar.
¡Tuut! pegaba a los niños; a los niños pegaba.

Guayaquil, guayaquil
llévame
para que comas
el *pagantseji*
de mi mamá.

De tanto decirlo, inclinándose el guayaquil, ¡sa! ¡sa! ¡sa! ¡sa! . . . cuando le quería llevar, agachándose ¡sa! ¡sa! ¡sa!. . . queriéndola llevar, ¡pujit! rozándole, le dejó, dicen.

Guayaquil, guayaquil
llévame
para que comas
el *pagantseji*
de mi mamá.

Guayaquil, guayaquil
llévame.
Guayaquil, guayaquil
llévame
para que comas
el *pagantseji*
de mi mamá.

Cuando le quería llevar ¡sa! ¡sa! ¡sa!... agachándose (*Núnkui*) ¡pujit! rozándole, le dejaba, dicen.

De tanto decir, de tanto decir
Guayaquil, guayaquil
llévame
para que comas
el *pagantseji*
de mi mamá.

¡sa! ¡sa! ¡sa! ¡sa! ¡sa¡... cuando la niña se alzó, ¡ju! lo cogió, dicen.

SECUENCIA VIII

Cuando se la estaba llevando, la que era como su madre, corriendo, ¡pisupsu! iba machetando al guayaquil, dicen.

Pero el guayaquil al mismo tiempo curaba; el guayaquil, a (La mujer), cogiendo el hacha, ¡pisut! ¡pisut! golpeaba al *kénku*, pero como es bien grueso (no avanzaba casi nada). ¡Pisut! ¡pisut! golpeándolo, golpeándolo, ¡kakut! cortándolo, ¡pauj! lo tumbó.

la vez, sanaba, sanaba, sanaba. Así hacía, dicen[6].

Cortó. Otro más cortó; dejando ése, queriendo cortar otro, lo huequeó; (el guayaquil) sanaba, sanaba; así hacía, dicen. Haciendo así, haciendo así, haciendo así, el guayaquil se llevó a *Núnkui*, dicen.

Entonces, el guayaquil a esa *Núnkui* se llevó; se marchó. *Núnkui*, al marchar, dejó metido en el guayaquil una ventosidad, dicen.

En el guayaquil, en el guayaquil estaba la ventosidad que dejó (*Núnkui*).

(6) De acá provienen las "cicatrices" que pueden verse en los guayaquiles.

Cuando (*Núnkui*) se fue, dejó (dentro del guayaquil) una ventosidad; eso que ahora son nuestros gases. Dejándolos, se fue donde su madre (al interior de la tierra).

(La mujer, mientras cortaba y abría cada uno de los entrenudos del guayaquil, decía:

—¡Cómo habrá podido bajarse con la cantidad de nudos que tiene (el guayaquil)!

Abriendo, abriendo (cada entrenudo), por fin encontró algo igualito a (*Núnkui*. Era *Iki*).

—¡Waaaa! ¿Por qué me quieres dejar, hijita?

—Aquí estoy —(contestó *Iki*). Cuando así dijo,

—¡Chiiii! —exclamó (la mujer).

SECUENCIA IX

Estando la (mujer) huequeando, a una niña, a una niña como de este tamaño que estaba metida en el guayaquil, cogió, dicen. (Una niña como de este tamaño, llevó).

Colocándolo ahí, (dijo:)

—¡Llama *máma*! ¡llama! —así decía, dicen.

Como era ventosidad de *Núnkui*, cuando le decían: "¡Llama!", cuando así le decían, ¡*Máma* podrida! (llamaba).

Sacándola del guayaquil, le dijo: —¡Llama *yujúmak*!

—Esta bien —dijo—. ¡*Yujúmak* pasadita! —(llamaba).

¡Acaso eso se puede comer!

—¡Llama al *paámpa*. Esta *yujúmak* no se puede comer.

—Bueno —dijo (*Iki*)—. ¡*Paámpa* raquítico, bien raquítico! (llamaba).

—¡Llama *ínchi*! ¡llama!
Cuando así le decían.
—¡*Ínchi* pasadito! —(llamaba)
Pasadito aparecía, dicen, pasadito.
—¡Llama *máma*!
Cuando así le decían,
—¡*Máma* pasada! —(llamaba)
Diciendo eso, *máma* pasadita (aparecía). Cuando así decía, *máma* pasadita aparecía, dicen.
—¡Llama *paámpa*!
Cuando así le decían,
—¡*Paámpa* raquítico! —Así decía, dicen.
Paámpa raquítico (aparecía).
Ninguna cosa podía (traer), dicen.
—¡Llama *kénke*! ¡Llama!
—¡*Kénke* pasadita! —(llamaba).
Pasadita aparecía.
Lo intentaron todo, pero (nada bueno) podía (traer).
—¡Llama *dúse*!
—¡*Dúse* podrido!
Manicito podrido (aparecía).
—¡Llama a todo el *sánku*!
—¡*Sánku* pasadito! —(llamaba).
—¡Llama *kukúsh*!
—¡*Kukúsh* comida por *káshan*! —(llamaba).
En vano (traía) *kukúsh* podridas, dicen.
Estando así, estando así ¡qué cosa comerían!

—Llama al *idáuk*!

—¡*Idáuk* pasadito! —(llamaba)

Medio podrido aparecía.

Rápidamente, la mujer que estaba huequeando el guayaquil, a eso que digo que sacó del guayaquil cuando lo estaba huequeando, a eso que digo que sacó, acercándose, (le dijo:)
—¡Declara bien, te digo!
Diciendo, levantando el pie ¡tunket! le pegó con el talón.
Corriendo ¡kupet! se introdujo (por el ano de la mujer).
Por el cuello, ¡mete! se partió, dicen.
La ventosidad de *Núnkui*, de *Núnkui*, cuando se introdujo (por el ano de la mujer), por el cuello se partió, dicen.
Fíjate, por el cuello de la niña se partió.
Entonces, después de partirse, la cabecita, la cabecita, dentro se quedó. El tronco se cayó.
Entonces, eso, se cayó.
La ventosidad de esa *Núnkui*, su cabeza, se metió (por el ano de la mujer), dicen.
Antiguamente la ventosidad no olía mal, dicen. La ventosidad no olía mal, dicen.
Entonces *Núnkui*, una vez que se introdujo, la ventosidad de *Núnkui*, una vez que se introdujo, al rato, cuando (la mujer)

Probaron todos los (productos de la chacra).
—¡(Siempre llamas) lo que no se puede comer!
¡(Como sigas así) voy a limpiarme contigo!

Cuando (la mujer) dijo eso, (la *Iki*) corriendo, ¡tunk! metió su cabeza (por el ano de la mujer)

¡Bien grande debía ser el *numpiji* de la mujer!

Cuando quería jalar de él, se atajaba. Jalando, jalando, ¡pujit! lo sacó. Aunque sacó (el cuerpo de *Iki*) el cerebro le quedó dentro.

Como el cerebro se pudrió, ahora decimos: "¡puj! ¡cómo apesta el *Iki*!". Se lo llevó metido.

Cuando amaneció al día siguiente, (la mujer) ¡tuuuuuu! ventoseó.

De esta manera *Iki* nos contagió las ventosidades.

jer) dormía ¡bukuiiiiii! el mal olor venía.

—¿Por qué (apesta así) esta ventosidad? ¿Quién ha ventoseado? ¡Jaucha! ¿Quién ha ventoseado?

Diciendo eso, comenzaron a hacer bulla. Esa cabeza de *Núnkui*, al pudrirse, (hacía que las ventosidades oliesen mal).

Esa ventosidad que olieron, ésa, se propagó, dicen.

Núnkui, lo que había dejado *Núnkui* cuando ventoseó, esa ventosidad de *Núnkui* que se había introducido (por el ano de la mujer), rompiéndose por el cuello, introduciéndose sólo la cabeza, esa ventosidad de *Núnkui* se propagó, dicen.

Desde entonces la ventosidad comenzó a apestar, dicen.

Antiguamente la ventosidad no apestaba, dicen.

SECUENCIA XI

Después, (*Núnkui*) se le apareció en *sueños* (a la mujer).

—Yo había dicho que quería poblar la tierra. (También) había dicho: "Que sin sufrir se consiga comida. Que así sea".

(Pero ahora digo:) "El que no haga chacra que sufra (de hambre)".

(Al que haga la chacra con lentitud) que le digan: "Mucho demora en hacer su chacra". Que así sea. O que le digan: "Aún no ha terminado todo el rozo y ya está produciendo (lo primero que sembró)". Que así sea.
El que trabaje esforzándose, terminará pronto (su chacra) y tendrá para comer. Que así sea.
La mujer, sembrando, sembrando, sufriendo, sufriendo, enflaqueciendo que tenga (suficientes chacras para vivir). Que así sea.

(*Núnkui*) ¡kaet! amarró (los tallos) de yuca que llamamos *shinkát-máma*, (a los que llamamos) *dayán*, ¡kaet! también los amarró; (a los que llamamos) *ipák-máma*, ¡kaet!, también los amarró.
(Entonces, *Núnkui* dijo en *sueños* a la mujer:)
—(Para que los distingas), los he amarrado con sogas diferentes. (Al *shinkát-máma*) lo he amarrado con la soga del *shinkát*; (a la *ipak-máma*) la he amarrado con la soga del *idáuk*. Estas son las clases de yuca que vas a cultivar.

Después de decirle eso, (*Núnkui* cogió los frutos) de *kénke*,

de *idáut* y sacó hijuelos de *paámpa*. (Después dijo a la mujer:)

—Voy a dejarlos amontonados en el cruce de caminos.

Así le dijo a la mujer.

(Después que le dijo eso) en *sueños*, (despertándose), encendiendo el fuego, se fue a ver (si era cierto).

Cuando llegó, encontró amontonado (todo lo que le había dicho *Núnkui*). Recogiéndolos, los sembró.

Después de sembrar, tumbada en la cama miraba cómo crecían (las plantas).

De esta manera obtuvimos todas las plantas comestibles y ya no pasamos hambre. Pero tenemos que sufrir trabajando si queremos tener las *chacras* (suficientes para vivir).

¡¡Ya está!!

VOCABULARIO COMPRENSIVO

atásh. Gallina. Es rara la casa aguaruna que no cuenta con un pequeño corral de gallinas y algunos pavos. Se come muy raramente y más bien se utiliza para los trueques con los comerciantes. Son propiedad de la mujer.

báshu. Paujil. Ave de plumaje negro. Su carne es exquisita y abundante. En la "época primordial" fue aliado de los aguarunas y de *Etsa* /sol/. Participó en la primera guerra contra los peces y el *Unkáju* /cangrejo de río/, donde *Etsa* lo transformó en ave homónima.

bichák. Pasta de maní molido.

búits. Olla de grande proporciones, pintada generalmente de color rojo y ornamentada con dibujos simbólicos. El interior está recubierto con una especie de resina para evitar las filtraciones. Suele descansar sobre cuatro palos de unos 70 cm. de largo, clavados en el suelo e inclinados un poco hacia afuera, formando un cuadrado y rodeados en la parte superior por un bejuco. La olla se utiliza exclusivamente para fermentar y conservar el masato (véase).

chacra. Aja en aguaruna, es el huerto familiar. Los aguarunas practican la agricultura de swidden o de corte y quema como forma de adaptación a las condiciones

ecológicas de su hábitat. La calidad de las tierras, las condiciones microclimáticas, la cercanía de quebradas o riachuelos, la ubicación del resto de su familia extensa, son entre otros, factores que el aguaruna tiene en cuenta a la hora de elegir el lugar apropiado para la nueva chacra.

La primera operación será la del rozo, y es responsabilidad de los hombres. Consiste en limpiar con el machete la vegetación arbustiva, las lianas y ramas que rodean a los árboles mayores. Luego viene la tala, que se realiza en dos tiempos. En el primero se cortarán, sólo parcialmente, la mayoría de los árboles menores y medianos. Para el final se deja el árbol mayor que se tala completamente, arrastrando en su caída, como en una reacción en cadena, a todos los demás. Este sistema supone un estudio previo de la inclinación de los árboles, su grosor, proximidad... En todos los casos se respetan los tocones y las raíces, evitando así, en parte, la fuerte erosión producida por las frecuentes lluvias. Después se realiza la quema de los arbustos y ramas amontonados en lugares estratégicos. Con esto finaliza la participación del hombre en las actividades agrícolas. La siembra de la yuca, el cuidado de la chacra, la paulatina recolección según las necesidades diarias de la familia o las derivadas de sus compromisos sociales, las sucesivas siembras parciales para substituir a las plantas cosechadas, es una de las labores principales de la mujer aguaruna.

Las principales plantas cultivadas por los aguarunas son: la *máma* /yuca/ de la que conocen más de 30 variedades; el *sánku* /taro/ con más de seis variedades; la *kénke* /sachapapa/, con unas diez variedades; el *dúse* /maní/ con sus seis variedades; el *idáuk* /camote/; *la kai* /palta/; el *uyéi* /pijuayo/; el *yáas* /caimito/; el *namúk* /calabaza/; el *báshu* /barbasco/; el *timu* /variedad de bar-

basco; *baikúa* /planta alucinógena/; *datén* /ayahuasca/; *ajén* /jenjibre/, con más de 10 variedades; *panaát* /caña de azúcar/; *sáa* /maíz/; *ujúcb* /algodón/; *ipák* /achiote/... Globalmente se puede decir que cultivan cerca de 42 especies de plantas y reconocen unas 168 variedades.[1]

La chacra rendirá yuca, base de la alimentación aguaruna, de 3 a 5 años. La pobreza de los suelos en unas ocasiones y en otras el miedo a la brujería o la defunción de algún familiar, obligará a abrir nuevas chacras en el primer caso, o a emigrar hacia nuevas tierras en el segundo.

Aparte del conocimiento que el aguaruna posee de las especies botánicas que cultiva, utiliza más de 450 plantas silvestres para la construcción de canoas, casa, trabajos de cestería, tintes, herramientas, con fines medicinales... Sin embargo, el conocimiento que el aguaruna posee de las especies botánicas va más allá de la utilidad inmediata o de la satisfacción de sus necesidades individuales o sociales. Porque las conoce se puede servir de ellas.

Si la caza y la pesca están asociados al hombre, la agricultura lo está a la mujer. El trabajo agrícola no es sólo una actividad económica; es también un momento sagrado. Hay una continua interacción entre el mundo de la superficie (tierra) y el mundo del subsuelo donde habitan las *Núnkui*, dueñas de la chacra y de sus productos. La mujer, por medio de las canciones mágicas /*aném*/, pide a las *Núnkui* que posibiliten una nueva creación; que las yucas maduren, que los plátanos den fruto... Cuando la mujer cultiva está viviendo una experiencia religiosa. Sale del tiempo ordinario para introducirse en uno sagrado donde, al rememorar el mito y hacerlo praxis por el rito, posibilita la realidad de los bienes de subsistencia. Las *Núnkui*, a su vez, conceden el vigor y la fertilidad a la tierra y aseguran un aprovechamiento racional de los recursos, exigiendo el cumplimiento de las normas tradicionales de explotación agrícola.

---

(1) Berlin, Brent, *Amazonía Peruana* - Vol. 1, Nº 2. 1977. Lima.

dayán. Variedad de yuca.

dukún. Término de parentesco que puede significar madre, hermana de la madre y mujer del hermano de la madre.

dúse. Maní. Es el *Arachis hypogea.* El aguaruna cultiva varias clases de maní. El *tankán-dúse,* largo y el color de la semilla es de color rojo apagado. *Mun-dúse,* más corto y el color de la piel de la semilla es blanco con líneas oscuras; el *tapaji-dúse,* la piel de la semilla es blanca; *Munun-dúse,* delgado la cáscara lisa y la piel rosada.

esáji. Palo largo que sostiene la cumbrera de la casa.

idáuk. Camote. Es la *Ipomea batatas.* El aguaruna cultiva dos variedades.

Iki. Ventosidad.

inchi. Camote.

inchinchi. Especie de camote silvestre. No es comestible.

ipák. Achiote. Es el *bixa Orellana.* Las semillas de este arbusto proporcionan un pigmento rojizo. Se usa, mezcado con agua o saliva, como pintura corporal para fiestas o guerras; también para teñir los hilos de algodón destinados a los trabajos en el telar. Mezclada con leche caspe se utiliza en la ornamentación de la cerámica. También se le atribuyen propiedades mágicas y medicinales. Antiguamente su uso como pintura corporal estaba prohibido a los jóvenes, fuera de ciertos ritos de iniciación.

ipák-máma. Variedad de yuca.

itipak. O *itipik,* es el vestido típico del hombre aguaruna. Consta de una sola pieza de algodón de 70 x 80 cm., con franjas verticales según un esquema y colorido

estereotipado. Lo llevan a modo de falda, sujetándola a la cintura con una especie de cinturón /*akáchu*/. Siempre les llega más abajo de las rodillas, salvo en caso de guerra que las recogen hasta los muslos para facilitar los movimientos.

Antiguamente los jóvenes debían hacerse su propio *itípak* antes de contraer matrimonio, mostrando así al suegro que conocía los secretos del telar y era capaz de vestir a su mujer e hijos. Antes de conocer el telar se vestían con la corteza del árbol *kamúch*. Después de separarla del tronco, la dejaban a remojo varios días; luego la maceraban hasta que la pieza adquiría la flexibilidad y suavidad adecuadas; a veces la teñían con achiote. Su uso ha continuado aún después de conocer el hilado pero sólo como vestido de trabajo.

En la época primordial, el *itipik* lo hacía el mismo *Ujuch* /algodón/ y se lo regalaba al hombre. Por el orgullo del *Jaankuap* /mono blanco/, *Etsa* /sol/ conjuró. Desde entonces hay que trabajar mucho para poder vestirse.

iwanch. Alma de los aguarunas cuya muerte no ha sido vengada. En la cultura tradicional aguaruna la muerte natural o la producida por enfermedad se achaca casi siempre a la brujería. La muerte es producida por un *tsentsák* /dardo/ mágico que algún brujo maléfico /*tunchi*/ les lanza. Mientras el difunto no sea justificado es *Iwanch*. Su actividad estará encaminada a presionar a los miembros de su familia por el miedo, los encuentros belicosos, los robos, los raptos de niños y mujeres para que su muerte sea vengada y pueda, si ha sido Wáimako /hombre que ha recibido el conocimiento de su vida futura y el valor para realizar con éxito acciones guerreras/ transformarse en *Ajutap* /espíritu de los antepasados, de carácter benéfico/.

Los aguarunas que han visto al *Jwanch* o han peleado con él lo describen como alto, flaco, belludo, anda desnudo y gritando, posee mucha fuerza y puede transformarse en *wámpu* /mariposa/, *púmput* /lechuza/, o *jápa* /venado/. Puede utilizar de diversas maneras sus miembros, desprenderse de ellos o substituirlos por otros. Se alimenta de *majúnch* /camarón/ y de algunas frutas... Anda por la noche buscando posibles víctimas entre sus familiares.
Los *Jwanch* se dedican también a la caza llevándose el *wakán* /alma/ de los animales que mataron en vida. También pescan usando el *wakán* del barbasco. En la vida de los *Jwanch* se repiten muchos acontecimientos desagradables que les acontecieron antes de convertirse en tales.
Si no logra que algún familiar suyo le haga justicia se transformará en *yujanki* /nube/, una vez que ha revivido su anterior existencia.

kanán. Hacha de piedra.

kánka. Pez boquichico.

kashái. Majás. Roedor de tamaño relativamente grande. Su carne es muy apreciada. Dañino para los sembríos de yuca. En la mitología aguaruna aparece como una de las mujeres de *Etsa* /sol/. Por querer evitar que su marido subiese al cielo, se transformó en el animal homónimo.

káshan. Gusano.

kénke. Sacha papa. Es el *Dioscorea trifida.* Cultivan 9 variedades.

kenkeke. Especie de sacha papa silvestre, no comestible.

kukúsch. Cocona. Es la *Solanum* spp. Cultivan unas 7 variedades.

kuyu. Pava de monte. Es la *pipile cumanesis.* Ave de carne exquisita. En la mitología aguaruna aparece como aliada de Etsa /sol/.

lavar quebrada. Expresión del oriente peruano para expresar la pesca con barbasco. El barbasco es un producto vegetal cuyas raíces, maceradas, desprenden una substancia lechosa fuertemente ictiotóxica. La pesca se prepara cerrando con esteras alguna quebrada o brazo de un río mayor, generalmente después de una crecida. Arriba del río se golpea con unos palos las raíces del barbasco para que suelte su substancia. La rotenona que se desprende atonta a los peces que quedan flotando a disposición de los más activos. En estas pescas participan, en ambiente de fiesta, toda la gente disponible. Si la pesca ha sido abundante, parte de los peces se ahumarán para el consumo de los días siguientes. Una buena parte se sancochará y se consumirá ese mismo día, seguido de un gran masateo (véase *masato*). El barbasco es también usado, especialmente por las mujeres, masticándolo, para provocarse la muerte ante situaciones socialmente insostenibles.

máma. Yuca. *Manihot esculenta.* La mujer aguaruna conoce al menos unas 30 variedades. Es parte fundamental de la dieta alimenticia de los aguarunas. Se cocina de esta manera: en el fondo de una *ichínak* /olla especial/ se acomoda un enrejado de tallos de yuca. Se echa agua hasta ese enrejado y luego se llena la olla de yucas, sin cáscara y bien lavadas. Se tapa herméticamente la olla con hojas de plátano y otras grandes, y se amarra bien. La yuca se cocina así por acción del vapor del agua.

La introducción de ollas de aluminio, aparte de que está originando el olvido de la alfarería, hace que la calidad de la cocción haya disminuido, con el

consiguiente desagrado del hombre aguaruna, amigo de "la buena comida".

masato. *Nijamánch* en aguaruna. Bebida típica en toda la Amazonía. Su preparación es una de las labores más importantes de la mujer aguaruna. Una vez cocinada la yuca se la macera con el *táin* /especie de mazo/ en una gran bandeja de madera llamada *púmput*. Al mismo tiempo, una pequeña porción es másticada y, después de mezclarla bien con saliva, se une nuevamente con el resto de la masa. La ptialina de la saliva servirá para que fermente. Al dia siguiente ya se puede tomar mezclando la masa fermentada con agua. El grado de fermentación y la densidad del líquido depende del gusto del consumidor.

El masato es parte fundamental en la alimentación de los aguarunas. Se consume a lo largo de todo el día y difícilmente puede concebirse un trabajo una reunión social, un viaje o una expedición de caza, sin este avituallamiento. Tomado en cierta cantidad tiene efectos alcohólicos, lo que le hace elemento imprescindible en toda fiesta o "masateo". Estas fiestas sociales reúnen a todos los miembros de la familia extensa, y son una de las pocas oportunidades donde el aguaruna tiene la experiencia vital de pertenecer a un grupo social homogéneo, toma conciencia de su propia identidad y fortalece las relaciones de parentesco. No es, pues, raro que sea una de las cosas que el aguaruna eche de menos cuando, por cualquier razón, está lejos de su familia. Puede decirse que cualquier motivo es bueno para realizar un masateo: la terminación de una casa, como agradecimiento por la colaboración en un trabajo que exige más brazos que los de la familia nuclear, después de las labores agrícolas de tala y quema, el regreso de un familiar... Servir masato es tam-

bién signo de compromiso matrimonial. La mujer sólo servirá al marido y a los que él expresamente invite. La joven ofrecerá masato por primera vez a su esposo al final del rito matrimonial, como símbolo de aceptación.

mejentseje. Alimento hecho a base de maní molido.

mitayar. Cazar. Si la agricultura está asociada a la mujer, la caza lo está al hombre, aunque no es raro que la mujer lo acompañe en las expediciones de caza realizando tareas secundarias. Se pueden distinguir dos modalidades de caza, practicadas ambas a lo largo de todo el año, siempre que las lluvias y las crecientes de los ríos lo permitan.

Una de ellas, casi diaria, la realiza el hombre por las cercanías de la casa con la única pretensión de cazar algún ave. Al mismo tiempo revisa las trampas colocadas en el monte y recoge los peces que han caído en la estera colocada sobre una barbacoa en un sitio adecuado del río. Suele ir solo, o con alguno de sus hijos varones, cargando únicamente la cerbatana y la aljaba. La segunda modalidad la realiza acompañado de alguno de sus familiares más cercanos, suegro y cuñados, en los "cotos de caza" que su familia de afinidad tiene en los centros de la selva.

La duración de estas expediciones es de varios días, pues es necesario matar animales más grandes, como sajinos, monos... que le provean de carne para un plazo de 15 ó 20 días en que volverán a salir. La escopeta y los perros son aliados imprescindibles en estas ocasiones. Por la noche, las piezas cobradas, una vez limpios sus interiores, se las trocea y, encima de una barbacoa, se las ahuma. Una parte de la carne se sancochará para consumirla en los días próximos. Las vísceras se prepararán en *patarashca*

/alimentos que han sido cocinados al fuego directamente después de haberlos envuelto en hojas/ para su consumo inmediato. De las piezas conseguidas disfrutarán, una vez regresados a la casa, todos los miembros de la familia extensa. En la casa del cazador habrá visita constante de familiares, dispuestos a escuchar con atención la escenificación minuciosamente detallada de la caza. Al marcharse recibirán una pierna, alguna *patarashca*... La caza es para el hombre una actividad sagrada. Fue *Etsa* /sol/ el que le enseñó la manera de cazar y el *Kajakám* /dueño de los monos/, quien le entregó la cerbatana y el conocimiento de las técnicas para fabricar *tséas* /veneno/.

Las *Núnkuis*, dueñas de algunos animales, cuidan que se cumplan las leyes destinadas a favorecer la conservación de las especies.

namuk. Calabaza. Los aguarunas cultivan unas 4 variedades.

numpiji. Trasero.

Núnkui. Diosa del subsuelo. Tradicionalmente, el nombre de Núnkui sólo se da a la mujer. Las Núnkui que habitan en el subsuelo tienen poder —por medio de los conjuros— de hacer presentes todo tipo de animales y plantas comestibles. Son también "dueñas" de algunos animales que, de vez en cuando, sueltan en grupos a la superficie. Hay una continua interacción entre el mundo de las Núnkui y el de la superficie (tierra). La mujer, por medio del mito, pide a las Núnkui que posibiliten en la chacra "una nueva creación". A su vez, las Núnkui darán vigor a la tierra y controlarán el cumplimiento de las técnicas tradicionales de la agricultura que ellas mismas enseñaron a la mujer aguaruna.

paámpa. Plátano. El aguaruna cultiva unas 17 variedades diferentes.

pagát. Caña de azúcar.

painkamu. Carne hervida.

páki. Huangana. Es el *tayasu pécari.* Parecido al jabalí europeo. Viven en grandes piaras que recorren la selva destruyendo y ahuyentando todo lo que encuentran a su paso. Su carne es apreciada y se considera una gran suerte encontrar su camino por la facilidad de su caza y la abundancia de carne que se obtiene. Sin embargo, atacan al hombre. Al rodearlas e iniciar los tiros cruzados, no es raro que algún cazador quede herido. Todavía existe el miedo reflejado en algunos cuentos: las huanganas pueden "robar" a algún cazador, creencia que les permite explicar la desaparición de aguarunas en las cacerías de huanganas.

Por desobedecer a *Etsa,* las conjuró para que anduvieran en manadas, facilitando así su caza.

patách. Travesaño que se coloca a poca distancia de la cama (véase *peák*) y a su mismo nivel, donde se colocan los pies cuando se descansa; debajo está el fuego donde se cocina, sirviendo al mismo tiempo, para proteger del frío y de los animales nocturnos.

peák. Es la cama aguaruna. Especie de barbacoa de 1.5 m. ancho por 2 de largo. Está hecha con corteza de pona batida o de estera, ligeramente inclinada hacia adelante y sostenida por palos a una altura del suelo de unos 75 cm. Aparte de la cama matrimonial, más amplia, está la tankaámash, cama de soltero, de dimensiones más reducidas y sin patách (véase), y la *ñawá peñají* o cama de los perros, aunque muchas veces comparten el lecho de sus dueños o el de la hija encargada de ellos.

pinin. Vasija de barro cocido y decorada con dibujos geométricos de colores vivos. Se utiliza únicamente para servir el masato (véase).

pininga. Véase *pinín.*

pitu. Pan de árbol.

sánku. Es la huitina o taro. El aguaruna cultiva 6 variedades.

sékuch. Perdiz azul.

shinkát-máma. Variedad de yuca.

shiwán. Enemigo; el que no forma parte de mi familia extensa.

shushui. Armadillo. El cuerpo lo tiene protegido de una capa cartilaginosa dentro de la cual se esconden cuando se les ataca. Tiene sus patas fuertes y cortas provistas de uñas con las que hace sus madrigueras. En la mitología aguaruna aparece como aliado del hombre. Participó en la primera gran batalla contra el *Unkáju* /cangrejo de río/ y los peces, donde *Etsa* /sol/ lo conjuró transformándolo en el animal homónimo.

sueños. Forma de comunicación de los seres sobrenaturales con el hombre. Está investido de potencialidades religiosas. Es preocupación común de los aguarunas la interpretación de los sueños buscando en ellos solución ante problemas insospechados, orientación en el actuar o premoniciones de acontecimientos futuros.

sunkip. Planta silvestre no comestible.

tankán. Caña brava.

tsamau. Plátano maduro.

tsanin-tsanin. Planta silvestre no comestible.

tsuntsu. Choro, molusco de las quebradas.

tumpá. Planta silvestre no comestible.

untuká. Fruto silvestre no comestible.

wáshi. Maquisapa. Cuadrúmano de color negro y extremidades desproporcionadas; las toráxicas tienen sólo cuatro dedos, mientras que las traseras presentan cinco.

washík. Especie de bejuco.

wáwa. Topa.

winchu. Planta silvestre no comestible.

yapán. Fruto silvestre.

yujúmak. Véase *máma.*

yunkipák. Sajino. Porque *Etsa* /sol/ lo conjuró anda únicamente con su pareja, a diferencia de la *páki* /huangana/, muy parecido a él, que siempre va en manada. Es inofensivo y nunca ataca al hombre cuando se siente acosado. *Etsa* también lo conjuró para que se le pueda matar fácilmente con la ayuda de los perros.

4. LA NARRATIVA ACADEMICA Y FORMAL

La prosa literaria atrae el interés de los críticos por muy distintas causas. En la breve muestra que ofrecemos de ella en este tomo, no hay duda que uno de los motivos que nos convocan es el cambio de escritura, por ejemplo, la de López Albújar [1], Valdelomar [2], y Díez Canseco [3] se ligan a corrientes literarias y momentos de la relación entre la capital y la provincia, entre los varios senderos que diluyen la imaginación interpretada por el escritor en sus composiciones. Así, la producción de Valdelomar como periodista y escritor, coincide con una etapa de la ciudad y un cambio en la sociedad. Todos ellos pueden ser adheridos a corrientes artísticas o ideológicas, pero podría subrayarse la distancia que nos sitúa hoy frente a sus narraciones.

La presencia de los textos de Alegría [4] y Arguedas [5] da idea, por su parte, de la maestría con la que afincó en nuestra narrativa

---

1) López Albújar, Enrique, *El hombre de la bandera*, tomado de *Cuentos andinos*, Editorial Juan Mejía Baca, 1965, pp. 55-66. Lima.

2) Valdelomar, Abraham, *Hebaristo, el sauce que murió de amor*, de *Obras escogidas*, Ediciones Hora del Hombre S.A., 1947, pp. 92-96. Lima.

3) Díez Canseco, José, *El trompo*, de *Estampas mulatas*, Editorial Universo S.A., 1973, pp. 263-276. Lima.

4) Alegría, Ciro, *Calixto Garmendia*, transcrito de Escobar, Alberto, *La narración en el Perú*, Librería Editorial Juan Mejía Baca, 2a. Edición, 1960, pp. 352-357, Lima. Este texto fue incluido luego como parte de la novela de Ciro Alegría, *Lázaro*, Editorial Losada S.A., 1973. Buenos Aires.

5) Arguedas, José María, *La agonía de "Rasu Ñiti"*, Camino del Hombre, 1962, 24 pp. Lima.

la mirada hacia el ámbito rural. Otro es el caso de *La casa de cartón*[6] que documenta en fecha temprana, cómo esa prosa renueva el sentido comunicativo entre el mundo aledaño a la ciudad, el mundo del balneario o del paseo campestre; y la acción de una mirada que cada vez se hacía más urbana.

Los escritores posteriores a los años 50 abren las vías transitadas por los anteriores y recogen fundamentalmente no sólo lo urbano en todos sus estratos y clases sociales, sino que renuevan el lenguaje con formas coloquiales. No hay duda que la literatura a través de discurso narrativo anuncia o da fe de una percepción que se extiende para mostrarnos un imaginario frecuentemente compartido por distintos textos, autores y lectores. Los que siguen a Ribeyro[7], Zavaleta[8], Vargas Llosa[9] y Bryce[10] son también una muestra parcial de los tipos de prosa narrativa en los últimos veinte años y de la irrupción de espacios cubiertos por otros discursos, aparentemente académicos y cultivados en el arte de narrar escrito.

Sin embargo Congrains[11], Reinoso[12], Scorza[13], Martínez[14], aprovechan la presentación de una vena oral, la que transita por sus páginas y rompe los marcos usuales, tanto en la temática y el tabú,

---

6) Martín, Adán (seudónimo de Rafael de la Fuente Benavides), *La casa de cartón* (fragmento), Ediciones Nuevo Mundo, 1961, pp. 35-45. Lima.

7) Ribeyro, Julio Ramón, *La botella de chicha*, de *La palabra del mundo - Cuentos*, 1952-1972, T. II, Milla Batres Editorial, 1972, pp. 137-141. Lima.

8) Zavaleta, Carlos E., *Un día en muchas partes del mundo*, tomado del libro de igual título, Editorial Magisterio Español S.A., 1979, pp. 17-24. Madrid.

9) Vargas Llosa, Mario, *El abuelo*, de *Los jefes*, Editorial Universitaria S.A., 1970, pp. 112-120. Santiago de Chile.

10) Bryce, Alfredo, *Con Jimmy, en Paracas*, de *Huerto cerrado*, Casa de las Américas, 1968, pp. 31-45. La Habana.

11) Congrains, Enrique, *El niño de junto al cielo*, de *Lima, hora cero*, Círculo de novelistas peruanos, 1954, pp. 105-123. Lima.

12) Reinoso, Oswaldo, *Cara de ángel*, de *Lima en rock* (*Los inocentes*), Populibros peruanos, sexta serie, s.f., pp. 11-25. Lima

13) Scorza, Manuel, *Redoble por Rancas* (fragmento), Editorial Planeta, 1970, pp. 13-18. Lima.

14) Martínez, Gregorio, *Seductora*, de *Tierra de caléndula - Cuentos*, Editorial Milla Batres S.A., 1975, pp. 101-102. Lima.

como en la técnica y el humor. Pero lo más constante en estos casos es la búsqueda de ambientes populares frente al agotamiento de los herederos de la nobleza, del dinero o del poder político. Todos ellos contrastan con una visión totalmente desacralizada del papel del escritor —incluso por medio de contracorrientes narrativas, por ejemplo el texto de Rivera Martínez [15] que se acompaña— tanto como héroe inspirado o como notario del poder; en su lugar, es el testimonio que recrea las experiencias vividas, escuchadas o inventadas en un asiduo juego intertextual.

ALBERTO ESCOBAR

---

15) Rivera Martínez, J. Edgardo, *Angel de Acongate*, tomado de la Revista "Caretas" Nº 723, 15 de noviembre de 1982, pp. 40-41, Lima .

EL HOMBRE DE LA BANDERA

LOPEZ ALBUJAR, ENRIQUE (1872-1966)

Fue en los días que pesaba sobre Huánuco una enorme vergüenza. No sólo era ya el sentimiento de la derrota, entrevista a la distancia como un desmedido y trágico incendio, ni el pavor que causan los ecos de la catástrofe, percibidos a través de la gran muralla andina, lo que los patriotas huanuqueños devoraban en el silencio conventual de sus casas solariegas; era el dolor de ver impuesta y sustentada por las bayonetas chilenas a una autoridad peruana, en nombre de una paz que rechazaba la conciencia pública. La lógica provinciana, rectilínea, como la de todos los pueblos de alma ingenua, no podía admitir, sin escandalizarse, esta clase de consorcios, en los que el vencido, por fuerte que sea, tiene que sentir a cada instante el contacto depresivo del vencedor. ¿Qué significaban esos pantalones rojos y estas botas amarillas en Huánuco, si la paz estaba ya en marcha y en la capital había un gobierno que nombraba autoridades peruanas en nombre de ella?

El patriotismo no sabía responder a estas preguntas. Sólo sabía que en torno de esa autoridad, caída en Huánuco de repente, se agitaban hombres que días antes habían cometido, al amparo de la fuerza, todos los vandalismos que la barbarie triunfante podía imaginar. Un viento de humillación soplaba sobre las almas. Habríase preferido la invasión franca, como la primera vez; el vivir angustioso bajo el imperio de la ley marcial del chileno; la hostilidad de todas las horas, de todos los instantes; el estado de guerra, en una

palabra, con todas sus brutalidades y exacciones. ¡Pero un prefecto peruano amparado por fuerzas chilenas!. . . Era demasiado para un pueblo, cuya virilidad y soberbia castellana estuvieron siempre al servicio de las más nobles rebeldías. Era lo suficiente para que a la vergüenza sobreviniera la irritación, la protesta, el levantamiento.

Pero en esos momentos faltaba un corazón que sintiera por todos, un pensamiento que unificase a las almas, una voluntad que arrastrase a la acción. La derrota había sido demasiado dura y elocuente para entibiar el entusiasmo y el celo patrióticos. La razón hacía sus cálculos y de ellos resultaba siempre, como guarismos fatales, la inutilidad del esfuerzo, la esterilidad ante lo irremediable. Y al lado del espíritu de rebeldía se alzaba el del desaliento, el del pesimismo, un pesimismo que se intensificaba al verse a ciertos hombres —ésos que en todas partes y en las horas de las grandes desventuras saben extraer de la desgracia un beneficio o una conveniencia— paseando y bebiendo con el vencedor.

II

Pero lo que Huánuco no podía hacer iban a hacerlo los pueblos. Una noche de agosto de 1883, cuando todas las comunidades de Obas, Pachas, Chavinillo y Chupán habían lanzado ya sobre el valle millares de indios, llamados al son de los cuernos y de los bronces, todos los cabecillas —una media centena— de aquella abigarrada multitud, reunidos al amparo de un canchón y a la luz de las fogatas, *chacchaban* silenciosamente, mientras uno de ellos, alto, bizarro y de mirada vivaz e inteligente, de pie dentro del círculo, les dirigía la palabra.

—Quizás ninguno de ustedes se acuerde ya de mí. Soy Aparicio Pomares, de Chupán, indio como ustedes, pero con el corazón muy peruano. Los he hecho bajar para decirles que un gran peligro amenaza a todos estos pueblos, pues hace quince días que han llegado a Huánuco como doscientos soldados chilenos. ¿Y saben ustedes quiénes son esos hombres? Les diré. Esos son los que hace tres años han entrado al Perú a sangre y fuego. Son *supaypa-*

huachashgan y es preciso exterminarlos. Esos hombres incendian los pueblos por donde pasan, rematan a los heridos, fusilan a los prisioneros, violan a las mujeres, ensartan en sus bayonetas a los niños, se meten a caballo en las iglesias, roban las custodias y las alhajas de los santos y después viven en las casas de Dios sin respeto alguno, convirtiendo las capillas en pesebreras y los altares en fogones. En varias partes me he batido con ellos... En Pisagua, en San Francisco, en Tacna, en Tarapacá, en Miraflores... Y he visto que como soldados valen menos que nosotros. Lo que pasa es que ellos son siempre más en el combate y tienen mejores armas que las nuestras. En Pisagua, que fue el primr lugar en que me batí con ellos, los vi muy cobardes. Y nosotros éramos apenas un puñado así. Tomaron al fin el puerto y lo quemaron. Pero ustedes no saben dónde queda Pisagua, ni qué cosa es un puerto. Les diré. Pisagua está muy lejos de aquí, a más de trescientas leguas, al otro lado de estas montañas, al sur... Y se llama puerto porque está al pie del mar.

—¿Cómo es el mar, *taita*? —exclamó uno de los jefes.

—¿Cómo es el mar...? Una inmensa pampa de agua azul y verde, dos mil, tres mil veces más grande que la laguna *Tuctu-gocha*, y en la que puede caminarse días enteros sin tocar en ninguna parte, viéndose apenas tierra por un lado y por el otro no. Se viaja en buque, que es como una gran batea llena de pisos, y de cuartos y escaleras, movida por unos hornos de fierro que tragan mucho carbón. Y una vez adentro se siente uno mareado, como si se hubiese tomado mucha *chacta*.

El auditorio dejó de *chacchar* y estalló en una estrepitosa carcajada. ¡Qué cosas las que les contaba este Pomares!... Habría que verlas. Y el orador, después de dejarles comentar a sus anchas lo del mar, o de la batea y lo del puerto, reanudó su discurso.

—Como les decía, esos hombres, a quienes nuestros hermanos del otro lado llaman chilenos, desembarcaron en Pisagua y lo incendiaron. Y lo mismo vienen haciendo en todas partes. Montan unos caballos muy grandes, dos veces nuestros caballitos, y tienen cañones que matan gente por docenas, y traen escondido en las botas

unos cuchillos curvos, con los que les abren el viente a los heridos y prisioneros.

—¿Y por qué chilenos hacen cosas con *piruanos*? —interrogó el cabecilla de los Obas—. ¿No son los mismos *mistis*?

—No, esos son otros hombres. Son *mistis* de otras tierras, en las que no mandan los peruanos. Su tierra se llama Chile.

—¿Y por qué pelean con los *piruanos*? —volvió a interrogar el de Obas.

—Porque les ha entrado codicia por nuestras riquezas, porque saben que el Perú es muy rico y ellos muy pobres. Son unos piojos hambrientos.

El auditorio volvió a estallar en carcajadas. Ahora se explicaban por qué eran tan ladrones aquellos hombres: tenían hambre. Pero el de Obas, a quien la frase *nuestras riquezas* no le sonaba bien, pidió una explicación.

—¿Por qué has dicho Pomares, *nuestras riquezas*? ¿Nuestras riquezas son, acaso, las de los *mistis*? ¿Y qué riquezas tenemos nosotros? Nosotros sólo tenemos carneros, vacas, terrenitos y papas y trigo para comer. ¿Valdrán todas estas cosas tanto para que esos hombres vengan de tan lejos a querérnoslas quitar?

—Les hablaré más claro —replicó Pomares—. Ellos no vienen ahora por nuestros ganados, pero sí vienen por nuestras tierras, por las tierras que están allá en el sur. Primero se agarrarán esas, después se agarrarán las de acá. ¿Qué se creen ustedes? En la guerra el que puede más le quita todo al que puede menos.

—Pero las tierras del sur son de los *mistis*, son tierras con las que nada tenemos que hacer nosotros —argulló nuevamente el obasino— ¿Qué tienen que hacer las tierras de Pisagua, como dices tú, con las de Obas, Chupán, Chavinillo, Pachas y las demás

—Mucho. Ustedes olvidan que en esas tierras está el Cuzco, la ciudad sagrada de nuestros abuelos. Y decir que el *misti* chileno nada tiene que hacer con nosotros es como decir que si mañana, por ejemplo, unos bandoleros atacaran Obas y quemaran unas cuan-

tas casas, los moradores de las otras, a quienes no se les hubiera hecho daño, dijeran que no tenían por qué meterse con los bandoleros ni por qué perseguirlos. ¿Así piensan ustedes desde que yo falto de aquí?

—¡No! —contestaron a un tiempo los cabecillas.

Y el obasino, casi convencido, añadió:

—El que daña a uno de nuestra comunidad daña a todos.

—Así es. ¿Y el Perú no es una comunidad? —gritó Pomares—. ¿Qué cosa creen ustedes que es Perú? Perú es muy grande. Las tierras que están al otro lado de la cordillera son Perú; las que caen a este lado, también Perú. Y Perú también es Pachas, Obas, Chupán, Chavinillo, Margos, Chaulán... y Panao, y Llata, y Ambo y Huánuco. ¿Quieren más? ¿Por qué, pues, vamos a permitir que *mistis* chilenos, que son los peores hombres de la tierra, que son de otra parte, vengan y se lleven mañana lo nuestro? ¿Acaso les tendrán ustedes miedo? Que se levante el que le tenga miedo al chileno.

Nadie se levantó. En medio del silencio profundo que sobrevino a esta pregunta, sólo se veía en los semblantes el reflejo de la emoción que en ese instante embargaba a todos; una emoción extraña, jamás sentida, que parecía poner delante de los ojos de aquellos hombres la imagen de un ideal hasta entonces desconocido, al mismo tiempo que la voz del orgullo elevaba en sus corazones una protesta contra todo asomo de cobardía.

Pero el viejo *Cusaquiche*, que era el jefe de los de Chavinillo, viejo de cabeza venerable y mirada de esfinge, dejando de acariciar la escopeta que tenía sobre los muslos, dijo, con fogosidad impropia de sus años:

—Tú sabes bien, Aparicio, que entre nosotros no hay cobardes, sino prudentes. El indio es muy prudente y muy sufrido, y cuando se le acaba la paciencia embiste, muerde y despedaza. Tu pregunta no tiene razón. En cambio yo te pregunto ¿por qué vamos a hacer causa común con *mistis piruanos*? *Mistis piruanos* nos han tratado siempre mal. No hay año en que esos hombres no vengan

por acá y nos saquen contribuciones y nos roben nuestros animales y también nuestros hijos, unas veces para hacerlos soldados y otras para hacerlos *pongos*. ¿Te has olvidado de esto, Pomares?

—No, *Cusasquiche*. Cómo voy a olvidar si conmigo ha pasado eso. Hace cuatro años que me tomaron en Huánuco y me metieron al ejército y me mandaron a pelear al sur con los chilenos. Y fui a pelear llevando a mi mujer y a mis hijos colgados del corazón. ¿Qué iba a ser de ellos sin mí? Todos los días pensaba lo mismo y todos los días intentaba desertarme. Pero se nos vigilaba mucho. Y en el sur, una vez que supe por el sargento de mi batallón por qué peleábamos, y vi que otros compañeros, que no eran indios como yo, pero seguramente de mi misma condición, cantaban, bailaban y reían en el mismo cuartel y en el combate se batían como leones, gritando ¡Viva el Perú! y retando al enemigo, tuve vergüenza de mi pena y me resolví a pelear como ellos. ¿Acaso ellos no tendrían también mujer y *guaguas* como yo? Y como oí que todos se llamaban peruanos, yo también me llamé peruano. Unos, peruanos de Lima; otros, peruanos de Trujillo; otros, peruanos de Arequipa; otros, peruanos de Tacna. Yo era peruano de Chupán... de Huánuco. Entonces perdoné a los *mistis* peruanos que me hubieran metido al ejército, en donde aprendí muchas cosas. Aprendí que Perú es una nación y Chile otra nación; que el Perú es la patria de los *mistis* y de los indios; que los indios vivimos ignorando muchas cosas porque vivimos pegados a nuestras tierras y despreciando el saber de los *mistis* siendo así que los *mistis* saben más que nosotros. Y aprendí que cuando la patria está en peligro, es decir, cuando los hombres de otra nación la atacan, todos sus hijos deben defenderla. Ni más ni menos que lo que hacemos por acá cuando alguna comunidad nos ataca. ¿Qué los *mistis peruanos* nos tratan mal? ¡Verdad! Pero peor nos tratarían los *mistis chilenos*. Los peruanos son, al fin, hermanos nuestros; los otros son nuestros enemigos. Y entre unos y otros, elijan ustedes.

Y Pomares, exaltado por su discurso y comprendiendo que había logrado reducir y conmover a su auditorio, se apresuró a desenvolver con mano febril, el atado que tenía a su espalda, y

sacó de él, religiosamente, una gran bandera, que, después de anudarla a una asta y enarbolarla, la batió por encima de las cabezas de todos, diciendo:

—Compañeros valientes: esta bandera es Perú; esta bandera ha estado en Miraflores. Véanla bien. Es blanca y roja, y en donde ustedes vean una bandera igual allí estará el Perú. Es la bandera de los *mistis* que viven allá en las ciudades y también de los que vivimos en estas tierras. No importa que allá los hombres sean *mistis* y acá sean indios; que ellos sean a veces pumas y nosotros ovejas. Ya llegará el día en que seamos iguales. No hay que mirar esta bandera con odio sino con amor y respeto, como vemos en la procesión a la Virgen Santísima. Así ven los chilenos la suya. ¿Me han entendido? Ahora levántense todos y bésenla, como la beso yo.

Y después de haber besado Pomares la bandera con unción de creyente, todos aquellos hombres sencillos, sugestionados por el fervor patriótico de aquél, se levantaron y, movidos por la misma inspiración, comenzaron a desfilar, descubiertos, mudos, solemnes, delante de la bandera, besándola cada uno, después de hacerle una humilde genuflexión y de rozar con la desnuda cabeza la roja franja del bicolor sagrado. Sin saberlo, aquellos hombres habían hecho su comunión en el altar de la patria.

Pero Pomares, que todavía no estaba satisfecho de la ceremonia, una vez que vio a todos en sus puestos, exclamó:

—¡Viva el Perú!

—¡Viva! —respondieron las cincuenta voces.

—¡Muera Chile!

—¡Muera!

—¡A Huánuco todos!

—¡A Huánuco! ¡A Huánuco!

Había bastado la voz de un hombre para hacer vibrar el alma adormecida del indio y para que surgiera, enhiesto y vibrante, el sentimiento de la patria, no sentido hasta entonces.

Y al día siguiente de la noche solemne, al conjuro del nuevo sentimiento, difundido ya entre todos por sus capitanes, dos mil

indios prepararon las hondas, afilaron las hachas y los cuchillos, aguzaron las picas, limpiaron las escopetas y revisaron los garrotes. Nadie se detuvo a reflexionar sobre la superioridad de las armas del invasor. Se sabía que un puñado de hombres extraños, odiosos, rapaces, sanguinarios y violentos, venidos de un país remoto, había invadido por segunda vez su capital, y esto les bastaba. Aquella invasión era un peligro, como muy bien había dicho Pomares, que despertaba en ellos el recuerdo de los abusos pasados. La paz de que se hablaba en Huánuco era una mentira, una celada que el genio diabólico de esos hombres tendía a su credulidad, para sorprenderles y despojarles de sus tierras, incendiarles sus chozas, devorarles sus ganados y violarles a sus mujeres. Las mismas violencias cometidas con ellos secularmente por todos los hombres venidos del otro lado de los Andes, del mar, desde el *uiracocha* barbudo y codicioso, que les arrasó su imperio, hasta este soldado de calzón rojo y botas amarillas de hoy, que iba dejando a su paso un reguero de cadáveres y ruinas.

Era preciso, pues, destruir ese peligro, levantarse todos contra él, ya que el *misti* peruano, vencido y anonadado por la derrota, se había resignado, como la bestia de carga, a llevar sobre sus lomos el peso del *misti* vencedor.

Después de dos días de marcha, recta y arrolladora, por quebradas y cumbres —marcha de *utacas*— aquel torrente humano, que, más que hombres en son de guerra parecía, el éxodo de una horda, guiado por la bandera de Aparicio Pomares, coronó en la mañana del ocho de agosto las alturas del *Jactay*, es decir, vino a acampar en las mismas puertas de Huánuco, y, una vez allí, comenzó a retar al orgulloso vencedor.

Aquel reto envolvía una insólita audacia; la audacia de la carne contra el hierro, de la honda contra el plomo, del cuchillo contra la balloneta, de la confusión contra la disciplina. Pero era un rasgo que vindicaba a la raza y que venía a percutir hondamente en el corazón de un pueblo, dolorido y desconcertado por la derrota.

IV

La aparición de aquellos sitiadores extraños fue una sorpresa, no sólo para los huanuqueños, sino para la misma fuerza enemiga. Los primeros, hartos de tentativas infrucutosas, de fracasos, de decepciones, en todo pensaban en esos momentos menos en la realidad de una reacción de los pueblos del interior; la segunda, ensoberbecida por la victoria, confiada en la ausencia de todo peligro y en el amparo moral de una autoridad peruana, que acababa de imponer en nombre de la paz, apenas si se detuvo a recoger los vagos rumores de un levantamiento.

Aquella aparición produjo, pues, como era natural, el entusiasmo en unos y el desconcierto en otros. Mientras las autoridades políticas preparaban la resistencia y el jefe chileno se decidía a combatir, el vecindario entero, hombres y mujeres, viejos y niños, desde los balcones, desde las puertas, desde los tejados, desde las torres, desde los árboles, desde las tapias, curiosos unos, alegres, otros, como en un día de fiesta, se aprestaban a presenciar el trágico encuentro.

Serían las diez de la mañana cuando éste se inició. La mitad de la fuerza chilena, con su jefe montado a la cabeza, comenzó a escalar el *Jactay* con resolución. Los indios, que en las primeras horas de la mañana no habían hecho otra cosa que levantar ligeros parapetos de piedra y agitarse de un lado a otro, batiendo sus banderines blancos y rojos, rastrillando sus hondas y lanzando atronadores gritos, al ver avanzar al enemigo, precipitáronse a su encuentro en oleadas compactas, guiados, como en los días de marcha, por la gran bandera de Aparicio Pomares. Éste, con agilidad y resistencia increíbles, recorría las filas, daba un vítor aquí, ordenaba otra cosa allá, salvaba de un salto formidable un obstáculo, retrocedía rápidamente y volvía a saltar, saludaba con el sombrero las descargas de la fusilería, se detenía un instante y disparaba su escopeta, y en seguida, mientras un compañero se la volvía a cargar, empuñaba la honda y la disparaba también. Y todo esto sin soltar su querida bandera, paseándola triunfal por entre la lluvia del plo-

mo enemigo, asombrando a éste y exaltando a la ciudad, que veía en ese hombre y en esa bandera la resurrección de sus esperanzas.

Y el asalto duró más de dos horas, con alternativas de avances y retrocesos por ambas partes, hasta que habiendo sido derribado el jefe chileno de un tiro de escopeta, disparado desde un matorral, sus soldados, desconcertados, vacilantes, acabaron por retirarse definitivamente.

Esta pequeña victoria, humilde por sus proporciones y casi ignorada, pero grande por sus efectos morales, bastó para que, horas después, al amparo de la noche, los hombres de la paz y los hombres del saqueo evacuaran furtivamente la ciudad. Huánuco, cuna de héroes y de hidalgos, acababa de ser libertada por los humildes *shucuyes* del Dos de Mayo.

V

Al día siguiente, cuando los indios, triunfantes, desfilaron por las calles, precedidos de trofeos sangrientos y de banderines blancos y rojos, una pregunta, llena de ansiedad y orgullo patriótico, corría de boca en boca: "¿Dónde está el hombre de la bandera?" "¿Por qué no ha bajado el hombre de la bandera?" Todos querían conocerle, abrazarle, aplaudirle, admirarle.

Uno de los cabecillas respondió:

—Pomares no ha podido bajar: se ha quedado herido en Rondos.

Efectivamente, el *hombre de la bandera*, como ya le llamaban todos, había recibido durante el combate una bala en el muslo derecho. Su gente optó por conducirlo a Rondos y de allí, a Chupán, a petición suya, en donde, días después, fallecía devorado por la gangrena.

Antes de morir tuvo todavía el indio esta última frase de amor para su bandera:

—Ya sabes, Marta; que me envuelvan en mi bandera y que me entierren así.

Y así fue enterrado el indio chupán Aparicio Pomares, el *hombre de la bandera*, que supo, en una hora de inspiración feliz, sacudir el alma adormecida de la raza.

De eso sólo queda allá, en un ruinoso cementerio, sobre una tumba, una pobre cruz de madera, desvencijada y cubierta de líquenes, que la costumbre o la piedad de algún deudo renueva todos los años en el día de difuntos.

HEBARISTO, EL SAUCE QUE MURIO DE AMOR

VALDELOMAR, ABRAHAM (1888-1919)

Inclinado al borde de la parcela colindante con el estéril yermo rodeado de "yerbas santas" y "llantenes", viendo correr entre sus raíces que vibraban en la corriente, el agua fría y turbia de la acequia, aquel árbol corpulento y lozano aún, debía llamarse Hebaristo y tener treinta años. Debía llamarse Hebaristo y tener treinta años, porque había el mismo aspecto cansino y pesimista, la misma catadura enfadosa y acre del joven farmacéutico de "El amigo del Pueblo", establecimiento de drogas que se hallaba en la esquina de la Plaza de Armas, junto al Concejo Provincial, en los bajos de la casa donde, en tiempo de la Independencia, pernoctara el Coronel Marmanillo, lugarteniente del Gran Mariscal de Ayacucho, cuando, presionado por los realistas, se dirigiera a dar aquella singular batalla de la Macacona. Marmanillo era el héroe de la aldea de P. porque en ella había nacido y, aunque a sus puertas se realizara una poca afortunada escaramuza, en la cual caballo y caballero salieron disparados al empuje de un puñado de chapetones, eso, a juicio de las gentes patriotas de P. no quitaba nada a su valor y merecimientos, pues sabido era que la tal escaramuza se perdió porque el Capitán Crisóstomo Ramírez, dueño hasta el año 23 de un lagar y hecho Capitán de Patriotas por Marmanillo, no acudió con oportunidad al lugar del suceso. Los de P. guardaban por el Coronel de milicias recuerdo venerando. La peluquería llamábase "Salón Marmanillo", la encomendería de la calle Derecha, que después se llamó "28 de Julio", tenía en letras rojas y gordas, sobre el extenso

y monótono muro azul, el rótulo "Al Descanso de Marmanillo", y, por fin, en la Sociedad "Confederada de Socorros Mutuos", había un retrato al óleo sobre el estrado de la "directiva", en el cual aparece el héroe con su color de olla de barro, sus galones dorados y una mano en la cintura, fieles traductores de su gallardía miliciana.

Digo que el sauce era joven, de unos treinta años y se llamaba Hebaristo, porque como el farmacéutico tenía el aire taciturno y enlutado, y como él, aunque durante el día parecía alegrarse con la luz del Sol, en llegando la tarde y sonando la "oración", caía sobre ambos una tan manifiesta melancolía y un tan hondo dolor silencioso, que era de "partir el alma". Al toque de ánimas Hebaristo y su homónimo el farmacéutico, corrían el mismo albur. Suspendía éste su charla en la botica, caía pesadamente sobre su cabeza semicalva el sombrero negro de paño, y sobre el sauce de la parcela posaba el de todos los días gallinazo negro y roncador. Luego la noche envolvía a ambos en el mismo misterio; y tan impenetrable era entonces la vida del boticario cuanto ignorada era la suerte de Hebaristo, el sauce...

II

Evaristo Mazuelos, el farmacéutico de P., y Hebaristo, el sauce de la parcela, eran dos vidas paralelas; dos cuerdas de una misma arpa; dos ojos de una misma misteriosa y teórica cabeza; dos brazos de una misma desolada cruz, dos estrellas insignificantes de una misma constelación. Mazuelos era huérfano y guardaba, al igual que el sauce, un vago recuerdo de sus padres. Como el sauce era árbol que sólo servía para cobijar a los campesinos a la hora cálida del mediodía, Mazuelos sólo servía en la aldea para escuchar la charla de quienes solían cobijarse en la botica; y así como el sauce daba una sombra indiferente a los gañanes mientras sus raíces rojas jugueteaban en el agua de la acequia, así él oía con desganada abnegación, la charla de los otros, mientras jugaba, el espíritu fijo en una idea lejana, con la cadena de su reloj, o hacía con su dedo índice gancho a la oreja de su botín elástico, cruzadas una sobre otra, las enjutas magras piernas.

Habíase enamorado Mazuelos de la hija del Juez de Primera Instancia, una chiquilla de alegre catadura, esmirriada y raquítica, de ojos vivaces, labios anémicos, nariz respingada y cabellera de achiote, vestido a pintitas blancas sobre una muselina azul de Prusia, que pasó un mes y días en P., y que allí los hubiera pasado todos si su padre, el doctor Carrizales, no hubiera caído mal al secretario de la Subprefectura, un tal de La Haza, que era, a un tiempo redactor de "La Voz Regionalista" singular decano de la prensa de P. El doctor Carrizales magüer su amistad con el Jefe de la Región, hubo de salir de P., y dejar la judicatura a raíz, del un artículo editorial de "La Voz Regionalista", titulado "¿Hasta cuándo?", muy vibrante y tendencioso, en el cual se recordaban entre otras cosas desagradables, ciertos asuntos sentimentales relacionados con el nombre, apellido y costumbres de su esposa, por esos días ya finada, desgraciadamente. La hija del Juez había sido el único amor del farmacéutico cuyos treinta años se deslizaron esperando y presintiendo a la bienamada. Blanca Luz fue para Mazuelos la realización de un sueño de veinte años y la ilustración tangible y en carne de unos versos en los cuales había concretado Evaristo, toda su estética.

Los versos de Mazuelos eran, como se verá, el presentido retrato de la hija del doctor Carrizales; y empezaban de esta manera:

> Como una brisa para el caminante
> ha de ser
> la dulce dama a quien mi amor
> entregue;
> quiera el fúnebre Destino que pronto
> llegue
> a mis tristes brazos, que la están
> esperando, la dulce mujer...

Bien cierto es que Mazuelos desvirtuaba un poco la cuestión técnica en su poesía; que hablando de sus brazos en el tercer pie del verso les llama "tristes" cosa que no es aceptable dentro de un concepto estricto de la poética; y que la frase "que la están esperando", está íntegramente demás en el último verso; pero ha de

considerarse que sin este aditamento, la composición carecería de la idea fundamental que es la idea de *espera* y que el pobre Evaristo, había pasado veinte años de su vida en este ripio sentimental: esperando.

Blanca Luz era, pues, al par, un anhelo de farmaceéutico y la realización de un viejo sueño poético. Era el ideal hecho carne, el verso hecho verdad, el sueño transformado en vigilia, la ilusión que, súbitamente, se presentaba a Evaristo, con unos ojos vivaces, una nariz respingada, una cabellera de achiote; en suma: Blanca Luz era, para el farmacéutico de "El amigo del pueblo", el amor, vestido con una falda de muselina azul con pintitas blancas y unas pantorrillas, con medias mercerizadas, aceptables desde todo punto de vista...

III

Hebaristo, el melancólico sauce de la parcela no fué como son la mayoría de los sauces, hijo de una necesidad agrícola; nó. El sauce solitario fue hijo del azar, del capricho, de la sinrazón. Era fruto arbitrario del destino. Si aquel sauce en vez de ser plantado en las afueras de P., hubiera sido sembrado, como era lógico, en los grandes saucedales o las pequeñas pertenencias, su vida no resultaría tan solitaria y trágica. Aquel sauce como el farmacéutico de "El Amigo del Pueblo", sentía, desde muchos años atrás la necesidad de un afecto, el dulce beso de una hembra, la caricia perfumada de una unión indispensable. Cada caricia del viento, cada ave que venía a posarse en sus ramas florecidas hacían vibrar todo el espíritu y el cuerpo del sauce de la parcela. Hebaristo que tenía sus ramas en un florecimiento núbil, sabía que en alas de la brisa o en el pico de un colibrí, o en las alas de los chucracos debía venir el polen de su amor, pero los sauces que el destino le deparaba debían estar muy lejos, porque pasó la primavera y el beso del dorado polen no llegó hasta sus ramas florecidas.

Hebaristo, el sauce de la parcela, comenzó a secarse, del mismo modo que el joven y achacoso farmacéutico de "El Amigo del

Pueblo". Bajo el cielo de P., donde antes latía la esperanza, cernió sus alas fúnebres y estériles la desilusión.

IV

Envejeció Evaristo, el enamorado boticario, sin tener noticias de Blanca Luz. Envejeció Hebaristo, el sauce de la parcela viendo secarse, estériles, sus flores en cada primavera. Solía, por instinto, Mazuelos, hacer una excursión crepuscular hasta el remoto sitio donde el sauce, al borde del arroyo, enflaquecía. Sentábase bajo las ramas estériles del sauce y desde allí veía caer la noche. El árbol amigo que quizá comprendía la tragedia de esa vida paralela, dejaba caer sus hojas sobre el cansino y encorvado cuerpo del farmacéutico.

Un día el sauce familiarizado ya con la muda compañía doliente de Mazuelos, esperó y esperó en vano. Mazuelos no vino. Aquella misma tarde un hombre, el carpintero de P., llegó con tremenda hacha e hizo temblar de presentimientos al sauce triste, enamorado y joven. El del hacha cortó el hermoso tronco de Hebaristo ya seco, y despojándolo de ramas lo llevó al lomo de su burro hacia la aldea, mientras el agua del arroyo lloraba, lloraba; y el tronco rígido sobre el lomo del asno se perdía en los baches y lodazales de la calle "Derecha" para detenerse en la "Carpintería y Confección de Ataúdes de Rueda e Hijos".

V

Por la misma calle volvían juntos, Mazuelos y Hebaristo. El tronco del sauce sirvió para el cajón del farmacéutico. "La Voz Regionalista", cuyo editorial "¿Hasta cuándo?", fuera la causa de esta muerte prematura, lloraba ahora la desaparición del "amigo noble y caballeroso, empleado cumplidor e integérrimo, cuyo recuerdo no morirá entre los que tuvieron la fortuna de tratarlo y sobre cuya tumba, (el joven de la Haza), ponía las siempreviva, etc.

El Alcalde Municipal, señor Unzueta, que era a un tiempo propietario de "El Amigo del Pueblo", tomó la palabra en el Cementerio y su discurso que se publicó más tarde en "La Voz Regionalista", empezaba: "Aunque no tengo las dotes oratorias de otros, agradezco el honroso encargo que la Sociedad de Socorros Mutuos ha depositado en mí para dar el último adiós al amigo noble y caballeroso, al empleado cumplidor y ciudadano integérrimo, que en este ataúd de duro roble"... y concluía: "Tú no has muerto. Tu memoria vive entre nosotros. Descansa en Paz".

VI

Al día siguiente el dueño de la "Carpintería y Confección de Ataúdes de Rueda e Hijos", llevaba al señor Unzueta una factura:

"El señor N. Unzueta a Rueda e hijos... Debe por un ataúd de Roble... Soles 18.70".

—Pero si no era de roble —arguyó Unzueta— Era de sauce...

—Es cierto —repuso la firma comercial de "Rueda e Hijos" —es cierto; pero entonces ponga usted sauce en su discurso... y borre el duro roble...

—Sería una lástima —dijo Unzueta pagando— sería una lástima; habría que quitar la frase: "al ciudadano integérrimo que en este ataúd de duro roble"... y eso ha quedado muy bien, lo digo sin modestia... ¿No es verdad Rueda?

—Cierto, señor Alcalde —repuso la voz comercial de "Rueda e Hijos".

EL TROMPO

DIEZ CANSECO, JOSE (1904-1949)

I

Sobre el cerro San Cristóbal la niebla había puesto una capota sucia que cubría la cruz de hierro. Una garúa de calabobos se cernía entre los árboles lavando las hojas, transformándose en un fango ligero y descendiendo hasta la tierra que acentuaba su color pardo. Las estatuas desnudas de la Alameda de los Descalzos se chorreaban con el barro formado por la lluvia y el polvo acumulado en cada escorzo. Un policía, cubierto con su capote azul de vueltas rojas, daba unos pasos aburridos, entre las bancas desiertas, sin una sola pareja, dejando la estela fumosa de su cigarrillo. Al fondo, en el convento de los frailes franciscanos se estremecía la débil campanita con un son triste.

En esa tarde todo era opaco y silencioso. Los automóviles, los tranvías, las carretillas repartidoras de cervezas y sodas, los "colectivos", se esfumaban en la niebla gris-azulada y todos los ruidos parecían lejanos. A veces surgía la estridencia característica de los neumáticos rodando sobre el asfalto húmedo y sonoro y surgía también, solitario y escuálido, el silbido vagabundo de un transeúnte invisible. Esta tarde se parecía a la tarde del vals sentimental y huachafo que, hace muchos años, cantaban los currutacos de las tiorbas:

¡La tarde era triste,
la nieve caía!...

Por la acera izquierda de la Alameda iba Chupitos y a su lado el cholo Feliciano Mayta. Chupitos era un zambito de diez años, con dos ojazos vivísimos sombreados por largas pestañas y una jeta burlona que siempre fruncía con estrepitoso sorbo. Chupitos le llamaron desde que un día, hacía un año más o menos, sus amigos le encontraron en la puerta de la Botica de San Lázaro pidiendo:

—¡Despácheme esta receta!...

Uno de los ganchos, Glicerio Carmona, le preguntó:

—¿Quién está enfermo en tu casa?

—Nadies... Soy yo que me han salido unos chupitos...

Y con "Chupitos" quedó bautizado el mocoso que ahora iba con Feliciano, Glicerio, el Bizco Nicasio, Faustino Zapata, pendencieros de la misma edad que vendían suertes o pregonaban crímenes, ávidamente leídos en los diarios que ofrecían. Cerraba la marcha Ricardo, el gran Ricardo, el famoso Ricardo que, cada vez que entraba a un cafetín japonés a comprar un alfajor o un comeycalla, salía, nadie sabe cómo, con dulces y bizcochos para todos los feligreses de la tira:

—¡Pestaña que uno tiene, compadre!

Gran pestaña, famosa pestaña que un día le falló, desgraciadamente, como siempre falla, y que le costó una noche íntegra en la comisaría de donde salió con el orgullo inmenso de quien tiene la experiencia carcelera que él sintetizaba en una frase aprendida en una crónica policial:

—Yo soy un avesado en la senda del crimen...

El grupo iba en silencio. El día anterior, Chupitos había perdido su trompo jugando a la "cocina" con Glicerio Carmona, ese juego infame y taimado, sin gallardía de destreza, sin arrogancia de fuerza. Un juego que consiste en ir impujando el trompo contrario hasta meterlo dentro de un círculo, en la "cocina" en donde el per-

didoso tiene que entregar el trompo cocinado a quien tuvo la habilidad rastrera de saberlo empujar.

No era ese un juego de hombres. Chupitos y los otros sabían bien que los trompos, como todo en la vida, deben pelearse a tajos y quiñes, con el puñal franco de las púas y sin la mujeril arteria del empellón. El pleito tenía siempre que ser definitivo, con un triunfador y un derrotado, sin prisionero posible para el orgullo de los mulatos palomillas.

Y, naturalmente, Chupitos andaba medio tibio por haber perdido su trompo. Le había costado veinte centavos y era de naranjo. Con esa ciencia sutil y maravillosa, que sólo poseen los iniciados, el muchacho había acicalado su trompo así como su padre acicalaba sus ajisecos y sus giros, sus cenizos y sus carmelos, todos esos gallos que eran su mayor y más alto orgullo. Así como a los gallos se les corta la cresta para que el enemigo no pueda prenderse y patear luego a su antojo, así chupitos le cortó la cabeza al trompo, una especie de perilla que no servía para nada; lo fue puliendo, nivelando y dándole cera para hacerlo más resbaladizo y le cambió la innoble púa de garbanzo, una púa roma y cobarde, por la púa de clavo afilada y brillante como una de las navajas que su padre amarraba a las estacas de sus pollos peleadores.

Aquel trompo había sido su orgullo. Certero en la chuzada, Chupitos nunca quedó el último y, por consiguiente, jamás ordenó cocina, ese juego zafio de empujones. ¡Eso, nunca! Con los trompos se juega a los quiñes, a rajar al chantado y a sacarle hasta la contumelia que, en lengua faraona, viene a ser algo así como la vida. Cuántas veces su trompo, disparado con toda su fuerza infantil, había partido en dos al otro que enseñaba sus entrañas compactas de madera, la contumelia destrozada! Y cómo se ufanaba entonces de su hazaña con una media sonrisa pero sin permitirse jamás la risotada burlona que habría humillado al perdedor.

—Los hombres cuando ganan, ganan. Y ya está.

Nunca se permitió una burla. Apenas la sonrisa presuntuosa que delataba el orgullo de su sabiduría en el juego y, como la cosa

más natural del mundo, volver a chuzar para que otro trompo se chantase y rajarlo en dos con la infalibilidad de su certeza. Sólo que el día anterior, sin que él se lo pudiese explicar hasta este instante, cayó detrás de Carmona. ¡Cosas de la vida! Lo cierto es que tuvo que chantarse y el otro, sin poder disimular su codicia, ordenó rápidamente por las ganas que tenía de quedarse con el trompo hazañudo de Chupitos:

—¡Cocina!

—Se atolondró la protesta del zambito:

—¡Yo no juego cocina! Si quieres, a los quiñes...

La rebelión de Chupitos causó un estupor inenarrable en el grupo de palomillas. ¿Desde cuándo un chantado se atrevía a discutir la prima? El gran Ricardo murmuró con la cabeza baja mientras enhuaracaba su trompo:

—Tú sabes, Chupitos, que el que manda, manda: así es la ley...

Chupitos, claro está, ignoraba que la ley no es siempre la justicia y, viendo la desaprobación de la tira de sus amigotes, no tuvo más remedio que arrojar su trompo al suelo y esperar, arrimado a la pared con la huaraca enrollada en la mano, que hicieran con su juguete lo que les diera en gana. Ah, de fijo que le iban a quitar su trompo!... Todos aquellos compadres sabían lo suficiente para no quemarse ni errar un solo tiro y el arma de su orgullo iría a parar al fin en la cocina odiosa, en esa cocina que la avaricia y la cobardía de Glicerio Carmona había ordenado para apoderarse del trozo de naranjo torneado, en que el zambito fincaba su viril complacencia y la orgullosa certidumbre de su fuerza. Y, sin decirlo naturalmente, sin pronunciar las palabras en voz alta, Chupitos insultó espantosamente a Carmona pensando:

—¡Chontano tenía que ser!

Los golpes se fueron sucediendo y sucediendo hasta que, al fin, el grito de júbilo de Glicerio anunció el final del juego:

—Lo gané.

Si, ya era suyo y no había poder humano que se lo arrebatase. Suyo, pero muy suyo, sin apelación posible, por la pericia mañosa de su juego. Y todos los amigos le envidiaban el trompo que Carmona, mostraba en la mano exclamando:

—Ya no juego más...

II

¡Pero qué mala pata, Chupitos! Desde chiquitito la cosa había sido de una mala pata espantosa. El día que nació, por ejemplo, en el Callejón de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro, una vecina dejó sobre un trapo la plancha ardiente, encima de la tabla de planchar y el trapo y la tabla se encendieron y el fuego se extendió por las paredes empapeladas con carátulas de revistas. Total: casi se quema el callejón. La madre tuvo que salir en brazos del marido y una hermana de éste alzó al chiquillo de la cuna. A poco, los padres tuvieron que entregarlo a una vecina para que lo lactara, no fuera que el susto de la madre se le pasara al muchacho. Luego fue creciendo en un ambiente sumamente "peleador", como decía él, para explicar esa su pasión por las trompeaduras. ¿Qué sucedía? Que su madre, zamba engreída, había salido un poco volantusa, según la severa y acaso exagerada opinión de la hermana del marido, porque volantusería era, al fin y al cabo, eso de demorarse dos horas en la plaza del mercado y llegar a la casa, a los dos cuartos del callejón humilde, toda sofocada y preguntando por el marido:

—¿Ya llegó Demetrio?

Hasta que un día se armó la de Dios es Cristo y mueran los moros y vivan los cristianos. Chupitos tenía ya siete años y se acordaba de todo. Sucedió que un día su mamá llegó como a las ocho de la noche. La carapulcra se enfriaba en la olla sobre el brasero con los tizones casi apagados. Llegó con una oreja muy colorada y el revuelto pelo mal arreglado. El marido hizo la clásica pregunta:

—¿A dónde has estado?... La comida está fría y yo... espera que te espera! A ver, vamos a ver...

Y, torpemente, sin poder urdir la mentira tan clásica como la pregunta, la zamba había respondido rabiosamente:

—¡Caramba! Ni que una fuera una criminal...

Arguyó la impaciencia contenida del marido:

—Yo no digo que tú eres una criminal. Lo que quiero es saber adonde has estado. Nada más.

—En la esquina.

—¿En la esquina? ¿Y qué hacías en la esquina?

—Estaba con Juana Rosa...

Y dando una media vuelta que hizo revolar la falda, se fue a avivar los tizones y a recalentar la carapulcra. La comida fue en silencio. Chupitos no se atrevía a levantar las narices de su plato y el padre apuraba, uno tras otro, largos vasos de vino. Al terminar el zambo se lió la bunfanda al cuello, se terció la gorra sobre una oreja y, encendiendo un cigarro, salió dando un portazo.

La mujer no dijo chus ni mus. Vio salir al marido y adivinó a donde iba: a hablar con Juana Rosa! Y entonces, sin reflexionar en la locura que iba a cometer, se envolvió en el pañolón, ató en una frazada unas cuantas ropas y salió también de estampida dejando al pobre Chupitos que, de puro susto, se tragaba unas lágrimas que le desbordaban los ojazos ingenuos sin saber él por qué. A medianoche regresó el marido con toda la ira del engaño avivada por el alcohol; abrió la puerta de una patada y rabió la llamada:

—¡Aurora!

Le respondió el llanto del hijo:

—Se fue, papacito...

El zambo entonces guardó con lentitud el objeto de peligro que le brillaba en la mano y murmuró con voz opaca:

—¡Ah, se fue, no?... Si tenía la conciencia más negra que su cara... ¡Con Juana Rosa!... ¡Yo le voy a dar Juana Rosa!...

Su hermana había tenido razón: Aurora fue siempre una volantusa... No había nada que hacer. Es decir, sí, sí había que hacer:

romperle la cara, marcarla duro y hondo para que se acordara siempre de su ofensa. Allá, en la esquina, se lo habían contado todo y ya sabía lo que mejor hubiera ignorado siempre: esa oreja enrojecida, ese pelo revuelto, era el resultado de la rabia del amante que la zamaqueó rudamente por sabe Dios, o el diablo, qué discusión, sin vergüenza... Ah, no sólo había habido engaño sino que, además, había otro hombre que también se creía con derecho de asentarle la mano... No, eso no: los dos tenían que saber quién era Demetrio Velásquez... ¡Claro que lo iban a saber!

Y lo supieron. Sólo que, después, Demetrio estuvo preso quince días por la paliza que propinó a los mendaces y quien, en buena, pagó el pato fue el pobre Chupitos que se quedó sin madre y con el padre preso, mal consolado por la hospitalidad de la tía, la hermana de Demetrio, que todo el día no hacía sino hablar de Aurora:

—Zamba más sinvergüenza... ¡Jesús!

Cuando el padre regresó de la prisión el chiquillo le preguntó llorando:

—¿Y mi mamá?

El zambo arrugó sin piedad la frente:

—¡Se murió! Y... ¡no llores!

El muchacho le miró asombrado, sin entender, sin querer entender, con una pena y con un estupor que le dolían malamente en su alma huérfana. Luego se atrevió:

—¿De veras?

Tardó unos instantes el padre en responder. Luego, bajando la cabeza y apretándose las manos, murmuró sordamente:

—De veras. Mujeres con quiñes, como si fueran trompos... ¡ni de vainas!

III

Fue la primera lección que aprendió Chupitos en su vida: mujeres con quiñes, como si fueran trompos, ni de vainas! Luego los

trompos tampoco debían tener quiñes... No, nada de lo que un hombre posee, mujer o trompo —juguetes—, podía estar maculado por nadie ni por nada. Que si el hombre pone toda su complacencia y todo su orgullo en la compañera o en el juego, nada ni nadie puede ganarle la mano. Así es la cosa y no puede ser de otra guisa. Esa es la dura ley de los hombres y la justicia dura de la vida.

Y no lo olvidó nunca. Tres años pasaron desde que el muchacho se quedara sin madre y, en esos tres años, sin más compañía que el padre, se fue haciendo hombre, es decir, fue aprendiendo a luchar solo, a enfrentarse a sus propios conflictos, a resolverlos sin ayuda de nadie, sólo por la sutileza de su ingenio criollo o por la pujanza viril de sus puños palomillas. En las tiendas de gallos, mientras sostenía al chuzo desplumado que servía de señuelo a los gallos que su padre adiestraba, aprendió ese arte peligroso de saber pelear, de agredir sin peligro y de pegar siempre primero.

Ahora que tenía que resolver la dura cuestión que le planteaba la codicia del cholo Carmona: ¡Había perdido su trompo! Y aquella misma tarde de la derrota regresó a su casa para pedir a su padre después de la comida:

—Papá, regálame treinta centavos, ¿quieres?

—¿Treinta centavos? Come tu ajiaco y cállate la boca.

El muchacho insistió levantando las cejas para exagerar su pena:

—Es que me ganaron mi trompo y tengo que comprarme otro...

—¿Y para qué te lo dejaste ganar?

—¿Y qué iba a hacer?

La lógica paterna:

—No dejártelo ganar...

Chupitos explicaba alzando más las cejas:

—Fue Carmona, papá, que mandó cocina y como tuve que chantarme... Déme los treinta chuyos, ¿quiere?...

En la expresión y en la voz del muchacho el padre advirtió algo inusitado, una emoción que se mezclaba con la tristeza de una virilidad humillada y con la rabia apremiante de una venganza por cumplir. Y, casi sin pensarlo, se metió la mano en el bolsillo y sacó los tres reales pedidos:

—Cuidado con que te ganen otro.

El muchacho no respondió. Después de echar una cantidad inmensa de azúcar en la taza de té, bebió resoplando:

—¡Caray con el muchacho! ¡Te vas a sancochar el hocico! —rezongó la tía.

El zambito, sin responder, bebía y bebía, resopló al terminar, se limpió los belfos con el dorso de la mano y salió corriendo:

—¿A dónde vas?

—A la chingana'e la esquina!

Llegó acezando a la pulpería en donde el chino despachaba impasible a la luz amarilla del candil de kerosene:

—¡Oye, dame ese trompo!

Y señalaba uno más chico que el anterior, también de naranjo, con su petulante cabecita y su vergonzante púa de garbanzo. Pagó veinte centavos y compró un pedazo de lija con que pulir el arma que le recuperase al día siguiente el trompo que fue su orgullo y la envidia de toda la tira del barrio.

Por la mañana se levantó temprano y temprano fue al corral. Allí cogió un clavo y comenzó toda la larga operación de transformar el pacífico juguete en un arma de combate. Le quitó la púa roma y con el serrucho más fino que su padre empleaba para cortar los espolones de sus gallos, le cortó la cabeza inútil. Luego, con la lija, pulió el lomo y fue desbastando el contorno para hacerlo invulnerable. Dos horas estuvo afilando el clavo para hacer la púa de pelea, como las navajas de los gallos, y le robó a su tía un cabito de vela para encerarlo. Terminada la operación, enrolló el trompo con la huaraca, la fina cuerda bien manoseada, escupió una babita y lo lanzó con fuerza en el centro de la señal. Y al levan-

tarlo, girando como una sedita, sin una sola vibración, vio con orgullo cómo la púa de clavo le hacía sangrar la palma rosada de su mano morena:

—¡Ya está! Ahora va a ver ese cholo currupantioso!...

IV

¡La tarde era triste,
la nieve caía!...

En Lima, a Dios gracias, no hay nieve que caiga ni ha caído nunca. Apenas esa garúa finita de calabobos, como dije al principio de este relato, chorreando su fanguito de las hojas de los árboles, morenizando el mármol de las estatuas que ornan la Alameda de los Descalzos. Allá iban los amigotes del barrio a chuzar esa partida en que Chupitos había puesto todo su orgullo y su angustiada esperanza:

—¿Se lo ganaré a Carmona?...

Al principio, cuando Mayta, por sugerencia del zambito, propuso la pelea de los trompos, el propio Chupitos opinó que, en esa tarde, con tanta lluvia y tanto barro, no se podría jugar. Y como lo presumió, Carmona tuvo la mezquindad de burlarse:

—Lo que tienes es miedo de que te quite otro trompo...

—¿Yo miedo? No seas...

—Entonces, ¿vamos?

—Al tirito.

Y fueron al camino que conduce a la Pampa de Amancaes que todavía tiene, felizmente, tierra para que juegen los palomillas. Carmona se apresuró a escupir la babita alrededor de la cual todos formaron un círculo. Mayta disparó primero, luego Ricardo, después Faustino Zapata. Carmona midió la distancia con la piola, adelantó el pie derecho, enhuaracó con calma y disparó. Sólo que fue carrera de caballo y parada de borrico porque cayó último. Chupitos disparó a su vez e, inexplicablemente para él, su púa se hincó detrás de la marca de Ricardo quien resultó prima. Desgraciada-

mente, así en público, el muchacho no pudo sugerirle que mandase la cocina con que habría recuperado su trompo y Ricardo mandó:

—¡Quiñes!

El trompo que ahora tenía Carmona, el trompo que antes había sido de Chupitos, se chantó ignominiosamente: ¡en sus manos jamás se habría chantado! Y allí estaba, estúpido e inerte, esperando que las púas de los otros trompos se cebaran en su noble madera de naranjo. Y los golpes fueron llegando: Mayta le sacó una lonja y Faustino le hizo dos quiñes de emparada. Hasta que al fin le llegó el turno a Chupitos. ¿Qué podría hacer?

¡Los trompos con quiñes, como las mujeres, ni de vainas!... Nunca sería el suyo ese trompo malamente estropeado ahora por la ley del juego que tanto se parece a la ley de la vida... Lenta, parsimoniosamente, Chupitos comenzó a enhuaracar su trompo para poner fin a esa vergüenza. Ajustó bien la piola y pasó por la púa el pulgar y el índice mojados en saliva; midió la distancia, alzó el bracito y disparó con toda su alma. Una sola exclamación admirativa se escuchó:

—¡Lo rajaste!

Chupitos ni siquiera miró el trompo rajado: se alzó de hombros y, abandonando junto al viejo el trompo nuevo, se metió las manos en los bolsillos y dio la espalda a la tira murmurando:

—Ya lo sabía...

Y se fue. Los muchachos no se explicaban por qué dejaba los dos trompos allí, tirados, ni por qué se iba pegadito a la pared. De pronto se detuvo. Sus amigos que le miraban marchar con la cabecita gacha, pensaron que iba a volver, pero Chupitos sacó del bolsillo el resto del clavo que le sirviera para hacer la segunda púa de combate y, arañando la pared, volvió a emprender su marcha hasta que se perdió, solo, triste e inútilmente vencedor; tras la esquina ésa en que, a la hora de la tertulia, tanto había ponderado al viejo trompo partido ahora por su mano:

—¡Más legal, te digo!... ¡De naranjo purito!

CALIXTO GARMENDIA

CIRO ALEGRIA (1909-1967)

Déjame contarte, —le pidió Remigio Garmendia a Anselmo, levantando la cara. Todos estos días, anoche, esta mañana, aún esta tarde, he recordado mucho... Hay momentos en que a uno se le agolpa la vida... Además, debes aprender. La vida, corta o larga, no es de uno solamente.

Sus ojos diáfanos parecían fijos en el tiempo. La voz se le fraguaba hondo y tenía un rudo timbre de emoción. Blandíanse a ratos las manos encallecidas.

—Yo nací arriba, en un pueblito de los Andes. Mi padre era carpintero y me mandó a la escuela. Hasta segundo año de primaria era todo lo que había. Y eso que tuve suerte de nacer en el pueblo, porque los niños del campo se quedaban sin escuela. Fuera de su carpintería, mi padre tenía un terrenito al lado del pueblo, pasando la quebrada, y lo cultivaba con la ayuda de algunos indios a los que pagaba en plata o con obritas de carpintería: que el cabo de una lampa o hacha, que una mesita, en fin. Desde un extremo del corredor de mi casa, veíamos amarillear el trigo, verdear el maíz, azulear las habas en nuestra pequeña tierra. Daba gusto. Con la comida y la carpintería, teníamos bastante, considerando nuestra pobreza. A causa de tener algo y también por su carácter, mi padre no agachaba la cabeza ante nadie. Su banco de carpintero estaba en el corredor de la casa, dando a la calle. Pasaba el Alcalde. "Bue-

nos días, señor", decía mi padre, y se acabó. Pasaba el subprefecto. "Buenos días, señor", y asunto concluido. Pasaba el alférez de gendarmes. "Buenos días, alférez", y nada más. Pasaba el juez y lo mismo. Así era mi padre con los mandones. Ellos hubieran querido que les tuviera miedo o les pidiese o les debiera algo. Se acostumbran a todo eso los que mandan. Mi padre les disgustaba. Y no acababa ahí la cosa. De repente venía gente del pueblo, ya sea indios, cholos o blancos pobres. De a diez, de a veinte o también en poblada llegaban. "Don Calixto, encabécenos para hacer este reclamo". Mi padre se llamaba Calixto. Oía de lo que se trataba, si le parecía bien aceptaba y salía a la cabeza de la gente, que daba vivas y metía harta bulla, para hacer el reclamo. Hablaba con buena palabra. A veces hacía ganar a los reclamadores y otras perdía, pero el pueblo siempre le tenía confianza. Abuso que se cometía, ahí estaba mi padre para reclamar al frente de los perjudicados. Las autoridades y los ricos del pueblo, dueños de haciendas y fundos, le tenían echado el ojo para partirlo en la primera ocasión. Consideraban altanero a mi padre y no lo dejaban tranquilo. El ni se daba cuenta y vivía como si nada le pudiera pasar. Había hecho un sillón grande, que ponía en el corredor. Ahí solía sentarse, por las tardes a conversar con los amigos. "Lo que necesitamos es justicia", decía. "El día que el Perú tenga justicia, será grande". No dudaba de que la habría y se torcía los mostachos con satisfacción, predicando: "No debemos consentir abusos".

Sucedió que vino una epidemia de tifo, y el panteón del pueblo se llenó con los muertos del propio pueblo y los que traían del campo. Entonces las autoridades echaron mano de nuestro terrenito para panteón. Mi padre protestó diciendo que tomaran tierra de los ricos, cuyas haciendas llegaban hasta la propia salida del pueblo. Dieron de pretexto que el terreno de mi padre estaba ya cercado, pusieron gendarmes y comenzó el entierro de los muertos. Quedaron a darle una indemnización de setecientos soles, que era algo en esos años, pero que autorización, que requisitos, que papeleo, que no hay plata en este momento... Se la estaban cobrando a mi padre, para ejemplo de reclamadores. Un día después de discutir con el alcalde, mi viejo se puso a afilar una cuchilla y, para ir a

lo seguro, también un formón. Mi madre algo le vería en la cara y se le prendió del cogote y le lloró diciéndole que nada sacaba con ir a la cárcel y dejarnos a nosotros más desamparados. Mi padre se contuvo como quebrándose. Yo era niño entonces y me acuerdo de todo eso como si hubiera pasado esta tarde.

Mi padre no era hombre que renunciara a su derecho. Comenzó a escribir cartas exponiendo la injusticia. Quería conseguir que al menos le pagaran. Un escribano le hacía las cartas y le cobraba dos soles por cada una. Mi pobre escritura no valía para eso. El escribano ponía al final: "A ruego de Calixto Garmendia, que no sabe firmar, Fulano". El caso fue que mi padre despachó dos o tres cartas al diputado por la provincia. Silencio. Otras al senador por el departamento. Silencio. Otra al mismo Presidente de la República. Silencio. Por último mandó cartas a los periódicos de Almagro y a los de Lima. Nada, señor. El postillón llegaba al pueblo una vez por semana, jalando una mula cargada con la valija del correo. Pasaba por la puerta de la casa y mi padre se iba detrás y esperaba en la oficina de despacho hasta que clasificaban la correspondencia. A veces, yo también iba. "¿Carta para Calixto Garmendia?", preguntaba mi padre. El interventor, que era un viejito flaco y bonachón, tomaba las cartas que estaban en la casilla de la G, las iba viendo y al final decía: "Nada, amigo". Mi padre salía comentando que la próxima vez habría carta. Con los años, afirmaba que al menos los periódicos responderían. Arizmendi me ha dicho que, por lo regular, los periódicos creen que asuntos como esos carecen de interés general. Esto, en el caso de que los mismos no estén en favor del gobierno y sus autoridades y callen cuanto pueda perjudicarles. Mi padre tardó en desengañarse de reclamar lejos y estar yéndose por las alturas, varios años.

Un día, a la desesperada, fue a sembrar la parte del panteón que aún no tenía cadáveres, para afirmar su propiedad. Lo tomaron preso los gendarmes, mandados por el sub-prefecto en persona, y estuvo dos días en la cárcel. Los trámites estaban ultimados y el terreno era de propiedad municipal legalmente. Cuando mi padre iba a hablar con el Síndico de Gastos del Municipio, el tipo abría

el cajón del escritorio y decía como si ahí debiera estar la plata: "No hay dinero, no hay nada ahora. Cálmate, Garmendia. Con el tiempo se te pagará". Mi padre presentó dos recursos al juez. Le costaron diez soles cada uno. El juez los declaró sin lugar. Mi padre ya no pensaba en afilar la cuchilla y el formón. "Es triste tener que hablar así —dijo una vez—, pero no me darían tiempo de matar a todos los que debía". El dinerito que mi madre había ahorrado y estaba en una ollita escondida en el terrado de la casa, se fue en cartas y en papeleo.

A los seis o siete años del despojo, mi padre se cansó hasta de cobrar. Envejeció mucho en aquellos tiempos. Lo que más le dolía era el atropello. Alguna vez pensó en irse a Almagro o a Lima a reclamar, pero no tenía dinero para eso. Y cayó también en cuenta de que, viéndolo pobre y solo, sin influencias ni nada, no le harían caso. ¿De quién y cómo podía valerse? El terrenito seguía de panteón, recibiendo muertos. Mi padre no quería ni verlo, pero cuando por casualidad llegaba a mirarlo, decía: "Algo mío han enterrado también ahí! ¡Crea usted en la justicia!" Siempre se había ocupado de que le hicieran justicia a los demás y, al final, no la había podido obtener ni para él mismo. Otras veces se quejaba de carecer de instrucción y siempre despotricaba contra los tiranos, gamonales, tagarotes y mandones.

Yo fui creciendo en medio de esa lucha. A mi padre no le quedó otra cosa que su modesta carpintería. Apenas tuve fuerzas, me puse a ayudarlo en el trabajo. Era muy escaso. En ese pueblito sedentario, casas nuevas se levantarían una cada dos años. Las puertas de las otras duraban. Mesas y sillas casi nadie usaba. Los ricos del pueblo se enterraban en cajón, pero eran pocos y no morían con frecuencia. Los indios enterraban a sus muertos envueltos en mantas sujetas con cordel. Igual que aquí en la costa entierran a cualquier peón de caña, sea indio o no. La verdad era que cuando nos llegaba la noticia de un rico difunto y el encargo de un cajón, mi padre se ponía contento. Se alegraba de tener trabajo y también de ver irse al hoyo a uno de la pandilla que lo despojó. ¿A qué hombre, tratado así, no se le daña el corazón? Mi madre creía

que no estaba bueno alegrarse debido a la muerte de un cristiano y encomendaba el alma del finado rezando unos cuantos padrenuestros y avemarías. Duro le dábamos al serrucho, al cepillo, a la lija y a la clavada mi padre y yo, que un cajón de muerto debía hacerse luego. Lo hacíamos por lo común de aliso y quedaba blanco. Algunos lo querían así y otros que pintados de color caoba o negro y encima charolado. De todos modos, el muerto se iba a podrir lo mismo bajo la tierra, pero aun para eso hay gustos.

Una vez hubo un acontecimiento grande en mi casa y en el pueblo. Un forastero abrió una nueva tienda, que resultó mejor que las otras cuatro que había. Mi viejo y yo trabajamos dos meses haciendo el mostrador y los andamios para los géneros y abarrotes. Se inauguró con banda de música y la gente hablaba del progreso. En mi casa, hubo ropa nueva para todos. Mi padre me dio para que la gastara en lo que quisiera, así, en lo que quisiera, la mayor cantidad de plata que había visto en mis manos: dos soles. Con el tiempo, la tienda no hizo otra cosa que mermar el negocio de las otras cuatro, nuestra ropa envejeció y todo fue olvidado. Lo único bueno fue que yo gasté los dos soles en una muchacha llamada Eutimia, así era el nombre, que una noche se dejó correr entre los alisos de la quebrada. Eso me duró. En adelante no me cobró ya nada y si antes me recibió los dos soles, fue de pobre que era.

En la carpintería las cosas siguieron como siempre. A veces hacíamos un baúl o una mesita o dos o tres sillas en un mes. Como siempre, es un decir. Mi padre trabajaba a disgusto. Antes lo había visto yo gozarse puliendo y charolando cualquier obrita y le quedaba muy vistosa. Después ya no le importó y como que salía del paso con un poco de lija. Hasta que al fin llegaba el encargo de otro cajón de muerto, que era plato fuerte. Cobrábamos generalmente diez soles. Déle otra vez a alegrarse mi padre, que solía decir: "¡Se fregó otro bandido, diez soles!" y a trabajar duro él y yo, y a rezar mi madre y a sentir alivio hasta por las virutas. Pero ahí acababa todo. ¿Eso es vida? Como muchacho que era, me disgustaba que en esa vida estuviera mezclada tanto la muerte.

La cosa fue más triste cada vez. En las noches, a eso de las tres o cuatro de la madrugada, mi padre se echaba unas cuantas piedras bastante grandes a los bolsillos, se sacaba los zapatos para no hacer bulla y caminaba medio agazapado hacia la casa del alcalde. Tiraba las piedras, rápidamente, a diferentes partes del techo, rompiendo las tejas. Luego volvía a la carrera y, ya adentro de la casa, a oscuras, pues no encendía luz para evitar sospechas, se reía, se reía. Su risa parecía a ratos el graznido de un animal. A ratos era tan humana, tan desastrosamente humana, que me daba más pena todavía. Se calmaba unos cuantos días con eso. Por otra parte, en la casa del alcalde solían vigilar. Como había hecho incontables chanchadas, no sabían a quien echarle la culpa de las piedras. Cuando mi padre deducía que se habían cansado de vigilar, volvía a romper tejas. Llegó a ser un experto en la materia. Luego rompió tejas de las casas del juez, del subprefecto, del alférez de gendarmes, del Síndico de Gastos. Calculadamente, rompió las de otros notables, para que si querían deducir, se confundieran. Los ocho gendarmes del pueblo salieron en ronda muchas noches, en grupos y solos, y nunca pudieron atrapar a mi padre. Se había vuelto un artista de la rotura de tejas. De mañana salía a pasear por el pueblo para darse el gusto de ver que los sirvientes de las casas que atacaba, subían con tejas nuevas a reemplazar las rotas. Si llovía era mejor para mi padre. Entonces atacaba la casa de quien odiaba más, el alcalde, para que el agua la dañara o, al caerles, los molestara a él y su familia. Llegó a decir que les metía el agua a los dormitorios, de lo bien que calculaba las pedradas. Era poco probable que pudiese calcular tan exactamente en la oscuridad, pero él pensaba que lo hacía, por darse el gusto de pensarlo.

El alcalde murió de un momento a otro. Unos decían que de un atracón de carne de chancho y otros que de las cóleras que le daban sus enemigos. Mi padre fue llamado para que le hiciera el cajón y me llevó a tomar las medidas con un cordel. El cadáver era grande y gordo. Había que verle la cara a mi padre contemplando el muerto. El parecía la muerte. Cobró cincuenta soles, adelantados, uno sobre otro. Como le reclamaron el precio, dijo que el cajón tenía que ser muy grande, pues el cadáver también lo era

y además gordo, lo cual demostraba que el alcalde comió bien. Hicimos el cajón a la diabla. A la hora del entierro, mi padre contemplaba desde el corredor cuando metían el cajón al hoyo, y decía: "Come la tierra que me quitaste, condenado; come, come". Y reía con esa su risa horrible. En adelante, dio preferencia en la rotura de tejas a la casa del juez y decía que esperaba verlo entrar al hoyo también, lo mismo que a los otros mandones. Su vida era odiar y pensar en la muerte. Mi madre se consolaba rezando. Yo, tomando a Eutimia en el alisar de la quebrada. Pero me dolía muy hondo que hubieran derrumbado así a mi padre. Antes de que lo despojaran, su vida era amar a su mujer y su hijo, servir a sus amigos y defender a quien lo necesitara. Quería a su patria. A fuerza de injusticia y desamparo, lo habían derrumbado.

Mi madre le dio esperanza con el nuevo alcalde. Fue como si mi padre sanara de pronto. Eso duró dos días. El nuevo alcalde le dijo también que no había plata para pagarle. Además, que abusó cobrando cincuenta soles por un cajón de muerto y que era un agitador del pueblo. Como se lo quisiera tomar, esto ya no tenía ni apariencia de verdad. Hacía años que las gentes, sabiendo a mi padre en desgracia con las autoridades, no iban por la casa para que las defendiera. Con este motivo ni se asomaban. Mi padre le gritó al nuevo alcalde, se puso furioso y lo metieron quince días en la cárcel, por desacato. Cuando salió, le aconsejaron que fuera con con mi madre a darle satisfacciones al alcalde, que le lloraran ambos y le suplicaran el pago. Mi padre se puso a clamar: "¡Eso nunca! ¿Por qué quieren humillarme? ¡La justicia no es limosna! ¡Pido justicia!". Al poco tiempo, mi padre murió.

LA AGONIA DE "RASU ÑITI"

JOSE MARIA ARGUEDAS (1911-1970)

Estaba tendido en el suelo, sobre una cama de pellejos. Un cuero de vaca colgaba de uno de los maderos del techo. Por la única ventana que tenía la habitación, cerca del mojinete, entraba la luz grande del sol; daba contra el cuero y su sombra caía a un lado de la cama del bailarín. La otra sombra, la del resto de la habitación, era uniforme. No podía afirmarse que fuera oscuridad; era posible distinguir las ollas, los sacos de papas, los copos de lana; los cuyes cuando salían algo espantados de sus huecos y exploraban en el silencio. La habitación era ancha para ser vivienda de un indio.

Tenía una troje. Un altillo que ocupaba no todo el espacio de la pieza, sino un ángulo. Una escalera de palo de lambras servía para subir a la troje. La luz del sol la alumbraba fuerte. Podía verse cómo varias hormigas negras subían sobre la corteza del lambras que aún exhalaba perfume.

—El corazón está listo. El mundo avisa. Estoy oyendo la cascada de Saño! Estoy listo! — dijo el dansak' "Rasu Ñiti" (1).

Se levantó y pudo llegar hasta la petaca de cuero en que guardaba su traje de dansak' y sus tijeras de acero. Se puso el guante en la mano derecha y empezó a tocar las tijeras.

(1) Dansak'; bailarín; "Rasu Ñiti": que aplasta nieve.

Los pájaros que se espulgaban tranquilos sobre el árbol de molle, en el pequeño corral de la casa, se sobresaltaron.

La mujer del bailarín y sus dos hijas que desgranaban maíz en el corredor, dudaron.

—Madre ¿has oído? ¿Es mi padre o sale ese canto de dentro de la montaña? —preguntó la mayor.

—Es tu padre! —dijo la mujer.

Porque las tijeras sonaron más vivamente, en golpes menudos.

Corrieron las tres mujeres a la puerta de la habitación.

"Rasu Ñiti" se estaba vistiendo. Sí. Se estaba poniendo la chaqueta ornada de espejos.

—Esposo! ¿Te despides? —preguntó la mujer, respetuosamente, desde el umbral. Las dos hijas lo contemplaron temblorosas.

—El corazón avisa, mujer. Llamen al "Lurucha" y a don Pascual. Que vayan ellas!

Corrieron las dos muchachas.

La mujer se acercó al marido.

—Bueno. El Wamani [2] está hablando! —dijo él— Tú no puedes oír. Me habla directo al pecho. Agárrame el cuerpo. Voy a ponerme el pantalón. ¿Adónde está el Sol? -Ya habrá pasado mucho el centro del cielo.

—Ha pasado. Está entrando aquí. Ahí está!

Sobre el fuego del sol, en el piso de la habitación, caminaban unas moscas negras.

—Tardará aún la chiririnka [3] que viene un poco antes que la muerte. Cuando llegue aquí no vamos a oirla aunque zumbe con toda su fuerza, porque voy a estar bailando.

---

(2) Dios montaña que se presenta en figura de cóndor.

(3) Mosca azul.

Se puso el pantalón de terciopelo apoyándose en la escalera y en los hombros de su mujer. Se calzó las zapatillas. Se puso el tapabala y la montera. El tapabala estaba adornado con hilos de oro. Sobre las inmensas faldas de la montera, entre cintas labradas, brillaban espejos en forma de estrella. Hacia atrás, sobre la espalda del bailarín, caía desde el sombrero una rama de cintas de varios colores.

La mujer se inclinó ante el dansak'. Le abrazó los pies. Estaba ya vestido con todas sus insignias! Un pañuelo blanco le cubría parte de la frente. La seda azul de su chaqueta, los espejos, la tela roja del pantalón, ardían bajo el angosto rayo de sol que fulguraba en la sombra del tugorio que era la casa del indio Pedro Huancayre, el gran dansak' "Rasu Ñiti", cuya presencia se esperaba, casi se temía y era luz de las fiestas de centenares de pueblos.

—¿Estás viendo al Wamani sobre mi cabeza? —preguntó el bailarín a su mujer.

Ella levantó la cabeza.

—Está —dijo— Está tranquilo.

—¿De qué color es?

—Gris. La mancha blanca de su espalda está ardiendo.

—Así es. Voy a despedirme. Anda tú a bajar los tipis de maíz del corredor! Anda!

La mujer obedeció. En el corredor, amarrados de los maderos del techo, colgaban racimos de maíz de colores. Ni la nieve, ni la tierra blanca de los caminos, ni la arena del río, ni el vuelo feliz de las parvadas de palomas en las cosechas, ni el corazón de un becerro que juega, tenían la apariencia, la lozanía, la gloria de esos racimos. La mujer los fué bajando, rápida pero ceremonialmente.

Se oía ya, no tan lejos, el tumulto de la gente que venía a la casa del bailarín.

Llegaron las dos muchachas. Una de ellas había tropezado en el campo y le salía sangre de un dedo del pie. Despejaron el corredor. Fueron a ver después al padre.

Ya tenía el pañuelo rojo en la mano izquierda. Su rostro enmarcado por el pañuelo blanco, casi salido del cuerpo, resaltaba, porque todo el traje de color y luces y la gran montera lo rodeaban, se diluían para alumbrarlo; su rostro cetrino, no pálido, cetrino duro, casi no tenía expresión. Sólo sus ojos aparecían hundidos como en un mundo, entre los colores del traje y la rigidez de los músculos.

—¿Ves al Wamani en la cabeza de tu padre? —preguntó la mujer a la mayor de sus hijas.

Las tres contemplaban, quietas.

—¿Lo ves?

—No —dijo la mayor.

—No tienes fuerza aún para verlo. Está tranquilo, oyendo todos los cielos; sentado sobre la cabeza de tu padre. La muerte le hace oir todo. Lo que tú has padecido; lo que has bailado; lo que más vas a sufrir.

—¿Oye el galope del caballo del patrón?

—Sí oye —contestó el bailarín, a pesar de que la muchacha había pronunciado las palabras en voz bajísima— Sí oye! También lo que las patas de ese caballo han matado. La porquería que ha salpicado sobre tí. Oye también el crecimiento de nuestro dios que va a tragar los ojos de ese caballo. Del patrón no. Sin el caballo él es sólo excremento de borrego!

Empezó a tocar las tijeras de acero. Bajo la sombra de la habitación la fina voz del acero era profunda.

—El Wamani me avisa. Ya vienen! —dijo

—¿Oyes, hija? Las tijeras no son manejadas por los dedos de tu padre. El Wamani las hace chocar. Tu padre sólo está obedeciendo.

Son hojas de acero sueltas. Las engarza el dansak' por los ojos, en sus dedos y las hace chocar. Cada bailarín puede producir en sus manos con ese instrumento una música leve, como de

agua pequeña, hasta fuego: depende del ritmo, de la orquesta y del "espíritu" que protege al danzak'.

Bailan solos o en competencia. Las proezas que realizan y el hervor de su sangre durante las figuras de la danza dependen de quien está asentado en su cabeza y su corazón mientras él baila o levanta y lanza barretas con los dientes, se atraviesa las carnes con leznas o camina en el aire por una cuerda tendida desde la cima de un árbol a la torre del pueblo.

Yo vi al gran padre "Untu", trajeado de negro y rojo, cubierto de espejos, danzar sobre una soga movediza en el cielo, tocando sus tijeras. El canto del acero se oía más fuerte que la voz del violín y del arpa que tocaban a mi lado, junto a mí. Fué en la madrugada. El padre "Untu" aparecía negro bajo la luz incierta y tierna; su figura se mecía contra la sombra de la gran montaña. La voz de sus tijeras nos rendía, iba del cielo al mundo, a los ojos y al latido de los millares de indios y mestizos que lo veíamos avanzar desde el inmenso eucalipto a la torre. Su viaje duró acaso un siglo. Llegó a la ventana de la torre cuando el sol encendía la cal y el sillar blanco con que estaban hechos los arcos. Danzó un instante junto a las campanas. Bajó luego. Desde dentro de la torre se oía el canto de sus tijeras; el bailarín iría buscando a tientas las gradas en el lóbrego túnel. Ya no volverá a cantar al mundo en esa forma, todo constreñido, fulgurando en dos hojas de acero! Las palomas y otros pájaros que dormían en el gran eucalipto, recuerdo que cantaron mientras el padre "Untu" se balanceaba en el aire. Cantaron pequeñito, jubilosamente, pero junto a la voz del acero y a la figura del dansak' sus gorjeos eran como una filigrana apenas perceptible, como cuando el hombre reina y el bello universo solamente parece lo orna, le da el jugo vivo a su señor.

El genio de un dansak' depende de quien vive en él: ¿el "espíritu" de una montaña (Wamani); de un precipicio cuyo silencio es transparente; de una cueva de la que salen toros de oro y "condenados" en andas de fuego? O la cascada de un río que se precipita de todo lo alto de una cordillera; o quizá sólo un pájaro, o un insecto volador que conoce el sentido de abismos, árboles, hormi-

gas y el secreto de lo nocturno; alguno de esos pájaros "malditos" o "extraños", el hakakllo, el chusek', o el San Jorge, negro insecto de alas rojas, que devora tarántulas.

"Rasu Ñiti" era hijo de un Wamani grande, de una montaña con nieve eterna. El, a esa hora, le había enviado ya su "espíritu": un cóndor gris cuya espalda blanca estaba vibrando.

Llegó "Lurucha", el arpista del dansak', tocando; le seguía don Pascual el violinista. Pero el "Lurucha" comandaba siempre el dúo. Con su uña de acero hacía estallar las cuerdas de alambre y las de tripa, o las hacía gemir sangre en los pasos tristes que tienen también las danzas.

Tras de los músicos marchaba un joven: "Atok' sayku" [4], el discípulo de "Rasu Ñiti". También se había vestido. Pero no tocaba las tijeras; caminaba con la cabeza gacha ¿Un dansak' que llora? Sí, pero lloraba para adentro. Todos lo notaban.

"Rasu Ñiti" vivía en un caserío de no más de veinte familias. Los pueblos grandes estaban a pocas leguas. Tras de los músicos venía un pequeño grupo de gente.

—¿Ves, "Lurucha" al Wamani? —preguntó el dansak' desde la habitación.

—Sí lo veo. Es cierto. "Es tu hora".

—"Atok' sayku"! ¿Lo ves?

El muchacho se paró en el umbral y contempló la cabeza del dansak'.

—Aletea no más. No lo veo bien, padre.

—¿Aletea?

—¿Sí, maestro?

—Está bien. "Atok' sayku" joven.

—Ya siento el cuchillo en el corazón. Toca! —le dijo al arpista.

(4) Que cansa al zorro.

"Lurucha" tocó el "jaykuy" (entrada) y cambió en seguida al "sisi nina" (fuego hormiga), otro paso de la danza.

"Rasu Ñiti" bailó, tambaleándose un poco. El pequeño público entró a la habitación. Los músicos y el discípulo se cuadraron contra el rayo del sol. "Rasu Ñiti" ocupó el suelo donde la franja del sol era más baja. Le quemaban las piernas. Bailó sin hervor, casi tranquilo, el "jaykuy"; en el "sisi nina" sus pies se avivaron.

—El Wamani está aleteando grande; está aleteando! —dijo "Atok' sayku", mirando la cabeza del bailarín.

Danzaba ya con brío. La sombra del cuarto empezó a henchirse como de una cargazón de viento; el dansak' renacía. Pero su cara, enmarcada por el pañuelo blanco, estaba más rígida, dura; sin embargo, con la mano izquierda agitaba el pañuelo rojo, como si fuera un trozo de carne que luchara. Su montera se mecía con todos sus espejos; en nada se percibía mejor el ritmo de la danza. "Lurucha" había pegado el rostro al arco del arpa. ¿De donde bajaba o brotaba esa música? No era sólo de las cuerdas y de la madera.

—Ya! Estoy llegando! Estoy por llegar! —dijo con voz fuerte el bailarín, pero la última sílaba salió como traposa, como de la boca de un loro.

Se le paralizó una pierna.

—Está el Wamani! Tranquilo! —exclamó la mujer del dansak' porque sintió que su hija menor temblaba.

El arpista cambió la danza al tono del "Waqtay" (la lucha). "Rasu Ñiti" hizo sonar más alto las tijeras. Las elevó en dirección del rayo de sol que se iba alzando. Quedó clavado en el sitio; pero con el rostro aún más rígido y los ojos más hundidos, pudo dar una vuelta sobre su pierna viva. Entonces sus ojos dejaron de ser indiferentes; porque antes miraba como en abstracto, sin precisar a nadie. Ahora se fijaron en su hija mayor, casi con júbilo.

—El dios está creciendo. Matará al caballo! —dijo.

Le faltaba ya saliva. Su lengua se movía como revolcándose en polvo.

—"Lurucha"! Patrón! Hijo! El Wamani me dice que eres de maíz blanco! De mi pecho sale tu tonada! De mi cabeza!

Y cayó al suelo. Sentado. No dejó de tocar las tijeras. La otra pierna se le había paralizado.

Con la mano izquierda sacudía el pañuelo rojo, como un pendón de chichería en los meses de viento.

"Lurucha", que no parecía mirar al bailarín, empezó el "yawar mayu" (río de sangre), paso final que en todas las danzas de indios existe.

El pequeño público permaneció quieto. No se oían ruidos en el corral ni en los campos más lejanos. ¿Las gallinas y los cuyes sabían lo que pasaba, lo que significaba esa despedida?

La hija mayor del bailarín salió al corredor, despacio. Trajo en sus brazos uno de los grandes racimos de mazorcas de maíz de colores. Lo depositó en el suelo. Un cuy se atrevió también a salir de su hueco. Era macho, de pelo encrespado; con sus ojos rojísimos revisó un instante a los hombres y saltó a otro hueco. Silbó antes de entrar.

"Rasu Ñiti" vió a la pequeña bestia. ¿Por qué tomó más impulso para seguir el ritmo lento, como el arrastrarse de un gran río turbio, del "yawar mayu" éste que tocaban "Lurucha" y don Pascual? "Lurucha" aquietó el endiablado ritmo de este paso de la danza. Era el "yawar mayu", pero lento, hondísimo; sí, como la figura de esos ríos inmensos, cargados con las primeras lluvias; ríos, de las proximidades de la selva que marchan también lentos, bajo el sol pesado en que resaltan todos los polvos y lodos, los animales muertos y árboles que arrastran, indeteniblemente. Y estos ríos van entre montañas bajas, oscuras de árboles. No como los ríos de la sierra que se lanzan a saltos, entre la gran luz; ningún bosque los mancha y las rocas de los abismos les dan silencio.

"Rasu Ñiti" seguía con la cabeza y las tijeras este ritmo denso. Pero el brazo con que batía el pañuelo empezó a doblarse; murió. Cayó sin control, hasta tocar la tierra.

Entonces "Rasu Ñiti" se echó de espaldas.

—El Wamani aletea sobre su frente! —dijo "Atok' sayku".

"Ya nadie más que él lo mira —dijo entre si la esposa— Yo ya no lo veo".

"Lurucha" avivó el ritmo del "yawar mayu". Parecía que tocaban campanas graves. El arpista no se esmeraba en recorrer con su uña de metal las cuerdas de alambre; tocaba las más extensas y gruesas. Las cuerdas de tripa. Pudo oirse entonces el canto del violín más claramente.

A la hija menor le atacó el ansia de cantar algo. Estaba agitada, pero como los demás en actitud solemne. Quiso cantar por que vió que los dedos de su padre que aún tocaban las tijeras iban agotándose, que iban también a helarse. Y el rayo de sol se había retirado casi hasta el techo. El padre tocaba las tijeras revolcándolas un poco en la sombra fuerte que había en el suelo.

"Atok' sayku" se separó un pequeñísimo espacio, de los músicos. La esposa del bailarín se adelantó un medio paso de la fila que formaba con sus hijas. Los otros indios estaban mudos; permanecieron más rígidos. ¿Qué iba a suceder luego? No les habían ordenado que salieran afuera.

—El Wamani está ya sobre el corazón! —exclamó "Atok' sayku", mirando.

"Rasu Ñiti" dejó caer las tijeras. Pero siguió movienlo la cabeza y los ojos.

El arpista cambió de ritmo, tocó el "illapa vivon" (el borde del rayo). Todo en las cuerdas de alambre, a ritmo de cascada. El violín no lo pudo seguir. Don Pascual adoptó la misma actitud rígida del pequeño público, con el arco y el violín colgándole de las manos.

"Rasu Ñiti" movió los ojos; la córnea, la parte blanca, parecía ser la más viva, la más lúcida. No causaba espanto. La hija menor seguía atacada por el ansia de cantar, como solía hacerlo junto al río grande, entre el olor de las flores de retama que crecen a ambas orillas. Pero ahora el ansia que sentía por cantar, aunque igual en violencia, era de otro sentido. Pero igual en violencia!

Duró largo, mucho tiempo, el "illapa vivon". "Lurucha" cambiaba la melodía a cada instante, pero no el ritmo. Y ahora sí miraba al maestro. La danzante llama que brota de las cuerdas de alambre de su arpa, seguía como sombra el movimiento cada vez más extraviado de los ojos del dansak'; pero lo seguía. Es que "Lurucha" estaba hecho de maíz blanco, según el mensaje del Wamani. El ojo del bailarín moribundo, el arpa y las manos del músico funcionaban juntos; esa música hizo detenerse a las hormigas negras que ahora marchaban de perfil al sol, en la ventana. El mundo a veces guarda un silencio cuyo sentido sólo alguien percibe. Esta vez era por el arpa del maestro que había acompañado al gran dansak' toda la vida, en cien pueblos, bajo miles de piedras y de toldos.

"Rasu Ñiti" cerró los ojos. Grande se veía su cuerpo. La montera le alumbraba con sus espejos.

"Atok' sayku" saltó junto al cadáver. Se elevó ahí mismo, danzando; tocó las tijeras que brillaban. Sus pies volaban. Todos lo estaban mirando. "Lurucha" tocó el "lucero kanchi" (alumbrar de la estrella), de wallpa wak'ay (canto del gallo) conque empezaban las competencias de los danzak', a la media noche.

—El Wamani aquí! En mi cabeza! En mi pecho! Aleteando! —dijo el nuevo dansak'.

Nadie se movió.

Era él, el padre "Rasu Ñiti", renacido, con tendones de bestia tierna y el fuego del Wamani, su corriente de siglos aleteando.

"Lurucha" inventó los ritmos más intrincados, los más solemnes y vivos. "Atok' sayku" los seguía, se elevaba, sus piernas, sus

brazos, su pañuelo, sus espejos, su montera todo en su sitio! Y nadie volaba como ese joven dansak'; dansak' nacido.

—Está bien! —dijo "Lurucha"— Está bien! Wamani contento. Ahistá en tu cabeza, el blanco de su espalda como el sol del medio día en el nevado, brillando.

—No lo veo! —dijo la esposa del bailarín.

—Enterraremos mañana al oscurecer al padre "Rasu Niti".

—No muerto. Ajajayllas! —exclamó la hija menor— No muerto. El mismo! Bailando!

"Lurucha" miró profunlamente a la muchacha. Se le acercó, casi tambaleándose, como si hubiera tomado una gran cantidad de cañazo.

—Cóndor necesita paloma! Paloma, pues, necesita cóndor! Dansak' no muere! —le dijo.

—Por dansak' el ojo de nadie llora. Wamani es Wamani.

3 de Octubre de 1961.

LA CASA DE CARTON
(Fragmento)

MARTIN ADAN (1908-1985)
(Seud. de Rafael de la Fuente Benavides)

Mi primer amor tenía doce años y las uñas negras. Mi alma rusa de entonces, en aquel pueblecito de once mil almas y cura publicista, amparó la soledad de la muchacha más fea con un amor grave, social, sombrío, que era como una penumbra de sesión de congreso internacional obrero. Mi amor era vasto, oscuro, lento, con barbas, anteojos y carteras, con incidentes súbitos, con doce idiomas, con acechos de la policía, con problemas de muchos lados. Ella me decía, al ponerse en sexo: Eres un socialista. Y su almita de educanda de monjas europeas se abría como un devocionario íntimo por la parte que trata del pecado mortal.

Mi primer amor se iba de mí, espantada de mi socialismo y mi tontería. "No vayan a ser todos socialistas..." Y ella se prometió darse al primer cristiano viejo que pasara, aunque éste no llegara a los doce años. Solo ya, me aparté de los problemas sumos y me enamoré verdaderamente de mi primer amor. Sentí una necesidad agónica toxicomaníaca, de inhalar, hasta reventarme los pulmones, el olor de ella; olor de escuelita, de tinta china, de encierro, de sol en el patio, de papel del estado, de anilina, de tocuyo vestido a flor de piel —olor de la tinta china, flaco y negro—, casi un tiralíneas de ébano, fantasma de vacaciones...

Y esto era mi primer amor.

Mi segundo amor tenía quince años de edad. Una llorona con la dentadura perdida, con trenzas de cáñamo, con pecas en todo el cuerpo, sin familia, sin ideas, demasiado futura, excesivamente femenina... Fuí rival de un muñeco de trapo y celuloide que no hacía sino reírse de mí con una bocaza pilluela y estúpida. Tuve que entender un sinfín de cosas perfectamente ininteligibles. Tuve que decir un sinfín de cosas perfectamente indecibles. Tuve que salir bien en los exámenes, con veinte —nota sospechosa, vergonzosa, ridícula: una gallina delante de un huevo—. Tuve que verla a ella mimar a sus muñecas. Tuve que oírla llorar por mí. Tuve que chupar caramelos de todos los colores y sabores. Mi segundo amor me abandonó como en un tango: Un malevo...

Mi tercer amor tenía los ojos lindos, y las piernas muy coquetas, casi cocotas. Hubo que leer a Fray Luis de León y a Carolina Invernizzio. Peregrina muchacha... no sé por qué se enamoró de mí. Me consolé de su decisión irrevocable de ser amiga mía después de haber sido casi mi amante, con las doce faltas de ortografía de su última carta.

Mi cuarto amor fué Catita.

Mi quinto amor fué una muchacha sucia con quien pequé casi en la noche, casi en el mar. El recuerdo de ella huele como ella olía, a sombra de cinema, a perro mojado, a ropa interior, a repostería, a pan caliente, olores superpuestos y, en sí mismos, individualmente, casi desagradables, como las capas de las tortas, jenjibre, merengue, etcétera. La suma de olores hacía de ella una verdadera tentación de seminarista. Sucia, sucia, sucia... Mi primer pecado mortal...

Ella tenía una blusita parroquial y un dedito índice muy cortés. Maestra fiscal. Veintiocho años. Salud cabal. Resignación cristiana a la soltería. La carita, muy blanca. La naricita, muy frágil. Y unos lentecitos que ataba a la oreja derecha una levísima cadenita de oro. Y, sobre todo, jabón de Reuter —olor blanco y pedagógico—. La piel de ella en la nariz era más fina y sensible que en cualquier otra parte de su cuerpo, aunque esto nadie pudo llegar a

comprobarlo. Pero, ¡bah!... también todo el mundo sabía que ella no se casaría nunca, y esto nadie podía comprobarlo de antemano, y, sin embargo, ello era verdad. ¡La verdad!... —un entusiasmo de fraile misionero, un tema de cornudo frenético, lo malo de un libro bueno, lo que sea, pero no la piel de una pedagoga de veintiocho años ¿verdad? La nariz de ella la llenaban los lentes de dificultades: ellos eran un falderillo que ladraba reflejos. También las costumbres modernas y las noticias de "La Prensa" fruncían su nariz, pero menos, menos... A las siete de la mañana, florecía la cara de ella —insólita, inesperada flor— una mata de begonias de una maceta verde en su ventana, en el alfeizar de su ventana, en su casa, en su casa, en su casa—. —Pin, Pin, San Agustín...—. Después la cara de ella acababa por arriba un cuerpo largo, seguro, firme, de ángel guardián, de virgen prudente, de soltera voluntaria. En un torpe revolotear de sábanas en su alcoba —tonto aleteo inútil de ganso en jaula— se iniciaba la cotidiana vida de la señorita Muler, negación del Fisco, mujer de su casa, doméstica, longa, blanda, íntima y fría como una almohada de cama a las seis posmeridiano. La señorita Muler todo lo hacía bien, con silencio, con indiferencia, con desgana. La taza, en el desayuno, la cogía ella con el dedo pulgar y el índice, como en una cita, y toda la mano se la hacía unas tenazas vitales, duras, inteligentes. Y su dedo índice, más curvo que nunca, tenía entonces virtud, exotismo, sonrisa, tristeza de exduque ruso camarero en Berlín. A las nueve de la mañana, la señorita Muler con las campanadas del reloj se volvía en un instante maestra fiscal, instrucción elemental, sostén del estado; decía que nó, y abolaba las manos. En la tarde, se sometía la señorita Muler a los rumores, a los colores y a los olores, y tejía poesía con los palillos de sus piernas y de sus brazos, marfiles siempre nuevos como en las encías de un elefante. Posibles disparates de solteroncita: ubicuidad, corona y cetro, un prado celeste, ser un pájaro con cabeza de clavel, morir como una santa, ir a París... Dormida soñaba ella con Napoleón jinete en un caballo verde y con Santa Rosa de Lima. Ella solamente lloraba con pañuelo. Decía: "Bon Dieu", y se reía en escala, sin ganas. No comprendía a Eguren, pero le conocía de vista. Murmuraba: "De nin-

guna manera"... con los ojos alejadísimos. Y: "con mucho gusto". Y: "Jesús, Jesús..." Ponía un dedo medio y perpendicular sobre la página del libro que leía. Etcétera. La señorita Muler soñó con él una noche, a los tres días de haberle conocido. Antecedía a Ramón en el turno, un coronel que ganaba una Guerra del Pacífico —un sueño patriótico, de texto escolar nacionalista—. Al fin penetró Ramón en la subconciencia de la señorita Muler; y una noche mi amigo predilecto se metió a fraile; él venía de Palestina, a lomos de mister Kakíson: Lima se hizo un ovillo de torres; campanadas caían como piedras en un laberinto de terrones; un ángel italiano cantó en latín; una trompeta de "boy-Scout" llamó sólo a los hombres de buena voluntad; el Jordán escapaba riendo al cielo por el mediojo del puente bonachón del virrey Superunda; Ramón, en hábito de mercedario y con la luna de Barranco en las manos, apaciguaba los elementos y tosía horriblemente. La señorita Muler se enamoró de Ramón. Ramón no se enamoró de la señorita Muler. La señorita Muler tenía veintiocho años; Ramón, dieciocho, pero a pesar de todo Ramón no se enamoró de la señorita Muler. Desde un millón de puntos de vista, en un tango largo como un rollo de película, filmaba una victrola a cámara lenta el balneario —amarillo y desolado como un caserío mejicano en un fotofolletín ganaderesco de Tom Mix—. Y, detrás de todo, el mar inútil y absurdo como un quiosco en la mañana que sigue a la tarde de gimkana. Y un triángulo de palomas vulgares se llevaba los palotes de la señorita Muler en el pico, románticamente.

LA BOTELLA DE CHICHA

JULIO RAMON RIBEYRO (1929)

En una ocasión tuve necesidad de una pequeña suma de dinero y como me era imposible procurármela por las vías ordinarias, decidí hacer una pesquisa por la despensa de mi casa, con la esperanza de encontrar algún objeto vendible o pignorable. Luego de remover una serie de trastos viejos, divisé acostada en un almohadón, como una criatura en su cuna, una vieja botella de chicha.. Se trataba de una chicha que hacía más de quince años recibiéramos de una hacienda del norte y que mis padres guardaban celosamente para utilizarla en un importante suceso familiar. Mi padre me había dicho que la abriría cuando yo «me recibiera de bachiller». Mi madre, por otra parte, había hecho la misma promesa a mi hermana, para el día «que se casara». Pero ni mi hermana se había casado ni yo había elegido aún qué profesión iba a estudiar, por lo cual la chicha continuaba durmiendo el sueño de los justos y cobrando aquel inapreciable valor que dan a este género de bebidas los descansos prolongados.

Sin vacilar, cogí la botella del pico y la conduje a mi habitación. Luego de un paciente trabajo logré cortar el alambre y extraer el corcho, que salió despedido como por el ánima de una escopeta. Bebí un dedito para probar su sabor y me hubiera acabado toda la botella si es que no la necesitara para un negocio mejor. Luego de verter su contenido en una pequeña pipa de barro, me dirigí a la calle con la pipa bajo el brazo. Pero a mitad del camino un escrú-

pulo me asaltó. Había dejado la botella vacía abandonada sobre la mesa y lo menos que podía hacer era restituirla a su antiguo lugar para disimular en parte las trazas de mi delito. Regresé a casa y para tranquilizar aún más mi conciencia, llené la botella vacía con una buena medida de vinagre, la alambré, la encorché y la acosté en su almohadón.

Con la pipa de barro, me dirigí a la chichería de don Eduardo.

—Fíjate lo que tengo —dije mostrándole el recipiente—, Una chicha de jora de veinte años. Sólo quiero por ella treinta soles. Está regalada.

Don Eduardo se echó a reír.

—¡A mí!, ¡a mí! —exclamó señalándose el pecho— ¡A mí con ese cuento! Todos los días vienen a ofrecerme chicha y no solo de veinte años atrás. ¡No me fío de esas historias! ¡Como si las fuera a creer!

—Pero yo no te voy a engañar. Pruébala y verás.

—¿Probarla? ¿Para qué? Si probara todo lo que traen a vender terminaría el día borracho, y lo que es peor, mal emborrachado. ¡Anda, vete de aquí! Puede ser que en otro lado tengas más suerte.

Durante media hora recorrí todas las chicherías y bares de la cuadra. En muchos de ellos ni siquiera me dejaron hablar. Mi última decisión fue ofrecer mi producto en las casas particulares pero mis ofertas, por lo general, no pasaron de la servidumbre. El único señor que se avino a recibirme me preguntó si yo era el mismo que el mes pasado le vendiera un viejo burdeos y como yo, cándidamente le replicara que sí, fui cubierto de insultos y de amenazas e invitado a desaparecer en la forma menos cordial.

Humillado por este incidente, resolví regresar a mi casa. En el camino pensé que la única recompensa, luego de empresa tan vana, sería beberme la botella de chicha. Pero luego consideré que mi conducta sería egoísta, que no podía privar a mi familia de su pequeño tesoro solamente por satisfacer un capricho pasajero, y que lo más cuerdo sería verter la chicha en su botella y esperar, para

beberla, a que mi hermana se casara o que a mí pudieran llamarme bachiller.

Cuando llegué a casa había oscurecido y me sorprendió ver algunos carros en la puerta y muchas luces en las ventanas. No bien había ingresado a la cocina cuando sentí una voz que me interpelaba en la penumbra. Apenas tuve tiempo de ocultar la pipa de barro tras una pila de periódicos.

—¿Eres tú el que anda por allí? —preguntó mi madre, encendiendo la luz— ¡Esperándote como locos! ¡Ha llegado Raúl! ¿Te das cuenta? ¡Anda a saludarlo! ¡Tantos años que no ves a tu hermano! Corre! que ha preguntado por ti.

Cuando ingresé a la sala quedé horrorizado. Sobre la mesa central estaba la botella de chicha aún sin descorchar. Apenas pude abrazar a mi hermano y observar que le había brotado un ridículo mostacho. «Cuando tu hermano regrese», era otra de las circunstancias esperadas. Y mi hermano estaba allí y estaban también otras personas y la botella y minúsculas copas pues una bebida tan valiosa necesitaba administrarse como una medicina.

—Ahora que todos estamos reunidos —habló mi padre— vamos al fin a poder brindar con la vieja chicha— y agració a los invitados con una larga historia acerca de la botella, exagerando, como era de esperar, su antigüedad. A mitad de su discurso, los circunstantes se relamían los labios.

La botella se descorchó, las copas se llenaron, se lanzó una que otra improvisación y llegado el momento del brindis observé que las copas se dirigían a los labios rectamente, inocentemente, y regresaban vacías a la mesa, entre grandes exclamaciones de placer.

—¡Excelente bebida!

—¡Nunca he tomado algo semejante!

—¿Cómo me dijo? ¿Treinta años guardada?

—¡Es digna de un cardenal!

—¡Yo que soy experto en bebidas, le aseguro, don Bonifacio, que como ésta ninguna!

Y mi hermano, conmovido por tan grande homenaje, añadió.

—Yo les agradezco, mis queridos padres, por haberme reservado esta sorpresa con ocasión de mi llegada.

El único que, naturalmente, no bebió una gota fui yo. Luego de acercármela a las narices y aspirar su nauseabundo olor a vinagre, la arrojé con disimulo en un florero.

Pero los concurrentes estaban excitados. Muchos de ellos dijeron que se habían quedado con la miel en los labios y no faltó uno más osado que insinuara a mi padre si no tenía por allí otra botellita escondida.

—¡Oh, no! —replicó— ¡De estas cosas solo una! Es mucho pedir.

Noté, entonces, una consternación tan sincera en los invitados, que me creí en la obligación de intervenir.

—Yo tengo por allí una pipa con chicha.

—¿Tú? —preguntó mi padre, sorprendido.

—Sí, una pipa pequeña. Un hombre vino a venderla... Dijo que era muy antigua.

—¡Bah! ¡Cuentos!

—Y yo se la compré por cinco soles..

—¿Por cinco soles? ¡No has debido pagar ni una peseta!

—A ver, la probaremos —dijo mi hermano—. Así veremos la diferencia.

—Sí, ¡que la traiga! —pidieron los invitados.

Mi padre, al ver tal espectativa, no tuvo más remedio que aceptar y yo me precipité hacia la cocina. Luego de extraer la pipa bajo el montón de periódicos, regresé a la sala con mi trofeo entre las manos.

—¡Aquí está! —exclamé, entregrándosela a mi padre.

—¡Hum! —dijo él, observando la pipa con desconfianza—. Estas pipas son de última fabricación. Sino me equivoco, yo com-

pré una parecida hace poco —y acercó la nariz al recipiente—. ¡Qué olor! ¡No! Esto es una broma! ¿Dónde has comprado esto, muchacho? ¡Te han engañado! ¡Qué tontería! Debías haber consultado —y para justificar su actitud hizo circular la botija entre los concurrentes, quienes ordenadamente la olían y después de hacer una mueca de repugnancia, la pasaban a su vecino.

—¡Vinagre!

—¡Me descompone el estómago!

—Pero ¿es que esto se puede tomar?

—¡Es para morirse!

Y como las expresiones aumentaban de tono, mi padre sintió renacer en sí su función moralizadora de jefe de familia y, tomando la pipa con una mano y a mí de una oreja con la otra, se dirigió a la puerta de calle.

—Ya te lo decía. Te has dejado engañar como un bellaco! ¡Verás lo que se hace con esto!

Abrió la puerta y, con gran impulso, arrojó la pipa a la calle, por encima del muro. Un ruido de botija rota estalló en un segundo. Recibiendo un coscorrón en la cabeza, fui enviado a dar una vuelta por el jardín y mientras mi padre se frotaba las manos, satisfecho de su proceder, observé que en la acera pública, nuestra chicha, nuestra magnífica chicha norteña, guardada con tanto esmero durante quince años, respetada en tantos pequeños y tentadores compromisos, yacía extendida en una roja y dolorosa mancha. Un automóvil la pisó alargándola en dos huellas; una hoja de otoño naufragó en su superficie; un perro se acercó, la olió y la meó.

UN DIA EN MUCHAS PARTES DEL MUNDO

CARLOS E. ZAVALETA (1928)

Bueno, nos vamos por lo visto. Ajústate el cinturón y prepara tu reloj. Tienes la manía de contar quince segundos desde la vibración más fuerte, desde la carrera final para el despegue. Si a los quince segundos el aparato no se eleva...

Pero vamos carrereando solamente, rumbo a la pista que nos toca, pisando las grandes y sucesivas barras pintadas de blanco. Adolorido y ruidoso, el viejo avión cumple heroicamente su deber.

—Señoras y señores pasajeros, muy buenos días. Su atención, por favor. Les doy la bienvenida en nombre de la tripulación al mando del capitán López Portillo. Acabamos de recibir noticias de que el aeropuerto de El Alto, en La Paz, ha sido cerrado por disturbios. Esperaremos una media hora para ver si seguimos viaje. Ladies and gentlemen...

Toda una contrariedad, por supuesto. Hay que volver a casa y a la oficina. Eres peruano, oh sí, pero después de todo diles que trabajas en La Paz. Ahí tienes tu lección, para que no pontifiques otra vez. Ya pareces periodista. Cada vez que te preguntaban, dijiste que Barrientos no era capaz de organizar una revuelta contra Paz Estenssoro. ¿Y ahora qué me dices, Ulises? Bueno, pero quizá no sea en serio, unos cuantos balazos en la base aérea de El Alto, nada más. Aunque los diarios decían que Barrientos estaba en Cochabamba, que desoía los llamados de su jefe. ¿Cómo explicas eso? ¿Y qué dirá Paz en La Paz?

—Su atención, por favor. Según nuestras últimas instrucciones, podemos proseguir libremente a La Paz. Your attention please...

El vuelo estabilizado, permanente, la inmovilidad del viaje y el ruido que es otra presencia continua y eterna. Nada se mueve excepto el pueblo (los cerros, el mundo) de nubes que tienden bajo el aparato un increíble piso de gigantescos algodones, una alfombra para el sol radiante que mira desde un azul perfectamente añil, límpido e ingenuo. Como el cielo de Andalucía, como el cielo de tu Callejón de Huaylas. Quizá no ha pasado un año de tu lejana niñez. Pero ¿estamos dando la vuelta? El avión retoma sus alas, se inclina, vibra como nunca.

—Su atención, por favor. El capitán López Portillo les pide disculpas por el cambio de rumbo. Hemos recibido instrucciones de volver al aeropuerto Jorge Chávez. Continúan los disturbios.

Y ahora a esconderse otra vez por uno o dos días y salir únicamente por la noche de incógnito. Como en el viaje a México. La agencia de turismo dijo que tenías reservación y cuando llegas al aeropuerto reservación te vuelvas. Habías pedido permiso a la oficina, era imposible volver al trabajo y dos días después pedir otro permiso. Pues a esconderse y salir únicamente de noche. Vivir en ausencia de uno mismo; deambular por la ciudad donde uno ya no no debe estar y prepararse para la muerte y que todo siga igual, la Plaza San Martín, la Colmena Izquierda, el Parque Universitario y todas las sombras que uno ha visto desde niño. Los mismos rostros sin nombre pero familiares, desde la mujer que vende peines en el bar Zela hasta el Poeta Bestial que cruza la plaza con la capa española encima y el gran sombrero gacho.

—Ladies and gentlemen. Your attention please.

El aparato embiste contra la inmensa alfombra de nubes, las puntas de las alas rasgan el aire blanco, el extraño humo se adelgaza, corre entre los dedos del día y surge la pequeña mancha de sementeras en torno a Lima. Cuadros de tierra negra y de hortalizas, y en torno, el arenal que lo convierte todo en una inmóvil soledad, en una pobreza sin remedio.

—Señoras y señores. Estábamos dispuestos a aterrizar en el aeropuerto Jorge Chávez, de El Callao, pero nos dan órdenes definitivas de proseguir a la Paz. Todo se ha normalizado.

—¡Pucha, Diego! ¿Qué es esto? —gritas—. ¡Decídanse de una vez! ¿Están jugando con nosotros? ¡Tengo que llegar a la oficina, señorita!

Hay un rumor de aprobación e inclusive de aplausos por tus gritos, pero a los cinco minutos todo el mundo come y conversa alegremente, menos tú que no tienes con quién hablar. Miras el asiento vacío y piensas en la que pudo subir y no subió. Por ratos creas del aire varias personas probables pero siempre mujeres. ¿Por qué? ¿Porque eres un hombre? ¿Es la única razón? ¿O es que deseas lo más fácil, mirar y no discutir? ¿Dónde estarán los futuros compañeros de viaje, no los del pasado? Ni siquiera son sombras; puede darse el caso de que dos tipos van a viajar mañana en igualdad de probabilidades y que sólo a última hora ellos mismos sepan quién lo hará definitivamente. ¿Puede constituir un hombre una mezcla de rasgos probables? ¿Será totalmente inmune a la muerte una mezcla así? Pero la muerte futura y probable, todopoderosa, ella sí continúa rondando el avión desde que hemos salido.

Menos mal que esta vez llegaremos, lo sientes, casi dirías que lo sabes. O sea que nada en dos platos. Y por otro lado, Paz Estenssoro está todavía adentro y Barrientos todavía afuera. Y Bolivia crucificada en el medio.

Cuando llego, veo únicamente a los hombres de la oficina, sin ninguna de las esposas. Subsiste, pues, el temor a alzamientos y motines callejeros. Ellos son cuatro y contigo serán cinco, pero han traído un solo carro. ¿Por qué?

—Todo está movido, señor —dice tu ayudante—. La cosa tuvo sus bemoles, aunque no tanto como en el cincuenta y dos, palabra. Hay obreros armados por el camino a El Alto. Los cuatro únicos avioncitos Mustang que tiene Bolivia bombardearon Laikacota esta mañana. Desde Cochabamba, Barrientos se la jugó y va ganando

lejos. Dicen que Paz Estenssoro escapa o lo queman. En fin, veremos qué pasa mañana.

—Y yo ni la tos —digo.

En efecto, mientras bajamos en espiral por la carretera, desde la enorme y desértica explanada hasta el cañón pardusco en que se prenden las casas y los contados árboles, vemos cada diez metros a un obrero con el fusil apoyado en el suelo, entre sus manos; cada cincuenta a otro acariciando su metralleta; y entre ellos a muchos curiosos mirándonos fijamente. Ya sabes que el paquete que llevan al cuello o agitan en la mano es un cartucho de dinamita. Algunos parecen ebrios y levantan sus armas no se sabe si como saludo o amenaza. Ojalá así de decididos fueran los obreros del Perú.

El ayudante señala ceremoniosamente:

—Ahí tiene usted la revolución.

¿Revolución? —sonríes—. Hasta hoy no hemos visto una sola verdadera. Y ya estamos en el sesenta y cuatro, ya somos viejos.

Sientes que les interesa más la palabra viejos que revolución.

—Por aquí se puede cortar directamente a la casa, por favor —dices luego de un silencio—. Me la pasé cuatro horas en el avión.

—Claro, estará usted cansado con tantas vueltas. A propósito, jefe, ¿quiere usted carne, pan, cualquier cosa? Las tiendas están cerradas desde ayer.

—No se moleste, Jiménez. Creo que tengo unas latas. Y además la muchacha debe estar esperándome. Es muy cumplida.

—Ah, sí, la Josefa, ¿no?

El camino parece cambiar, pero es el mismo dentro de la ciudad. La bajada culebrea por en medio de casuchas, covachas, barriadas como las limeñas; pero al menos aquí hay sólidos techos y paredes, no jaulas de estera y polvo como allá. Y cuando se acaban el asfalto y la hilera de obreros armados, el olor a tierra sigue saliendo del tosco empedrado, conforme el auto aparta con el claxon a los paceños, gruesos, barrigones, de oscuras caras brillosas, caras

demasiado grandes para el tamaño de sus cuerpos. No has visto gente más fea en tu vida.

—¿Y cómo van nuestras ventas de plásticos en Cochabamba? —dices—. ¿Cuándo debo ir allá? ¿Y en Santa Cruz ya abrimos la sucursal?

El roce de las llantas sobre el empedrado llena el aire; nos siguen el roce y el olor a tierra, las rústicas tapias, las pequeñas puertas, las tiendas que creen estar en el siglo veinte, la enorme y custodiada universidad, el barrio de casonas elevadas sobre cuestas y precipicios.

En plena cuesta debe parar trabajosamente el auto. Agradeces, bajas y entras con la maleta en la casa que te espera, que tiene brazos y los abre y los va cerrando en cada puerta que se cierra. Un momento después todo está frío, oscuro y demasiado silencioso. Al mirar por la ventana ves (no oyes, sólo son muecas) una algarabía de jóvenes, gritos, risas y de pronto un jeep lleno de soldados que esgrimen sus fusiles victoriosos. Cuando los muchachos los aplauden, un soldado les apunta, listo a disparar. Dudan y se miran las caras, ya van a huir, pero finalmente el soldado ríe y todos lo imitan. Sólo entonces ves que los muchachos descansaban en su camino, llevándose sillas, cuadros, una pantalla, un frigorífico. Están saqueando una casa.

Bajas a encender la chimenea de la salita. Pero no hay kerosene. Tampoco en la cocina está Josefa. Solo, friolento, enciendes la cocinilla eléctrica y esperas, con las manos en los bolsillos, a que caliente el agua para el té. Pero hay que hacer algo más contra el frío. Apagas, buscas tu abrigo y vuelves a salir.

Ya oscurece exactamente igual como en el Cuzco. Parece que no estuvieras en el extranjero. Sobre el fondo azul y tenue, las tintas derramadas son figuras de humo, sombras que quizá no esperan la noche sino la van atrayendo como un imán. Tres cuadras cerro arriba, por el camino donde vive Josefa, el cielo es un archipiélago de manchas blanquesinas, azules y negras, todas desgarradas en un mismo sentido, de izquierda a derecha, como resis-

tiendo algún tirón descomunal. La luz se evade, se despide lentamente y casi no hay una gran distancia entre aquella despedida y tu cabeza. Un verdadero cielazo que te puede caer de sombrero.

Saltando en zig-zag sobre la acequia que divide la calle, reconoces la tiendecita, el muro vecino, la puerta enana del conventillo de Josefa. Tocas y esperas. De la tiendecilla llega el rumor de voces borrachas.

No hay respuesta y vuelves a tocar, oh no, te parece, no estás tocando sino entrando, no estás entrando sino cayendo por el pasadizo abierto, y apenas iluminado. Sabes que te han empujado, pero hoy que ves a medias el remolino de cuerpos e insultos, hoy que te avientan contra la pared y te tiran de los pelos para verte bien la cara, sabes que no pueden buscarte a ti. Al frente, casi dirías debajo de tu cabeza, dos soldados y un hombre de saco y corbata esperan tu respuesta.

—¿Cuál de ellos eres, hijo de la gran puta?

—El flaco, pues, el alto es —dice uno de los soldados— ¿No estuvo anoche en Obrajes, pero?

—¿Qué se han creído ustedes? —gritas—. No soy boliviano. He venido a buscar a mi empleada, a Josefa. Pregúntenle a ella. Mis documentos están en el bolsillo.

—El Juan es, el cruceño.

—Documentos ¿no? Anoche te escapaste —grita y ríe el vestido de civil, que parece el jefe—. A la mierda con tus documentos falsos —y un manotón te abre el saco y el pasaporte cae, para que su compañero lo pise—. ¡Con su amigo métanlo, carajo!

Y otro empujón, otra puerta salvajemente abierta y en el suelo te espera lo que nunca has visto, lo que creíste que no verías pero llegó el momento. Un tipo encogido, defendiendo su estómago, con una mancha vuelta a la luz, y la mancha de sangre y de aguadija en su cara, y el ojo ha estallado, ese hueco que se abre y palpita traga su sangre, sus lágrimas, sus increíbles mocos.

—¡Ahí lo tienes a tu amigo! ¡Ahora vas a hablar, pendejo!

—¿Quién es él? ¿Qué pasó aquí? —te vuelves—. ¡Oigame, señor! ¿Es usted policía, no? ¡Pues bien, lea mis documentos! Me llamo Jaime Sifuentes, soy peruano, trabajo en... he venido a...

—Te voy a quemar... —y no es un sueño. El policía, inspector o soplón o desgraciado sin nombre ya te cerró la boca de un puñetazo y vas a caer, eso cree él, jamás te ha visto pelear, no sabe cuán larga tienes la pierna, cuán perfecta chalaca puedes lanzar no sólo para cachetearlo con el pie, sino para quitarle la pistola y dejarlo desnudo y quedar tú frente a los dos soldados, feliz de comenzar la pelea. No puedes creerlo, la habitación es muy chica para apuntar con el fusil, se trata de una simple pelea en que ganarás, no de ninguna guerra, pero el soldado, sí, te apunta, pero el soldado, sí, dispara.

EL ABUELO

MARIO VARGAS LLOSA (1936)

Cada vez que crujía una ramita, o croaba una rana, o vibraban los vidrios de la cocina que estaba al fondo de la huerta, el viejecito saltaba con agilidad de su asiento improvisado, que era una piedra chata, y espiaba ansiosamente entre el follaje. Pero el niño aún no aparecía. A través de las ventanas del comedor, abiertas a la pérgola, veía en cambio las luces de la araña encendida hacía rato, y bajo ellas, sombras movedizas que se deslizaban de un lado a otro, con las cortinas, lentamente. Había sido corto de vista desde joven, de modo que eran inútiles sus esfuerzos por comprobar si ya cenaban, o si aquellas sombras inquietas provenían de los árboles más altos.

Regresó a su asiento y esperó. La noche pasada había llovido y la tierra y las flores despedían un agradable olor a humedad. Pero los insectos pululaban, y los manoteos desesperados de don Eulogio en torno del rostro, no conseguían evitarlos: a su barbilla trémula, a su frente, y hasta las cavidades de sus párpados, llegaban cada momento lancetas invisibles a punzarle la carne. El entusiasmo y la excitación que mantuvieron su cuerpo dispuesto y febril durante el día habían decaído y sentía ahora cansancio y algo de tristeza. Tenía frío, le molestaba la oscuridad del vasto jardín y lo atormentaba la imagen, persistente, humillante, de alguien, quizá la cocinera o el mayordomo, que de pronto lo sorprendía en su escondrijo. "¿Qué hace usted en la huerta a estas horas, don Eulo-

gio?" Y vendrían su hijo y su hija política, convencidos de que estaba loco. Sacudido por un temblor nervioso, volvió la cabeza y adivinó entre los macizos de crisantemos, de nardos y de rosales, el diminuto sendero que llegaba a la puerta falsa esquivando el palomar. Se tranquilizó apenas, al recordar haber comprobado tres veces que la puerta estaba junta, con el pestillo corrido, y que en unos segundos podía escurrirse hacia la calle sin ser visto.

"¿Y si hubiera venido ya?", pensó, intranquilo. Porque hubo un instante, a los pocos minutos de haber ingresado cautelosamente a su casa por la entrada casi olvidada de la huerta, en que perdió la noción del tiempo y permaneció como dormido. Sólo reaccionó cuando el objeto que ahora acariciaba sin saberlo, se desprendió de sus manos y le golpeó el muslo. Pero era imposible. El niño no podía haber cruzado la huerta todavía porque sus pasos asustados lo hubieran despertado, o el pequeño, al distinguir a su abuelo, encogido y dormitando justamente al borde del sendero que debía conducirlo a la cocina, habría gritado.

Esta reflexión lo animó. El soplido del viento era menos fuerte, su cuerpo se adaptaba al ambiente, había dejado de temblar. Tentando los bolsillos de su saco, encontró el cuerpo duro y cilíndrico de la vela que compró esa tarde en el almacén de la esquina. Regocijado, el viejecito sonrió en la penumbra: rememoraba el gesto de sorpresa de la vendedora. El permaneció muy serio, taconeando con elegancia, batiendo levemente y en círculo su largo bastón enchapado en metal, mientras la mujer pasaba bajo sus ojos, cirios y velas de diversos tamaños. *Esta,* dijo él, con un ademán rápido que quería significar molestia por el quehacer desagradable que cumplía. La vendedora insistió en envolverla pero don Eulogio no aceptó y abandonó la tienda con premura. El resto de la tarde estuvo en el Club Nacional, encerrado en el pequeño salón de rocambor donde nunca había nadie. Sin embargo, extremando las precauciones para evitar la solicitud de los mozos, echó llave a la puerta. Luego, cómodamente hundido en el confortable de insólito color escarlata, abrió el maletín que traía consigo, y extrajo el precioso paquete. La tenía envuelta en su hermosa bufanda de seda blanca, precisamente la que llevaba puesta la tarde del hallazgo.

A la hora más cenicienta del crepúsculo había tomado un taxi, indicando al chofer que circulara por las afueras de la ciudad: corría una deliciosa brisa tibia, y la visión entre grisácea y rojiza del cielo sería más enigmática en medio del campo. Mientras el automóvil flotaba con suavidad por el asfalto, los ojitos vivaces del anciano, única señal ágil en su rostro flácido, descolgado en bolsas, iban deslizándose distraídamente sobre el borde del canal paralelo a la carretera, cuando de pronto la divisó.

—*Deténgase* —dijo, pero el chofer no le oyó—. *¡Deténgase¡ ¡Pare!* Cuando el auto se detuvo y en retroceso llegó al montículo de piedras, don Eulogio comprobó que se trataba, efectivamente, de una calavera. Teniéndola entre las manos, olvidó la brisa y el paisaje, y estudió minuciosamente, con creciente ansiedad, esa dura, terca y hostil forma impenetrable, despojada de carne y de piel, sin nariz, sin ojos, sin lengua. Era pequeña y se sintió inclinado a creer que era de niño. Estaba sucia, polvorienta, y hería su cráneo pelado una abertura del tamaño de una moneda, con los bordes astillados. El orificio de la nariz era un perfecto triángulo, separado de la boca por un puente delgado y menos amarillo que el mentón. Se entretuvo pasando un dedo por las cuencas vacías, cubriendo el cráneo con la mano en forma de bonete, o hundiendo su puño por la cavidad baja, hasta tenerlo apoyado en el interior: entonces, sacando un nudillo por el triángulo, y otro por la boca a manera de una larga e incisiva lengüeta, imprimía a su mano movimientos sucesivos, y se divertía enormemente imaginando que aquello estaba vivo.

Dos días la tuvo oculta en un cajón de la cómoda, abultando el maletín de cuero, envuelta cuidadosamente, sin revelar a nadie su hallazgo. La tarde siguiente a la del encuentro permaneció en su habitación, paseando nerviosamente entre los muebles opulentos de sus antepasados. Casi no levantaba la cabeza: se diría que examinaba con devoción profunda y algo de pavor, los dibujos sangrientos y mágicos del círculo central de la alfombra, pero ni siquiera los veía. Al principio, estuvo indeciso, preocupado: podrían sobrevenir complicaciones de familia, tal vez se reirían de él. Esta idea lo indignó y tuvo angustia y deseo de llorar. A partir de ese

instante, el proyecto se apartó sólo una vez de su mente: fue cuando de pie ante la ventana, vio el palomar oscuro, lleno de agujeros, y recordó que en una época aquella casita de madera con innumerables puertas no estaba vacía, sin vida, sino habitada por animalitos grises y blancos que picoteaban con insistencia cruzando la madera de surcos y que a veces revoloteaban sobre los árboles y las flores de la huerta. Pensó con nostalgia en lo débiles y cariñosos que eran: confiadamente venían a posarse en su mano, donde siempre les llevaba algunos granos, y cuando hacía presión entornaban los ojos y los sacudía un brevísimo temblor. Luego no pensó más en ello. Cuando el mayordomo vino a anunciarle que estaba lista la cena, ya lo tenía decidido. Esa noche durmió bien. A la mañana siguiente olvidó haber soñado que una perversa fila de grandes hormigas rojas invadía súbitamente el palomar y causaba desasosiego entre los animalitos, mientras él, desde su ventana, miraba la escena con un catalejo.

Había imaginado que limpiar la calavera sería algo muy rápido, pero se equivocó. El polvo, lo que había creído polvo y era tal vez excremento por su aliento picante, se mantenía soldado a las paredes internas y brillaba como una lámina de metal en la parte posterior del cráneo. A medida que la seda blanca de la bufanda se cubría de lamparones grises, sin que desapareciera la capa de suciedad, iba creciendo la excitación de don Eulogio. En un momento, indignado, arrojó la calavera, pero antes que ésta dejara de rodar, se había arrepentido y estaba fuera de su asiento gateando por el suelo hasta alcanzarla y levantarla con precaución. Supuso entonces que la limpieza sería posible utilizando alguna sustancia grasienta. Por teléfono encargó a la cocina una lata de aceite y esperó en la puerta al mozo a quien arrancó con violencia la lata de las manos, sin prestar atención a la mirada inquieta con que aquél intentó recorrer la habitación por sobre su hombro. Lleno de zozobra empapó la bufanda en aceite y, al comienzo con suavidad, después acelerando el ritmo, raspó hasta exasperarse. Pronto comprobó entusiasmado que el remedio era eficaz; una tenue lluvia de polvo cayó a sus pies, y él ni siquiera notaba que el aceite iba humedeciendo también el filo de sus puños y la manga de su saco.

De pronto, puesto de pie de un brinco, admiró la calavera que sostenía sobre su cabeza, limpia, resplandeciente, inmóvil, con unos puntitos como de sudor sobre sobre la ondulante superficie de los pómulos. La envolvió de nuevo, amorosamente; cerró su maletín y salió del Club Nacional. El automóvil que ocupó en la Plaza San Martín lo dejó a la espalda de su casa, en Orrantia. Había anochecido. En la fría semioscuridad de la calle se detuvo un momento, temeroso de que la puerta estuviese clausurada. Enervado, estiró su brazo y dio un respingo de felicidad al notar que giraba la manija y la puerta cedía con un corto chirrido.

En ese momento escuchó voces en la pérgola. Estaba tan ensimismado, que incluso había olvidado el motivo de ese trajín febril. Las voces, el movimiento fueron tan imprevistos que su corazón parecía el balón de oxígeno conectado a un moribundo. Su primer impulso fue agacharse, pero lo hizo con torpeza, resbaló de la piedra y cayó de bruces. Sintió un dolor agudo en la frente y en la boca un sabor desagradable de tierra mojada, pero no hizo ningún esfuerzo por incorporarse y continuó allí, medio sepultado por las hierbas, respirando fatigosamente, temblando. En la caída había tenido tiempo de elevar la mano que conservaba la calavera de modo que ésta se mantuvo en el aire, a escasos centímetros del suelo, todavía limpia.

La pérgola estaba a unos cincuenta metros de su escondite, y don Eulogio oía las voces como un delicado murmullo, sin distinguir lo que decían. Se incorporó trabajosamente. Espiando, vio entonces en medio del arco de los grandes manzanos cuyas raíces tocaban el zócalo del comedor, una silueta clara y esbelta y comprendió que era su hijo. Junto a él había otra, más nítida y pequeña, reclinada con cierto abandono. Era la mujer. Pestañeando, frotando sus ojos trató angustiosamente, pero en vano, de divisar al niño. Entonces lo oyó reír: una risa cristalina de niño, espontánea, integral, que cruzaba el jardín como un animalito. No esperó más: extrajo la vela de su saco, a tientas juntó ramas, terrones y piedrecitas y trabajó rápidamente hasta asegurar la vela sobre la piedra y colocar a ésta, como un obstáculo, en medio del sendero. Luego,

con extrema delicadeza para evitar que la vela perdiera el equilibrio, colocó encima la calavera. Presa de gran excitación, uniendo sus pestañas al macizo cuerpo aceitado, se alegró: la medida era justa, por el orificio del cráneo asomaba el puntito blanco de la vela, como un nardo. No pudo continuar observando. El padre había elevado la voz y, aunque sus palabras eran todavía incomprensibles, supo que se dirigía al niño. Hubo como un cambio de palabras entre las tres personas: la voz gruesa del padre, cada vez más enérgica; el rumor melodioso de la mujer, los cortos grititos destemplados del nieto. El ruido cesó de pronto. El silencio fue brevísimo: lo fulminó el nieto, chillando: *Pero conste: hoy acaba el castigo. Dijiste siete días y hoy se acaba. Mañana ya no voy.* Con las últimas palabras escuchó pasos precipitados.

¿Venía corriendo? Era el momento decisivo. Don Eulogio venció el ahogo que lo estrangulaba y concluyó su plan. El primer fósforo dio sólo un fugaz hilito azul. El segundo prendió bien. Quemándose las uñas, pero sin sentir dolor, lo mantuvo junto a la calavera, aún segundos después de que la vela estuviera encendida. Dudaba, porque lo que veía no era exactamente lo que había imaginado, cuando una llamarada súbita creció entre sus manos con brusco crujido, como de un pisotón en la hojarasca, y entonces quedó la calavera iluminada del todo, echando fuego por las cuencas, por el cráneo, por la nariz y por la boca. *Se ha prendido toda,* exclamó maravillado. Había quedado inmóvil y repetía como un disco *fue el aceite, fue el aceite,* estupefacto, embrujado ante la fascinante calavera enrollada por las llamas.

Justamente en ese instante escuchó el grito. Un grito salvaje, un alarido de animal atravesado por muchísimos venablos. El niño estaba ante él, las manos alargadas, los dedos crispados. Lívido, estremecido, tenía los ojos y la boca muy abiertos y estaba ahora mudo y rígido pero su garganta, independientemente, hacía unos extraños ruidos roncos. *Me ha visto, me ha visto,* se decía don Eulogio con pánico. Pero al mirarlo supo de inmediato que no lo había visto, que su nieto no podía ver otra cosa que aquella cabeza llameante. Sus ojos estaban inmovilizados, con un terror profundo y eterno

retratado en ellos. Todo había sido simultáneo: la llamarada, el aullido, la visión de esa figura de pantalón corto súbitamente poseída de terror. Pensaba entusiasmado que los hechos habían sido más perfectos incluso que su plan, cuando sintió voces y pasos que venían y entonces, ya sin cuidarse del ruido, dio media vuelta y a saltos, apartándose del sendero, destrozando con sus pisadas los macizos de crisantemos y rosales que entreveía a medida que lo alcanzaban los reflejos de la llama, cruzó el espacio que lo separaba de la puerta. La atravesó junto con el grito de la mujer, estruendoso también, pero menos sincero que el de su nieto. No se detuvo, no volvió la cabeza. En la calle, un viento frío hendió su frente y sus escasos cabellos, pero no lo notó y siguió caminando, despacio, rozando con el hombro el muro de la huerta, sonriendo satisfecho, respirando mejor, más tranquilo.

CON JIMMY, EN PARACAS

ALFREDO BRYCE ECHENIQUE (1939)

Lo estoy viendo; realmente es como si lo estuviera viendo; allí está sentado, en el amplio comedor veraniego, de espaldas a ese mar donde había rayas, tal vez tiburones. Yo estaba sentado al frente suyo, en la misma mesa y, sin embargo, me parece que lo estuviera observando desde la puerta de ese comedor, de donde ya todos se habían marchado, ya sólo quedábamos él y yo, habíamos llegado los últimos, habíamos alcanzado con las justas el almuerzo.

Esta vez me había traído; lo habían mandado sólo por el fin de semana, Paracas no estaba tan lejos: estaría de regreso a tiempo para el colegio, el lunes. Mi madre no había podido venir; por eso me había traído. Me llevaba siempre a sus viajes cuando ella no podía acompañarlo, y cuando podía volver a tiempo para el colegio. Yo escuchaba cuando le decía a mamá que era una pena que no pudiera venir, la compañía le pagaba la estadía, le pagaba hotel de lujo para dos personas. «Lo llevaré», decía, refiriéndose a mí. Creo que yo le gustaba para esos viajes.

Y a mí, ¡cómo me gustaban esos viajes! Esta vez era a Paracas. Yo no conocía Paracas, y cuando mi padre empezó a arreglar la maleta, el viernes por la noche, ya sabía que no dormiría muy bien esa noche, y que me despertaría antes de sonar el despertador.

Partimos ese sábado muy temprano, pero tuvimos que perder mucho tiempo en la oficina, antes de entrar en la carretera al sur.

Parece que mi padre tenía todavía cosas que ver allí, tal vez recibir las últimas instrucciones de su jefe. No sé; yo me quedé esperándolo afuera, en el auto, y empecé a temer que llegaríamos mucho más tarde de lo que habíamos calculado.

Una vez en la carretera, eran otras mis preocupaciones. Mi padre manejaba, como siempre, despacísimo; más despacio de lo que mamá le había pedido que manejara. Uno tras otro, los automóviles nos iban dejando atrás, y yo no miraba a mi padre para que no se fuera a dar cuenta de que eso me fastidiaba un poco, en realidad me avergonzaba bastante, Pero nada había que hacer, y el viejo Pontiac, ya muy viejo el pobre, avanzaba lentísimo, anchísimo, negro e inmenso, balanceándose como una lancha sobre la carretera recién asfaltada.

A eso de la mitad del camino, mi padre decidió encender la radio. Yo no sé qué le pasó; bueno, siempre sucedía lo mismo, pero sólo probó una estación, estaban tocando una guaracha, y apagó inmediatamente sin hacer ningún comentario. Me hubiera gustado escuchar un poco de música, pero no le dije nada. Creo que por eso le gustaba llevarme en sus viajes; yo no era un muchachillo preguntón; me gustaba ser dócil; estaba consciente de mi docilidad. Pero eso sí, era muy observador.

Y por eso lo miraba de reojo, y ahora lo estoy viendo manejar. Lo veo jalarse un poquito el pantalón desde las rodillas, dejando aparecer las medias blancas, impecables, mejores que las mías, porque yo todavía soy un niño; blancas e impecables porque estamos yendo a Paracas, hotel de lujo, lugar de veraneo, mucha plata y todas esas cosas. Su saco es el mismo de todos los viajes fuera de Lima, gris, muy claro, sport; es norteamericano y le va a durar toda la vida. El pantalón es gris, un poco más oscuro que el saco, y la camisa es la camisa vieja más nueva del mundo; a mí nunca me va a durar una camisa como le duran a mi padre.

Y la boina; la boina es vasca; él dice que es vasca de pura cepa. Es para los viajes; para el aire, para la calvicie. Porque mi padre es calvo, calvísimo, y ahora que lo estoy viendo ya no es un

hombre alto. Ya aprendí que mi padre no es un hombre alto, sino más bien bajo. Es bajo y muy flaco. Bajo, calvo y flaco, pero yo entonces tal vez no lo veía aún así, ahora ya sé que sólo es el hombre más bueno de la tierra, dócil como yo, en realidad se muere de miedo de sus jefes; esos jefes que lo quieren tanto porque hace siete millones de años que no llega tarde ni se enferma ni falta a la oficina; esos jefes que yo he visto cómo le dan palmazos en la espalda y se pasan la vida felicitándolo en la puerta de la iglesia los domingos; pero a mí hasta ahora no me saludan, y mi padre se pasa la vida diciéndole a mi madre, en la puerta de la iglesia los domingos, que las mujeres de sus jefes son distraídas o no la han visto, porque a mi madre tampoco la saludan, aunque a él, a mi padre, no se olvidaron de mandarle sus saludos y felicitaciones cuando cumplió un millón de años más sin enfermarse ni llegar tarde a la oficina, la vez aquella en que trajo esas fotos en que, estoy seguro, un jefe acababa de palmearle la espalda, y otro estaba a punto de palmeársela; y esa otra foto en que ya los jefes se habían marchado del cocktail, pero habían asistido, te decía mi padre, y volvía a mostrarte la primera fotografía.

Pero todo esto es ahora en que lo estoy viendo, no entonces en que lo estaba mirando mientras llegábamos a Paracas en el Pontiac. Yo me había olvidado un poco del Pontiac, pero las paredes blancas del hotel me hicieron verlo negro, ya muy viejo el pobre, y tan ancho. «Adónde va a acabar esta mole», me preguntaba, y estoy seguro de que mi padre se moría de miedo al ver esos carrazos, no lo digo por grandes, sino por la pinta. Si les daba un topetón, entonces habría que ver de quién era ese carrazo, porque mi padre era muy señor, y entonces aparecería el dueño, veraneando en Paracas con sus amigos, y tal vez conocía a los jefes de mi padre, había oído hablar de él «no ha pasado nada, Juanito» (así se llamaba, se llama mi padre), y lo iban a llenar de palmazos en la espalda, luego vendrían los aperitivos, y a mí no me iban a saludar, pero yo actuaría de acuerdo a las circunstancias y de tal manera que mi padre no se diera cuenta de que no me habían saludado. Era mejor que mi madre no hubiera venido.

Pero no pasó nada. Encontramos un sitio anchísimo para el Pontiac negro, y al bajar, así sí que lo vi viejísimo. Ya estábamos en el hotel de Paracas, hotel de lujo y todo lo demás. Un muchacho vino hasta el carro por la maleta. Fue la primera persona que saludamos. Nos llevó a la recepción y allí mi padre firmó los papeles de reglamento, y luego preguntó si todavía podíamos «almorzar algo» (recuerdo que así dijo). El hombre de la recepción, muy distinguido, mucho más alto que mi padre, le respondió afirmativamente: «Claro que sí, señor. El muchacho lo va a acompañar hasta su "bungalow", para que usted pueda lavarse las manos, si lo desea. Tiene usted tiempo, señor; el comedor cierra dentro de unos minutos, y su 'bungalow' no está muy alejado.» No sé si mi papá, pero yo todo eso de «bungalow» lo entendí muy bien, porque estudio en colegio inglés y eso no lo debo olvidar en mi vida y cada vez que mi papá estalla, cada mil años, luego nos invita al cine, grita que hace siete millones de años que trabaja enfermo y sin llegar tarde para darle a sus hijos lo mejor, lo mismo que a los hijos de sus jefes.

El muchacho que nos llevó hasta el «bungalow» no se sonrió mucho cuando mi padre le dio la propina, pero ya yo sabía que cuando se viaja con dinero de la compañía no se puede andar derrochando, si no, pobres jefes, nunca ganarían un céntimo y la compañía quebraría en la mente respetuosa de mi padre, que se estaba lavando las manos mientras yo abría la maleta y sacaba alborotado mi ropa de baño. Fue entonces que me enteré, él me lo dijo, que nada de acercarme al mar, que estaba plagalo de rayas, hasta había tiburones. Corrí a lavarme las manos, por eso de que dentro de unos minutos cierran el comedor, y dejé mi ropa de baño tirada sobre la cama. Cerramos la puerta del «bungalow» y fuimos avanzando hacia el comedor. Mi padre también, aunque menos, creo que era observador; me señaló la piscina, tal vez por eso de la ropa de baño. Era hermoso Paracas; tenía de desierto, de oasis, de balneario; arena, palmeras, flores, veredas y caminos por donde chicas que yo no me atrevía a mirar, pocas ya, las últimas, las más atrasadas, se iban perezosas a dormir esa siesta de quien

ya se acostumbró al hotel de lujo. Tímidos y curiosos, mi padre y yo entramos al comedor.

Y es allí, sentado de espaldas al mar, a las rayas y a los tiburones, es allí donde lo estoy viendo, como si yo estuviera en la puerta del comedor, y es que en realidad yo también me estoy viendo sentado allí, en la misma mesa, cara a cara a mi padre y esperando al mozo ese, que a duras penas contestó a nuestro saludo, que había ido a traer el menú (mi padre pidió la carta y él dijo que iba por el menú) y que según papá debería habernos cambiado de mantel, pero era mejor no decir nada porque, a pesar de que ése era un hotel de lujo, habíamos llegado con las justas para almorzar. Yo casi vuelvo a saludar al mozo cuando regresó y le entregó el menú a mi padre que entró en dificultades y pidió, finalmente, corvina a la no sé cuantos, porque el mozo ya llevaba horas esperando. Se largó con el pedido y mi padre, sonriéndome, puso la carta sobre la mesa, de tal manera que yo podía leer los nombres de algunos platos, un montón de nombres franceses en realidad, y entonces pensé, aliviándome, que algo terrible hubiera podido pasar, como aquella vez en ese restaurante de tipo moderno, con un menú que parecía para norteamericanos, cuando mi padre me pasó la carta para que yo pidiera, y empezó a contarle al mozo que él no sabía inglés, pero que a su hijo lo estaba educando en colegio inglés, a sus otros hijos también, costara lo que costara, y el mozo no le prestaba ninguna atención, y movía la pierna porque ya se quería largar.

Fue entonces que mi padre estuvo realmente triunfal. Mientras el mozo venía con las corvinas a la no sé cuántos, mi padre empezó a hablar de darnos un lujo, de que el ambiente lo pedía, y de que la compañía no iba a quebrar si él pedía una botellita de vino blanco para acompañar esas corvinas. Decía que esa noche a las siete era la reunión con esos agricultores, y que le comprarían los tractores que le habían encargado vender; él nunca le había fallado a la compañía. En esas estaba cuando el mozo apareció complicándose la vida en cargar los platos de la manera más difícil, eso parecía un circo, y mi padre lo miraba como si fuera a aplaudir, pero

gracias a Dios reaccionó y tomó una actitud bastante forzada, aunque digna, cuando el mozo jugaba a casi tirarnos los platos por la cara, en realidad era que los estaba poniendo elegantemente sobre la mesa y que nosotros no estábamos acostumbrados a tanta cosa. «Un blanco no sé cuántos», dijo mi padre. Yo casi lo abrazo por esa palabra en francés que acababa de pronunciar, esa marca de vino, ni siquiera había pedido la carta para consultar, no nada de eso; lo había pedido así no más, triunfal, conocedor, y el mozo no tuvo más remedio que tomar nota y largarse a buscar.

Todo marchaba perfecto. Nos habían traído el vino y ahora recuerdo ese momento de feliz equilibrio: mi padre sentado de espaldas al mar, no era que el comedor estuviera al borde del mar, pero el muro que sostenía esos ventanales me impedía ver la piscina y la playa, y ahora lo que estoy viendo es la cabeza, la cara de mi padre, sus hombros, el mar allá atrás, azul en ese día de sol, las palmeras por aquí y por allá, la mano delgada y fina de mi padre sobre la botella fresca de vino, sirviéndome media copa, llenando su copa, «bebe despacio, hijo», ya algo quemado por el sol, listo a acceder, extrañando a mi madre, buenísimo, y yo ahí, casi chorreándome con el jugo ese que bañaba la corvina, hasta que vi a Jimmy. Me chorreé cuando lo vi. Nunca sabré por qué me dio miedo verlo. Pronto lo supe.

Me sonreía desde la puerta del comedor, y yo lo saludé, mirando luego a mi padre para explicarle quién era, que estaba en mi clase, etc.; pero mi padre, al escuchar su apellido, volteó a mirarlo sonriente, me dijo que lo llamara, y mientras cruzaba el comedor, que conocía a su padre, amigo de sus jefes, uno de los directores de la compañía, muchas tierras en esa región...

—Jimmy, papá. —Y se dieron la mano.

—Siéntate, muchacho —dijo mi padre, y ahora recién me saludó a mí.

Era muy bello; Jimmy era de una belleza extraordinaria: rubio, el pelo en anillos de oro, los ojos azules achinados, y esa piel bronceada, bronceada todo el año, invierno y verano, tal vez porque

venía siempre a Paracas. No bien se había sentado, noté algo que me pareció extraño: el mismo mozo que nos odiaba a mi padre y a mí, se acercaba ahora sonriente, servicial, humilde, y saludaba a Jimmy con todo respeto; pero éste, a duras penas le contestó con una mueca. Y el mozo no se iba, seguía ahí, parado, esperando órdenes, buscándolas, yo casi le pido a Jimmy que lo mandara matarse. De los cuatro que estábamos allí, Jimmy era el único sereno.

Y ahí empezó la cosa. Estoy viendo a mi padre ofrecerle a Jimmy un poquito de vino en una copa. Ahí empezó mi terror.

—No, gracias —dijo Jimny—. Tomé vino con el almuerzo. —Y sin mirar al mozo, le pidió un wkisky.

Miré a mi padre: los ojos fijos en el plato, sonreía y se atragantaba un bocado de corvina que podía tener millones de espinas. Mi padre no impidió que Jimmy pidiera ese whisky, y ahí venía el mozo casi bailando con el vaso en una bandeja de plata, había que verle sonreírse al hijo de puta. Y luego Jimmy sacó un paquete de Chesterfield, lo puso sobre la mesa, encendió uno, y sopló todo el humo sobre la calva de mi padre, claro que no lo hizo por mal, lo hizo simplemente, y luego continuó bellísimo, sonriente, mirando hacia el mar, pero mi padre ni yo queríamos ya postres.

—¿Desde cuando fumas? —le preguntó mi padre con voz temblorosa.

—No sé; no me acuerdo —dijo Jimmy, ofreciéndome un cigarrillo.

—No, no, Jimmy; no...

—Fuma no más, hijito; no desprecies a tu amigo.

Estoy viendo a mi padre decir esas palabras, y luego recoger una servilleta que no se le había caído, casi recoge el pie del mozo que seguía ahí parado. Jimmy y yo fumábamos, mientras mi padre nos contaba que a él nunca le había atraído eso de fumar, y luego de una afección a los bronquios que tuvo no sé cuándo, pero Jimmy empezó a hablar de automóviles, mientras yo observaba la ropa que llevaba puesta, parecía toda de seda, y la camisa de mi padre em-

pezó a envejecer lastimosamente, ni su saco norteamericano le iba a durar toda la vida.

—¿Tú manejas, Jimmy? —preguntó mi padre.

—Hace tiempo. Ahora estoy en el carro de mi hermana; el otro día estrellé mi carro, pero ya le va a llegar otro a mi papá. En la hacienda tenemos varios carros.

Y yo muerto de miedo, pensando en el Pontiac; tal vez Jimmy se iba a enterar que ése era el de mi padre, se iba a burlar tal vez, lo iba a ver más viejo, más ancho, más feo que yo. «¿Para qué vinimos aquí?» Estaba recordando la compra del Pontiac, a mi padre convenciendo a mamá, «un pequeño sacrificio», y luego también los sábados por la tarde, cuando lo lavábamos, asunto de familia, todos los hermanos con latas de agua, mi padre con la manguera, mi madre en el balcón, nosotros locos por subir, por coger el timón, y mi padre autoritario: «Cuando sean grandes, cuando tengan brevete», y luego, sentimental: «Me ha costado años de esfuerzo».

—¿Tienes brevete, Jimmy?

—No; no importa; aquí todos me conocen.

Y entonces fue que mi padre le preguntó que cuántos años tenía y fingió creerle cuando dijo que dieciséis, y yo también, casi le digo que era un mentiroso, pero para qué, todo el mundo sabía que Jimmy estaba en mi clase y que yo no había cumplido aún los catorce años.

—Manolo se va conmigo —dijo Jimmy—; vamos a pasear en el carro de mi hermana.

Y mi padre cedió una vez más, nuevamente sonrió, y le encargó a Jimmy saludar a su padre.

—Son casi las cuatro —dijo—, voy a descansar un poco, porque a las siete tengo una reunión de negocios. —Se despidió de Jimmy, y se marchó sin decirme a qué hora debía regresar, yo casi le digo que no se preocupara, que no nos íbamos a estrellar.

Jimmy no me preguntó cuál era mi carro. No tuve por qué decirle que el Pontiac ese negro, el único que había ahí, era el carro de mi padre. Ahora sí se lo diría y luego, cuando se riera sarcásticamente le escupiría en la cara, aunque todos esos mozos que lo habían saludado mientras salíamos, todos esos que a mí no me hacían caso, se me vinieran encima a matarme por haber ensuciado esa maravillosa cara de monedita de oro, esas manos de primer enamorado que estaban abriendo la puerta de un carro del jefe de mi padre.

A un millón de kilómetros por hora, estuvimos en Pisco, y allí Jimmy casi atropella a una mujer en la Plaza de Armas; a no sé cuántos millones de kilómetros por hora, con una cuarta velocidad especial, estuvimos en una de sus haciendas, y allí Jimmy tomó una Coca-Cola, le pellizcó la nalga a una prima y no me presentó a sus hermanas; a no sé cuántos miles de millones de kilómetros por hora estuvimos camino de Ica, y por allí Jimmy me mostró el lugar en que había estrellado su carro, carro de mierda ese, dijo, no servía para nada.

Eran las nueve de la noche cuando regresamos a Paracas. No sé cómo, pero Jimmy me llevó hasta una salita en que estaba mi padre bebiendo con un montón de hombres. Ahí estaba sentado, la cara satisfecha, ya yo sabía que haría muy bien su trabajo. Todos esos hombres conocían a Jimmy; eran agricultores de por ahí, y acababan de comprar los tractores de la compañía. Algunos le tocaban el pelo a Jimmy y otros se dedicaban al wkisky que mi padre estaba invitando en nombre de la compañía. En ese momento mi padre empezó a contar un chiste, pero Jimmy lo interrumpió para decirle que me invitaba a comer. «Bien, bien; dijo mi padre. Vayan nomás».

Y esa noche bebí los primeros whiskies de mi vida, la primera copa llena de vino de mi vida, en una mesa impecable, con un mozo que bailaba sonriente y constante alrededor de nosotros. Todo el mundo andaba elegantísimo en ese comedor lleno de luces y de carcajadas de mujeres muy bonitas, hombres grandes y colorados que deslizaban sus manos sobre los anillos de oro de Jimmy, cuan-

do pasaban hacia sus mesas. Fue entonces que me pareció escuchar el final del chiste que había estado contando mi padre, le puse cara de malo, y como que lo encerré en su salita con esos burdos agricultores que venían a comprar su primer tractor. Luego, esto sí que es extraño, me deslicé hasta muy adentro en el mar, y desde allí empecé a verme navegando en un comedor en fiesta, mientras un mozo me servía arrodillado una copa de champagne, bajo la mirada achinada y azul de Jimmy.

Yo no le entendía muy bien al principio; en realidad no sabía de qué estaba hablando, ni qué quería decir con todo eso de la ropa interior. Todavía lo estaba viendo firmar la cuenta; garabatear su nombre sobre una cifra monstruosa y luego invitarme a pasear por la playa. «Vamos», me había dicho, y yo lo estaba siguiendo a lo largo del malecón oscuro, sin entender muy bien todo eso de la ropa interior. Pero Jimmy insistía, volvía a preguntarme qué calzoncillos usaba yo, y añadía que los suyos eran así y asá, hasta que nos sentamos en esas escaleras que daban a la arena y al mar. Las olas reventaban muy cerca y Jimmy estaba ahora hablando de órganos genitales, órganos genitales masculinos solamente, y yo sentado a su lado, escuchándolo sin saber qué responder, tratando de ver las rayas y los tiburones de que hablaba mi padre, y de pronto corriendo hacia ellos porque Jimmy acababa de ponerme una mano sobre la pierna, «¿cómo la tienes, Manolo?», y salí disparado.

Estoy viendo a Jimmy alejarse tranquilamente; regresar hacia la luz del comedor y desaparecer al cabo de unos instantes. Desde el borde del mar, con los pies húmedos, miraba hacia el hotel lleno de luces y hacia la hilera de «bungalows», entre los cuales estaba el mío. Pensé en regresar corriendo, pero luego me convencí de que era una tontería, de que ya nada pasaría esa noche. Lo terrible sería que Jimmy continuara por allí, al día siguiente, pero por el momento, nada; sólo volver y acostarme.

Me acercaba al «bungalow» y escuché una carcajada extraña. Mi padre estaba con alguien. Un hombre inmenso rubio zamaqueaba el brazo de mi padre, lo felicitaba, le decía algo de eficiencia, y

¡zas! le dio el palmazo en el hombro. «Buenas noches, Juanito», le dijo. «Buenas noches, don Jaime», y en ese instante me vio.

—Mírelo; ahí está. ¿Dónde está Jimmy, Manolo?

—Se fue hace un rato, papá.

—Saluda al padre de Jimmy.

—¿Cómo estás muchacho? O sea que Jimmy se fue hace rato; bueno, ya aparecerá. Estaba felicitando a tu padre; ojalá tú salgas a él. Le he acompañado hasta su «bungalow».

—Don Jaime es muy amable.

—Bueno, Juanito, buenas noches. —Y se marchó, inmenso.

Cerramos la puerta del «bungalow» detrás nuestro. Los dos habíamos bebido, él más que yo, y estábamos listos para la cama. Ahí estaba todavía mi ropa de baño, y mi padre me dijo que mañana por la mañana podría bañarme. Luego me preguntó que si había pasado un buen día, que si Jimmy era mi amigo en el colegio, y que si mañana lo iba a ver; y yo a todo: «Sí, papá, sí, papá» hasta que apagó la luz y se metió en la cama, mientras yo, ya acostado, buscaba un dolor de estómago para quedarme en cama mañana, y pensé que ya se había dormido. Pero no. Mi padre me dijo, en la oscuridad, que el nombre de la compañía había quedado muy bien, que él había hecho un buen trabajo, estaba contento mi padre. Más tarde volvió a hablarme; me dijo que don Jaime había estado muy amable en acompañarlo hasta la puerta del «bungalow» y que era todo un señor. Y como dos horas más tarde, me preguntó: «Manolo, ¿que quiere decir 'bungalow' en castellano?».

EL NIÑO DE JUNTO AL CIELO

ENRIQUE CONGRAINS MARTIN (1932)

Por alguna desconocida razón, Esteban había llegado al lugar exacto, precisamente al único lugar... Pero, ¿no sería, más bien, que "aquello" había venido hacia él? Bajó la vista y volvió a mirar. Sí, ahí seguía el billete anaranjado, junto a sus pies, junto a su vida.

¿Por qué, por qué él?

Su madre se había encogido de hombros al pedirle, él, autorización para conocer la ciudad, pero después le advirtió que tuviera cuidado con los carros y con las gentes. Había descendido desde el cerro hasta la carretera y, a los pocos pasos, divisó "aquello" junto al sendero que corría paralelamente a la pista.

Vacilante, incrédulo, se agachó y lo tomó entre sus manos. Diez, diez, diez, era un billete de diez soles, un billete que contenía muchísimas pesetas, innumerables reales. ¿Cuántos reales, cuántos medios, exactamente? Los conocimientos de Esteban no abarcaban tales complejidades y, por otra parte, le bastaba con saber que se trataba de un papel anaranjado que decía "diez" por sus dos lados.

Siguió por el sendero, rumbo a los edificios que se veían más allá de ese otro cerro cubierto de casas. Esteban caminaba unos metros, se detenía y sacaba el billete de su bolsillo para comprobar su indispensable presencia. ¿Había venido el billete hacia él —se preguntaba— o era él, el que había ido hacia el billete?

Cruzó la pista y se internó en un terreno salpicado de basuras, desperdicios de albañilería y excrementos; llegó a una calle y desde allí divisó el famoso mercado, el Mayorista, del que tanto había oído hablar. ¿Eso era Lima, Lima, Lima... La palabra le sonaba a hueco. Recordó: su tío le había dicho que Lima era una ciudad grande, tan grande que en ella vivían un millón de personas.

¿La bestia con un millón de cabezas? Esteban había soñado hacía unos días, antes del viaje, en eso: una bestia con un millón de cabezas. Y ahora él, con cada paso que daba, iba internándose dentro de la bestia...

Se detuvo, miró y meditó: la ciudad, el Mercado Mayorista, los edificios de tres y cuatro pisos, los autos, la infinidad de gentes —algunas como él, otras no como él— y el billete anaranjado, quieto, dócil, en el bolsillo de su pantalón. El billete llevaba el "diez" por ambos lados y en eso se parecía a Esteban. El también llevaba el "diez" en su rostro y en su conciencia. El "diez años" lo hacía sentirse seguro y confiado, pero sólo hasta cierto punto. Antes, cuando comenzaba a tener noción de las cosas y de los hechos, la meta, el horizonte, había sido fijado en los diez años. ¿Ahora? No, desgraciadamente no. Diez años no era todo, Esteban se sentía incompleto, aún. Quizá si cuando tuviera doce, quizá si cuando llegara a los quince, quizá. Quizá ahora mismo, con la ayuda del billete anaranjado.

Estuvo dando algunas vueltas, atisbando dentro de la bestia, hasta que llegó a sentirse parte de ella. Un millón de cabezas y, ahora, una más. La gente se movía, se agitaba, unos iban en una dirección, otros en otra, y él, Esteban, con el billete anaranjado, quedaba siempre en el centro de todo, en el ombligo mismo.

Unos muchachos de su edad jugaban en la vereda. Esteban se detuvo a unos metros de ellos y quedó observando el ir y venir de las bolas; jugaban dos y el resto hacía rueda. Bueno, había andado unas cuadras y por fin encontraba seres como él, gente que no se movía incesantemente de un lado a otro. Parecía, por lo visto, que también en la ciudad había seres humanos.

¿Cuánto tiempo estuvo contemplándolos? ¿Un cuarto de hora? ¿Media hora, una hora, acaso dos? Todos los chicos se habían ido, todos menos uno. Esteban quedó mirándolo, mientras su mano dentro del bolsillo, acariciaba el billete.

—¡Hola, hombre!

—Hola... —respondió Esteban susurrando casi.

El chico era más o menos de su misma edad y vestía pantalón y camisa de un mismo tono, algo que debió ser kaki en otros tiempos, pero que ahora pertenecía a esa categoría de colores vagos e indefinibles.

—¿Eres de por acá? —le preguntó a Esteban.

—Sí, este... —se aturdió y no supo cómo explicar que vivía en el cerro y que estaba en viaje de exploración a través de la bestia de un millón de cabezas.

—¿De dónde, ah? —se había acercado y estaba frente a Esteban. Era más alto y sus ojos inquietos le recorrían de arriba a abajo—. ¿De dónde, ah? —volvió a preguntar.

—De allá, del cerro, —y Esteban señaló en la dirección que había venido.

—¿San Cosme?

Esteban meneó la cabeza, negativamente.

—¿Del Agustino?

—¡Sí, de ahí! —exclamó sonriendo. Ese era el nombre y ahora lo recordaba. Desde hacía meses, cuando se enteró de la decisión de su tío de venir a radicarse a Lima, venía averiguando cosas de la ciudad. Fue así como supo que Lima era muy grande, demasiado grande, tal vez; que había un sitio que se llamaba Callao y que ahí llegaban buques de otros países; que había lugares muy bonitos, tiendas enormes, calles larguísimas... ¡Lima...! Su tío había salido dos meses antes que ellos con el propósito de conseguir casa. Una casa. ¿En qué sitio será, le había preguntado a su madre? Ella tampoco sabía. Los días corrieron y después de muchas semanas

llegó la carta que ordenaba partir. ¡Lima. . . ! ¿El cerro del Agustino Esteban? Pero él no lo llamaba así. Ese lugar tenía otro nombre. La choza que su tío había levantado quedaba en el barrio de Junto al Cielo. Y Esteban era el único que lo sabía.

—Yo no tengo casa. . . —dijo el chico después de un rato. Tiró una bola contra la tierra y exclamó: —¡Caray, no tengo!

—¿Dónde vives, entonces? —se animó a inquirir Esteban.

El chico recogió la bola, la frotó en su mano y luego respondió:

—En el mercado, cuido la fruta, duermo a ratos. . . —Amistoso y sonriente, puso una mano sobre el hombro de Esteban y le preguntó: —¿Cómo te llamas tú?

—Esteban. . .

—Yo me llamo Pedro —tiró la bola al aire y la recibió en la palma de su mano—. Te juego, ¿ya Esteban?

Las bolas rodaron sobre la tierra, persiguiéndose mutuamente. Pasaron los minutos, pasaron hombres y mujeres junto a ellos, pasaron autos por la calle, siguieron pasando los minutos. El juego había terminado. Esteban no tenía nada que hacer junto a la habilidad de Pedro. Las bolas al bolsillo y los pies sobre el cemento gris de la acera. ¿Adónde ahora? Empezaron a caminar juntos. Esteban se sentía más a gusto en compañía de Pedro, que estando solo.

Dieron algunas vueltas. Más y más edificios. Más y más gente. Más y más autos en las calles. Y el billete anaranjado seguía en el bolsillo. Esteban lo recordó.

—¡Mira lo que me encontré! —lo tenía entre sus dedos y el viento lo hacía oscilar levemente.

—¡Caray! —exclamó Pedro y lo tomó, examinándolo al detalle—. ¡Diez soles, caray! ¿Dónde lo encontraste?

—Junto a la pista, cerca del cerro —explicó Esteban.

Pedro le devolvió el billete y se concentró un rato. Luego preguntó:

—¿Qué piensas hacer, Esteban?

—No sé, guardarlo seguro...... —y sonrió tímidamente.

—¡Caray, yo con una libra haría negocios, palabra que sí!

—¿Cómo?

Pedro hizo un gesto impreciso que podía revelar, a un mismo tiempo, muchísimas cosas. Su gesto podía interpretarse como una total despreocupación por el asunto —los negocios— o como una gran abundancia de posibilidades y perspectivas. Esteban no comprendió.

—¿Qué clase de negocios, ah?

—¡Cualquier clase, hombre! —pateó una cáscara de naranja que rodó desde la vereda hasta la pista; casi inmediatamente pasó un ómnibus que la aplanó contra el pavimento—. Negocios hay de sobra; palabra que sí. Y en unos días cada uno de nosotros podría tener otra libra en el bolsillo.

—¿Una libra más? —preguntó Esteban, asombrándose.

—¡Pero claro, claro que sí...! —volvió a examinar a Esteban y le preguntó: —¿Tú eres de Lima?

Esteban se ruborizó. No, él no había crecido al pie de las paredes grises, ni jugado sobre el cemento áspero e indiferente. Nada de eso en sus diez años, salvo lo de ese día.

No, no soy de acá, soy de Tarma; llegué ayer...

—¡Ah! —exclamó Pedro, observándolo fugazmente—. ¿de Tarma, no?

—Sí, de Tarma...

Habían dejado atrás el mercado y estaban junto a la carretera. A medio kilómetro de distancia se alzaba el cerro del Agustino, el barrio de Junto al Cielo, según Esteban. Antes del viaje, en Tarma, se había preguntado: ¿Iremos a vivir a Miraflores, al Callao, a San Isidro, a Chorrillos, en cuál de esos barrios quedará la casa de mi tío. Habían tomado el ómnibus y después de varias horas de pesa-

do y fatigante viaje, arribaban a Lima. ¿Miraflores?, ¿La Victoria?, ¿San Isidro?, ¿Callao?, ¿Adónde?. Esteban, adónde? Su tío había mencionado el lugar y era la primera vez que Esteban lo oía nombrar. Debe ser algún barrio nuevo, pensó. Tomaron un auto y cruzaron calles y más calles. Todas diferentes pero, cosa curiosa, todas parecidas, también. El auto los dejó al pie de un cerro. Casas junto al cerro, casas a mitad del cerro, casas en la cumbre del cerro. Habían subido y una vez arriba, junto a la choza que había levantado su tío, Esteban contempló a la bestia con un millón de cabezas. La "cosa" se extendía y desparramaba, cubriendo la tierra de casas, calles, techos, edificios, más allá de lo que su vista podía alcanzar. Entonces Esteban había levantado los ojos, y se había sentido tan encima de todo —o tan abajo, quizá— que había pensado que estaba en el barrio de Junto al Cielo.

—Oye, ¿quisieras entrar en algún negocio conmigo? —Pedro se había detenido y lo contemplaba, esperando respuesta.

—¿Yo...? —titubeando preguntó: —¿Qué clase de negocio? ¿Tendría otro billete mañana?

—¡Claro que sí, por supuesto! —afirmó resueltamente.

La mano de Esteban acarició el billete y pensó que podría tener otro billete más, y otro más, y muchos más. Muchísimos billetes más, seguramente. Entonces el "diez años" sería esa meta que siempre había soñado.

—¿Qué clase de negocios se puede, ah? —preguntó Esteban.

Pedro sonrió y explicó:

—Negocios hay muchos... Podríamos comprar periódicos y venderlos por Lima; podríamos comprar revistas, chistes... —hizo una pausa y escupió con vehemencia. Luego dijo, entusiasmándose: —Mira, compramos diez soles de revistas y las vendemos ahora mismo, en la tarde, y tenemos quince soles, palabra.

—¿Quince soles?

¡Claro, quince soles! ¡Dos cincuenta para ti y dos cincuenta para mí! ¿Qué te parece, ah?

Convinieron en reunirse al pie del cerro dentro de una hora; convinieron en que Esteban no diría nada, ni a su madre ni a su tío; convinieron en que venderían revistas y que de la libra de Esteban, saldrían muchísimas otras.

Esteban había almorzado apresuradamente y le había vuelto a pedir permiso a su madre para bajar a la ciudad. Su tío no almorzaba con ellos, pues en su trabajo le daban de comer gratis, completamente gratis, como había explicado al recalcar su situación. Esteban bajó por el sendero ondulante, saltó la acequia y se detuvo en el borde de la carretera, justamente en el mismo lugar en que había encontrado, en la mañana, el billete de diez soles. Al poco rato apareció Pedro y empezaron a caminar juntos, internándose dentro de la bestia de un millón de cabezas.

—Vas a ver qué fácil es vender revistas, Esteban. Las ponemos en cualquier sitio, la gente las ve y, listo, las compra para sus hijos. Y si queremos nos ponemos a gritar en la calle el nombre de las revistas, y así vienen más rápido... ¡Ya vas a ver qué bueno es hacer negocio...!

—¿Queda muy lejos el sitio? —preguntó Esteban, al ver que las calles seguían alargándose casi hasta el infinito. Qué lejos había quedado Tarma, qué lejos había quedado todo lo que hasta hacía unos días había sido habitual para él.

—No, ya no. Ahora estamos cerca del tranvía y nos vamos gorreando hasta el centro.

—¿Cuánto cuesta el tranvía?

—¡Nada, hombre! —y se rió de buena gana—. Lo tomaremos no más y le decimos al conductor que nos deje ir hasta la Plaza San Martín.

Más y más cuadras. Y los autos, algunos viejos, otros increíblemente nuevos y flamantes, pasaban veloces, rumbo sabe Dios dónde?

—¿Adónde va toda esa gente en auto?

Pedro sonrió y observó a Esteban. Pero, ¿adónde iban realmente? Pedro no halló ninguna respuesta satisfactoria y se limitó a mover la cabeza de una lado a otro. Más y más cuadras. Al fin terminó la calle y llegaron a una especie de parque.

—¡Corre! —le gritó Pedro, de pronto. El tranvía comenzaba a ponerse en marcha. Corrieron, cruzaron en dos saltos la pista y se encaramaron al estribo.

Una vez arriba se miraron, sonrientes... Esteban empezó a perder el temor y llegó a la conclusión de que seguía siendo el centro de todo. La bestia de un millón de cabezas no era tan espantosa como había soñado, y ya no le importaba estar siempre, aquí o allá en el centro mismo, en el ombligo mismo de la bestia.

Parecía que el tranvía se había detenido definitivamente, esta vez, después de una serie de paradas. Todo el mundo se había levantado de sus asientos y Pedro lo estaba empujando.

—Vamos, ¿qué esperas?

—¿Aquí es?

—Claro, baja.

Descendieron y otra vez a rodar sobre la piel del cemento de la bestia. Esteban veía más gente y las veía marchar —sabe Dios dónde— con más prisa que antes. ¿Por qué no caminaban tranquilos, suaves, con gusto, como la gente de Tarma?

—Después volvemos y por estos mismos sitios vamos a vender las revistas.

—Bueno, —asintió Esteban. El sitio era lo de menos, se dijo, lo importante era vender las revistas, y que la libra se convirtiera en varias más. Eso era lo importante.

—¿Tú tampoco tienes papá? —le preguntó Pedro, mientras doblaban hacia una calle por la que pasaban los rieles del tranvía.

—No, no tengo...... —y bajó la cabeza, entristecido. Luego de un momento, Esteban preguntó: —¿Y tú?

—Tampoco, ni papá ni mamá. —Pedro se encogió de hombros y apresuró el paso. Después inquirió descuidadamente:

—¿Y al que le dices "tío"?

—Ah... él vive con mi mamá, ha venido a Lima de chofer... —calló, pero en seguida dijo: —Mi papá murió cuando yo era chico...

—¡Ah, caray...! ¿Y tu "tío", que tal te trata?

—Bien; no se mete conmigo para nada.

—¡Ah!

Habían llegado al lugar. Tras un portón se veía un patio más o menos grande, puertas, ventanas, y dos letreros que anunciaban revistas al por mayor.

—Ven, entra —le ordenó Pedro.

Estaban adentro. Desde el piso hasta el techo había revistas, y algunos chicos como ellos, dos mujeres y un hombre, estaban seleccionando lo que deseaban comprar. Pedro se dirigió a uno de los estantes y fue acumulando revistas bajo el brazo. Las contó y volvió a revisarlas.

—Paga.

Esteban vaciló un momento. Desprenderse del billete anaranjado era más desagradable de lo que había supuesto. Se estaba bien teniéndolo en el bolsillo y pudiendo acariciarlo cuantas veces fuera necesario.

—Paga, —repitió Pedro, mostrándole las revistas a un hombre gordo que controlaba la venta.

—¿Es justo una libra?

—Sí, justo. Diez revistas a un sol cada una.

Oprimió el billete con desesperación, pero al fin terminó por extraerlo del bolsillo. Pedro se lo quitó rápidamente de la mano y lo entregó al hombre.

—Vamos, —dijo jalándolo.

Se instalaron en la Plaza San Martín, y alinearon las 10 revistas en uno de los muros que circundan el jardín. Revistas, revistas, revistas señor, revistas señor, revistas, revistas. Cada vez que una revista desaparecía con el comprador, Esteban suspiraba aliviado. Quedaban seis revistas y pronto, de seguir así las cosas, no habría de quedar ninguna.

—¿Qué te parece, ah? —preguntó Pedro, sonriendo con orgullo.

—Está bueno, está bueno... —y se sintió enormemente agradecido a su amigo y socio.

Revistas, revistas, ¿no quiere un chiste, señor? El hombre se detuvo y examinó las carátulas. ¿Cuánto? Un sol cincuenta no más... La mano del hombre quedó indecisa sobre dos revistas. ¿Cuál, cuál llevará? Al fin se decidió. Córbrese. Y las monedas cayeron, tintineantes, al bolsillo de Pedro. Esteban se limitaba a observar, meditaba y sacaba sus conclusiones: una cosa era soñar, allá en Tarma, con una bestia de un millón de cabezas, y otra cosa era estar en Lima, en el centro mismo del universo, absorbiendo y paladeando con fruicción la vida.

El era el socio capitalista y el negocio marchaba estupendamente bien. Revistas, revistas gritaba el socio industrial, y otra revista más que desaparecía en manos impacientes. ¡Apúrate con el vuelto!, exclamaba el comprador. Y todo el mundo caminaba a prisa, rápidamente. ¿A dónde van que se apuran tanto?, pensaba Esteban.

Bueno, bueno, la bestia era una bestia bondadosa, amigable, aunque algo difícil de comprender. Eso no importaba; seguramente, con el tiempo se acostumbraría. Era una magnífica bestia que estaba permitiendo que el billete de diez soles se multiplicara. Ahora ya no quedaba más que dos revistas sobre el muro. Dos nada más y ocho desparramándose por desconocidos e ignorados rincones de la bestia. Revistas, revistas, chistes a sol cincuenta, chistes... Listo, ya no quedaba más que una revista y Pedro anunció que eran la cuatro y media.

—¡Caray, me muero de hambre, no he almorzado. . . ! —prorrumpió luego.

—No, no he almorzado. . . —observó a posibles compradores entre las personas que pasaban y después sugirió:

—¿Me podrías ir a comprar un pan o un biszcocho?

—Bueno —aceptó Esteban, inmediatamente.

Pedro sacó un sol de su bolsillo y explicó:

—Esto es de los dos cincuenta de mi ganancia, ¿ya?

—Sí, ya sé.

—¿Ves ese cine? —preguntó Pedro señalando a uno que quedaba en esquina. Esteban asintió—. Bueno, sigues por esa calle y a mitad de cuadra hay una tiendecita de japoneses. Anda y cómprame un pan con jamón o tráeme un plátano y galletas, cualquier cosa, ¿ya Esteban?

—Ya.

Recibió el sol, cruzó la pista, pasó por entre dos autos estacionados y tomó la calle que le había indicado Pedro. Sí, ahí estaba la tienda. Entró.

—Déme un pan con jamón —pidió a la muchacha que atendía.

Sacó un pan de la vitrina, lo envolvió en un papel y se lo entregó. Esteban puso la moneda sobre el mostrador.

—Vale un sol veinte —advirtió la muchacha.

—¡Un sol veinte! —devolvió el pan y quedó indeciso un instante. Luego se decidió: —Deme un sol de galletas, entonces.

Tenía el paquete de galletas en la mano y andaba lentamente. Pasó junto al cine y se detuvo a contemplar los atrayentes avisos. Miró a su gusto y, luego, prosiguió caminando. Habría vendido Pedro la revista que le quedaba?

Más tarde, cuando regresara a Junto al Cielo, lo haría feliz, absolutamente feliz. Pensó en ello, apresuró el paso, atravesó la calle, esperó que pasaran unos automóviles y llegó a la vereda.

Veinte o treinta metros más allá había quedado Pedro. ¿O se había confundido? Porque ya Pedro no estaba en ese lugar, ni en ningún otro. Llegó al sitio preciso y nada, ni Pedro, ni revista, ni quince soles, ni... ¿Cómo había podido perderse o desorientarse? Pero, ¿no era ahí, donde habían estado vendiendo las revistas? ¿Era o no era? Miró a su alrededor. Sí, en el jardín de atrás seguía la envoltura de un chocolate. El papel era amarillo con letras rojas y negras, y él lo había notado cuando se instalaron, hacía más de dos horas. Entonces ¿no se había confundido? ¿Pedro, y los quince soles, y la revista?

Bueno, no era necesario asustarse, pensó. Seguramente se había demorado y Pedro lo estaba buscando. Eso tenía que haber sucedido, obligadamente. Pasaron los minutos. No, Pedro no había ido a buscarlo: ya estaría de regreso de ser así. Tal vez había ido con un comprador a conseguir cambio. Más y más minutos fueron quedando a sus espaldas. No, Pedro no había ido a buscar sencillo: ya estaría de regreso, de ser así. ¿Entonces......?

—Señor, ¿tiene hora? —le preguntó a un joven que pasaba.

—Sí, las cinco en punto.

Esteban bajó la vista, hundiéndola en la piel de la bestia y prefirió no pensar. Comprendió que, de hacerlo, terminaría llorando y eso no podía ser. El ya tenía diez años, y diez años no eran ni ocho, ni nueve. ¡Eran diez años!

—¿Tiene hora, señorita?

—Sí —sonrió y dijo con una voz linda: —Las seis y media —y se alejó presurosa.

¿Y Pedro, y los quince soles, y la revista...? ¿Dónde estaban, en qué lugar de la bestia con un millón de cabezas estaban...? Desgraciadamente no lo sabía y sólo quedaba la posibilidad de esperar y seguir esperando......

—¿Tiene hora, señor?

—Un cuarto para las siete.

—Gracias...

¿Entonces...? Entonces, ¿ya Pedro no iba a regresar...? ¿Ni Pedro, ni los quince soles, ni la revista iban a regresar entonces...? Decenas de letreros luminosos se habían encendido. Letreros luminosos que se apagaban y se volvían a encender; y más y más gente sobre la piel de la bestia. Y la gente caminaba con más prisa ahora. Rápido, rápido, apúrense, más rápido aún, más, más, hay que apurarse muchísimo más, apúrense más... Y Esteban permanecía inmóvil, recostado en el muro, con el paquete de galletas en la mano y con las esperanzas en el bolsillo de Pedro... Inmóvil, dominándose para no terminar en pleno llanto.

Entonces, ¿Pedro lo había engañado...? ¿Pedro, su amigo, le había robado el billete anaranjado...? ¿O no sería, más bien, la bestia con un millón de cabezas la causa de todo...? Y, ¿acaso no era Pedro parte integrante de la bestia...?

Sí y no. Pedro ya nada importaba. Dejó el muro, mordisqueó una galleta y, desolado, se dirigió a tomar el tranvía.

CARA DE ANGEL

OSWALDO REINOSO (1932)

I

Febrero. (Un día cualquiera).
2 p.m.

Metió las manos en los bolsillos y fue más hombre que nunca. "El semáforo es caramelo de menta: exquisitamente. Ahora, rojo: boa de billar suspendida en el aire".

El sol, violento y salvaje, se derrama, sobre el asfalto, en lluvia dorada de polvo.

"Así me gusta: bajo el sol, triste, y con las manos en los bolsillos. (Sólo los viciosos tienen esa costumbre). ¡Al diablo con la vieja! Con las manos en los bolsillos. Porque quiero. Porque me da la gana".

Entro por Moquegua al Jirón de la Unión.

"Esa camisa roja que está en la vitrina es bonita, pero cara. Es marca B.V.D. Todas las vitrinas deberían tener espejos. A la gente le gusta mirarse en las vitrinas. A mí, también. El color rojo de la camisa haría resaltar la palidez de mi rostro. Estoy ojeroso: mejor. Tengo el cabello crecido: mucho mejor. Cara de Angel: sí. Nunca: María Bonita. Ni mucho menos: María Félix. Que no se

les vuelva a ocurrir llamarme así; porque les saco la mierda. No tengo cara de muchachita. Mi cara es de hombre. En mi rostro ya se vislumbra una pelusilla un poco dorada que, de aquí a tres meses, será barba tupida y, entonces, usaré gillete. Si los muchachos del billar, supieran lo que hice con Gilda, la hermana de Corsario, nunca volverían a llamarme María Bonita. Se prendió de mi cuello mordiéndome la boca. Por broma dije: Mi boca no es manzana dulce. Entonces, la mocosa refregó, violentamente, su cuerpo contra el mío. No quiso que le agarrara las piernas. Tan sólo pude estrujarle los senos. Su ropa interior era de nailón: resbaladiza, tibia, sucia, arrecha. Recuerdo que era roja como la camisa de la vitrina. (Rojo es color de serrano, dice Manos Voladoras, el afeminado de la peluquería, entornando los ojos). Con esa camisa mi rostro estaría más pálido. Me compraría un pantalón negro. Me compraría gafas oscuras. Tendría pinta de trasnochador "dispuesto a llegar hasta las últimas consecuencias de una vida intensa", como dice Choro Plantado, el borracho de mi cuadra. Y mis diecisiete años, a lo mejor, se transforman en veinte. Ahoritita, le saco la mierda a ese viejo que simula ver la vitrina cuando en realidad me come con los ojos. Está mira que te mira que te mira. Pensará: camisa roja y pichón en cama. Simulo no verlo. Su mirada quema. Seguramente, estoy sonrojado. Eso les gunta: inocencia y pecado. Está nervioso. No se atreve a dirigirme la palabra. Clavo mis ojos en los suyos, como jugando, para avergonzarlo. Desvía la mirada. Miro la camisa. El me mira. Lo miro. Y, él, mira la camisa. Mejor hay que sonreir. Si me voy, él me sigue. Si me quedo, él me habla. ¡Esto es un lío! ¡Un lío! Hace días uno de esos me siguió más de veinte cuadras. No decía nada. Iba detrás de mí; incansable. silencioso, avergonzado. Entré a mi casa. Comí. Salí al cine, con la vieja. Y él, triste, se perdió al llegar a una esquina. ¡Pobrecitos! Parecen perros hambrientos, apaleados, corridos. Pero, ¡qué caray! uno no puede ser carne de ellos. Por fin se acerca. Habla. Contesto: Sí. Sí, me gusta la camisa. ...Pero, no lo conozco. ...¿Qué? ¿Que quiere ser mi amigo? ¿Para qué?... ¿Por gusto?, ¿simpatía? No, no le creo... ¡ah ya! ¿Obsequiarme la camisa? ¿A cambio de qué? ...Ya las paro. ¿A su casa? No, no señor, no, disculpe. Si desea

le presento a un amigo. ...¿Conmigo? No. ...¿A la playa? No, me hace daño el agua salada. ...¿A los ojos? No, al estómago. ¿Al cine? Tampoco. La oscuridad me ahoga. (Con Yoni, sí. Yoni, compañero de clase: loquita: buenas piernas en la oscuridad con chocolate, con fruna. Las piernas de Gilda son mejores. Uno de estos días se las toco). Pierde su tiempo conmigo. Ahí nos vemos".

Sacó las manos de los bolsillos. Bajó la cabeza. Dio una patada en el aire. Levantó un brazo más arriba de la nuca. Se mordió las uñas. Esbelta y triste quedó su imagen, en relieve, contra el sol. Las tiendas del Jirón de la Unión permanecían cerradas. Poquísimas personas transitaban por el centro de la ciudad. El viento opaco y caluroso, levantaba hojas de periódicos amarillentas y sucias. La tarde —lenta, sudorosa, repleta de sonidos sordos y lejanos— se levanta niña. La ciudad soportaba el peso, salvaje y violento, del sol.

"Es una vaina venir por estas calles. Uno siempre se ha de encontrar con locas. Que lo miran. Que lo siguen. Que le hablan. que le ofrecen hasta el cielo. Y ¿por qué siempre tienen que mirarme? Mi cara tiene la culpa. Sí: Cara de Angel. Cuando gano plata en el billar mi vieja cree que ya estoy con uno de esos y, sin averiguar nada, me pega. Hoy me ha pegado. No me quiere. Para ella debo ser ensarte, triple ensarte".

Metió las manos en los bolsillos y quedó más hombre que nunca.

Elástico y calmo, avanza por el Jirón de la Unión.

"Siempre he sido un tonto. Siempre he querido ser hombre. Pero siempre he fracasado. Tengo miedo de ser cobarde. A los soldados —no sé dónde lo he leído—, antes de la batalla les dan pisco con pólvora para que sean valientes. En lugar de pólvora, que no puedo conseguir, como fósforos y sigo siendo cobarde, sin embargo. Si uno quiere tener amigos y gilas hay que ser un valiente, pendejo. Hay que saber fumar, chupar, jugar, robar, faltar al colegio, sacar plata a maricones y acostarse con putas. He intentado todo, pero siempre me quedo en la mitad, ¿será porque soy cobar-

de? Mi vieja, también, tiene la culpa. Me trata como si aún continuara siendo niño de teta. Y, lo peor del caso es que me trata así delante de los muchachos de la Quinta y me expone a burlas. Siempre tengo que trompearme para demostrarles que soy hombre. El otro día, a las cinco de la tarde, me envió a comprar pan. No quise ir: la Collera estaba en la esquina. (Colorete gritaba enfurecido). Protesté, pero al final, como siempre, se impuso la vieja. Saqué la bici y, pedaleando a todo ful, pasé por la esquina. Me vieron. Compré el pan. Al volver los vi en la puerta de mi Quinta. Cuando quise entrar, Colorete cogió la bici. Con sonrisa maligna dijo: "Zafa, zafa, no te metas con hombres. Aquí nadies es niñito de casa. Carambola, ¿di: alguna vez has ido a la panadería mandado por tu vieja? No. Ves. Aquí sólo hay hombres. ¡Hasta cuándo no te desahuevas!" Quise pegarle, pero sin darme cuenta dije: "¿Acaso he comprado pan para mi casa? Es para mí. Me gusta comer pan. En las mañanas mi vieja compra para todo el día". Colorete, poniéndose serio, repuso: "A nosotros también nos gusta comer pan". Y sin darme tiempo, tomó la bolsa y repartió el pan. Comimos, en silencio, sin mirarnos, como si estuviéramos cumpliendo una tarea penosa, colegial, aritmética. Uno a uno los muchachos se fueron. Al final sólo quedó Colorete. Me asustó su mirada. Ya no había cólera ni burla en sus ojos: había ternura, extraña, terrible. Cuando se dio cuenta que lo miraba, se avergonzó. Quise darle la mano y decirle: "Te comprendo". Pero qué difícil es sincerarse sin cebada. Sé que esa tarde Colorete quiso decirme algo, sin embargo, calló: tuvo miedo. Sin decirme nada se fue. Esa noche no pude dormir. Resonaban las palabras de la vieja, pobre vieja, pobre. "Ya no sé qué hacer contigo. Toda la plata que te doy te la juegas. Eres un mal hijo. ¿Dónde está el pan? Me vas a matar a colerones". Esa noche hubiera sido bueno llorar".

Olor de gasolina en el viento sofocante.

"En las vitrinas hay relojes, chocolates, esclavas, pantalones americanos, camisas, tabas, ropas de baño. Si uno tuviera plata... Y es bien fácil conseguir dinero. Lo único malo es que la vieja lo averigua todo. "¿De dónde sacaste esa camisa? ¿Quién te la dio?"

Y la cantaleta no termina. Hace poco no más, los muchachos del billar, la collera del barrio, planearon el robo de una moto. El trabajito salió como el ajo. El dinero que se consiguió tuvo que gastarse en cine, en carreras, en cebada, en cigarrillos finos. No se puede comprar ropa, para no meterse en pleitos con la vieja. El único que hace lo que le da la gana es Colorete. Grita y se impone y, si el viejo protesta, le saca en cara su negocio, su cantar: el viejo, su viejo, es cabrón. Por eso Colorete no sólo roba, sino hasta se vive públicamente, con un maricón, que dicen que es doctor".

Llega a la Plaza San Martín. El sol opaco y terrible cae sobre los jardines. Obreros, vagos, soldados y marineros duermen en el pasto: sueño sudoroso, biológico, pesado.

"Cómo quisiera estar en la playa: arena; gilas en ropa de baño; carpas de colores, como los circos; espuma; música; olor a mariscos; ojos sedientos de mi cuerpo delgado, elástico y pálido dorado. ¿Y si la Plaza se transformara en playa...? Siento, en no sé dónde, una pereza blanda, como si fuera algodón. Ahora, sube por la garganta y no puedo contener un bostezo delicioso, esperado, que me hace lagrimear. Tengo sueño. Me parezco al gato de la señora vecina cuando se echa, patas arriba, hambriento de gata, bajo el sol".

Medio día. Plaza San Martín: bocinas, pitos, últimoras, tranvías bulliciosos. El cielo, pesado y ardiente, sofoca. La sangre arde. Cara de Angel: tendido en el pasto.

"Y si la plaza fuera un cementerio: cementerio ardiente, sin flores, con muertos enterrados, verticalmente. Entonces, vendría el viento marino del Callao y dejaría a ras del suelo cráneos podridos; y los muertos en invierno se juntarían, para no sentir frío; y en verano se echarían en el pasto, para que el sol los caliente; y los autos tendrían miedo de atropellarlos; y el patrullero, de vez en cuando, les traería comida y emoliente; y en las noches brillarían con los avisos luminosos: mar con botes de colores... Y si los muertos fueran los manifestantes de ayer; hubiera sido formidable que anoche, el Jefe del Partido, encabezando el suicidio colectivo, se hubiera lanzado del balcón, una vez terminado su discurso, y todos,

todos, hasta los policías se hubieran muerto y anoche un señor dijo que el Jefe hablaba para la juventud y no entendí nada y a mi papá lo metieron preso por meterse en política y mi mamá siempre dice que era bueno y que la política lo mató y yo no sé nada de política, no me interesa tampoco y quisiera cagar en el palacio del Presidente por gusto por joder y el profesor de historia con la lata de la higuera de Pizarro y que los almagristas lo mataron y que me daba sueño y que me hacía mojar la cabeza y es peligroso dormir con la cara al sol uno quiere despertarse y no puede como si se estuviera muerto y se quisiera resucitar estoy sudando y me gusta el olor de mi cuerpo el olor de las muchachas de mi barrio me arrecha sobre todo en verano tienen olor a pescado a fierro en invierno no se lavan y apestan rico las manos de Gilda olían a marisco a mar las piernas de Gilda buenas buenas buenas esta noche voy a México y no tendré miedo y el viejo si insiste un poco más casi me lleva da asco con viejo pero la camisa roja bonita bonita Colorete es cochino con Yoni tal vez quince días que no me lo toco y parece que revienta con el sol las bolas hacen carambola jardinera dados gigantes que chocan contra el mar siempre siete siete cuando se pide los senos de Gilda con leche tibia y dulce playa mar ruido olas música azul con verde miel helada en la lengua agua-dulce retumba en ola en roca el mar roca en agua y ola tumbo en tumbo en roca amor en roca Gilda en roca cara sol Yoni mar en cine fruna en mar roca roca en tumbo cara roca mar mar marmarmarmarmar amar amar amaaaaar.

II

4 p.m. del mismo día.

—Que no se escape.

La collera del barrio, bulliciosa, en tropel (manada de cervatillos montaraces), llega al Paseo de la República.

—Cruza, cruza, rápido.

Colorete sujeta el brazo de Cara de Angel que es llevado a la fuerza.

—Cuidado viene un auto. (Se agitan como patos).

Atraviesan la calle y se dirigen a la parte más tupida y oculta del Parque de la Reserva. (Pantalones negros, azules, celestes; camisas rojas, negras, amarillas se estremecen delirantes entre ramas verdes).

—Sácale la mierda.

El cielo está nublado, sucio, triste. El calor es más intenso. Todos están ahí: Corsario, Natkinkón, el Príncipe, Colorete (el capazote de la collera), el Chino, el Rosquita, Cara de Angel, Carambola.

—Quítale la plata.

Los cuerpos parecen que tuvieran miel y las camisas se pegan, tibias. El olor agrio y ardiente de las axilas se mezcla, violentamente, con el vaho húmedo y suave del césped. Hay furia. Ganas de cagarse en la mitra del Papa. Cara de Angel, pálido, no puede hablar: tartamudea. Sabe que Colorete le lleva bronca.

—¡Desahuévalo! (Grita Carambola).

Lejos: autos y tranvías pasan veloces. Cara de Angel quiere correr, abrazar a su mamá y pedirle perdón por todos los colerones.

—Ya maricón, ¡defiéndete! (Emplaza Colorete).

Están frente a frente, midiéndose. (Gallitos feroces). Los demás hacen ruedo. (Gallinas atolondradas).

—Entrale, éntrale, sin miedo, María Bonita.

Todos ríen. Cara de Angel sabe que su rival es cobarde y traidor, que sabe dar buenas chalacas, que tiene una zurda fuerte y mañosa, que sabe defenderse la cara y otras cosas y que, además, cuando se ve perdilo, "acaricia con la uña" que siempre carga en el bolsillo.

Hay cólera y odio animales en los ojos grandes y biliosos de Colorete. Transpira, cierra y abre los puños, desesperado. Escupe a un lado y a otro, nerviosamente. Cara de Angel sigue pálido,

con las manos en los bolsillos, esperando el ataque. Trata de explicarse el porqué de la bronca que le lleva Colorete. Busca en el recuerdo algún incidente ofensivo; pero lo único que recuerda es que siempre fue bueno con Colorete. O a lo mejor, así como existe simpatía natural, espontánea; existe también odio instintivo, natural, espontáneo. De pronto, algo se quiebra, se desmorona en su interior y se duele por él, por sus amigos, por su mamá. En el pecho siente un charco helado que lo hiere. Cómo quisiera que, de un momento a otro, Colorete le diera la mano, que los muchachos dijeran: "No te asustes, Cara de Angel, todo esto es un juego: te queremos".

—¡Desahuévate, María Bonita! ¡Entrale!

Colorete se avienta furioso, lo toma por la cintura y caen al pasto. Agil, con las piernas, le hace tenaza en el cuello. El rostro de Cara de Angel se enrojece y las piernas de Colorete ajustan, nerviosas. Sorpresivamente, Cara de Angel le toma el brazo y se lo tuerce por la espalda; libera el cuello y aprovecha para montarse sobre su rival. Colorete se encabrita y logra incorporarse botando al suelo a su enemigo.

—Espérate, espérate, María Bonita, me voy a quitar la camisa.

Los dos contendores se quitan la camisa. Colorete, orgulloso, exhibe su pecho moreno y musculoso; Cara de Angel, pálido y delgado, se avergüenza. Nuevamente, se trenzan. Ahora, Cara de Angel está echado boca abajo y Colorete está jinete sobre él, torciéndole el cuello. Luego deja el cuello y con los brazos le rodea el pecho ajustando fuerte, al mismo tiempo, que, ansioso, mete la cara por los sobacos de su rival y aspira con deleite. (Le gusta el olor de mi cuerpo, piensa Cara de Angel). Voltea el rostro y lo mira. Los ojos de Colorete ya no tienen furia, tienen un brillo extraño que asustan. Es el mismo brillo y la misma ansiedad que vio en los ojos de Gilda la noche que casi le toca las piernas. Cara de Angel siente miedo desconocido y oscuro. Hay un vacío vertiginoso en el estómago, como si se estuviera en el último piso del Ministerio de Educación y el asfalto negro de la calle atrajera, irresistiblemente. Desesperadas las manos se prenden al pasto y grita.

—¡Estás armado, mostacero de mierda! ¡Déjame!

Cara de Angel se incorpora furioso. Los muchachos ríen y hacen cargamontón. Colorete sale sudoroso y ordena que le quiten, a Cara de Angel, el dinero que les ganó en el cracp. Lo aprisionan y le hurgan los bolsillos, pero no encuentran plata. (Cuando fue al baño escondió entre las medias tres libras).

—No hay nada.

—Debe habérselas guardado en los zapatos.

Cara de Angel lucha desesperado, no por el dinero, sino porque tiene los pies sucios, las medias están que apestan y le da vergüenza, y en pleno verano cuando todos se bañan y andan limpios. Le preocupa la opinión de Colorete. Piensa: ahora, él, me odiará más, sabrá que soy sucio, que no me gusta lavarme los pies. Por fin, lo dominan y le sacan los zapatos, luego las medias y aparecen tres libras húmedas y hediondas. El Rosquita las lava en la pila. Cara de Angel ha quedado tendido en el suelo, escondiendo los pies. Colorete lo mira con disimulada ternura y expresivo asco.

—Cochino, sucio, sucio. Te creía limpio. Pero me gustas más así: sucio. Un día de estos te agarro de verdad.

—Esta noche hay cebada. (Grita el Rosquita).

—Oye tú. Hasta ahora nadie me ha dicho mostacero. Tú acabas de decirlo y eso no lo perdono. Saca los dados. Vas a ver quién es Colorete. Vas a jugar conmigo, conmigo, y quien pierde se la corre aquí mismo.

Cara de Angel tiene que aceptar el desafío, de lo contrario, hablarán mal de él.

—Tira, tú primero. Número mayor gana. (Dice Colorete).

Cara de Angel toma los dados, les echa un poco de saliva y los mueve como sí estuviera celebrando culto a una deidad misteriosa, sangrienta. Los deja caer suave; ruedan, marcan diez.

—¡Qué lechero! (Grita Natkinkón).

Colorete recoge los dados. Escupe a uno y otro lado. Cierra los ojos y tira los cubiletes: marcan once.

—Córretela. (Ordena Colorete).

Cara de Angel se tiende en el suelo, de costado; quiere llorar. Piensa que ya no podrá ir a México; quince días que se ha contenido: ¡para esto!

—Si quieres mira esta foto. (Dice Corsario).

Del bolsillo trasero del pantalón saca una foto y se la enseña. Se pelean por verla. Cara de Angel ve una mujer desnuda que está agarrándose los senos. Cierra los ojos y piensa en Gilda.

—Ya, de una vez, o te agarramos entre todos. (Grita furioso, Colorete).

Todos quedan en silencio. Sólo se escucha, a lo lejos, el ruido de autos y tranvías y, de vez en cuando, pitos; cerca: el respirar agitado de los muchachos. Cara de Angel siente una profundidad dulce y una humedad turbulenta en la boca. Un olor picante a madera, a manzana, lo transporta a los brazos de Gilda. Corsario le mira el rostro arrebatado. El Chino, como hipnotizado, no deja de mirarlo. Carambola, asustado, piensa en Alicia cuando baila; el Príncipe, también, piensa en Alicia y recuerda a Dora. Natkinkón, en cuclillas, sonriente, se come las uñas. El Rosquita, gracioso y palomilla, da vueltas y no puede contener la risa pícara. Colorete, solo, distante, con las manos en los bolsillos, sin camisa, con la espalda llena de pasto y sudor, respira agitado sin dejar de ver a Cara de Angel. La tarde se ha detenido. Colorete piensa que está solo, absolutamente solo en el mundo y siente un dolor terrible en los testículos. De pronto, gritan y aplauden; se empujan, unos a otros; miran el cuerpo de Cara de Angel y se van a la carrera. El Rosquita, por delante, sale del Parque de la Reserva. enseñando las tres libras. Cara de Angel queda solo echado en el pasto. Los árboles recortan en pedazos el cielo nublado, caluroso, sucio, sucio, sucio.

REDOBLE POR RANCAS (Fragmento)

MANUEL SCORZA (1928-1984)

DONDE EL ZAHORI LECTOR OIRA HABLAR DE CIERTA CELEBERRIMA MONEDA

Por la misma esquina de la plaza de Yanhauanca por donde, andando los tiempos, emergería la Guardia de Asalto para fundar el segundo cementerio de Chinche, un húmedo setiembre, el atardecer exhaló un traje negro. El traje, de seis botones, lucía un chaleco surcado por la leontina de oro de un Longines auténtico. Como todos los atardeceres de los últimos treinta años, el traje descendió a la plaza para iniciar los sesenta minutos de su imperturbable paseo.

Hacia las siete de ese friolento crepúsculo, el traje negro se detuvo, consultó el Longines y enfiló hacia un caserón de tres pisos. Mientras el pie izquierdo se demoraba en el aire y el derecho oprimía el segundo de los tres escalones que unen la plaza al sardinel, una moneda de bronce se deslizó del bolsillo izquierdo del pantalón, rodó tintineando y se detuvo en la primera grada. Don Herón de los Ríos, el Alcalde, que hacía rato esperaba lanzar respetuosamente un sombrerazo, gritó: « ¡Don Paco, se le ha caído un sol! ».

El traje negro se volvió.

El Alcalde de Yanahuanca, los comerciantes y la chiquillería se aproximaron. Encendida por los finales oros del crepúsculo, la moneda ardía. El Alcalde, oscurecido por una severidad que no

pertenecía al anochecer, clavó los ojos en la moneda y levantó el índice: «¡Que nadie la toque!» La noticia se propaló vertiginosamente. Todas las casas de la provincia de Yanahuanca se escalofriaron con la nueva de que el doctor don Francisco Montenegro, Juez de Primera Instancia, había extraviado un sol.

Los amantes del bochinche, los enamorados y los borrachos se desprendieron de las primeras oscuridades para admirarla. «¡Es el sol del doctor!», se conmovían. Gravemente instruidos por el Director de la Escuela —«No vaya a ser que una imprudencia conduzca a vuestros padres a la cárcel»—, los escolares la admiraron al mediodía: la moneda tomaba sol sobre las mismas desteñidas hojas de eucalipto. Hacia las cuatro, un rapaz de ocho años se atrevió a arañarla con un palito: en esa frontera se detuvo el coraje de la provincia.

Nadie volvió a tocarla durante los doce meses siguientes.

Sosegada la agitación de las primeras semanas, la provincia se acostumbró a convivir con la moneda. Los comerciantes de la plaza, responsables de primera línea, vigilaban con tentaculares miradas a los curiosos. Precaución inútil: el último lameculos de la provincia sabía que apoderarse de esa moneda, teóricamente equivalente a cinco galletas de soda o a un puñado de duraznos, significaría algo peor que un carcelazo. La moneda llegó a ser una atracción. El pueblo se acostumbró a salir de paseo para mirarla. Los enamorados se citaban alrededor de sus fulguraciones.

El único que no se enteró que en la plaza de Yanahuanca existía una moneda destinada a probar la honradez de la altiva provincia fue el doctor Montenegro.

Todos los crepúsculos cumplían veinte vueltas exactas. Todas las tardes repetía los doscientos cincuenta y seis pasos que constituyen la vuelta del polvoriento cuadrado. A las cuatro, la plaza hierve, a las cinco todavía es un lugar público, pero a las seis es un desierto. Ninguna ley prohibe pasearse a esa hora, pero sea porque el cansancio acomete a los paseantes, sea porque sus estómagos reclaman la cena, a las seis la plaza se deshabitaba. El medio cuerpo

de un hombre achaparrado, tripudo, de pequeños ojos extraviados en un rostro cetrino, emerge a las cinco, al balcón de un caserón de tres pisos de ventanas siempre veladas por una espesa neblina de visillos. Durante sesenta minutos, ese caballero casi desprovisto de labios contempla, absolutamente inmóvil, el desastre del sol. ¿Qué comarcas recorre su imaginación? ¿Enumera sus propiedades? ¿Recuenta sus rebaños? ¿Prepara pesadas condenas? ¿Visita a sus enemigos? ¡Quién sabe! Cincuenta y nueve minutos después de iniciada su entrevista solar, el Magistrado autoriza a su ojo derecho a consultar el Longines, baja la escalera, cruza el portón azul y gravemente enfila hacia la plaza. Ya está deshabitada. Hasta los perros saben que de seis a siete no se ladra allí.

Noventa y siete días después del anochecer en que rodó la moneda del doctor, la cantina de don Glicerio Cisneros vomitó un racimo de borrachos. Mal aconsejado por un aguardiente de culebra Encarnación López se había propuesto apoderarse de aquel mitológico sol. Se tambalearon hacia la plaza. Eran las diez de la noche. Mascullando obscenidades, Encarnación iluminó el sol con su linterna de pilas. Los ebrios seguían sus movimientos imantados. Encarnación recogió la moneda, la calentó en la palma de la mano, se la metió en el bosillo y se difuminó bajo la luna.

Pasada la resaca, por los labios de yeso de su mujer, Encarnación conoció al día siguiente el bárbaro tamaño de su coraje. Entre puertas que se cerraban presurosas se trastabilló hacia la plaza, lívido como la cera de cincuenta centavos que su mujer encendía ante el Señor de los Milagros. Sólo cuando descubrió que él mismo, sonámbulo, había depositado la moneda en el primer escalón, recuperó el color.

El invierno, las pesadas lluvias, la primavera, el desgarrado otoño y de nuevo la estación de las heladas circunvalaron la moneda. Y se dio el caso de que una provincia cuya desaforada profesión era el abigeato, se laqueó de una imprevista honradez. Todos sabían que en la Plaza de Yanahuanca existía una moneda idéntica a cualquier otra circulante, un sol que en el anverso mostraba el árbol de la quina, la llama y el cuerno de la abundancia del escudo de la

República y en el reverso exhibía la caución moral del Banco de Reserva del Perú. Pero nadie se atrevía a tocarla. El repentino florecimiento de las buenas costumbres inflamó el orgullo de los viejos. Todas las tardes auscultaban a los niños que vovían de la escuela. «¿Y la moneda del doctor?» «¡Sigue en su sitio!» «Nadie la ha tocado.» «Tres arrieros de Pillao la estuvieron admirando.» Los ancianos levantaban el índice, con una mezcla de severidad y orgullo: «¡Así debe ser; la gente honrada no necesita candados!»

A pie o a caballo, la celebridad de la moneda recorrió caseríos desparramados en diez leguas. Temerosos que una imprudencia provocara en los pueblos pestes peores que el mal de ojo, los Teniente-gobernadores advirtieron, de casa en casa, que en la plaza de Armas de Yanahuanca envejecía una moneda intocable. ¡No fuera que algún comemierda bajara a la provincia a comprar fósforos y «descubriera» el sol! La fiesta de Santa Rosa, el aniversario de la Batalla de Ayacucho, el Día de los Difuntos, la Santa Navidad, la Misa de Gallo, el Día de los Inocentes, el Año Nuevo, la Pascua de Reyes, los Carnavales, el Miércoles de Ceniza, la Semana Santa, y, de nuevo, el aniversario de la Independencia Nacional sobrevolaron la moneda. Nadie la tocó. No bien llegaban los forasteros, la chiquillería los enloquecía: « Cuidado, señores, con la moneda del doctor!» Los fuereños sonreían burlones, pero la borrascosa cara de los comerciantes los enfriaba. Pero un agente viajero, engreído con la representación de una casa mayorista de Huancayo (dicho sea de paso: jamás volvió a recibir una orden de compra en Yanahuanca), preguntó con una sonrisita: «¿Cómo sigue de salud la moneda?» Consagración Mejorada le contestó: «Si usted no vive aquí, mejor que no abra la boca». «Yo vivo en cualquier parte», contestó el bellaco, avanzando. Consagración —que en el nombre llevaba el destino— le trancó la calle con sus dos metros: «Atrévase a tocarla», tronó. El de la sonrisita se congeló. Consagración que en el fondo era un cordero, se retiró confuso. En la esquina lo felicitó el Alcalde: «¡Así hay que ser: derecho!» Esa misma noche, en todos los fogones, se supo que Consagración, cuya única hazaña conocida era beberse sin parar una botella de aguardiente, había salvado al pueblo. En esa esquina lo parió la suerte. Porque

no bien amaneció los comerciantes de la plaza de Armas, orgullosos de que un yanahuanquino le hubiera parado el macho a un badulaque huancaíno, lo contrataron para descargar, por cien soles mensuales, las mercaderías.

La víspera de la fiesta de Santa Rosa, patrona de la Policía, descubridora de misterios, casi a la misma hora en que, un año antes, la extraviara, los ojos de ratón del doctor Montenegro sorprendieron una moneda. El traje negro se detuvo delante del celebérrimo escalón. Un murmullo escalofrió la plaza. El traje negro recogió el sol y se alejó. Contento de su buena suerte, esa noche reveló en el Club: «¡Señores, me he encontrado un sol en la plaza!»

La provincia suspiró.

SEDUCTORA

GREGORIO MARTINEZ (1942)

Corazón mío: un mes sin saber nada de ti, sin verte, sin escuchar tu voz musical y arrulladora. Treinta días de horrible pesadilla. Amorcito, vidita, no puedo vivir sin sentir el hálito embriagador de tu boca de fresa, sin beber el néctar de la felicidad en tus labios. Compréndeme corazón mío. Tus cartas serán para mí un bálsamo, un consuelo inconmensurable. Escríbeme que voy a enloquecer. Tú no sabes cuánto te extraño. En realidad no ha pasado un mes sino un siglo. Un siglo de suplicio, de cruel y espantosa agonía, de desesperación incomparable al no tenerte a mi lado, al no sentir tu calor, el trémulo latido de tu corazón. ¡Qué infeliz soy! Si pudiera tenerte un instante y contemplar tu imagen seductora sería para mí la dicha suprema, el don más grande que pudiera alcanzarme el cielo. Pero es inútil. Tengo que conformarme sólo con tu recuerdo, el cachito de tu pelo que guardo cerca de mi corazón. Lo beso y digo: Aurora, Aurora. La voz se me apaga y cuando pronuncia tu nombre sólo es un rumor, un rumor como cuando el viento acaricia las flores. Qué cruel es el destino al separarnos, gatita mía. Pero yo sólo vivo pensando en ti, pensando en tus dulces caricias, recordando la dicha suprema de aquellos momentos tan felices que pasamos en el "Siboney", solos tú y yo, enlazados el uno al otro, latiendo al unísono nuestros corazones, con tu perfumada boca en mi boca, tus ojos acariciadores fijos en los míos, dejando que la embriaguez del amor nos colmara. ¿Recuerdas, mi

gatita? Si no fuera por este recuerdo ya hubiera enloquecido. Por eso te pido que me escribas lo más pronto. No sabes con que ansias voy a esperar tu carta. Leerla va a ser como una caricia, como un beso interminable. Vidita no te demores en contestarme. Te amo.

(*El estuche de los rondines "Seductora" está adornado con un cromo donde aparece la imagen vívida de una mujer lánguida y sensual. Cuando el borrao Sánchez salía a concursar en las actuaciones de los sábados yo le guardaba los útiles y mientras él hacía milagros con el rondín en medio del patio yo leía lentamente las cartas que encontraba entre las hojas de su libro*: De una conversación con Churreta en la cárcel de Cachiche, 1974).

ANGEL DE ACONGATE

J.. EDGARDO RIVERA MARTINEZ (1935)

Quién soy, sino apagada sombra, en el atrio de una capilla en ruinas, en medio de una puna inmensa. Por instantes silba el viento, pero después regresa todo a su quietud. Hora incierta, gris, al pie de ese agrietado imafronte. En ella es más denso y febril mi soliloquio. Y cuán extraña mi figura —ave, ave negra, que inmóvil reflexiona. Esclavina de paño y seda sobre los hombros, tan gastada y, sin embargo, espléndida. Sombrero de abolido plumaje, y jubón, camisa de lienzo y blondas. Exornado tahalí. Todo en harapos, y tan absurdo. ¿Cómo no habían de asombrarse los que por primera vez me vieron? ¿Cómo no iban a pensar en un danzante que andaba extraviado por la meseta? Decían, en la lengua de sus ayllus: "¿Quién será? ¿De qué baile será el ropaje? ¿Dónde habrá danzado?" Y los que se topaban conmigo me preguntaban: "¿Cómo te llamas? ¿Cuál es tu pueblo?" Y cómo yo callaba, y advertían el raro fulgor de mis pupilas, y mi abstraimiento, mi melancolía, acabaron por considerar que había perdido el juicio y la memoria, quizá por el frenesí de la danza misma en que había participado. Y comentaban: "No recuerda ya a su padre ni su madre, ni la tierra donde vino al mundo. Y nadie, tal vez, lo busca.. " Se santiguaban las ancianas al verme, y las muchachas se lamentaban: "Joven y hermoso es, y tan triste..." Y así, por obra de esa supuesta insanía, y de mi gravedad, mi apariencia, se acrecentó la sensación de extrañeza que mi presencia provocaba. Una sensación

tan acusada, que por fuerza excluyó toda posibilidad de burla. Hubo incluso pastores que, movidos por un temor mágico, ponían a mi alcance bolsitas de coca, en calidad de ofrenda. Y como nadie me oyó hablar nunca, ni articular siquiera un monosílabo, se concluyó que había perdido también el uso de la palabra. Era comprensible, este pensamiento, pues sólo a mí mismo me dirijo, en una fluencia razonada que no se traduce en el más leve movimiento de mis labios. Sólo a mí, en una continuidad silenciosa, ya que una inflexible resistencia interna me impide toda forma de comunicación y todo intento de diálogo. Y es así mejor, sin duda. Sea como fuere, esa imagen de forastero enajenado y mudo, que se difundió con gran rapidez, redundó en beneficio de mi libertad de desplazamiento, porque no ha habido gobernador ni varayos que me detuvieran por deambular como lo hago. Compartían, más bien, esa mezcla de sorpresa, temor y compasión, que experimentaban frente a mí sus paisanos. Sobre unos y otros pesaban, además, creencias ancestrales, por cuya virtud mi "locura" adquiriría una dignidad casi trascendente. ¡Mi demencia! No me incomodó, en ningún momento, la certeza que al respecto se afirmó, pero de cuando en cuando me asediaba la duda. ¿Y si a pesar de todo era verdad mi insanía? ¿Si realmente fui danzante y lo olvidé todo? ¿Si alguna vez tuve un nombre, una casa, una familia? Inquieto, me acercaba a los manantiales, y me observaba. Tan cetrino, mi rostro, y velado siempre por un halo fúnebre. Idéntico siempre a sí mismo, en su adustez, en su hermetismo. Me contemplaba, y tenía la seguridad de que jamás había desvariado, y de que jamás tampoco fui bailante. Certeza puramente intuitiva, pero no por ello menos poderosa. Más entonces, si nunca se extravió mi espíritu, ¿cómo entender la taciturna corriente que me absorbe? ¿Cómo explicar mi atavío, y la obstinación con que a él me aferro? ¿Por qué esa vaga desazón ante el lago? No, no podía responder a esas preguntas, e igualmente vano encontrar una justificación para estas manos tan blancas y un discurso que no es de misti ni de campesino. Y más inútil aún tratar de contestar a la interrogación fundamental: ¿quién soy, entonces? Era como si, en un punto indeterminable del pasado, hubiese surgido de la nada, vestido ya como estoy, y hablándome,

angustiándome. Errante ya, e ignorando juventud, amor, infancia. Encerrado en mí mismo y sin acordarme de un comienzo ni avizorar un fin. Iba, pues, por los caminos y los páramos, sin dormir nunca ni hacer alto por más de un día. Absorto en mi monólogo, aunque ayudase a un viajero bajo la lluvia, a una mujer con sus hijos, a un pongo moribundo. Concurrí a los pueblos en fiesta, y escuché con temerosa esperanza la música de las quenas y los sicuris, y miré una tras otra las cuadrillas, sobre todo las que venían de muy lejos —de Copacabana, de Oruro, de Zepita, de Combapata. Me conmovían sus interpretaciones, más no reconocí jamás una cadencia, ni hallé un atuendo que se asemejara al mío. Transcurrieron así los meses y los años, y todo habría continuado de esa manera, si el azar —¿el azar, realmente?— no me hubiera conducido al tambo de Raurac. No había nadie sino un hombre viejo, que me observó atentamente. Dijo, de pronto: "Eres el danzante sin memoria. Eres él, y hace tanto tiempo que caminas y no sabes. Anda, caballero, a la capilla de la pampa de Acongate. ¡Anda y mira!". Tomé nota de su insistencia, y a la mañana siguiente me puse en marcha. Y así, al cabo de tres jornadas llegué a este santuario abandonado, del que apenas quedan la fachada y los pilares. Vine al atrio y mis ojos se posaron en el friso aquel, entre los arcos. Allí, en la losa quebrada por el rayo, hay cuatro figuras en relieve. Cuatro figuras de danzantes. Visten esclavina, jubón, sombrero de plumas, tahalí, botas. Y no representan hombres ni santos, sino ángeles, como los de los cuadros antiguos de Pomata y del Cuzco. Son cuatro, más el último fue alcanzado por la centella, y sólo restan el contorno de su cuerpo y las líneas de las alas. Cuatro ángeles, al pie de esa floración de hojas, arabescos, frutos. ¿Qué baile es el que danzan? ¿Qué música la que siguen? ¿Es un acto de celebración y de alegría? Los contemplo, en el silencio glacial y terrible de este sitio y me detengo en la silueta vacía del ausente. Cierro después los ojos. Sí, sombra soy, apagada sombra. Y ave, ave negra que no sabrá nunca la razón de su caída. En silencio, siempre, y sin término la soledad, el crepúsculo, el exilio...

5. LA NARRATIVA INFANTIL

La narrativa infantil es producida en nuestro país generalmente por los profesores de escuela, a fin de emplearla como auxiliar pedagógico. Sin embargo, algunos escritores también se han preocupado por incursionar en éste prototipo de narrativa que, como es de suponer, se halla influido por ciertos criterios de la literatura académica y formal, determinando así su carácter semi-institucional.

Cuatro cuentos infantiles conforman esta selección. El primero de ellos es *La respuesta del algodón* (1) de Gabriela Nieri de Dammert, que a través de una alegoría de la sociedad pone en escena a los vegetales producidos en la costa peruana. Le siguen *La laguna encantada* (2) de Carlota Carvallo de Núñez, una fantasía no ajena a la tradición narrativa andina, y *El colibrí con cola de pavo real* (3) de Francisco Izquierdo Ríos que relata la aventura de dos niños en pos de una bella quimera.

El cuento de Ana y Elisabeth Mayer *El mundo de Santiago* (4) ilustra bien los fines propedéuticos de esta literatura. Los conocimientos de orden general, por ejemplo, la geografía, los modos de vida de la sociedad peruana, la naturaleza en sus diversas manifestaciones, son transmitidos por este medio que completa la enseñanza impartida en los libros de texto.

---

(1) Ha sido extraido de Nieri de Dammert, Graciela, *Cuentos infantiles del Perú*, Ediciones de la Sección Peruana de la Organización Internacional del Libro Juvenil, 1964, pp. 85-93. Lima.

(2) Carvallo de Núñez, Carlota, *Cuentos fantásticos*, Editorial Universo S. A., s/f., Lima.

(3) Izquierdo Ríos, Francisco, *El colibrí con cola de pavo real, cuento para niños*, Talleres Gráficos P. L. Villanueva S. A., 1965, pp. 9-17. Lima.

(4) T. I y T. II, dibujos de Esther Zumbühl y Ana Mayer, Edit. Grupo Yanapai, s/f., Huancayo.

LA RESPUESTA DEL ALGODON

GRACIELA NIERI DE DAMMERT

En una soleada tarde de diciembre decidieron reunirse los principales productos agrícolas de la campiña de Ica, para conferenciar.

El objeto de la discusión era cambiar ideas para ver la forma en que podían expulsar al algodón, señor poderoso y presumido, que iba despojándolos, cada vez más, de sus tierras.

A la sombra de un coposo espino se sentaron los primeros en llegar: el maíz y el zapallo.

El primero, alto y esbelto, vestía de verde pues aún era joven. El zapallo, bajo y rechoncho, jadeaba por el esfuerzo que habían hecho sus cortas piernas para ir a la par con las de su compañero.

Pronto aparecieron el pacae y el mango, y, luciendo sus mejores galas, la sandía y la uva. Los cuatro se sentaron juntos, pues eran amigos inseparables, formando un animado grupo.

El garbanzo llegó de prisa y también el frijol.

Pero no estaban todos. . .; faltaba el pallar, antiguo señor del valle, quien había reinado durante muchos años.

Ahora, a menudo, lo veían recorrer silencioso los campos en los que antes había vivido, y que ahora estaban ocupados por el algodón. Luego se sentaba en una loma a suspirar y lamentarse de su suerte. . .

En eso llegó el pallar, todo vestido de blanco, y tomó asiento junto a sus demás compañeros.

Como al parecer estaban todos presentes, el maíz, poniéndose de pie, propuso que se abriera la sesión, contando con la aprobación general.

Nos hemos reunido —dijo— para que cada uno de nosotros exponga una idea, para ver la forma en que se pueda expulsar al algodón de este valle. Su conducta en los últimos años, ha sido realmente censurable: ha olvidado que cuando llegó a estas tierras, desconocido y pobre, nosotros lo acogimos, brindándole hospedaje.

El maíz se quedó como pensando y luego prosiguió:

—Antes él se contentaba con vivir en un pequeño espacio del valle, pero ahora, con su numerosísima familia, ha ido apoderándose más y más de nuestras tierras, al extremo que ya no tenemos donde vivir holgadamente y al paso que vamos tendremos que emigrar hacia otros lugares donde tengamos mayor comodidad.

—¡Eso no sucederá conmigo!... —chilló la uva, con voz colérica— Yo no abandonaré este valle tan fácilmente... Mis antepasados fueron los primeros en establecerse acá y, desde esa época, muchos años han pasado por esta región.

Se detuvo un rato para tomar aliento, y siguió diciendo:

—Durante todos estos años hemos brindado salud y alegría a los moradores del valle quienes, orgullosos de nosotros, nos muestran en otros lugares como el mejor producto de la comarca.

—Es de nuestro jugo con que se preparan los vinos y aguardientes que tanto prestigio han dado al valle, y aún se recuerda con cariño y se perpetúa los cantares y fiestas con que el pueblo celebraba la buena cosecha de la uva, y la faena tradicional de la pisa —cuando los campesinos, con sus fuertes plantas, trituraban nuestros racimos maduros, para que saliera el sabroso caldo—; y la poda —cuando nuestras ramas secas eran cortadas por las manos del podador.

—Nosotros también hace muchos años que vivimos acá —dijeron a su vez el maíz, el zapallo y el garbanzo.

—No nos consideramos los más antiguos de esta comarca, pero juntos hemos prestado grandes servicios a sus moradores. Nuestros abuelos vivieron en este lugar muy estimados y tratados con cariño, ya que nadie pasaba hambre pues sus cosechas eran abundantes y llenaban al máximo las despensas.

La sandía empinó su corta estatura, a fin de que la oyeran mejor, y dijo a los presentes:

—Mi familia también vino, hace muchos años, a establecerse en este hermoso valle, atraída por su bondadoso clima. Y la gran acogida que tuvieron por parte de los campesinos es bien conocida por todos...

—Los macamacas han engalanado el valle con su color esmeraldino, y sus dulces frutos han proporcionado deleite a quienes los probaban... Hoy estamos casi olvidados pero, no hace mucho, hasta fiestas se realizaban para celebrar nuestro cultivo. Eso era tradición entre los campesinos, y había que ver con qué alegría cumplían tan digna tarea, ya que el trabajo se alternaba con bailes y canciones bonitas.

El pallar había escuchado, apartado en un rincón, las palabras de sus compañeros.

En su rostro, blanco y grave, se notaba una expresión muy triste.

Por fin, parándose, se dispuso a hablar, con voz lenta y firme:

—Yo, al igual que ustedes, estoy sufriendo mucho al ver que ya no se nos quiere en esta región.

—Jamás pensaron mis antepasados, que amaron tanto estas tierras, que ya no íbamos a tener la estima de antes.

Entristecido por los pensamientos que acudían a su mente, el pallar prosiguió:

—Qué lejanas suenan las palabras de cariño que tenían las gentes para con nosotros, al reconocer que dábamos más energía y vigor que cualquier otro alimento. Por eso nuestra semilla era guardada con amor y respeto, y nuestro crecimiento vigilado con interés y dedicación.

—Ya no figuramos —dijo suspirando— en los banquetes de las casas grandes, y sólo los humildes nos recuerdan de cuando en cuando; antes se nos festejaba por igual, en la mesa de cedro y en la tosca de pino...

Dando a su voz una inflexión firme y severa, el señor blanco continuó diciendo:

—Como ya no nos necesitan, dentro de poco tendremos que desaparecer para siempre... y nos iremos a otros lugares, donde sepan querernos y comprendernos.

Cesó de hablar el pallar pues la emoción cortaba sus palabras, y enjugando su rostro sudoroso con un pañuelo, volvió a tomar asiento en el lugar donde había estado.

Cerca al coposo espino, que guarecía de las inclemencias del del sol a nuestros personajes, una verde higuerilla alegraba con su verdor el paisaje y, detrás de ella, oculto, el algodón había podido oír toda la interesante conversación de sus doloridos vecinos.

Cobrando ánimos decidió acercarse al grupo, causando su aparición no poca sorpresa y curiosidad entre los asistentes.

—Buenas tardes, amigos —dijo el algodón— ¿Pueden decirme a qué vienen esos denuestos contra mi persona?

Tomados por sorpresa, ante el recién llegado, los quejosos habían enmudecido, pero la uva, reponiéndose, respondió con voz aguda:

—Usted no es nuestro amigo, y las palabras que ha oído, ofensivas según usted, son tan verdaderas como el sol que alumbra nuestros campos.

Herido por tan desabrida contestación acercóse el algodón aún más, y con voz suave pero firme dijo a los otros, que lo miraban fijamente:

—Perdónenme si en algo los he ofendido, pero creo que ustedes me están juzgando muy a la ligera.

Notando que sus oyentes parecían seguir aguardando sus palabras, continuó diciendo:

—Yo reconozco —aunque no lo crean así— que la situación de ustedes no es igual a la de ayer. Mis queridos antepasados fueron amigos de los vuestros y convivieron en perfecta paz y armonía, establecidos por igual en el valle. No había enemistad ni celos, pues los campesinos querían a todos por igual.

También sé —prosiguió— que a cada una de vuestras familias se les festejaba por el nacimiento de un nuevo ser. Y todo era alegría para ellos, sus animales y nosotros. Hoy todo ha cambiado sí... pero no por culpa nuestra.

—¿De quién entonces? —inquirieron los agraviados.

—De quien nos gobierna y maneja: el hombre. El, que tuvo bondad y reconocimiento para ustedes cuando lo colmaban de frutos; ahora os corresponde con ingratitud y menosprecio. Por ello, por su inconstancia, soy ahora su favorito, pero no sé si lo seré siempre.

—No es mía la culpa —afirmó el algodón— de que él os haya abandonado, y no crean que me considero el único dueño de esta comarca.

—Además —siguió diciendo—, desde que mi familia se estableció aquí, nosotros hemos aportado y seguimos aportando enormes beneficios. Si antiguamente nuestro sembrío no se celebraba con cánticos y fiestas, como las de ustedes, ahora nuestra cosecha brinda la más pura alegría al agricultor.

—Es verdad eso —admitió el pallar— pero las alegrías que brindaban nuestras cosechas, antaño, eran más puras y sanas; y en ella participaban también los animales de trabajo, nuestros nobles

y esforzados compañeros. Hoy día a ellos tampoco se les necesita y los vemos desaparecer lentamente de nuestros campos.

—Dime algodón: ¿crees tú que las máquinas ruidosas que ayudan a tu cultivo puedan compararse al manso y noble buey, a la fuerte mula o al paciente asno?

—No señores ¡no lo creo así!... Yo también extraño las figuras amigas que antes alegraban y servían en los campos, pero pueden figurarse ustedes que no soy yo quien los ha desterrado. Las máquinas rinden más que los animales, he oído decir, y el hombre por eso ha hecho un cambio que lo beneficia.

Aquí el algodón esperó alguna réplica, mas como los otros se abstuvieron de hacerla, prosiguió, más seguro de sí mismo:

—No me negarán ustedes que, a pesar de todo, yo proporciono el diario sustento a muchos humildes trabajadores; y digan si no es bonito el cuadro de los hombres, mujeres y niños que participan en la labor de mi apañamiento, blanqueando con nuestras bellotas el suelo.

—Además —prosiguió— conmigo se han enriquecido mucho los propietarios de estas tierras donde vivimos y, de ello, se han derivado cambios beneficiosos en el valle. Ustedes pueden ver las bonitas y cómodas casas que hoy reemplazan a las toscas de adobe y caña de antes. Y los hermosos y rápidos automóviles que transitan por estos parajes, en lugar de las lentas carretas tiradas por caballos.

—También —dijo el algodón— el pueblo se ha colmado, para que rueden los automóviles, de hermosas calles y avenidas, y todo es prosperidad y bonanza. Ya no se festeja en los campos, es cierto, pero el pueblo se llena de color y bullicio ante el anuncio de nuestra buena cosecha; y se festeja en las casas y en las tiendas, y hasta las calles cambian de fisonomía ante el paso de transeúntes alegres, y yo digo, sin falsa modestia, que soy yo y mis familiares los que hemos contribuído a este cambio.

—Ya ven —dijo, para terminar— cuán equivocados han estado al pensar cosas desagradables de mí. Yo les estimo a ustedes, y les ofrezco para siempre una verdadera amistad. Les ruego que quiten el rencor de sus corazones, y que habiendo armonía entre nosotros hagamos, de estos lugares, un valle de belleza y prosperidad.

Cesó de hablar el algodón, y dando una última mirada a sus oidores se volvió al valle, lentamente.

Los demás también se levantaron, y mirando tristemente las tierras amadas, se dirigieron a sus respectivas casas.

A lo lejos, el dueño de las chacras entonaba una canción...

LA LAGUNA ENCANTADA

CARLOTA CARVALLO DE NUÑEZ (1915-1980)

Una muchacha iba por un camino solitario llevando algunas mercancías para vender en la feria del pueblo vecino. Su madre estaba enferma y ella debía ayudarla. No era la primera vez que recorría ese camino, lo había hecho ya anteriormente, pero ahora que iba sola le parecía mucho más largo y más solitario. De pronto se encontró con una vieja que cabalgaba sobre una escuálida mula.

—¡Buenos días! —dijo la vieja.

—¡Buenos días! —contestó la muchacha.

Durante un buen rato marcharon ambas en silencio y luego la vieja preguntó:

—¿A dónde vas tan solita, hija mía?

—Al pueblo vecino para vender mis mercancías.

Dieron la vuelta a un cerro y ante los ojos de las mujeres apareció una laguna azul, en cuyos orillas cubiertas de vegetación se escuchaba el canto de las aves acuáticas.

Las cabalgaduras hicieron ademán de dirigirse a ella.

—¡No te acerques! —dijo la muchacha a su caballo—. ¡Esa agua es mala para beber!

—¡Déjalo! —le aconsejó la vieja—. Si tu caballo bebiera de esa agua se volvería tan joven como no lo ha sido desde hace mucho tiempo.

—Tengo prisa— dijo la muchacha malhumorada.

—Ven tú también. No te arrepentirás— contestó la vieja

La joven la siguió de mala gana. Cuando llegaron cerca de la laguna la vieja se apeó, los animales se precipitaron a beber. La muchacha impaciente esperaba sentada sobre una piedra. Y la vieja dijo:

—Ven a contemplarte. Ha amanecido y tu cabellera negra reluce con el rocío. Eres hermosa, tan hermosa, que me haces recordar mi propia imagen en los lejanos días de mi juventud.

Y la muchacha se acercó a la orilla.

—Mira el fondo y cuéntame lo que ves —dijo la vieja.

—No veo nada— contestó la moza.

La anciana la miró unos instantes y luego fue lentamente hacia ella y la empujó. La muchacha resbaló, cayendo dentro del agua... Sintió algo así como un mareo. Era algo vertiginoso que la envolvía. Luego notó que sus pies se apoyaban en tierra. Cuando la extraña sensación hubo desaparecido, se encontró sobre un acantilado rocoso y en frente, como envuelto en tinieblas, se extendía el mar rugiente y misterioso.

Pronto sus ojos se acostumbraron a aquella penunbra y pudo distinguir a un hombre que por su actitud parecía hallarse muy triste. El rostro entre las manos, los cabellos en desorden. Al sentirla llegar levantó la cabeza y sus ojos se iluminaron con una sonrisa. La asió de la mano, como si fuera ella la causante de su preocupación y le dijo:

—¡Cuánto has tardado!

Y tomándola del brazo la obligó a pasear con él sobre los acantilados. Abajo el mar bramaba, mientras hablaba de cosas que la joven no entendía.

No pudo seguir fingiendo y le dijo:

—Yo no soy la que tú imaginas...

—¿Cómo? —preguntó él— ¿No eres tú mi prometida de tanto tiempo?... ¿aquella que creía perdida para siempre?

—¡No! Yo no te conozco...

El hombre sonrió con indulgencia y poniéndole la mano sobre los labios dijo:

—¡Calla! No me importa si no lo eres. Pero sé que lo dices para probarme. Yo te quiero y eso me basta...

Momentos después la muchacha oyó una voz lejana que la llamaba y sintió el remolino sobre su cabeza. Después se encontró a la orilla de la laguna, en donde la vieja la estaba aguardando...

—¡Largo fue tu viaje! —dijo— Cuéntame lo que viste en él...

La joven le contó cómo había hallado a aquel hombre y las cosas que le había dicho.

Y la vieja la miraba con ansiedad.

—Es preciso que mañana vuelvas —exclamó—. Si te pide que te cases con él, debes aceptar. Puede ser que permanezcas más tiempo en el fondo de la laguna...

La muchacha no pudo entender estas palabras, pero recordó los tristes ojos del desconocido y la alegría que había manifestado al verla. Y al día siguiente volvió al mismo lugar. Y esta vez como la anterior, la vieja la empujó dentro de la laguna y ella sintió algo vertiginoso que la envolvía y se encontró sobre los acantilados. Y el hombre que la aguardaba se alegró de verla y le suplicó encarecidamente que se casara con él. Y la muchacha accedió.

Y salieron de aquel paraje y llegaron a una inmensa pradera, en donde cantaban los pájaros. Y él le dijo:

—Levantaremos nuestra casa.

Y era como el principio del mundo. Y allí vivieron felices, aunque ella temía que esto fuera solamente un sueño.

Mas de vez en cuando escuchaba a lo lejos una voz que la llamaba y comprendía que era la vieja que estaba aguardándola y aunque su voluntad se oponía tenazmente, un día tuvo la sensación del remolino sobre su cabeza y se halló otra vez a la orilla de la laguna...

—¿Y porqué no acudías a mi llamado? —le gritó la anciana enfurecida.

—Porque me sentía dichosa.

—Tú no puedes comprender —explicó la vieja—. Esta es la laguna del tiempo, en donde se confunden las edades.

Ese hombre que has encontrado allí, amó intensamente a una mujer de tu linaje y ella lo desdeñó. Cuando te vi la primera vez me dije: He aquí a alguien que se le parece mucho. Quizá ella pueda cambiar su destino y te envié a él...

Pero ahora sé que esto no es posible... Lo que está escrito debe cumplirse.

La muchacha no entendió absolutamente nada, pero volvió a la casa de su madre muy apenada... Allí encontró que todo continuaba lo mismo. Pero ella se sentía extraña a su antigua vida. Pensaba continuamente en el esposo que la estaba aguardando y un día, no pudiendo soportar su ansiedad, fue a la laguna y se arrojó en ella...

Cuando cesó el remolino se encontró otra vez sobre los acantilados. Allí estaba su esposo, pero esta vez parecía aún más triste y desconsolado. Apenas se acercó a él, la alegría volvió a brillar en sus ojos.

—¿Por qué me has hecho sufrir tanto? —le preguntó... ¿En dónde estabas? Ella trató de explicarle lo que había ocurrido. Quiso decirle que tal vez por poco tiempo estaría a su lado, pero él no pareció entenderlo. Puso las manos sobre sus labios y le dijo:

—No te disculpes. ¡Sólo sé que te tengo otra vez y soy feliz!

Y vivieron felices algún tiempo. Ella escuchaba a veces una voz que la llamaba, pero procuraba no hacerle caso y olvidarla. Mas sucedió que cuando su esposo estaba ausente y ella se hallaba descansando a la puerta de su choza, vio aparecer tras de una colina la figura de una mujer que caminaba trabajosamente. Llena de espanto la reconoció.

Era la vieja de la laguna...

—Me has hecho una mala jugada— exclamó ésta con voz airada, cuando llegó a su lado—. Debes volver a tu tiempo y a tu pueblo...

Y la muchacha suplicó:

—¡Deja que me quede a su lado!

—¡No es posible! —respondió la vieja

—¡Sólo unos instantes para despedirme de él!

—Me engañarías otra vez.

—Permítele que venga, entonces —rogó la joven.

Y la vieja lanzó una espantosa carcajada.

—No puede ser —respondió—. Sería malo para ambos

—Lo amo y me ama... ¡Nuestro cariño lo vencerá todo...! —exclamó la muchacha...

—Voy a complacerte, si así lo quieres. Pero no me culpes a mí de lo que suceda.

Y en ese momento llegaba el esposo...

—¿Quién es esta mujer? ¿qué tiene que ver con nosotros?

—No te hará ningún mal. Sigámosla... Ten confianza en mí —dijo ella.

Y ambos fueron por el sendero, detrás de la vieja.

Pronto sintieron el vértigo aquel, la sensación terrible de algo que giraba en torno de sus cabezas, de sus ojos y de sus oídos.

EL COLIBRI CON COLA DE PAVO REAL

FRANCISCO IZQUIERDO RIOS (1910-1981)

Es la Cordillera Oriental del Perú, cerca ya de la región de la selva. Muchos cerros se hallan cubiertos de vegetación obscura; enormes cerros, con extensas faldas y dilatadas cumbres.

En los amaneceres la neblina oculta esos cerros, ascediendo de los abismos, por donde corren ríos turbulentos. Se esfuma poco a poco, hasta desaparecer totalmente a la media mañana, exhibiéndose entonces las montañas en toda su grandeza y misterio; misterio que se ahonda más bajo la sombra de las tardes.

Pueblos y chacras se muestran en las faldas y las cumbres de algunos cerros o en los valles profundos, así como una que otra ciudad, con las elevadas torres de sus templos, en las llanuras o en lts mesetas.

El Tingo se llama la linda aldea, en un valle del río Utcubamba, donde vive el niño Rogelio Tupi, con sus padres que cultivan la tierra sólo para subsistir. Su casa, de barro y paja, tiene una huerta cercada de piedras, con capulíes, durazneros, chirimoyos, manzanos y muchas flores, claveles, geranios, rosales, fucsias, girasoles.

A un lado de El Tingo se levanta sobre un cerro la ciudadela de Cuélap, de pura piedra, casi envuelta de monte. Expresión monumental de un pueblo anterior a los Incas.

Tierra fascinante esta tierra, que no sólo ofrece la ciudadela de Cuélap y otros singulares recuerdos de hombres remotos, sino

que también en sus bosques anida el colibrí con cola de pavo real, único en el mundo.

Prodigiosa avecilla que, a veces, sale a las huertas de los pueblos y aun de las ciudades; revolotea en torno de las flores, y vuelve rápidamente a los bosques.

Con mayor frecuencia grupos de estos picaflores visitan la hacienda Quipachacha, no muy lejos de la ciudad de Chachapoyas, atraídos por las primorosas azucenas que abundan en sus campos.

Todos los habitantes de la comarca saben de la existencia del colibrí con cola de pavo real, pero muchos no lo conocen, entre ellos Rogelio Tupi; muchos niños como él sueñan, por cierto, con el picaflor extraordinario.

Rogelio trata de descubrirlo en su propia huerta, adonde llegan toda clase de pájaros, huanchacos de pecho colorado, piuros de pecho amarillo, gorriones con sombrerito gris, carpinteros de gorrito rojo, mansas palomas, loritos bulliciosos, picaflores comunes que zumbando vuelan por entre las flores... Pero nunca asoma el colibrí con cola de pavo real.

—Yo sí lo he visto, Roge— le dijo una tarde Hilario Chauca, pastorcillo de ovejas. Lo he visto volando alrededor de las blancas flores de un guabo en una pampa verde...

—Cuéntame, Hilario— le rogó Tupi; y se sentaron a la sombra del viejo nogal ramoso que hay en el centro de la placita de armas del pueblo, mientras el lanudo perro de Rogelio se echó junto a ellos y las escasas ovejas de Chauca mordisqueaban la hierba del contorno.

—Iba, pues, por la pampa una mañana arreando a mis ovejitas —enhebra su relato Hilario—. Había llovido antes y el sol alumbraba con esplendor... Me arrimé al tronco de un guabo... cuando, de pronto, escuché fuertes zumbidos en el ramaje... alcé la cabeza y vi al colibrí con cola de pavo real volando en redor de las flores húmedas...

—¿Cómo es, Hilario?

—Es del tamaño de los otros picaflores; pequeñito; de plumaje verde azulado; con patitas y piquito oscuros. Pero su cola está formada por dos plumas muy grandes, iguales a las del pavo real, con los mismos dibujos, con los mismos adornos... Después de revolar por las flores y chupar algunas, se sentó en una ramita muy delgadita... Lo contemplé a mi gusto... sus ojillos parecían gotitas de agua con luz... Quería cazarlo con mi honda, pero tuve pena... De un rato, voló hacia el bosque de la falda del cerro.

Se levantaron los muchachos y se fueron, Chauca con sus ovejas al campo y Tupi a su casa seguido de su inseparable perro Cushillo. Rogelio iba pensando en que no tenía la suerte de conocer al picaflor con cola de pavo real...

En la escuela el maestro también había dicho: "Nuestros bosques atesoran el bello colibrí con cola de pavo real, único en su género en la Tierra. Debemos estar orgullosos de esta joyita de la Naturaleza.

"¡Sí, orgullosos!" se dijo Rogelio, ante la mayoría de sus compañeros que, alegremente, manifestaban conocer al picaflor con cola de pavo real; uno decía haberlo visto en su chacra de maíz; otro, en su huerta; los demás, en el bosque de eucaliptos de la orilla del río, en los tunales en flor de las escarpas, en los retamales de las márgenes de los caminos, en los azucenales de Quipachacha...

—¡Jamás usen su honda contra ese colibrí!— recomendó el maestro.

"¡Jamás!" se dijo Rogelio Tupi. Los otros muchachos pensaban lo mismo. En general, los habitantes de la comarca estiman a esa avecilla como algo sagrado.

Era, pues, un tanto raro que el picaflor con cola de pavo real no llegase a la huerta de Rogelio. Entonces, el muchacho decidió viajar, secretamente, a la hacienda Quipachacha... a los dorados azucenales...

En la víspera de su aventura, cuando se dirigía con su perro Cushillo por la calleja herbosa a la plazuela de armas, donde las campanas de la Iglesia anunciaban las fiestas patronales del pueblo, le llamó ansiosamente su hermana Shabi. Retrocedió, intrigado.

—¡El colibrí con cola de pavo real está en nuestra huerta!— le dijo la niña vivaracha.

—¿En nuestra huerta?

Y entraron sigilosamente en ella. Rogelio con su perro Cushillo en los brazos, conteniéndolo.

—¡Lo vi sobre aquella fucsia!— indicó Shabi.

Efectivamente, el colibrí con cola de pavo real estuvo en la huerta de los Tupi; sobre una fucsia bermeja... luego pasó a una madreselva...

Rogelio y Shabi lo buscaban, agazapándose, por entre los capulíes, los manzanos, las flores... El muchacho cuidaba que Cushillo no ladrase... En la rama de un duraznero se le enredó a Shabi la larga trenza de su cabellera, que solía llevarla colgada sobre la espalda. Rogelio, difícilmente, logró desasirla... Buscaban, buscaban los muchachos al colibrí con cola de pavo real en todo el arbolado territorio de la huerta, durante la tarde maravillosa, en cuyo límpido cielo azul resplandecía suavemente el sol y también, como una medalla antigua, la luna menguante.

EL MUNDO DE SANTIAGO

ANA (1948-1973) Y ELIZABETH MAYER

I

Santiago empezó a conocer el mundo desde las espaldas de su mamá.

El mundo para él era una gran puna. El viento soplaba silbando sobre el ichu. Si alzaba los ojos, miraba el cielo azul, azul con grandes nubes...

¡Ah... y su casa!

Todos los días, desde tempranito, Santiago acompañaba a su mamá, mientras ella:

prendía el fuego para el desayuno,
barría la casa,
doblaba las mantas,
daba de comer pasto a los cuyes.

Después Santiago y su mamá salían a pastear los carneros.

¡Salir! Eso sí le gustaba a Santiago.

¡Había tanto que mirar!

Las trenzas negras de su mamá y sus manos hilando.

El huso dando vueltas y vueltas.

Las ovejas grandes y las chiquititas.

Su perro Mariposa cuidando a todas.

Y los pájaros grandes y negros que volaban.

A veces se quedaba dormido al sol... Y, sin darse cuenta, iba creciendo.

Un día su mamá le dijo: "Ya estás grande, hijo, ya puedes ayudar a tu papá en el trabajo".

Cuando llegó el tiempo de la siembra, Santiago y su papá se prepararon para sembrar sus chacras. Su papá llevó una chaquitaclla, un azadón y la semilla. La mamá preparó el fiambre: habas tostadas, mote, papas y dos botellas de chicha.

Se despidieron. Los dos caminaron y caminaron.

Subieron y bajaron por muchas lomas y montañas.

Por fin, llegaron a la chacra.

Juntos iban a trabajarla y hacerla producir.

Después de romper el terreno con su chaquitaclla, el papá empezó a hacer los surcos con su azadón.

Santiago tenía que recoger las piedras grandes y tirarlas al costado del terreno.

El día era muy corto, quedaba mucho por hacer.

Santiago y su papá construyeron una choza de ichu para pasar la noche. Cansados de tanto caminar y trabajar, durmieron muy bien.

Al amanecer, cuando Santiago despertó, allí estaba su tío Ernestino que era llamero. ¡Qué alegría! El papá de Santiago le dijo al tío Ernestino: "Llévatelo a mi chiquito. Está aburrido de ayudarme y le va a gustar mucho ir contigo y tus llamas".

"Vamos, pues, alístate rápido", contestó el tío.

Subiendo hacia las minas, Santiago y su tío utilizaron sus hondas para arrear las llamas. Cuando llegaron al campamento minero Cerro Negro S. A., vieron a muchos mineros trabajando.

Los ingenieros vigilaban y dirigían el trabajo. También había un carrito sobre rieles que entraba y salía del túnel oscuro de la mina.

El tío Ernestino y Santiago llevaron las llamas cargadas de mineral hasta la carretera, que quedaba mucho más abajo.

Al terminar el día el tío Ernestino tocó su quena.

Cuando Santiago y su papá regresaron a la casa, su papá empezó a tejer en un telar, mientras su mamá y él preparaban la lana desmadejando y ovillando.

Después de un tiempo, Santiago y su papá fueron otra vez a la chacra. Esta vez para cultivar y deshierbar.

Así como de las semillas habían crecido plantas de quinua, olluco y papa... así también había crecido Santiago.

Por eso su papá y su mamá pensaron que ya era tiempo que fuera a la escuela.

Llegó febrero y fueron invitados a la fiesta de carnavales en Hatunmarca, que quiere decir pueblo grande. Allí vivía la madrina de Santiago. Su papá quería pedirle que Santiago se quedara en pensión donde ella, para ir a la escuela. Así que fueron los tres a tomar el ómnibus que los llevaría al pueblo.

La primera vez que Santiago vio el pueblo de Hatunmarca desde la ventana del ómnibus, le gustó mucho. Hatunmarca tenía de todo: una linda iglesia, municipalidad, escuela, casas de dos pisos con balcones y hasta cancha de fútbol. El pueblo quedaba en las faldas de los cerros y a orillas del río Yurac Yacu.

En la plaza principal la fiesta de Cortamonte ya había empezado. La orquesta tocaba sin parar, mientras el hacha pasaba de mano en mano entre las parejas que bailaban alrededor del árbol. El olor de los anticuchos, butifarras, picarones y chicha hacían agua la boca. Por todo lado reinaba la alegría del carnaval.

Cuando se acabó el cortamonte, los tres fueron a la casa de la madrina. Ella estaba hilando en la puerta de su casa.

Después de conversar un rato, todo quedó arreglado. Santiago se quedaba, para que se "vaya acostumbrando" antes que empiecen las clases. El prometió ayudar a su madrina en todo.

Su papá iba a pagar con lo que producían sus chacritas y con lana.

Santiago se acostumbró rápido a la vida del pueblo. Era la época de lluvias. Los campos estaban verdes y había bastante comida buena:

papa nueva,
choclo tierno y dulce,
habas frescas
y queso que la madrina hacía.

Cuando salía el sol todos los niños corrían al campo.

Recogían guindas y tunas, chupaban jugo dulce de la caña del maíz y tiraban piedras con sus jebes y hondas.

¡Eran vacaciones y pasaban una buena vida!

Los sábados, las mujeres del pueblo iban al río a lavar la ropa. Después la tendían a secar sobre los magueyes y las retamas.

¡Cómo jugaban los niños, felices, en el agua!

Pero cuando sus mamás los agarraban y sobaban... gritaban.

Un día, la madrina y su familia cosecharon papas que habían sembrado en la altura. Ese día prepararon una pachamanca a un costado del terreno. Santiago sabía muy bien por qué todo tenía un gusto tan rico. Era el sabor fresco de la nueva cosecha cocinada en esa gran olla de tierra pacha-manca. Por eso comieron con alegría y agradecimiento. La tierra, que habían trabajado juntos, les daba sus buenos frutos.

Por fin llegó abril y el primer día de clases para Santiago.

Todos los alumnos, con uniformes y zapatos relucientes, formaron en columnas muy derechas en el patio de la escuela. Cantaron el Himno Nacional y el director de la escuela les habló desde

el balcón. Después, cada alumno recibió una lista de útiles con todo lo que tenían que comprar. Santiago regresó feliz, orgulloso y un poco asustado de su primer día en la escuela. De todo corazón quería ser un buen alumno. ¿Cómo le iría en esta nueva vida?

II

Al principio Santiago no se acostumbraba en la escuela. Se sentía encerrado en el aula. Aprender a leer y a escribir le parecía un rompecabezas y sumar y restar un misterio.

Prefería el recreo para jugar con sus amigos, a las bolitas o al trompo.

Por las tardes pastaba ovejas con el hijo de su madrina.

Allí en la tranquilidad del campo con la ayuda de Juan, Santiago aprendió a escribir su nombre y muchas cosas más.

Un domingo Juan y Santiago subieron al cerro donde habitaron los "gentiles". Querían encontrar un "tapado".

Santiago se asustó mucho. "Seguro que los espíritus nos van hacer daño", pensó y ya no quiso buscar nada. De pronto gritó: "¡Pishtaco!" y echó a correr.

¡Verdad! Tras una ruina apareció un hombre alto de barba rubia y lentes oscuros. Ellos temblaban de miedo, pero como les llamó con voz amigable se acercaron al fin.

Era un estudiante que estaba haciendo un trabajo acerca de los antepasados. "Ya que han traído pico pueden ayudarme a arreglar", dijo y les enseñó lo que él había sacado con cuidado de las ruinas de piedra. Les contó mucho sobre los "gentiles" y sus costumbres.

Regresaron a la casa muy tarde y cansados, pero contentos de saber más de sus antepasados.

Las Fiestas Patrias, el "Santiago" y las vacaciones escolares se celebran en Julio.

Nuestro Santiago volvió a su casa en la puna: "Pondremos cintas de colores en las orejas de nuestros animales y los adornaremos con frutas y flores" —dijo el papá.

Al día siguiente los dos subieron al nevado a traer sara sara, huila huila, lima lima y otras flores. Por primera vez Santiago llegaba tan cerca de la cumbre nevada. Su corazón latía con fuerza y emoción. Sintió el poder de las montañas y recién comprendió por qué se les llama dioses, APUS.

Los años apasaban y Santiago crecía. Un año ocurrió algo terrible. Las lluvias no llegaron. Los sembríos de Hatunmarca murieron y el ichu de la puna se tiñó de marrón. El sol quemó todo. Los animales murieron de hambre y la gente huyó.

También los padres de Santiago abandonaron su casa. En busca de trabajo llegaron hasta una mina grande.

"En este socavón oscuro tendré que ganarme la vida" —pensaba el papá de Santiago extrañando la inmensa puna.

La vida era dura en la mina. Santiago y su mamá también trabajaban. Hacían negocio en la estación, cuando pasaba el tren.

Con el tiempo Santiago dejó la escuela. A veces ni regresaba a casa a ayudar a su mamá. Se le veía parado en las esquinas conversando y jugando con amigos. Con sus pequeñas ganancias se iba al cine.

"Te estás mal acostumbrando" —le resondraba su mamá.

"¿Quieres ser mi ayudante?" —le preguntó un camionero.

Santiago aceptó feliz. En poco tiempo aprendió a cargar, a descargar y a cuidar que nada se pierda.

"¡Dale, lleva, ya!" —dirigía Santiago a gritos al pasar por sitios peligrosos. No era fácil esta vida. Sufría hambre, sed, frío y calor.

A veces ni dormía por cuidar el camión, pero estaba contento. Descubría cuán grande es el Perú y muchas veces hacía buenos amigos.

El camión roncaba penosamente en la subida a Ticlio, pero en la bajada a la gran capital resbalaba por las curvas.

Llegaron temprano a la Parada, el inmenso mercado de Lima y vendieron toda la carga de choclos.

"Anda, paséate un poco, pero no te pierdas" —le dijo el camionero.

"Cuántas casas, cuánta gente" —pensaba Santiago al subir por los cerros tras del mercado. Le parecía triste ver tantas casas todas iguales y ni siquiera un árbol. Todo era arena.

Se paró a mirar un juego de fútbol... "Ven Serranito, a ver si sabes patear la pelota" —le invitó uno de los muchachos.

Cuando ganaron el partido su nuevo amigo le invitó a su casa a ver televisión. Por mirar tanto casi se olvidó de regresar a tiempo a su camión.

Viajando encima de la carga, Santiago fue el primero en ver el accidente. Su grito hizo frenar al chofer. Menos mal que no hubo heridos, sólo el camión parecía muerto, echado al filo de la carretera.

Fue muy trabajoso recoger y guardar la fruta desparramada.

Para levantar el carro llamaron más gente, pero sólo la grúa pudo trasladarlo. Santiago sintió pena por el chofer, el ayudante, el camión y la fruta... "Ojalá, nunca nos pase una desgracia de éstas".

"Viajamos ya muchos días y noches, ¿cuándo llegaremos?" —preguntó Santiago. De pronto el camión bajó hasta una espesa selva de árboles gigantes, pájaros, flores y mariposas de lindos colores. "Aquí el aire huele diferente y ¡qué bulla hacen los insectos y los pájaros!" —exclamó Santiago.

Cansados de tanto mirar y tanto calor llegaron al fin a Pucallpa y fueron al río Ucayali a cargar la madera.

La ribera del río era un gran mercado. La gente vendía pescado, yuca, fruta y hasta loros y monos.

Unos Shipibos, vestidos en sus cushmas llevaron a Santiago a pasear en canoa. Se divirtió mucho, pero tenía miedo de caer al agua, porque no sabía nadar.

Nunca se hubiera imaginado lo que le esperaba de regreso a Lima. Santiago caminaba pensando en visitar a su amigo, jugar fútbol, conocer el centro...

"¡Me han robado la plata!" —despertó de sus sueños. Ya le había advertido el patrón que tuviera cuidado al comprar los repuestos, que los ladrones abundaban, que había que andar con los ojos bien abiertos.

Santiago se no atrevió a regresar sin compras ni dinero. Caminaba sin saber qué hacer.

Ya de noche se encontró con Pedro, su amigo. Al verle tan triste lo llevó a su casa, le ofreció algo de comer y un rincón para dormir.

Santiago lloró amargamente. Su camión ya estaría rumbo a la sierra y él solito, perdido en la gran ciudad.

Al día siguiente muy temprano Pedro le propuso: "Vamos al Callao a ver los barcos. A lo mejor encontramos algún trabajito por allá".

En el puerto los buques reposaban al lado del espigón, mientras los grandes bultos de mercadería desaparecían en sus inmensas barrigas.

"¿Nunca se llenan esos barcos tragones?" —se admiró Santiago. Cuando sintieron hambre, se acordaron que era hora de buscar trabajo.

Sanliago trabajaba duro para ganarse la vida. No le faltaban ocupaciones porque era un muchacho hábil y amable, aunque algunas veces pasó hambre cuando no había trabajo.

Una mañana sintió algo diferente. Los obreros del puerto, marchaban por las calles. Llevaban carteles que en grandes letras decían: "HUELGA".

Santiago siguió al grupo al lado de otros jóvenes.

"¡Viva la huelga!" —gritaron sintiéndose protegidos por los obreros mayores. Asustados, todos corrieron a protegerse del chorro del Rochabús y de las tanquetas.

Santiago no llegó a comprender por qué le lagrimeaban los ojos.

Ya no quiso regresar más al Callao. Un lustrabotas le alquiló su caja, le enseñó el oficio y los trucos del negocio.

Una vez, sacó brillo a los zapatos de una señora que parecía simpática.

Después de conversar un rato, ella le preguntó: "¿No quieres trabajar en mi casa?".

Santiago aceptó, porque se dio cuenta que después del pago del alquiler de la caja le quedaba muy poca ganancia.

En la casa elegante de la señora, le costó acostumbrarse a una vida muy diferente. Ahora tenía su propia cama, ropa nueva y limpia, comida a horas fijas... pero ya no era libre ni dueño de su vida.

Todo el día cumplía órdenes: "Santiago abre la puerta, Santiago, limpia las ventanas, Santiago, sácale más brillo a los pisos, corre a comprar a la bodega".

"En esta casa no falta nada, pero qué vida tan complicada llevan sus dueños" —pensaba él.

¡Hasta la comida era muy distinta!

La cocinera le obligaba a comer, pero Santiago no tenía ganas y la comida no le gustaba. Recordaba los jugosos choclos, las papas sancochadas con ají y queso de Hatunmarca. No comprendía a la gente de Lima que prefería arroz, pescado y frituras.

Todas las noches hasta las diez, Santiago asistía a la escuela nocturna. Sabía que era necesario terminar la primaria para avanzar en la vida. Le gustaba el profesor y ahora después de tantas experiencias comprendía las lecciones mucho mejor.

"¡Qué lindas trenzas tienes!" —piropeó a la chica del lado... "¿De dónde eres?".

"De Hatunmarca" —ella respondió tímidamente.

Donata, su compañera de la escuela, trabajaba de ama con una familia del mismo barrio. Santiago la veía cuidar a dos niños.

Los domingos en la tarde ella se vestía muy bonita sin guardapolvo celeste. Salía con Santiago al parque y conversaban horas sobre su trabajo, la escuela y sus familias allá en el pueblo.

Ambos estaban muy solos entre gente que no les comprendía. Por eso se hicieron muy amigos.

Los años han pasado, Santiago y Donata ya eran adultos.

Con sus ahorros Santiago compró el triciclo de sus sueños. ¡Ahora era heladero!

Como tenía su propio negocio y le iba bien, pensaba casarse con Donata. En las tardes aparecía con su triciclo por la casa donde ella trabajaba. Aprovechaba para saludarla e invitarle un helado.

Un día Santiago encontró a Donata llorando: "Ha llegado esta carta diciendo que mi papá está muy grave...".

"No llores Donata. Venderé mi triciclo, juntaremos nuestros ahorros y te acompañaré a Hatunmarca. Haremos curar a tu papá".

Donata pidió permiso y Santiago se alistó. Después de un largo viaje y varias horas de camino, ya muy de noche llegaron a su pueblo.

Por desgracia, todo fue en vano. El padre de Donata había muerto. Sólo les quedó el consuelo de tomar parte en el velorio.

Después del entierro, Santiago y Donata se quedaron en el pueblo. El fue a visitar a sus padres en la puna. Les contó de su vida y que quería mucho a Donata.

Las familias se pusieron de acuerdo. Santiago trabajaría las chacras del papá de Donata y ella ayudaría a su mamá a cuidar sus hermanos menores.

Al poco tiempo, Donata dio a luz a un varoncito y lo llamaron "Shanti" como su papá. Porque Shanti es el apodo cariñoso de Santiago.

Al cumplirse el año de luto, Santiago y Donata se casaron. La mamá de Donata preparó el matrimonio según la costumbre y con gran gasto. Ella deseaba que su hija y su yerno fuesen respetados en el pueblo.

Donata, que había visto bodas en Lima, pensaba que estaba muy linda con su vestido de novia y su "permanente".

Santiago no apreciaba esta clase de belleza y pensó: "Le voy a hacer crecer sus trenzas otra vez".

Santiago y Donata trabajaban en la chacra. Además él traía mercaderías que ella vendía en el pueblo. Así después de unos años pudieron construir su propia casa.

El papá de Santiago bajó de la puna para labrar los adobes. La familia de Donata llamó a las faenas para levantar la casa y techarla. Todos los vecinos ayudaron.

Santiago pidió a su madrina que haga la fiesta de "safacasa". Al poner la cruz ella dijo emocionada: "Para todos nosotros es un gran orgullo que Santiago y Donata hayan quedado fieles a su tierra. Les deseamos mucha felicidad en su nueva casa".

6.— LA NARRATIVA HISTORICA

El quehacer histórico siempre estuvo ligado al ejercicio de una prosa narrativa muy cuidada y a una producción vasta. De esta manera, la descripción e interpretación del pasado encuentra en nuestro país numerosos textos que rivalizan entre sí al presentar los hechos históricos.

Si nos circunscribimos a este siglo, es indudable que tenemos que empezar con José de la Riva Agüero, a quien nos hemos referido en otro lugar. Seleccionamos aquí el epílogo de su tesis *La historia en el Perú* (1), estudio en el que se sientan las bases de la historiografía peruana contemporánea. Concluido en 1910, el texto presenta claramente los puntos de vista del autor (véase el párrafo: "El Perú que debemos estudiar y amar...") que hace nacer la peruanidad a partir de la Colonia. En todo caso, su invocación al estudio de la historia es una partida de nacimiento para la profesión de historiador.

El estudio de Raúl Porras (2) que reproducimos es un fragmento de uno de sus libros más conocidos, construido en base de sus conferencias. Diplomático de carrera y uno de los maestros más connotados de la Universidad de San Marcos, Porras creó en torno

---

(1) Ha sido transcrito de Riva Agüero, José de la, *Obras completas*, Vol. IV, Pontificia Universidad Católica del Perú, 1965, pp. 499-510. Lima.

(2) Porras Barrenechea, Raúl, *Mito, tradición e historia del Perú*, Retablo de Papel - Ediciones, 1973, pp. 87-101. Lima.

suyo un círculo de discusión y reflexión histórica muy importante en la vida académica nacional. Si bien sus aportes como editor de manuscritos del siglo XVI hubieran bastado para ubicarlo en la historia peruana, existen, lamentablemente dispersos, una cantidad desconocida pero numerosa de trabajos suyos que reclaman una publicación cuidadosa.

Luis E. Valcárcel (3) ha cumplido muchos e importantes roles en la vida académica nacional. Desde ideólogo del Indigenismo en los años 30 hasta fundador de los estudios etnológicos y arqueológicos en la Universidad de San Marcos. El trabajo que seleccionamos es el prólogo a su texto universitario sobre Etnohistoria, disciplina de la que es uno de los fundadores a nivel continental.

Historiador del período republicano, Jorge Basadre (4) coloreó lo completo de su obra con una serie de ensayos que son a su vez propuestas interpretativas de lo que es el Perú y lo que significa ser peruano. De su libro más divulgado (en una edición largamente anotada por el autor) extraemos sus reflexiones acerca del destino nacional.

Discípulo de Porras Barrenechea, pero historiador y ensayista con sello propio, Pablo Macera (5) ha influido en la escena nacional con sus escritos y opiniones. Si bien sus primeros trabajos podrían ubicarlo como especialista en la historia colonial (siglos XVIII y XIX), hoy día sus estudios cubren un espacio mucho más amplio que va desde reflexiones historiográficas (como el que aquí reproducimos) hasta investigaciones sobre historia del arte o folklore.

LUIS MILLONES

---

(3) Valcárcel, Luis E., *Etnohistoria del Perú Antiguo*, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 1959, pp. 11-17. Lima.

(4) Basadre, Jorge, *Perú: problema y posibilidad*, Banco Internacional del Perú, 1978, pp. 402-415. Lima.

(5) Macera, Pablo, *Trabajos de Historia*, Tomo I, Instituto Nacional de Cultura, 1977, pp. 3-20. Lima.

"EPILOGO" A LA HISTORIA EN EL PERU

JOSE DE LA RIVA AGUERO (1885-1944)

He llegado al término de mi estudio. Y si no he conseguido todo lo que en él me propuse, que fué mostrar el desenvolvimiento del género histórico entre nosotros, por lo menos en sus capítulos se ven las formas que ha tenido la historia narrativa en los sucesivos autores peruanos: crónica de tradiciones indígenas y de las guerras de la Conquista en Blas Valera y en Garcilaso, crónica monástica y milagrera en Calancha y sus émulos, entretenimiento retórico y erudito en Peralta, recopilación biográfica en Mendiburu, historia meramente política en Paz Soldán. Con esto llegamos hasta tiempos que se tocan con los nuestros, y después de los cuales ninguna grande obra ha venido a enriquecer la cultura histórica nacional. Faltos siempre los historiadores peruanos de espíritu filosófico y sintético, y las más veces de profundidad y arte de composición, sus condiciones de prolijidad desleída, junto con mis personales deficiencias, han tenido que reflejarse en este libro, cuya pobreza y cuya pesadez tediosa y desmayada comprendo y deploro más que nadie, pero de las que el mismo asunto me exculpa en algo.

Honda pena causa, en efecto, comparar la producción histórica del Perú con la de las demás repúblicas sudamericanas, a pesar de que todas ellas tienen pasado mucho menos largo y nutrido que el nuestro. En tanto que chilenos y argentinos, uruguayos y brasileños, venezolanos, colombianos y ecuatorianos se han afanado, unos bastante y otros algo siquiera, en aquilatar y popularizar sus respectivos recuerdos patrios, nosotros, con oprobiosa desidia, con torpe e impío abandono, vivimos en completa ignorancia o en desdeñoso olvido de los hechos de nuestros padres y abuelos. ¿Qué podemos

oponer, no ya a la numerosísima legión de historiadores que ha engendrado Chile, país privilegiado en esto, sino a los de Venezuela, como Baralt y el contemporáneo Gil Fortoul, y aun al del Ecuador, el ingenuo y modesto González Suárez? Ruboriza confesar nuestra inferioridad; mas es lo cierto que los investigadores peruanos sólo pueden compararse legítimamente hasta ahora con la oscura escuela de los Meibomios y Canisios de la Alemania de los siglos XVII y XVIII.

Pero hasta esta misma humilde laboriosidad, sin ideas generales ni estilo, que fué la condición dominante, el rasgo característico de nuestros escasos historiadores de 1860 a 1890, se ha debilitado mucho en la generación posterior a la guerra. Los esfuerzos se han reducido a pocas y aisladas monografías; y las cosas han venido al vergonzoso punto de que para conocer con exactitud y debida extensión los anales de la Inquisición y de la imprenta en Lima, ha sido necesario esperar que los formara un chileno, el infatigable José Toribio Medina.

Diríase que el menosprecio en que se tiene la Historia no fuera inconsciente, sino deliberado, porque nada se ahorra para dificultar en lo por venir su remedio. Imponderables son, realmente, la confusión y la negligencia que reinan en casi todos los archivos públicos, los estragos que han recibido y reciben y la dispersión, en manos de personas particulares o de instituciones desordenadas, de documentos que sería indispensable conservar y reunir para hacer algún día posible una definitiva obra histórica.

La acción protectora de un Gobierno reciente, que se manifestó con la creación del Instituto y del Museo histórico y de su correspondiente revista, pareció indudable señal de mejoría y aun de próximo florecimiento; pero en el Perú la vida corporativa se aletarga y esteriliza muy pronto por ley irremisible, y la protección oficial no alcanza a reanimarla o no persiste en estimularla debidamente.

Tal tibieza y tal desánimo no se limitan por cierto al terreno de la Historia, sino que se extiende a todos los aspectos de la vida mental del país y paralizan o amenguan todo elevado ejercicio del pensamiento. Los literatos y escritores más distinguidos, o bien

emigran, o bien se ven forzados a dedicarse a tareas muy diversas de las de su vocación. En nuestro páramo intelectual no brota sino una que otra débil planta. Nada crece aquí, fuera de algunos tímidos ensayos juveniles. Desierta está la sociología nacional, que, sin embargo, ofrece temas tan originales y poco explotados como el de las organizaciones indígenas. Descuidadísimos se encuentran los estudios económicos, hacendarios e internacionales, que tanta falta nos hacen para nuestra verdadera reorganización política. La misma Jurisprudencia, a que por rutina se sigue dedicando la mejor parte de la juventud, decae a las claras, porque atenta sólo a la diaria defensa de los pleitos, circunscrita a la práctica forense, no cuida de alzarse a la consideración de los principios generales que la sustentan y la renuevan, y por eso no produce ya las extensas obras de consulta, los doctos comentarios que en épocas pasadas solían ilustrarla. Por fin, las Ciencias Naturales y Físicas, muertos Raimondi y Barranca, no presentan nombres de significación.

Cuando se piensa que en ciudades como las del Perú, tan faltas de diversiones cultas, sin exceptuar Lima, la lectura debería ser la distracción predilecta de cuantos no hayan perdido la delicadeza del espíritu y de los sentimientos, ¡qué abismo de vulgaridad o de pereza no descubre la deplorable infecundidad de que adolecemos!

Si a todo esto se agrega que la política no rebasa el nivel de microscópicas intrigas, sin rastro de ninguna grande aspiración; que en el campo religioso domina la más absoluta indiferencia, tal vez útil en lo público, pero envilecedora en lo privado; que el comercio y la industria nacionales languidecen y apenas se arrastran bajo el impulso extranjero; ante este desastroso balance de los actuales momentos, acuden a los labios con desconsolada tristeza las preguntas de cuál es el empleo de la actividad peruana, y de dónde se oculta algo de ese fervor de ideal, que es el secreto de la grandeza en los individuos y en los pueblos, y sin el que la vida carece de significado y precio.

Dolorosa es seguramente la confesión que arranca el espectáculo de los últimos años; pero conviene que la hagamos con varonil firmeza, sin procurar engañarnos con ilusiones piadosas o cobardes

mentiras, y que nos apresuremos a formularla nosotros mismos, antes de que con insultante desdén nos describan desde fuera nuestra situación real y exacta. El conocimiento de sí propio y la íntima contricción fueron siempre el principio de toda regeneración verdadera. Y yo confío en que, según el concepto cristiano, en el fondo de la humillación y el arrepentimiento ha de lucir el rayo de la esperanza y la gracia.

Pecaríamos de injustos si en esta apreciación de nuestro medio olvidáramos el lisonjero albor del renacimiento poético. Quienes lo representan merecen no sólo nuestra admiración y nuestro aplauso, sino también nuestra gratitud, porque han roto con su canto el silencio de ruina y de muerte, y porque han reanimado la divina virtud del entusiasmo. Pero el genuino don poético es concebido a pocos; y su imitación o remedo por los mediocres se hace insoportable, como decía el viejo Horacio. El poeta es y debe ser excepcional en todos los países, y especialmente en el nuestro. Sería la peor calamidad para el futuro de la patria que una considerable porción de la juventud se propusiera el tipo literario como ejemplar y dechado de vida. El ideal literario, admisible y aun provechoso cuando su influencia no pasa de un grupo reducido, de singulares excepciones sociales, causa al difundirse y generalizarse resultados infelicísimos, desoladores, porque de su arraigo y propagación dimanan inevitablemente la indisciplina e incoherencia en las ideas, la ligereza y vanidad en el carácter, la superficialidad retórica, el egoísmo cosmopolita y disociador, el epicureísmo improductivo y vacío, el pesimismo irónico; en suma, las más funestas y mortales plagas. Que una buena parte de los jóvenes tomara como objeto primordial de la existencia el componer y engarzar artificiosas frases, en un pueblo en que las más principales y urgentes tareas están por hacer, significaría la abdicación completa, la prueba inconfutable y decisiva de frivolidad y degeneración.

Para los que se ocupan en el estudio de las letras hay un ejercicio más saludable y de mucha mayor importancia nacional que el de la mera literatura: el de las ciencias históricas. En ellas tienen cabida la imaginación y el entusiasmo, los primores del estilo y del ingenio; pero subordinadas todas estas dotes a un superior objeto,

canalizadas en provecho colectivo, depuradas por la crítica, regidas por el noble yugo de la verdad. En ellas, en las investigaciones de detalle, indispensable preparación y base de la gran historia narrativa y filosófica (la cual debe ser conjuntamente una obra de erudición, lógica viva y arte), obtienen honrosa y apreciabilísima utilización las medianías diligentes, necesario sostén de toda vasta empresa. Finalmente, de los estudios históricos se desprenden constantes lecciones de modestia, de prudencia, de perseverancia, de espíritu de continuidad y conservación, de abnegación y de patriotismo, que son las que mayormente necesitamos, y que en vano sería esperar en igual grado y con igual eficacia de las otras enseñanzas liberales. La Historia, ministerio grave y civil, examen de conciencia de las épocas y los pueblos, es escuela de seriedad y buen juicio, pero también, y esencialmente, estímulo del deber y el heroísmo, ennoblecedora del alma, fuente y raíz del amor patrio.

La estrecha relación entre la historia y el patriotismo es de evidencia tal que constituye un lugar común. Pero no hay cosa más necesaria que repetir de vez en cuando estos lugares comunes, de fecundidad moral eterna. La patria es una creación histórica. Supone no sólo la cooperación de todos los compatriotas contemporáneos, sino la mancomunidad de todas las generaciones sucesivas. Vive de dos cultos igualmente sagrados, el del recuerdo y el de la esperanza, el de los muertos y el del ideal proyectado en lo venidero. Estas dos faces de la idea de patria están indisolublemente unidas, y es cada una de ellas condición recíproca de la otra. Porque la consideración de los esfuerzos y méritos de los pasados lleva por necesidad el deseo de proseguirlos y aun superarlos; y porque todo fuerte anhelo social, todo vigoroso empeño colectivo, requiere, para no ser efímero apoyo, garantía y sustancia de la anterior vida histórica. Patriotismo endeble y ruin, indigno de tan alto nombre, sería el que, absorto en las pequeñeces y miserias presentes, no concibiera otra imagen del Perú que la enfermiza y melancólica de hoy, olvidara o descuidara los fines hereditarios y seculares de nuestro país y dejara caer de las débiles manos la santa cadena de la tradición nacional. Quien reduzca la idea de patria a la coexistencia de los ciudadanos actuales y al acuerdo o consenso resultante de sus

intereses momentáneos, la niega y la destruye, hace algo peor aún que esto: la envilece, la degrada, porque la rebaja hasta equipararla con los simples provechos materiales, con las asociaciones comerciales y financieras, y la despoja del carácter religioso, de la aureola mística, del maravilloso prestigio en que consisten su dignidad y poder incomparables.

El Perú que debemos estudiar y amar no es sólo el de ahora; muy imperfecto sería nuestro conocimiento y muy tibio nuestro amor si no se dilataran en el ámbito de los tiempos pretéritos. Ni ha de reducirse únicamente nuestro filial cariño a los sucesos de la incompleta centuria republicana, porque la nacionalidad tiene orígenes más profundos y remotos que la declaración de independencia. Hay que subir al período del virreinato y comprender y sentir en él cómo la sangre, las leyes y las instituciones de España trajeron la civilización europea a este suelo y crearon y modelaron lo esencial del Perú moderno. Y aun hay que ir más lejos, hasta el imperio bárbaro que los conquistadores castellanos encontraron, que por su relativo adelanto social había dominado sobre una grande extensión de la América del Sur, y cuyos hijos en mucha parte se han mezclado con los de los vencedores españoles y contribuido al trabajo y a la defensa comunes. Así como en los siglos medios la nación española no quedó formada sino cuando se fundieron en un solo pueblo de godos con los hispanorromanos; o mejor todavía, así como la verdadera Inglaterra no nació sino por la completa fusión de los normandos con los sajones, así la nacionalidad peruana no estará definitivamente constituída mientras en la conciencia pública y en las costumbres no se imponga la imprescindible solidaridad y confraternidad de los que habitan el territorio ni hay época de los sucesos realizados en él que puedan considerarse ajenos a nuestra idea de patria, y cuyo olvido o desprecio no enflaquezca y menoscabe el sentimiento nacional. El estudio de todas ellas debe integrar y ahondar el patriotismo, porque todas ellas componen el cuerpo y el alma del Perú.

Mucho se ha hablado y se habla, con loable propósito, de *formar el alma nacional*. En el fondo, esto tiene que significar, antes que nada, si no es una vana frase, el fomento y la popularización

de la historia patria, depositaria y maestra de la tradición del país y verdadera creadora de la conciencia colectiva. Porque el alma nacional no se improvisa, no surge de repente de la nada al conjuro de un individuo o de una generación, sino que vive de la misteriosa comunidad de los siglos: es la suma de lo que de mejor hay en nosotros, de nuestros más altos y generosos anhelos, agregada a los de nuestros padres y antepasados y a los de todos los que nos precedieron en estas tierras cuya configuración y cuyas influencias determinan, del propio modo que en las restantes del orbe, peculiares intereses y privativas maneras de sentir, que se traducen en un persistente ideal, más o menos concreto, servido unas veces y abandonado otras por la voluntad, según las vicisitudes de los tiempos, ya desfallecida, ya activa.

No se hable, pues, de *crear* el alma nacional, porque esa alma existe, aunque aletargada y adormecida; y si no existiera, carecería nuestra patria de razón de ser. Háblese de la necesidad de levantarla de la sombra casi inconsciente en que dormita y sueña, de traerla a regiones de luz, de hacer que sienta y conozca su propia vida, que adquiera, en una palabra, conciencia clara y plena de sí. Sólo por esta tarea, en que ha de caber principalísima parte a la Historia debidamente comprendida, llegará a ser nuestro patriotismo algo más que la explosión bulliciosa e instantánea con que en la actualidad se manifiesta; y se elevará hasta esa vigorosa colaboración paciente y eficaz, hasta esa deliberada aceptación de constantes sacrificios ante los fines generales, hasta ese firme y decidido paso que distingue a las naciones conocedoras de sus destinos y resueltas a conquistarlos.

Para desempeñar este oficio de regeneración en que estriba la mayor utilidad moral de la Historia necesita la nuestra imperiosamente no sólo despertar y robustecer la conciencia del alma de la patria, pero también corregirla y depurarla de los vicios y defectos que le han impedido hasta ahora realizar el ideal que entraña. La obra de nuestros historiadores ha de ser así a la vez de entusiasmo y de crítica, de amorosa evocación y de severa censura. Delicada unión de contrarios impulsos, difícil pero no imposible, ni con mu-

cho, que se ha dado en numerosos escritores de otros pueblos, y demandada ineludiblemente por los supremos objetos de reforma nacional que la cultura histórica ha de tener en mira entre nosotros. No redundaría, por cierto, en servicio sino al contrario, en perjuicio y daño enormes del Perú, el adornado de fingidas excelencias, suponiéndole imaginarias virtudes y abultando sus buenas cualidades, y el encubrir por sistema las manchas y miserias de su triste pasado y de su poco venturoso presente. El engaño acerca de sí mismo siempre resulta a la postre funesto; y la lisonja no es prueba de discreto amor, sino más bien de ruinidad o de enemistad oculta. No la mentira, sino la verdad, es la que realmente sana. Y para reconocer y curar las llagas hay que rasgar las vendas. Pero igualmente nociva que la cuitada adulación de la vanidad patriotera, y mucho más que la exageración pesimista (la cual suele ser vehemente protesta del cariño ante las imperfecciones de lo amado, expresión del deseo de remediarlas y estímulo de corrección decisiva), sería la contemplación fría, lejana, indiferente, que no se conmueve por los intereses y sufrimientos de la patria porque en realidad los desdeña. Esa especie de pretendida imparcialidad, falaz, inhumana e impía, cuando se aplica a la historia de la propia raza y de la propia tierra no descubre elevación ni desinterés científico, sino pedante y detestable afectación o aflictiva sequedad de sentimientos. La indiferencia absoluta respecto del mal y del bien no es atributo humano posible ni deseable. Jamás se ha descubierto cosa alguna de importancia, tanto en las ciencias morales como en las físicas, sin que guiara las investigaciones del descubridor la ardiente luz de una emoción intensa; y nada sólido existe, ni en lo especulativo ni en lo práctico, que no haya salido de la caldeada fragua de la pasión. Y cuando la pasión es alta y pura, como lo es la de la patria, no se opone a la justicia y la verdad. Convencidos de que el hombre, como ser moral, necesita de exhortaciones y ejemplos, no nos dejemos hechizar por ese inmovilizador fantasma de impasibilidad mentida o menguada; y en el estudio de nuestra historia indignémonos por lo que exija indignación, defendamos lo que merezca defensa y alabemos y admiremos lo que reclame admiración y alabanza.

En nuestro pasado no hay, por desgracia, mucho admirable y fascinador, y por eso, el espectáculo de él no ofrece ni siquiera aquel peligro del encanto que ejercen las sombras insignes y que en delicadísimas y aladas palabras indicó alguna vez Michelet. De la historia peruana no ha de temerse un efecto depresivo, paralizador de la energía, que en los países y los linajes muy venidos a menos puede producir el pavoroso contraste entre los esplendores pasados y los abismos de súbito abatimiento en que se ha ido a caer; porque no es tanta nuestra herencia de glorias para que hipnotice y agobie, aunque es bastante para que estimule. El relativo poderío del Perú no ha sido, como lo fueron un tiempo los de España, Portugal, Holanda, Suecia, Turquía y Polonia, un vertiginoso y loco vuelo a las mayores alturas, seguido muy luego de un descenso irremediable, por reacción natural, por agotamiento del ímpetu desmedido y furioso. Ha sido mucho menos épico, pero quizá por lo mismo es más fácilmente recuperable. Sus anales se sintetizan en una serie de posibilidades desperdiciadas, de felices oportunidades malogradas por la livianidad y la inconsistencia juveniles, que la experiencia histórica está llamada a madurar; por imprudencias y desórdenes que las lecciones de la historia enseñan a aborrecer; por los múltiples vicios que nacen del egoísmo y la discordia, y que sólo el robustecimiento de la conciencia histórica logrará corregir.

A cumplir supremos fines nacionales está, pues, destinada la Historia en el Perú más que en ninguna otra parte. Es preciso, por lo mismo, atender, como a cuidado vital y primario, a su cultivo y propagación. Casi podemos decir que nuestro país no ha producido hasta hoy sino unos pocos cronistas, tomando este vocablo en su significación exacta. Es hora ya de que tenga numerosos eruditos que investiguen y desentierren sus venerables antigüedades; verdaderos historiadores que describan sus alternativas, pinten las diversas épocas por que ha pasado, descubran las íntimas leyes que rigen su desarrollo y funciones, la hagan revivir en su integridad y demuestren la unidad de su persona moral a través de los tiempos, y por fin, vulgarizadores y maestros que en todos los grados de la enseñanza, desde el elemental hasta el superior, infundan en los jóvenes el sentido de la tradición nacional y las aspiraciones que

despierta y exalten así el civismo, sin el que la patria no es sino un nombre vacío o un altar abandonado.

La aplicación o los estudios históricos y la reanimación por ellos del sentimiento patriótico han sido siempre y dondequiera la preparación indispensable para la regeneración positiva de un pueblo, su consolidación interna y el restablecimiento de su prestigio exterior. Esplendorosa comprobación de esta verdad nos suministran en el siglo pasado Alemania e Italia, y en menores proporciones Chile. Sólo al contacto de la Historia vive y prospera el nacionalismo fecundo. La Universidad de Lima, que en ocasiones solemnes ha declarado su propósito de hacer genuina labor nacional, debe emprender decididamente esta salvadora vía. Tomé por ejemplo a aquellas Universidades germánicas e italianas, ardorosos focos de patriotismo y que fueron valiosísimas cooperadoras de la renovación de sus nacionalidades respectivas. La estrecha y activa unión de todas las fuerzas vivas de nuestro país, materiales, morales e intelectuales, puede todavía alcanzar a redimirnos y engrandecernos. Muy pobres y débiles somos, es cierto; y a las desdichas ya antiguas han venido a agregarse los retrocesos, contratiempos y sinsabores de los años más recientes, que han sido una bancarrota de esperanzas, por lo visto prematuras. Pero ha habido muchas naciones que descendieron relativamente más abajo de lo que nosotros estamos y que han vuelto a subir, y muy arriba. Sin en vez de permanecer inertes en la hondura y negrura del valle en que yacemos, sumidos en ociosa tristeza o condenables devaneos, seguimos la senda que nuestros destinos y tradiciones nos trazan, e instruídos con la experiencia de nuestros padres y antepasados sabemos caminar con acierto en los puntos en que ellos se extraviaron y continuar firmes donde ellos desfallecieron y cayeron, obtendremos, al precio de viriles trabajos y nobles fatigas, la recompensa infalible de los perseverantes esfuerzos, el inefable consuelo de asegurar no para nosotros, pero para nuestros hijos o nietos, la ascensión a las resplandecientes cimas de la prosperidad y la victoria.

Lima, octubre de 1910.

LA HISTORIA EN EL SIGLO XX

RAUL PORRAS BARRENECHEA (1897-1960)

La influencia del discurso de Prado se ejerció seguramente en los principales representativos de la generación de 1908, que encabezó intelectual y políticamente José de la Riva Agüero, y que decidió uno de los más profundos y decisivos movimientos nacionalistas de la cultura peruana. La tendencia radical encarnada en la prédica fustigadora de González Prada y la corriente positivista, habían producido en la generación radical un hondo pesimismo sobre las fuerzas espirituales, y la convicción de que el Perú se hallaba enfermo de lacras morales incurables, en estado de postración o de crisis. Dentro de las directivas científicas de la época se producen dos estudios históricos de tendencia sociológica, inspirados en Spencer y en los sociólogos contemporáneos. Uno de visión general de nuestra evolución histórica, que fue *El Perú Contemporáneo*, de Francisco García Calderón, y otro de Víctor Andrés Belaunde, aplicación de las nuevas teorías y experiencias sociológicas a las instituciones del Imperio Incaico: *El Perú antiguo y los modernos sociólogos*.

Contemporáneo de Prado y colaborador de éste en la Facultad de Letras, fue don Carlos Wiesse, diplomático, internacionalista, sociólogo y geógrafo, pero sobre todo maestro, alejado de las posiciones decorativas y solemnes, y que trató de acercar los resultados de la investigación erudita a la mente de los niños y de los jóvenes, sin alarde y sin retórica, con un noble y sobrio sentido de lo elemental y de lo verdadero que rayaba en ascético.

Wiesse realizó en sus textos escolares el anhelo de una historia pura y objetiva, en la que hablaban principalmente los hechos, y acaso porque sus libros no herían ni ensalzaban a nadie, fueron los libros de todos, libros nacionales por excelencia, por todos aprendidos y leídos, guardados avaramente como textos de consejo e información sobre las cosas patrias, y forjadores constantes de unidad nacional.

Sus dos contribuciones universitarias más notables, fueron *Las Civilizaciones Primitivas del Perú*, docta síntesis de los hallazgos más recientes entonces de arqueología, sociología y etnografía sobre el Perú precolombino e incaico (Lima, 1913), y sus *Apuntes de Historia Crítica para la Epoca Colonial* (Lima, 1909).

Por entonces emprende también su vasta obra histórica, don Nemesio Vargas, tipo de humanista algo huraño y excéntrico, traductor de Shakespeare y autor en sus años maduros de una *Historia del Perú Independiente*, que alcanza a nueve volúmenes. Vargas es desordenado, confuso, pero veraz, original y valiente en sus opiniones.

La renovación trascendental de los estudios históricos conforme a las directivas de la historiografía moderna, correspondió señeramente a José de la Riva Agüero, quien surgió en esta Universidad y en este salón de actos, en 1904, con un estudio fundamental sobre nuestra cultura, presentado como tesis de bachiller, que tituló *Carácter de la Literatura del Perú Independiente*, y que fue la primera historia literaria, completa y cabal, del Perú republicano. En 1910, Riva Agüero optó el grado de doctor con otra tesis igualmente sustantiva y renovadora, que fue *La Historia en el Perú*, primera obra de crítica historiográfica escrita en nuestro medio y que significó una revisión completa de la Historia del Perú.

Después de estas dos obras fundamentales Riva Agüero, que tenía todas las calidades y la preparación humanística de primer orden para escribir la historia general del Perú, se perdió en ensayos fragmentarios de honda erudición y solvencia crítica, pero que le alejaron de su tarea mayor. Estos ensayos fueron coleccionados

en 1937 y 1938, en dos gruesos volúmenes a los que hay que añadir *El Perú Histórico y Artístico*, publicado en Santander en 1921, y una nueva obra capital para la historia del Perú, que fueron sus lecciones sobre la Civilización Incaica, dictadas primitivamente en San Marcos y posteriormente, en su forma definitiva en la Universidad Católica, en 1938. Es también pieza gallardísima de la producción de Riva Agüero, su *Elogio de Garcilaso*, pronunciado en el General de San Marcos, en 1916, y que es la más limpia reivindicación de la veracidad del Inca historiador.

Riva Agüero realizó una verdadera renovación en los estudios históricos, siguiendo los métodos de la historiografía moderna, encarnados en Fustel de Coulanges y en Ranke, de basar la construcción histórica en el estudio estrictamente científico de las fuentes. En la *Historia en el Perú* estudió magistralmente a Garcilaso, a los cronistas conventuales, a Peralta, Mendiburu y Paz Soldán. En este estudio crítico y biográfico, Riva Agüero desplegó su amplia mentalidad de historiador, trazando a propósito de Garcilaso un completo panorama de la historia incaica y la fisonomía general del Imperio; a través de los cronistas conventuales, la vida cortesana y religiosa del siglo XVII; siguiendo paso a paso a Mendiburu en los callejones biográficos de su Diccionario, toda la historia colonial, y bregando contra la frialdad y el rutinarismo de Paz Soldán, un vigoroso análisis de las fuerzas que se debatieron en nuestra primera historia republicana.

Entre los más sustanciales aportes de Riva Agüero, estuvieron sus diversos estudios sobre el Imperio Incaico, a partir del examen crítico de la primera parte de Los Comentarios Reales, hecho en 1910. En sus primeras obras, cuando aun no se habían publicado las Informaciones de Toledo y la crónica de Sarmiento, hallada en 1906, Riva Agüero se inclinó hacia la tesis garcilasista del imperio blando y persuasivo. Pero, en sus escritos posteriores, fue rindiéndose a la evidencia del imperio guerrero y dominador, hasta tildar a Garcilaso de historiador literario y afirmar que su infidelidad no era la de los hechos completos, sino la del colorido y el tono general de su historia, que diluía en plata y azul "lo que en las demás

fuentes históricas brilla con fulgor sombrío y rutilante de rojo y oro". "Los relatos de Garcilaso de la vida de los Incas, dice, no parecen de época bárbara, sino vidas legendarias y monásticas de santos". En su versión final, a pesar de que mantiene sus reservas contra las informaciones toledanas, se apoya en otras fuentes para describir un imperio incaico semejante al de Sarmiento de Gamboa, en el que transcurren con vigor dramático, tiranías sangrientas, sublevaciones, matanzas, usurpaciones, y al final, intrigas de serrallo, corrupción y decadencia cortesanas.

Fue airón de su revisión incanista, su profunda simpatía por el alma quechua, hasta el punto de deponer muchas de sus objeciones contra el sistema opresivo de la libertad individual de los Incas, considerando que la organización autocrática de éstos se adaptaba naturalmente a la dócil raza quechua, a la que definía como dulce, grave, tierna y melancólica. En su obstinada admiración por los quechuas afirmó y sostuvo con habilísima confrontación de textos, testimonios lingüísticos y arqueológicos, y lógica contundente, el quechuismo de los pobladores primitivos del Imperio, contra las apologías aymaristas de Uhle. Fue también el primero en caracterizar los dos claros períodos de la historia incaica, el uno de confederación o liga quechua capitaneada por los Incas, pero con cierta autonomía feudal de los asociados, y el segundo, el verdadero período imperial de la centralización, las conquistas y la unificación cultural.

Una de las más altas calidades de Riva Agüero para ejercer el magisterio histórico, fue su inmensa capacidad receptiva, su inagotable curiosidad, el humanismo ingénito de su inteligencia, que se interesaba por todos los aspectos de la cultura universal y que lo convirtió en un verdadero maestro de historia comparada. El estudio de la civilización incaica sobresale particularmente, por su documentación sobre las formas sociológicas y culturales de los diversos pueblo, y las analogías y comparaciones que hace de la evolución del pueblo incaico y de sus instituciones, con las de otros pueblos primitivos, como los caldeos, los egipcios, los romanos, los chinos y los demás pueblos de América, con pleno dominio de las fuentes más saneadas y de los últimos hallazgos y comprobaciones. "Cono-

cer, dijo alguna vez, resumiendo su técnica histórica, es en el fondo comparar".

La posición adoptada por Riva Agüero en todos sus estudios históricos fue la de un peruanismo integral. No obstante que era dueño de la más profunda erudición y capacidad de discriminación histórica, se declaró partidario, a la vez que de las esencias éticas de la historia, del elemento poético que es necesario en ésta para animar los datos con la fuerza de la intuición evocadora que reconstruye las edades muertas y trata de restaurar las líneas capitales desvaídas de una cultura o de una época. Prefiero, dijo en su "Elogio de Garcilaso", "a los historiadores con alma de poetas que se equivocan y yerran en lo accesorio, pero que salvan y traducen lo esencial".

Por último, fué inspiración cardinal de su obra, su concepción del Perú como un país de sincretismo y de síntesis, en que las regiones físicas se compenetran, en que hay un maridaje constante del mar y de los Andes, y una tendencia histórica a la armonía y a la fusión. Concibió al Perú en toda su obra como a un país mestizo, constituido no sólo por la coexistencia, sino por la fusión de las dos razas esenciales. "Aun los puros blancos, dijo, sin ninguna excepción, tenemos en el Perú una mentalidad de mestizaje derivada del ambiente, de las tradiciones y de nuestra propia y reflexiva voluntad de asimilación".

Durante la primera mitad del siglo XX adquiere individualidad científica y se afirma como rama disidente de la historia pero sirviendo a la reconstrucción del pasado que es la esencia del menester histórico, la ciencia arqueológica, con métodos y técnicas propias. La arqueología que tuvo sus precursores y sus anuncios en la descripción de monumentos de algunos cronistas como Cieza y Garcilaso, en la obra minuciosa de inventariar los objetos idolátricos de los extirpadores de idolatrías, en las clandestinas excavaciones de los huaqueros, aparece, científicamente, las exploraciones y viajes de Squier, Wiener, Reiss y Stübel, y particularmente de Max Uhle, registrador de todo el subsuelo preincaico peruano y articulador de una primera cronología. La orientación arqueológica peruana se

encarna a partir de 1913 en el profesor peruano Julio C. Tello, nacido en la serranía de Huarochirí, educado en Lima y nutrido de antropología y técnica arqueológica en Harvard y en Berlín. En el fervor místico y apasionamiento científico de Tello se funden intempestivamente la unción hierática del *tarpuntae* o sacerdote indio, el ardor descriptivo de los extirpadores de idolatrías, la audacia y la intuición telúrica de los huaqueros violadores de entierros y la técnica científica norteamericana adiestrada en las prácticas industriales primitivas y los secretos estratigráficos. Tello renovó fundamentalmente la concepción de los tiempos prehistóricos, el origen y la cronología de las culturas con vivo sentimiento nativista e intuición científica. Registró el Perú, longitudinal y latitudinalmente en la costa, la sierra y el declive amazónico estableciendo nuevas hipótesis sobre la marcha de las corrientes culturales. En continuas y jadeantes expediciones, en espectaculares hallazgos, descubre centros arqueológicos fundamentales como Paracas, Nepeña, Sechín, restos de acueductos en Cajamarca, ruinas megalíticas en Chachapoyas, los yacimientos del Urubamba y del Mantaro o del Callejón de Huaylas y redescubre Chavín. Con estos elementos revisa sucesivamente el horizonte pre-histórico peruano en sus libros *Introducción a la historia del Perú*; *Antiguo Perú* y *Origen y desarrollo de las civilizaciones prehistóricas andinas*, publicado en 1942, cinco años antes de su muerte, en que asienta sus convicciones sobre la cronología de las distintas culturas primitivas y afirma con la mayor antigüedad del estrato Chavín, el origen florestal de la cultura peruana, confirmado por la lingüística y los mitos. Tello fundó a lo largo de su vida los mejores museos arqueológicos que ha tenido el Perú; legó a la Universidad sus ingentes libretas de apuntes de excavaciones y libros póstumos decisivos sobre Chavín y Paracas, y ha creado él solo, con su tesón titánico, la Arqueología científica peruana. Es junto con Riva Agüero, su amigo y correligionario político juvenil, uno de los penates tutelares de la investigación histórica y de la Universidad de San Marcos.

El recorrido hecho a través de estas figuras representativas, a pesar de lo extenso de esta conferencia, no ha sido suficiente sino para reflejar los principales momentos de nuestra evolución histó-

rica, excluyendo el examen de los esfuerzos hechos en las ciencias conexas a la historia y la contribución reciente de nuestros más logrados historiadores.

La primera observación que ofrece nuestro panorama histórico es la riqueza del pasado peruano y, en contraposición, la penuria de la investigación y la carencia de obras de síntesis que abarquen el contenido de nuestra historia. No hay una sola historia general del Perú que comprenda las tres grandes épocas de nuestro pasado con una visión panorámica. El sino histórico peruano parece ser, desde los tiempos pre-hispánicos, la falta de una fuerte cohesión y el fragmentarismo. La historia incaica, no obstante su carácter estatal y la uniformidad de su espíritu laudatorio, es una parcial historia de ayllus, muchas veces contradictoria y sin trabazón externa, y en la que se adjudican los mismos hechos a diversos Incas. La historia colonial inmediata, como también el cuadro fragmentado de los anales, los diarios y las misceláneas de hechos curiosos, se detuvo ante la gran historia, como en el caso de Peralta, sin alcanzar una plena realización. El mismo genial defecto ofrecen el *Diccionario Histórico-Biográfico* y las *Tradiciones Peruanas*. El Diccionario es un monumento hecho con el método de la albañilería incaica, de pequeños adobes que integran al cabo, por superposición paciente y monótona, una considerable fábrica. Las Tradiciones utilizan el método de pequeños dibujos coloridos que sugiere la comparación con la técnica de los pintores de azulejos. En otras expresiones de la historia predomina el gusto por el ensayo, la biografía o la monografía intensiva. La persistencia de estas formas, salvo algunos casos de voluntad tesonera y espíritu generalizador, revela inconstancia, falta de espíritu filosófico o acaso un irónico escepticismo para el querer colectivo.

Riva Agüero, Vargas Ugarte, Lohmann y Tauro, analizadores de nuestra producción historiográfica, reconocen la escasez de ella en comparación con la de otros países americanos de menos historia que el Perú, el que ha atraído en cambio a investigadores extranjeros que han plasmado el estudio de diversas épocas en obras definitivas, como Markham y Baudin sobre los Incas, Prescott sobre la

conquista, y los historiadores chilenos y argentinos Vicuña Mackenna, Bulnes y Mitre sobre nuestra Emancipación. A este resultado conduce también la divulgación de la leyenda de la riqueza y la opulencia del Perú, y nuestra posición en América, de país de encrucijada y con destino centralizador de núcleo. A la diversidad y fraccionamiento de su territorio y a la confluencia en él de todas las vías de comunicación del continente, se ha debido la convergencia de las inmigraciones pre-hispánicas del sur y del centro, y los préstamos culturales que culminaron en el aglutinamiento de tribus de la confederación incaica y en el nacimiento de la vocación continental del Perú. Esta misión de coordinación la cumplió el Perú en diversas épocas, venciendo su propia incomunicación y abrupta separación dentro de su mismo territorio; y Lima se convirtió durante el Virreinato en la capital política y cultural de América, y en la época de la Emancipación, en nudo de las corrientes libertadoras que acudieron a su seno, desde el norte y el sur, para ganar la batalla continental y decisiva en el campo fraterno de Ayacucho. Todo esto influyó espiritualmente sobre el peruano, configurando su sicología, en la que la hospitalidad para el extranjero y la sensibilidad para los ajenos dolores e injusticias, fue impulso tradicional, abierto y generoso. Ello explica la intervención constante de los historiadores de otros países americanos en nuestra historia y la anotación de Riva Agüero de que, particularmente en lo que se refiere a la historia de la Emancipación, tenemos en el Perú la tendencia a aceptar la imposición del criterio forastero.

Cabe destacar que por obra de este fragmentarismo y abandono de nuestra historia en manos amigas aunque extrañas, y por falta de investigación sistemática, a pesar de la contribución orgánica que representan las obras recientes de Basadre, Valcárcel y Vargas Ugarte, hay períodos de nuestra historia que yacen abandonados, huérfanos de investigación y de una interpretación peruana indispensable, como son los de la Conquista, el siglo XVIII y la Emancipación. En lo relativo a la Conquista, la Historia de Prescott, a pesar de haber cumplido cien años y de los hallazgos documentales decisivos de crónicas e informaciones, constituye todavía la última palabra, y

en la historia de la Independencia, prevalecen las interpreticiones de Mitre, O'Leary y Bulnes.

La investigación histórica en el Perú tiene por esto todavía ardua tarea delante de sí. Urge desenterrar las fuentes abandonadas u ocultas, y discriminar científicamente su verosimilitud, autenticidad e importancia. No debe perderse de vista el apotegma histórico de que sin documentos no hay historia y, sin esclarecimiento de los hechos, no caben interpretaciones ni síntesis. Para esto es necesario ascendrar la preparación eurística y bibliográfica de nuestros estudiosos, y vencer la propensión a la inexactitud, vaguedad o descuido de las referencias, las trasgresiones ortográficas e interpretativas, el vicio, en buena cuenta, de la improvisación y la ligereza, que en la historia británica lleva el nombre de froudismo, por el gran historiador Froude, maestro de todos los trasgresores e improvisadores criollos de nuestra incipiente historiografía. Pero la labor cardinal es la de unificar el criterio de nuestros historiadores en la interpretación del pasado peruano, haciendo desaparecer de ella todas las tendencias disociadoras que impliquen parcialidad o exclusivismo, con un amplio sentido de comprensión y de tolerancia, de aceptación de todos los legados anímicos y culturales de nuestra historia, sin prevenciones ni resentimientos, sin espíritu cantonal, con ese sentido unitario que preside toda la historia del Perú desde la época incaica, en que los dioses de los pueblos vencidos eran incorporados y venerados en el Templo del Sol, en el Cuzco, o en el de la época hispánica, en que la voz cristiana de los teólogos de Salamanca pregonó el derecho de gentes y la igualdad de todos los hombres y naciones, y con el sentido continental de nuestra vida republicana, ansiosa de solidaridad y de armonía. Entonces se verá que todo el proceso de la Historia del Perú, disgregado por la greografía y diversificado por las disímiles irrupciones etnográficas, no es sino una dramática y angustiosa lucha del Espíritu contra la Naturaleza, en un incesante afán de fusión y de síntesis. La historia debiera desarrollarse, dentro de ese cauce tradicional, lejos de toda tendencia laudatoria circunstancial, con un hondo sentido humano, para ser, según el deseo de los filósofos, a la vez que una hazaña de la libertad, una de las formas más nobles de la simpatía humana.

"INTRODUCCION" A LA ETNOHISTORIA DEL PERU ANTIGUO

LUIS E. VALCARCEL (1893)

Los cursos de Historia del Perú de la época precolombina que se han dictado en la Educación Secundaria, y aun algunos de los que se dictan en la Universidad, se han reducido a dar a conocer lo poco que se sabía acerca de la biografía de los Incas, de sus hechos y obras más importantes, conquistas, guerras, etc.; de tal modo que solamente hacían una Historia Política, cuyo tema principal era la vida de los jefes de Estado. En cambio, este curso trata de mostrarnos, en aspectos generales, la forma como vivieron los antiguos peruanos, y el grado de cultura que alcanzaron hasta la llegada de los españoles.

Hay cursos que se dictan en esta Facultad, en los que se enseña la historia antigua del Perú a través, exclusivamente, de lo que han dejado escrito los cronistas españoles de los siglos XVI, XVII y XVIII. En otro curso, como el de Arqueología del Perú, se estudia lo que los arqueólogos —excavadores o buscadores de cosas antiguas— nos han presentado como testimonios materiales de lo que hicieron los antiguos peruanos; es decir, los objetos que fabricaron: cerámica, tejidos, metales, objetos de madera, etc., indicando los lugares y la profundidad en que fueron hallados y, en general, todos los datos relativos a la identificación y ubicación de los objetos en el tiempo y en el espacio.

Para el desarrollo de nuestro curso, tomaremos de los dos últimos mucho de sus materiales. En efecto, nos vamos a basar en las noticias, en gran parte aprovechables, de los historiadores españoles, sobre todo de los del siglo XVI y primera mitad del XVII; y también vamos a utilizar los conocimientos adquiridos por los arqueólogos, como resultado de sus exploraciones. Pero nosotros iremos más lejos que ellos, porque trataremos de reconstituir la vida de los pobladores del Perú Precolombino, y para lograrlo necesitamos sumar un gran número de datos que comprendan todas las manifestaciones de la vida individual y social. De este modo, al estudiar el conjunto de la existencia de un pueblo, es decir, sus manifestaciones en los órdenes económico, político, religioso, jurídico, técnico, artístico, moral, etc., estamos haciendo lo que se llama una investigación cultural, una investigación etnológica. Nuestro método es en gran parte etnohistórico porque realiza un estudio histórico integral de la Cultura, entendiendo por Cultura toda la suma de creaciones realizadas por el hombre, todo lo que caracteriza a una comunidad: su modo de vida. (Toda la suma de actividades a las que se entregaron el hombre y la sociedad antigua del Perú). Cuando logremos captar el modo de ser y de existir de esa gente, estaremos en la posibilidad de esbozar cómo fue la Cultura de los antiguos peruanos. Por eso, éste es un curso de Historia de la Cultura (no uno de Historia Narrativa de los hechos de los Incas); un curso de interpretación y valorización de los datos que se reúnen a través de las fuentes de la Historia (Arqueología, Lingüística, etc.). El verdadero nombre debería ser Historia de la Cultura Antigua del Perú; pero hemos seguido manteniendo el nombre ya tradicional de este curso, desde muchos años: Historia del Perú - Incas. Esta última denominación es muy restringida, porque según ella, sólo deberíamos ocuparnos de los últimos quinientos años de la vida del Perú precolombino, o sea, del período ocupado por el Imperio Incaico, que es la última fase de la Cultura de los antiguos peruanos. Sin embargo nos ocuparemos, asimismo, de los rasgos culturales que sobresalieron antes del advenimiento del Imperio: los arqueólogos calculan la existencia del Perú como entidad de cultura superior en no menos de cuatro mil años. De modo que es Historia del Perú

Antiguo, a través de cuatro mil años. (Por su índole debería llamarse Etno-historia del Perú Antiguo).

Procedamos a examinar el programa: se divide en dos partes. La primera comprende la Introducción y la segunda el cuerpo mismo de nuestro estudio etnohistórico del Perú Antiguo. En la primera, dedicaremos cinco lecciones a los siguientes temas: 1 Método y Criterios. Es decir, qué procedimientos seguiremos para llegar al conocimiento del Perú Antiguo desde el punto de vista cultural. Son muchos y muy variados los métodos que pueden seguirse; en esta lección indicaremos cuál es el que preferimos. Además, trataremos de los criterios. Criterio, es un estudio histórico, es cierta disposición o preparación teórica que debemos tener para enfocar esta serie de acontecimientos, hechos o manifestaciones de la Cultura, porque no vamos a hacer un simple inventario, recogiendo todos los datos y acumulándolos, tenemos que llevar alguna idea previa, alguna teoría o hipótesis. Los criterios son también múltiples, según las escuelas filosóficas, sociológicas o históricas. Pongamos por ejemplo la llamada Escuela Evolucionista, según la cual todos los procesos humanos siguen una línea que no se interrumpe, que va de lo simple a lo complejo, de lo homogéneo a lo heterogéneo. Siguiendo esta línea de evolución tendríamos que ver cómo el Perú Antiguo comienza en una forma muy sencilla para llegar a una etapa muy desarrollada, complicada y rica. O, según el criterio de la Escuela Histórico-Cultural, que indica cómo cada círculo de cultura tiene sus limitaciones, que no puede seguir más allá, y que la Humanidad —a diferencia de lo que dicen los evolucionistas— no sigue un mismo camino. Todos los seres humanos agrupados en América, Europa, Africa, Oceanía y Asia, no han seguido la misma ruta de una manera sincrónica, porque la realidad nos demuestra que no es así. Vemos grupos humanos que han alcanzado un desarrollo muy grande, por ejemplo los ingleses, en cambio los australianos no han obtenido el mismo adelanto. No existe una evolución sincrónica del género humano sino una evolución desigual. Basados en esta idea, los sostenedores de la escuela Histórico-Cultural dicen que los grupos humanos históricos han seguido distintos caminos.

En la siguiente lección nos vamos a ocupar de las Fuentes, es decir, de los documentos de donde extraemos los hechos que nos sirven para hacer la Historia. Sobre todo, tratándose de una Historia como la nuestra que se remonta a cuatro mil años, los cuales presentan para el conocimiento dificultades muy considerables, porque no hemos descifrado hasta hoy ninguna inscripción. No tuvieron escritura, o por lo menos no sabemos leerla. Carecemos, pues, de una fuente principal de la Historia, gracias a la cual puede conocerse con bastante detalle cómo se desenvolvió la vida de los pueblos hace dos, tres o cuatro mil años. En el Perú no hay fuente documental de origen precolombino, pero tenemos otra fuente documental que corresponde al siglo XVI. Cuando llegan los españoles y, entre otras cosas, traen la escritura, todo lo que ellos dejan escrito a partir de 1532 constituye para nosotros una rica fuente documental, que se refiere a lo que los españoles vieron: descripción de cómo encuentran el Imperio. Entre ellos comienzan a averiguar —sobre todo los sacerdotes— las particularidades de este pueblo respecto a sus sistemas y creencias, todo lo que es la materia histórica y etnológica. En esta misma lección trataremos de otras fuentes, como la Arqueología o sea los testimonios materiales, cosas que nos han quedado de aquel tiempo, ruinas de edificios, ciudades, templos, caminos, palacios, etc.; luego los objetos reunidos y clasificados en nuestros museos, que han salido en su mayor parte de las excavaciones, son testimonios vivos, materiales, que podemos examinar y analizar por medio de los procedimientos modernos; por ejemplo, empleando el análisis químico para saber qué tintes usaron en sus telas, calidad de la arcilla de su cerámica, para saber de qué manera manipulaban los metales (aleaciones, etc.). Todo eso podemos hacer perfectamente con los restos que han quedado en magníficas condiciones, sobre todo en la Costa, donde hasta lo más perecedero o deleznable como es el tejido, se conserva intacto. Esto, en cierta manera, nos compensa de la falta de documentos, porque estas cosas que ha hecho el hombre desde hace cuatro mil años, las palpamos actualmente. Luego tenemos la fuente lingüística que es también muy importante, porque a través del idioma podemos conocer el fondo psicológico de un pueblo, su modo de pensar y sentir, en

general su modo de expresarse. En el idioma se conservan las ideas políticas, creencias religiosas, conocimientos científicos, procedimientos económicos, etc. En el Perú tenemos felizmente varios idiomas que son los mismos que hablaron los antiguos peruanos: el quechua es todavía una lengua viva puesto que se habla por más de tres millones de personas; el aymara igualmente se habla por otros miles y hay además otras lenguas que aún no han desaparecido. El estudio de las lenguas nos proporciona, pues, datos para conocer la Historia Antigua del Perú.

La fuente etnológica proporciona los elementos vivos de la cultura que se estudia. La crecida población indígena del Perú continúa ligada al acervo de la cultura precolombina. Numerosas supervivencias constituyen un material precioso para reconstituir la vida de los pueblos del Perú, en la Epoca Antigua. Otra fuente está constituída por los restos humanos, los de animales y de plantas que el arqueólogo descubre en el subsuelo y que corresponden a la Antigüedad del Perú.

La tercera lección nos servirá para colocar la Historia del Perú, es decir los hechos culturales que nos interesa estudiar, en relación con el tiempo (Cronología) y con el espacio (Geografía). Veremos cómo se divide la Historia del Perú Antiguo en épocas y períodos, sirviéndonos para esta división cronológica principalmente los datos proporcionados por la Arqueología. Gracias a esta fuente, sabemos la antigüedad mayor o menor de las cosas que se recogen y se clasifican en nuestros museos no solamente a base de sus estilos, pues existen algunas sumamente antiguas, que hay que ponerlas al comienzo de la Cronología. Hay cosas que aparecen antes de la agricultura y otras después; algunas aparecen en correspondencia con la Era Cristiana, como pertenecientes a sus primeros años, y otras más recientes en el tiempo de los Incas. De manera que se puede formar una serie cronológica, la que hasta hace poco era un tanto vaga; los cálculos que fluctuaban entre mil y dos mil años, era algo impreciso; pero ahora la Arqueología recibe una gran ayuda con la aplicación de la energía atómica para usos pacíficos. Hay un cuerpo que se llama el Carbono 14 con el cual se puede medir la antigüe-

dad de los objetos de origen orgánico, lo que procede de los animales o vegetales, fibras (tejidos), huesos, etc. Se puede señalar la antigüedad de las cosas con un margen de error de 200 años. Esto permite mayor seguridad para establecer una verdadera cronología del Perú Antiguo; pueden fijarse ya fechas, lo cual era muy aventurado antes de estos últimos años.

En esta misma lección estudiaremos también las áreas geográficas, es decir los espacios ocupados por los distintos grupos humanos en la Costa, Sierra y Selva. Veremos cómo ciertas culturas que comienzan ocupando un pequeño espacio se van extendiendo cada vez más, hasta englobar dentro de su gran área a todo el Perú actual y mucho más. El Imperio Incaico comprendió gran parte de seis repúblicas actuales, (Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia, Chile y Argentina).

En la cuarta lección nos ocuparemos del origen de la Cultura Peruana Antigua. Todo lo relativo a los orígenes de las cosas es fabuloso, muy difícil de precisar, por eso siempre, tratando de explicarlo, nos encontramos con el mito o sea con una creación de la fantasía. Por ejemplo, al averiguar el origen de la época incaica nos encontramos con el mito de Manco Capac y Mama Ocllo, con el de los Hermanos Ayar, etc. Mucho más difícil es hallar una explicación del origen más remoto de la cultura del Perú; para estudiarlo tenemos que formular hipótesis: una de ellas es que la Cultura del Perú Antiguo no fue propia, sino que había venido ya formada de fuera; hay quienes han sostenido que era derivación de la Cultura China o de la Japonesa o de la Maya. Todas estas hipótesis han caído por su base; según los estudios realizados en estos últimos veinte años ya se puede sostener, y está perfectamente comprobado, que no ha venido de fuera, que no ha habido vinculaciones con las grandes culturas asiáticas. Si el hombre americano no es autóctono, la cultura sí lo es. El hombre americano vino de Asia, pero en un estado de cultura muy incipiente, que puede identificarse con lo que los arqueólogos llaman el Paleolítico Superior: no conocía la agricultura, ni los metales. En esa condición llegaron, de tal manera que el gran desarrollo cultural, hasta alcanzar el grado superior,

es un fruto propiamente peruano. Ahora ya no se trata de averiguar de dónde se ha importado nuestra cultura, sino cómo se ha producido en nuestro medio una cultura perfectamente desarrollada, cuáles son sus antecedentes.

En cuanto a la Unidad, vamos a demostrar cómo a pesar de que el Perú, desde el punto de vista demográfico ofrece una población sumamente dispersa, ya que son miles los grupos humanos esparcidos por todo este territorio y separados entre sí por obstáculos naturales tan poderosos como los desiertos, las montañas o los ríos, cómo viviendo separadas estas gentes alcanzan un momento en que se producen fusiones que nos revelan una unidad. Se puede hablar entonces de una Cultura Antigua del Perú, ya no de miles de grupos culturales más o menos aislados.

En la quinta proposición presentamos al Perú observado desde fuera: qué papel desempeña en el mundo antiguo. Sus relaciones primeras tienen que ser con los países más próximos de este hemisferio. Veremos cómo el Perú es el país más altamente desarrollado en América del Sur; veremos cómo no entra en contacto cultural con la gran cultura del norte, Mexicano-centroamericana (Mesoamérica) sino que se establece una relación indirecta. Es, pues, un ejemplo extraordinario el del Perú Antiguo, como lo es el de México: haber alcanzado un grado tan alto de cultura, comparable al de las grandes civilizaciones del mundo antiguo, sin haber tenido contacto con otros pueblos. Todo lo contrario de lo que ocurrió en Europa y Asia, en que las distintas culturas entran en activa comunicación y contacto. Hemos estado completamente aislados, en un extremo del mundo; nos hemos nutrido de nuestra propia sustancia; todo lo que se ha descubierto y conocido se ha creado aquí, exclusivamente por nosotros, sin que nadie nos haya ayudado desde fuera.

En la segunda parte de nuestro curso, Etnohistoria del Perú, ya estamos en pleno terreno etnológico: la Etnología en función histórica. La Etnología —Ciencia de la Cultura— estudia las creaciones humanas, modo de vivir de las gentes, estilos de vida de los pueblos. Pero tiene que hacer su estudio en una forma sistemática,

porque, es tanto lo que el hombre ha creado, tan compleja es su vida, que es preciso establecer algún orden. Tratamos, pues, de establecer ese orden al clasificar los hechos culturales.

El cuadro que presentamos es el siguiente:

1º Economía	7º Religión
2º Política	8º Magia
3º Derecho	9º Mito
4º Moral	10º Juego
5º Técnica	11º Arte
6º Ciencia	12º Filosofía.

Pero sucede con los fenómenos culturales lo mismo que con los psicológicos: no hay ninguno que sea puro, es decir fenómeno exclusivamente religioso o exclusivamente económico. Pero siempre hay algún aspecto predominante y ese es el que nomina al fenómeno.

Con los órdenes de actividad cultural tenemos que correlacionar los instrumentos de la cultura que son el Lenguaje y la Educación. Sin ellos, no habría sido posible ni la existencia de la cultura ni su trasmisión a través del tiempo y del espacio. Como vehículos insustituibles, Educación y Lenguaje se orientan y se caracterizan sustancialmente según la cultura a la que sirven. De ahí que el estudio lingüístico del Perú Antiguo nos ofrezca un camino valioso para llegar al conocimiento de su cultura y su sistema educativo nos explica su propia organización, estructura y funcionamiento. Por último, la Organización Social nos da la clave de la constitución de la familia y de los grupos humanos en sus distintas dimensiones y éstos son, al mismo tiempo, sustentación y producto de la dinámica cultural.

El penúltimo tema a tratar se referirá al Ciclo Vital del Hombre Peruano Antiguo, es decir, cómo imaginamos el paso del hombre por el camino que va desde que nace hasta que muere. A través de nuestro curso se contará con elementos suficientes para tener una concepción de él, de lo que era la vida en esos tiempos pretéritos,

se podrá reconstruir la vida del hombre común y se podrá, asimismo, compararla con la del hombre común actual.

La última proposición del curso tratará de lo que hemos llamado el Ethos de la Cultura Antigua del Perú, o sea del espíritu y carácter que constituyen la esencia de esa cultura. Aquello que tipifica la Alta Cultura o Sociedad Andina, y que hace de ella ejemplo de un logro para vivir en comunidad en un lugar y tiempo determinados.

¿Y AMERICA LATINA? ¿Y EL PERU?

JORGE BASADRE (1903 - 1981)

Identificadas por algunos de manera total con el Tercer Mundo —lo cual es un error— las repúblicas latinoamericanas coinciden con él en su situación como exportadores de materias primas. Hállanse, unas más y otras mucho menos, en vías de penoso desarrollo. Con aquellas zonas lejanas tienen o pueden tener comunes o similares intereses. Pero su ligamen con la cultura occidental que se remonta hasta el siglo XVI les otorga una situación especial y no necesitan identificarse de un modo absoluto con ellas que, además, oscilan entre influencias que les son propias.

Los esfuerzos de integración de nuestras repúblicas apenas si están en sus inicios y se hacen de arriba para abajo y no de abajo para arriba, es decir, no de la raíz a la cúpula. El Pacto Andino ha realizado el milagro de perdurar y de afirmarse aunque en su marcha en zigzag haya cometido errores y omisiones, aparte de que está teñido de burocratismo y no se haya identificado con la emoción popular. Otros acuerdos análogos pueden y deben complementarlo, a lo largo y a lo ancho del continente aprovechando la experiencia obtenida, incluso un Pacto Amazónico exento de connotaciones hegemónicas. Convendría trazar pronto el esquema de un pacto de auténtica integración del Cono Sur del Pacífico dentro del que tenga cabida la justísima aspiración portuaria de Bolivia sin los peligros que el corredor al norte de Arica entraña.

No debe ser olvidado el agorero anuncio hecho por Helio Juagaribe de que al futuro latinoamericano asechan el peligro de caer en la condición satelizante de alguna superpotencia que no nos daría sino lo que a ella conviniera; o el de convulsionarse en una sangrienta revolución social que sería larga con resultados imprevisibles. Esperamos que haya un margen de tiempo para abordar o comenzar a abordar a fondo nuestros problemas y nuestras posibilidades en estas tierras donde se desaprovecharon tantas ocasiones propicias y donde se han perdido tantos años.

Quizá ocurra que asuman el mando de este país algunos políticos ante cuyo criterio lo importante sea volver las cosas tal como estuvieron en el pasado; o tratar de vivir como en los tiempos de Serapio Calderón; o embriagarse con el toma y daca alucinante y estéril de la vieja política. Cuanto se dice aquí enseguida intenta afirmar que, en el caso de que procedieran así, estarán muy equivocados. Las presentes reflexiones se hallan muy lejos de llevar consigo el programa de un partido político; se limitan a sintetizar las observaciones que podría hacer alguna entidad como el Club de Roma, el Instituto Tecnológico de Massachussets o la Fundación Bariloche. Señalan metas, aunque aceptan que no todas podrán ser superadas de inmediato porque la política es el arte de lo posible.

No niegan, por cierto, la inminencia de los conflictos en cualquier proceso de cambio social y aceptan la imposibilidad de evitar que él ocurra en una forma irracional. Jamás olvidemos que Ralph Dahrendorf parece anunciar que el conflicto estará permanentemente entre nosotros y aún que constituye un elemento de progreso, si se le acepta o se le comprende con inteligencia y sin temor. Quienes para evitar el conflicto, optan beatíficamente por esperar, acaso con la esperanza de que se redondee primero el equilibrio financiero, a lo mejor descubrirán que cuando quieran, por fin, movililizarse, será ya demasiado tarde.

El desarrollo económico auténtico implica la ampliación de bienes y servicios pero no es sólo eso. Queda definido mejor en términos que eleven los niveles de subsistencia, dignidad y libertad humanas y combatan la pobreza, el desempleo y la desigualdad.

Dicho desarrollo no podrá efectuarse a fondo sin que cambien por una parte la posición del mando que no debe ser entregado a mentes convencionales, y, de otro lado, sin que cambie asimismo la distribución del ingreso nacional. La lucha contra el subdesarrollo implica el planteamiento coordinado de una serie de problemas con miras a tratar de abordarlos gradual, coherente y sistemáticamente. Se trata de una brega que ha de implicar un proceso constante y cuidadoso de inversiones y el sano aumento de los ingresos en la formación de un capital no usuario; y una política económica y financiera al servicio de los más para sobrepasar la barrera limitativa del estancamiento, de la regresión y también del despilfarro. Se trata pues de llegar a una planificación auténtica de tipo democrático, gradualista y experimental en el avance hacia el futuro, con soluciones de corto, mediano y largo plazo que tiendan al aumento de la productividad y al alza del nivel de vida, defiendan al mismo tiempo derechos humanos esenciales y busquen, sin mengua de ellos, la justicia social.

No se trata de repetir ciegamente los errores que se haya podido cometer con buena fe o sin ella, en las décadas de los 60 y de los 70 ni negar tampoco sus aciertos. Pero las experiencias aleccionadoras de la historia tomadas en conjunto y las necesidades exigentes de la época que viene hacen perentorio tomar en cuenta con sentido lúcido los siguientes hechos:

—El crecimiento de población continúa en cifras absolutas.

—Es preciso que la brecha entre ricos y pobres no se siga ensanchando. En general, hasta ahora, el desarrollo ha sido bastante asistemático y ha redundado más de una vez en una continua expansión del círculo vicioso de la pobreza.

—Hay zonas con progreso notable en la agricultura, pero, en otras, la reforma agraria, con todas sus ventajas, no ha borrado el atraso por falta de ayuda técnica o de orientación adecuada a los campesinos y a las entidades que los representan; o por limitación en las inversiones de capital; o por deficiencias en la investigación, experimentación o mecanización; o por errores y excesos burocráti-

cos, o por ausencia o desorientación en la educación rural; o por primitivismo en el mercado; o por la inutilidad e inconveniencia de intermediarios parásitos entre productores y consumidores. Son numerosos los trabajadores rurales todavía desposeídos, hambrientos, ignorantes o manipulados. Por eso es válida la reafirmación fundamental de que la reforma agraria debe beneficiar auténticamente al campesino pequeño y pobre y librarlo de la explotación, la discriminación y la servidumbre. En muchos casos el resultado debe ser el funciona miento sano de sistemas cooperativos o colectivos o de parcelas familiares agrupados en comités que organicen los cultivos, sin unilateralismos dogmáticos y sin opresión centralista, con una regulación cuidadosa a cargo del Estado y con estímulos para el florecimiento de periódicos mercados de nivel local o regional.

—No conviene olvidar nunca que la base imprescindible del desarrollo auténtico está en el progreso de la agricultura. El otro pre-requisito es el avance de la industrialización. Ella debe orientarse de acuerdo con las actitudes, las necesidades y hasta los antecedentes culturales del pueblo. Requiere juiciosa importación de capital y empréstitos e inversiones desde afuera con un sentido constructivo de conveniencia nacional y, a la vez, una actitud indeclinable de defensa del interés nacional en el presente y en el futuro ante la voracidad foránea o criolla. Hay que abandonar y condenar acerbamente los proyectos suntuarios u ornamentales simbolizados por enormes edificios y costosos monumentos. Las industrias existentes no han absorbido ni las corrientes de mano de obra no preparada que fluye del campo a la ciudad y que deben merecer atención cuidadosa y tratamientos especiales y prácticos incluyendo quizás ensayos limitados de autogobierno en los pueblos jóvenes, ni los saldos de población escolar no aceptada en las universidades cuyo futuro no conviene entregar a elementos impuros. Son muy aconsejables las tecnologías en pequeña escala que requieran intensa mano de obra local a fin de abrir nuevos empleos; y también los estímulos incesantes a la capacidad de trabajo con premios materiales y morales a los empresarios, técnicos, empleados y obreros que en la industria descuellen, con atención a sus justas necesidades y planteamien-

tos. Insistimos cuando y donde sea posible en los programas que los pueblos mismos lleven a cabo, dentro de una movilización coincidente con la estrategia del desarrollo y con el apoyo técnico y material que corresponda.

—La perspectiva futura para las exportaciones no está clara por los cambios en las demandas del exterior, la competencia de otras áreas mundiales subdesarrolladas y la política comercial de las naciones industriales que aún no se ponen al servicio de los intereses de la humanidad, ya que tres cuartas partes de los recursos mundiales son aprovechados únicamente por el 30% de la población en todo el globo. No lo olvidemos en ningún momento.

—Los programas de alfabetización, educación básica y primaria y vivienda no guardan un ritmo proporcional con el incremento de la población. Las reformas generalmente desorientadas y discontinuas en el ramo de la educación no se han hecho previo un inventario minucioso de la realidad para, desde una base concreta, abordar escalonadamente las necesidades del presente en función del porvenir. Existe un alejamiento nocivo entre las esperanzas, las demandas y las aspiraciones de las generaciones jóvenes y quienes deben encauzarlas y ayudarlas en lo que sea dable. Falta una atención metódica hacia el modelo que los maestros ofrecen a sus educandos. La enseñanza de la historia es sumamente defectuosa y no está en armonía con las esencias del país.

—A pesar de algunos avances en determinados sectores de la administración pública, debido a la abnegación de funcionarios que muchas veces, a través del propio sacrificio, lograron convertirse en expertos en sus campos respectivos, la estructura del Estado continúa siendo, por lo general, empírica, lo cual quiere decir que hay exceso en los trámites inútiles, duplicaciones innecesarias de tareas, pereza o desapego ante la obligación de abordar o solucionar situaciones que pueden tener urgencia, facilidades para las pequeñas o grandes "coimas".

—El sistema tributario necesita ser perfeccionado, orientándose a que las clases más afortunadas participen efectivamente en las

tareas del desarrollo nacional y no usen las vías de la deserción o de la evasión ante los impuestos razonables; en cambio, el peso de las contribuciones debe ser ligero para las clases menos favorecidas. Aunque la ortodoxia de la ciencia hacendaria repudia el llamado *earmarked tax*, o sea el tributo dedicado a una aplicación específica, situaciones de emergencia pueden hacerlo, de hecho, aplicable para fines de interés nacional.

—No es por ahora suficiente el número de personas debidamente preparadas en asuntos específicos conectados con los problemas de nuestros países en una escala local, regional, nacional, subcontinental y continental. Necesitamos, por eso, mucha gente especializada en el país y en el extranjero para ir al ordenamiento administrativo, la preparación y ejecución de presupuestos fiscales y la tributación, o sea para ir a un verdadero estado tecnocrático. Necesitamos, además, mentes y espíritus modernos y abiertos en las industrias, el comercio, el desarrollo económico, la investigación sociológica y otras especialidades similares. Alcances saludables tendrá el esfuerzo para buscar el crecimiento de grupos dinámicos de empresarios (*entrepreneurs*), pequeños y medianos hombres de negocios, cooperativistas, campesinos prósperos, obreros capacitados, sindicatos lúcidos, profesionales con mentalidad constructiva y progresista. Como dice el informe Río al Club de Roma (1976), no importa cuánto se produce sino qué es lo que se produce y cómo se distribuye.

—Conviene elevar y ahondar el concepto de participación que remplaza a la antigua idea del consenso. Un gobierno que no afronta la crítica responsable, no encarna necesariamente la voluntad o el apoyo de los ciudadanos. El monopolio malicioso de las informaciones, la estatización rígida de las comunicaciones, la multiplicación innecesaria de las instancias intermedias, implican una negación de la participación, como resultado del hecho de que un grupo único se sustrae al control de la opinión pública. Participación supone tratar públicamente las cosas públicas, si se quiere evitar la corrupción del cuerpo social, dentro del que conviene el fomento de iniciativas para desarrollar formas múltiples de convivencia crítica orien-

tadas hacia el futuro, sin facilidades ciegas para quienes pretenden derribar violentamente el sistema.

La ausencia de participación implica, de hecho, una organización que un demócrata moderno llamaría viciosa. Que se trate de una empresa de producción o de la vida interna en un sindicato o de un partido político, el fracaso o el simulacro en la participación originan una injusticia que debe ser evitada o reparada.

Todos los sistemas totalitarios pretenden ignorar los conflictos internos y procuran generalmente imponer a las actividades sociales un denominador común. La democracia auténtica se caracteriza, por el contrario, por sus intentos de afrontar sanamente la heterogeneidad de los valores y de los comportamientos; y es posible que los conflictos mismos dentro de ella se conviertan en un motivo de crecimiento si, igualmente con un sentido democrático, el sistema demuestra que es capaz de desarrollarse y defenderse.

—No sólo hay que izar las banderas de la lucha contra el analfabetismo y la injusticia social y económica, así como por la tecnificación del aparato estatal, sino también denunciar con entereza y claridad la corrupción de los malos funcionarios públicos, cualquiera que sea su nivel, así como la incompetencia excesiva de las burocracias de las empresas estatales y otros organismos. La pelea contra el delito de enriquecimiento ilícito requiere que aparezca al servicio de ella una legislación rápida y de ejemplar eficacia, comisiones permanentes de investigación, facilidades para la legítima denuncia popular, aplicación de un sistema de jurados respetables que emitan fallos de conciencia con sanciones para la difamación.

—A estas alturas del siglo XX, ya no es posible cerrar los ojos ante el hecho de que el estado ha adquirido una importancia que los pensadores liberales del siglo XIX ni vislumbraron. Y el estado no puede ni debe seguir siendo un conjunto de oficinas retardatarias como lo fue antaño, un botín de políticos audaces, un refugio para quienes no hallaron cabida en las luchas de la vida social, o un instrumento fácil para el sucio juego de intereses privados. El estado debe ser por ahora, y lo será por algún tiempo, un conjunto dinámico de organismos reguladores e impulsores de la vida colec-

tiva. Es menester, además, que el estado se controle y se limite a sí mismo y que deje un margen de libertad fructífera no sólo en el plano individual, sino también a través de su colaboración activa o indirecta para que la sociedad y los grupos sociales se organicen de un modo adecuado; en fin, que estimule la libertad y vaya al fomento de iniciativas para crear y desarrollar actitudes nuevas de convivencia crítica orientadas hacia el futuro. Lo anterior implica que el estado en sus puestos clave —no necesariamente los de tipo formal— debe tener personas preparadas. En otras palabras, requiere una tecnocracia. Y a esa tecnocracia hay que educarla auténtica, sistemática y rigurosamente en el país y el extranjero, en escuelas especiales para dicha formación, pero con el requisito esencial de que mantenga y ahonde la aptitud para la eficacia rápida, la sensibilidad social y el sentido humano.

—En relación con la Fuerza Armada el autor cree siempre válido lo que escribió en *Historia de la República del Perú* (v. XVI, en 1964, pág. 1044), y que reprodujo *Bases Documentales para la Historia Republicana del Perú* (v. II), en 1971:

"De todo lo cual se deduce que, dentro de las grandes transformaciones exigidas por el porvenir inmediato (reforma agraria, tecnificación del organismo estatal, arreglo del sistema tributario, planeamiento democrático, integración, desarrollo de la industrialización, esfuerzo coherente por incrementar la productividad y elevar el nivel de vida, vasta reforma educacional), habrá que tomar en seria consideración y como factor esencial el papel que han de jugar los institutos castrenses. Parece dudoso que, a la larga, asuman ellos en nuestra época la tarea de una fuerza conservadora que resiste los cambios sociales y forma una barrera contra el desarrollo nacional para defender (en contradicción con sus orígenes históricos) prácticas, formas de vida o clases sociales periclitadas. Pero, por otra parte, muy grave sería que pretendieran constituirse en una casta parasitaria o succionadora. El entronizamiento de los militares en el poder por tiempo indefinido termina por corromperlos y es una ley histórica que surgen, tarde o temprano, la división institucional con su secuela anárquica o el estallido popular adverso como ocurriera en el Perú de 1834, de 1872 o de 1895. Tam-

poco conviene la eliminación o la inutilización de las fuerzas armadas, por razones patrióticas, internacionales, sociales e históricas dentro de las contingencias mismas que los nuevos tiempos, plagados de peligro, han de traer consigo. La solución deseable es que ellas se vuelvan colaboradoras y copartícipes activas, leales y entusiastas en la magna obra que falta por hacer, en función directiva pero hermanadas con el pueblo y dentro de previsores cauces verdaderamente democráticos ('se entiende no de democracia formal'. nota de J. B. en 1971) y de salud nacional y social".

—Como resumen de las someras consideraciones precedentes, es necesario resaltar que el estado debe formular cuidadosamente y aplicar con inteligencia un Proyecto Nacional enrumbado hacia plazos inmediatos, mediatos y largos. En este caso, sería un Plan del Perú, exhumando la bella frase que formuló Manuel Lorenzo de Vidaurre. Para su elaboración, al lado de elementos técnicos conviene tener en cuenta el planteamiento que de sus necesidades y aspiraciones hagan las regiones, entendiendo esta palabra en un sentido económico, social y no pasivamente geográfico. Cinco o seis asambleas regionales representativas del país real y no del país legal, del Perú interior y no del Perú exterior, del Perú profundo y no del Perú superficial, deberían dar su aporte, que sería analizado, coordinado y organizado por la asamblea nacional, no sólo sobre aspectos económicos sino, además, para dilucidar problemas sociales, laborales, educacionales, culturales, de salud, de transportes y comunicaciones, y demás.

La filosofía implícita en todas y cada una de las consideraciones anteriores tiene una inspiración socialista. Rechaza el *statu quo* al que considera como caldo de cultivo para una rebelión desde abajo con imprevisibles consecuencias. No acepta tampoco la eventualidad de que nos convirtamos en satélites adicionales del mundo totalitario, o sea una especie de Bulgaria sudamericana. Entendemos como socialismo, por encima de rigideces ideológicas, la mezcla de dos ideales. De un lado el ideal de libertad propio del liberalismo que tiene raíces cristiano-judeo-greco-latinas y se prolonga en el derecho natural y las grandes revoluciones del mundo occidental. Por otra parte, el ideal del desarrollo surgido como

consecuencia de las transformaciones que emanan de la tecnología contemporánea y también por el contraste entre los mundos pobres y el mundo rico en los tiempos que corren. El socialismo aparece así como un movimiento que va a la construcción de una sociedad donde los intereses relacionados con la comunidad estén siempre por encima de los intereses particulares sin cortar el estímulo a la libre iniciativa legítima y donde las actividades de todos estén enmarcadas dentro del interés general. Lo que importa esencialmente en el socialismo "con rostro humano" es la función que cumple la administración de los bienes. ¿En beneficio de quién? Es posible una buena gestión social de los bienes en manos privadas bajo la vigilancia de un estado exigente, así como cabe el funcionamiento de una mala gestión social en organismos estatales trabados por la ineficiencia, la lentitud burocrática o la corrupción. Así es como puede ser aceptado un pragmatismo en cuanto a los medios por los cuales se puede obtener una buena gestión, con medios variables en su alcance o en su contenido según el momento, la oportunidad o el campo de trabajo; pero con una alta finalidad irreductible.

Toda ideología es una perspectiva parcial con pretensiones de totalidad. El esquema aquí trazado, es asimismo, parcial, aunque trata de ser no dogmático. Diseña un tipo de socialismo aun no llevado a la práctica. Pero la historia narra que muchas ideas consideradas, durante largo tiempo como utopías, han podido transformarse en realidades. Ya hemos tenido vislumbres de este socialismo "con rostro humano" en Checoslovaquia, en Suecia, en Israel, con defectos que cabe superar; en los planes y en las esperanzas de un sector, el más respetable, de los disidentes soviéticos; en algunas teorías de la "nueva izquierda". En suma, este socialismo que reivindica a todos los que trabajan, en las más diversas esferas, quiere ser compatible con la sociedad abierta de que habló Karl Popper.

Hace muchos años, el autor del presente libro escribió lo siguiente acerca de los tres grandes enemigos de la promesa de la vida peruana: los Podridos, los Congelados y los Incendiados. "Los Podridos, dijo, han prostituido y prostituyen palabras, conceptos, hechos e instituciones al servicio de sus medros, de sus granjerías, de sus instintos y de sus apasionamientos. Los Congelados

se han encerrado dentro de ellos mismos, no miran sino a quienes son sus iguales y a quienes son sus dependientes, considerando que nada más existe. Los Incendiados se queman sin iluminar, se agitan sin construir. Los Podridos han hecho y hacen todo lo posible para que este país sea una charca; los Congelados lo ven como un páramo; y los Incendiados quisieran prender explosivos y verter venenos para que surja una gigantesca fogata. Toda la clave del futuro está allí: que el Perú escape del peligro de no ser sino una charca, de volverse un páramo o de convertirse en una gigantesca fogata. Que el Perú no se pierda por la obra o la inacción de los peruanos".

A pesar de todo, sin embargo, y por encima de las desgracias que puedan venir por más horrendas que sean, seguimos creyendo en lo que modestamente llamáramos desde 1941 "la promesa de la vida peruana". Concepto que alguna relación tiene con lo que Ernest Bloch definió en 1959, "como el principio esperanza" en el libro de ese título en el que explicó que el hombre ha vivido siempre en la prehistoria y que el verdadero génesis está al final y no al principio.

Lima, noviembre de 1978.

LA HISTORIA EL EL PERU: CIENCIA E IDEOLOGIA

PABLO MACERA (1929)

El historiador es hoy en día en el Perú un hombre a la defensiva, no muy seguro de la validez científica y social de su oficio. Los factores que han determinado este complejo (conciencia) de inferioridad no son todos estrictamente intelectuales; y en cierta medida examinarlos implica al mismo tiempo aproximarse a la totalidad del desarrollo social peruano durante los últimos cincuenta años. Comencemos por advertir que a principios de este siglo la Historia era no la única pero sí la principal de las ciencias sociales vigentes entre nosotros —aunque este mismo título les era a todas por igual ancho y ajeno—. Dos grupos de presión intelectual —las llamadas generaciones del novecientos y de la Reforma Universitaria— contribuyeron a consolidar el prestigio social de la Historia aunque de otro lado, y sin proponérselo, crearon las condiciones para su posterior crisis. Por entonces todo aquel que hiciera Literatura (Sánchez), Política (Mariátegui, Haya de la Torre), Economía (Romero, Ugarte, Velarde, Rodríguez, Garland), Medicina (Palma, Valdivia, Lastres) pensaba históricamente sus problemas particulares o al menos pretendía hacerlo. De hecho, la Historia venía a ocupar el puesto que el siglo XVIII había otorgado primero a las matemáticas y después a las ciencias experimentales y que durante toda la primera época republicana tuvieron el Derecho y la Política. En todos los casos un tipo de conocimiento que servía de modelo a los demás y del que por otra parte se esperaba obtener una herramienta de acción social, una técnica para operar eficaz y racionalmente sobre el quehacer humano concreto e inmediato vivido por los hombres

de esas diferentes épocas. Nos llevaría muy lejos decir por qué en cada circunstancia histórico-social, fue preferida una de aquellas disciplinas. Para los peruanos y españoles, por ejemplo, que compartieron el entusiasmo reformista de Carlos III, el lenguaje matemático y la observación experimental de la Naturaleza no sólo eran formas de combatir la concepción mágico-teológica del siglo XVII (y por consiguiente de definir y consolidar su propia individualidad) sino también, sobre todo, el único camino por donde alcanzar un desarrollo económico similar al de aquellos países —Francia, Inglaterra— que se convertían en sociedades industrializadas. Años después el gran vacío de poder creado en toda América por la Independencia política criolla sólo podía ser subsanado, creyeron algunos, por una institucionalización del país a través de la norma jurídica previamente diseñada por la reflexión política.

¿Por qué entonces, nos preguntamos, el historicismo peruano de fines de siglo hasta la II Guerra Mundial? ¿A qué razones y necesidades, o mejor, a qué versión, falsa o verdadera, de las necesidades colectivas peruanas, debió su origen y su desarrollo? Adviértase que la misma formulación de esta pregunta sólo es posible en la medida que ese tipo de historicismo ha llegado a su fin, encontrándonos nosotros fuera de su proceso, por lo menos parcialmente. Para Riva Agüero, Porras, Mariátegui o Haya no cabían dudas sobre el valor y la función sociales del conocimiento científico de la historia. Dos crisis decisivas de la sociedad peruana tradicional (la Guerra de 1879 y el fracaso de la República Aristocrática 1895-1919 que concluyó en la dictadura de Leguía hasta 1929) volvían necesario en su caso, en tanto que grupos dirigentes potenciales, hacer del pasado una técnica para la averiguación de su propio futuro. Esta motivación determinó asimismo que su historiografía fuese algo así como una historia judicial, un proceso abierto contra las generaciones anteriores a las suyas, para atribuirles la culpabilidad principal de los desastres sufridos por la colectividad peruana. El historicismo peruano de principios de siglo surgía así íntimamente vinculado a la política, pensamiento y acción, como es de evidencia en Riva Agüero, Belaúnde y, para la generación de la Reforma, sobre todo en Basadre, Mariátegui y Haya, aunque en cada caso

individual y para cada uno de los grupos por razones y con propósitos y modalidades diferentes. Porque en Riva Agüero y Belaúnde la asociación Historia-Política y la crítica de la actuación de los grupos dirigentes peruanos del XIX era una hábil y quizá no del todo inconsciente táctica para monopolizar el descontento y la frustración; de arrebatar la iniciativa a los grupos radicales marginados y minoritarios (González Prada, los anarquistas, el movimiento provinciano e indigenista). Una anticipación que "por vacuna" evitaba brotes ideológicos mayores y de este modo aseguraba la continuidad de lo tradicional. De esos objetivos, que no son los de V. A. Belaúnde o Riva Agüero sino los de toda una clase social, surgiría una imagen del Perú que prefigurada en las primeras obras novecentistas, se consolidó más tarde con la polémica Belaúnde-Mariátegui y alcanzó curso oficial en las escuelas después de 1929 con las dictaduras de Benavides y Prado. Ese historicismo tuvo su clímax en el pensamiento de Riva Agüero después de 1930 cuando alternaba sus lecciones sobre la *Civilización Tradicional Peruana* con el más ardoroso y combativo fascismo, dirigiendo sus orgullosas furias a través del Apra contra el marxismo y la "Sublevación Mundial" como gustaba llamarla.

En el largo proceso formativo de esta ideología historicista las críticas al pasado republicano más reciente fueron cediendo su lugar a la idea de una Peruanidad (término gratísimo a V. A. Belaúnde) en la que armoniosamente desaparecían todos los conflictos, de modo que incluso el gran trauma de la conquista española del siglo XVI era presentado como un hecho positivo por efecto de la Religión y el Mestizaje. La "lección para las generaciones presentes y venideras" que de este historicismo se desprendía era consolidar esa Peruanidad, apagar odios y diferencias; y como tarea concreta el arreglo de fronteras (con Chile, Bolivia, Ecuador, Colombia) para crear el Gran Perú Mestizo y Cristiano cuyos momentos imperiales habían sido, según Riva Agüero, la época incaica, el Virreinato austriaco del XVII y la Confederación Perú-Boliviana.

Frente a este historicismo tradicionalista que siendo al principio laico y reformador terminó como una ideología católico-reaccionaria, el segundo de nuestros historicismos, el de la Reforma Univer-

sitaria, significó una ruptura más radical con el pasado peruano. No es fácil describirlo y menos aún juzgarlo. Esa ideología sigue teniendo vigencia en el Perú actual no sólo a través de algunas de sus versiones políticas (el Apra de Haya y el Comunismo de Mariátegui) sino en los moldes y esquemas que nos sirven para pensar y, a veces, para no pensar. De ese grupo generacional nos viene, para mal y para bien, buena porción del Perú contemporáneo: el marxismo con Mariátegui, el aprismo con Haya, Sánchez y Seoane, los modernos desarrollos del capitalismo con Mariano I. Prado y Pedro Beltrán, y, con Vallejo, la segunda apertura de la literatura peruana a la dimensión universal (la primera fue Garcilaso). Ha sido tal el poder, la sombra y el ejemplo de esos gigantes que alguna vez he dicho que en las generaciones posteriores ha provocado una reacción a la vez de admiración e ingratitud como si la deuda con ellos fuera excesiva; ambivalencia que ha desatado en ciertos casos una suerte de parricidio simbólico. Por estas razones un enjuiciamiento de toda su actuación y en particular del nuevo historicismo que profesaron, no puede ni pretende ser un enjuiciamiento "objetivo"; en cierto modo al mirarlos nos miramos a nosotros mismos que hemos sido sus discípulos voluntarios durante casi toda nuestra vida de estudiantes. Quizás el mejor modo de aproximarnos a la cuestión sea destacar las diferencias de status social entre los novecentistas y estos hombres de la primera Reforma Universitaria. Con las excepciones de Prado, Moreyra y Beltrán, de mínima o nula participación en la elaboración ideológica, pocos de los otros pertenecían a los primeros rangos del grupo tradicional de poder en el Perú. Porras y Seoane podrían quizás ingresar en esa categoría, pero el empobrecimiento familiar de ambos fue un factor de relativo "desclasamiento", menos acentuado en Porras que en Seoane.

Algunos de los demás (Basadre, Jorge Guillermo Leguía, Luna Cartland, Vegas García) podrían ser calificados de aristócratas provincianos que a la usanza de Piérola nunca se sintieron comprometidos con la "gente de Lima" contra la cual muchos de ellos abrigaban un mixto sentimiento (re-sentimiento) de menosprecio y exclusión. Los demás (Sánchez, Beltroy, Mariátegui, Martínez de la Torre, Pesce) hubieran sido clasificados en escalera, según la nomen-

clatura de su época, como hombres de la clase media, aunque nunca fueron ni quisieron ser arribistas trepadores de pirámides. De uno u otro modo, los moldes de la sociedad tradicional peruana no eran satisfactorios para las expectativas individuales o de grupo de esta generación; en un país pensado y hecho en términos de civilismo-pierolistas-militarismo-dictadura leguiísta, nada tenían que hacer. Había por consiguiente una disconformidad original, predeterminada por la ubicación de clase que explica su radicalismo ideológico.

Sin considerar aquí lo estrictamente político y pedagógico, la ruptura con el pasado se advierte a nivel histórico en la introducción de temas, vocabularios y perspectivas que no habían sido imaginados por historiadores como Riva Agüero y mucho menos por los eruditos de fines del siglo pasado (Torres Saldamando, Polo). Aparte de las variantes individuales, lo principal de esa contribución puede ser resumida en: 1) conciliar la experiencia histórica peruana con el pensamiento político europeo contemporáneo (Mariátegui, Haya) como no lo intentó Riva Agüero ni lo había conseguido Francisco García Calderón; 2) la reintroducción con Romero y Ugarte de la preocupación económica en la historia que antes había estado confiada al amateurismo de funcionarios y técnicos (Dancuart, Rodríguez, Velarde, Garland); 3) ajustar el estudio del pasado peruano a las necesidades de explicar y resolver los problemas sociales del Perú actual. ("Toda historia es Historia contemporánea" diría Basadre quien concluía uno de sus libros de análisis histórico sociológico pronosticando un Perú socialista); 4) reasumir la divulgación de los hallazgos historiográficos, soldando el vacío entre la investigación y la docencia: los textos de Leguía, Romero y Sánchez cumplieron así una función que Riva Agüero y su grupo academista descuidaron y que sólo había sido satisfecho por Lorente y Wiesse; el ejercicio de la cátedra universitaria tuvo el mismo sentido; 5) realizar críticamente no sólo los conocimientos históricos ya adquiridos sino al mismo tiempo las fuentes y los métodos hasta entonces empleados: los trabajos de Basadre y de Porras son aquí el mejor ejemplo profesional. El enfrentamiento Porras-Urteaga entre 1930-1945 no sería en esta perspectiva una simple anécdota.

Como siempre que analizamos a un conjunto social, la caracterización que proponemos nunca tuvo una concreción individual absoluta. A Mariátegui y Haya les faltaron el aparato profesional que dominaban Basadre, Porras, Leguía y Sánchez que a su vez no compartieron el entusiasmo de Ugarte y Romero por la Historia Económica. Este hecho no fue sólo un resultado de la "especialización" de cada hombre sino que acusa también la falta de coherencia de un grupo intelectual en que las tensiones internas fueron mayores que las del Novecientos. Se ha querido explicar tal situación por el individualismo que según algunos intérpretes ha caracterizado a estos intelectuales. Pero ese individualismo es sólo el síntoma, la respuesta y solución de escape dentro de un contexto más complicado. Lo cierto es que pasados los días estudiantiles, la Generación de la Reforma se divide y multiplica en subgrupos cada uno de los cuales escoge una ubicación diferente dentro de la sociedal peruana, ubicación no siempre conforme con su original expectativa de clase. 1929 con la caída de Leguía, el surgimiento del Apra y el regreso del conservadorismo político en sus versiones pre-leguiístas e incluso pre-pierolistas, significó una fecha divisoria. Los historiadores profesionales de la Generación (Basadre, Leguía, Porras, Sánchez) reajustaron su vocación historiográfica a las nuevas circunstancias adversas. El compromiso político (Sánchez), la abstención condicional (Basadre), la colaboración limitada y conflictiva (Porras), fueron las opciones-tipos, ninguna de las cuales proporcionó las condiciones que requería la construcción y perfeccionamiento del historicismo de los programas originales. Durante 15 años hasta 1945 los preleguiístas desplazaron a los reformistas de 1919 e impusieron sus criterios y valoraciones de la historia peruana. Apoderados de la Universidad de San Marcos, manteniendo bajo su control a la Universidad Católica, dominaron también a través de la administración oficial la circulación de textos escolares y tuvieron el apoyo decidido de los grandes periódicos. Basadre pudo romper esta conjura con su monumental *Historia de la República* pero la muerte de J. G. Leguía, la diplomacia y el monografismo de Porras y el exilio de Sánchez dejaron inerme al gran público en manos del historicismo novecentista. Fue ese historicismo el que consintió que el Ejército rehabilitase el rol de los militares en la historia republi-

cana y elaborase como símbolo el mito Castilla. Puesto que a las dictaduras Benavides - Prado no convenía una versión crítica de la sociedad peruana, actual e histórica, la educación fue orientada hacia una narración no explicativa del proceso histórico, o lo que era peor, a una explicación individualista de ese proceso atribuído exclusivamente a los caudillos reificados como Próceres. Podían decir los novecentistas que ellos no eran Ministros ni Rectores (aunque algunos lo fueron) y que las responsabilidades oficiales las compartían con algunos contemporáneos de la Reforma de 1919, pero lo cierto es que fue con arreglo a su opinión que el Estado dictatorial manipuló sin escrúpulos la historia peruana.

Fue durante estos años, los peores de la historia republicana del siglo XX, que debieron formarse como profesionales aquellos que habían esperado ser discípulos de la Reforma Universitaria de 1930 y que debieron ser al contrario alumnos obligados y a pesar suyo de una Universidad disciplinaria. Ha sido el caso entre otros de Tamayo, Núñez, Tauro, C. D. Valcárcel y Temple, lo que podríamos llamar la Generación Clausurada, pues para todos fue decisivo el receso de San Marcos de 1930-32. Su alienación fue más profunda que la de los grupos anteriores porque nunca tuvieron la oportunidad de una lucha política ideológica abierta que los extrajera del infierno a que los sometían sus profesores. No conocieron el destierro, la diplomacia o el exilio voluntario del Novecientos, ni la Reforma, ni las prolongadas Becas estudiantiles de las generaciones posteriores. Era inevitable que dentro de ese aislamiento prosperara lo que llamaríamos el perfeccionismo instrumental; y que el modelo escogido por los historiadores de ese grupo fuera el de la erudición heurística de la bibliografía (Tauro) o las fuentes (Temple). Con todo, su capacidad y la voluntad de renovación, pudo expresarse en proyectos para elaborar una filosofía teórica de la historia (C. D. Valcárcel) o una historia institucional del Perú (Temple), la historia de las ideas (Tauro) o el prolongado contacto con las fuentes documentales directas (Lohmann). Pero ninguna de esas soluciones ni las obras más orgánicas de Tamayo y Lohmann bastaban para que la Generación Clausurada pudiera continuar y corregir creadoramente, a los dos historicismos peruanos de este siglo.

El incendio de la Biblioteca Nacional que apagó sus entusiasmos y el fracaso del experimento democrático universitario de 1945-1948 coronaron la frustración. De 1948 en adelante, hasta 1956, la Generación Clausurada gozó de algún dominio en ciertas instituciones universitarias (Facultad de Letras San Marcos) pero un dominio indirecto y parcial, compartido con hombres de otras procedencias (L. E. Valcárcel, A. Miró Quesada) y perjudicado, además, por su enfrentamiento conflictivo con la generación de la Reforma (Porras, Sánchez, Basadre).

1945-1956 fue así un período de liquidación para el historicismo peruano. Todavía en los años subsiguientes Porras habría de publicar algunas de sus principales contribuciones (*Fuentes Históricas del Perú*) y no sería hasta la década del 60 que Basadre ofrecería una nueva versión de la historia republicana; pero la iniciativa en las ciencias sociales en el Perú iba pasando entre tanto de la historia a la antropología y poco después a la sociología.

Quienes hemos asistido a ese proceso, no sólo como testigos sino, en cierto modo como materia prima estudiantil, no fuimos del todo conscientes de sus causas ni de sus efectos a mediano plazo. La Antropología apareció oficialmente entre nosotros en 1946 con la creación del Departamento de ese nombre en la Universidad de San Marcos por el silencioso y admirable esfuerzo de Luis E. Valcárcel, a medias contemporáneo e integrante de la Generación Reformista. Pero sus orígenes arrancaban desde muy atrás con los trabajos arqueológicos de Tello y la etnología pre-científica de los siglos XVIII y XIX (Dombey, Martínez Compañón, *El Mercurio Peruano*, Rivero, Squier, Raimondi, Wiener). Considerada como un género menor y semiliterario, la antropología no fue frecuentada por los novecentistas y los hombres de la Reforma si exceptuamos algunas páginas de Valdizán. Su promoción estuvo confiada a sectores intelectuales que por entonces carecían del poder que se disputaban los nombres mayores del Novecentismo y la Reforma. Al margen de esa lucha, y al margen de muchas otras cosas, trabajaban los pintores de la escuela de Sabogal, los estudiosos y coleccionadores del folklore (Arguedas, Alicia y Celia Bustamante, Elvira Luza, Manuel Valle, Morote, Núñez del Prado) creando lo que podríamos

llamar una cultura paralela para la cual poco valían los esquemas de cualquiera de las variantes del historicismo peruano, ambas demasiado urbanas como para comprender los problemas de nuestra sociedad rural. Sus reductos no fueron los grandes centros académicos tradicionales sino los museos dirigidos por Tello y Valcárcel, la Escuela de Bellas Artes en algunos momentos y las tertulias de Luza y Bustamante. La marginación, a la vez forzada y voluntaria, dio al grupo antropológico la oportunidad de homogeneizar sus puntos de vista; y su asociación con las provincias, el indigenismo y las corrientes de izquierda le proporcionaron un sustrato ideológico de reivindicación y novedad que cada vez disminuía en los historicismos urbanos ya establecidos. Valcárcel recepcionó este múltiple desarrollo, dándole a la antropología una dimensión institucional universitaria. Pero durante varios años, hasta después de la caída de Odría, hasta mediados de la década del 50, esta antropología peruana fue decididamente ahistórica y hasta antihistoricista, pues incluso Valcárcel con ser historiador y antropólogo no había conseguido que su curso de Incas fuera en verdad, más allá de las declaraciones, una antropología retrospectiva del Perú Antiguo. Los antropólogos actuaron por reacción a los historicismos tradicionales vigentes y sobre todo con el decidido propósito de apartarse de los modelos historiográficos que cultivaba la Generación Clausurada. Incurrieron así en el actualismo y la monografía sin pensar sus temas en términos de tiempo-proceso; estableciendo una peligrosa separación entre la subsociedad urbana y la subsociedad rural. Sin embargo, en muy poco tiempo se operó una superación que produjo un nuevo tipo de relación entre la antropología y la historia a través de lo que se ha dado en llamar la Etno-Historia. No es oportuno ahora discutir la validez teórica de esta nueva ciencia para la que no existe, en el Perú se entiende, otra definición explícita que la dada por Valcárcel que la identifica con la antigua Historia de la Cultura. Lo que se ha llamado Etno-Historia se ha reducido en algunos casos a unas cuantas páginas de compromiso que a modo de introducción figuran en los trabajos antropológicos y al "enfoque interdisciplinario" que para algunos la caracterizaría no obstante que tal método ha sido ya aplicado por los historiadores europeos

y norteamericanos. Pero lo que interesa, repetimos, es no tanto abrir un debate acerca de la Etno-Historia (debate que cada día es más urgente), sino subrayar la aparición de un tercer historicismo, el antropológico que, a inversa de los anteriores y paradójicamente, pretendía ser una negación dialéctica de la Historiografía como ciencia, aunque en realidad sólo fuera una reacción contra el tipo de historiografía local que entre nosotros predominaba.

El fervor con que la Antropología, la Etno-Historia y la Sociología, fueron y siguen siendo recibidos por los intelectuales peruanos y principalmente por los estudiantes de ciencias sociales, no sólo atestigua el mayor desarrollo de esas disciplinas, sino, además, el fracaso rotundo del historicismo peruano. Ha contado, sin duda, el hecho de que la Historia, como la Literatura y la Filosofía, no ha llegado a ser entre nosotros una vocación profesional, mientras que por algún tiempo pudo hablarse de la profesión de antropólogos y sociólogos. Pero éste es un factor secundario, como lo demuestra el que a pesar de haberse comprobado qu es muy reducido —a corto y mediano plazo— el mercado de trabajo para todas las ciencias sociales, subsista en las matrículas universitarias la selección discriminatoria en contra de los estudios históricos. Lo decisivo parece ser que la imagen del Perú, que los historiadores usualmente ofrecen, no es la que esperan y necesitan los nuevos grupos sociales de extracción popular que de 1945 en adelante llegan a nuestras universidades. Esas clases sociales no pueden considerar suya ni reconocerse en una historia que resulta hecha por virreyes, presidentes, marqueses y ministros, que no fueron sus abuelos ni esperan ni quieren serlo ellos mismos. Ninguna compensación encuentran, además, en aprender un tipo de instrumentación científica histórica que insiste en la Heurística y la Hermenéutica de las fuentes sin proponer nuevas interrogaciones. Por el contrario es inevitable que sean atraídos por ciencias sociales como la Antropología y la Sociología, que consideran como actores de la historia, entre otros, a los grupos sociales de donde provienen esos estudiantes; y que se preocupa (o debería hacerlo) del conflicto económico y social que ellos mismos padecen diariamente.

La crisis actual de los estudios históricos peruanos que formalmente podría ser descrita como tradicionalismo temático, ausencia de vocaciones e incomunicación con las demás ciencias sociales, es pues en sus fundamentos la crisis de una disciplina que ha estado por debajo de las expectativas que ella misma creó a través de sus dos primeros historicismos. Es la consecuencia de su inutilidad social absoluta, de su marginación y aislamiento respecto al contexto político económico contemporáneo; es el precio que todos estamos pagando por haber construido para habitación nuestra una torre que ni siquiera es de marfil pues hasta carece de los efectos estéticos perseguidos por Riva Agüero, Mariátegui, Sánchez o Porras y desconoce por completo las renovaciones de método y temas que practican los historiadores de otros países americanos.

A partir de estas reflexiones, sin olvidar el trasfondo moral que aluden, cabría un plan mínimo a favor de la historiografía peruana que comenzara por los aspectos técnicos, instrumentales y metodológicos para con este reequipamiento formal afrontar el problema decisivo de sus relaciones y responsabilidades con la sociedad entera y sus conflictos. Habría en primer término que trabajar por una reunificación de las ciencias sociales de modo que la Historia pueda ser una Antropología y una Sociología retrospectivas del Perú; mientras en forma simultánea sociólogos y antropólogos aprenden a pensar sus temas históricamente, superando su no muy ingenuo "presentismo". Esa unificación requiere de un marco institucional que no poseen la mayor parte de nuestras universidades (con excepción de la Universidad Agraria). No es conveniente ya, mantener la división de las ciencias sociales en departamentos aislados, bajo el pretexto de una especializada y prematura división del trabajo. Debe irse hacia una Escuela de Ciencias Sociales, como centro de docencia e investigación a cuyo alrededor se convoquen, como antes en función de las Bellas Letras, todos los demás estudios de nuestras Facultades tradicionales.

Precisa también abandonar el artesanado histórico individualista y ejercitar a los historiadores en el trabajo de grupo. Aunque evitando los riesgos del industrialismo primitivo, es decir, la producción en masa de bajísima calidad. Buscar una conciliación eficaz

entre la promoción de las capacidades creadores personales y la cooperación de esfuerzos. La solución podría estar en un registro de investigaciones coordinadas, ofrecidas a la elección de cada uno. Desde luego que el trabajo en equipo plantea dificultades para las que nuestra experiencia todavía es pobre. Dificultades de financiación que importan decisiones morales sobre el origen y propósito de algunas generosidades extranjeras. Peligros, además de alienadora "expropiación", por parte de quienes detentan la financiación y monopolizan la capacidad de empleo, en agravio de sus colaboradores. Con todas sus desventajas este sistema podrá ser ensayado por los historiadores aun si fuera solamente una escuela de solidaridad para salir de la evasión y agresividad mutua en que se debaten.

Pero pese a su importancia, la unificación de las ciencias sociales y la adopción del trabajo colectivo no bastarían sin una reorientación temática total. No pensamos solamente en la necesidad que nuestros historiadores, grandes y pequeños, se familiaricen con las nuevas modalidades historiográficas. Nos referimos sobre todo a la posibilidad de estudiar con preferencia aquellas cuestiones que sean las más próximas y compatibles con la inquietud actual. Esta fue la gran lección del segundo historicismo peruano, lección que como hemos visto no fue seguida. Recordemos en este sentido la reciente experiencia venezolana de la Escuela de Historia de Caracas (Germán Carrera Damas). Del mismo modo entre nosotros podría intensificarse como un primer paso la docencia e investigación de la Historia Contemporánea del Perú, escribiendo la Historia de adelante hacia atrás, recogiendo un problema en sugerencia presente y retrocediendo luego hasta la Colonia o el Incario, hasta donde sea conveniente para explicárselo y, quizás, resolverlo. Queda por último una nota marginal que es una cuestión previa: los historiadores peruanos, y por extensión todos los científicos sociales, no podrán realizar este o cualquier otro programa de reforma si no tienen una clara conciencia de su propia situación histórica y asumen la responsabilidad que les concierne como hombres de tránsito, al filo entre dos épocas. Porque en definitiva es lo que somos, una transición entre la sociedad tradicional y las nuevas organizaciones sociales que se avecinan, lo querramos o no, nuevas sociedades que no

serán las nuestras y para las cuales no estamos hechos ni formados. Debemos aprender a vivir sin oportunismos en esta frontera. De lo contrario todo proyecto reformista sólo vendría a ser una herramienta disimulada de arribismo, una maniobra para engañar por igual a nuevos y antiguos; algo así como esos hábiles intelectuales criollos, de fines del siglo XVIII y principios del XIX, que en el Perú se ofrecieron como puente entre el pasado colonial y el futuro revolucionario independentista sólo para gozar más a sus anchas el presente inmediato.

7. LA NARRATIVA DE MEMORIA Y TESTIMONIO

Las narraciones enunciadas a partir de los recuerdos personales del enunciador o de un tercero, que toman el nombre de "memorias", son en realidad discursos autobiográficos que se escriben bajo esa modalidad.

No obstante la manipulación interpretativa de los sucesos allí relatados —característica de la visión subjetiva y de la impronta más o menos fiel de los recuerdos—, este prototipo de narrativa coadyuva con la narración histórica a fin de dar un panorama relativamente integral (objetivo-subjetivo) del pasado.

La narrativa testimonial se diferencia de la anterior por su carácter oral. En efecto, esta última comprende la atestación tomada directamente de un informante por un tercero que suele ser un científico social (antropólogo, sociólogo, lingüista, historiador) quien transcribe y publica dicho testimonio. De ese modo la narrativa testimonial se diferencia de la narrativa de memoria por el orden de su producción que es colectivo: el testimonio obtenido revela la experiencia compartida por un grupo o una clase social y económicamente definidos.

Hemos reunido en este apartado diez textos de memorias y testimonios. Ellos son los siguientes:

El capítulo titulado *San Carlos a comienzos de siglo* [1] extraido de las memorias de Víctor Andrés Belaúnde, relata la vida univer-

(1) Belaúnde Víctor Andrés, *Trayectoria y destino. Memorias completas*, tomo I, 1967, pp. 276-292. Lima.

sitaria en las Facultades de Ciencias Políticas y Letras de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos durante los primeros años de este siglo. Luis Alberto Sánchez rememora en *Cómo conocí a Riva Agüero* (2) su agitada relación intelectual y política con ese polígrafo peruano. En ambos textos se describe el ambiente de convivencia académica en una generación de intelectuales limeños. Luego, Alfredo González Prada traza en *Manuel González Prada - Recuerdo de un hijo* (3), un rápido y vívido retrato de su padre.

El discurso pronunciado por Jorge Basadre el 26 de enero de 1979 —cuando recibió la condecoración de la Orden del Sol— titulado: *Perú: país dulce y cruel* (4), evoca de manera testamentaria el pasado histórico del Perú en función prospectiva; en cambio, el capítulo titulado *Inicios de la etnología en el Perú y la nueva perspectiva indigenista* (5) tomado de las memorias de Luis E. Valcárcel, reseña las primeras investigaciones etnológicas del país y la participación de los científicos extranjeros que entonces intervinieron en ellas.

Las *Palabras de contestación* (6) que José Sabogal dijo con motivo del homenaje que se le tributó en el Cabane Club de Lima el 21 de agosto de 1943, fueron la ocasión para que Sabogal diseñara su propia trayectoria en el movimiento artísico peruano. Ciro Alegría, por su lado, recuerda en el capítulo de sus memorias dedicado a *César Vallejo, profesor de primaria* (7) su etapa inicial de estudian-

(2) Transcrito de la revista *Nueva Coronica - Organo del Departamento de Historia*, Nº 1, Facultad de Letras de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 1963, pp. 9-24. Lima.

(3) Se incluye en González Prada, Manuel. *El tonel de Diógenes*, Edición Tezontle, 1945, pp. 11-18, México. Fue publicado inicialmente en inglés por la revista *Books Abroad*, Universidad de Oklahoma, verano de 1943.

(4) Tomado de la revista *Debate* Nº 5, agosto de 1980, pp. 8-10. Lima.

(5) Valcárcel, Luis E., *Memorias*, Instituto de Estudios Peruanos, 1981, pp. 313-326.

(6) Sabogal, José, *El arte en el Perú*, Instituto Nacional de Cultura, 1975, pp. 109-112. Lima.

(7) Extraído de *Las Memorias de Ciro Alegría - Infancia, sexta parte*, diario *La Prensa*, 31 de julio de 1976. Lima.

te y el encuentro emocionado con el que fuera su profesor de primeras letras, el poeta y escritor Vallejo.

Tres narraciones testimoniales cierran este conjunto. La primera titulada *Testimonio del trabajo en la Mina Aguila S. A.* (8) de Luis Ferreyro Rojo, consigna una muestra de su experiencia de obrero minero en el Departamento de Ancash; las últimas son sendos textos de las *Autobiografías* (9) del cargador Gregorio Condori Mamani y su mujer Asunta, ambos quechuahablantes monolingües del Departamento del Cusco. La versión castellana que aquí incluimos ha sido realizada por Ricardo Valderrama Fernández y Carmen Escalante Gutiérrez.

ENRIQUE BALLON

---

(8) Tomado de la revista *Cultura obrera* Nº 8, Noviembre-Diciembre de 1981, pp. 8-10. Chimbote.

(9) Condori Mamani, Gregorio, *Autobiogafía*, Centro de Estudios Rurales Andinos "Bartolomé de las Casas", 1979, pp. 89-94 y 119-127.

SAN CARLOS A COMIENZOS DEL SIGLO

VICTOR ANDRES BELAUNDE (1883)

El profesor más brillante de la Facultad de Ciencias Políticas era Matías Manzanilla, sutil, novedoso, irónico y en veces elocuente. Había abandonado la economía clásica, no sin citar con respeto a su último representante Paul Leroy Beaulieu, y seguía con entusiasmo el revisionismo o intervencionismo moderado del entonces popular profesor de París, Charles Gide.

Más que un economista, Manzanilla era un abogado y un político. Le interesaba sobre todo la economía social, que no formaba curso aparte, incluida en el programa de economía política. Las clases tenían algo de alegato y mucho de discurso parlamentario, siguiendo muy de cerca la política francesa, con simpatías para la orientación radical socialista, y fe en el parlamentarismo a la francesa y una vibrante admiración por Jaurés. Se infiltraban en estas clases las influencias del materialismo histórico. Nos dio como tema de trabajo, los efectos de la abolición de la esclavitud, casi insinuando la idea de que la medida estaba inspirada más que en razones de humanidad, en las ventajas del trabajo libre sobre el trabajo esclavo. Tesis que no podía sostenerse sin cerrar los ojos a la más clara experiencia histórica en Europa y América.

Por temperamento y por intuición, me repugnaba la explicación de los fenómenos sociales por simples factores económicos. Dando a estos gran importancia, nunca les asigné causalidad exclusiva, ni aún principal. Mis aficiones históricas me llevaban a reconocer so-

bre la influencia subyacente de los factores económicos, la causalidad de los ideales, de sentimientos humanos y de los designios de la Providencia Divina. Citaba en las discusiones con amigos para refutar el materialismo histórico, el ejemplo de las Cruzadas y el propio descubrimiento y la Emancipación de América, sin olvidar, por cierto, la milagrosa expansión del Cristianismo y la epopeya de las Misiones.

Desde otro punto de vista tuvieron provechosa influencia las enseñanzas de Manzanilla. Su cátedra acogió las justas reivindicaciones obreras sobre accidentes de trabajo, seguros sociales, salario familiar y movimiento cooperativo.

Las enseñanzas de Manzanilla, influyeron en el sentido moderno y más amplio del programa del Partido Civil.

Ingresó este año [1902] a la Universidad, José de la Riva-Agüero, que venía, como los García Calderón, del Colegio de la Recoleta. Llegó al claustro precedido de la reputación de niño prodigio, por su gran erudición y feliz memoria. Me presentaron a Riva-Agüero los García Calderón. Me sedujeron desde luego su franqueza y su jovialidad. Su conversación era un cambio de ideas sobre temas serios, y versaba no solamente sobre materias universitarias, sino sobre asuntos de cultura general. Admiraba a Francisco, pero a diferencia de éste, intuitivo, y latitudinario, era lento, profundo, afirmativo y en veces categórico. En Francisco se destacaba la influencia predominante de autores franceses. En Riva-Agüero, a pesar del conocimiento de los mismos, apuntaba ya un sello castizo como parte de su personalidad y carácter.

A pesar de seguir facultades distintas, mi presencia en los claustros de Letras facilitó mis encuentros con Riva-Agüero. Recuerdo un hecho, que fue el inicio feliz de nuestra amistad. En la clase de Historia de la Civilización fue designado Alberto Jiménez Correa, para sostener una conferencia sobre la Iglesia y la Cultura. Riva-Agüero participó en este debate como objetante. Con erudición, empaque y pasmosa facilidad de palabra contrapuso a la tesis de Jiménez sobre la benéfica influencia de la Iglesia en el Medioevo, la tesis

nietszchana sobre la negación o disminución de la vida por el Cristianismo, no compensada por la sombría emoción estética de las catedrales góticas. Era la tesis de Gibbon restaurada por el vitalismo del poeta de Zaratustra y por Guyau, expuesta con una elocuencia castiza y rotunda, que delataba el influjo de Castelar.

Riva-Agüero sedujo a su auditorio en el cual me encontraba. Me acerqué a felicitarlo, no sin decirle que su tesis me inspiraba serios reparos. Me interesa saber cuáles son, me dijo, invitándome a proseguir juntos al centro de Lima. Le repuse: ¿cómo explicaría Ud. el descubrimiento de América y su conquista si el Cristianismo no fuera capaz de suscitar acciones heroicas y de afirmar la personalidad? Colón y los conquistadores revelaron una pujante energía vital, y su fe religiosa, lejos de disminuirla, parecía exaltarla llevándola a extremos de heroismo creador. Riva-Agüero me escuchó con espíritu comprensivo y acogedor, el más simpático rasgo de su carácter.

A pesar de ese discernimiento —y quizá por él— su actitud hacia mí no sólo fue de curiosidad, sino de deferencia y estima. Aquella noche nació esa amistad que nos acompañaría toda la vida, hecha de coincidencias de ideales y de actitudes, a pesar del contraste de temperamento y carácter. Se perfilaba en Riva Agüero un sentido de amor de lo clásico, y en mí, el ambiente de gracia y de ironía de Lima no habían extinguido mi fervor romántico. En Riva-Agüero se destacaba el culto de la disciplina y de la autoridad; en mí predominaba el sentimiento comunitario y una fe ingenua en la espontaneidad de todo esfuerzo. Nos unía el amor a la historia, el sentido de la tradición patria, el afán de buscar el punto de vista filosófico y el gusto por la expresión elegante. Yo admiraba su genial habilidad para las reconstrucciones históricas y él apreciaba mi afán teorizante.

El Dr. Deustua realizó su aspiración de ser nombrado para la cátedra de Psicología, Lógica y Moral, además de Estética. La obligatoriedad de estos cursos le permitieron tener una enorme influencia en la juventud que deambulaba en los claustros al terminar la media. Don Alejandro tenía un admirable entusiasmo juvenil

por la enseñanza. Le seducían las novedades ideológicas, a veces sin una justa jerarquía. En esos momentos seguía a Wund, en psicología, y a Hofding, en Moral. Era el comienzo de una reacción espiritualista que él nos trajo de Europa. En ese momento Deustua era el maestro por antonomasia.

Trabé amistad con Oscar Miró Quesada, seducido por su curiosidad intelectual y por su amplitud de espíritu. Me hizo conocer a Nietszche y a Shopenhauer. Creía en el valor supremo de la ironía. Sentía como yo la atracción de Eça de Queiroz y solíamos cambiar con él y con Gálvez impresiones sobre el autor de *La Reliquia y el Epistolario de Fradique Mendes.*

Pergeñé entonces en un ensayo en que hacía un paralelo entre la ironía de Voltaire, amarga, fría y disolvente y el humorismo de Eça de Queiroz, transido de piedad y lleno de comprensión. El humorismo es un complejo de ironía y de lirismo. Esta diferencia se prestaba a un mayor desarrollo y podía verificarse la tesis en el caso extraordinario de Cervantes. Me tentó siempre este tema, pero no tuve ocasión para escribir un verdadero ensayo.

Oscar Miró Quesada publicaba artículos de vulgarización científica o de interesantes observaciones filosóficas. Gálvez comenzaba ya a recitar en el círculo de sus amigos hermosos poemas que luego arrancaron aplausos del público. Raimundo Morales se embebía en las lecturas de Darío y Ventura vibraba de entusiasmo con las poesías y las novelas de D'Annunzio.

Nuestra generación no tenía una peña o un encontradero. Seguíamos visitando a los García Calderón. Salvo Gálvez y Lora y Lora, otro poeta del grupo, lírico y burlesco, autor de una epopeya en broma llamada *La Guadalupeida*, que tenían inclinaciones bohemias, éramos los demás la encarnación de la regularidad, del método y del trabajo. Hablaba yo de una semi-bohemia que era el vagabundo intelectual, la libre ensoñación, pero compatible en el fondo con la seriedad de la vida. Después de la guerra con Chile, los tiempos fueron duros, la mayor parte de los hogares estaban condenados a una vida austera. El trabajo se imponía ya no solo por vocación

sino por necesidad. Era además otro rasgo simpáico de mi generación la ausencia de prematuras ambiciones políticas y un justificado y noble desdén por los recursos de la oratoria barata, el mero efectismo y la demagogia.

En cuanto a la vida sentimental, yo me resigné al olvido de la israelita. En el principal de la casa de la Faltriquera del Diablo, cuya reja derecha ocupábamos, vivía con su madre y sus hermanas un tipo extraordinario de belleza. La llamaban la Boticelli. Su verdadero parecido era el de *Psiquis* del famoso cuadro de Gérard en que es besada por el *Amor*. Comencé con ella un *flirteo* que acabó en amoríos, coloquios y discreteos en la ventana primero y después en propicias visitas. Este *flirt* no alteró el ritmo de mi vida; me sentía atraído pero no apasionado, y la simple atracción es compatible con la máxima libertad. La necesitaba por mis trabajos de oficina, la preparación de mi tesis y mis charlas literarias. En ella no existía tampoco una verdadera pasión. Era una mutua simpatía. ¿Cómo podía evolucionar? Por lo pronto quedó suprimida la ocasión. Mi padre encontró un departamento mejor en la calle del Padre Jerónimo y a él nos trasladamos.

Conocí a Chocano, que regresó de su jira de propaganda a Centro-América, donde hizo un brillante papel logrando la paz, que amenazó alterarse entre dos repúblicas hermanas. A su regreso a Lima, movido por un ingenuo entusiasmo, le pronuncié un discurso y fuí invitado al almuerzo que en honor de Chocano ofreció en el viejo Club de la Unión, Luis Varela Orbegoso. Chocano fue designado Encargado de Negocios en Colombia y me ofreció la Secretaría que no acepté, entre otras razones, por concluir mi carrera y por las espectativas de un viaje a Europa o a la Argentina como auxiliar de Víctor Maúrtua.

Un trabajo de tan grave especialización y de tan tremendas responsabilidades, me desvió de toda otra actividad; quedaron abandonados mis estudios filosóficos y literarios, mi biblioteca congelada en la lista del catálogo que había hecho a fines de 1903. Apenas si en los carnavales pude embeberme en la lectura amorosa de *El Quijote*. Tenía por influencia ancestral y enseñanzas del colegio

el culto de Cervantes, la admiración por sus intuiciones geniales, por su palpitación de humanidad, por su gracia insuperable. No tuve, como otros compañeros míos, preferencia por Quevedo o Gracián; me parecía que Cervantes encarnaba todo lo que hay de hermoso en el espíritu de nuestra raza.

Me consolaba del abandono de mis lecturas pensando que un viaje a Europa me iba a compensar de los vacíos y olvidos en que había incurrido.

En 1904 reinaba en el mundo un entusiasmo y una euforia universal. La ley indiscutida era la ley del progreso. *El mundo marcha,* había dicho Pelletan. La ciencia hacía maravillas; nuestra América se preparaba a jugar un papel en la escena mundial. El Canal de Panamá restablecería para la costa del Pacífico el papel que tuvo antes. Toda la juventud participaba de ese optimismo; había como una vuelta al orgullo latino. Rodó había escrito su *Ariel* y Francisco García Calderón había recogido su mensaje.

Por esa misma época Mariano H. Cornejo, nombrado Embajador en Quito, obtuvo del Ecuador su aquiescencia para reanudar el arbitraje de Madrid. Parecía inverosímil. ¿De qué medios se valió Cornejo? Ese es un secreto que yace en los archivos. Venía de Madrid un Comisario especial, nada menos que don Ramón Menéndez Pidal. Por sugestión de Prado y de Maúrtua, se encargó a Francisco el discurso oficial en la gran recepción que se le hizo. ¡Qué maravilla de discurso!. El conocimiento de la civilización hispánica y de la obra del propio homenajeado, causaron asombro al propio Menéndez Pidal. Mi generación anunciaba que iba a superar a la que le precedió y a la que formó el propio Herrera. Me alejaba de mi patria con una fe absoluta en el porvenir del Perú y en la obra de la generación a la que pertenecía.

Javier Prado fue nombrado Ministro Plenipotenciario en Buenos Aires. Sus alumnos y admiradores le prepararon un gran homenaje que ofreció Francisco García Calderón, y habló Riva-Agüero.

En este primer lustro del siglo caracterizaba a la Universidad un ambiente de disciplina, de respeto y de dedicación por parte de

los alumnos a las materias que estudiaban. La Facultad de Derecho recibió la influencia renovadora de profesores como Padro Carlos Olaechea, Víctor Maúrtua, Mariano Prado y principalmente Manuel Vicente Villarán. De un modo general, las clases se dictaban con puntualidad y numerosa era siempre la concurrencia de los alumnos. No puede decirse que predominaba en la Facultad de Derecho un sentido político, pues buscó la competencia donde se encontraba. No quiere decir esto que la Facultad no necesitara algunas reformas y la renovación de sus programas, pero en conjunto se mantenía un ambiente de estudio y de trabajo. Los exámenes eran severos y había en el alumnado el convencimiento de que para pasar de año era necesario hacer un esfuerzo serio por lo menos en los últimos meses del año.

En la Facultad de Letras era Decano en esa época otra gran figura universitaria: don Isaac Alzamora, a la sazón Vicepresidente de la República y dueño de uno de los bufetes de mayor prestigio en Lima. Es cierto que había algunos catedráticos respecto de los cuales existía un descontento efectivo de parte de los alumnos, en las disciplinas de Metafísica y de Historia de la Civilización. Pero, en cambio, gozaban de inmenso prestigio Javier Prado, que dictaba con brillo excepcional su clase de *Historia de la Filosofía Moderna*, y Don Alejandro Deustua, que no se limitaba a dictar con puntualidad y admirable erudición sus clases, sino que mantuvo el contacto directo con los mejores alumnos influyendo en la forma más decisiva en su carrera. Mariano H. Cornejo no tenía en la cátedra el brillo de la tribuna, pero se dedicó a aquella con entusiasmo y fervor muy grande, logrando concretar sus enseñanzas en un libro de *Sociología*, que quizá ha figurado como la mejor contribución de la América Latina a esa nueva ciencia. Podría decirse que en la Facultad de Letras, bajo la influencia de la nueva filosofía espiritualista, se inicia la renovación del ambiente intelectual del Perú.

COMO CONOCI A RIVA AGUERO

LUIS ALBERTO SANCHEZ (1900)

Aunque había leído las dos tesis de José de la Riva Agüero, siendo yo colegial, no las aprecié de veras hasta que el trato con su autor me las hizo más comprensibles y atrayentes. Un vecino de mi calle, Víctor Zamora Torres, novio y después marido de mi prima Carmen Rosa, me regaló el "*Carácter de la Literatura del Perú independiente*", con autógrafo de Don José; más tarde, conseguí donde mi encuadernador, don José Lenta,, en la calle de Jesús María, un ejemplar empastado de "*La Historia en el Perú*". Esto último ocurrió hacia 1915, siendo yo todavía colegial. Solo ya alumno del segundo año de Letras, se produjo mi primer contacto personal con el afamado historiógrafo.

Nuestro profesor de Historia Crítica del Perú, don Carlos Wiesse, gustaba de alternar sus clases con las conferencias de algunos especialistas. José de la Riva Agüero y Osma, un brillante egresado de San Marcos, estaba a cargo de la adjuntía de aquella cátedra. Wiesse resolvió que ese año, el de 1918, el Adjunto dictara lo referente a Incas. Fue así como Riva Agüero hizo sus primeras armas pedagógicas. En total dio tres clases de dos horas cada una. Mi primera impresión fue confusa. Era Riva Agüero hombre de corta estatura, pero vivaz; los anteojos gruesos, sin marco, no lograban atenuar el brillo de unos ojos más bien grandes y cándidos aunque perspicaces. Tenía los hombros un tanto descolgados, tirados hacia atrás. Cuidaba el corte del bigotillo corto y presuntuoso,

sobre unos labios de adolescente, pronunciados, es decir más bien gruesos. Era de nariz respingada, pero nada breve; las manos pequeñas; la voz algo opaca. Hablaba con innegable entusiasmo y don de contagio. Me cautivó su manera de enardecerse exponiendo y, como siempre fui devoto de la historia del Perú, me esforcé en captar sus observaciones, comprobar sus citas, completar sus datos, de modo que rehice las clases con mucha mayor fidelidad que Ricardo Jerí, taquígrafo oficial del Senado, a quien Riva Agüero contrató de su peculio, para que tomase y conservase las conferencias.

Jorge Guillermo Leguía, ferviente admirador de la "implacable lógica kantiana" (así decía él) de Riva Agüero me instó a que lo visitáramos juntos. Así fuimos una tarde a la mansión de la calle de Lártiga, en cuyo segundo piso, entrando a la derecha, tenía su escritorio el entonces todavía vigente Jefe del Partido Nacional Democrático, al que Luis Fernán Cisneros apodaba burlescamente de Partido Futurista; oficiaba en esa fecha como "lector" de Riva Agüero un jubilado poeta, Manuel Ramón Beltroy. Beltroy tenía la voz meliflua, el ademán untuoso. Riva Agüero nos recibió, a eso de las siete de la noche, rodeado de una caterva de admiradores, entre ellos Alfredo Herrera y el poeta Daniel Ruzo, socios en una empresa que fructificó al año siguiente: la revista *Studium* de la Federación de Estudiantes. Alguien habló de mis apuntes de clase. Riva Agüero me los pidió. Tardé muy pocos días en entregárselos. Leído que los hubo me dijo: "Esto es más fidedigno que la taquigrafía de Jerí. Le ruego que me los deje porque pienso que sus apuntes sean la base de un libro sobre historia incaica". Tal es la razón por la que, años más tarde, dije que el libro de Riva Agüero "*Cultura incaica*" se basaba en informaciones mías: ni tanto ni tan poco, evidentemente.

Poco después, Herrera y Ruzo, organizaron un te de los universitarios a Riva Agüero, a causa de su cursillo. Se realizó en el Palais Concert, tuvo amplia publicidad y dio lugar a discursos que no encajaban con mi vocación sanmarquina. Se lo dije a Riva Agüero. Se rió francamente. Empezamos a ser amigos. Yo tenía dieciocho años, él treinta y tres.

Por lo menos una vez por semana acudí a la calle de Lártiga. Después se espaciaron las visitas. Pero, como teniendo lista la de Bachiller, andaba yo preocupado en armar mi tesis de doctor en Letras y ella versaría sobre los poetas del virreinato, como parte de una historia de la Literatura peruana que tenía ya en aljaba, Riva Agüero se interesó por mi tarea y un día, el 29 de junio de 1919, fijó Chorrillos como lugar para que yo le leyese mi primer capítulo y él me proporcionaría algunos detalles e informaciones de que disponía entre sus papeles de familia.

Pocas reuniones de mi vida han sido tan sugestivas como aquella. La casa chorrillana de Riva Agüero quedaba si mal no recuerdo, en la esquina de Lima y Bolognesi. Era enorme. Entrando a la derecha estaban el escritorio y la Biblioteca. Era día de los apóstoles San Pedro y San Pablo, patrón aquel de la villa de Chorrillos. Llegué al balneario como a las once de la mañana. Inmediatamente empezamos a leer mi capítulo. Cuando lo hube terminado, Riva Agüero me dijo: "Mire, Sánchez, yo tengo aquí las libretas de servicios de Juan de Ribera y Dávalos, a quien elogia Cervantes, y de Sancho de Ribera y Bravo de Lagunas, ambos antepasados míos. Se las dejaré leer, pero antes permítame establecer una condición. . . ." —¿Cuál?, pregunté curioso. —"Pues, que usted elimine de su relato ciertas cosas un poco chocantes que dice sobre una tía mía. . .". —"¿Una tía suya?—" —"Sí, me replicó: doña Leonor de Valenzuela. Usted la exhibe en pecaminosos amoríos con el Inquisidor Francisco de la Cruz, que fue quemado en efigie. Es un dato sin interés literario. Si usted lo suprime no pierde nada el capítulo, y en cambio deja de perder mi pecadora tía. . ." No titubeé! Suprimí el relato a cambio de los informes, pero conservé la nota de pie de de página, referida al libro de José Toribio Medina sobre "*El Santo Oficio de la Inquisición en Lima*". Riva Agüero me observó muy agudamente: "Eso no importa; deje usted la nota que nadie la leerá salvo los eruditos, y esos no la necesitan". Quedó cerrado el trato.

Luego le mostré mis fichas sobre Amarilis, Bermúdez de la Torre (otro pariente suyo) y Diego de Aguilar. Las discutimos. Me dio muy útiles referencias.

Después del almuerzo, salimos a ver pasar la procesión. La imagen de San Pedro fue descendida hasta la playa, la colocaron en un bote pescador, y luego metieron en la mano de palo del Apóstol un pescado vivo, vibrante, eléctrico. Por la tarde tornamos a trabajar. Demoramos tomando nota. Me invitó a comer. La verdad, no esperaba la sorpresa que tuve. Al entrar a la sala, junto a la señora Dolores de Osma de la Riva Agüero, la madre, y a la solterona tía Julia, vi el rostro apergaminado del Conde Michelangelli, viudo de una Astete y Concha, y en contraste de edad la muy adolescente de Enrique Tenaud, un efebo a quien engreían las dos damas Osma. Fue una cena pintoresca y cordial. La tía Julia se afanaba en que no hubiera "corrientes de aire que pudiesen dañar a José". A las once volví en tranvía a Lima.

Días después, el 4 de Julio, se produjo el golpe de Estado que llevó a Augusto B. Leguía a la Presidencia de la República. En realidad Leguía había vuelto de Inglaterra con toda la fuerza de un caudillo popular, y había ganado las elecciones sobre su rival, el señor Antero Aspíllaga, pero existía la fundada sospecha de que el Presidente José Pardo se inclinaría a lo propuesto por un sector del civilismo, el cual pretendía desconocer los comicios mediante algún ardid leguleyesco y realizar la elección por el Congreso. Riva Agüero había tenido un incidente policial durante el primer gobierno de Leguía, en 1911. A raíz de un artículo suyo publicado en "*El Comercio*", acerca de la situación política, el Ministro de Gobierno lo mandó detener; salió de la Prefectura a las pocas horas, gracias a la actitud valerosa de los estudiantes sanmarquinos, que pidieron y obtuvieron su libertad y, después, en la Cámara de Diputados, un voto de censura contra el Ministro, Dn. Juan de Dios Salazar y Oyarzábal: dichosos tiempos en que un mitin pacífico conseguía deshacer un entuerto policial y traer por tierra a un Ministro. Riva Agüero, pues, tenía sangre en el ojo con respecto a Leguía, y una deuda contraída con la insurgencia estudiantil.

Cuando Leguía fue reconocido como Presidente Provisional el 4 de julio de 1919, Riva Agüero lanzó una declaración, a nombre de su partido, Nacional Democrático (fundado en 1912), conde-

nando el asalto militar a Palacio. Fue una nota gallarda, pero, en seguida, comenzaron los desengaños. Primero uno, luego dos y después varios de los miembros del Comité Directivo del Partido manifestaron públicamente su disconformidad con la actitud de su jefe. Entre ellos recuerdo a Julio C. Tello, el insigne arqueólogo, quien naturalmente se inclinaba más a Leguía que al civilismo tradicional.

Me pareció obligatorio visitar en esos momentos a Riva Agüero. Subí a los altos de la calle de Lártiga, donde me desconcertó un tanto el silencio contrastante con la animación de meses atrás. Riva Agüero estaba prácticamente solo. Lo acompañaban su secretario Beltroy y su amigo y abogado el doctor Héctor Marisca. Hablamos largo. Me confió sus preocupaciones. Quedé perplejo. El hombre confesaba una noble angustia. Temía una dictadura vigorosa, y él no quería soportarla. Me habló de los dolores que amenazaban a la Patria, pero comprendí que en ello iba implícito su propia situación. Se veía ya enfrentado por el leguiismo rozagante y poderoso, convertido en víctima propiciatoria. Se lo dije. No me negó que su destino personal no fuera parte de su preocupación por la colectividad.

Volví a visitarlo. Ello fue si no me equivoco a comienzos o mediados de agosto. En todo caso, muy poco antes de su viaje a Europa, a donde había estado ya en 1914. Salimos juntos. Me convidó a pasear en su auto, y nos dirigimos, por el centro hacia la entonces recién abierta avenida de Miramar. Al pasar por el teatro "Excelsior", Gastón Roger, siempre en guardia donjuanesca, nos saludó afectuosamente. Riva Agüero me dijo entonces que se iba, que no volvería mientras Leguía estuviera en el gobierno, que temía que Leguía se quedara por muy largo tiempo, que sería un régimen duro. Le contesté que a mi juicio, su deber era quedarse. Me contestó:

—"Mire usted Sánchez, el Partido Nacional Democrático, que parecía de tanta fuerza en las altas esferas, como partido de la inteligencia, no ha podido retener en su seno a gente como Tello, por

quien tanto he hecho en Huarochirí, ni decidir a que jóvenes como usted se decidan a ingresar en él".

Fue un reproche velado, que me obligó a aclarar: "Ya se que varios de los estudiantes organizadores del homenaje a usted, pretendían que los demás nos enrolásemos en el partido. Creo que ha sido mejor respuesta, acompañarlo a usted hasta en estas horas malas, que firmar un registro y desaparecer enseguida. Además, no tengo vocación política". Esto último era, al menos entonces, absolutamente exacto.

Yo para ese tiempo tenía una sincera devoción histórica por Riva Agüero. El había demostrado su simpatía por mí en varias oportunidades. Así, cuando murió mi abuelo Rosendo, en agosto del 18, Riva Agüero acudió a nuestra casa de la esquina de San Marcelo y Acequia Alta, se quedó mucho tiempo, me pidió insistentemente que usáramos su automóvil para arrastrar el duelo, estuvo de veras cordial. Ahora, en este duelo cívico suyo, el de agosto de 1919, me pareció indispensable estar a su lado. Lo estuve.

Días después, Riva Agüero partió hacia Europa. Muy pocos despidieron a mi amigo. Apenas se supo su partida, Luis Fernán Cisneros publicó unos traviesos "*Ecos*" en "*La Prensa*" en Lima, asaetando al viajero. José María de la Jara y Ureta, miembro del partido "futurista" y cercano amigo de Riva Agüero, salió generosamente a la palestra en defensa del ausente. Cisneros insistió irónicamente. Replicó La Jara. Fue una bella demostración de lealtad y valor cívico la de La Jara, escritor perezoso, castizo y fino, que había popularizado años atrás el seudónido de "Gil Guerra" y una irrestrañable adhesión política a Don Nicolás de Piérola. Riva Agüero también había sido pierolista, como los Osma, sus parientes y adversario de los Pardo, también gente de su sangre.

De acuerdo con Riva Agüero, Jorge Guillermo Leguía y yo decidimos seguir comunicándonos con él. Para Jorge Guillermo la situación era algo tensa. Había sido nombrado miembro de la Secretaría Presidencial, de su tío Augusto, el Presidente, de quien era Riva Agüero franco enemigo. Pero Jorge Guillermo admiraba de

veras a Riva Agüero. Yo lo expresé así a éste en una primera carta. En su respuesta desde Burdeos, ya en 15 de julio de 1920, Riva Agüero me contestó mandando saludos a Jorge Guillermo, y diciendo en bellas palabras, que la política no debía perturbar la amistad y que consideraba a Jorge Guillermo y a mí, las más "fundadas esperanzas" de la nueva generación en materia de crítica literaria e histórica. Jorge Guillermo y yo anduvimos parando a la gente para mostrarles la carta. Era un espaldarazo inesperado. Raúl Porras nos hizo muchas bromas al respecto. El no simpatizaba entonces con Riva Agüero. La carta la he publicado en una *separata* del Boletín de Historia de la Facultad de Letras para que de ella quede constancia en beneficio de los tres.

Como es de uso no tardaron en escribir a mi amigo desde Lima, diciendo que yo había dicho o escrito que él Riva Agüero suscitaba las tendencias nacionalistas "a pesar suyo". Don José me escribió una larguísima y bella carta de protesta (Santander, 24 de agosto de 1920), heridísimo mas que por los ataques de sus enemigos, por la tibieza con que sus amigos aceptaron aquellos y mucho más porque yo "el más lucido representante de la juventud de hoy" (Dios se lo pague) pudiera siquiera admitir tal posibilidad. Me di cuenta de que el hombre sufría terriblemente de nostalgia y de hipersensibilidad. Le contesté poniendo los puntos sobre las ies, y él me lo agradeció muy de veras desde Logroño el 11 de Setiembre de 1920. Me aclaró que todo había sido fruto de referencias de terceros. ¡No ha cambiado Lima!

En esos días colaboré con Manuel Beltroy a la publicación trunca de la separata "*El Conde de la Granja*", que apareciera en *Mercurio Peruano*. Desde entonces escribe Riva Agüero con cierta periodicidad. Me contó sus impresiones del Mediterráneo. Empezó a tentarlo el facismo: la marcha sobre Roma ocurrió en 1922, y Riva Agüero andaba en Italia. Luego le sugestionó el alzamiento de Primo de Rivera, a raíz del desastre de Annual. Era la etapa de los dictadores ostentosos y fanfarrones, con pujos de tradicionalistas. El democrático Riva Agüero, el liberalísimo elogiador de González Prada y de Palma, más liberal de lo que se supone, cedía el paso a un

corporativista de tipo nacionalista. En ese tiempo, quiso copiar no recuerdo que documentos en la Biblioteca Vaticana y la Biblioteca Imperial de Viena. Le exigieron credenciales de alguna entidad oficial. Me las pidió. Hablé a Gálvez, que era Decano de Letras, hacia enero de 1929, y le otorgamos una carta credencial que refrendó el Ministro de Instrucción y Culto, el doctor José Matías León, muy amigo de Riva Agüero. De esta suerte se operó una especie de acercamiento tácito entre el gobierno de Leguía y el ausente. Leguía, según me había dicho antes Jorge Guillermo (quien para esa fecha regresaba del destierro, a que lo condenara la filial adhesión a su padre, don Germán), Augusto Leguía, digo, estimaba mucho a Riva Agüero; según su vieja práctica, quería atraérselo. Yo a mi turno pensaba que él podía ser un gran Rector de San Marcos, habida cuenta de sus ideas liberales, su devoción por todo lo peruano, su señorío y su cultura. Yo no veía más allá, salvo que el Rector Deustua estaba ya muy cansado y se iba a jubilar en julio de 1930. Deustua, nacido en 1849, tenía entonces ya ochenta años: moriría a los 94 años. Consulté el caso a Riva Agüero, a comienzos del 30, pues encarábamos una transformación en San Marcos. Riva Agüero me contestó por cable que no podía decidir nada de momento, porque el estado de salud de su tía Julia era muy precario y que no podía dar ningún paso sin considerar tal circunstancia. Poco después moría la venerable tía Julia. Acababan de publicarse cuatro libros que hirieron la sensibilidad de Riva Agüero: "*Por la emancipación de la América Latina*" de Haya de la Torre, en Buenos Aires; "*Tempestad en los Andes*" de Luis Valcárcel, con prólogo de Mariátegui y colofón mío; "*Siete ensayos sobre la realidad peruana*" de Mariátegui, y el primer tomo de mi "*Literatura peruana*". Al acusarme recibo de este y del programa de mi curso universitario de Literatura Americana y del Perú, Riva Agüero me hizo confidente de sus más profundos sentimientos y de sus convicciones patrióticas. No puedo dejar de transcribir algunos párrafos de esa carta que él me pidió entonces(Roma 28 de junio de 1929) que no saliera de mi en ese momento, pero han pasado ya treinta y tres años, durante los cuales cambiaron nuestras relaciones y nuestros sentimientos y él murió hace dieciocho.

En esta hermosa carta me condecora con los siguientes conceptos:

> "Yo querría, si muero sin retocar mis escritos, o si no alcanzo a corregirlos yo mismo, como principio a hacerlo, que fuera Ud. mi editor y anotador. Althaus me propone reimprimir en París mis estudios sobre los historiadores peruanos, y creo que este mismo año lo haré *sin innovar* el texto; pero para los otros opúsculos, confío, si la vida o la afición me faltan, que un tan buen amigo como Ud., en cuyo tino y justicia tengo probada confianpa, me preste su concurso. Y aun desde ahora, como la ausencia es hermana gemela de la muerte, a esta distancia disfruto ya del íntimo consuelo, a través de las páginas de Ud. de verme comprendido y apreciado casi como si resucitara y me contemplara desde la más equitativa posteridad".

En esta carta Riva Agüero revela su criterio político: reconstrucción de la unidad peruboliviana, recuperación de Tacna y Arica, unidad latinoamericana frente a los Estados Unidos, fortalecimiento de los vínculos con España, sin desmedro de la revaluación del pasado indígena, rechazo del "pacifismo internacionalista" y del liberalismo, fe en que el verdadero nacionalismo será la reivindicación de lo indio. En suma, se proclama *reaccionario*, pero no conservador.

En esa misma carta agradece las gestiones mías y de José Gálvez para obtenerle las credenciales de la Facultad de Letras a fin de poder investigar en los archivos de Vaticano y Viena, y el nombramiento honorario que le confirió el Ministro León, es decir, el gobierno de Leguía.

A esa altura, frente a la tercera reelección de Leguía, las cosas habían cambiado. Además, se había firmado el Tratado de Límites con Colombia, el de Paz y Armisticio con Chile. La protesta de Riva Agüero lleva implícita, pues, la revisión de este Tratado, por algún medio hasta hoy desconocido.

En 1930, la situación varió sensiblemente. Le escribí entonces, insistiendo en mi primitivo proyecto de que volviera como Rector

de San Marcos. Pensaba yo que podía ser de gran utilidad a la Universidad. No conocía nada sobre sus profundas variaciones doctrinarias en pos del fascismo y del ultramontanismo. Yo iba a publicar mi *"Don Manuel"*, y Riva Agüero había elogiado mucho de joven, a González Prada. Yo creía en la sinceridad democrática de Piérola, y Riva Agüero lo había enaltecido.

El 22 de agosto se produjo en Arequipa un estallido militar dirigido por el Comandante Sánchez Cerro, e inspirado, al menos en su manifiesto, por un grupo de civiles en que figuraban Manuel Bustamante de la Fuente, Manuel A. Vinelli y José Luis Bustamante y Rivero. El día domingo 24, la guarnición de Lima arrancaba la dimisión de Leguía. El hecho se consumó al amanecer del 25: esa mañana o al día siguiente atracaba el barco a bordo del cual regresaba Riva Agüero. Si alguna decisión había tomado en el sentido de aceptar el ofrecimiento de la Rectoría de San Marcos, como pienso que pudo ser su inclinación, no se materializó. El 26, mediante el "decreto de la bota", era repuesto en la Rectoría el doctor José Matías Manzanilla. Reempezaba una vieja querella.

Inmediatamente de la llegada de Riva Agüero nos pusimos en contacto. Fui a verlo en la misma casa de Lártiga. Lo encontré demasiado inquieto por su situación financiera. Colmó de reproches a su administrador, habló de que había disminuido sus ingresos, lo vi en posición de dueño de casa defraudado. Me produjo desconcertante impresión. Pero él era demasiado curioso y demasiado inteligente para no advertir aquello. Pocos días después me visitó en mi casa de Magdalena del Mar y me pidió que lo pusiera en contacto con la gente nueva. Organicé de acuerdo con él, un almuerzo en su residencia de Chorrillos. Recuerdo entre los asistentes a José Jiménez Borja, Martín Adán, Enrique Peña Barrenechea, Estuardo Núñez, tal vez Adolfo Westphalen y Jorge Basadre. Enseguida me pidió que lo conectara con los pintores. El indigenismo estaba en su apogeo. Lo llevé a la Escuela de San Ildefonso, y examinó con grandísimo interés las pinturas de José Sabogal, de Julia Codecido, de Camilo Blas. Al regresar al centro me habló de otros temas. Entre ellos de Haya de la Torre; se quejó de las alusiones que

había leído en *Por la emancipación de la América Latina*, pero no censuró más.

En esos días, ya en noviembre del 30, una zancadilla del civilismo más retrógrado hizo caer al Ministro de Gobierno de la Junta, comandante Gustavo Jiménez. Lo reemplazó el coronel Antonio Beingolea, quien era una especie de Mayoral de la Hacienda Tumán, propiedad de los Pardos. De inmediato, el día de Tarapacá, el 27 de noviembre, se inició una pérfida persecusión contra los elementos jóvenes de la política, entre ellos yo mismo, acusándonos de conspiradores, lo que, al menos en mi caso, era totalmente falso. Si alguien conspiró entonces fue el sector joven del ejército con anuencia de Sánchez Cerro mismo; ya relataré en otro capítulo toda la verdad al respecto.

Al encontrarme sin saber cómo ni por qué comprometido en una conjura y víctima de persecusión policial, acudí en plan investigatorio, a dos íntimos amigos míos que lo eran también del comandante Sánchez Cerro, nuevo "amo del Perú". Me refiero a los entonces comandantes Gerardo Dianderas y Antonio Rodríguez. Los dos me respondieron que se trataba de una intriga originada en ciertos consejeros del comandante-presidente, bajo la inspiración de Alfredo Herrera, gratuito adversario mío desde la Universidad. Herrera ejercía el secretariado de la Presidencia. Como resultaba del todo absurdo seguir en calidad de perseguido sin causa, pensé en que una conversación de tú a tú podía resolver las cosas, máxime cuando quienes me habían tentado políticamente (no para conspiraciones, sino para afiliamientos) estaban detenidos, como Carlos Manuel Cox, o se habían acogido al asilo, como Manuel Seoane. Era a fines de diciembre; pensé en Riva Agüero y le dirigí unas líneas solicitándole que esclareciera la raíz del asunto. Lo hizo en el acto. Habló con el Doctor Manuel Augusto Olaechea, flamante Ministro de Hacienda de la Junta, y me citó en el despacho de este para visitar a Sánchez Cerro; era en víspera de la Navidad de 1930.

Riva Agüero me esperó en su automóvil, en la Plaza de Buenos Aires. Llegamos juntos a Palacio. Olaechea nos condujo al despacho presidencial. Casi de inmediato salió a recibirnos Sánchez Ce-

rro, vestido de plomo claro, tratando de ser cortés, sobre todo con Riva Agüero; conmigo fue ceremonioso. En otro lugar refiero esta entrevista, una de las más singulares y pintorescas que haya tenido yo en mi vida. Riva Agüero fue objeto de grandes halagos de parte del servil monarca provisorio; se lo quería atraer. Ahí supe que, al morir en Italia, la madre de Riva Agüero, Sánchez Cerro, como becado del gobierno de Leguía, le visitó para expresarle su pésame, pero mi devoto amigo no se había dado cuenta del visitante ni de la visita. Ahora cambiaron cumplidos. En honor de la verdad, el civil fue más parco. Cuando salimos, casi a las puertas de la Residencia presidencial, Riva Agüero me cogió del brazo muy sigilosamente y me dijo:

—"Gracias, amigo Sánchez, muchas gracias".

—"Soy yo quien debo dárselas por su intervención, doctor, no entiendo que tenga usted que agradecerme a mi".

—"Se equivoca, Sánchez. Yo había aceptado en principio ser miembro del Congreso Constituyente que iba o va a convocar este ...bárbaro. Pero ahora, después de haberlo oído, sobre todo —subrayó picarescamente— eso de que si hay revolución se acuesta sin más ni más, sin pijamas, y se bebe al mismo tiempo una taza de té y otra de chocolate, no podría aceptar acompañarlo. Habría sido un error. Se lo debo a usted, Sánchez no cometerlo.

!Buen humor de don José!... Me acompañó hasta la Magdalena. Estuvo amable y burlón. Nos seguimos viendo. Poco después asistió a un almuerzo o comida en el Restaurante "Astoria" regentado por el francés Grand Jean (no Fausto). Yo me había decidido a intervenir en política. Los marinos echaron a Sánchez Cerro. Surgió la Junta de Samanez Ocampo. Se lanzó la candidatura de don Arturo Osores. Llegó Haya de la Torre después de ocho años de destierro: el 15 de agosto de 1931. Riva Agüero era muy adicto de Osores; no obstante, un día me dijo:

—"Si hubiera oportunidad ya que usted es tan amigo de Haya de la Torre, me agradaría conocerlo, siempre que no sea algo forzado, que no aparezca como un deseo mío".

Entendí y me pareció conveniente, patriótico y grato relacionar a dos personas amigas que eran el uno un líder efectivo y el otro potencial. Invité a Haya de la Torre a tomar té en mi casa el 24 de setiembre a las 6 de la tarde, y a Riva Agüero, a lo mismo, con una hora de retraso, contando con la entonces incorregible impuntualidad de Haya. El día señalado, dando las 7 entraba Riva Agüero en casa. Conversó con todos. Al cabo de un rato preguntó por Haya. Le dije que iba a llegar de un momento a otro. No llegó hasta después de las 8. Riva Agüero se había despedido ya. Por su parte, Haya enseguida me preguntó por Riva Agüero desde su ingreso. Le dije lo ocurrido. Se lamentó mucho y muy de veras. Las elecciones se realizaron el 11 de octubre. Antes de eso, Riva Agüero que no se atrevía a apoyar francamente a La Jara y Ureta, su antiguo y leal amigo, optó por secundar a Sánchez Cerro, nuevamente en la carrera presidencial. Me pareció extraño después de lo que yo había visto y oído en noviembre anterior. Tuve que entenderlo a la luz de la teoría del "mal menor". Pero estoy seguro de que si el 24 de setiembre hubieran coincidido en casa Haya y Riva Agüero, habrían podido variar radicalmente las cosas del Perú.

En octubre me eligieron miembro de la Constituyente como representante por Lima. Riva Agüero me felicitó enseguida. Las buenas relaciones no se perturbaban por las discrepancias políticas. Durante aquel mi breve paso por el Congreso, recibí cuatro a cinco tarjetas de congratulación de Riva Agüero. Una de ellas, a raíz de una cita que hice de su bisabuelo respondiendo a Víctor Andrés Belaunde. Tuve la sensación, por la misiva, de que Riva Agüero no estimaba particularmente en aquel momento o por aquella circunstancia, a Belaunde.

Antes de esto, en el período de marzo a setiembre de 1931, Riva Agüero ejerció la alcaldía de Lima. Ejerciéndola me llamó un día a su despacho, en el Palacio de la Exposición, donde se encuentra ahora el Museo de Arte. El objeto del llamado era pedirme que los catedráticos de Letras postergáramos la elección de Jorge Guillermo Leguía para Historia de América a fin de dejar en paz a Pedro Dulanto, contemporáneo de Riva Agüero.

—Yo comprendo, Sánchez, que Jorge Leguía es un excelente hombre de estudio, pero quisiera que no se perturbara a Pedro, que aunque algo ocioso, no lo hace del todo mal, y lo necesita.

No le prometí nada. Recordé la generosa actitud de Jorge Guillermo cuando pudo ser martillo. Lo elegimos catedrático: Jorge era además Secretario General de la Universidad, bajo la Rectoría de José Antonio Encinas.

La Rectoría de Encinas significó la implantación del co-gobierno estudiantil, según el decreto ley de 7 de febrero de 1931. Riva Agüero a quien habíamos incorporado como Catedrático de Historia del Perú, aceptó esa situación. Al constituirse el Instituto de Historia de la Facultad de Letras, lo elegimos Presidente. La secretaría la ejercía un delegado alumno, Jorge Fernández Stoll, más tarde Ministro de Gobierno y Policía. Formábamos parte de dicho Instituto, como profesores, Basadre, Leguía, Abastos, yo; como alumnos, Fernández Stoll, Silva Salgado.

En julio o agosto de 1931 se presentó con inequívocos caracteres el propósito del grupo conservador universitario de relievar a toda costa a Víctor Andrés Belaunde, que en mayo había sido adversario, abrumadoramente derrotado, de Encinas para la Rectoría. En esa oportunidad la Facultad de Teología encabezada por Monseñor Phillips votó por Encinas. La Facultad de Jurisprudencia, por el voto de catedráticos y alumnos, eligió a Belaunde para una cátedra. Luego presentaron su candidatura para la de Historia Moderna en La Facultad de Letras: su opositor era Manuel G. Abastos. Ya contaré en otra oportunidad como se organizó el movimiento en torno de Abastos al que fui invitado por Jorge Basadre, quien luego abandonó el país. Se trata aquí de Riva Agüero. En segunda votación, después de un empate, Abastos ganó a Belaunde por dos votos. Jorge Guillermo decidió ese triunfo. Pretendieron entonces los simpatizantes de Belaunde organizar una conferencia en el General de San Marcos. Ya, anteriormente, Belaunde había pronunciado allí una disertación sobre Espinosa y Pascal. Encinas empezaba entonces su rectoría. Yo tuve noticia de ciertos preparativos del sector civilista, especialmente los afiliados al Lawn Tennis de la Exposi-

ción, para convertir la conferencia en manifestación política pro-conservadora, así como de la reacción de comunistas y procomunistas, entre ellos la escultora Carmen Saco, la escritora Angela Ramos, los miembros del Grupo Rojo Vanguardia de que formaban parte Tomás Escajadillo, Jorge Fernández Stoll, Gonzalo Otero Lora, Mario Samamé Boggio, Nicanor Silva Salgado, Jorge Patrón Irigoyen, Ricardo Palma Silva. Yo había fundado y dirigía el Departamento de Extensión Cultural, pero en aquella oportunidad invité al Rector Encinas a presidir la actuación. Me reservé el derecho de pronunciar las palabras finales. Lo hice tratando de fijar la posición de la Universidad y de evitar un choque. Belaunde acompañado por Encinas, por mi y por su cuñado Francisco Moreyra, tuvo que salir por la Puerta de la Calle del Noviciado, mientras los comunistas y afines lo esperaban en la puerta de Derecho. Aquello había ocurrido hacia fines de 1931. La nueva tentativa se planteaba en agosto. Sucedió lo esperado. Los miembros de la Federación de Estudiantes, con Escajadillo a la cabeza, se opusieron a la nueva conferencia de Belaunde en San Marcos, enardecidos por los conatos conspiratorios mencionados. Hubo un tumulto muy estudiantil. Víctor Andrés Belaunde no pudo hablar. Al día subsiguiente, Riva Agüero renunciaba públicamente en carta violentísima a sus cargos en San Marcos, protestando contra el rechazo a Víctor Andrés y de contera contra el régimen del cogobierno que él había aceptado y al que había servido, sin queja alguna, durante varios meses. Cuando encontré a Riva Agüero, semanas después, le reproché ese acto. Le recordé que no podía rechazar un régimen que él había aceptado y que lo había honrado pese a conocidas diferencias ideológicas. Riva Agüero trató de explicarme su actitud a causa de fraterna amistad con Víctor Andrés. Yo no tenía nada contra éste desde un punto de vista personal. Al contrario había cooperado con él en el *"Mercurio Peruano"*. Además, me ha repugnado siempre la unilateralidad y el cerrilismo. Pero la reacción de Riva Agüero me pareció excesiva y mal fundada. Nos separamos disgustados.

En las elecciones del 11 de octubre, Haya fue derrotado mediante un flagrante fraude electoral de que hubo pruebas plenas sobre todo en los casos de Puno, Cajamarca, Lima y Piura. Yo

como dije fui electo miembro de la Constituyente por el departamento de Lima, en la lista aprista. Riva Agüero no vaciló en felicitarme con gran señorío. Se lo agradecí y nos reconciliamos. Se instaló el congreso el 8 de diciembre, en medio del más espantoso oleaje de pasiones. Durante sus sesiones llevé la voz cantante aprista y tuve como rival a Víctor Andrés Belaunde. Un día, a propósito de no se que asunto nada parlamentario, Belaunde se refirió a las causas de la independencia del Perú. Yo había leído la noche anterior el viejo folleto "de las 28 causas", atribuido al bisabuelo de mi amigo Riva Agüero, publicado en "Lima, capital de la opresión", el año de 1818. Hallé que Belaunde repetía íntegros del viejo Riva Agüero y Sánchez Boquete y lo dije citando página y frases textuales. Fue un éxito de galería, que no me enorgullece ahora. Al volver a casa, la noche siguiente, tuve una grata sorpresa: Riva Agüero me había dejado una tarjeta por "su respuesta a Belaunde y su oportuno y grato recuerdo de mi bisabuelo". Era puntual siempre el amigo y maestro.

El 6 de enero de 1932 hubo otra oportunidad para que Riva Agüero y Haya de la Torre se encontraran en casa. No fue posible terminar los arreglos, porque Haya acababa de regresar subrepticiamente de Trujillo, y se mantenía en cierta clandestinidad, y Riva Agüero habría querido formalidades inaplicables. En la madrugada del 15 de febrero se inició la represión final contra el aprismo, empezando por sus parlamentarios que, sin embargo, éramos constitucionalmente inmunes. El 17 concurrimos sorpresivamente Carlos Manuel Cox y yo a la Cámara, burlando la vigilancia policial, a fin de responder a las declaraciones del gabinete Lanatta. En la madrugada del 18, la fuerza pública, armada hasta de ametralladoras, asaltaba el local del Congreso y nos conducía presos a una docena de congresistas. Cundieron la ira, la rebelión y el pánico en todo el país, Riva Agüero acudió a casa a expresar su sentimiento y su deseo de ser útil. Me conmoví cuando lo supe.

Partí al destierro. A mi padre, antiguo empleado público, con más de treinta años de servicios, lo arrojaron de su puesto por el delito de ser yo su hijo. En vano protestó en el Congreso mi com-

pañero de cámara Emilio Romero, y en vano gestionó Riva Agüero una rectificación del abusivo acuerdo. Mi padre, que era orgulloso, rogó a Riva Agüero que no interviniera más, puesto que militaba en campo contrario. Yo escribí desde Panamá o Quito a Riva Agüero, dándole las gracias. Por eso, cuando a raíz de la amnistía del 10 de agosto de 1933, regresé al Perú el 1º de setiembre, me produjo vivo resentimiento recibir un recado de Riva Agüero: valiéndose de los buenos oficios de un entonces relacionado mío, Juan Vargas Quintanilla, me hizo dar la bienvenida, agregando que lo hacía por interpósita persona en vista de las circunstancias políticas. Pedí al intermediario que trasmitiera mi respuesta: "Hemos sido demasiado amigos para usar de estos subterfugios; si no quiere o no puede visitarme para algo tan elemental como es la bienvenida, puede llamarme por teléfono; pero no lo acepto por encargo". Creo que estuve en mi derecho.

No nos volvimos a ver, aunque amigos y enemigos comunes trataron de acercarnos o distanciarnos, según el caso. Por fin, a raíz de la manifestación aprista de la Plaza de Acho en setiembre del mismo año 33, el general Benavides decidió cambiar su gabinete cancelando al democrático Jorge Prado para sustituirlo con Riva Agüero, con un ministro de Gobierno de malos antecedentes políticos, el comandante Alfredo Henriod. Para entonces, ya Riva Agüero había pronunciado su discurso de la Recoleta (1932), discurso que significó expresa renuncia en su liberalismo juvenil, adhesión pública al fascismo, o sea en cierta forma la realización de los principios enunciados en su comentada carta de 1928. A grito herido voceó su reencontrado catolicismo, un tanto de corte mahometano por su belicosa intolerancia. Naturalmente, su Ministerio tendría que ser de guerra .Lo fue.

Yo daba clases en el Liceo Comercial del Perú, que contribuí a fundar en 1928, ejerciendo la representación de Pedro Bentín Mujica. Me pagaban poco, pero puntualmente. También dictaban clase ahí Alberto y Ernesto Arca Parró, Antenor Orrego, Eloy Cabrera Charún, Andrés Echegaray, Ernesto Asher, todos bajo la dirección de Raúl Garbín. Pues a este le llamó Riva Agüero, ya ministro de

Instrucción, para decirle lisa y llanamente: O usted despide a los maestros revolvedores que tiene en su Liceo, especialmente a Sánchez, o yo ordenaré que le hostilicen hasta donde puedan. Garbín alarmado voló a contármelo. Me dijo: "Prefiero que me cierren el Liceo a cometer esa felonía". Y agregó: "Pero ¿no me había dicho usted que Riva Agüero era su amigo?

El 6 de enero de 1934 se desencadenó una sañuda persecusión contra una media docena de dirigentes apristas, acusándonos de un complot que no existió jamás, por lo menos en nuestras manos: el llamado "complot de los sargentos". Las víctimas de aquella estratagema fuimos Pedro Muñiz, Luis Heysen, Carlos Manuel Cox, Manuel Seoane, el coronel César Pardo y yo. Riva Agüero lanzó sus huestes policiales contra nosotros. Dio orden de capturarnos vivos o muertos. Sin embargo supe que en momentos de parlante solaz habría declarado al jefe máximo de la soplonería limeña, a Damián Mustiga, que él, Riva Agüero, seguía considerándose mi amigo: hasta hoy no he entendido eso que se llama "amor serrano", consistente en redoblar la adoración a quien nos hiere. En represalia descargué sobre Riva Agüero la furia de mi peor prosa, en las columnas de *La Tribuna* clandestina. Antes, sobre un borrador de Seoane, que yo solo corregí y completé, hicimos la autopsia de la generación de Riva Agüero, documento que Ventura García Calderón, con su habitual vehemencia me atribuye totalmente en su libro "*Nosotros*", dedicado en gran parte a mi persona.

El insultante mote de "Sánchez Cerro erudito", que acuñé entonces, hirió en lo vivo a Riva Agüero. Más me hirió a mi vivir seis meses a salto de mata, sin poder ganar un centavo, ni salir de día, apartado de mi familia, y sobretodo de mis hijos pequeños, el menor de los cuales tenía entonces apenas cuatro años. Quien no ha tenido hijos ni deberes de corazón, no podrá jamás comprender ciertos matices de refinamiento en la crueldad. A nadie deseo esa experiencia.

Por fin, el general Benavides, en la urgencia de alcanzar respaldo para arreglar el infortunado conflicto con Colombia, resolvió desprenderse de Riva Agüero, y puso el cúmplase a la ley de divor-

cio. Hábil maña criolla. Riva Agüero renunció ostentoreamente, aunque, a renglón seguido, propuso una forma transaccional para quedarse de Ministro, salvando la cara, con el objeto de continuar su política de agresión contra el aprismo que se había convertido en su "*bete noire*". La suerte estaba echada. Riva Agüero quedó fuera del ministerio y los apristas recuperamos el libre uso de nuestras prerrogativas ciudadanas. A mediados de mayo fui designado director de *La Tribuna*. Una mañana, viniendo de donde mi editor Domingo Miranda, que tenía su librería principal en la calle de Filipinas, vi que un caballero me saludaba batiendo la mano desde su automóvil. Me pareció ver visiones y volví el rostro a mirar de nuevo; la mano gordezuela tornó a saludarme: era Riva Agüero. No respondí a su saludo, no podría decir si deliberadamente o a causa de la paralización que me causó la sorpresa. El se quejó a un amigo común: le expliqué mi punto de vista. Lo encontró natural.

Meses después, el 26 o 27 de noviembre, me apresaron otra vez, a raíz de una conspiración fallida, la única en que realmente he intervenido aunque sin conocer detalles técnicos que, al serme revelados después me parecieron dignos de risa. En diciembre me lanzaron nuevamente al destierro. El 13 llegábamos a Chile, los primeros desterrados por Benavides, entre ellos los escritores Ciro Alegría y Juan José Lora.

La restablecida tiranía de Benavides nombró a Riva Agüero presidente de una Comisión expurgadora de textos escolares. De sus dictámenes inquisitoriales solo fue publicado, desde luego por *El Comercio*, el que declaraba peligroso, digno de las llamas y otras cosas peores unos textos míos. Riva Agüero aconsejó que ellos fueran recogidos de las librerías y bibliotecas. Poco faltó para que me quemaran en efigie. Aquello me dejaba sin ninguna posibilidad de obtener sustento de Lima. Me perjudicó y peor que eso me lastimó. Y en un rapto de fundada, pero excesiva ira escribí una hoja terrible titulada "*Ecce Riva Agüero*". Gasté en imprimirla mis pocos ahorros. "*La Noche*" de Lima la reprodujo, condensada. Me cuentan que Riva Agüero se sintió espantosamente dolido. No era para menos: ya he dicho en mi discurso de agradecimiento al banquete

que me ofrecieron en octubre de 1959, al cumplirse mis 40 años de publicista, cuánto me habría gustado no haber escrito aquella página. Pero, la escribí movido por la incomprensible saña de Riva Agüero, no solo contra mis ideas sino contra mi única forma de ganarme el sustento: la proveniente de mi pluma.

Cuando, en 1944 supe que Riva Agüero había fallecido solitario en un cuarto del Hotel Bolívar, yo estaba en Nueva York, en una modesta *suite* del viejo Hotel Marlton, de la calle 8, en plena entraña del Greenwich Village. Quise decir una palabra cínica de regocijo; no me brotó. Pudo más mi sentido de justicia, el aprecio a la obra egregia y una inevitable ternura de que no puedo desprenderme y que rodea e inmuniza a mis amigos.

Cuando estuve de paso por Lima, en Noviembre de 1944, Raúl Porras y el Padre Plácido Ayala me contaron los detalles de aquel deceso. Todavía me mortifican.

Respeté y respeto en Riva Agüero la acuciosidad del investigador y la entereza del hombre. Fue muy apasionado, cierto, pero definido. El reproche mayor que se le puede dirigir es el de no haber realizado a cabalidad la obra para la que estuvo, como pocos, preparado. Los años de autodestierro debieron ser más fecundos: se lo dije y trató de explicarse. Con sus conocimientos sobre el Perú, su amplia cultura, su capacidad de trabajo, sus disponibilidades de tiempo, sus medios, su indudable talento y su agresiva lógica, era el llamado a escribir la historia del Perú aunque fuese con las limitaciones de genealogía y credo que habría sido fácil descontar. Esto lo pensé y lo dije siempre. Hoy, traspuesta la edad a que llegó Riva Agüero, fallecido a los 59, reconsidero muchos juicios excesivos, sobre todo el vitriólico *Ecce Riva Agüero* y tiendo la mano de leal adversario y firme amigo a quien un día llamé maestro —y "no me corro".

MANUEL GONZALES PRADA
(Recuerdo de un hijo)

ALFREDO GONZALEZ PRADA (1891-1943)

Es una extrañísima sensación la que experimento al verme escribiendo sobre mi propio padre. Pero, como el director de *Books Abroad* * ha insistido tan amablemente, no me puedo negar más, y trataré de reunir, en notas hasta hoy no publicadas, retazos de recuerdos y unas cuantas anécdotas que sirvan para esclarecer más la vida, la obra y la actitud de un escritor peruano de la generación pasada.

Mi padre era alto —un poco más de seis pies—, muy erguido y de complexión atlética; de ojos azules, nariz perfecta, cabellos plateados, barbilla agresiva y un todavía más agresivo bigote a lo Lord Kitchener. (Hasta los cuarenta y cinco usó patillas a la española; pero un día, yendo por la calle, se miró a un espejo, y se vió "tan absurdo con aquellos pelos", que entró al punto a una barbería y se los hizo afeitar.) Solía caminar con gran dignidad, lo cual era, sin duda, una de sus más saltantes características. Un periodista chileno, Jorge Hübner Bezanilla, que, en 1917, pasó varios meses en Lima, escribía, poco después de la muerte de mi padre, lo siguiente: "Yo lo vi pasar cien veces por las calles de Lima: alto, magnífico, atrayendo todas las miradas. Su elegante manera reflejaba la serenidad de su alma. Su personalidad era tan fuerte que

---
* Revista trimestral de la Universidad de Oklahoma.

daba la impresión de un hombre capaz de encararse a una asamblea tumultuosa y hostil, e imponerle silencio con sólo un gesto de su mano".

En casa era muy distinto. Por ser uno de los más beligerantes escritores de Hispanoamérica, la leyenda lo presentaba como un hombre violento y amargado. La realidad difería mucho: era tranquilo y pacífico, alegre y hasta juguetón. Pero, lo más extraño es que tal diferencia entre la impresión que causaba y la realidad en que vivía, encuentra curioso paralelo en sus escritos: toda su prosa es severa; mas gran parte de sus versos, en especial los inéditos, son satíricos y humorísticos.

Etnicamente, mi padre era casi totalmente español. Su familia, por ambas líneas, venía de Galicia, la céltica región noroccidental de la Península; pero tenía alguna sangre irlandesa, por una de sus abuelas maternas, hija de madre española y padre irlandés. Este, de apellido O'Phelan, fué uno de los refugiados religiosos que, en el siglo XVIII, emigraron de Irlanda, en pos de asilo, hacia las católicas colonias del rey de España, y casaron con mujeres de su propio rito en la patria adoptiva. Ninguno de los biógrafos de mi padre (ni siquiera Luis Alberto Sánchez, el más acusioso de todos) ha concedido gran importancia a la influencia de ese remoto abolengo no-hispánico. Quizás tuvieron razón; pero siempre me sorprendió a mí, observar los profundos rasgos de irlandés que mostraba su psicología, sin hablar de su aspecto físico como, por ejemplo, su notable parecido con Parnell sin barba, pero con la misma nariz, los mismos ojos, la misma frente luminosa y la misma arrogancia.

Vivíamos —mi padre, mi madre y yo— en una pequeña y atrayente casita en el centro de Lima, una casa de un piso con su patio lleno de plantas y flores, y una gran enredadera, en la que, por primavera, hacían los pájaros sus nidos. La casa tenía seis o siete piezas y un espacioso traspatio. A la izquierda del patio, entrando a la casa, había una "ventana de reja": pequeño departamento de dos piezas, con una ventana enrejada sobre la calle. (Esas "ventanas de rejas", que ahora están desapareciendo de Lima, son uno de los residuos de la arquitectura hispano-colonial típica). Fué ahí

donde, por más de treinta años, vivió mi padre (1887-1918); ahí tenía su escritorio y su biblioteca .

Como regla general, se levantaba hacia las siete de la mañana; tomaba el desayuno con mi madre y conmigo, y el resto del día lo pasaba en su gabinete, excepto el intervalo del almuerzo, o cuando se le ocurría —con frecuencia— ir a la escuela, a medio día, por mí. Yo tenía entera libertad para interrumpirlo a mi gusto y sabor; él era el reverso de los hombres disciplinarios, y mis interrupciones, si no siempre bien recibidas, al menos eran amablemente toleradas. En su escritorio empleaba las horas leyendo y escribiendo. A veces, yo me le acercaba y le decía: "Pero, papá, tú no haces *nada*, tú *lees* todo el tiempo".

El se reía divertido, pero no me contestaba, pensando, acaso, en la malévola acusación de "ocioso" lanzada contra él. Sus compatriotas no podían entender la invisible, pero extenuadora tarea de un hombre de letras. ¿Cómo puede un hombre inteligente contentarse con un pequeño ingreso y no buscar un puesto de gobierno o en alguna empresa lucrativa? Cómo podía un hombre dedicar su vida a la literatura, ocupación que, de acuerdo con los patrones de vida sudamericana, se suponía monetariamente improductiva *per se*. Los romanos calificaban a esta clase de vida con tres palabras tomadas de Cicerón: *otium cum dignitate*, pero los peruanos de las generaciones precedentes usaban una sola palabra: ociosidad.

Mi padre solía sentarse en una incomodísima silla, frente al escritorio, leyendo, tomando notas, sumido en sus pensamientos. Esa predilección peculiar por los asientos duros, es muy española: cada vez que veo esas hostiles y angulosas sillas de vaqueta, en que mis abuelos se sentaban, comprendo el estoicismo con que los españoles sobrellevaron tantos contrastes a través de los siglos, no necesariamente para conquistar tierras remotas, sino también en la supuesta comodidad del hogar... En esa silla, mi padre se sentaba horas de horas: extático, inmóvil, aparentemente sin experimentar nunca la necesidad de descanso. A veces, el perro o el gato saltaban sobre sus rodillas, y, como Buda con los pájaros anidados en su cabellera,

mi padre permanecía en la misma postura para no perturbar el sueño del animal.

Los libros tuvieron gran importancia en la vida de mi padre. Su biblioteca, no muy grande (cerca de tres mil volúmenes), estaba admirablemente escogida según sus preferencias. Pero aparte de los deleites que le proporcionaba, constituía su tenaz preocupación, a causa de las polillas, esos voraces insectos de la costa peruana, capaces de devorar un libro en pocas horas, y de traspasarlo de tapa a tapa con la cruel perfección de un taladro. Varias veces al año se realizaba la importante ceremonia de "limpiar los libros": cada tomo tenía que ser meticulosamente empapado en kerosene, mezclado con ciertos productos químicos (junto a la cubierta, a fin de no humedecer las hojas), único medio más o menos eficaz de defenderlos contra las polillas. Mi padre ejecutaba este trabajo personalmente, desde la misma preparación del insecticida. El era experto químico (supervivencia de sus días de agricultor y de sus investigaciones para fabricar almidón industrial), y ponía gran interés en tales experimentos. Yo no recuerdo si al fin logró encontrar la fórmula del perfecto *polillicida*, pero, sin duda, tuvo pleno éxito en hacer de su biblioteca la más olorosa que jamás haya conocido yo en toda mi vida...

Verlo coger un libro era un placer: trataba hasta las más ordinarias ediciones con el mayor cuidado y respeto. Nunca marcaba una página ni con la más leve rayita de lápiz; pero agregaba al final del tomo una estrecha tira de papel en la que apuntaba sus notas y referencias.

Recuerdo un incidente particularísimo, que muestra a qué extremos lo llevaba su bibliofilia. Un día, en Lima, mi padre y yo íbamos en un tranvía, frente a un hombre absorto en hojear un libro. El hombre parecía un cualquiera, pero el libro era una edición espléndida: un *in-quarto* con magníficos grabados y las páginas sin cortar. De pronto, usando la mano a guisa de cortapapel, el individuo metió los dedos entre las hojas, hizo un violento ademán y empezó a abrir el pliego, dejando el filo de las páginas más dentado que una sierra. Esto ocurrió dos o tres veces. Miré a mi padre: estaba páli-

do de rabia: "Vámonos —me dijo—; porque si este bárbaro sigue así, lo voy a tirar abajo".

El "bárbaro" estaba a punto de "atacar" la página siguiente, cuando el carro se detuvo y nosotros bajamos.

El retrato que aparece en estas páginas * fué tomado por mí en 1915. Durante un tiempo, en mi juventud, solía yo andar por la casa con mi "cámara" amenazando con una instantánea, dueño de esa terrible insistencia de los novicios. Una de las fobias de mi padre era su propia fotografía. Para desalentar mis propósitos, cada vez que lo enfocaba con mi lente, me hacía mil muecas, riendo de buena gana de la facilidad con que daba al traste con mis intenciones. Pero, un día le sorprendí desprevenido; y hélo ahí: sentado a la mesa del comedor, preparando goma de pegar para sus papeles.

El parecido es notable, y la semisonrisa, una de sus más típicas expresiones, cuando, bajo la habitual serenidad de su rostro, retozaban pensamientos humorísticos. Está vestido dentro de la moda convencional; pero, por lo general, prefería estar cómodo, y la foto lo muestra tal como andaba de ordinario dentro de la casa. Opinaba, citando las palabras de George Bernard Shaw, que los cuellos duros eran una molestia, y que pantalones y saco debían "humanizarse según rodillas y codos". Invariablemente en el hogar usaba un corbatín blanco, hecho por mi madre: no recuerdo haberlo visto jamás en casa con ninguna otra prenda al cuello.

Este retrato tiene un interés singular: mi padre murió de un ataque al corazón inmediatamente después del almuerzo, el 22 de julio de 1918, sentado tal como aquí aparece. Murió como lo deseaba: con la repentinidad de un rayo, y no sólo se libró de una larga enfermedad, ese terrible prefacio de la muerte, sino que ni siquiera se dio cuenta de la proximidad del desenlace por lo súbito del golpe.

Con respecto a su salud, debo decir que fue extraordinariamente afortunado durante su existencia: no estuvo nunca en cama, ni sufrió su carne el bisturí de un cirujano. Ni siquiera conoció el

* Se refiere al retrato que aparece en la publicación original (N. de los A.).

taladro del dentista: murió a los setenta con sus treinta y dos dientes intactos.

Otra de las fobias de mi padre era las cartas. La correspondencia podía amontonarse sobre su escritorio, en espera de respuesta que jamás llegaba a escribir. Mantenía de modo absoluto una total no-correspondencia. Escribir cartas era para él una como imposibilidad física: recuerdo haberlo visto, por largo rato, pluma en mano, ante el papel intacto, aparentemente vacío de pensamientos. En 1915, Rufino Blanco Fombona publicó un ensayo sobre mi padre, uno de los mejores estudios críticos que se hayan escrito en América Latina sobre un autor vivo: mi padre nunca pudo encontrar tiempo utilizable para enviar unas líneas a Blanco-Fombona.

Hacia 1900 recibió una carta de Unamuno. Bastante sorprendido, le respondió. Pudo haberse seguido, entonces, una interesante correspondencia; pero, a la segunda carta, Unamuno abordó uno de sus temas favoritos: su desagrado hacia los autores franceses porque "escriben con excesiva claridad". Mi padre, para quien la lucidez en la expresión constituía el *sine qua non* de un escritor, no estaba de acuerdo con Unamuno, pero, decidido a no entrar en debate al respecto, no contestó jamás la carta. Generosamente, el gran filósofo español no mostró ningún resentimiento, y al contrario, poco después, hablaba de mi padre con los más calurosos términos, en sus *Ensayos*. De *Páginas Libres* dijo: "Es uno de los pocos, de los muy pocos libros latinoamericanos que he leído más de una vez; y uno de los pocos, de los poquísimos, de los cuales tengo un recuerdo vivo".

A propósito de polémicas.

Siendo como era, primordialmente, un escritor de combate, un polemista, resulta paradójico que mi padre nunca mantuviera una sola controversia pública. Su estrategia consistía en atacar y siempre atacar, sin defenderse nunca, sin replicar a su antagonista. Ningún insulto ni calumnia lograron apartarlo de esta línea.

En uno de sus ensayos publicados, confiesa su admiración hacia la indiferencia de Renán para con los ataques de sus adversa-

rios. Es un apunte volandero. Pero, entre sus escritos inéditos, sí he encontrado un párrafo que define ésa su política de indiferencia:

"Evitemos las discusiones y arrojemos la semilla dejando que el viento la lleve donde quiera llevarla: de mil granos, uno siquiera germina; de mil palabras, alguna despierta un eco. El que discute, se expone a dejarse conducir por el adversario, a descender adonde él quiera empujarnos. Se empieza por un monólogo en las nubes, y se acaba por un diálogo en el lodazal...

"Si la discusión produce algún bien, es arraigarnos en nuestras convicciones y hacernos ver con más claridad al adversario. Alejandro Dumas aconsejaba: 'No discutáis jamás, no convenceréis a nadie. Las opiniones son como los clavos: cuanto más se les golpea, más se les hunde' ".

En el Perú —uno de los más conservadores y reaccionarios países del Continente—, mi padre sigue siendo considerado un rebelde. Combatió con persistencia y furia poco peruanas contra la corrupción política, la hipocresía religiosa, la injusticia social. Más que exactamente un rebelde fue un inconforme, como la mayoría de los grandes escritores. Así, la observación del cardenal de Retz, *on prend pour révolte tou ce qui n'est pas soumission*, resulta muy justa aplicada a los escritores contemporáneos de América Latina, de la misma manera como se le aplicó a los de la Francia de Luis XIV. Y así también, por su individualismo, su voluntario aislamiento y su apostolado solitario, mi padre pudo repetir, refiriéndose a sus compatriotas, las palabras de Byron en el *Childe Harold*:

I stood
Among them, but not of them *

Nueva York. (1943.)

* "Estoy entre ellos, pero no soy como ellos".

PERU: PAIS DULCE Y CRUEL

JORGE BASADRE

No es necesario que me extienda sobre la honda emoción que siento cuando me confiere mi ilustre amigo, el señor Embajador y Canciller José de la Puente Radbill, la alta distinción que recibo hoy, en cumplimiento, como él acaba de decir, de un encargo del Jefe del Estado.

Abrigo la esperanza de que, independientemente de mi persona, alejada hace muchos, muchos años de vida oficial, esta ceremonia establezca un precedente ante quienes luego tengan a su cargo el Ministerio de Relaciones Exteriores para que el histórico Palacio de Torre Tagle continúe aún más, si cabe, sistemáticamente abierto al campo de la cultura.

El señor Ministro, con su amplia generosidad, se ha ocupado de distintas facetas de mi vida incluyendo experiencia en organismos internacionales, la labor en el Ministerio de Educación y la tarea reconstructora de la Biblioteca Nacional. Pido excusas porque no voy a aludir a esos temas. Acerca del primero me remito a un ensayo en el reciente libro "Apertura". En cuanto a mis actividades como bibliotecario, reitero mi alegría ante el hecho que no se perdió, como algunos vocearon, el patrimonio cultural del Perú en el oprobioso incendio de 1943; y ante la existencia de centenares de profesionales peruanos en aquella nueva técnica, que hoy trabajan aquí y en el extranjero. Sobre mi experiencia ministerial, confesaré mi

desilusión, ya que el Parlamento de aquella época no comprendió la importancia de la legislación delegada que hubiera obviado una serie de problemas, mientras algunos congresistas —no todos por cierto— a quienes no se puede negar su facultad de fiscalizar al Ejecutivo, reincidieron en el viejo vicio de la interferencia en la Administración Pública.

Me ocuparé tan sólo de mis trabajos historiográficos. No los considero definitivos sino labor de siembra. Alejo, como circunstancia atenuante, que dichas obras no nacieron por una curiosidad cómoda ni por el manejo de un oficio más o menos ornamental. Los asuntos que abarqué con todos los errores y omisiones que pudo tener su tratamiento, surgieron desde el fondo de mi ser por una necesidad que se convirtió en parte integrante de mi existencia misma.

A lo largo de estos trabajos, cuyas limitaciones, repito, jamás he ocultado, no menosprecié, por cierto, las fuentes auténticas como testimonio irremplazable del pasado; pero, con el máximo respeto hacia ellas, siempre entendí a la erudición como un medio para ir en pos de la historia del hombre, el hombre protagonista, autor o víctima, el hombre en sociedad, en este caso en el Perú.

Dentro de mis limitaciones, lejos de todo impulso irreflexivo o irracional, (con el anhelo, que no sé si he logrado, de colocarme por encima de los apriorismos, los primarismos y los sectarismos) traté de sentirme comprometido sólo con este país dispar, desigual, en formación y ebullición, con tantas cosas espantosas y maravillosas en su seno, país cuyos horizontes culturales, mirándolos en su integridad, parecen cada vez más vastos y complejos, gracias al enorme desarrollo de las ciencias humanas. País de choques y mezclas entre razas inconexas y polivalentes a través del tiempo largo, a veces cegado por la embriaguez de momentos alegres y confiados aunque, en más de una ocasión, resultó sumido en un agonizar cruento para tener, luego, extraordinaria aptitud para reaccionar. País de demasiadas oportunidades perdidas; de riquezas muchas veces malgastadas atolondradamente, de grandes esperanzas súbitas y de largos silencios, de obras inconclusas, de aclamaciones y dicterios, de exalta-

ciones desaforadas y rápidos olvidos. País dulce y cruel de cumbres y de abismos. País de Yahuarhuaca, el Inca que, según la leyenda, lloró sangre en su impotencia; y de Huiracocha, el Inca que se irguió sobre el desastre. País de aventureros sedientos de oro y de dominio sobre hombres, tierras y minas, y también, país de santos y de fundadores de ciudades. País de cortesanos según los cuales no se podía hablar a los virreyes sino con el idioma del himno y el idioma del ruego. País de las altivas y valerosas cartas que suscribieron Vizcardo Guzmán y Sánchez Carrión, separadas en el tiempo y unidas por la más pura inspiración democrática. País de tanto desilusionado, pesimista y maldiciente en 1823 y 1824, mientras que, en esos mismos momentos horribles, Hipólito Unanue voceaba su esperanza terca en el fervoroso periódico "Nuevo Día del Perú". País donde en la guerra de la Independencia se produjo el bochorno de la escaramuza de Macacona y, poco después, la carga luminosa de los Húsares de Junín. País que entre 1879 y 1883, se enredó y dividió en un faccionalismo bizantino cuyos efectos letales no lograron contrarrestar, en múltiples rincones de la heredad nacional, numerosos héroes famosos o anónimos cuyos nombres debemos exhumar y que lucharon durante cinco largos años, a diferencia de lo ocurrido en la guerra entre Francia y Alemania en 1870, limitada a unos pocos meses. País que requiere urgentemente la superación del estado empírico y del abismo social; pero al mismo tiempo, necesita tener siempre presente, con lucidez, su delicada ubicación geopolítica en nuestra América.

Se ha dicho que quienes olvidan o desprecian la historia están condenados a repetir los errores de ella. Enorme verdad. Permítaseme agregar, una vez más, que el Perú se va formando contradictoria y penosamente, a través de su historia. Un país lleva en sí, por cierto, una multiplicidad de tradiciones. Está él ahí, antes e independientemente de nosotros, sus individuos transitorios. Es algo en que nacemos y que —querámoslo o no— nos otorga muchos elementos fundamentales de nuestra ubicación dentro de la vida. Pero debe estar compuesto por hombres y mujeres capaces de ubicarse no en una sino en las dos grandes dimensiones del tiempo: el pasado y el futuro. Conviene que mantengan esos hombres y mujeres lo

que hay de esencial y de insobornable en la memoria colectiva y que no se encierren artificiosamente en la asfixia cronológica del momento presente. En suma, repito, un país es multiplicidad de tradiciones. Pero —no lo olvidemos nunca y menos ahora— es también empresa, proyecto de vida en común, instrumento de trabaio en función del porvenir.

Permitan ustedes, señores, a este hombre caminante en la tarde ya muy avanzada de su vida, que exprese aquí una ilusión juvenil. En estos tiempos de honda crisis en todas las circunstancias de la vida mundial; en estos tiempos en donde, al lado de sus peligros tenemos en nuestra casa, o cerca de ella, nuestras propias acechanzas, viene a ser urgente que el Perú evidencie su aptitud para proyectarse en una dimensión de futuro, dentro de la búsqueda de la maduración tantas veces anhelada para convertirse, por fin, en una morada mejor para nuestros hijos y para nuestros nietos.

Reitero mi gratitud al señor Canciller de la República, cuya actividad intensa y múltiple gestión ministerial tendrá que pasar a la historia, al Gobierno Revolucionario de la Fuerza Armada y a todos y cada uno de los amigos que han querido honrarme con su presencia aquí, en esta soleada mañana de enero. Todo, todo lo que hay de valioso en el espontáneo gesto de ustedes, lo recibo con suma humildad. Sé que mis palabras están siendo trasmitidas a lo largo y a lo ancho del territorio nacional y que, por lo tanto, quizás las escuchan mis paisanos. A ellos me dirijo ahora. Recuerdo, primero, a los muertos heroicamente en episodios famosos u olvidados. Hablo, asimismo, a la gente de Tacna de hoy. A los agricultores que en cada madrugada efectúan el milagro de regar sus minúsculas y pródigas chacras con el agua escurridiza del liliputiense río Caplina. A los pioneros en la hazaña de extraer del subsuelo en la árida Yarada el líquido elemento. A todos los que tienen sus tareas y obligaciones en aquella ciudad tan limpia y tan hermosa por sus flores y por sus recuerdos. A la Benemérita Sociedad de Artesanos de Auxilios Mutuos "El Porvenir", fundada en 1873 y aún activa. A los jóvenes, dos de los cuales me honraron no hace muchas semanas al izar juntos la bandera en el Paseo Cívico. A los intelectuales

que, sin apoyo oficial, siguen impertérritos dirigiendo un movimiento quizás sin paralelo en el Perú de hoy. A los que dignamente representen allá a las instituciones tutelares del Estado.

En suma, pongo con reverencia en el regazo de mi tierra nativa, el tesoro impalpable pero auténtico, espontáneo y pletórico de riqueza espiritual reunido aquí hoy y para esta tierra, cuando se cumplen 50 años en que el sacrificio de sus hombres, mujeres y niños contribuyó a que fuese reincorporada a la Patria, pido una máxima, permanente y cuidadosa preocupación, tanto en lo material como en los distintos niveles de la actividad cultural.

Muchas gracias.

INICIOS DE LA ETNOLOGIA EN EL PERU Y LA NUEVA PERSPECTIVA INDIGENISTA

LUIS E. VALCARCEL

Desde mi instalación en Lima, pude estudiar detenidamente los avances en el terreno de las ciencias humanas, a las que el medio cusqueño permanecía ajeno. Mi cargo en el Museo Nacional me permitía vincularme con instituciones y universidades extranjeras, gracias a cuyas donaciones e intercambios fue posible formar una nutrida biblioteca, no sólo especializada en historia y arqueología sino también en etnología. Largas horas de estudio fueron reduciendo el atraso informativo con que había llegado del Cuzco. La clausura de San Marcos favoreció mi dedicación a la investigación. Cuando se reiniciaron las actividades universitarias, en 1935, retorné a mi curso de Historia del Perú-Incas con intenciones de realizar innovaciones. Había que cambiar el viejo programa basado en conceptos superados, teníamos que ir más allá del estudio de los Incas como gobernantes para comprender al pueblo indígena como personaje histórico. Pero encontramos un obstáculo: la formación teórica de los alumnos era poca o ninguna, por lo que decidí introducir en mi curso algunos conceptos modernos de la ciencia social, comenzando por el nivel más elemental, la crítica del concepto vulgar de cultura.

Por ese entonces la etnología alcanzaba notables progresos en Inglaterra, Alemania, Estados Unidos y Francia, dejaba de ser la "ciencia de las razas" y sentaba nuevas bases para el estudio del

hombre y sus obras. Su enfoque, al ser más amplio que el de la historia tradicional, consideraba a toda una cultura y no al individuo como objeto de estudio. Durante años había predominado la orientación evolucionista, pero surgían corrientes, como la escuela histórico-cultural y el funcionalismo, que criticaban a quienes solamente tomaban en cuenta la evolución como elemento clave para interpretar la vida social.

Inicialmente me incliné por los planteamientos de la escuela histórico-cultural, cuyos representantes, Graebner, Frobenius, Koppers y el Padre Schmidt, dieron un paso decisivo en el desarrollo de la etnología, ya que no sólo expusieron teóricamente la existencia de los "círculos culturales", sino que emprendieron investigaciones de campo para verificar sus hipótesis. Leo Frobenius, por ejemplo, quiso comprobar, investigando algunas tribus africanas, la existencia de un "círculo cultural" que incluía Africa y parte de Oceanía y Asia. A pesar de la arbitrariedad de sus supuestos, sus investigaciones de campo fueron aportes importantes al cambio de perspectiva de la etnología.

Frobenius fue para mí un autor importante por ese entonces. Aparte de describir la cultura material, sus investigaciones buscaban llegar al espíritu de la cultura en estudio. Su aguda percepción penetraba hasta el significado más profundo de las expresiones culturales. Coincidíamos, pues, en cuanto a las posibilidades de la intuición en el estudio de la cultura incaica.

Con la llegada, en 1937, de Bernard Mishkin puede decirse que comenzaron las actividades etnológicas en el Perú. En la comunidad cusqueña de Katka, en Quispicanchis, Mishkin inició una prolongada investigación. En una primera oportunidad permaneció allí hasta 1939 y luego retornó entre 1941 y 1942. El resultado de ese intenso trabajo de campo fue su libro *The contemporary Quechuas* del que en parte publicamos una versión castellana en la *Revista del Museo Nacional*, en 1953.

Mishkin, de procedencia rusa aunque nacionalizado norteamericano, trabajaba en la Universidad de Columbia de Nueva York.

Era una persona amable y comunicativa con la que establecimos una amistosa relación, además era muy desprendido con sus conocimientos. Durante su primera estadía en el Perú sostuvimos largas charlas, a través de las cuales me dio las primeras orientaciones en lo que a los métodos de la moderna etnología se refiere. En 1941 volvimos a vernos y estuve alojado en su casa en Nueva York, donde le hice conocer mis puntos de vista sobre lo que debía ser la labor etnológica en el Perú. Entre otras cosas planeamos la recopilación de testimonios musicales autóctonos que corrían el riesgo de desaparecer. Para tal efecto me puso en contacto con Collin Mc Fee, un especialista en la materia; además, gracias a sus gestiones, el Comité Nelson Rockefeller nos obsequió el equipo adecuado para llevar adelante nuestros planes.

Fue a través de Mishkin que conocí en Nueva York a Franz Boas, quien debía autorizar su eventual retorno al Perú, ya que el Departamento de Antropología de la Universidad de Columbia se encontraba bajo su dirección. Boas dio su visto bueno y el Comité para las Relaciones Artísticas e Intelectuales proporcionó la financiación necesaria. Gracias a la gestión de su director Henry Allen Moe, dicho Comité otorgó a Mishkin una beca por un año para proseguir sus investigaciones en el Perú. A principios de 1942, cuando llegaba a su fin, solicité su renovación ya que estábamos sumamente complacidos con su trabajo. Había mostrado excepcionales condiciones científicas, no solamente para la investigación, sino también para la exhibición de conjuntos etnológicos en forma atractiva y didáctica, como lo comprobamos con la exposición sobre la vida y el arte de la región Chimú que bajo su dirección se montó en el Museo. Asimismo, Mishkin mostró sus virtudes de pedagogo, sus conferencias en el Museo fueron de gran utilidad. Durante el tiempo que permaneció en Lima aprovechamos sus conocimientos para mejorar el nivel de nuestros colaboradores y para adelantar nuestro plan de crear un museo y un instituto etnológico, cuya necesidad ya se dejaba sentir.

El Perú ofrecía una serie de atractivos para el etnólogo, en la medida que se trataba de un país de antiguo poblamiento y que

abarcaba en su extensión climas de lo más variados y grupos humanos representativos de alejadas etapas de la historia. Coexistían el hombre pre-agrícola con el industrial, el pasado con el presente, lo coetáneo con lo no coetáneo, como diría Ortega y Gasset. Los etnólogos podían hallar en nuestro territorio la mayor variedad de manifestaciones de la mezcla cultural europeo-indígena. Estos hechos atrajeron la atención de los estudiosos extranjeros.

Otro de los primeros etnólogos norteamericanos en llegar al Perú fue Harry Tschopik Jr., del Peabody Museum de la Universidad de Harvard, quien arribó a Lima a principios de 1940, acompañado de su esposa Marion. En el Museo Nacional le ofrecimos todas las facilidades para que pudiese realizar sus estudios en las regiones vecinas al Lago Titicaca. En su libro *The Aymaras*, Tschopik expuso las conclusiones de las investigaciones que realizó en Chucuito al cabo de una permanencia de dos años. Este trabajo fue luego traducido y publicado por el Instituto Indigenista Interamericano con el nombre de *Magia en Chucuito*. En él Tschopik explicó la magia como un componente esencial de la conducta de las comunidades de la zona, que les permitía una mejor adaptación al medio y el buen funcionamiento de la sociedad.

En 1940 llegó al Perú Paul Fejos, de origen húngaro, quien hizo estudios en la selva, entre los indios Yagua, en el noroeste amazónico, y entre los Bora y los Witoto. En 1944 otro notable antropólogo, John Gillin, trabajó en el pueblo de Moche, La Libertad y, bajo el título de *Moche, a Peruvian Coastal Community* publicó sus resultados. Gillin fue el primer investigador que trabajó bajo los auspicios de la Smithsonian Institution a través de su Instituto de Antropología Social. Esta fue la entidad que mayor apoyo nos brindó en los inicios de los estudios etnológicos en nuestro país. Una culminación del interés que la Smithsonian tuvo en estas investigaciones fue la edición del *Handbook of South American Indians*, publicado en 1946 bajo la dirección de Julian H. Steward. De esta manera fueron dándose los primeros pasos para el desarrollo de la etnología en el Perú. La investigación etnológica suponía, por lo tanto, estudiar todos los aspectos de la vida humana, señalando la

inevitable relación existente entre las actividades individuales y las sociales.

El entusiasmo que me provocó la visita a Estados Unidos está resumido en el informe que presenté a mi regreso. Para mí la etnología era la ciencia antropológica que estudia al hombre vivo, mientras la arqueología lo estudia muerto. Era pues, una disciplina que urgía implantar en el Perú, donde el indígena era una fuente valiosísima para relacionar las supervivencias de las extinguidas culturas con los restos arqueológicos. El proceso de aculturación de estos pueblos, las comunidades de indios o las tribus selváticas, constituía el objeto de la investigación etnológica. Desde otro punto de vista, el de la etnología cultural de la escuela francesa, estas inquisiciones abarcarían parte del pasado para buscar el sentido de las técnicas y de los valores y elementos culturales en general.

Era evidente la importancia que para nuestro país habría de cobrar la etnología. Surgía como una sólida alternativa científica para comprender el Perú. Sin tal fundamento, las leyes, los planes y, en general, las disposiciones de orden político, económico, jurídico o educativo, carecerían de eficacia y de positiva trascendencia. En épocas anteriores se había pretendido solucionar el gravísimo problema del desarrollo aceptando medidas o normas de inspiración foránea, ajenas a nuestra realidad cultural. Desde la Independencia pueden seguirse detalladamente los sucesivos fracasos de quienes pensaron que lo que permitió el desarrollo europeo fundaría, como por arte de magia, el progreso en el Perú. Vino luego la creencia de que la opinión del técnico era suficiente para garantizar el éxito de planes, leyes o disposiciones. Sin embargo, un defecto común afectaba ambas posiciones: ninguna de las dos tomaba en cuenta las particularidades de la sociedad peruana contemporánea, una sociedad multiétnica. La ciencia etnológica surgía como la alternativa más apropiada para salvar tan importante deficiencia.

Aunque en menor medida la influencia europea también se dejó sentir en los inicios de la etnología peruana. En los años previos a la Segunda Guerra Mundial, en Inglaterra surgió un marcado interés por conocer las costumbres, necesidades y recursos de las colo-

nias de ultramar, a las que se enviaron numerosos etnólogos que antecedieron al ejército. Los estudios etnológicos recibieron gran apoyo por parte del gobierno y las universidades británicas establecieron cátedras de antropología social, que adquirió las características de una verdadera profesión. Este movimiento fue decisivo para el desarrollo de la etnología o antropología social, como preferiría llamarla Malinowski, la figura más distinguida entre los británicos. Los etnólogos ingleses realizaron numerosos trabajos en Asia y Africa, interesándose en la manera cómo los cambios culturales afectaban a los pueblos aborígenes.

En Francia la etnología no tuvo un avance tan notable, a diferencia de la sociología, cuyo máximo representante había sido Emile Durkheim, reconocido como uno de los más brillantes estudiosos de la sociedad. Sus ideas también tuvieron influencia sobre los etnólogos. Uno de sus discípulos, Marcel Mauss, estuvo entre los primeros etnólogos franceses. A su vez, Mauss fue maestro de Paul Rivet, hombre de gran importancia en la formación de las primeras generaciones de etnólogos sudamericanos.

Conocí a Paul Rivet en el Perú alrededor de 1930. A partir de entonces nació una estrechísima amistad. Mantuvimos correspondencia durante muchos años, viajamos juntos en repetidas oportunidades por la sierra peruana y en varias ocasiones estuve alojado en su casa en París. Rivet era un hombre sumamente atractivo, de personalidad muy marcada, decidido y enérgico, pero sin embargo no autoritario. Hablaba un castellano perfecto, producto de sus frecuentes viajes a Sudamérica, tierra a la que se sentía muy apegado. Se casó con una simpática ecuatoriana a la cual, según alguna vez me contó, tuvo que raptar para poderla hacer su esposa. Su interés por la historia andina antigua se tradujo en trabajos de enorme mérito y extraordinaria utilidad. En 1936, por ejemplo, se encargó de realizar la primera edición facsimilar de *La Nueva Corónica y Buen Gobierno*, de Phelipe Guamán Poma de Ayala, perdida durante tres siglos y hallada en 1908 en Copenhague, Dinamarca. Durante cerca de veinte años se dedicó con paciencia admirable a buscar todos aquellos escritos en quechua y aymara, estudios, investigaciones,

ensayos o trabajos de cualquier índole, que tuviesen algún dato referente a esas lenguas. Sus pesquisas lo llevaron a escudriñar bibliotecas en todo el mundo. Conservo varias cartas en que me hace llegar consultas o me pide obras de difícil acceso para completar su labor. Por fin, en 1951, Rivet logró editar el primer tomo de su *Bibliographie des langues aymará et kichua*. En los años siguientes se editaron los otros tres tomos, en ellos Rivet y Georges de Créqui-Monfort, no se limitaban a hacer un catálogo de publicaciones, sino que señalaban las caracerísticas de cada obra y su contenido. Realmente fue un trabajo admirable. Culminada la bibliografía pocos años antes de su muerte, Rivet estaba en posesión de una impresionante biblioteca sobre el Perú. Me constan sus grandes esfuerzos para que fuese adquirida por alguna institución de nuestro país. Dejando de lado ofertas mejores, aceptó la que se le hizo llegar de Lima y, afortunadamente, tan valiosa colección permanece hoy en nuestra Biblioteca Nacional.

Con la etnología se introdujo el estudio del presente, y por necesidad inmediata, la proyección hacia el futuro en nuestras investigaciones de la cultura peruana antigua. De esta manera el antiguo planteamiento sobre la condición de los indígenas vivos como herederos del Tawantinsuyu adquiría una sólida base científica. En lugar de la intuición contamos desde entonces con métodos científicos para el estudio del espíritu profundo de la cultura antigua, presente en el indígena contemporáneo. En el plano de la investigación del pasado nos quedaba una pregunta por resolver: ¿cómo había sido el Perú antes de la llegada de los conquistadores españoles? El avance científico no sólo de la arqueología, sino de la geografía, lingüística, historia, etnología, etc., proporcionaba nuevos datos para completar el cuadro de la cultura peruana antigua. En base a estas consideraciones comencé una paciente investigación sobre el tema, cuyos resultados fueron los dos volúmenes de la *Historia de la Cultura antigua del Perú*, el primer tomo editado en 1943 y el segundo en 1948.

En el campo como en las ciudades peruanas, se producía un verdadero duelo entre las raíces culturales autóctonas y europeas de las migraciones. Conocer detalladamente nuestra cultura antigua era

entonces, como ahora, una cuestión fundamental porque, para una nacionalidad que se levantaba sobre bases tan heterogéneas, era indispensable esclarecer la forma de vida y las tradiciones de su población indígena.

Lo que ocurrió en el Perú en las décadas siguientes no ha hecho sino confirmar aquellas apreciaciones; han quedado lecciones que no debemos desaprovechar de ninguna manera, a raíz de la reforma agraria por ejemplo. En el futuro, el Perú tendrá que volver la vista hacia la milenaria tradición agrícola de un pueblo como el andino, al que no le faltó nunca el alimento y que siempre mantuvo un alto índice de nutrición. Solamente una técnica agrícola surgida de la lucha con la difícil geografía serrana conoce a fondo sus secretos. Al abandonarse los andenes y los antiguos canales de riego, la erosión ha deteriorado las tierras de cultivo. Por eso hoy puede verse a tantos niños mendigando en las calles. No contamos con los medios para alimentar a nuestras ciudades, el campo ha sido prácticamente desvastado y su población ha tenido que escapar de la pobreza emigrando a las ciudades. Pagamos un precio muy alto por haber desdeñado la tradición autóctona.

En el primer tomo de la *Historia de la cultura antigua del Perú* figura una introducción teórica, en la que se hace un balance de los diversos enfoques etnológicos e históricos y de los estudios realizados sobre la cultura peruana. De ahí desprendimos el plan de nuestra obra, que permitiese exponer de manera coherente los vínculos entre los diversos órdenes de la actividad cultural. El análisis comenzó por la economía, para seguir luego con la política, el derecho, la moral, la reiigión, la magia, la filosofía, la ciencia, el arte y la técnica.

En *la Historia de la cultura antigua del Perú* fueron utilizados los últimos aportes sobre el tema; sin lugar a dudas ahí figuraron los conocimientos más avanzados de la época en el estudio de la cultura autóctona peruana, tanto antigua como actual, desde las observaciones de Miguel Cabello de Valboa hechas en 1586, hasta las investigaciones geográficas de Carl Troll, las de Augusto Weberbauer sobre botánica andina y los trabajos etnológicos de Mishkin, Tschopik y Gillin.

Hacia fines de 1943 llegó al Perú el insigne historiador mexicano Daniel Cosío Villegas representando al Fondo de Cultura Económica, editorial que quería publicar una serie de libros sobre América Latina. Cosío Villegas tuvo la amabilidad de pedirme que tomara a mi cargo el tomo correspondiente al Perú. Esa fue la oportunidad apropiada para poner por escrito las nuevas ideas sobre el proceso histórico nacional que iban surgiendo desde la introducción de la ciencia etnológica en el Perú. Para cumplir con el compromiso contraído con el Fondo de Cultura, escribí varios ensayos que titulé "Devenir del Perú", pero que los editores cambiaron por *Ruta Cultural del Perú*, nombre que me pareció más adecuado.

En esos ensayos hice una presentación panorámica del cambio cultural en el Perú, exponiendo paso a paso cómo se iban desarrollando los fenómenos de transculturación en nuestro país. Todavía quedaba por hacer la investigación detallada, ya que los estudios etnológicos apenas se iniciaban. En *Ruta Cultural* lo que hice fue proporcionar una visión general de los problemas que el Perú afrontaba, pero desde un punto de vista etnológico, mostrando los diversos caminos que podía seguir la investigación posterior. Este libro representa la nueva perspectiva que tomó el indigenismo casi veinte años después de *Tempestad en los Andes*, que hacía un anuncio del resurgimiento cultural indígena. *Ruta Cultural* examinaba las nuevas condiciones del cambio cultural. La vida moderna quería incorporar a los indígenas a sus propias reglas, pero éstos sutilmente iban imponiendo su ritmo de vida y sus tradiciones.

Si con la llegada del general Benavides al poder en 1933 poco había quedado por hacer al indigenismo, en 1945 volvían a discutirse los problemas que quedaban pendientes. Se hacía imperativo resolver el problema del agro, donde en pleno siglo XX todavía se mantenían características feudales y donde millones de individuos vivían marginados de los últimos adelantos. La pregunta era cómo habilitar a la gran masa india como elemento de la modernización del Perú, aunque respetando su integridad cultural.

De haber sido una corriente de denuncia y crítica, y después de haber anunciado la "indigenización" del Perú, el indigenismo se

convertía ahora en una escuela de pensamiento. Nosotros no habíamos buscado el cambio total, sino la valoración y el respeto hacia la cultura indígena. A pesar de que desaparecieron las condiciones para la denuncia y la propaganda en favor de los indios, quedó vivo el sentido esencial: la conservación de los valores culturales autóctonos.

Luego de la muerte de Mariátegui, la desaparición de *Amauta* y cerrada cualquier posibilidad de efectuar reformas, no faltaron los recalcitrantes convencidos de que en el Perú las cosas podían quedar tal como se encontraban. Pero en 1945 hubo cambios y nuevamente pudimos dejar constancia escrita de nuestras opiniones.

Después de la Segunda Guerra Mundial, el Perú entraba en una nueva etapa, la gran masa campesina tomaba contacto con la cultura occidental en una escala mucho mayor de lo que nunca antes había ocurrido. Teníamos que aprovechar ese impulso para eliminar el latifundio, los míseros salarios y lo rudimentario de las prácticas. Hubo quienes dijeron que debía difundirse la pequeña propiedad individual. Esa afirmación demostraba un completo desconocimiento de las serranías, de la persistencia de la comunidad y del espíritu colectivo. Pero no era suficiente declarar intangible los derechos comunales; había que dotar a cada comunidad de la técnica necesaria, porque las comunidades tenían que adecuarse a las nuevas necesidades del país. Mi planteamiento fue que debía producirse un encuentro entre las antiguas comunidades y las futuras granjas colectivas. De esta manera, entre cuatro o cinco mil comunidades estarían en condiciones de transformar el cuadro económico nacional. Para realizar ese reajuste de la vida peruana había que tener presente tanto la técnica y la ciencia occidentales como las antiguas tradiciones agrarias.

PALABRAS DE CONTESTACION

JOSE SABOGAL (1888-1956)

Al terminar la guerra mundial del 14, el Perú entra a una interesante etapa de renovación y de reencuentro. Como país de rancio abolengo artístico, las artes de la plástica afloran como esenciales en este nuestro movimiento nacional.

En este señalado año de 1919 me toca en suerte el retorno a la patria después de diez años de peregrinación y de estudio por Europa, Africa y América. Llegué con una muestra de telas pintadas en Cuzco. No quise en mi presentación de Lima, hacerlo con los trillados y socorridos asuntos del Sena, ni con doradas impresiones de Italia, ni con las crudeces del sol de España o de Africa. Mi intento fue pintar el Perú y acampando entre los primorosos muros del viejo Cuzco imperial, inicio la cruzada pictórica que más tarde la extendiera por todo el Perú, contribuyendo con mis telas a revelar bellezas hasta entonces inéditas. Los altos nevados y metálicas cresterías andinas, las salientes mesetas suspendidas junto a las voluminosas nubes, la luz plateada del ande, las envueltas tonalidades de los llanos costeños. . ., y las criaturas que habitan este país de magia y de dolor, desde los magníficos rostros de cobre del hombre aymara o del quechua, hasta los tenues jazmines almacigados del rostro de las limeñas, pasando por las mixturas raciales tan pintorescas de nuestro variado suelo, fueron y son mis asuntos preferidos por que así lo siento y por ello ésta es mi actitud en el panorama artístico iniciado el año 19.

El año 20 fui llamado para colaborar en la etapa de fundación de la Escuela de Bellas Artes. Yo sé de la admirable sagacidad y diplomacia desplegada por el ilustre maestro Hernández, para fundar la Escuela en un medio tan vidrioso y susceptible como el nuestro.

A su muerte me tocó la alternativa en la difícil arena. El público se manifestó al comienzo en actitud espectante. Pronto se alzaron las diatribas enardecidas, en algunas ocasiones en organizada ofensiva que sólo conseguían mayor ingreso de estudiantes a nuestros recintos de silencio y de trabajo. Del fondo de un sendo gusto artístico romanticón y endeble se nos tildó de "Cultores del Arte Feo". Y dentro de su punto de vista se encontraban en lo justo, pues estos proyectiles de algodón procedían de esa legión de nuestro medio peruano que no tiene asidero en el alma popular por considerarla ordinaria, ni tampoco de las esferas de solidez espiritual —a que armoniza con nosotros tanto como la popular— procedían pues de las filas que en criollo-limeño se llama "huachafería".

Después nos aplicaron el mote de "Indigenistas", pero con malicia y con advenediza inquina. Querían señalarnos como gestores de una fantástica restauración incaica; pues se referían estrictamente a lo racial indio, colocándose los pintores advenedizos en inusitado campo hispano y en suspirados días del dorado virreinato.

Pero sí, somos indigenistas en el justo significado de la palabra y más aún, indigenistas culturales, pues buscamos nuestra identidad integral con nuestro suelo, su humanidad y nuestro tiempo. No admitimos aquello de raza superior aria en nuestro medio, pero sí estamos convencidos de que en América ha surgido un hombre nuevo. Y en el Perú de nuestros días y con el grupo de artistas que tengo el honor de representar, intentamos expresar ese contenido, esa fisonomía genuina que nos identifique y nos eleve a criatura nacional, tanto como fuera marcada en los antiguos tiempos con su arte rotundo y eterno.

Nuestros antecedentes artísticos modernos se remontan a la época álgida del conflicto estético promovido por las dos culturas de

directivas plásticas. Ni el imperio incaico, ni el imperio invasor lograron predominio en Perú. La nueva humanidad surgida de las dos corrientes de sangre produciendo al nuevo hombre con su sentido del medio telúrico se hace presente en plena Colonia con manifestaciones artísticas que no encajan ya en los moldes hispanos o indios y sin embargo tienen marcado sabor a ambos. Estas manifestaciones de arte popular se intensifican a medida que se robustece el solar moderno peruano; son más determinadas y más resueltas, logrando obras de fuerte expresión como el "torito de Pucará" en alfarería, los "mates burilados" del alto y bajo Mantaro, los pintorescos arneses criollos de la costa norte, los retablos policromados de Ayacucho y, en fin, tantas y tantas piezas de sencilla emoción que delatan un alma popular renovada y de sensibilidad plástica fuerte como la de los ancestros que la produjeron.

En Pancho Fierro, culmina la sazón del mundo criollo peruano, viene con el siglo XIX cantando en sus sonoras acuarelas como un aeda de su pueblo, revelando al mundo los caracteres esenciales de esta criatura. Intenso artista indígena, porque en íntima armonía con su ambiente interpretó su genuina fisonomía.

De este interesante vivero criollo surge con nombre francés un gran pintor de profundos caracteres peruanos, es Pablo Gaugin, quien en la plástica se expresa con la templada vena y el nervio brioso de su inquietante abuela Flora Tristán.

Otro jalón de altísimo relieve artístico lo encontramos en la obra de Francisco Lazo, el sensitivo pintor del siglo pasado. Sus telas de ricos negros y transparentes carnaciones con delicados grises comunican la honda melancolía de nuestra tierra y la exacerbada inquietud hispana. Lazo lleva en el alma la identidad del solar peruano y las finezas de arte de las dos razas.

En este homenaje inolvidable con el que quereis demostrar vuestra aprobación a nuestro esfuerzo en la dura y bella senda del arte encastada con la identidad de nuestra tierra, he creído oportuno en este acto de fe estético, aclarar puntos de confusionismo, de interpretaciones torcidas que en todo movimiento que llena algún contenido hasta son necesarias para obtener mejor temple.

En ésta nuestra posición estética con la que hemos irrumpido después de la primera guerra mundial en nuestro país, que es de definido número plástico desde los confusos tiempos del viejo Tahuantinsuyu, durante la etapa de la invasión española y en nuestros días, que por la muestra presente parece que ha prendido en la conciencia de un selecto número de corazones peruanos.

Emprendemos pues con calurosos auspicios de entendimiento y de simpatía otra etapa que coincide con otra terrible guerra mundial. Ahora ya está formada una legión de artistas que hasta hoy no han hecho sino trabajar con pasión y sinceridad dando tono de prestigio artístico moderno al legendario nombre del Perú. Esa legión es la que me cabe en honor haber formado y con la que hemos puesto a nuestro país en evidencia desde Nueva York a San Francisco en el norte, hasta Buenos Aires en el sur. Y en la misma capital del mundo artístico moderno, en el resplandeciente París de otrora y hoy desventurada ciudad.

Los avances son difíciles; estorbados y con frecuencia vapuleados. Este es el destino de la marcha hacia los ideales de superación, pero en este remanso episódico, volviendo hacia el año 19, vemos con satisfacción que nuestra cabeza de puente de peruanismo artístico, ha consolidado sólidas posiciones y sus filas se hacen más fuertes y templadas.

En esta hora nuestro movimiento artístico cuenta con una eficiente maestranza y con una juventud de estudiantes cálida e inquieta. Con ella intentamos realizar otro paso más en la obra de arte del inmenso mural de nuestro Perú.

CESAR VALLEJO, PROFESOR DE PRIMARIA

CIRO ALEGRIA

Mi tío y compañero de viaje, que era también estudiante del mismo colegio, me llevó hasta el local.

—Por aquí no entran ustedes, —me dijo al llegar a una gran puerta sobre la cual se leía la inscripción "Dios y la Patria"— esta puerta es para nosotros los de la sección media. Vamos por allá...

Caminamos hasta la esquina y, volteando, se abrió a media cuadra la puerta que usaban los profesores y alumnos de la sección primaria. Nos detuvimos de pronto y mi tío presentome a quien debía ser mi profesor. Junto a la puerta estaba parado César Vallejo. Magro, cetrino, casi hierático, me pareció un árbol deshojado. Su traje era oscuro como su piel oscura. Por primera vez vi el intenso brillo de sus ojos cuando se inclinó a preguntarme, con una tierna atención, mi nombre. Cambió luego unas cuantas palabras con mi tío y, al irse éste, me dijo: *"Vente por acá"*. Entramos a un pequeño patio donde jugaban muchos niños. Hacia uno de los lados estaba el salón de los de primer año. Ya allí, se puso a levantar la tapa de las carpetas para ver las que estaban desocupadas, según había o no prendas en su interior, y me señaló una de la primera fila diciéndome:

—Aquí te vas a sentar   Pon dentro tus cositas... No, así no... Hay que ser ordenado. La pizarra, que es más grande, debajo y encima tu libro... También tu gorrita...

Cuando dejé arregladas todas mis cosas, siguió:

—Muchos niños prefieren sentarse más atrás, porque no quieren que se les pregunte mucho. Pero tú vas a ser un buen niño, buen estudiante, ¿no es cierto?

Yo no sabía nada de las pequeñas mañas de los chicos, de modo que no entendía bien a qué se refería, pero contesté con ingenuidad:

—Sí, mi mamita me ha dicho que estudie mucho...

El sonrió dejando ver unos dientes blanquísimos y luego me condujo hasta la puerta. Llamó a uno de los chicuelos que estaban por allí jugando a la pega y le dijo:

—Este es un niño nuevo: llévalo a jugar...

Entonces se marchó y vinieron otros chicos, todos los cuales se pusieron a mirarme curiosamente, sonriendo. "¡Serrano chaposo!", comentó uno viendo mis mejillas coloradas, pues los habitantes de la costa tienen generalmente la cara pálida. Los demás se echaron a reir. El chico encargado de llevarme a jugar, me preguntó sabiamente:

—¿Sabes jugar a la pega?

Le dije que no y él sentenció:

—Eres muy nuevo para saber jugar...

Me dejaron para seguir correteando. Yo estaba muy azorado y el bullicio que armaban todos me aturdía. Busqué con la mirada a mi profesor y lo vi de nuevo parado junto a la puerta, moreno y enjuto, conversando con otro profesor gordo y de bigote erguido, buen hombre a quien yo también habría de llamar *Champolión*, como hacían los estudiantes desde muchas generaciones atrás. No me atreví a ir hacia ellos y caminé al azar. Cruzando otra puerta, llegué a un gran patio donde había muchos más niños. Nadie me miraba ni decía nada. Seguí caminando y encontré otro patio, donde los estudiantes eran más grandes. Por allí se hallaba mi tío. Había muchos patios, muchos salones, muchas arquerías. Las paredes estaban pintadas de un rojo claro, casi sonrosado, quizás para

templar la severidad de un edificio que, en antiguos tiempos, había sido convento. Sonó la campana y yo no supe volver a mi salón. Me perdí, entrando equivocadamente a otro. Vino a sacarme de mi confusión el propio Vallejo quien, al notar mi ausencia, se había puesto a buscarme de salón en salón. Cogiéndome de la mano, me llevó con él. Aún recuerdo la sensación que me produjo su mano fría, grande y nudosa, apretando mi pequeña mano tímida y huidiza debido al azoro. Me quise soltar y él me la retuvo. Mientras caminábamos, por los amplios corredores desiertos, me iba diciendo sin que yo atinara a responderle:

—¿Por qué te pusiste a caminar? ¿Te encontraste solo? Un niñito como tú no debe irse lejos de su salón ni de su patio... Este colegio es muy grande. ¿Estás triste?

Llegamos a nuestro salón y me condujo hasta mi banco. El pasó a ocupar su mesa, situada a la misma altura de nuestras carpetas y muy cerca de ellas, de modo que hablaba casi junto a nosotros. En ese momento me di cuenta de que el profesor no se recortaba el pelo como todos los hombres sino que usaba una gran melena lacia, nigérrima. Sin saber a qué atribuirlo pregunté en voz baja a mi compañero de banco: "*¿Y por qué tiene el pelo así?*". "*Porque es poeta*", me cuchicheó. La personalidad de Vallejo se me antojó un tanto misteriosa y comencé a hacerme muchas preguntas que no podía contestar. El habría de sacarme de mi perplejidad dando, con la regla, dos golpecitos en la mesa. Era su modo de pedir atención. Anunció que iba a dictar la clase de geografía y, engarfiando los dedos para simular con sus flacas y morenas manos la forma de la tierra, comenzó a decir:

—*Niñosh... la tierra esh redonda como una naranja... Eshta misma tierra en que vivimosh y vemosh como shi fuera plana, esh redonda.*

Hablaba lentamente, silbando en forma peculiar las eses, que así suelen pronunciarlas los naturales de Santiago de Chuco, hasta el punto en que por tal característica son reconocidos por los moradores de las otras provincias de la región.

Se levantó después para dibujar la tierra en el pizarrón y durante toda la clase nos repitió que era redonda, no siendo eso lo único sorprendente sino también que giraba sobre sí misma. Dio como pruebas las de la salida y puesta del sol, la forma en que aparecen y desaparecen los barcos en el mar y otras más. Yo estaba sencillamente maravillado, tanto de que este mundo en el cual vivimos fuera redondo y girara sobre sí mismo, como de lo mucho que sabía mi profesor. Cuando la campana sonó anunciando el recreo, César Vallejo se limpió la tiza que blanqueaba sobre una de sus mangas, se alisó la melena haciendo correr entre ella los garfios de sus dedos, y salió. Fue a pararse de nuevo junto a la puerta y estuvo allí haciendo como que conversaba con los otros profesores. Digo esto porque tenía un aire muy distraído.

De nuevo en el salón, era hora de estudio. La próxima sería de lectura. Había que repasar la lección. Me llamó junto a él y abrió mi libro en la sección de Pato. Tuve confianza en mi sabiduría y le dije:

—Ya pasé Pato hace tiempo. También Rosita y Pepito. Yo sé todo ese libro...

Vallejo me miró inquisitivamente:

—¿Sabes también escribir?

A mi respuesta afirmativa, me pidió que escribiera mi nombre y después el suyo. Dudé entre la *b* labial y la otra para escribir su apellido, pero tuve suerte al decidirme y salí bien. Me probó con otras palabras y una frase larga. La cosa parecía divertirle. Después me preguntó:

—Y si sabes leer y escribir, ¿por qué te han puesto en primer año?

—Porque no sé otras cosas...

Entonces me dijo que fuera a sentarme. Traté de conversar con mi compañero de banco, quien me cuchicheó que estaba prohibido hablar durante la hora de estudio. Miré a mi profesor.

César Vallejo —siempre me ha parecido que esa fue la primera vez que lo vi—, estaba con las manos sobre la mesa y la cara vuelta hacia la puerta. Bajo la abundosa melena negra, su faz mostraba líneas duras y definidas. La nariz era enérgica y el mentón más enérgico todavía, sobresalía en la parte inferior como una quilla. Sus ojos oscuros —no recuerdo si eran grises o negros— brillaban como si hubiera lágrimas en ellos. Su traje era viejo y luido y, cerrando la abertura del cuello blando, una pequeña corbata de lazo estaba anudada con descuido. Se puso a fumar y siguió mirando hacia la puerta por la cual entraba la clara luz de abril. Pensaba o soñaba quién sabe qué cosas. De todo su ser fluía una gran tristeza. *Nunca he visto un hombre que pareciera más triste.*

Su dolor era a la vez secreta y ostensible condición, que terminó por contagiárseme. Cierta extraña e inexplicable pena me sobrecogió. Aunque a primera vista pudiera parecer tranquilo, había algo profundamente desgarrado en aquel hombre que yo no entendí sino sentí con toda mi despierta y alerta sensibilidad de niño. De pronto me encontré pensando en mis lares nativos, en las montañas que había cruzado, en toda la vida que dejé atrás. Volviendo a examinar los rasgos de mi profesor, le encontré parecido a Cayetano Oruna, peón de nuestra hacienda a quien llamábamos Cayo. Este era más alto y fornido, pero la cara y el aire entre solemne y triste de ambos, tenían gran semejanza. El hombre Vallejo se me antojó como un mensaje de la tierra y seguí contemplándolo. Tiró el cigarrillo,se apretó la frente, se alisó otra vez la sombría melena y volvió a su quietud. Su boca contraíase en un rictus doloroso. Cayo y él. Mas la personalidad de Vallejo inquietaba tan sólo de ser vista. Yo estaba definitivamente conturbado y sospeché que, de tanto sufrir y por irradiar así tristeza, Vallejo tenía que ver tal vez con el misterio de la poesía. El se volvió súbitamente y me miró y nos miró a todos. Los chicos estaban leyendo sus libros y abrí también el mío.

No veía las letras y quise llorar...

TESTIMONIO DEL TRABAJO EN LA MINA AGUILA S. A.

LUIS FERREYRO ROJO

Soy obrero soldador con cinco años de experiencia, egresado del colegio técnico SENATI. Como todo obrero que siempre busca superarse ya sea técnica como económicamente, estábamos en invierno en Lima y sentía deseos de alejarme de esa estación y así fue como me presenté a las oficinas de la empresa MINA AGUILA S.A. Después de presentar mis papeles, fui contratado para trabajar en el asiento minero que está situado en Pasacancha-Sihuas, Departamento de Ancash. A los dos días de firmar mi contrato estaba viajando al asiento minero. Al dejar el ambiente de la capital sentí una satisfacción nueva, estaba seguro de encontrarme con compañeros diferentes y ganar nuevas experiencias, era la primera vez que salí a trabajar como minero. Este viaje duró un promedio aproximado de 15 horas. Fue tan largo este viaje por dos razones: uno por lo accidentado del camino serrano y otro porque el ómnibus no rendía en la altura. De todas maneras estaba llegando a las 3 de la mañana.

Después de bajarme del carro no sabía que hacer a esa hora, no tenía un lugar a donde dirigirme; iban pasando las horas, hasta que al fin amaneció y el frío no dejaba de cesar. Recién a las 7 de la mañana tuve ante mí a algunas personas que se acercaban a comprar a una bodega de la zona y fueron ellos los que me dieron la razón de lo que tenía que hacer para llegar al campamento de la mina. Después de las noticias que tuve sentí como si se me hubiese

partido el alma. Todo lo que días anteriores había escuchado por parte del funcionario que me contrató no era cierto. Una de las cosas sorprendentes era que los trabajadores no tenían carro para trasladarse al centro de trabajo. El carro de personal, como los mineros lo llamaban, no era sino un mamotreto, una carcocha. Pensándolo dos veces subí tan igual que los demás lo hacían. A unos cinco kilómetros se encontraban las oficinas de dicho asiento. En el trayecto me fue fácil adquirir los primeros informes de cómo trabajaban estos hermanos mineros, que en unos minutos pasaron a ser mis nuevos compañeros de trabajo. Yo particularmente tenía otra idea de lo que eran los mineros, en este momento recién entendía de como eran tratados por el propietario. Después de presentarme al Superintendente que era el indicado para determinar mi contrato, éste ordenó que el guardián del campamento me indicara el cuarto que me serviría de alojamiento. Este campamento lo único que tenía era una cama que estaba compuesto por un catre en malas condiciones, un colchón todo roto y sucio y lo único que lo defendía era las cuatro paredes de lata del cuartucho que más parecía un cuchitril. La verdad que tenía ganas de mandar al diablo todo esto, pero después me puse a pensar, estas cosas son las superficiales y sentí la necesidad de conocer poco a poco la forma como eran humillados.

Los días iban transcurriendo, recuerdo que un día se me acercó el Ing. Barrón, que era encargado de Mantenimiento, la Chancadora, Tajo y Taller de Mecánica Pesada. Este señor por el cargo que tenía era insolente hasta más de la cuenta. En otras palabras, era un sinvergüenza. Me quiso obligar a que fuera a soldar a la sección el Tajo, estando trabajando en el Taller, lo cual yo no acepté. Me insultó amenazándome con botarme, yo me negué a obedecer sus órdenes por la razón siguiente: no tenía botas, y lo peor era que no tenía ropa de agua porque esta sección el Tajo es para trabajar con ropa de agua porque en esos días estaba lloviendo. Si el lector es serrano sabe como llueve en la Sierra. Seguían transcurriendo los días, las cosas estaban cada día peor, cuando en una noche, aproximadamente a las 11 llega un trabajador con una orden del Ing. Barrón para que me presente a trabajar a esa hora. Yo le contesté al reverso de la orden que no podía asistir a esa hora, porque mis horas de tra-

bajo ya las cumplí. Al otro día me esperó lo peor de las cosas; este señor que se creía una divina pomada, a la hora de entrada ya estaba esperándome en su carro que siempre usaba, y se me acercó y empezó a joder: "Oiga Ud., qué cosa se ha creído carajo, anoche le mandé llamar para que trabaje y como no se le dio la gana me mandó a la mierda diciéndome que no podía. Queda suspendido y si quiere lárguese por el camino que ha venido! Ud.. es un pendejo, un sirvengüenza, la empresa le ha contratado para que trabaje, no para que haga lo que se le da la gana". "Ingeniero —dije— yo estoy contratado para trabajar y el día de ayer ya he cumplido con mis ocho horas de trabajo, no tengo obligación de venir a la hora que a Ud. se le antoje..." De escucharlo nomás quería mandarlo a la misma mierda, pero prefería callar... "¡Ya basta!, ¡Aléjese de mi presencia, queda suspendido definitivamente por tres días!".

Esta era mi primera suspendida del trabajo en todo el tiempo que he sido obrero.. Esta clase de abusos no se quedaban con suspensiones, a los demás trabajadores que tenían años trabajando los estafaban peor. El trato que ellos tenían era algo así como en la etapa colonial. Por ejemplo, me acuerdo que un buen día conversando con un operador de una pala frontal (Michigan) estaba como trabajador estable con ocho años de servicio y a la fecha estaba ganando el sueldo mínimo. Además de ello, él y demás trabajadores no sabían que era minutos de refrigerio, no tenían los implementos de seguridad indispensables para trabajar. En la lluvia tenían que trabajar con su poncho porque no tenían ropa de agua, usaban ojotas porque no tenían botas o zapatos de seguridad. Estas cosas eran atroces, llegando hasta un extremo antihumano. Yo por ejemplo tenía que arreglármelas para no quemarme con la chispa que producía el electrodo y para buena suerte en la mayor parte de los trabajos siempre era para soldar en plano, pero en la planta los obreros que trabajan tienen que estar de pie sobre el agua durante las horas de trabajo. En el turno de amanecida terminan hasta las rodillas mojados y nadie dice nada por la sencillez que los caracteriza. En las chancadoras en donde el humo de polvareda es a diario los cc. no tienen máscaras de protección y cuando tienen que trasladarse de una chancadora a otra lo hacen en pleno barro y si por

mala suerte se les malogra las ojotas lo hacen descalzos. Cuantas veces se han cortado los pies y así tienen que cumplir sus horas de trabajo. La verdad es que los trabajadores se accidentan y tienen que seguir trabajando. Ellos no saben que es seguro, si tienen que jubilarse o no. El dueño de esta mina es en todo el sentido de la palabra un descarado sinvergüenza.

Ya han pasado cinco meses que estoy trabajando, viendo todos los días esta clase de injusticias. Se ha cambiado la Junta Directiva del sindicato y ya los dirigentes han aprobado los puntos del pliego de reclamos. Estos nuevos compañeros son en su mayor parte jóvenes, tienen mucho interés en trabajar. Esta actitud me conquistó para seguir quedándome, empecé a participar en sus asambleas, las cuales contaban con amplio respaldo de los obreros mineros. En uno de los informes recuerdo que se aprobó la Huelga general en defensa del pliego de reclamos, lo cual era justo asumirlo. Viajó la Comisión del pliego y en esa semana el superintendente como todo lobo empezó a hostilizar a los trabajadores que hemos sido contratados en Lima, en su mayor parte empleados, saliendo con la suya, pues casi todos los trabajadores abandonaron la lucha y nos quedamos cinco obreros y cuatro empleados. Esto lo tuvo presente el resto de la masa y se llegó al acuerdo de nuestra incorporación a las Planillas de Aguila, es decir pasar a ser estables.

La lucha continúa. Después de varios días regresa la Comisión e informa que la empresa se negaba en dar solución a los puntos del pliego de reclamos. Acordamos la fecha para la Huelga general y nos comprometimos todos los trabajadores presentes luchar hasta las últimas consecuencias y así fue como el 06 de enero en magna asamblea se aprueba el reglamento de huelga y el inicio de la misma. Mientras nosotros empezamos a fortalecer nuestros... de lucha la patronal también empieza una campaña de amedrentamiento a los trabajadores. Los soplones como el ingeniero Manuel Ticona y la Asistenta Victoria se ponen de lado del patrón. Es una lucha frontal la que llevamos a cabo. Era una experiencia para mí particularmente ya que era la primera vez que me encontraba trabajando con los mineros. Los días pasaban, ya teníamos 15 días de huelga,

ya funcionaban las ollas comunes en donde nos confundíamos con los trabajadores todos los días. Ahí estaban los familiares de los mineros tan igual que sus hijos. Acá cabe señalar la gran voluntad de los cc. que integraban el Comité de lucha. Estos compañeros eran contratados igual que yo, el Presidente era un joven obrero mecánico que en todo momento supo ponerse a la altura de esta dura lucha. El encargado de recursos y ayudas era otro compañero con gran voluntad de trabajar, era empleado con varios años de trabajo. Fue con ellos que se realizó el primer mitin popular en la provincia de Sihuas con presencia de todos los trabajadores y sus familiares y el pueblo de Sihuas junto con sus autoridades políticas. A este día lo llamamos el domingo glorioso (18 de enero). Al parecer, esta actitud y apoyo que llegamos a tener fue de pleno conocimiento de las altas esferas políticas, lo cual hizo que la empresa dé su primera atención a los reclamos. Salió la primera resolución pero no era satisfactoria para el pleno de los trabajadores. En vista de ello se acordó realizar una marcha de sacrificio hasta Lima. Esta marcha de protesta era la máxima medida de lucha que hasta el momento se estaba asumiendo en este centro minero.

Antes de pasar a detallar la marcha de sacrificio quisiera detallar las negras actitudes que el Ing. Barrón en alianza con los soplones lleva a cabo, con el fin de quebrar la huelga. Montó una denuncia de pérdidas de cartuchos, la cual fue desbaratada. Esta rata, como lo llamamos los mineros, quería que seamos víctimas de represión y que a nosotros se nos tome como terroristas o agitadores subversivos. Para buena suerte, se estrelló en la nariz que la tenía tan grande este sinvergüenza patronal. Después no se daba por vencido y nuevamente denunció que se había perdido seis cartuchos de dinamita y en esta oportunidad ya culpó a un trabajador, lo cual fue desmentido de inmediato. Como producto de estas medidas varios cc. obreros que tienen la mala costumbre de ser sobones empezaron a quebrarse, pero gracias a un severo llamado esta desviación se frenó y la lucha seguía. Barrón, Victoria y Ticona fueron declaradas personas no gratas a los trabajadores y se confeccionó la consigna: "Estos son los amarillos chupamedias". La marcha de sacrificio empieza el jueves 5 de febrero...

AUTOBIOGRAFIA

GREGORIO CONDORI MAMANI

Desde que soy cargador, día tras día, desde las cinco de la mañana empiezo a trabajar cargando. En el mismo mercado central o del mercado a las casas, o cumpliendo con mis contratas. La carga siempre es variada, desde un paquete de panes o de ropa, hasta cajones, canastas de víveres o costales de papa. Esto depende de la fuerza, pero siempre hay que estar desafiando a la fuerza.

Aunque no es mucho, siempre hay para la casa, desde veinte o veinticinco hasta setenta soles por día. Pero para ganar setenta soles al día, hay que corretear por lo menos de veinte a veinticinco veces y estar mirando a todas partes buscando quién necesita un cargador. En el mercado o en las puertas de las tiendas, super market, hay que estar así. Antes, cuando sobraban fuerzas, se podía hacer una contrata en la estación del ferrocarril, sea para cargar o descargar del tren. Pero ahora no quieren, le miran a uno como a extraño y no le aceptan ni para ayudar, al ver que uno ya es viejo. Por eso estoy en el mercado central y las calles, buscando carga. Pero no faltan algunas señoras, que en lo que me estoy poniendo comedido para cargar, me empujan:

—Tú ya eres viejo, ya no puedes, a descansar. Llamen a otro joven.

Estas señoras ricas, bien vestidas, son las más regateadoras. A uno le hacen cargar del mercado o de las tiendas y ya en la puerta de su casa, sin preguntar el precio de la cargada, le botan de dos a

tres soles. Por eso, muchas veces, con la cólera, dan ganas de hacer regresar la carga a donde se levantó. Y si uno reclama, peor; le dicen:

—Ya eres viejito, anda a descansar.

Eso dicen estas señoras, sin consideración, como si el estómago descansara. Pero otras señoras son razonables, pagan lo que uno pide. Y creo que hacen esto porque a uno le ven viejo. No hay estos contratiempos cuando uno carga las contratas, por eso yo quisiera tener más contratas, pero durante la semana apenas tengo seis contratas. Una de mis contratas es cargar tres bloques de hielo, desde Coripata, donde fabrican, hasta el mercado central, todos los días a las seis de la mañana. Esta contrata es de una señora que vende pescado y camarones, y por cada viaje me paga seis soles. La otra, es de un zapatero, desde Rosaspata, también al mercado central, cargo tres grandes cajones de zapatos. Los cajones, son puro porte, casi no pesan mucho; estos mismos cajones, a eso de las seis de la tarde o siete de la noche tengo que volver a llevarlos. De la llevada y traída me pagan trece soles. Y la otra contrata que tengo es con la señora Angélica Salas: desde Puente Belén hasta el mercado Central. Cada mañana, a las ocho, cargo sus ollas de comida. De esto sólo me paga tres soles, pero me aumenta con un plato de sopa o de segundo. Esta comida la vende a esos chicos que lustran zapatos o venden periódicos y a algunos choferes.

Esa señora Angélica tiene mucha suerte para vender sus comidas, porque a las diez ya no hay comida. Por eso sus compañeras le envidian. Comentan: "Esa señora tiene mucha suerte, está curada con *despacho* para tener venta; ese viejo también es suerte". Dicen: "toda la comida que carga, nunca regresa, y de lo que carga mi cargador, regresa casi todo". Así, los cargadores también somos suerte para las personas que cargamos y según la suerte que llevamos en las espaldas, nos quieren. Pero hay otros compañeros, salados. El negocio que cargan no se termina de vender; por eso dicen: "La espalda de este cargador es mala suerte", y nunca más hacen cargar con ellos. Pero desde que soy cargador, mi espalda siempre ha sido buena suerte para cargar negocios. Por eso, aunque pocas,

no me faltan contratas durante el año. Mi espalda tiene suerte porque está curada a mi *marka*. Esos compañeros que están andando en las calles y que nadie los llama, es porque cargan común sin hacerse curar.

Las otras contratas que tengo son eventuales durante la semana, para traer algunas mercaderías que faltan en las tienditas de aquí, de Coripata o Rosaspata. Pero esto de cargar mercaderías a las tiendas, se presta a chanzas. Hace un año, cuando traía una caja de pisco para una de estas tiendas, cuando pasaba por Limacpampa se me acercaron unos jóvenes, diciéndome:

—*Taytay*, la señora nos ha dicho que ya no cargues la caja, porque nosotros ya lo vamos a llevar en el carro, con más cajas.

Y yo, zonzo, les entregué la caja de pisco, creyendo en el encargo, cuando los que me pidieron la caja, habían sido rateros. La dueña pensaba que yo había ocultado o vendido la caja y me exigía todos los días que le pague más de quinientos soles. Como no había, ¿con qué se lo iba a pagar? Hasta que se cansó de cobrarme. Pero eso sí cerca de un año estuve en sus mandados, con lo que seguramente pagué el doble de la caja de pisco.

De aquí a unos días tendré una contrata más para cargar todos los días jora de maíz al molino y llevarla ya molida a la chichería. El pago va a ser de siete soles, con aumento de dos caporales de chicha. Según la dueña de esta chichería, su cargador de jora ha abandonado la contrata, sin decir nada, porque hace semanas que no aparece. Pero yo escuché que su cargador está enfermo. Así es la vida de un cargador. Cuando ya estamos viejos en lo que vamos cargando, nos dan enfermedades, y las personas para las que hemos cargado durante toda nuestra vida, año tras año, cuando dejamos de aparecer en su casa nunca más preguntan por nosotros: "nuestro cargador no viene, ¿qué le habrá pasado?". Nunca ellos pueden preguntar así. Ellos sólo quieren que uno les sirva. Aunque uno esté botado, como perro sin dueño, en el rincón de una casa o de una calle, no preguntan por uno.

Cuando por viejos, los cargadores no tienen ya ni fuerza para cargar sus propios huesos, doblados, raras veces son recogidos al Asilo de Ancianos. Pero aquí piden papeles, partida de nacimiento, preguntan de dónde es uno, qué se llama, si tiene familiares. Si los papeles les gustan a ellos, te hacen ingresar, pero como ningún cargador tiene papeles de ninguna clase, nunca los reciben. Y así, en lo que van limosneando por todas las calles, mueren.

Por eso los cargadores siempre morimos andando, con las ma nos extendidas. Quizá algo de esto pase conmigo, quizá me atropelle un carro, me lleven al hospital y me hagan autopsia y de ahí me arrojen al panteón.

Cuando muere un cargador que no tiene a nadie en algún rincón de alguna calle o casa, alguien que le ve da parte a la Comisaría. Van los guardias para hacerlo llevar a la morgue. Si tiene familiares, ellos reclaman y lo hacen enterrar. Pero cuando no hay ningún reclamante, esa alma está tirada sobre una piedra fría, dos o tres días, en la morgue. De ahí la llevan para botarla a la fosa común, la tapan con poquita tierra, con su misma ropa, no hay hábito, ni cajón; la botan como a perro callejero. En la fosa común están, ya niños, ya mujeres, ya viejos, amontonados como leña, unos encima de otros. Aquí es donde lo botan al cargador y a otros que no tienen familiares.

Así, hace poco, vi la muerte de un amigo cargador, llamado Purificación Quispe. Seguro que la carga le aplastó su pulmón, él murió escupiendo sangre en la Calle Belén, en el paradero de los carros de Santo Tomás y Urubamba. Este alma Purificación Quispe estaba tirado sobre un amontonamiento de *ichhu* que descargaron de un camión; así muerto estaba tirado casi todo un día. Ya al anochecer fueron guardias del Puesto de Santiago y lo hicieron llevar a la morgue. Como en la morgue no apareció ninguno de sus familiares hasta el segundo día, tuvieron que botarlo a la fosa común. Para no ver esta vida de cargador, yo, como viejo, quisiera que todos los cargadores que vivimos aquí en Cusco, viejos y jóvenes, nos juntásemos en un sindicato. Así haríamos una sola fuerza, con una sola voz. A ver si así se abren los ojos de la justicia hacia

nosotros y viéndonos nos ayuden en algo y ya no moriríamos como perros, en las calles, arrastrando nuestros harapos tras la carga.

Así estamos nosotros los cargadores, en las calles y mercados, arrastrando nuestros harapos como condenados. Estos harapos se pueden remendar todavía, pero el hambre de nuestro estómago, no se puede remendar. Así estamos los cargadores, viejos y jóvenes. Aunque los cargadores jóvenes no están como nosotros los viejos, en las calles; pues ellos paran en las estaciones, cargando y descargando las bodegas del tren. Si aquí en las estaciones no hay carga, están en las agencias de los camiones que viajan a Lima o a Arequipa, cargando o repartiendo la carga a domicilio. El trabajo en las estaciones o agencias de los camiones es de destajo. El pago es regular, pero hay que sudar como caballo o mula. Aquí hay tarifa fija. Por descargada o cargada de un camión, es desde ciento cincuenta a doscientos cincuenta soles. Y por la cargada o descargada de un camión a una bodega del tren, es la misma tarifa. En estos lugares, en un día, pueden haber de uno hasta dos camiones para cargar o descargar, como también puede no haber ningún camión. También hay otros cargadores que son paisanos de las alturas, ellos vienen al Cusco sólo ciertos meses al año, después de la cosecha, entre julio y agosto. Ellos permanecen una, dos, tres semanas o un mes, o hasta un poquito más; se dedican a cargar si no consiguen contratarse como peones de los contratistas de adobes. Desde el mes de mayo hasta setiembre u octubre, aquí en el Cusco, empieza la construcción de casas. Casas que se construyen con adobes, sobre todo en los Pueblos Jóvenes, donde necesitan peones. En las grandes construcciones casi nunca aceptan a los paisanos; no saben trabajar, dicen; y prefieren a los peones de construcción. También en los meses de enero, febrero o marzo, después de la siembra o del primer lampeo de los cultivos, la paisanada llena las calles del Cusco. Ciertas semanas de estos meses pareciera haber más cargadores que carga.

Para uno que conoce el sufrimiento que hay en las calles, ver a estos paisanos que no conocen la maña del sufrimiento, en la ciudad, duele en el corazón. Porque si ellos son desconocidos, no

tienen familiares, duermen donde pueden, en suelo pelado, en los tambos, en el portal de las chicherías, en el pasadizo del alojamiento Melgar. Y cuando está rayando la mañana empiezan a caminar en busca de carga. Ellos vienen porque en su comunidad no pueden ganar dinero; son pobres, trabajan la tierra sólo para ellos, y como no se puede comprar si no es con dinero ciertas cosas que faltan en la casa, como sal, azúcar, ají, herramientas para el trabajo, vienen en busca de trabajo. Y como tampoco aquí en la ciudad hay trabajo seguro, si no es la carga, se hacen cargadores para reunir dinero que les falta para las compras.

AUTOBIOGRAFIA

ASUNTA DE CONDORI MAMANI

Mi hija Catalina, de *huahua*, era muy enfermiza y tenía que pasarme todo momento atendiéndola. Por ello, la dueña de la chichería en Huánchac, empezó a aburrirse y me puso mala cara. Entonces tuve que conseguir otra chichería para emplearme. De esa forma me fui a la picantería "Chuspi Cárcel", de la señora Mercedes, en Puente Rosario. Allí estaba ya un buen tiempo, quizá unos dos años, haciendo chicha y cocinando extras. Entonces la casa de Gregorio quedaba cerca a esta picantería y él dice que desde antes siempre iba a tomar chicha. Y desde que aparecí, me estaba mirando cómo era, porque había notado que yo no tenía marido. Así un día la dueña de la picantería se enfermó, y no fue varios días; quedé sola atendiendo a los caseros. Uno de esos días que estaba sola se presentó Gregorio y me invitó un vaso de chicha, con eso yo me puse a conversar no sé de qué. Pero así armamos amistad, y desde ese día, él venía todas las veces y siempre trataba de invitarme chicha. Así fue creciendo nuestra amistad, a veces ya nos bromeábamos y cogimos confianza. Gregorio, esa vez, para mí y para mi hija Catalina, nos llevaba como regalo, pasteles y chicharrones. Pero desde el día que nos pusimos a vivir, ya no hubo pasteles ni chicharrones. Cuando cogimos más amistad, él me dijo, un día:

—Pídete permiso, iremos al Corpus de San Sebastián.

Entonces pedí permiso a la dueña, para ir a San Jerónimo. Pero ese día no fuimos ni a San Jerónimo ni al Corpus de San Se-

bastián, porque me llevó a una picantería de Almudena, donde creo que comimos dos o tres platos. Esos platos estaban mal cocinados no estaban aderezados en su punto, pero los chicharrones sí estaban buenos, por eso, muchas veces, le digo en broma:

—Tú me has engañado haciéndome comer dos platos mal cocinados.

A Gregorio, desde antes y hasta ahora, le gusta bastante los chicharrones. Por eso siempre he querido criar un chanchito, aunque aquí no se puede; se necesita campo. Así, una vez traje una chanchita que compré en el baratillo; la tenía bien amarrada en la puerta de la cocina. Cuando ya estaba grandecita, esa chancha *arrecha*, se había soltado y se hizo pisar con un auto.

Aquella vez que Gregorio me invitó, en esa picantería, después de comer me hizo tomar dos o tres caporales de frutillada, y después chicha con cerveza. Yo sólo con eso, estaba totalmente borracha. No soy mujer borracha, de ésas que toman con su marido, hasta no poder y después se pelean. Las veces que tomo, mi cuerpo se pone como de una muerta, es como si yo fuera piedra amontonada. Así, seguramente, estaría esa vez; por eso, esa noche, él me cargó directamente a su casa para dormir a su lado hasta el día siguiente. Así pisé la casa de este mi marido por primera vez. Después de eso fui todavía a la picantería de la señora Mercedes, pero ya fue por pocos días, porque Gregorio me decía:

—Pídete licencia y vente aquí vamos a vivir, para eso ya eres mi mujer.

¡Y yo, a ver, hacía todo lo que me decía para ponerme a merced de este hombre, como una zonza! Así volví a pedir licencia por tres días. Y ese mismo día parece que me vine jalando a mi hija que ya era grandecita, con mi cama y todo, pues eso era lo único que tenía: mi cama y mi hija.

Para qué, sería hacer renegar a nuestro Dios, si hablo en falso. No, eso no se puede hacer. Para qué, aunque Gregorio nos ha pegado muchas veces, a mí y a mi hija, hasta botarnos de la cama

en fustanes bajo la lluvia, noches enteras; pero con él estábamos bien, aunque peleando e insultándonos. A mi hija también desde el primer día, la ha visto siempre con preocupación. Ahora mismo dice: "Mi hija". También lo que ha trabajado siempre ha sido para nosotras. Cuando empezamos a vivir, él ya estaba trabajando, como barredor de la fábrica Huáscar. Por eso él decía, a veces, como un alabancioso:

—Carajo, yo huascarino, aunque gano medio, pero seguro.

En esta fábrica trabajó unos años más hasta que se habló de que la fábrica iba a cerrar: En lo que estaba murmurando "la fábrica va a cerrar", Gregorio se puso preocupado; un tiempo después la cerraron siempre. Cuando cerraron la fábrica nosotros seguíamos viviendo en Puente Rosario. Durante el tiempo que estuvo en la fábrica, yo paraba más en la casa, cocinando, pero siempre iba a la picantería de la señora Mercedes a ayudarla, a fin de que me diera *sut'uchi*, para mis gallinas y cuyes que empecé a criar. Desde el día que vivo con Gregorio, siempre tengo gallinas y cuyes. Cuando él dejó la fábrica, sólo a veces trabajaba en alguna construcción, y como lo de las construcciones es trabajo que termina siempre, empezó a pasarse los días buscando trabajo. Así, desde aquella vez se quedó sin trabajo fijo; iba a un lugar a ofrecerse de peón, lo rechazaban; en otro sitio le recibían por una semana, o le decían "regresa a la otra semana", o "a la otra quincena". Cuando pasábamos así los días, conté a una amistades, mi marido está así, diciendo. Ellas eran clientes de la señora Mercedes y *chupi qhatus* en el mercado central, a quienes dije:

—Yo también, aquí no gano; sólo me pagan en *sut'uchi* para mis animalitos.

Entonces me dijeron:

—Si tú sabes cocinar bien, ¿por qué desde mañana no cocinas alguna cosita? y nosotras te daremos un campito a nuestro lado para que vendas tu comida.

Desde el día siguiente, ya no fui a la picantería, sólo envié a mi hija Catalina, que ya era grandecita, para que ayudara en algo.

Pero su pago en *sut'uchi* que le habían dado, era menos de la mitad que me daba a mí. Yo fui al mercado de Cascaparo esa mañana, sólo a ver la sección de comidas, para saber cómo estaban cocinando. Comí un plato de tarwi-uchu y soltero. Al ver cómo era el negocio de las comidas, yo regresé animada, pensando en convertirme en cocinera de picantería, en negociantera de comidas. Empecé a alistarme, durante tres días, para ir al mercado con mi olla de comida. No tenía buenos platos, estaban totalmente desportillados y llenos de soldaduras; por eso me presté de mi comadre Rosa Salas, tres platos de fierro y dos cucharas. Yo no se que más hice, pero a los cuatro días fui cargando mi olla. Cuando aparecí en el mercado, mis amistades me llamaron y haciendo un campito entre las dos, me colocaron junto con mi olla.

La calle constituía la plaza, no había carpas ni mesas para vender. Así, todas las cosas para vender estaban en el suelo; la plaza siempre estaba llena de gente, hasta pasadas las doce. Ese primer día, no vendí ni siquiera un plato, hasta pasadas las doce, ya dos *runas* que parecían ser peones, comieron cuatro platos. Luego vinieron cinco o seis personas, que creo, eran viajeros; pero no había platos para servir y tuve que prestarme de mis amistades. Estos viajeros comieron a un plato y cuando me pidieron aumento ya no alcanzó para todos; esa vez el plato de chupe costaba ochenta centavos; al ver que la olla de comida que llevé esa vez había sido sólo para dos vendidas, mis amistades me dijeron:

—¿Ves? ¡has empezado con suerte! Para mañana cocina en otra olla más grande.

Así empecé a cocinar en otra olla de mayor capacidad, esos dos peones que habían almorzado el primer día, empezaron a frecuentar todos los días y se volvieron mis clientes y comenzaron a llevar a otros peones y, al último, me dijeron todos formales:

—Cocina sólo para nosotros.

Desde ese día ya no iba al mercado por la mañana, sino ya cerca de los doce, calculando la hora del descanso de mediodía. Pero, como no falta la envidia desde que los cristianos aparecieron

sobre la tierra, y crece de día y de noche en todas partes, aún sobre la cara de nuestro Dios; a mis amistades, al ver que yo tenía mis caseros fijos todos los días para la comida que cargaba al mercado, empezó a crecerles la envidia y comenzaron a aburrirse conmigo, por lo que iba al lado de ellas, y ya no querían prestarme platos y cucharas cuando me faltaba. Entonces, desde días antes, a todos mis caseros que ya eran como mis pensionistas, les decía:

—De este lugar me voy a ir, me están teniendo envidia.

Y les señalaba un lugar al canto de la sección comidas. Así pasaron estas cosas, cuando empecé a vender comidas, pero gracias a las almas ya estaba de alivio con el negocio. Como no había trabajo fijo para Gregorio, él también, desde esa vez empezó a cargar:

—El trabajo de la calle es seguro— decía Gregorio.

Pero, desde el día que hice negocio, hasta ahora, ya no es todo para la espalda de Gregorio. Pues yo también hago chorrear algunos centavos para nuestros estómagos.

Cuando todo estaba bien con el negocio de las comidas, un día fueron los empleados del Concejo, todos uniformados como guardias, y empezaron a pedir licencia municipal. Yo no sabía que era era eso de licencia municipal y seguí yendo a vender. Hasta que un día esos mismos municipales, requisaron nuestras ollas y platos. Los que tenían papeles (documentos) sacaron sus cosas del Concejo, pagando multa, y como yo, aquella vez, no tenía ningún papel, no pude sacar mis ollas ni mis platos, hasta hoy. Aun siento pena por mis seis platos de fierro, ésos cuestan. Después que pasó esto, seguí yendo a vender comida, a ocultas de esos perros municipales. Pero un día, seguro por castigo de las almas, me hice coger. Fue un día que, después de llegar no más, estaba esperando la presencia de algún casero; de un momento a otro, un municipal apareció por la esquina y ya no había tiempo para escapar con la olla. Este municipal me dijo:

—Carajo ¿Eres sorda? ¡So gran puta india!

¡Pun - Pun! Pateó la olla de comida y pisoteó mis platos que eran de puro tiesto; al ver toda la comida en el suelo y los platos

rotos, me puse a gritar pidiendo auxilio, de cólera y odio para el municipal, unas mestizas, para pasaban por allí, dijeron: ¡Abusivo!

Que Dios me perdone, en ese rato, con la sangre hirviendo de puro odio, quería matar a ese municipal ¿Qué le hizo la olla a ese cristiano para que la patee? ¡Nada! ¿por qué no me pateó a mí? Cuando pasó esta cólera, ya no volví al mercado. Ya también iba al campo a recoger pasto para cuyes. Esto lo vendía al atardecer, justo cuando empezaba la noche, en una de las esquinas de Limacpampa. A esa hora salían hartas mujeres a vender pasto para cuyes; para eso no había atajo.

En puente Rosario, desde el día que me fui al lado de Gregorio, vivíamos tranquilos. Era una casita que Gregorio había hecho cuando vivía todavía con su mujer Josefa, que ahora es alma. Estaba en un canchón donde vivían solos, pero al lado había otro canchón donde vivía un soldado. La mujer de este soldado era una *arrecha* pendenciera que, desde el primer día que me vio, como si yo le hubiera quitado su soldado, se hizo mi enemiga. Así empezaron los interminables días de peleas e insultos. Con esa mujer, la menor cosa era razón de pelea. Me hacía escuchar indirectas sobre cualquier cosa, y yo le contestaba con un insulto más grueso y terminábamos peleando a arañazos y jalándonos de nuestros cabellos. Pero eso sí para una *arrecha* pendenciera, yo también soy una pendenciera; pobre *misticha* era como la polilla, puro bulto, sin nada de fuerzas. Por eso exaltada de cólera, muchas veces, agarrándola de los cabellos, la arrastraba por los suelos, diciendo entre mí:

—Con esto escarmentará.

Pero nada; era más lisa, como perra enferma. Muchas veces, por ese motivo hemos llegado al puesto de los guardias a pasar quejas. Aunque de esta casa yo no quería irme, pero un día Gregorio se asustó de un mal que me dio por la cólera. Mi lengua se hinchó hasta llenar mi boca y no podía ni hablar, ni pasar saliva. Entonces Gregorio me llevó, estando enferma todavía, a otra casa en Coripata, y ya aquí sané de ese mal que era dice, envenenamiento por colerina. Esa casa también era otro canchón, donde ahora están las casas de los militares. Era una choza que Gregorio había arreglado;

por esa casa él tenía que estar, todos los domingos, trabajando en todo, a las órdenes de la dueña, que era una señora de voz gruesa, como de hombre. Esta señora, porque Gregorio no fue un domingo, nos hizo desocupar su choza, y tuvimos que irnos a una barraca que Gregorio había conseguido en Dolorespata.

Ya cuando vivíamos aquí en Dolorespata, nos hemos casado con Gregorio. El ya había vivido con dos mujeres, pero las dos habían muerto, por eso cuando me enfermé con colerina, estaba asustado, y su compadre Leocadio le dijo:

—Compadre, si tu mujer va a vivir a tu lado bendecida, no va a morir, cásate.

Entonces como yo no era casada con mi anterior marido, ni él era casado con ninguna de las mujeres con que había convivido, ambos dijimos:

—¿O podemos estar bien si nos casamos? Bueno, recibiremos bendición.

Así pensamos para casarnos. Todo en mi matrimonio fue bien. Y entre las cosas que más recuerdo, es lo que Gregorio me anda diciendo:

—Mujer de sesos de barro.

La vez que conseguimos nuestros padrinos, fijamos una fecha para el día del casamiento, pero se postergó por mí, tres o cuatro meses, porque no podían entrar los rezos a mi cabeza y eso que me enseñaban todos los días.

Después que me casé, volví al negocio de las comidas en el mercado de Huánchac, donde actualmente sigo trabajando, y aquí también tengo mis clientes fijos, ellos son los mecánicos de primus y los empleados barrenderos del mercado. A ese mercado empecé a ir desde que nos botaron de la barraca de Dolorespata. Esa vez que nos desalojaron de allí, arrojando nuestras cosas, seguro por compasión al verme llorar, un señor gringo me dijo:

—Anda vivir galpón, —diciendo.

Ese galpón quedaba en medio del papal. Aquí nos acomodamos por unos días. Ya después arreglamos esta casa donde ahora vivimos, que entonces estaba toda caída. Coripata aquella vez era chacra.

El mercado de Huánchac era pequeñito; ya después lo agrandaron. Cuando estaban agrandándolo a la pampa, empecé a ir a hacer mi negocio. Por eso soy antigua y todos me conocen. Aquí también, un tiempo, después de mi establecimiento pidieron licencia a los que hacían permanentemente negocio. Cuando pidieron licencia yo tuve que sacar mi papel de matrimonio, pero aquella vez que quería sacar ese papel, los padres del Convento no encontraban nuestros nombres en el libro. Todos los días iba a preguntar, pero ellos decían: no hay, no aparece; así hasta acabar con la paciencia de los padres, iba a preguntar día tras día, cerca de dos meses, y al último, los padres, aburridos, como cansados de verme todos los días, me dieron mi papel de matrimonio. Con esto saqué licencia para vender y me dieron mi carnet de sanidad. Por lo que vendo todos los días en el mercado, tengo que pagar sisa al Concejo, dos soles cincuenta centavos diarios.

Antes iba todos los días al mercado con el negocio de la comida, pero desde hace cuatro años voy sólo los martes y los viernes Ahora ya no resulta el negocio, todos los recados están por los cielos y muchas veces no hay ganancia. Los días que no voy al mercado con el negocio de comida, me dedico a comprar botellas de las tiendas de mis conocidos aquí en Coripata y en Santiago. Unas veces con Gregorio otras veces voy sola al botadero, a buscar botellas y fierros. Es trabajoso, van también otros y se busca a la quita-quita, y hasta hay peleas al rato que llegan los carros basureros con su carga, aunque depende de la suerte encontrar más cosas. Las botellas que compro y las que recojo con Gregorio, las lavamos bien, con ace y escobilla, y las vendo en el sábado-baratillo. Una botella, a veces, se vende hasta en cuatro soles. Ahora si yo tuviera plata o capital, haría negocio de ropa, comprando ropa usada a los doctores para venderla en el sábado-baratillo. Veo que eso tiene salida y se gana, aunque yo no puedo hacer porque no

tengo educación y mi fuerza se está muriendo, arrinconándome en mi casa, y me estoy moviendo poco.

Así estos últimos tiempos, después de haber dormido bien toda la noche, me levanto sin fuerzas, con las piernas y los muslos totalmente cansados, como si durante la noche hubiera caminado leguas y leguas. Seguro que mi espíritu alma ya empezó a caminar, porque faltando ocho años para morir, nuestras almas empiezan a caminar recogiendo la huella de nuestros pies, de todos los lugares por donde hemos caminado en vida. Así nuestra pobre alma se detiene infinidad de veces para penar en los lugares donde, por algún descuido, pudimos haber hecho caer al suelo una aguja de coser. Por eso la aguja, al coser o al zurcir, se debe manejar con cuidado. Así, seguro mi alma ya empezó su peregrinación, por eso mis piernas amanecen cansadas no más.

8. LA PROSA POLITICA

Como sabemos, las condiciones de producción de determinado discurso político son las que establecen la *relación de pertenencia* de ese discurso a una formación política precisa, según el amplio conjunto de valores semánticos autoreferenciales que contiene (principalmente sociales, económicos, culturales e ideológicos).

Ahora bien, una tipología que comprenda las clases de discursos políticos producidos por una sociedad se establecerá —a lo menos para los fines aquí perseguidos— a partir de las cargas semánticas preponderantes en cada discurso, ya sea que ellas se expongan abiertamente en los respectivos enunciados narrativos y descriptivos, ya sea que se presupongan necesariamente en estos.

El orden de cada discurso político depende, pues, de su inclinación para enunciar aquellas categorías significantes políticas cuya suma permitirá calificar al discurso entero con una denominación más o menos apropiada. Así y a pesar de que en la agitada historia republicana se han sostenido y se sostienen innumerables posturas sobre la teoría y la práctica política, el espectro general de los discursos políticos peruanos presenta ciertas líneas de fuerza principales: anarquista, conservadora, socialista y aprista. Se han escogido, para ilustrarlas, los siguientes textos:

a) el artículo de Manuel González Prada titulado *El deber anárquico* (1) que reúne algunas reflexiones sobre la concepción anti-institucional características del pensamiento anarquista;

b) el discurso que José de la Riva Agüero y Osma pronunciara el 1º de junio de 1934 con motivo de la inauguración de la biblioteca del Centro de la Juventud Católica [2], ocasión en que este expuso su concepción político-ideológica frente a la situación nacional e internacional que entonces se vivía;

c) José Carlos Mariátegui envió a la Primera Conferencia Comunista Latinoamericana realizada en Buenos Aires (junio de 1929) la tesis titulada *Punto de vista anti-imperialista* [3], lugar donde debate y enfrenta los criterios apristas sobre el mismo tema; por último,

d) la nota preliminar, fechada en diciembre de 1935, que Víctor Raúl Haya de la Torre escribió para prologar su libro *El Antimperialismo y el Apra* [4] y donde se resume las principales tesis defendidas en esa obra.

ENRIQUE BALLON

---

(1) Se halla incluido en el libro de González Prada, *Anarquía*, sin fecha precisa (entre 1904 y 1909). Ha sido transcrito de Podestá, Bruno, *Pensamiento político de González Prada*, Instituto Nacional de Cultura del Perú, 1975, pp. 74-89. Lima.

(2) Ha sido tomado de *Opúsculos* - Tomo II ("Por la verdad, la tradición y la patria"), 1938, pp. 123-130. Lima.

(3) Lo consignamos según aparece en el volumen 13 de las *Obras Completas* de José Carlos Mariátegui titulado *Ideología y política*, Empresa Editora Amauta, 1969, pp. 87-95. Lima.

(4) En las sucesivas ediciones de *El Antimperialismo y el Apra*, Haya de la Torre añadió a esta nota preliminar otras notas (1936, 1970, 1972). El texto que incluimos ha sido transcrito de Haya de la Torre, Víctor Raúl, *Obras completas*, Tomo IV, Librería Editorial Juan Mejía Baca, 1976, pp. 16-25. Lima.

EL DEBER ANARQUICO

MANUEL GONZALES PRADA (1848 - 1918)

Cuando se dice Anarquía, se dice revolución. Pero hay dos revoluciones: una en el terreno de las ideas, otra en el campo de los hechos. Ninguna prima sobre la otra, que la palabra suele llegar donde no alcanza el rifle, y un libro consigue arrasar fortalezas no derrumbadas por el cañón. Tan revolucionarios resultan, pues, Voltaire, Diderot y Rousseau, como Mirabeau, Dantón y Robespierre. Lutero no cede a Garibaldi, Comte a Bolívar, ni Darwin a Cromwell.

Consciente o inconscientemente, los iniciadores de toda revolución política, social, religiosa, literaria o científica laboran por el advenimiento de la Anarquía: al remover los errores o estorbos del camino, facilitan la marcha del individuo hacia la completa emancipación, haciendo el papel de anarquistas, sin pensarlo ni tal vez quererlo. Ampére, Stephenson y Edison no han realizado obra menos libertaria, con sus descubrimientos, que Bakunin, Reclus y Grave con sus libros. Los Jesuitas, merced a su casuística sublimal, han contribuido a disolver la moral burguesa; y gracias a sus teorías sobre el tiranicidio, justifican la propaganda por el hecho. Mariana no tiene razón de repudiar a Bresci ni a Vaillant.

Al absurdo y clásico dualismo de hombre teórico y hombre práctico se debe el pernicioso antagonismo entre el anarquista de labor cerebral y el del trabajo manual, cuando no hay sino dos viajeros dirigiéndose al mismo lugar por caminos convergentes. La

pluma es tan herramienta como el azadón, el escoplo o el badilejo, y si el obrero gasta la fuerza del músculo, el escritor consume la energía del cerebro.

Inútil repetir que la revolución en el terreno de las ideas precede a la revolución en el campo de los hechos. No se recoge sin haber sembrado ni se conquistan adeptos sin haberles convencido. Antes que el mártir, el apóstol; antes que el convencional, el enciclopedista; antes que la barricada, el mitin o el club. Al intentar reformas radicales sin haberlas predicado antes, se corre el peligro de no tener colaboradores y carecer de fuerza para dominar las reacciones inevitables y poderosas. Todo avance impremeditado obliga a retroceder. "Una sola cosa vale —decía Ibsen—: revolucionar las almas".

Cierto, nada mejor que una rápida revolución mundial para en un solo día y sin efusión de sangre ni tremendas devastaciones, establecer el reinado de la Anarquía. Mas ¿cabe en lo posible? La redención instantánea de la Humanidad no se lograría sino por dos fenómenos igualmente irrealizables: que un espíritu de generosidad surgiera, repentinamente, en el corazón de los opresores, obligándoles a deshacerse de todos sus privilegios, o que una explosión de energía consciente se verificara en el ánimo de los oprimidos, lanzándoles a reconquistar lo arrebatado por los opresores.

Lo primero no se concibe en el corazón de seres amamantados con el egoísmo de clase y habituados a ver en los demás unas simples máquinas de producción. Pueden citarse ejemplos aislados, individuos que dieron libertad a sus esclavos, repartieron sus riquezas y hasta dejaron el trono para soterrarse en el claustro; mas no sabemos de sociedades que por un súbito arranque de justicia y conmiseración, se desposeyeran de sus privilegios y otorgaran a los desheredados el medio de vivir cómoda y holgadamente. Después de las revoluciones populares, soplan ráfagas justicieras en el seno de las colectividades (cerniéndose de preferencia sobre los parlamentos), mas cesa de pronto la ráfaga y esas mismas colectividades recuperan uno tras uno los bienes que otorgaron en bloque. Por lo general, tienden a quitar más de lo que dieron. Así la nobleza y el clero

francés que el 4 de agosto habían renunciado magnánimamente a sus privilegios, no tardaron mucho en arrepentirse y declararse enemigos de la Revolución.

Lo segundo no se concibe tampoco. Hay muchos, muchísimos anarquistas diseminados en el mundo: trabajan solitarios o en agrupaciones diminutas; no siempre marchan de acuerdo y hasta se combaten; mas aunque todos se reunieran, se unificaran y quisieran ensayar la revolución rápida y mundial, carecerían de elementos para consumarla. ¿Podemos imaginarnos a Londres, París, Roma, Viena, Berlín, San Petersburgo y Nueva York, repentinamente, cambiados en poblaciones anarquistas? Para esa obra, la más estupenda de la historia, falta la muchedumbre.

Siendo una mezcla de la Humanidad en la infancia con la Humanidad en la decrepitud, la muchedumbre siente como el niño y divaga como el viejo. Sigue prestando cuerpo a los fantasmas de su imaginación y alucinándose con la promesa de felicidades póstumas. Inspira temor y desconfianza por su versatilidad y fácil adaptación al medio ambiente; con la blusa del obrero, se manifiesta indisciplinada y rebelde; con el uniforme del recluta, se vuelve sumisa y pretoriana. El soldado, fusilador del huelguista, ¿de dónde sale? Los grandes ejércitos, ¿están acaso, formados por capitalistas y nobles? Millones de socialistas alemanes batallan hoy en las legiones del Káiser. Sin embargo, esa muchedumbre corre a luchar y morir por una idea o por un hombre, ya en el campo, ya en la barricada. En las multitudes nunca falta un héroe que se tire al agua por salvar un náufrago, atraviese el fuego por librar un niño y hasta exponga su vida por defender un animal.

Las grandes obras se deben a fuerzas colectivas excitadas por fuerzas individuales: manos inconscientes allegan materiales de construcción; sólo cerebros conscientes logran idear monumentos hermosos y durables. De ahí la conveniencia de instruir a las muchedumbres para transformar al más humilde obrero en colaborador consciente. No quiere decir que la revolución vendrá solamente cuando las multitudes hayan adquirido el saber enciclopédico de un Humboldt o de un Spencer. Las conclusiones generales de la Ciencia, las ver-

dades acreedoras al título de magnas, ofrecen tanta sencillez y claridad que no se necesita llamarse Aristóteles ni Bacon para comprenderlas.

No todos los cristianos primitivos fueron un San Pablo ni todos los puritanos un Cromwell, ni todos los conscriptos franceses un Hoche, ni todos los insurgentes sudamericanos un Bolívar. Pero esos primitivos, esos puritanos, esos conscriptos y esos insurgentes, amaban la idea y creyeron en su bondad, aunque tal vez la comprendían a medias. El amor les dio la sed de sacrificio y les tornó invencibles. Porque no basta adoptar a la ligera una convicción, llevándola a flor de piel, como un objeto de exhibición y lujo: se necesita acariciarla, ponerla en el corazón y unirla con lo más íntimo del ser hasta convertirla en carne de nuestra carne, en vida de nuestra vida.

Si en clases dirigentes o superiores subsiste el espíritu conservador o reaccionario, en los obreros de las ciudades populosas cunde el germen de la rebelión, el ansia de ir adelante. Las muchedumbres recuerdan al polluelo del pájaro migratorio en vísperas del primer viaje: no conoce la ruta; pero se agita con el irresistible deseo de partir.

Para destruir en algunas horas el trabajo de la Humanidad en muchos siglos, bastan el fuego, la inundación y los explosivos; mas para levantar edificios milenarios y fundar sociedades anárquicas, se requiere una labor suprema y larguísima. Conviene recordarlo: la Anarquía tiende a la concordia universal, a la armonía de los intereses individuales por medio de generosas y mutuas concesiones; no persigue la lucha de clases para conseguir el predominio de una sola, porque entonces no implicaría la revolución de todos los individuos contra todo lo malo de la sociedad. El proletario mismo, si lograra monopolizar el triunfo y disponer de la fuerza, se convertiría en burgués, como el burgués adinerado sueña en elevarse a noble. Subsistiría el mismo orden social con el mero cambio de personas: nuevo rebaño con nuevos pastores.

Y la Humanidad no quiere pastores o guías sino faros, antorchas o postes señaladores del camino; y esos postes, esas antorchas

y esos faros deben salir de las multitudes mismas, rejuvenecidas y curadas de sus errores seculares.

II

Si en un solo día y en un solo asalto no se consigue arrasar el fuerte de la sociedad burguesa, se le puede rendir poco a poco, merced a muchos ataques sucesivos. No se trata de una acción campal decisiva, sino de un largo asedio con sus victorias y sus derrotas, sus avances y sus retrocesos. Se requiere, pues, una serie de revoluciones parciales. Como en ningún pueblo ha llegado el hombre al pleno goce de los medios para realizar la vida más intensa y más extensa, siempre sobran motivos suficientes para una revolución. Donde el individuo no sufre la tiranía de un gobierno, soporta la de la ley. Dictada y sancionada por las clases dominadoras, la ley se reduce a la iniquidad justificada por los amos. El rigor excesivo de las penas asignadas a los delitos contra la propiedad revela quienes animaron el espíritu de los códigos. Duguit afirma: "Se ha podido decir, no sin razón, que el Código de Napoleón es el código de la propiedad y que es preciso sustituirlo por el código del trabajo". (*Las Transformaciones generales del Derecho privado desde el Código de Napoleón*. Traducción de Carlos G. Posada).

Donde los derechos políticos y civiles del individuo se hallan plenamente asegurados por la ley y la costumbre, subsisten las cuestiones sociales, o, mejor dicho, surgen con más intensidad como inevitable consecuencia de la evolución política. Si en Estados Unidos y en Europa hormiguean los socialistas, no creamos que abunden mucho en Dahomey. Cuando los hombres poseen el derecho de elegir y ser elegidos, cuando gozan de la igualdad civil y de la igualdad política, entonces pretenden borrar las desigualdades económicas.

En naciones mediocremente adelantadas la revolución ofrece el triple carácter de religiosa, política y social, como pasa en algunos Estados sudamericanos, donde se continúa respirando una atmósfera

medieval, donde a pesar de constituciones libérrimas se vive en una barbarie política y donde las guerras civiles se reducen a una reproducción de los pronunciamientos españoles.

"No comprendo, decía un autor francés, cómo un republicano no sea un socialista, lo que da lo mismo, un hombre mucho más preocupado de la cuestión humanitaria que de las cuestiones meramente políticas". (Henry Fouquier). Menos se concibe a un anarquista desligado de la cuestión social: la Anarquía persigue el mejoramiento de la clase proletaria en el orden físico, intelectual y moral; concede suma importancia a la organización armónica de la propiedad; mas no mira en la evolución de la Historia una serie de luchas económicas. No, el hombre no se resume en el vientre, no ha vivido guerreando eternamente para comer y sólo para comer. La misma Historia lo prueba. Los profesores de la universidad o voceros de la ciencia oficial no se atreven a decir con Proudhon: "La propiedad es un robo"; mas algunos llegarían a sostener con Duguit: "La propiedad no es un derecho subjetivo, es una función social". (*Le Droit Social*, etc.). Cómo ejercerán esa función las sociedades futuras —si por las confederaciones comunales; si por los sindicatos profesionales; etc.— no lo sabemos aún: basta saber y constatar que hasta enemigos declarados de la Anarquía niegan hoy al individuo su *tradicional* y *sagrado* derecho de propiedad.

Y con razón. La conquista y urbanización de la Tierra, el acopio de enormes capitales (entendiéndose por capital así los bienes materiales como las ciencias, las artes y las industrias) no son obra de un pueblo, de una raza ni de una época, sino el trabajo de la Humanidad en el transcurso de los siglos. Si habitamos hermosas ciudades higiénicas; si rápida y cómodamente viajamos en ferrocarriles y vapores; si aprovechamos de museos y bibliotecas; si disponemos de algunas armas para vencer el dolor y las enfermedades; si, en una palabra, conseguimos saborear la dulzura de vivir, todo lo debemos a la incesante y fecunda labor de nuestros antepasados. La Humanidad de ayer produjo y capitalizó; a la Humanidad de hoy toca recibir la herencia: lo de todos pertenece a todos. ¿Qué derecho tiene, pues, el individuo a monopolizar cosa alguna? Donde

un individuo apañe los frutos de un árbol, otro individuo puede hacer lo mismo; porque es tan hijo de la Tierra como él; tan heredero de la Humanidad como él. Nos reiríamos del hombre que dijera *mi* vapor, *mi* electricidad, *mi* Partenón, *mi* Louvre o *mi* Museo Británico; pero oímos seriamente al que nos habla de su bosque, de su hacienda, de su fábrica y de sus casas.

Para el vulgo ilustrado (el más temible de los vulgos) los anarquistas piensan resolver el problema social con un solo medio expeditivo: el reparto violento de los bienes y hasta del numerario, a suma igual por cabeza. Los dólares de Morgan, Carnegie, Rockefeller y demás multimillonarios yanquis quedarían divididos entre los granujas, los mendigos y los proletarios de Estados Unidos; la misma suerte correrían en Francia los francos de Rothschild y en todo el mundo el dinero de todos los ricos. Inútil argüir que la Anarquía persigue la organización metódica de la sociedad y que esa repartición violenta implicaría una barbarie científica. Además entrañaría la negación de los principios anárquicos; destinando al provecho momentáneo del individuo lo perteneciente a la colectividad, se sancionaría el régimen individualista y con el hecho se negaría que la propiedad no fuera sino una función social.

La Anarquía no se declara religiosa ni irreligiosa. Quiere extirpar de los cerebros la religiosidad atávica, ese poderoso factor regresivo.

Obras colosales de ingenio y lógica, pero basadas en axiomas absurdos, las religiones malean al hombre desde la infancia inspirándole un concepto erróneo de la Naturaleza y de la vida: representan la herejías de la Razón. Pueden considerarse como la ciencia rudimentaria de los pueblos ignorantes, como una interpretación fantástica del Universo. Tener hoy por sabio al teólogo, da lo mismo que llamar médico al brujo y astrónomo al astrólogo. El hombre, al arrodilllarse en un templo, no hace más que adorar su propia ignorancia.

Para solución de las cuestiones sociales, el Cristianismo —y de modo especial el Catolicismo— hace las veces de un bloque de granito en una tierra de labor; conviene suprimirle. Al querer resolver

en otra vida los problemas terrestres, al ofrecer reparaciones o compensaciones de ultratumba, el Cristianismo siembra la resignación en el ánimo de los oprimidos, con engañadora música celestial adormece el espíritu de rebeldía y contribuye a perpetuar en el mundo el reinado de la injusticia. Al santificar el dolor, las privaciones y la desgracia, se pone en contradicción abierta con el instinto universal de vivir una vida feliz. El derecho a la felicidad no se halla reconocido en biblias ni códigos; pero está grabado en el corazón de los hombres. Religión que niega semejante derecho persigue un fin depresivo, disolvente y antisocial, pues no existen verdaderos vínculos sociales en pueblos donde hay dos clases de hombres —los nacidos para gozar en la Tierra y los nacidos para gozar en el cielo—, donde los graves conflictos se resuelven con la esperanza de una remuneración póstuma, donde el individuo, en lugar de sublevarse contra la iniquidad, apela resignadamente al fallo de un juez divino y problemático.

Nada importaría si los miembros de cada religión se limitaran a creer en sus dogmas, practicar su liturgia y divulgar su doctrina; pero algunos sectarios (señaladamente los católicos) dejan el terreno ideal, refunden la religión en la política y luchan por convertirse en exclusivo elemento avasallador. El sacerdote romanista encarna el principio de autoridad y se alía siempre al rico y al soldado con la intención de gobernarles o suplantarles. No satisfecho con el dominio sueña el imperio. De ahí que en ciertos países el anarquista deba ser irreligioso batallador y anticlerical agresivo. Léase defensivo, porque la agresión parte las más veces del clero. Mientras el filósofo y el revolucionario dormitan, el sacerdote vela. Figurándose ejecutar una obra divina y creyéndose monopolizador de la verdad, suprimiría la industria, el arte y la ciencia, con tal de imponer al mundo la tiranía de las supersticiones dogmáticas. No acepta más luz que la *luz negra* del fanatismo.

La política es una religión sólidamente organizada, teniendo su gran fetiche providencial en el Estado, sus dogmas en las constituciones, su liturgia en los reglamentos, su sacerdocio en los funcionarios, sus fieles en la turba ciudadana. Cuenta con sus fanáticos

ciegos y ardorosos que alguna vez se transforman en mártires o inquisidores. Hay hombres que matan o se hacen matar por el verbalismo hueco de soberanía popular, sufragio libre, república democrática, sistema parlamentario, etc.

Si algunas gentes lo reducen todo a religión, ciertos individuos lo resumen todo en la política: política las relaciones sociales, política el matrimonio, política la educación de los hijos, política el modo de hablar, de escribir y hasta de comer, beber y respirar. De ella no salen, en ella viven y mueren como el aerobio en el aire o el infusorio en el líquido. Constituyen una especie en la especie humana: no son hombres como los demás, son políticos.

El verdadero anarquista blasona de lo contrario. Sabe que bajo la acción de la política los caracteres más elevados se empequeñecen y las inteligencias más selectas se vulgarizan, acabando por conceder suma importancia a las nimias cuestiones de forma y posponer los intereses humanos a las conveniencias de partido. ¡Cuántos hombres se anularon y hasta se envilecieron al respirar la atmósfera de un parlamento, ese *sancta sanctorum* de los políticos! Díganlo radicales, radicales-socialistas, socialistas-marxistas, sociales-internacionalistas, socialistas-revolucionarios, etc. No sabemos si algún Hamon ha publicado la *Psicología del parlamentario profesional*; mas, ¿quién no conoce algo de la idiosincracia del senador y del diputado? Encarnan al político refinado, sublimado, quintaesenciado. Nadie tiene derecho a llamarse hombre de Estado, si no ha recibido una *lección de cosas* en la vida parlamentaria.

Según Spencer, "a la gran superstición política de ayer: el derecho divino de los reyes, ha sucedido la gran superstición política de hoy: el derecho divino de los parlamentos". En vez de una sola cabeza ungida por el óleo sacerdotal, las naciones tienen algunos cientos de cabezas consagradas por el voto de la muchedumbre. Sin embargo, las asambleas legislativas, desde el Reichstag alemán hasta las Cámaras inglesas y desde el Parlamento francés hasta el Congreso de la última republiquilla hispanoamericana, van perdiendo su aureola divina y convirtiéndose en objetos de aversión y desconfianza, cuando no de vergüenza y ludibrio. Cada día se reduce más

el número de ilusos que de un parlamento aguardan la felicidad pública. Existen pueblos donde se verifica una huelga de electores. Los ciudadanos dejan al gobierno fraguar las elecciones, no importándoles el nombre de los elegidos, sabiendo que del hombre más honrado suele salir el representante menos digno.

Hay exceso de gobierno y plétora de leyes. El individuo no es dueño absoluto de su persona sino esclavo de su condición política o social, y desde la cuna misma tiene señalado el casillero donde ha de funcionar sin esperanza de salir: debe trabajar en el terruño, en la mina o el taller para que otros reporten el beneficio, debe morir en el buque de guerra, en el campo de batalla o quedar inválido para que otros gocen confiadamente de sus riquezas.

Según Víctor Considerant, "los falansterianos no concedían suma importancia a las formas gubernamentales y consideraban las cuestiones políticas y administrativas como eternas causas de discordia". Agustín Thierry, escandalizando a los adoradores de mitos y de fraseologías tradicionales, repetía: "Cualquier gobierno, con la mayor suma de garantías y lo menos posible de acción administrativa". Todo sistema de organización política merece llamarse arquitectura de palabras. Cuestión de formas gubernamentales, simple cuestión de frases: en último resultado, no hay buenas o malas formas de gobierno, sino buenos o malos gobernantes. ¿Quién preferiría la presidencia constitucional de un Nerón a la autocracia de un Marco Aurelio?

Dada la inclinación general de los hombres al abuso del poder, todo gobierno es malo y toda autoridad quiere decir tiranía, como toda ley se traduce por la sanción de los abusos inveterados. Al combatir formas de gobierno, autoridades y leyes, al erigirse en disolvente de la fuerza política, el libertario allana el camino de la revolución.

EN EL CENTRO DE LA JUVENTUD CATOLICA

JOSE DE LA RIVA AGUERO

Señores:

La bibioteca de este Centro, con cuyo padrinazgo me habeis querido honrar, es obra utilísima, oportuna y significativa. Acopiais en ella los necesarios instrumentos de estudio; os reunís para perfeccionar vuestra cultura intelectual y moral, y para templar las armas que han de serviros en las contiendas de la vida, conjuntamente e indisolublemente ideológicas y emocionales. Y lo haceis en la época más propicia de la existencia, en los fecundos años de la primera juventud, cuando hay tiempo disponible y ánimo franco para las investigaciones desinteresadas, cuando no absorben aún la atención, los cuidados y afanes prácticos de la madurez, y cuando la intacta plasticidad de la mente recibe con toda facilidad el sello de las nociones y los ejemplos, ora como blanda cera, ora como perenne bronce, conforme a la diversa consistencia y perduración de los caracteres. La utilidad de la frecuente y cuidadosa lectura, en todas las edades y particularmente en la vuestra, es mucho mayor y más apremiante en el Perú, donde por desgracia dominan la pereza espiritual y su funesta hija, la ignorancia. A pesar de vuestros cortos años, la mayoría de vosotros ha podido ya darse cuenta, porque es fenómeno evidente y saltante en nuestro medio, de la escandalosa falta de información y cuidado, de la pavorosa irreflexión y ligereza con que se escribe y se juzga, se dispone y se legisla en esta tierra. Solamente el hábito del estudio puede curar tan desdichada propensión

a la superficialidad, a lo que debemos llamar liviandad del entendimiento, ausencia casi completa de gravedad y contenido.

El mal arranca de muy atrás, y no seré yo quien lo niegue. Por mucho que mis doctrinas se inclinen de preferencia a la reacción, cuando ésta significa retornar a la salud, no me tengo por un sistemático y obtuso apologista de todo lo pasado. La hinchazón, la puerilidad, el exceso de retórica y la endeblez encubierta con fantásticos oropeles, remontan a la Colonia. Nadie os puede proponer como modelo la indigesta, farragosa y fanfarrona cultura de un D. Pedro de Peralta, tan hueco y churrigueresco, aunque sus extremosidades suelen ser, no dislates del entendimiento, sino meras contorsiones de la forma. Pero hasta en las intrincadas marañas, que son como otoñales despojos de esa opulenta tradición hispánica, hubo dos soberanas virtudes: un robusto criterio ético y religioso, que corregía o limitaba las transgresiones y los desfallecimientos de la realidad, y un sentido de continuidad atávica, que la hacía castiza, definida, original y nacionalista, y le imprimía así nobleza, altura y valer propio, aún en sus eclipses y crepúsculos. Ciertamente que a mediados y fines del siglo XVIII se imponía una renovación en los agotados campos de las ciencias filosóficas, naturales y literarias. En las razas y las civilizaciones, por más gloriosas que sean, hay épocas de descenso y decaimiento; y se requiere entonces, para salir del marasmo, el impulso inventivo o el injerto forastero. No habiendo alcanzado aquél, nuestros remotos tatarabuelos se dedicaron a éste. Por desgracia, las modas intelectuales extranjeras eran a la sazón las más propias para disolver y anarquizar en todos los órdenes, y estimular de consiguiente las peores tendencias de nuestro temperamento, así en lo especulativo como en la acción cotidiana. Del ergotismo, que si era fosilización, lo era al cabo de tan poderosos sistemas como el aristotelismo y el tomismo, se vino a caer en el sensualismo más estrecho, que frisa con el materialismo torpe y rastrero. En la literatura, a la orgía gongorina sucedieron la flaqueza y miseria prosaístas, y la almibarada y nauseabunda sensiblería. En ciencias políticas y sociales, al racionalismo sensato y tradicionalista, reemplazó la desenfrenada utopía rusoniana, la apología de la vida salvaje, y la quimera igualitaria y demente del efímero pacto social.

Como las ideas influyen en los hechos, y el hombre tiende a ejecutar las teorías que profesa, los resultados efectivos de todos estos principios no se hicieron esperar mucho. La devastación, copia y remedo de la revolucionaria europea, fue en América más lastimosa que en Europa misma, porque no hallaba en nuestra mentalidad diques ni reparos de alguna fortaleza. Cuando, tras este diluvio, el escarmiento engendró la reacción, fue en nuestros peruanos tenue y apocada, como se advierte en el caso de Olavide. Otro caso posterior de conversión, nos ofrece nuestro Vidaurre, siempre tan ligero, veleidoso, extremado y efectista. ¡Qué laberinto y zarabanda de contradictorias ligerezas se contiene en sus libros e innúmeros opúsculos! El propio estilo cortado, de frasecillas jadeantes, copia el ritmo de los balbuceos y saltos infantiles. Hasta la meritoria retractación de *Vidaurre contra Vidaurre*, fue hecha con tan vehemente prisa y tan descuidada o resabiada ortodoxia, que esta misma abjuración o palinodia resultó herética y tuvo que ser condenada. Contraste consolador nos proporciona otro ilustre convertido limeño de muy superior temple, que señala el apogeo del movimiento reaccionario a mediados del último siglo: el egregio D. Bartolomé Herrera. Parece que nació y evolucionó para probarnos que no éramos incapaces de formalidad, vigorosa precisión y consecuencia. Vidaurre de continuo evoca la imagen de un niño, sincero pero inconsistente, vanidoso y cambiante. Herrera es un hombre en toda la plenitud de su razón, que se desenvuelve dentro de un proceso lógico ascendente y regular. Los dos subieron del error a la verdad, de las nieblas del enciclopedismo y del cisma a la luz esplendorosa de los definitivos principios. Pero en la ascensión, Vidaurre tuvo siempre las actitudes de un zigzagueo trepidante y funambulesco; y Herrera tuvo los ademanes del guerrero que con planta firme huella los baluartes que ha vencido, o el ímpetu de una cabalgata heroica que se encamina a escalar una cumbre. Y a este propósito, señores, permitidme que os exhorte a que continueis la interrumpida colección de los escritos de D. Bartolomé Herrera. Inició hace pocos años la edición, dándonos sólo el primer tomo, un benemérito escritor, amigo mío y fallecido poco ha, Jorge Guillermo Leguía. No pertenecía seguramente a nuestra escuela. Lo mantenían cautivo, en el opuesto

extremo, doctrinas antagónicas, si es que merece tal nombre el hacinamiento de confusos y anticuados prejuicios jacobinos, que deslustraban sus bien intencionados esfuerzos. Mas los estímulos de su entusiasmo y su celo por nuestras glorias patrias bastaron a que emprendiera una obra que es deber de nosotros no dejar trunca, porque es el monumento de nuestro maestro y antecesor limeño más sólido e indiscutible. Como las generaciones inmediatas suelen oponerse, y son en lo intelectual los nietos quienes continúan las tareas de los abuelos, es deber de hoy vincular el pensamiento y la acción presentes al pensamiento y la acción del que fué inspirador y guía de nuestros predecesores, y cuyo programa coincidió en sus puntos esenciales con el que ahora nos traen las más saludables y modernas corrientes europeas.

En efecto, si la empresa de Herrera, por culpa del medio apático y los continuadores insuficientes, quedó en gran parte frustrada o neutralizada, y sobrevino tras de ella, hasta los primeros decenios del presente siglo, la acometida del positivismo y del liberalismo anárquico, en lo político y económico, de que la generación que precedió a la mía, la mía propia y yo el primero, fuímos incautas y lamentables víctimas, se evidencia ahora, por el sentido general de la especulación y la historia contemporánea, y por las sugestiones que sin cesar nos llegan de los más adelantados países, un movimiento restaurador, netamente reaccionario, y harto más poderoso y hondo que el de la primera mitad del siglo XIX. Sus manifestaciones se hallan en todos los campos de la inteligencia y la actividad humanas. En filosofía se presenta como la renovación del intelectualismo aristotélico, o bien en la diferente y paralela orientación volitiva con casos como el de Bergson, cuyo último libro es espiritualista y teísta, frisando ya en lo cristiano y en lo místico. En ciencias físicas y naturales, se patentiza con las *cuantas* la contingencia, lo que los antiguos llamaban el *clinamen o paréclesis* epicúrea, que predispone a admitir los dogmas de la creación y la Providencia, y que, rompiendo los grilletes del férreo determinismo en que fuimos educados por Comte, Taine y Spencer, comprueba y reivindica el libre albedrío. En política y economía, el individualismo liberal yace deshecho y putrefacto, si bien todavía insepulto; y

el socialismo marxista, refutado en sus puntos esenciales y desacreditadísimo en la práctica por su oprobiosa realización en Rusia, y sus bochornosos y concluyentes fracasos en otras naciones. En todo lo que no sea crítica negativa, corrosivo análisis de la defectuosa e inorgánica sociedad liberal moderna, es decir, en todo lo que no sea su primer tomo, *El Capital* de Carlos Marx es un libro profético totalmente desautorizado, desmentido y fallido. Lo ha sido en su teorema de la lucha de clases, que traidoramente substituye dondequiera a la perdurable y comprobadísima competencia internacional. Lo ha sido en sus corolarios de la concentración de la riqueza, de la destrucción de las clases intermediarias, de la depauperación de los trabajadores, de la inevitable revolución catastrófica, tantas veces conjurada donde no falta la elemental energía, y de la doctrina de la tasa del interés que al presente los propios colectivistas repudian. El anticlericalismo, o más francamente dicho, el anticatolicismo, que la Francia de Combes y de la exposición de 1900 revitalizó e impuso como moda de exportación, acogida luego por países retrasados e inferiores, causa hoy a los mejores intelectuales franceses, y a sus discípulos esparcidos por todo el universo, la justa repulsión que inspira lo que a la vez reúne las calidades de lo nocivo y lo grotesco. Todo propende hoy a la restauración de los valores espirituales, del orden, de la jerarquía y del respeto. La aurora nace de nuestro lado; el viento de lo porvenir hinche nuestras velas; y si el mundo moderno quiere evitar la desastrada suerte del antiguo y destrozado imperio ruso, y de la China que es la única alumna grande y cabal del Soviet en el Antiguo Hemisferio, ha de venir arrepentido a reconocer y abrazar nuestra bandera, que es su resuelta, eficaz y sola antítesis. Ningún pensador de fuste cree en la hora actual que la evolución humana siga la candorosa y rectilínea trayectoria del progreso indefinido, embaucador de nuestros padres. Hemos vuelto a admitir la espiral de los *ricorsi* de Vico. Por eso nuestro siglo no se parece al XIX y al XVIII que lo precedieron; no es como ellos de demolición, dispersión y crítica, sino que se acerca más a la Contra Reforma del XVII y al corporativismo del XIII; y en vez de destruir y aventar, prefiere edificar, consolidar y reunir. Resultados palmarios son éstos de la elaboración mental y moral, y de la experi-

mentación política de los treinta años últimos. Yo no me atrevo a pediros que inquirais y apureis todos los fundamentos escritos en que esa vencedora reacción se informa y asienta; pero a lo menos no será excesivo instaros a que manejeis y estudieis a sus principales voceros y vulgarizadores en las diversas culturas europeas, desde Chesterton hasta Maritain, y desde Spengler hasta Papini y Maeztu. Y os ruego igualmente, con no menor encarecimiento y vehemencia, que eviteis la inveterada tentación del *seudo centrismo*, del catolicismo liberaloide, demagógico y socializante, de la vergonzante captación de las izquierdas, que es peligro muy ocasionado a la condescendencia y flaqueza de nuestro temperamento nacional, y que ha recibido ya el condigno escarmiento en Alemania, Italia y España. Yo, señores, disto mucho de ser un admirador incondicional de Hitler y de sus métodos de gobierno; para no ser *racista* como los nazis alemanes, me basta con ser cristiano y recordar las palabras de San Pablo sobre la igualdad del género humano y la indiferencia, para la obra espiritual absoluta, de las diversas progenies de griegos, escitas y bárbaros. Esta confianza en la posibilidad de regeneración de todas las razas es la raíz de la tradición católica, y de la generosa y calumniada tradición española, que es la nuestra, y de sus benéficas y desagradecidas Leyes de Indias. Por todo esto, señores, reconozco extremados e injustos los procederes de los nazis; pero no olvidemos que sus extralimitaciones contra el centrismo alemán tuvieron, no ya pretexto, sino ocasión y disculpa sobradas con la ambigua y nefasta actitud de aquel partido del Centro, que sirvió de cómplice, encubridor y sostén a la atea y desoladora demagogia de su frecuente aliado el marxismo. No quiero dilatarme en los casos análogos ocurridos con el partido popular italiano y con los católicos tibios de tantos otros países, devotos cumplidores de sus deberes religiosos en lo doméstico; pero desfallecientes defensores de nuestros principios en lo público, y atentos siempre a componendas y pactos con nuestros mortales e irreconciliables enemigos. Esas claudicaciones melifluas llevan a verdaderas apostasías; se hacen a menudo incurriendo en los errores que condena el *Syllabus*, que está vigente; y si no puede afirmarse que las disposiciones de éste sean terminantes e infalibles artículos de fe, como las defini-

ciones pontificias o de un concilio ecuménico, nadie negará por lo menos que, atendiendo a su origen y aprobación, el católico que las infringe, comete la más culpable y desatentada de las temeridades. Ciñámonos prudentemente a lo que por excelsa tradición y altísima enseñanza nos está prescrito, y no nos importe que nos motejen de intolerantes. La tolerancia suele ser pusilanimidad y relajación. Sin cierta intolerancia, nada fuerte puede nacer, nada estable subsistir. Hasta los libros santos nos ordenan que hemos de indagarnos contra el mal; y en los mansísimos Evangelios, nos dice el Señor que no ha venido a traer la paz y la unión a la tierra, sino la guerra, la desunión y el fuego. Ni ha de amedrentarnos que nos llamen minoría, porque una de las leyes sociales más comprobadas es la de que las minorías decididas y organizadas prevalecen sobre el mayor número y crean los rumbos de la historia. La muchedumbre es por sí inerte: agua de océano o de charca, se mueve al azar del viento u obedece al golpe del remo o al empuje del vapor, expresivo del trabajo y de la voluntad del hombre. En los guarismos que valorizan la evolución histórica, la turba es una colección de ceros que nada valen por sí; y que para multiplicar, han de agregarse al número concreto y reducido. El mundo moderno, y particularmente nuestro país, necesita acabar con el fetichismo de lo anónimo; y aceptar un salubre régimen de concentración, autoridad y rigor. Tengamos como símbolo el diamante, que es precioso y luminoso por transparente y por recio. Aspiremos a la fuerza, que no hay virtud sin fortaleza; y la propia palabra de virtud, de *virtus*, que significa fuerza, se deriva. Seamos sinceros: hagamos lo que pensamos y digamos lo que sentimos. No seamos medrosos, apocados ni encogidos. El hábito de las transacciones empuja a la ruina. Si no reaccionamos con vigor, nuestra suerte está escrita: no sería la de Rusia y México, porque la estrechez y exigüidad de nuestro medio impediría la satánica exaltación del mal, el cataclismo gigantesco; pero sería la de Cuba, la de ciertos países de la América Central, la de Haití y Santo Domingo. Para evitarla, es urgente dar muestras de valor y de esfuerzo, y sobre todo de alteza de ánimo, desinterés y generosidad; porque sólo con estas cualidades evitaremos, dentro de nuestras mismas filas, la tibieza,

PUNTO DE VISTA ANTI-IMPERIALISTA

JOSE CARLOS MARIATEGUI (1894-1930)

1º—¿Hasta qué punto puede asimilarse la situación de las repúblicas latinoamericanas a la de los países semi-coloniales? La condición económica de estas repúblicas, es, sin duda, semicolonial, y, a medida que crezca su capitalismo y, en consecuencia, la penetración imperialista, tiene que acentuarse este carácter de su economía. Pero las burguesías nacionales, que ven en la cooperación con el imperialismo la mejor fuente de provechos, se sienten lo bastante dueñas del poder político para no preocuparse seriamente de la soberanía nacional. Estas burguesías, en Sud América, que no conoce todavía, salvo Panamá, la ocupación militar yanqui, no tienen ninguna predisposición a admitir la necesidad de luchar por la segunda independencia, como suponía ingenuamente la propaganda aprista. El Estado, o mejor la clase dominante no echa de menos un grado más amplio y cierto de autonomía nacional. La revolución de la Independencia está relativamente demasiado próxima, sus mitos y símbolos demasiados vivos, en la conciencia de la burguesía y la pequeña burguesía. La ilusión de la soberanía nacional se conserva en sus principales efectos. Pretender que en esta capa social prenda un sentimiento de nacionalismo revolucionario, parecido al que en condiciones distintas representa un factor de la lucha anti-imperialista en los países semi-coloniales avasallados por el imperialismo en los últimos decenios en Asia, sería un grave error.

Ya en nuestra discusión con los dirigentes del aprismo, reprobando su tendencia a proponer a la América Latina un Kuo Min

Tang, como modo de evitar la imitación europeísta y acomodar la acción revolucionaria a una apreciación exacta de nuestra propia realidad, sosteníamos hace más de un año la siguiente tesis:

"La colaboración con la burguesía, y aun de muchos elementos feudales, en la lucha anti-imperialista china, se explica por razones de raza, de civilización nacional que entre nosotros no existen. El chino noble o burgués se siente entrañablemente chino. Al desprecio del blanco por su cultura estratificada y decrépita, corresponde con el desprecio y el orgullo de su tradición milenaria. El anti-imperialismo en la China puede, por tanto, descansar en el sentimiento y en el factor nacionalista. En Indo-América las circunstancias no son las mismas. La aristocracia y la burguesía criollas no se sienten solidarizadas con el pueblo por el lazo de una historia y de una cultura comunes. En el Perú, el aristócrata y el burgués blancos, desprecian lo popular, lo nacional. Se sienten, ante todo, blancos. El pequeño burgués mestizo imita este ejemplo. La burguesía limeña fraterniza con los capitalistas yanquis, y aún con sus simples empleados, en el Country Club, en el Tennis y en las calles. El yanqui desposa sin inconveniente de raza ni de religión a la señorita criolla, y ésta no siente escrúpulo de nacionalidad ni de cultura en preferir el matrimonio con un individuo de la raza invasora. Tampoco tiene este escrúpulo la muchacha de la clase media. La "huachafita" que puede atrapar un yanqui empleado de Grace o de la Foundation lo hace con la satisfacción de quien siente elevarse su condición social. El factor nacionalista, por estas razones objetivas que a ninguno de ustedes escapa seguramente, no es decisivo ni fundamental en la lucha anti-imperialista en nuestro medio. Sólo en los países como la Argentina, donde existe una burguesía numerosa y rica, orgullosa del grado de riqueza y poder en su patria, y donde la personalidad nacional tiene por estas razones contornos más claros y netos que en estos países retardados, el anti-imperialismo puede (tal vez) penetrar fácilmente en los elementos burgueses; pero por razones de expansión y crecimiento capitalistas y no por razones de justicia social y doctrina socialista como es nuestro caso".

La traición de la burguesía china, la quiebra del Kuo Min Tang, no eran todavía conocidas en toda su magnitud. Un conocimiento capitalista, y no por razones de justicia social y doctrinaria, demostró cuan poco se podía confiar,aún en países como la China, en el sentimiento nacionalista revolucionario de la burguesía.

Mientras la política imperialista logre "manéger" los sentimientos y formalidades de la soberanía nacional de estos Estados, mientras no se vea obligada a recurrir a la intervención armada y a la ocupación militar, contará absolutamente con la colaboración de las burguesías. Aunque enfeudados a la economía imperialista, estos países, o más bien sus burguesías, se considerarán tan dueños de sus destinos como Rumania, Bulgaria, Polonia y demás países "dependientes" de Europa.

Este factor de la psicología política no debe ser descuidado en la estimación precisa de las posibilidades de la acción anti-imperialista en la América Latina. Su relegamiento, su olvido, ha sido una de las características de la teorización aprista.

2º—La divergencia fundamental entre los elementos que en el Perú aceptaron en principio el Apra —como un plan de frente único, nunca como partido y ni siquiera como organización en marcha efectiva— y los que fuera del Perú la definieron luego como un Kuo Min Tang latinoamericano, consiste en que los primeros permanecen fieles a la concepción económico-social revolucionaria del anti-imperialismo, mientras que los segundos explican así su posición: "Somos de izquierda (o socialistas) porque somos anti-imperialistas". El anti-imperialismo resulta así elevado a la categoría de un programa, de una actitud política, de un movimiento que se basta a sí mismo y que conduce, espontáneamente, no sabemos en virtud de qué proceso, al socialismo, a la revolución social. Este concepto lleva a una desorbitada superestimación del movimiento anti-imperialista, a la exageración del mito de la lucha por la "segunda independencia", al romanticismo de que estamos viviendo ya las jornadas de una nueva emancipación. De aquí la tendencia a reemplazar las ligas anti-imperialistas con un organismo político. Del Apra, concebida inicialmente como frente único, como alianza popular,

como bloque de las clases oprimidas, se pasa al Apra definida como el Kuo Min Tang latinoamericano.

El anti-imperialismo, para nosotros, no constituye ni puede constituir, por sí solo, un programa político, un movimiento de masas apto para la conquista del poder. El anti-imperialismo, admitido que pudiese movilizar al lado de las masas obreras y campesinas, a la burguesía y pequeña burguesía nacionalista (ya hemos negado terminantemente esta posibilidad) no anula el antagonismo entre las clases, no suprime su diferencia de intereses.

Ni la burguesía, ni la pequeña burguesía en el poder pueden hacer una política anti-imperialista. Tenemos la experiencia de México, donde la pequeña burguesía ha acabado por pactar con el imperialismo yanqui. Un gobierno "nacionalista" puede usar, en sus relaciones con los Estados Unidos, un lenguaje distinto que el gobierno de Leguía en el Perú. Este gobierno es francamente, desenfadadamente pan-americanista, monroista; pero cualquier otro gobierno burgués haría, prácticamente, lo mismo que él, en materia de empréstitos y concesiones. Las inversiones del capital extranjero en el Perú crecen en estrecha y directa relación con el desarrollo económico del país, con la explotación de sus riquezas naturales, con la población de su territorio, con el aumento de las vías de comunicación. ¿Qué cosa puede oponer a la penetración capitalista la más demagógica pequeña-burguesía? Nada, sino palabras. Nada, sino una temporal borrachera nacionalista. El asalto del poder por el anti-imperialismo, como movimiento demagógico populista, si fuese posible, no representaría nunca la conquista del poder, por las masas proletarias, por el socialismo. La revolución socialista encontraría su más encarnizado y peligroso enemigo —peligroso por su confusionismo, por la demagogia—, en la pequeña burguesía afirmada en el poder, ganado mediante sus voces de orden.

Sin prescindir del empleo de ningún elemento de agitación anti-imperialista, ni de ningún medio de movilización de los sectores sociales que eventualmente pueden concurrir a esta lucha, nuestra misión es explicar y demostrar a las masas que sólo la revolución

socialista opondrá al avance del imperialismo una valla definitiva y verdadera.

3º—Estos hechos diferencian la situación de los países Sud Americanos de la situación de los países Centro Americanos, donde el imperialismo yanqui, recurriendo a la intervención armada sin ningún reparo, provoca una reacción patriótica que puede fácilmente ganar al anti-imperialismo a una parte de la burguesía y la pequeña burguesía. La propaganda aprista, conducida personalmente por Haya de la Torre, no parece haber obtenido en ninguna otra parte de América mayores resultados. Sus prédicas confusionistas y mesiánicas, que aunque pretenden situarse en el plano de la lucha económica, apelan en realidad particularmente a los factores raciales y sentimentales, reúnen las condiciones necesarias para impresionar a la pequeña burguesía intelectual. La formación de partidos de clase y poderosas organizaciones sindicales, con clara consciencia clasista, no se presenta destinada en esos países al mismo desenvolvimiento inmediato que en Sud América. En nuestros países el factor clasista es más decisivo, está más desarrollado. No hay razón para recurrir a vagas fórmulas populistas tras de las cuales no pueden dejar de prosperar tendencias reaccionarias. Actualmente el aprismo, como propaganda, está circunscrito a Centro América; en Sud América, a consecuencia de la desviación populista, caudillista, pequeño-burguesa, que lo definía como el Kuo Min Tang latinoamericano, está en una etapa de liquidación total. Lo que resuelva al respecto el próximo Congreso Anti-imperialista de París, cuyo voto tiene que decidir la unificación de los organismos anti-imperialistas y establecer la distinción entre las plataformas y agitaciones anti-imperialistas y las tareas de la competencia de los partidos de clase y las organizaciones sindicales, pondrá término absolutamente a la cuestión.

4º—¿Los intereses del capitalismo imperialista coinciden necesaria y fatalmente en nuestros países con los intereses feudales y semifeudales de la clase terrateniente? ¿La lucha contra la feudalidad se identifica forzosa y completamente con la lucha anti-imperialista? Ciertamente, el capitalismo imperialista utiliza el poder de

la clase feudal, en tanto que la considera la clase políticamente dominante. Pero, sus intereses económicos no son los mismos. La pequeña burguesía, sin exceptuar a la más demagógica, si atenúa en la práctica sus impulsos más marcadamente nacionalistas, puede llegar a la misma estrecha alianza con el capitalismo imperialista. El capital financiero se sentirá más seguro, si el poder está en manos de una clase social más numerosa, que, satisfaciendo ciertas reivindicaciones apremiosas y estorbando la orientación clasista de las masas, está en mejores condiciones que la vieja y odiada clase feudal de defender los intereses del capitalismo, de ser su custodio y su ujier. La creación de la pequeña propiedad, la expropiación de los latifundios, la liquidación de los privilegios feudales, no son contrarios a los intereses del imperialismo, de un modo inmediato. Por el contrario, en la medida en que los rezagos de feudalidad entraban en el desenvolvimiento de una economía capitalista, ese movimiento de liquidación de la feudalidad, coincide con las exigencias del crecimiento capitalista, promovido por las inversiones y los técnicos del imperialismo; que desaparezcan los grandes latifundios, que en su lugar se constituya una economía agraria basada en lo que la demagogia burguesa llama la "democratización" de la propiedad del suelo, que las viejas aristocracias se vean desplazadas por una burguesía y una pequeña burguesía más poderosa e influyente —y por lo mismo más apta para garantizar la paz social—, nada de esto es contrario a los intereses del imperialismo. En el Perú, el régimen leguiísta, aunque tímido en la práctica ante los intereses de los latifundistas y gamonales, que en gran parte le prestan su apoyo, no tiene ningún inconveniente en recurrir a la demagogia, en reclamar contra la feudalidad y sus privilegios, en tronar contra las antiguas oligarquías, en promover una distribución del suelo que hará de cada peón agrícola un pequeño propietario. De esta demagogia saca el leguiísmo, precisamente, sus mayores fuerzas. El leguiísmo no se atreve a tocar la gran propiedad. Pero el movimiento natural del desarrollo capitalista —obras de irrigación, explotación de nuevas minas, etc.— va contra los intereses y privilegios de la feudalidad. Los latifundistas, a medida que crecen las áreas cultivables, que surgen nuevos focos de trabajo, pierden su principal fuerza: la disposición

absoluta e incondicional de la mano de obra. En Lambayeque, donde se efectúan actualmente obras de regadío, la actividad capitalista de la comisión técnica que las dirige, y que preside un experto norteamericano, el ingeniero Sutton, ha entrado prontamente en conflicto con las conveniencias de los grandes terratenientes feudales. Estos grandes terratenientes son, principalmente, azucareros. La amenaza de que se les arrebate el monopolio de la tierra y el agua, y con él el medio de disponer a su antojo de la población de trabajadores saca de quicio a esta gente y la empuja a una actitud que el gobierno, aunque muy vinculado a muchos de sus elementos, califica de subversiva o anti-gobiernista. Sutton tiene las características del hombre de empresa capitalista norteamericano. Su mentalidad, su trabajo, chocan al espíritu feudal de los latifundistas. Sutton ha establecido, por ejemplo, un sistema de distribución de las aguas, que reposa en el principio de que el dominio de ellas pertence al Estado; los latifundistas consideraban el derecho sobre las aguas anexo a su derecho sobre la tierra. Según su tesis, las aguas eran suyas; eran y son propiedad absoluta de sus fundos.

5º—¿Y la pequeña burguesía, cuyo rol en la lucha contra el imperialismo se superestima tanto, es como se dice, por razones de explotación económica, necesariamente opuesta a la penetración imperialista? La pequeña burguesía es, sin duda, la clase social más sensible al prestigio de los mitos nacionalistas. Pero el hecho económico que domina la cuestión, es el siguiente: en países de pauperismo español, donde la pequeña burguesía, por sus arraigados prejuicios de decencia, se resiste a la proletarización; donde ésta misma, por la miseria de los salarios no tiene fuerza económica para transformarla en parte en clase obrera; donde imperan la empleomanía, el recurso al pequeño puesto del Estado, la caza del sueldo y del puesto "decente"; el establecimiento de grandes empresas que, aunque explotan enormemente a sus empleados nacionales, representan siempre para esta clase un trabajo mejor remunerado, es recibido y considerado favorablemente por la gente de clase media. La empresa yanqui representa mejor sueldo, posibilidad de ascensión, emancipación de la empleomanía del Estado, donde no hay porvenir sino para los especuladores. Este hecho actúa, con una fuerza deci-

siva, sobre la conciencia del pequeño burgués, en busca o en goce de un puesto. En estos países de pauperismo español, repetimos, la situación de las clases medias no es la constatada en los países donde estas clases han pasado un período de libre concurrencia, de crecimiento capitalista propicio a la iniciativa y al éxito individuales, a la opresión de los grandes monopolios.

En conclusión, somos anti-imperialistas porque somos marxistas, porque somos revolucionarios, porque oponemos al capitalismo el socialismo como sistema antagónico, llamado a sucederlo, porque en la lucha contra los imperialismos extranjeros cumplimos nuestros deberes de solidaridad con las masas revolucionarias de Europa.

Lima, 21 de mayo de 1929.

NOTA PRELIMINAR A LA PRIMERA EDICION DE "EL ANTIMPERIALISMO Y EL APRA"

VICTOR RAUL HAYA DE LA TORRE (1895-1980)

Y antes de cerrar esta nota, creo necesario sumarizar algunos puntos de vista del Aprismo que considero esenciales para una buena inteligencia de su ideología. Tomo de base para estos suscintos párrafos de introducción, algunas de las ideas enunciadas en un artículo que escribí desde Berlín en 1930 para la revista "Atenea" de Concepción, Chile, cuyo texto forma el capítulo central de mi libro "*Teoría y Táctica del aprismo*" (1).

Económicamente, Indoamérica es una dependencia del sistema capitalista mundial —parte o provincia del imperio universal del capitalismo financiero—, cuyos centros de comando se hallan en los países más avanzados de Europa, en los Estados Unidos de Norteamérica y ahora, también, en el Japón. Los continentes y pueblos de vida incipientemente desarrollada —"backward peoples", según la gráfica expresión inglesa—, forman las llamadas "zonas de influencia" del gran capitalismo que, en su etapa culminante de evolución, se expande y rebasa, conquista e imperializa al resto del mundo. Y aunque en todas las zonas de influencia existe más o menos aguda competencia del capitalismo —lucha por el predominio de la captura de mercados y contralor y usufructo de las fuentes de materias primas—, es evidente que por convenios expresos, por conquista y colo-

(1) Haya de la Torre *Teoría y Táctica del Aprismo*, 1ª, 2ª, 3ª y 4ª ediciones, (agotadas). Lima, Santiago de Chile y Cuzco, 1931-1932, 5ª edición, Santiago de Cuba, 1934.

nización, o como resultado de largos procesos de tenaz concurrencia, en cada zona prevalece una bandera capitalista. Es así cómo a a pesar del enunciado teórico y generalizante que nos afirma que el capitalismo constituye una internacional, la realidad nos enseña que su imperio se halla dividido aún en poderosos grupos rivales, bien definido cada cual bajo los colores simbólicos de una oriflama patriótica.

Alguna vez creo haber anotado que las dos formas o modalidades históricas del imperialismo tienen alegorías ilustres en sendas concepciones geniales del teatro inglés: en "César y Cleopatra" de Bernard Shaw y en "El Mercader de Venecia" de William Shakespeare. Shaw nos presenta al tipo de imperialismo clásico que conquista con el hierro y explota por el oro, cuando César vencedor del Egipto decadente, declara sin ambages al faraón niño y a los cortesanos pávidos, que necesita "some money". La otra forma imperialista, más novedosa y sagaz, que no usa las armas, como instrumento previo de dominio, sino que invierte, presta dinero, para exigir después en el cumplimiento de un contrato la carne misma del deudor, halla un símbolo en la vieja figura de Shylock, creación inmortal de aquella shakesperiana "voz de la naturaleza de infinitos ecos..." Ambas formas históricas del imperialismo, muy antigua y muy moderna, subsisten hoy: la que manda inicialmente a los soldados para después exigir el botín y la que lo negocia con antelación en inversiones, préstamos, ayudas económicas de apariencia más o menos generosa, para enviar más tarde a los soldados si el forzado deudor no cumple. Aquélla ha sido más frecuentemente empleada por los grandes Estados europeos en la estructuración de sus imperios coloniales. Esta, característicamente yanqui, es usada también en zonas militarmente inaccesibles, por los imperialismos del viejo mundo.

El tipo de imperialismo a lo "Shylock" predomina en Indoamérica. Campo prístino de la penetración capitalista inglesa, bajo cuya protección se produjo la revolución emancipadora del siglo XIX, fue más tarde, y es aún, campo de batalla de grandes competencias imperialistas, en las que el dólar lucha frente a la libra, dominando

mercados, conquistando concesiones, prodigando empréstitos y subastando gobernantes. Desde el punto de vista estrictamente económico, los dos imperialismos anglosajones dominantes en nuestros pueblos han llegado a contrapesarse, reconociéndose mutuamente sus respectivas zonas de preponderancia. Pero, en virtud de condiciones objetivas más favorables y de la elástica interpretación de la doctrina de Monroe, el imperialismo yanqui mantiene en la mayoría de los Estados indoamericanos indiscutida supremacía y prevalencia. Por eso, la ostentosa autonomía de nuestras repúblicas es sólo aparente. Súbditas económicas de los grandes imperialismos, son ellos los que controlan nuestra producción, cotizan nuestra moneda, imponen precios a nuestros productos, regentan nuestras finanzas racionalizan nuestro trabajo y regulan nuestras tablas de salarios. Y son los intereses de "sus" empresas y el provecho y prosperidad de su "sistema" lo que fijamente les obsede. Los beneficios que nuestros pueblos reciben dentro del engranaje de esas omnipotentes organizaciones económicas quedan en segundo plano. Y como quien gobierna la economía gobierna la política, el imperialismo que controla el sistema sanguíneo de nuestras colectividades nacionales, domina también, directa o indirectamente, su sistema nervioso. El Estado, expresión jurídica de su ilusoria soberanía, subsiste bajo la égida de los poderes extranjeros que guardan las llaves de sus arcas. La acción económica del imperialismo se proyecta sobre el campo social como el supremo determinador de la vida política de los veinte pueblos en que se divide nuestra gran nación.

Empero, vale no olvidar que el sistema capitalista, del que el imperialismo es máxima expresión de plenitud, representa un modo de producción y un grado de organización económicos superiores a todos los que el mundo ha conocido anteriormente y que, por tanto, la forma capitalista es paso necesario, período inevitable en el proceso de la civilización contemporánea. No ha de ser un sistema eterno —porque lleva en sí mismo contradicciones esenciales entre sus métodos antitéticos de producción y apropiación—, pero tampoco puede faltar en la completa evolución de alguna sociedad moderna. Consecuentemente, para que el capitalismo sea negado, abolido,

superado, debe existir, madurar y envejecer con mayor o menor aceleración, pero su presencia no puede suprimirse del actual cuadro histórico del desenvolvimiento humano. Las estupendas conquistas que sobre la naturaleza han conseguido la ciencia, los descubrimientos y la técnica al servicio del gran industrialismo y la obra emancipadora que está llamada a realizar la fuerza social que su sistema plasma y organiza —el proletariado—, son los legados de la era capitalista. Con ellos deberá alcanzarse la estructuración de un nuevo orden económico.

Ahora bien, cuando el capitalismo tramonta, es que se extiende y desplaza: deviene imperialista. Emigra, vuela lejos como el polen de ciertas plantas en flor y se asienta y germina donde halla condiciones favorables para prosperar. Es por eso que si, según la tesis neo-marxista, "el imperialismo es la última etapa del capitalismo"[2], esta afirmación no puede aplicarse a todas las regiones de la tierra. En efecto, es "la última etapa"; pero sólo para los países industrializados que han cumplido todo el proceso de la negación y sucesión de las etapas anteriores. Mas para los países de economía primitiva o retrasada a los que el capitalismo llega bajo la forma imperialista, ésta es "su primera etapa" [3]. Ella se inicia bajo peculiarísimas características. Las industrias que establece el imperialismo en las zonas nuevas, no son casi nunca manufactureras sino extractivas, de materia prima o medio elaboradas, subsidiarias y subalternas de la gran industria de los países más desarrollados. Porque no son las necesidades de los grupos sociales que habitan y trabajan en las regiones donde aquéllas se implantan las que determinan su establecimiento: son las necesidades del capitalismo imperialista las que prevalecen y hegemonizan. La "primera etapa del capitalismo" en los pueblos imperializados no construye la máquina ni siquiera forja el acero o fabrica sus instrumentos menores de producción. La máquina llega hecha y la manufactura es siempre importada. El mercado que la absorbe es también una de las conquistas del imperialismo y los esfuerzos de éste tenderán persistentemente a cerrar el paso

(2) Lenin, *Imperialism, the final stage of Capitalism* (1917).
(3) Tesis sostenida en esta obra.

a toda competencia por la trustificación del comercio. Así es cómo al industrializarse los países de economía retardada, viven una primera etapa de desenvolvimiento lento e incompleto.

Tenemos, pues, planteado en Indoamérica un problema esencial que siendo básicamente económico es social y es político: la dominación de nuestros pueblos por el imperialismo extranjero y la necesidad de emanciparlos de ese yugo sin comprometer su evolución ni retardar su progreso. Ante todo, vale examinar una cuestión primaria e ineludible: si el captalismo bajo su forma imperialista es la causa de nuestro sometimiento económico, ¿debemos librarnos de él destruyéndolo, abatiéndolo, para ganar así nuestra libertad? Quien responda negando rotunda y simplemente, dejará las cosas como están. Pero quien conteste afirmando también rotunda y simplistamente, implicará que Indoamérica puede suprimir una etapa de la historia económica del mundo, la cual, como hemos visto, no puede pasarse por alto. Además, la abolición del sistema capitalista de acuerdo con los postulados del marxismo, debe ser realizada "por el proletariado que se apodera del Estado y transforma desde luego los medios de producción en propiedad de éste" [4]. Pero la existencia de este proletariado clasistamente definido y políticamente consciente de su misión histórica, supone un período más o menos largo de producción capitalista que, "transformando progresivamente en proletarios a la gran mayoría de la población, crea la fuerza que bajo pena de muerte está obigada a realizar esa revolución" [5]. Fácil es inferir que la abolición radical del sistema capitalista no puede cumplirse sino donde el capitalismo ha llegado al punto cenital de su curva, vale decir, en los grandes países que marchan a la vanguardia de la industria mundial, cuyas bien contexturadas clases proletarias deben realizar la trascendente tarea transformadora que el marxismo señala. No ha de ser, pues, en los países coloniales o semicoloniales, que recién viven su primera o sus primeras etapas capitalistas, donde el capitalismo pueda ser destruido. En ellos, la

---

(4) Friedrich Engels, *Herrn Eugens Dühring's Unwalzung der Wissenschaft,* Dritter, Abschnitt, II Theorestisches.

(5) Engels, Op. cit. III Abschnitt, II Theoretisches.

clase proletaria llamada a dirigir esta revolución, está todavía muy joven, como joven es el industrialismo que determina su existencia. Nuestros proletarios pueden ser descritos con las palabras con que Engels alude al proletariado francés de principios de siglo pasado: "que apenas comenzaba a diferenciarse de las masas no poseedoras como tronco de una nueva clase", porque el "proletariado, aún enteramente inepto para una acción política independiente, se presenta como un estado de la nación oprimada y sufrida, incapaz de ayudarse a sí misma y que, a lo sumo, podía recibir auxilio de arriba, de lo alto" [6].

El caso de la revolución bolchevique que podría aducirse como una prueba en contrario a la tesis marxista —dado el no completo desarrollo industrial de Rusia al tiempo de su violenta transición de un régimen autocrático a la dictadura del proletariado—, es, si se analiza bien, prueba en favor. Rusia desde hacía siglos era ya gran potencia europea, vasto y poderoso conglomerado nacional. Su intervención en la política exterior se había producido "con el poder macizo que caracteriza a lo sólido" citando las palabras exactas de Hegel [7]. Su "abrumadora influencia ha tomado por sorpresa a Europa en varias épocas, ha estremecido a los pueblos occidentales y ha sido aceptada como una fatalidad o resistida sólo por compulsión", según observa Marx agudamente, quien anotaba además que Rusia representa "el único ejemplo en la historia de un inmenso imperio cuya misma existencia como poder, después de haber realizado acciones de repercusión mundial, ha sido considerada siempre como una cuestión de fe antes que como una cuestión de hecho..." [8]. Pero Rusia había devenido ya un "coloso" [9]. Su excepcional situación geográfica —que abraza a dos continentes y que abarca el más vasto, uno de los más ricos y sí el más invunerable

(6) Engels, Op. cit. III Abschnitt, Sozialismus, I Geschichtliches.
(7) Hegel, *Lecciones sobre la Filosofía de la Historia Universal*. Tomo II, Madrid 1928. Edit. Revista de Occidente. Cuarta Parte. Cap. III, pág. 425.
(8) Karl Marx, *Secret Diplomatic History of the Eighteenth Century*, Edited by his daugther Eleanor Marx Aveling. Swan Sennenschein & Cº Ltd. London, 1899, Cap. V. pág. 74.
(9) Marx, Op. cit., Cap. V, pág. 74.

territorio del mundo— ha sido y es el mejor escenario de su singular proceso histórico. Mas a pesar de su categoría de gran nación europea, de contar con un millón doscientos mil obreros industriales y con más de veinticinco mil usinas y fábricas en 1917 (10), no ha conseguido abolir el sistema capitalista en Europa ni dentro del país mismo. Por eso quizá el socialismo ruso debe considerarse "más como una cuestión de fe que como una cuestión de hecho". Rusia será socialista: no lo es todavía. Su sistema actual consiste en una supercentralizada y típica forma de capitalismo de Estado —trust gigante, monopolio único—, que ha de perdurar hasta que la completa industrialización de aquel país se cumpla. El imperialismo —que en Rusia asumía características especialísimas de mero desplazamiento del mismo tipo de industria manufacturera europea— ha sido abatido; y de ahí su indiscutible victoria. Pero desde el punto de vista de las relaciones internacionales económicas y políticas, el Estado soviético se halla obligado a convivir con el mundo social que creyó derribar, formando parte del engranaje capitalista que proclama suprimir. Rusia espera para poder construir el verdadero socialismo que —en el exterior— advenga lo que sus líderes anunciaron como inminente hace más de tres lustros ya: la revolución social en los países bases del sistema capitalista por obra de sus proletariados compactos y cultos, y —en el interior— la realización de sus planes admirables de rápida industriaización nacional. Mientras tanto, el sistema capitalista subsiste en el mundo y amenazaría peligrosamente a la misma Rusia si ésta no hubiera mantenido hasta hoy sus seculares y excepcionalísimas condiciones de gran potencia inexpugnable: inmensa extensión, numerosa población, vigorosa unidad nacional, prepotente poderío militar, gobierno centralizado y férreo, e inagotables y completas reservas de recursos naturales.

¿Cuál, entonces, el camino realista para la solución del complejo problema que plantea a Indoamérica su progresivo sometimiento

(10) Maurice Paleologue, *La Rusia de los Zares durante la Gran Guerra*, Trad. castellana. Edit. Osiris, Santiago de Chile. Tomo II, pág. 161. Tomo III, pág. 219. Véase también la nota de la pág 127.

al imperialismo? Si imperialismo es capitalismo y si éste no puede ser abolido sino por una calificada y enérgica clase proletaria industrial, de la que carecemos todavía, ¿debemos esperar que los proletarios bien estructurados y cultos de los países imperialistas nos liberen del sistema opresor? O ¿aguardaremos que en nuestros pueblos se produzca la evolución de la conciencia proletaria determinada por una prodigiosa intensificación industrial —capaz de atraer hasta nuestras latitudes los ejes mayores del capitalismo—, a fin de que pueda producirse aquí la quiebra total de su sistema? Si lo primero, deberíamos resignarnos a espectar el triunfo de la revolución socialista en Europa y Norteamérica para salir así de la tutela rigurosa del imperialismo y entrar en la idílica y paternal del nuevo régimen. Y si lo segundo, habría que propugnar por la aceleración de la penetración imperialista a fin de industrializarnos en grande —comenzando por explotar hierro, forjar acero y construir máquinas— para lograr así la formación de una auténtica clase proletaria que adquiera prontamente la conciencia y la capacidad plenas de su eminente rol libertador. Ambas soluciones, sin embargo, resultan hipótesis lejanas. El Aprismo sitúa el problema en términos más concretos, más realistas: si Indoamérica vive aún las primeras etapas del industrialismo que debe continuar necesariamente su proceso; si no tenemos aún definitivamente formada la clase proletaria que impondría un nuevo orden social y si debemos libertarnos de la dominación subyugante del imperialismo, ¿por qué no construir en nuestra propia realidad "tal cual ella es", las bases de una nueva organización económica y política que cumpla la tarea educadora y constructiva del industrialismo, liberada de sus aspectos cruentos de explotación humana y de sujeción nacional? Quienes se colocan en los puntos extremos de la alternativa política contemporánea —comunismo o fascismo— olvidan la dialéctica marxista y consideran imposible un camino de síntesis. Y olvidan algo no menos importante: que tanto el comunismo como el fascismo son fenómenos específicamente europeos, ideologías y movimientos determinados por una realidad social cuyo grado de evolución está muy lejos de la nuestra.

Ya Engels escribía en su *"Anti-Dühring"*: "Quien quisiera subordinar a las mismas leyes la economía política de la Tierra del Fuego y la de Inglaterra actual, evidentemente no produciría sino lugares comunes de la mayor vulgaridad", porque "la economía política es, fundamentalmente, una ciencia histórica (eine historische Wissenschaft); su materia es histórica, perpetuamente sometida al mudar de la producción y del cambio" (11). Pues bien, entre la Tierra del Fuego e Inglaterra no sólo existen abismales diferencias en las formas de producción y cambio. Hay más: hay dos meridianos de civilización y un extenso continente que ofrece, entre esos dos puntos extremos, diversos grados de evolución, a los que corresponden leyes particulares que debe descubrir y aplicar la economía política. Y no sólo "producirá lugares comunes de la mayor vulgaridad" quien pretenda sujetar a las mismas leyes las realidades económico-sociales de la Tierra del Fuego y de Inglaterra, sino también quien intente identificar las leyes de ésta con las de cualesquiera de los veinte Estados que quedan inmediatamente al norte de la Tierra del Fuego. Ese es, justamente, el punto fundamental del Aprismo en su análisis y estimativa de la realidad indoamericana. Saber que entre la Tierra del Fuego —parte de Indoamérica—, e Inglaterra —parte de Europa—, hay una serie de fases de la producción y del cambio que hace utópico todo intento de aplicación de las mismas leyes económicas y sociales de esas dos zonas del mundo. Reconocer que la relación de Espacio y Tiempo para apreciar esas fases o grados de evolución es imperativa. Y admitir que siendo las realidades diversas, diversos han de ser sus problemas y por ende, las soluciones. En síntesis, ubicar nuestro problema económico, social y político en su propio escenario y no pedir de encargo para resolverlo, doctrinas o recetas europeas como quien adquiere una máquina o un traje... No reincidir en la palabrería demagógica de nuestros comunistas y fascistas criollos que sólo producen hasta hoy "lugares comunes de la mayor vulgaridad".

(11) Engels, Op. cit., II Abschnitt, Politische Oeokonomie. I Gegestand und Methode.

En el transcurso de los últimos siete años, desde que este libro fue escrito, la presión del imperialismo —yanqui o británico—, no ha decrecido en Indoamérica. La crisis capitalista, iniciada a fines de 1929, la ha agudizado más bien. Nuestras incipientes economías semicoloniales han resistido buena parte de uno de los más tensos y peligrosos períodos de desquiciamiento de las finanzas imperialistas. Hasta nosotros se han proyectado fenómenos insólitos como el del paro forzoso. Pero esta "crisis pletórica" —para usar la certera y avizora calificación del viejo Fourier—, nos deja claras enseñanzas confirmatorias de las tesis apristas: el carácter dual de nuestra economía que el imperialismo escinde en dos intensidades, dos ritmos, dos modos de producción —la nacional retrasada y la imperialista acelerada—, y la fundametal diferencia entre nuestra "primera etapa capitalista" importada por el imperialismo y "la última etapa" que comienzan a confrontar los países de más avanzada economía. Porque vivimos esa "primera etapa" y porque subsiste aún en Indoamérica el modo de producción propio, el atrasado y lento de nuestra feudalidad, hemos resistido a la última crisis con aparentes ventajas. La hemos soportado unilateral y parcialmente como unilateral y parcial es el sistema capitalista que el imperialismo ha yuxtapuesto sobre nuestra economía retardataria. Pero esta aleccionadora experiencia, que podría llevar a algún reaccionario a la conclusión ilógica de que más vale quedar como estamos para no sufrir los riesgos de las crisis, no es sino como el indeseable privilegio de quien no sufre los efectos de un golpe en un miembro paralizado de su cuerpo. La crisis ha esclarecido así, que una gran parte de nuestra economía está desconectada de la producción y cambio que el imperialismo hipertrofia y artificializa en nuestros países. Pero ha probado, también, que aquella economía rezagada y propia es nuestra verdadera base de resistencia. Vincularla a un nuevo sistema que la modernice e impulse y libertarla de la presión imperialista que la inmoviliza por asfixia, es para Indoamérica necesidad vital.

En Estados Unidos la crisis determinó la derrota del Partido Republicano. Con el advenimiento al poder de los hombres del "Democratic Party" insurgió un nuevo lema, muy apropiado a las difíciles circunstancias de la época: "la política del buen vecino".

Como el curso de la historia no depende de la buena voluntad de un hombre o de un grupo, cuando incontrolables leyes económicas rigen su destino, la nueva política gubernamental norteamericana es transitoria y precaria. Es sólo "una política". Ella nos libra por ahora de intervenciones, bombardeos, desembarcos de marinos y demás formas hostiles de agresivo tutelaje, pero eso no tiene nada que ver con el imperialismo como fenómeno económico. Precisa, pues, repetir que el problema esencial de Indoamérica está en pie, urgiendo soluciones constructivas y eficientes. Nuestros pueblos deben emanciparse del imperialismo, cualquiera que sea su bandera. Deben unirse, transformando sus actuales fronteras en meros límites administrativos y deben nacionalizar progresivamente su riqueza bajo un nuevo tipo de Estado. Las tres clases oprimidas por el imperialismo: nuestro joven proletariado industrial, nuestro vasto e ignaro campesinado y nuestras empobrecidas clases medias, construirán las fuerzas sociales normativas de ese Estado. El no será ya instrumento del imperialismo, sino defensor de las clases que representa, vale decir, de las grandes mayorías de la población indoamericana. Así, la industrialización científicamente organizada, seguirá su proceso civilizador. Tomaremos de los países de más alta economía y cultura lo que requieran nuestro desarrollo material y el engrandecimiento de nuestra vida espiritual. Negociaremos con ellos no como súbditos sino como iguales. Sabiendo que ellos necesitan de nosotros tanto como nosotros de ellos, las leyes del intercambio deben cumplirse equilibradamente. Si la presión imperialista vence a nuestra resistencia nacional, el equilibrio que resulte no será de la convivencia libre y justa: será el falso e intolerable equilibrio de hoy. Pero si nuestra resistencia detiene la presión del imperialismo —en economía como en física parecen gobernar los mismos enunciados—, habremos salvado el equilibrio de la justicia. Crear la resistencia antimperialista indoamericana y organizarla políticamente para garantía de nuestra independencia y seguro de nuestro progreso, es la misión histórica de estos veinte pueblos hermanos. Señalar realistamente el camino y dar los primeros pasos, es la tarea histórica del Apra.

Incahuasi, Perú, 25 de diciembre de 1935.

9. LA CRONICA PERIODISTICA

El significado moderno de la palabra "crónica" hace referencia a un artículo de revista o periódico donde se comenta literariamente —es decir, con estilo cuidado— algún tema de actualidad. Debido a la inmensa difusión de las publicaciones periódicas en nuestro siglo, los redactores de crónicas periodísticas se han multiplicado notablemente. Las páginas editoriales de los diarios, por ejemplo, incluyen todos los días artículos de este tipo cuya función es comentar la noticia cotidiana o, a lo menos, proponer un tema de actualidad a la luz de cierto punto de vista u opinión.

Cuando las crónicas periodísticas exceden su valor coyuntural, son coleccionadas y reeditadas en forma de libros relativamente orgánicos. Este es el caso de las crónicas de José Carlos Mariátegui, César Vallejo u Oscar Miró Quesada quienes ejercieron una asidua labor de cronistas e incluso hicieron de ella un modo de vida.

Así, en este apartado dedicado a la crónica periodística, se incluyen dos artículos editoriales de Mariátegui: *Presentación de "Amauta"* (1) y *Aniversario y balance* (2). En ellos se describe, con notable lucidez, el programa de la revista de cultura más importante que hemos tenido en el Perú, *Amauta*, e igualmente allí se plantea, sin ambages, los criterios ideológicos que guían a sus colaboradores. Mariátegui entiende de este modo deslindar no sólo la intención que anima la revista, sino advertir al lector sobre la seriedad de las opciones políticas que defiende dicha publicación.

---

(1) *Amauta* Nº 1, Año 1, setiembre de 1926. Lima.

(2) *Amauta* Nº 17, Año 3, setiembre de 1928. Lima.

El artículo de Federico More *De un ensayo acerca de las literaturas del Perú* (3) es un buen ejemplo de crítica sagaz y panfletaria. Al reinvindicar la obra de Abelardo Gamarra (a) "El Tunante", More destaca los valores aborígenes andinos que definen nuestra realidad pluricultural.

César Vallejo, por su parte, dejó más o menos 250 crónicas, la mayoría publicadas en revistas y diarios peruanos. No obstante haber radicado en Europa desde 1923 hasta su muerte en 1938, mantuvo a través de esas crónicas un vivo interés por la vida cultural peruana; un ejemplo de ello es la crónica titulada *Literatura peruana. La última generación* (4) en que reseña la actividad literaria de la época. El pequeño artículo *La defensa de la vida* (5) contiene algunas de las ideas más caras al poeta y escritor respecto de la producción artística y la condición humana; y en la crónica *Los creadores de la pintura indoamericana* (6) Vallejo presenta, además de la evaluación de las pinturas del peruano Macedonio de la Torre, ciertos criterios sobre la invención artística en América Latina.

Las crónicas de José María Eguren, *Motivos estéticos* (7) y *El nuevo anhelo* (8), son antes que opiniones críticas expuestas a través de una prosa literaria selecta, meditaciones sobre el quehacer artístico mundial de la época en que fueron publicadas.

---

(3) Este artículo fue publicado originalmente en el *Diario de la Marina*,, 23 de noviembre de 1924, La Habana, luego reimpreso en el diario *El Norte*, 1924, Trujillo y *Kosko* Nº 34, Año 1, 7 de marzo de 1925, Cusco. Ha sido transcrito de Rodríguez Rea, Miguel Angel, *La literatura peruana en debate*. Ediciones Antonio Ricardo, pp. 101-110, 1985. Lima.

(4) Apareció en el diario *El Norte* de Trujillo el 12 de marzo de 1924, donde lleva la siguiente nota: "Reproducido del periódico parisién *L'Amérique Latine*". Ha sido transcrita de Vallejo, César, *Crónicas - Tomo* I: 1915-1926, Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 141-144, 1984. México.

(5) Publicado en el diario *El Norte*, de Trujillo, el 21 de noviembre de 1926. Es reproducido de Vallejo, César, *Crónicas - Tomo* I: 1915-1926, Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 388-389, 1984. México.

(6) Fue publicado en la revista *Mundial* Nº 466, 24 de mayo de 1929. Lima.

La divulgación científica por medio de la crónica periodística en nuestro medio, encuentra su mejor ejemplo en las más de 3,000 crónicas de Oscar Miró Quesada de la Guerra (Racso). De las que publicó sobre extensión universitaria, se ha elegido *El aeroplano relativista* (9) que en su momento dio a conocer —entre otras crónicas dedicadas al tema— la teoría de la relatividad de Einstein.

¿Un champancito, hermanito? (10) de Mario Vargas Llosa es un agudo comentario sobre la "huachafería" nacional y, finalmente, *Los cuentos criollos* (11) de Luis Felipe Angell (Sofocleto) es una crónica jocosa e irónica de entre las innumerables que ha dado a la publicidad el más prolífico humorista peruano, sin duda.

ENRIQUE BALLON

---

(7) Apareció en la revista *Amauta* Nº 29, febrero-marzo de 1930, Lima. Ha sido tomado de Eguren, José María, *Motivos estéticos - Notas sobre el arte y la naturaleza*, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, pp. 37-44, 1959. Lima. En Eguren, José María, *Obras completas*, Mosca Azul Editores, pp. 244-249, Lima. Ha sido consignado bajo el título "La belleza".

(8) Publicado en *La Revista Semanal* Nº 187, 9 de abril de 1931, Lima. Es reproducido de Eguren, José María, *Motivos estéticos - Notas sobre el arte y la naturaleza*, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, pp. 90-94, 1959, Lima.

(9) Se publicó en el diario *El Comercio* de Lima, el 10 de enero de 1950. Ha sido tomado de Miró Quesada de la Guerra, Oscar, *Racso: periodista, 1884-1984*, Editorial e Imprenta Desa S. A., pp. 401-405, 1985. Lima.

(10) Apareció en el diario *El Comercio* de Lima, el 28 de agosto de 1983.

(11) Apareció en el suplemento "Domingo" del diario *La República*, el 21 de noviembre de 1982.

PRESENTACION DE "AMAUTA"

JOSE CARLOS MARIATEGUI

Esta revista, en el campo intelectual, no representa un grupo. Representa, más bien, un movimiento, un espíritu. En el Perú se siente desde hace algún tiempo una corriente, cada día más vigorosa y definida, de renovación. A los fautores de esta renovación se les llama vanguardistas, socialistas, revolucionarios, etc. La historia no los ha bautizado definitivamente todavía. Existen entre ellos algunas discrepancias formales, algunas diferencias psicológicas. Pero por encima de lo que los diferencia, todos estos espíritus ponen lo que los aproxima y mancomuna: su voluntad de crear un Perú nuevo dentro del mundo nuevo. La inteligencia, la coordinación de los más volitivos de esos elementos, progresan gradualmente. El movimiento —intelectual y espiritual— adquiere poco a poco organicidad. Con la aparición de "AMAUTA" entra en una fase de definición.

"AMAUTA" ha tenido un proceso normal de gestación. No nace de súbito por determinación exclusivamente mía. Yo vine de Europa con el propósito de fundar una revista. Dolorosas vicisitudes personales no me permitieron cumplirlo. Pero este tiempo no ha transcurrido en balde. Mi esfuerzo se ha articulado con el de otros intelectuales y artistas que piensan y sienten parecidamente a mí. Hace dos años, esta revista habría sido una voz un tanto personal. Ahora es la voz de un movimiento y de una generación.

El primer resultado que los escritores de "AMAUTA" nos proponemos obtener es el de acordarnos y conocernos mejor nosotros mismos. El trabajo de la revista nos solidariza más. Al mismo tiempo que atraerá a otros buenos elementos, alejará a algunos fluctuantes y desganados que por ahora coquetean con el vanguardismo, pero que apenas éste les demande un sacrificio, se apresurarán a dejarlo. "AMAUTA" cribará a los hombres de la vanguardia —militantes y simpatizantes— hasta separar la paja del grano. Producirá o precipitará un fenómeno de polarización y concentración.

No hace falta declarar expresamente que "AMAUTA" no es una tribuna libre abierta a todos los vientos del espíritu. Los que fundamos esta revista no concebimos una cultura y un arte agnósticos. Nos sentimos una fuerza beligerante, polémica. No le hacemos ninguna concesión al criterio generalmente falaz de la tolerancia de las ideas. Para nosotros hay ideas buenas e ideas malas. En el prólogo de mi libro *La Escena Contemporánea* escribí que soy un hombre con una filiación y una fe. Lo mismo puedo decir de esta revista, que rechaza todo lo que es contrario a su ideología así como todo lo que no traduce ideología alguna.

Para presentar "AMAUTA", están demás las palabras solemnes. Quiero proscribir de esta revista la retórica. Me parece absolutamente inútiles los programas. El Perú es un país de rótulos y de etiquetas. Hagamos al fin alguna cosa con contenido, vale decir con espíritu. "AMAUTA" por otra parte no tiene necesidad de un programa; tiene necesidad tan solo de un destino, de un objeto.

El título preocupará probablemente a algunos. Esto se deberá a la importancia excesiva, fundamental, que tiene entre nosotros el rótulo. No se mire en este caso a la acepción estricta de la palabra. El título no traduce sino nuestra adhesión a la Raza, no refleja sino nuestro homenaje al Incaismo. Pero específicamente la palabra "Amauta" adquiere con esta revista una nueva acepción. La vamos a crear otra vez.

El objeto de esta revista es el de plantear, esclarecer y conocer los problemas peruanos desde puntos de vista doctrinarios y científicos. Pero consideraremos siempre al Perú dentro del panorama

del mundo. Estudiaremos todos los grandes movimientos de renovación-políticos, filosóficos, artísticos, literarios, científicos. Todo lo humano es nuestro. Esta revista vinculará a los hombres nuevos del Perú, primero con los de los otros pueblos de América, en seguida con los de los otros pueblos del mundo.

Nada más agregaré. Habrá que ser muy poco perspicaz para no darse cuenta de que al Perú le nace en este momento una revista histórica.

ANIVERSARIO Y BALANCE

JOSE CARLOS MARIATEGUI

"AMAUTA" llega con este número a su segundo cumpleaños. Estuvo a punto de naufragar al noveno número, antes del primer aniversario. La admonición de Unamuno —"revista que envejece, degenera"— habría sido el epitafio de una obra resonante pero efímera. Pero "Amauta" no había nacido para quedarse en episodio, sino para ser historia y para hacerla. Si la historia es creación de los hombres y las ideas, podemos encarar con esperanza el porvenir. de hombres y de ideas, es nuestra fuerza.

La primera obligación de toda obra, del género de la que "Amauta" se ha impuesto, es ésta: durar. La historia es duración. No vale el grito aislado, por muy largo que sea su eco; vale la prédica constante, continua, persistente. No vale la idea perfecta, absoluta, abstracta, indiferente a los hechos, a la realidad cambiante y móvil; vale la idea germinal, concreta, dialéctica, operante, rica en potencia y capaz de movimiento. "Amauta" no es una diversión ni un juego de intelectuales puros: profesa una idea histórica, confiesa una fe activa y multitudinaria, obedece a un movimiento social contemporáneo. En la lucha entre dos sistemas, entre dos ideas, no se nos ocurre sentirnos expectadores ni inventar un tercer término. La originalidad a ultranza, es una preocupación literaria y anárquica. En nuestra bandera, inscribimos esta sola, sencilla y grande palabra: Socialismo. (Con este lema afirmamos nuestra absoluta independencia frente a la idea de un Partido Nacionalista pequeño burgués y demagógico).

Hemos querido que "Amauta" tuviese un desarrollo orgánico, autónomo, individual, nacional. Por esto, empezamos por buscar su título en la tradición peruana. "Amauta" no debía ser un plagio, ni una traducción. Tomábamos una palabra inkaica, para crearla de nuevo. Para que el Perú indio, la América indígena, sintieran que esta revista era suya. Y presentamos a "Amauta" como la voz de un movimiento y de una generación. "Amauta" ha sido, en estos dos años, una revista de definición ideológica, que ha recogido en sus páginas las proposiciones de cuantos, con título de sinceridad y competencia, han querido hablar a nombre de esta generación y de este movimiento.

El trabajo de definición ideológica nos parece cumplido. En todo caso, hemos oído ya las opiniones categóricas y solícitas en expresarse. Todo debate se abre para los que opinan, no para los que callan. La primera jornada de "Amauta" ha concluido. En la segunda jornada, no necesita ya llamarse revista de la "nueva generación", de la "vanguardia", de las "izquierdas". Para ser fiel a la Revolución, le basta ser una revista socialista.

"Nueva generación", "nuevo espíritu", "nueva sensibilidad", todos estos términos han envejecido. Lo mismo hay que decir de estos otros rótulos: "vanguardia", "izquierda", "renovación". Fueron nuevos y buenos en su hora. Nos hemos servido de ellos para establecer demarcaciones provisionales, por razones contingentes de topografía y orientación. Hoy resultan ya demasiado genéricos y anfibológicos. Bajo estos rótulos, empiezan a pasar gruesos contrabandos. La nueva generación no será efectivamente nueva sino en la medida en que sepa ser, en fin, adulta, creadora.

La misma palabra Revolución, en esta América de las pequeñas revoluciones, se presta bastante al equívoco. Tenemos que reivindicarla rigurosa e intransigentemente. Tenemos que restituirle su sentido extricto y cabal. La revolución latino-americana, será nada más y nada menos que una etapa, una fase de la revolución mundial. Será, simple y puramente, la revolución socialista. A esta palabra, agregad, según los casos, todos los adjetivos que queráis: "anti-imperialista", "agrarista", "nacionalista revolucionaria". El socialismo los supone, los antecede, los abarca a todos.

A Norte-América capitalista, plutocrática, imperialista, solo es posible oponer eficazmente una América, latina o ibera, socialista. La época de la libre concurrencia, en la economía capitalista, ha terminado en todos los campos y todos los aspectos. Estamos en la época de los monopolios, vale decir de los imperios. Los países latinoamericanos llegan con retardo a la competencia capitalista. Los primeros puestos, están ya definitivamente asignados. El destino de estos países, dentro del orden capitalista, es el de simples colonias. La oposición de idiomas, de razas, de espíritus, no tiene ningún sentido decisivo. Es ridículo hablar todavía del contraste entre una América sajona materialista y una América latina idealista, entre una Roma rubia y una Grecia pálida. Todos estos son tópicos irremisiblemente desacreditados. El mito de Rodó no obra ya —no ha obrado nunca— útil y fecundamente sobre las almas. Descartemos, inexorablemente, todas estas caricaturas y simulacros de ideologías y hagamos las cuentas, seria y francamente, con la realidad.

El socialismo no es, ciertamente, una doctrina indo-americana. Pero ninguna doctrina, ningún sistema contemporáneo lo es ni puede serlo. Y el socialismo, aunque haya nacido en Europa, como el capitalismo, no es tampoco específica ni particularmente europeo. Es un movimiento mundial, al cual no se sustrae ninguno de los países que se mueven dentro de la órbita de la civilización occidental. Esta civilización conduce, con una fuerza y unos medios de que ninguna civilización dispuso, a la universalidad. Indo-América, en este orden mundial, puede y debe tener individualidad y estilo; pero no una cultura ni un sino particulares. Hace cien años, debimos nuestra independencia como nacionales al ritmo de la historia de Occidente, que desde la colonización nos impuso ineluctablemente su compás. Libertad, Democracia, Parlamento, Soberanía del Pueblo, todas las grandes palabras que pronunciaron nuestros hombres de entonces, procedían del repertorio europeo. La historia, sin embargo, no mide la grandeza de esos hombres, por la originalidad de estas ideas sino por la eficacia y genio conque las sirvieron. Y los pueblos que más adelante marchan en el continente son aquellos donde arraigaron mejor y más pronto. La interdependencia, la solidaridad de los pueblos y de los continentes, era sin embargo, en aquel tiempo, mucho

menores que en éste. El socialismo, en fin, está en la tradición americana. La más avanzada organización comunista, primitiva, que registra la historia, es la inkaica.

No queremos, ciertamente, que el socialismo sea en América calco y copia. Debe ser creación heroica. Tenemos que dar vida, con nuestra propia realidad, en nuestro propio lenguaje, al socialismo indo-americano. He ahí una misión digna de una generación nueva.

En Europa, la degeneración parlamentaria y reformista del socialismo ha impuesto, después de la guerra, designaciones específicas. En los pueblos donde ese fenómeno no se ha producido, porque el socialismo aparece recién en su proceso histórico, la vieja y grande palabra conserva intacta su grandeza. La guardará también en la historia, mañana, cuando las necesidades contingentes y convencionales de demarcación que hoy distinguen prácticas y métodos, hayan desaparecido.

Capitalismo o Socialismo. Este es el problema de nuestra época. No nos anticipemos a las síntesis, a las transacciones, que solo pueden operarse en la historia. Pensamos y sentimos como Gobetti que la historia es un reformismo más a condición de que los revolucionarios operen como tales. Marx, Sorel, Lenin, he ahí los hombres que hacen la historia.

Es posible que muchos artistas e intelectuales apunten que acatamos absolutamente la autoridad de maestros irremisiblemente comprendidos en el proceso por *"la trahison des clercs"*. Confesamos, sin escrúpulo, que nos sentimos en los dominios de lo temporal, de lo histórico, y que no tenemos ninguna intención de abandonarlos. Dejemos con sus cuitas estériles y sus lacrimosas metafísicas, a los espíritus incapaces de aceptar y comprender su época. El materialismo socialista encierra todas las posibilidades de ascensión espiriual, ética y filosófica. Y nunca nos sentimos más rabiosa y eficaz y religiosamente idealistas que al asentar bien la idea y los pies en la materia.

DE UN ENSAYO ACERCA DE LAS LITERATURAS DEL PERU

FEDERICO MORE (1889-1954)

Sincronismo de Abelardo Gamarra, Manuel González Prada y Ricardo Palma, los tres escritores que mejor condensan y expresan la literatura del Perú republicano.

Palma es del 1830; Prada del 1840; Gamarra del 1850.— El primero muere en 1919; el segundo en 1918; el tercero en 1924.— Tres largas vidas que indican tres aspectos esenciales de la evolución que empieza con el auge del Perú colonial —Lima— cuyo vocero es Palma y cuyo primer representativo es Gamarra.

EL PRIMER PRECURSOR

La literatura sólo es traducción de un estado político y social. El mayor defecto de la literatura limeña es que no traduce sino un estado sexual: fuera de aventuras galantes, chismorreos palatinos y divagaciones histórico heráldicas no conoce nada. La nación peruana no le debe nada.

Cuando nace en Lima un gran escritor, Manuel González Prada, si bien no puede sustraerse a ciertas deficiencias de su ciudad natal únese, desde el primer instante de su carrera, a los ideales serranos. Y en páginas irreprochables pide que el Perú se confedere; que el problema rural sea resuelto; que la técnica administrativa se sanee; que la vida política se nacionalice; pero todo esto lo pide a la europea, en erudito y teniendo a la vista los tratados jurídicos y sociales que nacieron al cabo de una cultura secular y superior.

Su amor al Perú integral, al Perú que apenas entrevió, fue actitud de apóstol humanitarista y positivo o lección objetiva de pedagogo culto.

Aunque el Perú integral debe estarle agradecido por los anhelos de sus pensamientos, González Prada, por su excesivo amor a la retórica y por la inutilidad de su vida sin tacha, pertenece a Lima. Por reaccionar contra Lima, cae hacia el otro extremo, en limeñismo. Virtuoso, frío, severo, resulta un anacoreta laico. Trágico vicioso de la virtud. Vivió cuidándose de no pecar y, por ello, aseméjase a esas mujeres hermosas que envejecen custodiando su doncellez, como si le fuera útil a alguien, y que, temerosa de perderla, como si tal pérdida importara, no le sonríen al hombre que acaso fue el deseado y que sin duda pudo ser el esposo.

González Prada no actuó nunca, tenía miedo de que la acción lo pervirtiese. A pesar de ser tan artista, ignoró la belleza del pecado y, sobre todo, la belleza del peligro que siempre nos rodea y nunca nos devora y que, por intempestivo y misterioso, es elemento artístico superior y estímulo vital de los primeros. González Prada se pasó la vida clamando contra la canalla. Jamás entró al templo donde los mercaderes trafican. Poeta empeñado en actuar de caudillo, desde la torre de marfil, atalaya olímpica que no sirve ni de palenque ni de tribuna.

Nadie, hasta ahora, en el Perú, ha sentido el punzante antagonismo que hay entre Manco Ccapahg y Francisco Pizarro; antagonismo que es —y que será por muchos años— clave psicológica y política de la vida peruana. El mismo González Prada no vio esa rivalidad medular. Ocupado en pulir su estilo y en modificar la estructura del verso castellano, se incapacitó para la meditación perforante de realidades y su pensamiento no pudo penetrar hasta la médula del organismo patrio. Dejó constancia armoniosa y fulgente de los vicios capitalinos; forjó con metales imperecederos la lápida de Lima. No se adentró en el problema regional. Fue solo un conductor de caravanas. Tan indeciso, que las dejó en mitad del desierto. Aunque se alejó un poco del urbanismo limeño, no supo acercarse al espíritu agreste y montañés de los antiguos campos imperiales.

Las regiones andinistas, el incaísmo, aun no tienen el sumo escritor que sintetice y condense, en fulminantes y lucientes páginas, las inquietudes, las modalidades y las oscilaciones del alma incaica. El sumo escritor trágico y eglógico, lleno de abismos y fragancias, de rumor apacible de regatos y estrépitos tenaz de cataratas. El sumo artista en el que las montañas y las llanuras, la nieve y el rayo, la huicuña célebre y el quinual dorado surjan, a manera de cromos, de acordes, de relieves, con la gracia y la firmeza que el arte pone sobre la realidad heterogénea. El sumo escritor que funda alma, paisaje, historia, naturaleza, costumbrismo, tradiciones y anécdotas dentro de un estilo andino y al influjo bruñidor y armonizante de una sensibilidad intransferible y sin embargo universal.

EL PRIMER EJEMPLAR

En cambio, han emitido un hombre de acelerada inteligencia y cuya sensibilidad fue como herida sin venda. Nacido en uno de los puntos en que la sierra se inclina sobre el océano, pudo confrontar panorámicamente el problema. Amador instintivo de la justicia y timonel que presintió y no siempre siguió las rutas de la belleza, supo de la animadversión inconciliable que artistas y políticos hallarán siempre —aunque no la enuncien— entre Manco Ccapahg y Francisco Pizarro. No fue, por desgracia, Abelardo Gamarra, a quien nos referimos el artista redondo y facetado, limpio y fulgente, el cabal hombre de letras que se necesita. El amor a un regionalismo idiomático, a ratos parecido a modo dialectal, y el haber intentado la fusión de las tendencias lingüísticas de la sierra y la costa —maridaje imposible, unión contranatura— impidiéronle hablarnos con la armoniosa dignidad con que lo habría hecho González Prada si llega a tener la inquietud terriblemente arcangélica y la multiplicidad aceradamente seráfica de Gamarra.

Y sin embargo, el lenguaje de Gamarra encierra los matices e inflexiones de un estilo completo. Posee la gracia sensual y truhanesca de las tierras costeñas y la mordiente acidez y el grave ritmo de la voz serrana. Gamarra conoció las virtudes y vicios de su tierra; fue dueño de sentido político, de orientación social y de perspi-

cacia sicológica. Tuvo del artista la facultad de excitarse; del maestro la aptitud de comunicar su entusiasmo; del hombre de lucha y práctico, el don de abrir los ojos dentro de la realidad y ver la infraestructura de los hechos como los buzos la flora submarina. Supo aprehender espacio y tiempo, captarlos como conjuntos históricos, relacionarlos y reducirlos a fórmulas. Comprendió las sugestiones oscuras de la geografía y de la herencia, de la educación y del instinto. Su estilo es donairoso y ágil, incisivo y vívido. Hombre equilibrado y férvido, sereno y tumultuoso, vivió una existencia fragosa y abigarrada sin que vivirla le desposeyera de candor, de ingenuidad infantil, de esa pureza de alma en que, desde los místicos y los iluminados, fúndase la televisión y que constituye la esencia del hondo poder intuitivo de los líricos nórdicos.

EL SECRETO RACIAL

Gamarra atisbó que el Perú sin Incas no es nada. Gamarra no ignoró que el Coloniaje no es una civilización ni puede ser base de una cultura. Apenas si es un episodio histórico y que significa para el Perú algo parecido a lo que podría significar para Francia la invasión inglesa de la guerra de los cien años. Quienes sostienen que el Perú se funda en el Coloniaje, reniega del origen puro e ilustre de la nacionalidad y se empeña en convertir en título la bastardía. Lo que se llama propiamente el Coloniaje, es el conjunto de hechos luctuosos, galantes y frívolos que se desarrollaron entre 1620 y 1820 y cuya inercia es la república hasta hoy. Quienes creen que el Coloniaje representa el máximo dominio del españolismo puro, están en un error. Mientras en el antiguo imperio actuaron los españoles puros y mientras el clima no acondicionó a las gentes, Lima no fue centro del poder político ni del reparto económico. El afianzamiento político de Lima comienza con don Pedro de la Gasca, que es el que da forma administrativa duradera a la obra de Francisco Pizarro. Empieza el Coloniaje una vez que en Lima se forma una casta plutocrática y oligárquica, con su herencia y su educación e inoculada con un clima que es un virus. El error inicial es de Pizarro que no mantuvo la capital en el Cuzco. Dícese que Pizarro no podía prever tanto. Sin embargo, en México, Hernán Cortés no

cambió la capital, pero Cortés, hombre culto y sagaz, valía más que el esforzado y titánico porquerizo que asesinó a Atahualpa. España influye en el Perú mediante la conquista —1532-1620— y es entonces cuando siembra. El Coloniaje en el Perú es un hecho limeño.

Lo cierto es que alrededor de 1620 —a los 85 años de fundada Lima— ya existía con la filiación preindicada, una casta directora. Esa casta, da forma a la vida de todo el virreinato. Es el Coloniaje. Conservadorismo sórdido, sensualidad irrefrenable, desdén por la inteligencia, matriarcado encubierto. Eso no es español. Tampoco es queshua. Eso es lo que crean bajo un clima incubador de sátiros y ninfas, hombres en cuyas venas se confunden las sangres del chino, del negro, del indio y del español. Es el Coloniaje.

Colonia, para el caso que dilucidamos, quiere decir Africa. En las castas dominantes durante el Coloniaje Limeño —cuya prolongación es la República Peruana como organismo oficial— domina el elemento andaluz obliterado por selección regresiva en la que el chino y el negro clavan su raíz espúrea. Verbosidad y movilidad turdetanas. Arquitectura de línea mudéjar. Los incas vienen de Asia. En la historia no hay contraposición tan enérgica como la que existe entre Asia y Africa. Asia es la meditación. Africa la voluptuosidad.

Muchos sostienen que, antropológicamente, las poblaciones suramericanas del Pacífico son de origen asiático. La forma de gobierno y la liturgia, la situación social y espiritual de la mujer y la interpretación de la naturaleza, el sentimiento de lo eterno y la filosofía de lo pasajero, son cuestiones que el Perú incaico encara de modo asiático, un poco tibetano. No poseemos documentación al respecto porque de Asia conocemos la historia y el Perú de los Incas es por esencia prehistórico. De allí que nos empeñemos en traducir el espíritu de hoy y en recoger y aplicar las insinuaciones prácticas de la tradición. La cultura del Perú imperial llega a nosotros sólo a través de una tradición invertebrada. Muchos eruditos han pretendido a base de Garcilaso de la Vega y de algún fantaseador más, consumar estudios definitivos sobre esa cultura. Nadie ha acertado. Probablemente no acertará sino el que se vaya a vivir algunos años a los valles del Cuzco y al Altiplano andino y que, tras recoger las

voces dispersas y no siempre fieles de lo que parece tradición, proceda a seleccionarlas y a reseñar, sin más armas que sensibilidad e intuición, los aspectos sustantivos y formales de la cultura del Perú imperial.

Algo muy asiático es la tendencia de los peruanos incaicos —los de la región panqueshua y cuyo tipo tuvo un representativo en Gamarra— a traducir sus pensamientos y emociones mediante versículos y parábolas y a dar, envueltos en forma literaria y a veces con rígida trascendencia religiosa, consejos higiénicos, sociales, políticos y domésticos. En Asia, lo mismo que entre los Incas, la tendencia individualista se salva de la presión despótica de los gobiernos autocráticos y a las veces colectivistas. En Asia, lo mismo que entre los Incas, predomina la afición a cultivar las disciplinas morales y a perfeccionar el yo: a enseñar al hombre a ser siempre superior a sí mismo en el más puro orden espiritual y con desdeñosa prescindencia de los falaces goces materiales. Las literaturas de Occidente, hijas de Grecia y Roma, han aspirado siempre a embellecer al joven; y la juventud es para ellas mismas la hermosa representación de la vida. En cambio, los orientales —y algo de esto supieron los griegos— aspiran a presentar, como el más bello especímen de vida, al hombre en plena madurez, al hombre en quien un vago anticipo de la ancianidad y un reflejo melancólico de la juventud son finos troqueles de virtudes amables. También entre los Incas hubo algo de esto y lo hay entre sus herederos, a pesar de que el Cristianismo y el Occidente nos han modificado de modo que apenas somos lo que sin duda fueron nuestros padres.

Entre los panperuanos, no es el amor lo más hermoso de la vida. Tampoco es la guerra lo más intenso. El madrigal y la oda heroica son cosas de la Edad Media europea. Entre los panperuanos, como entre los asiáticos, lo más bello, lo más completo de la vida, es la paz interior. El amor y la guerra —tú lo sabías Ollantay y también tú bella princesa, que adoraste al guerrero infatigable— duran un minuto y su resabio es amargo.

En cambio, el hombre que, desde sus primeros pasos en la vida, se ocupa en adquirir paz interior y en desligar su espíritu de las fuerzas sensuales, al fin llega a divisar el horizonte de la Perfec-

ción —Tierra Prometida del alma—, a hacer de su vida una obra de arte y a labrar con su mente un pórtico digno de lo que está más allá de la vida.

UN MESTIZO

Abelardo Gamarra mantuvo en su espíritu los matices esenciales del ancestro asiático y se dejó influir generosamente por el Cristianismo y por la cultura occidental. Tampoco desdeñó lo que el Coloniaje alienta de culto por la elegancia, de afición a las bellas palabras, a la emoción madrigalesca del amor y al sentido pecaminoso de la voluptuosidad. Quizá el mayor mérito de Gamarra consiste en haber hospedado, dentro de su alma activa y absolutamente peruana, panqueshua, las corrientes de la cultura europea y el curso africano de la vida colonial. Gamarra, así, regresa el escritor mestizo por excelencia. Un mestizo que no olvidó nunca el respeto debido a la justicia y los homenajes que merece todo aquello en que se expresa algo ideal. Un mestizo en el cual no hubo sangre africana y en el que la sangre española fue la necesaria para dosificar el raudal queshua. Nacido en tierra que los Incas conocieron, en tierra andina y bajo el encanto rural de las tradiciones de la raza. Gamarra vivió en Lima porque a todos los peruanos que se dedican a trabajos de la inteligencia sedúceles la capital burocrática donde el puesto público puede darle al escritor la suma de ocio que necesita para ahondar en sus pensamientos y sus emociones y para buscar sus palabras a través de lo que vive o a través de lo que lee. En Lima, Gamarra dedicóse al periodismo y algo a la política de la que tuvo que alejarse a fin de no corromperse. Espíritu demasiado libre, no quiso nunca aceptar cargos en los diarios grandes y fundó su periódico, su hoja altiva y señera cuyo nombre es un programa. *Integridad* titulábase aquel periódico y Gamarra lo sustuvo heroicamente durante años y en él se dio el gusto de decir la verdad de su pensamiento y de formular sin reatos las ansias y las tribulaciones de su patriotismo.

Recopiló sus artículos en libros y esos figuran entre los más sonados éxitos que recuerdan las librerías del Perú. La vida provinciana, la política caciquil, la dictadura del párroco, el gobernador

y el juez de paz, todo esto apareció graciosamente realizado en los libros de Gamarra. Lo que en González Prada fue vida desnuda y vibrante, diagrama de las auscultaciones de una sociedad poliforme. El cholo y el zambo, el político y el pueblerino y el oligarca vanidoso, la mujer directora de voluntades, el militar fanfarrón, analfabeto y calavera, el cura gordo y olvidado de sus latines, el abogadete, el escritorcillo, todos esos engendros de la selección a la inversa, aparecieron en reidora y dolorosa sátira. Gamarra no es un literato en el sentido retórico. Es un artista en el sentido vital. Y un escritor, si por escritor se entiende el hombre que, mediante el lenguaje, sabe comunicarle a sus semejantes el calor de las emociones o la presión de los pensamientos.

González Prada era el europeísmo puro. Ricardo Palma, el africanismo colonial: en los esguinces de su léxico el lector adivina el ceceo; Abelardo Gamarra es el iniciador de la literatura de los mestizos; de la literatura que un día será la de los occidentalizados e hispanizados herederos de los queshuas. Sin pedantería, sin citas abundantes, sin recursos académicos, sin ostentaciones de políglota, Abelardo Gamarra dijo en el lenguaje del pueblo, los doloy los ensueños del pueblo. Al pueblo le habló del pasado, del presente y del futuro. Fue un historiador por sus evocaciones, un humanista militante por sus críticas, un animador por sus esperanzas y por su gentil optimismo.

"El Tunante" era su seudónimo y lo popularizó gallardamente. Cargado de años y de luchas, la juventud reconoció en él a uno de sus maestros y él supo llevar el peso del magisterio con el mismo desgaire con que llevó el peso de su vivir largo, fecundo y nutrido. Trabajó incansablemente y hasta sus últimas horas mantuvo el fervor literario, la exaltación patriótica y la fe en los destinos de su país cuyas calamidades y grandezas conoció con tanta exactitud y describió con tan sobresaltada y pintoresca destreza.

El ejercicio del gobierno, para el cual no tenía ni preparación ni idoneidad, ha envilecido a las gentes de la costa peruana, a los herederos de Francisco Pizarro. La historia, como el agua, tiende a recuperar su nivel y, por eso, esas gentes marchan, quizá sin saberlo

ni sentirlo ellas mismas, hacia la servidumbre. En cambio, cuatro siglos de sojuzgamiento y de infortunio, cuatro siglos de miseria y de lucha, han redimido a los serranos, a los herederos de Manco Ccapahg, los han purificado de las taras que en ellos dejara la teocracia, y hoy se hallan listos para el ejercicio del gobierno.

Y MAÑANA...

Gamarra, que intuyó todo esto, no podrá verlo. Todavía su obra permanece entre la niebla que es antesala de la gloria. Todavía el sol de los muertos no ha caído sobre su figura tan moderna y afirmativamente panperuana. Poco a poco, sus paisanos irán comprendiéndolo y no tardará mucho el día en que sientan y concreten esta realidad: Gamarra es uno de los más felices y encendidos precursores del panperuanismo integral. Su pensamiento y emoción gravitarán sobre todas las conciencias. Y mientras de González Prada quedará sólo el ritmo cadencioso y de Ricardo Palma la risilla chocarrera, de Gamarra quedará el sentimiento vital. El Perú empezará a conocerse a través de Gamarra.

Y cómo éste fue tan caluroso admirador de González Prada, el Perú de mañana conocerá al retórico, al meticuloso y límpido orfebre de las palabras, a través de aquel mestizo que no vio en las palabras sino el contenido emocional, la célula animadora, la posibilidad dinámica.

El primer monumento total y jugosamente peruano que eleve el Cuzco, será, naturalmente después del que erija a la legendaria reminiscencia del Inca primario, el que dedique a la melancólica, ilustre y deliciosa memoria de Abelardo Gamarra, "El Tunante". Será un monumento sencillo: un bloque informe de granito incaico y, desprendiéndose del bloque en un nacimiento rodiniano y andino, la actitud de un hombre que, cara al Sol, Padre Antiguo, lleve en sus músculos la inquietud trémula de la libertad y en sus ojos la pátina espejeante de la tradición.

Buenos Aires, 1924.

LITERATURA PERUANA. LA ULTIMA GENERACION

CESAR VALLEJO (1892 - 1938)

Tras de la generación de Chocano y los García Calderón, hay un jalón de tiempo casi del todo estéril en la literatura del Perú. Una que otra moza inteligencia posibiliza frutos de belleza que por fin no llegan a cuajarse. Se las ve esbozarse y callar luego, sin dejar más que estimables renglones, en los que riela la luz de la generación anterior. Las generosas intenciones no logran sacudirse de dicha influencia, ni llegan a presentar pecho propio en obra alguna. Dos únicos escritores salvan este árido lapso: Leonidas Yerovi y José Lora y Lora, por desgracia muertos ambos trágicamente y en plena juventud. Toda la obra del primero —teatro, poesía— acusa una innegable personalidad, caracterizada por aquel criollismo peruano que en el pasado cuenta con figuras tan eminentes como Ricardo Palma y Manuel Ascensio Segura. José Lora y Lora presenta en su libro *Anunciación*, prologado por Vargas Vila, inquietudes y atisbos artísticos, liberados ya de la influencia de los escritores que le preceden, y vinculados directamente con las últimas corrientes literarias de Europa y en especial de Francia. Lora y Yerovi representan, de esta manera, la única solución de continuidad entre la brillante generación de los García Calderón y Chocano y la actual juventud; el uno por su sensibilidad moderna y apta para los nuevos vientos extranjeros, que más tarde vendrían a incorporarse plenamente en la producción literaria posterior; y el otro por su valor intrínseco de escritor autóctono, depositario de la tradición nacional.

El año 1916 marca el nacimiento de la última generación. Parece enunciarse ella por una cultura extensa y bien masticada. Se ha repasado lo leído por las falanges anteriores y se ha llegado hasta la misma literatura de guerra. La influencia directriz de la literatura española y de Rubén Darío cede a la más amplia de las literaturas europeas, siendo señaladamente los rusos de todos los tiempos —desde Gogol hasta Averchenko— los de más honda acción orientadora; mas, en esta generación, como acaso en ninguna otra anterior, se afirma y predomina el espíritu de la raza, en obras genuinamente sudamericanas y sustantivas.

Los nuevos escritores que aparecen fomentan su ímpetu creador en una austera y profunda dignidad artística. Vienen celosos de su rol de infinito y llenos de una pura y elevada comprensión estética, muestran el pulso desnudo al aire, contraen su compromiso de vida y de labor con el ambiente, piden espacio y respeto para su pluma y se echan a la esteva triptolémica.

Se fundan revistas. Los diarios publican páginas semanales de arte y letras. La atmósfera se puebla de versos. Después de muchos años —desde Chocano— la burguesía vuelve a sentir la acción urbana e inmediata de los artistas. Empiezan a sonar los nombres nuevos que la conferencia, el linotipo, la pose callejera y el inocente escándalo, buscado para las altas galerías, llevan de boca en boca. Las ciudades de Arequipa y Trujillo toman parte en el movimiento. La feliz circunstancia de haber llegado de Buenos Aires el gran dibujante Julio Málaga Grenet comunica a la agitación intelectual mayor sugestión pública. Por su parte, el formidable músico Alomías Robles, iniciador del folklorismo incaico, suma sus entusiasmos a los de los literatos por medio de recitales y fraternos motivos de belleza.

La cabeza de este renacimiento es Abraham Valdelomar. Él es el centro propulsor. Su aparición a la vida literaria peruana representa una verdadera renovación. Así como Chocano dio su nombre a su generación, la juventud actual está bautizada con el nombre de Abraham Valdelomar, director de la revista *Colónida.* En torno suyo se agrupan todos los valores coetáneos. José María Eguren, el gran poeta de *Simbólicas* y *La canción de las figuras*, a quien González

Prada creía un genio, y de cuya labor se han ocupado ya, entre otros críticos de América y Europa, Gonzalo Zaldumbide, Blanco Fombona y el escritor norteamericano Goldberg en su libro en inglés sobre Rubén Darío, Amado Nervo, Santos Chocano, Herrera Reissig y José María Eguren. Junto a Valdelomar surge también Percy Gibson, bello vegetal lírico, en cuya obra se maridan triunfalmente la salud de pan bueno del Arcipreste de Hita y el humorismo inglés de sus ancestros. Tan puros oxígenos, tal sabor terráqueo y sudamericano exhalan sus faenas líricas, que creo hallar en él una dirección paralela a la de Chocano y que la completa y acaso la culmina. Percy Gibson da por sistro lírico la americanidad que Chocano da por trompa épica. Ernesto More trajo luego un libro *Hesperos*, que por su altísimo tono rapsódico y andino y por su sello de paganía de los griegos representa, con Gibson y Eguren, los tres más grandes poetas de la última generación. Al lado de elos surge Enrique Bustamante Ballivián, raro y señorial aedo, autor de *Arias de silencio*, sutilísimas membranas melodiosas, tañidas como en "bruma y tono menor" septentrionales; Renato Morales de Rivera, bohemio truculento, de escasa producción, aunque cada plumada suya es un mugido de la más pura vibración cardiaca; César Rodríguez, dueño de una técnica segura e irreprochable, en versos de una tersura clásica; Alcides Spelucin, orífice insigne de estrofas y cuentos dignos de una decoración a lo Goncourt; Oscar Imaña, de honda entonación rubendariana; Felipe Alva, valor positivo, abanderado en las primeras filas renovadoras; Luis Berninsone, originalismo apolónida en el verso como en su vida heroica y trashumante; Juan Parra del Riego, crepitante brasero de inquietud y extraño preciosista.

La crónica alcanza en Abraham Valdelomar una altura máxima. Sus greguerías, fuegos fatuos, con alguna influencia en lo espectacular de Wilde y de Lorraine, son estiletes lapidariamente trabajados. Las vernaculares crónicas políticas de José Carlos Mariátegui, las dardeantes a tres filos, de Miguel Angel Urquieta; y las hondas glosas, llenas de generosa agilidad, de Gastón Roger, anuncian el ático apogeo de la crónica moderna en el Perú.

Pero sobre todo, el cuento nacional es cultivado en forma intensa y victoriosa. Abraham Valdelomar se hace un maestro en el

género. Da dos libros de cuentos, *El caballero Carmelo* y *Los hijos del Sol*, volumen éste del cual Clemente Palma ha dicho haber leído con la misma emoción que *Los Lusiadas*. Augusto Aguirre Morales le disputa ese primer puesto de cuentista incaico, con su notable libro *La justicia de Huaina Cápac*. José Eulogio Garrido forma, con Valdelomar y Aguirre Morales, el triángulo en tales narraciones; tal lo dice su libro *Las sierras*, colección de admirables ambientes de las punas.

En el ensayo aparecen dos grandes prosadores, los más altos de la generación: Federico More y Antenor Orrego, autores de *Deberes del Perú, Chile y Bolivia ante el problema del Pacífico* y de *Notas marginales*, respectivamente. Vienen, en segundo lugar, los panfletarios Alberto Hidalgo y Luis Velasco Aragón. Luego el sobrio y sesudo comentarista Federico Esquerre; los notables críticos literarios Luis Alberto Sánchez y Raúl Porras Barrenechea.

En el teatro descuellan, dentro de la incipiencia de la escena peruana, Ladislao Meza, Luis Góngora, Gastón Roger, Julio Hernández, Felipe Rotalde.

En la novela, un solo novelista, el mejor, el único: José Félix de la Puente, que el año pasado fuera laureado con el segundo premio en el concurso de novelas americanas de la Editorial Franco-Ibero-Americana de París.

Mozos de rebeldía como Félix del Valle, Pablo Abril de Vivero, Daniel Ruzo, Alberto Guillén, Juan Espejo, Francisco Sandoval, Juan Lora, Federico Bolaños, Magda Portal, José Chioino, Eloi Espinoza, valen un millón de promesas lauriníferas.

Abraham Valdelomar murió en 1919, cuando empezaba aún a esbozar, al decir del gran lírida mexicano Enrique González Martínez, los arrestos de un genio. Pero aquella juventud, que el inolvidable artista juntó en solitario haz batallador, marchará adelante. No es imposible que, pronto, muchos de los nombres que he citado se hagan nombres intercontinentales.

LA DEFENSA DE LA VIDA

CESAR VALLEJO

Yo no puedo consentir que la *Sinfonía Pastoral* valga más que mi pequeño sobrino de 5 años llamado Helí. Yo no puedo tolerar que *Los hermanos Karamazov* valgan más que el portero de mi casa, viejo, pobre y bruto. Yo no puede tolerar que los arlequines de Picasso valgan más que el dedo meñique del más malvado de los criminales de la tierra. Antes que el arte, la vida. Esto debe repetirse hoy mejor que jamás, hoy que los escritores, músicos y pintores se las arreglan para evadir la vida a todo trance. Conozco a más de un poeta moderno que suele encerrarse en su gabinete y sacar de allí versos desconcertantes de ingeniosidad, ritmos habilísimos, frases en que la fantasía llega a espasmos formidables. ¿Su vida? La vida de este poeta se reduce a dormir hasta las dos de la tarde; levantarse, sin la menor preocupación, o, a lo más, bostezando de tranquilidad y aburrimiento y ponerse a almorzar con buenos cigarros hasta las 4 de la tarde; leer luego los periódicos y volver a su cuarto a forjar sus versos ultramodernos, hasta que vuelve a tener hambre a las 8 de la noche. A las 10 de la noche está en un café de artistas, comentando regocijadamente los dichos y hechos de los amigos y colegas y a la una de la mañana torna a su cuarto, a forjar nuevos versos asombrosos, hasta las 6 de la mañana, en que se queda dormido. De una existencia tal sale, como he dicho, una obra plena de imaginación, rebosante de técnica, deslumbrante de metáforas e imágenes. Pero de esa misma suerte de existencia no sale más; de allí no puede salir más que una gran técnica en el verso y una suma y sutil habilidad de composición. En cuanto a contenido vital, nada.

En estos poetas burgueses, que viven a sueldo de gobierno o con pensión de familia, sobrevive la tara lacaya y sensual de los peores tiempos cortesanos. Ni un adarme de inquietud humana, fuera de su preocupación malabarística. Ni un átomo de zozobra sincera, de miedo a las disyuntivas eternas de las cosas o al hambre y el infortunio personal siquiera. Con dinero suficiente para subsistir mediocramente, carecen hasta de ansias circunstanciales, como la de comer y beber mejor. Estos artistas andan por el medio de las cosas, como diría Giraudoux. No van por la acera derecha por pereza de buscarse un contrapeso —instinto o ideal— para la acera izquierda. Y viceversa. Espíritus tranquilos, completos, equilibrados, prudentes, cobardemente dichosos. Ni se rompen un brazo en un tren, ni almuerzan demasiado nunca. No deben ni dan prestado. No sudan ni lloran. No se embriagan de alcohol ni pasan un insomnio. Orgánicamente ecuánimes, constituyen la imagen más pura de la muerte.

Su vocación artística es más bien esclavitud y servidumbre. Un día le dijeron a uno de ellos lo siguiente:

—En un incendio se presenta un dilema: cortar la mano a un bombero para salvar un Greco, o dejar intacta esa mano y perder esta tela entre las llamas, ¿qué prefiere usted, la mano del hombre o la obra del hombre?...

—¡Que le corten la mano al bombero en buena hora y sálvese el cuadro! —respondió sordamente el artista imaginativo, el maravilloso hacedor de imágenes, el técnico perfecto.

Estos artistas pretenden estafar a la vida. No lo lograrán.

LOS CREADORES DE LA PINTURA INDOAMERICANA

CESAR VALLEJO

París — 1929.

Citemos una frase de Cocteau, que no es un gran poeta ni un hombre honrado, pero que formula, a veces, muy raras, juicios exactos, de una palmaria y sensata exactitud. Cocteau no emociona con versos ni con actos. Cocteau, como diestro albañil en piedra, dispone en ocasiones del codo y de la muñeca certeramente y sabe encajar bien en el aire, tales o cuales ideas hechas, que yacen o ruedan por el suelo, silvestres huevos de la sensibilidad media. "Desconfiad —dice Cocteau— de los poetas que obtienen demasiado pronto el sufragio de la juventud. Nada se desvanece tan rápidamente, como un éxito improvisado, así sea de buena ley". También Radiguet, por su parte, dudaba y hasta negaba en los "niños prodigios", la existencia de un espíritu verdaderamente creador. Lo demás son cuentos de kindergarten para estimular la moral y la imaginación de los niños de ambos sexos.

En América deberíase evitar, más que en parte alguna, la superchería de los "niños prodigios" y de las obras de fulminante ejecutoria. Los indo-americanos somos ya, por índole y por naturaleza telúrica, precoces. Estimular, con el mito de los "niños prodigios", nuestra precocidad y la falencia temprana de nuestra vida, es peligroso y hasta funesto. A los treinta años, hemos dado ya toda nuestra sangre, en arte, en vida, en novelería. "Si pasa usted los treinta años —me decía un inteligente amigo peruano— con toda felicidad,

es decir, sin perder ni mancillar su austeridad espiritual y su fe creadora, está usted salvado. Temo que a los treinta años, cuelgue la lira y aterrice". Hasta los treinta años creemos, amamos, odiamos, reímos eclusivamente y lloramos exclusivamente. Después, se llora riendo y se ríe llorando. Viene el escepticismo total o parcial, refugiando, en este último caso, nuestra fe vital, en el jamón superior y en el queso de vaca. Después, reemplazamos el noble y desinteresado espíritu de la primera juventud, por un práctico y bovino sentido común. En contados casos sobreviene el suicidio, la locura, un vicio socorredor o una estática borrachera de desesperación. Nos volvemos pesimistas estériles, ciudadanos malvados, corazones dispépticos o riñones diputados. Los indo-americanos, en general, somos inteligentes, entusiastas, generosos, rebeldes y revolucionarios, hasta los treinta años. Se viaja, se sufre, se aventura, se lucha y se vive para la humanidad. Pero, a partir de esa edad, claudicamos y nos retractamos, tratando solamente de subsistir para nosotros, nuestra esposa y nuestros hijos. Perdemos toda vocación grande, reemplazándola con menores apetitos. Perdemos el instinto creador del hombre, reemplazándolo, en el más inocente de los casos, por el rol convencional del marido y, a menudo, por un "tic" social cualquiera, como el de médico, sub-prefecto, persona decente, dandy o drogómano. El poeta, llegado a genio a los veinte y cinco años, —¡oh Cocteau! ¡oh Radiguet!— advierte de pronto que no le queda ya nada que hacer, puesto que lo ha hecho todo. Con el pintor, el músico y el escultor, ocurre lo mismo. El fuego se les acaba por causas simultáneas: por agotamiento biológico interno y —tal es el escollo que hay que evitar en América— por que la atmósfera se vuelve húmeda, a causa de la mucha tinta del elogio en linotipo.

Macedonio de la Torre ha pasado los treinta años con felicidad. No ha figurado como "niño prodigio" ni se ha encendido ante su obra súbitas y universales admiraciones. El grueso público ha permanecido y permanece ante su pintura, indiferente y aún ignorante de ella. Y él —después del terrible peligro de coartada de los treinta años— ha seguido y sigue trabajando y creyendo, amando y odiando, con creciente llamarada creadora. No se ha apurado ni quiere improvisarse. No busca embaucar ni embaucarse a sí mismo. Detes-

ta, como Lenin, las exportaciones e importaciones con intermediarios: prensa complaciente, amables amigos o trucos demagógicos y condescendencias de técnicas. Durante los cuatro años que lleva en Europa, no ha querido volver victorioso al terruño, a la manera *standar* de otros jóvenes de América, sino que se ha quedado en medio del mundo a estudiar, a meditar y a producir, a la manera de los hombres honrados y de los artistas auténticos. A ningún salón ha ido. A ninguna redacción de periólico. A ninguna tertulia de complicidad gremial. A ningún expediente clandestino del oficio. Cezanne, con ser Cezanne, aún a los treinta años se dolía hombremente (otra cosa es decir humanamente) de haber visto rechazado del Salón dos de sus mejores cuadros de todos los tiempos: "Aprésmidí a Naples" y "Femme á la puce". Su dolor digno, su cólera digna, no pudo ser ahogada y se tradujo en una célebre epístola de protesta al Director de Bellas Artes. Macedonio de la Torre es más tranquilo y más seguro de sí mismo y ni siquiera envía nada al Salón de Otoño, ni al Nacional ni al de los Independientes ni al de Invierno. Reconcentrado, sumido en una profunda y entrañable introspección estética y practicando la más austera disciplina moral en su vida de artista y de hombre, prepara en estos momentos una obra verdaderamente grande y pura.

Habituados en América a los "niños prodigios" y a los "prestigios improvisados y rápidos", ya no se cree en los espíritus serios y reposados, enemigos del relumbrón espectacular y de la cucaña de plazuela. Ciertamente que se necesita una fortaleza moral extraordinaria y una poderosa seguridad en sí mismo, para resistir a las tentaciones de la rutina distrital y para defender, contra la corriente, el ritmo natural y el sano proceso creador de nuestro espíritu. No comprenderán nada de esto ciertas gusaneras de mozos arribistas de América. Esos mozos de hiperbólicos comienzos y de tristes remates. Sigan ellos gritando sus gritos provisorios e inoperantes. Hay mutismos —como el de las grandes rocas eternas de los Andes— cuya trascendencia sonora y fecunda sólo oyen y sienten los linderos lejanos de la historia...

Sin embargo, Macedonio de la Torre —con sólo haber enviado este año, por esfuerzos de sus amigos, un cuadro al Salón de Oto-

ño— ha suscitado en la alta crítica francesa debates dignos de un renovador de la pintura. La crítica de París no le ha elogiado como se elogia a cualquiera, sino que le ha elogiado discutiéndolo, que es el verdadero modo de elogiar a un creador. "Conviene —dice a su propósito *La Revue Moderne*—, señalar a este excelente artista los peligros de la vida que sigue. El artista no logrará realizar obra de arte digna de perdurar, si por caracterizar en una forma elíptica o abreviada su pensamiento y emoción, descuida el sabor de la realidad". En cambio, *L'Art Vivant* opina que "su paisaje de Vanves está en los límites de una sana fórmula artística" y que "este logro del espíritu de equilibrio casi clásico del arte, no es en Macedonio de la Torre un hecho aislado y fortuito, sino que es una característica dominante de todos sus lienzos" Etc.

Todo esto demuestra que Macedonio de la Torre es dueño soberano de una estética realmente original y grande.

MOTIVOS ESTETICOS

JOSE MARIA EGUREN (1874 - 1942)

La belleza es indefinible. Podría ser la santidad objetiva de los ojos, el éxtasis del movimiento. Una pluralidad armónica como el gusto, daría tantas bellezas como gustos diferentes. Los nórdicos adoran sus vírgenes de nieve y los africanos sus ángeles negros. Como atrayente de amor, con sus líneas gráciles y sus colores activos, la belleza sería principio de vida, la verdad de la vida, y lo que se apartara de ella, negación y muerte. La belleza podría demostrarse por sí misma, por el sentimiento en comprensión universal y tácita. El arte es el instrumento para exteriorizarla. El genio la crea en el arte, y la primera causa, Dios, en la Naturaleza. Descorrido apenas el velo misterioso del tiempo, la belleza se nos revela en la música que viene del infinito; porque siempre es lejana y de luz antigua. La sentimos cuando ha pasado; es el arte que más sugiere, indeterminado y trémulo. Siempre mañanera, en actitud de nacer, la música es el lloro y la risa, expresión directa de la sensibilidad; más que creación parece expansión; es como el sueño: consonancia velada de la vida. La belleza es de recuerdo. Tiene en su gama la ternura y el espanto, las pasiones de la Naturaleza: las tempestades y las obscuras calmas. La música moderna tiende a lo universal; es un timbre de timbres, una orquesta de orquestas. Falla sube sus campanas a una altura de alturas; Debussy colorea los colores. Varias canciones forman al unísono una canción suprema. Sincronismo de semejanzas y sugerencias. Oí una noche en una velada amiga una discusión de amor. Varias voces decían a un tiem-

po diferentes motivos, las frases de la emoción iban al vuelo como los finales de una sinfonía adorable. Era la música del pensamiento. De parecido modo vibran en la noche las melodías glorietales y el canto del ensueño. La noche responde la pregunta silenciosa; cada ser revela parte de su secreto melodial. La música es anunciadora; será siempre el preludio de un arcano hermoso. La belleza inmanente es inasequible, pertenece a un plano innatural. La belleza pura excede a nuestros sentidos, de presentarse a ellos los apagaría. Una finura intensa de color y de líneas sería venenosa; un amor absoluto quemaría el espíritu de la Tierra. El principio de la belleza es de simpatía, mora a la vez en el objeto y el sujeto sensible; dos movimientos integrales y un solo amor. La mayor belleza sería un movimiento de infinitos espacios, un todo armónico de desarmonía. La explicación de la belleza viene del sentimiento y el buen gusto que carecen de normas. Una faz que en los siglos ha parecido hermosa, sufrirá diferentes apreciaciones pero sólo por excepción se le acusará de fealdad. El buen gusto no se puede precisar; pero sentimos gravitar una fuerza selectiva, que tiene probablemente sus leyes y que se impone en el tiempo. Como sabemos, la belleza se expresa por el arte que es su figuración o reflejo. El hombre no llega a crear, sólo compone e inventa. El arte es solamente una metáfora y al artista se le llama creador por semejanza. El conjunto creciente de todas las artes, en una gran metáfora sería el espejo mágico del espíritu. La música es un presentimiento, la poesía una determinación; las manifestaciones de ésta parecen explicativas pero de haber comparación entre las artes, sería la primera; pues una pintura o melopeya sin poesía es un signo muerto. El niño desde la cuna sonríe a la bondad y a la gracia; notas de belleza. Después escucha el canto, corre a su primer paisaje; vienen los años y su belleza es amor. Siempre recordará su canto, su paisaje y sus rojos claveles; vuela el tiempo, se va apagando la lámpara y los ojos se velan. De tarde en tarde vuelve la lejana aurora que creíamos muerta; un sueño infantil de átona dulzura o un rostro tenue nos encantan. He visto en una sala marina, bajo el mismo pórtico, con igual sombra azul, la cara en blanco y cielo que soñé antaño. Toda belleza tiene un raro poder, causaría temor como todo lo que parece superar las leyes naturales; mas el temor pertenece al campo de lo sublime. La

belleza debe ser suave, pues es un movimiento inicial de simpatía. Es difícil distinguir lo bello de lo sublime; el bambú susurrante de la serpiente harmoniosa. La belleza es lo bueno como principio puro; es la armonía del misterio; sin éste se borra en un compás monótono, en la nada. Las bellezas naturales son arcanas; huyen de los sentidos, laten en un continuo despertar; principio de la vida, tienen algo de infantil y femenino. La hermosura del hombre tiende a lo sublime, a la fuerza elemental; la de la mujer a la sensualidad, al ideal; por su finura se remonta al punto más alto como la libélula. La clasificación de la belleza sería interminable; existen características generales, afinidades entre la mujer y ciertas plantas y gemas; esquemas raros que se tocan. Las especies espirituales son imperceptibles e innúmeras. Como hay familias y generaciones atávicas de una pasión dominante, así hay especies de belleza que corren una misma línea; un mismo amor las modela y precisa y se plasman en símbolos vivientes. La belleza es una síntesis; ya sea la canción simétrica de los melodistas o las vagancias mañaneras de Debussy: *La fille au cheveaux de lin* o el *Scherzo* de Prokofieff. Lo bueno requiere un juicio; es par y consonante; lo bello es una harmonía ascendente, abierta a disonancias. La pintura es la más objetiva de las artes. Picasso, de Chirico, varios surrealistas, la afirman arte propio del hombre, que no imita el objetivo circundante, campo de la fotografía. La Naturaleza es bella en cuanto es dinámica. Volidora e inmanente crea estados de alma y múltiples sugerencias. En el sueño de la mañana el canto del ave gris parece que abriera una puerta mágica. La belleza de amor es el gran mito, el primer colos, la primera luz, el acento que ha dictado el poema del universo inefable. Despierta en la mañana de las rosas y aletea en los ojos de la rubia que enciende las lámparas de la tarde. La pasión en los ojos; hay un tremor azul en todas las distancias; un idioma no inventado y presentido que cantará ternura en vez de otras canciones. El conocimiento de la belleza es la sabiduría, la máxima penetración, el *élan* de un nuevo plano sensorial, la isla del poder y de la bondad creadora. El enigma; los insectos de la noche coloridos e invisibles para el hombre indican un mundo ignorado y sensible. Hay rostros de mujeres que parecen surgidos de esta tiniebla mística. Desde Botticelli hasta Ernst vibra la gloria de los ojos infantiles de la som-

bra. No es la penumbra espiritada que oculta el mito de las cien facciones, es la belleza femenina que triunfa de la noche, el apocalipsis de las flores y de las vírgenes. El amor elige a la mujer, la corona de ensueños magos, le pinta la frente y las pupilas de esperanza. La belleza natural y la artística corren paralelas. La naturaleza supera al arte en extensión, luz y perfume. Nunca se logrará pintar el mar perfecto; pero el arte es el alma misma del hombre. El ocultismo de la Naturaleza se adivina con lentitud prolija. Debussy en la música, Proust y los novelistas de vanguardia plasman la sucesión de los momentos vitales. Es un avance; Soupault mezcla las almas con los colores nocturnos como en una pintura; Breton crea su adorable Nadja, flor de la calle y de la locura; Valéry Larbaud, su Fermina deliciosa. De un lado el arte viejo, la actividad de genios que levantaron la casa del pasado y estilizaron el pensamiento y la sombra. Los imagineros, los góticos de Botticelli, los renacentistas; Rafael con sus beldades italianas, Moreau de verdes orientales. De otro lado, arte de juventud que va con sus aviones a la ciudad nocturna de los fanales. Son bellas las horas de la libélula que gira en un triunfo de jardines y colores; vive y muere en el viento con hilos de Eros y la ronda breve de la pavonia que se quema en su ideal ardiente. Son bellos como sentimiento la ternura caritativa y el heroísmo oculto. Es interminable la belleza con las etapas de su camino siempre ignotas. La emoción que de ella viene es una viva sorpresa, un relámpago verde como una nueva aurora; después un recuerdo musical, gentil soplo de ensueño. Desde la curva del camino se escalonan los mirajes rosados, las colinas canoras, las lontananzas florecidas. Cae la noche, se encienden luces de ágata y vuelan sombras bosquecinas; a lo lejos tiemblan las lagunas a donde bajan los luceros; duerme la quinta de terciopelo, rumorosa cintila la mansión de las magas y en la ribera mece el mar sus fantasmas espumosos. La belleza es de origen divino; los griegos la adoraron: Ruskin hizo de ella su religión. El amor es la cumbre de la belleza y la primera virtud. Es espontáneo; ni la inteligencia, ni la voluntad lo adquieren, suele ponerse en fuga con la suavidad que ha traído, nos rinde como el sueño. El principio del amor es una nota de dulzura, algo imperceptible por su tenuidad; nace en lo íntimo del ser, en el corazón y vibra en toda la Natu-

raleza. Lo hallamos en las falenas de la tarde y en las barcarolas liliputienses de las ribas, en las barandas alegres como avenidas donde juegan los insectos, en las falasias de luciérnagas titilantes y en las sonatas de los cuentos de niños. Está en el corazón y sube la escala de la verdad como un perfume. La belleza es la *berceuse* de la vida, la emanación de un plano superior, de un cielo; es el principio novador de la existencia, una afirmación y una esperanza. Por la carrera de los años se descubren tonos prístinos en las rosas de los sueños y en las umbelas melodiosas, en los kioskos celestes y en las miniaturas de la noche. Hay bellezas que parecen hostiles, inadaptables en este mundo dual de fuerzas encontradas; en este dos terrible de amor y muerte. En la espantable ronda de las almas negras y de las horas vulgares, en el pórtico neblinoso de la retirada, vibra un canto de gracias por la primavera de las flores y la balada del recuerdo, por la belleza del amor, única razón de la vida.

EL NUEVO ANHELO

JOSE MARIA EGUREN

Modernismo en el arte significa tendencia actual. Todas las épocas han valido su modernismo, ínfimo o supremo, ha sido el arte único de cada una de ellas. Lo que se llama hoy la vanguardia es nuestro modernismo, nuestro arte. En el arte hay obras admirables de nuestra veneración sentimental; pero, aunque las consideremos producto del genio no las sentimos como las actuales que son nuestra vida objetivada. Cervantes fue el vanguardista de su tiempo, rompió los moldes rígidos seudo latinos, la escritura grave, y plasmó un arte humanamente risueño, juzgado inferior por sus coetáneos. Combatió el pasadismo de su tiempo, los libros de caballería, a pesar de sus valencias; pues cuando escribió Cervantes no se vivía la caballería. En los tiempos homéridas, una lanzada era para los aqueos una belleza real; hoy es para nosotros un horror. Comparar el arte antiguo con el contemporáneo es una llaneza. No protendemos que como calidad esencial sea el de nuestros días superior. El avance artístico lo alcanza el genio; y sería vano creer, que en nuestros contados días hayan surgido genios, en igual número que los nacidos en varios siglos. Son muy raros los genios y hay largos desiertos en la Historia del Arte sin que uno de ellos asome. Pero si ha habido tiempos en que el arte ha sido superior al actual, para nosotros, para nuestros anhelos espiriuales, no puede serlo integralmente. El arte de hoy es sintético, pues nos faltan horas para entretenernos en narrativas prolongadas; deseamos la concisión. Y esto se comprende, pues un artista cuenta en su vida breves mo-

mentos emocionales intensos, y estos son únicamente los que merecen la obra de arte. Como no se encuentra dos hojas iguales, no es posible hallar dos almas idénticas, y esta distinción de las almas por ínfima que sea, exteriorizada en arte, es el único valor inmortal. El arte es comunicativo y en este sentido es sociológico, aunque por esencia es aristocrático.

En el paseo de la playa hallamos ensenadas hermosas y es nuestro deseo volver con los amigos para mostrarles nuestro feliz descubrimiento; tal acontece con el acierto de arte que es una ventana abierta al infinito bello. El modernismo, además de la síntesis tiene la característica de ser obra directa del hombre. Podemos encontrar en la vereda un cuadro poético que nos enternezca; pero éste, asequible a la fotografía, no es el arte. Pero, aunque recorramos el orbe entero, no nos dará la Naturaleza un Partenón por ser arte propio del hombre, como lo es modestamente un quitasol. Un valor vanguardista llegaría a significar una síntesis de síntesis, libertad de libertades... Pero dichas estas condiciones, precisa puntualizarlas. La síntesis comprendida por Cocteau, en su estudio sobre Picasso, no representa el objeto, sino la impresión que produce. Appia en vez de pintar un ciprés, pinta la sombra de este árbol más lóbrega y mortal que el árbol mismo. Lipschitz, traza el dibujo de una tumba que no es tumba, con unos ojos que no son ojos y el aspecto de una tumba que nos mira. El cubismo es también una manifestación del modernismo. Lo hallamos espontáneamente en la Naturaleza, en pedernales y en el paisaje de las nieves. Pero algunos cubistas lo exhibieron como arte absoluto y le restaron simpatías. En la música, el vanguardismo no presenta fuera del cuarto de tono, rasgos definitivos. Diremos que hay compositores como Debussy y Milhaud, que a diferencia de los clásicos modulan un pensamiento en cada frase musical. De aquí que sus motivos sean una pedrería de pensamientos sensibles, que por su número dificultan el recuerdo. Pero dan a una pieza de cortas dimensiones el valor de una extensa. Algo semejante se verifica en los versos vanguardistas. Un pensamiento estético en cada línea; lo que parece un distintivo de nuestra época, una sucesión de síntesis en el tiempo. Marcel Proust ha exteriorizado los momentos del hombre y de las cosas, ha

precindido del argumento, del episodio y la anécdota, para plasmar la vida auténtica, que es rítmica como el latido, y que, mentalmente, es un diorama de sensaciones y pensamientos, o banalidades inconscientes. La penúltima evolución ha sido el surrealismo, considerado como un realismo de realismo. Los prosélitos de esta tendencia viendo mixtificada la realidad por atavismos o falsos rumbos, proponen la verdadera realidad poética, y buscan en la vida tipos como la Nadja de Breton, tan transitoria que si no la hubiera descubierto dicho escritor, nada conoceríamos de la deliciosa niña. Pero si en la realidad se descubren bellezas que parecen soñadas, ante todo el surrealismo es una realidad de sueños. Si hoy esta tendencia es considerada como pasadista, no se descubre otra llamada a sucederle. La innovación técnica es del dominio de la ciencia más que del arte. Por esos los innovadores de la forma han sido muchas veces medianos poetas. Esto es positivo, en cuanto a la técnica se refiere, pero no a las innovaciones de fondo privativas del genio. Para conocer los avances europeos ncesitamos el impreso que la mayoría de las veces nos dice lo que se ha vivido en Europa o ha gravitado en el ambiente. Sabemos del teatro ruso constructivista, la evolución del ballet; una escenografía multicolora, nuevos estados cómicos y dramáticos. El cinema que podría significar un autorretrato de la naturaleza. Evoluciones paralelas. El creacionismo en que figuran Max Ernst, Dalí y otros. El expresionismo alemán afirmativo de la expresión: *Toda expresión es un valor de arte*. En Alemania hay otras escuelas intensas, como rumbos musicales quintaesenciados, matices de tono que lo serían de alma. La historia del arte nunca ha tenido igual riqueza innovativa. Vemos surgir un arte americano que llamaríamos *Novismo* simplemente, pues en todo tiempo ha sido modernista, quien aporta algo nuevo en sentimiento y belleza.

EL AEROPLANO RELATIVISTA

OSCAR MIRO QUESADA DE LA GUERRA
(Seud. *RACSO*, 1884 - 1981)

Aeropuerto francés de Orly. Parte el aeroplano a las 12 del día. Cuatro horas de vuelo. Aterrizaje en Shannon, Irlanda. A las 5 de la tarde de nuevo en el espacio. Once horas en el avión y llegamos a Terranova. En mi reloj son las 4 de la madrugada: en los de Terranova sólo la 1 y 30.

¿Qué hora es?. ¿Cuál es la verdadera hora? Las hélices del aeroplano runrunean palabras con monótono ruido metálico. Y dicen:

—No te asombres viajero, en Nueva York, habrá mayor diferencia entre tu reloj y los de esa ciudad.

—Pero ¿A qué hora me atengo? Porque debe haber una hora verdadera: la hora.

—La hora no existe, sólo existen las horas, responde el aeroplano, con las lenguas giratorias de sus hélices. En cuanto a la hora verdadera todas lo son y ninguna lo es.

—No entiendo. ¿Cómo pueden ser verdaderas todas las horas y no ser ninguna verdadera?

—Muy sencillo: la verdad del tiempo es relativa, sólo cierta para el sistema de referencia a que pertenece, pues deja de ser verdad cuando la trasladamos a otro sistema de referencia que no es el suyo.

—Sigo sin entender.

—Escucha. La hora de París, que has conservado en tu reloj es una hora local, que depende del instante en que el sol pasa por el meridiano de esa ciudad, o del momento en que determinada estrella culmina en ese meridiano, en la noche, si se elige el sistema horario sideral. En el primer caso la hora básica es el medio día; en el segundo, la media noche. Dividiendo en 24 partes iguales el tiempo que tarde el sol en volver a pasar el meridiano, o la estrella en culminar, tenemos las 24 horas del día. Pero estas horas sólo son para París, sólo rigen en esa ciudad, dentro de su sistema de referencia particular; más pierden todo significado y todo imperio cuando se pretende darles vigencia en otra parte de la tierra, alejada al Este o al Oeste de París; porque la hora sólo es verdadera para un sistema de referencia, y no existe una hora en sí, valedera en todas las partes del globo. La hora está adherida a su sistema de referencia, como la tortuga a su concha, y muere en cuanto se le separa de su patria original, como muere la tortuga si se le arranca su caparazón indispensable. Por eso tu hora de París perdió toda eficacia al convertirte en pasajero mío que vuelo del Este al Oeste.

—Y, ¿qué valor tiene esa hora?

—Absoluto.

—¿No me has dicho que su valor es relativo?

—En efecto.

—De nuevo no entiendo.

—La hora es absoluta y relativa a la vez. Es absoluta, porque en el sistema de referencia que le es propio, rige con validez completa, absoluta, única, pues no puede haber otra hora que la local; pero ese valor absoluto de la hora sólo es verdadero dentro de su sistema de referencia, sólo es cierto para un punto determinado de la tierra, de modo que resulta un valor absoluto limitado con relación al espacio. La hora es absoluta en su función pero es relativa en su extensión.

—La hora es complicada. No hay la hora sino las horas, y cada hora es un absoluto relativo.

—Así es, y en esta aparente paradoja reside el núcleo de la teoría de la relatividad. No hay hora sino horas, no hay arriba y abajo sino arribas y abajos, no hay izquierda ni derecha, sino izquierdas y derechas, existiendo cada una de estas posiciones sólo con respecto al sistema de referencia escogido para determinarlas. Para la mayoría de las gentes arriba es arriba, una situación definitiva, invariable y valedera para todos los seres humanos. La convicción del valor absoluto de esa posición era tan arraigada y profunda, que hubo un gran filósofo que negó la existencia de las antípodas, porque de existir sus habitantes estarían cabeza abajo. Pero las antípodas, existen y sus habitantes no están cabeza abajo, sino con la cabeza hacia arriba, porque allí, como acá, arriba no es sino la dirección opuesta al centro de la Tierra, contraria a los pies del hombre que se para sobre el suelo. En este caso el sistema de referencia de arriba y de abajo, es el suelo, y cuantos lo pisan se hallan en posición normal, estén en el lugar del globo en que se encuentren.

E igual acontece con la derecha y con la izquierda. ¿A la derecha con respecto a qué? Dos personas colocadas frente a frente, tienen invertidas las posiciones respectivamente, lo que para una de ellas queda a su derecha, para la otra queda a su izquierda, porque cada una toma a su propio cuerpo como sistema de referencia, resultando en este caso dos sistemas de referencias contradictorios.

—Pero, entonces no hay nada fijo, nada definitivo, permanente, ni absoluto en el mundo, y el fondo de la vida sería contradictorio y absurdo.

—!Quizás! Así piensan los existencialistas. Pero nuestro punto de vista es otro. La teoría de la relatividad no dice que no hay nada absoluto, sino que una serie de cosas que los antiguos tenían por absolutas, como el tiempo y el espacio, la hora y la posición, son relativas y dependen del sistema de referencia de la persona que los los mide. Pero hay ciertas cosas que no dependen del sistema de referencia del observador, como por ejemplo lo que Einstein llama el "intervalo". En este sentido se puede decir que la teoría de la relatividad también reconoce sus absolutos. Pero lo interesante de la

teoría de la relatividad, además de su puro interés científico, es que nos enseña a desconfiar del mero sentido común y de los conceptos tradicionales. Nos hace ver que buscar ciegamente absolutos indudables, empecinarse en verdades aceptadas únicamente por el prestigio de los maestros y por nuestra inercia mental impide el verdadero progreso del espíritu. Es preciso que nos resignemos a convivir con verdades relativas pues sólo ellas conducen al conocimiento por la ruta de la realidad. La ciencia es grande porque los sabios son modestos, porque saben que sus verdades, aún las que ellos creen absolutas, podrán algún día ser superadas. Cuando la suma de las experiencias científicas aumenta, cuando la masa de los conocimientos crece, la antigua teoría pierde gran parte de su valor, y rompiendo sus viejos moldes ya estrechos, abarca en su extensión amplificada nuevos horizontes, como la crisálida deja el capullo original, y destruyendo la cárcel que la aprisionaba vuela convertida en mariposa hacia la pura claridad de los cielos.

La verdad de la ciencia es modesta, provisional y progresiva; la verdad de la filosofía es orgullosa, definitiva y estática, la primera es un vuelo, la segunda una prisión.

Pero ya hemos llegado. Miro los rascacielos de gigantes de acero que exploran las alturas para estrechar la mano de Dios.

Muy larga había sido la noche. Volábamos huyendo de la aurora, pero la aurora nos alcanzó. Amanecía; el Sol bola de fuego roja doraba el horizonte en el Este. Desaparecieron las estrellas, la Luna se puso tan pálida que ya no se le pudo ver.

¡Nueva York!

¿UN CHAMPANCITO, HERMANITO?

MARIO VARGAS LLOSA

Huachafería es un peruanismo que los vocabularios empobrecen describiéndolo como sinónimo de cursi. En verdad, es algo más sutil y complejo, una de las contribuciones del Perú a la experiencia universal; quien la desdeña o malentiende, queda confundido respecto a lo que es este país, a la psicología y cultura de un sector importante, acaso mayoritario, de los peruanos. Porque la huachafería es una visión del mundo a la vez que una estética, una manera de sentir, pensar, gozar, expresarse y juzgar a los demás.

La cursilería es la distorsión del gusto. Una persona es cursi cuando imita algo —el refinamiento, la elegancia— que no logra alcanzar, y, en su empeño, rebaja y caricaturiza los modelos estéticos. La huachafería no pervierte ningún modelo porque es un modelo en sí misma; no desnaturaliza patrones estéticos sino, más bien, los implanta, y es, no la réplica ridícula de la elegancia y el refinamiento, sino una forma propia y distinta —peruana— de ser refinado y elegante.

En vez de intentar una definición de huachafería —cota de malla conceptual que, inevitablemente, dejaría escapar por sus rendijas innumerables ingredientes de ese ser diseminado y protoplasmático— vale la pena mostrar, con algunos ejemplos, lo vasta y escurridiza que es, la multitud de campos en que se manifiesta y a los que marca.

Hay una huachafería aristocrática y otra proletaria pero es probablemente en la clase media donde ella reina y truena. A condición de no salir de la ciudad, está por todas partes. En el campo, en cambio, es inexistente. Un campesino no es jamás huachafo, a no ser que haya tenido una prolongada experiencia citadina. Además de urbana, es antiracionalista y sentimental. La comunicación huachafa entre el hombre y el mundo pasa por las emociones y los sentidos antes que por la razón; las ideas son para ella decorativas y prescindibles, un estorbo a la libre efusión del sentimiento. El vals criollo es la expresión por excelencia de la huachafería en el ámbito musical, a tal extremo que se puede formular una ley sin excepciones: para ser bueno, un vals peruano no debe ser huachafo. Todos nuestros grandes compositores (de Felipe Pinglo a Chabuca Granda) lo intuyeron así y, en las letras de sus canciones, a menudo esotéricas desde el punto de vista intelectual, derrocharon imágenes de inflamado color, sentimentalismo iridiscente, malicia erótica, risueña necrofilia y otros formidables excesos retóricos que contrastaban, casi siempre, con la indigencia de ideas. La huachafería puede ser genial pero es rara vez inteligente; ella es intuitiva, verbosa, formalista, melódica, imaginativa, y, por encima de todo, sensiblera. Una mínima dosis de huachafería es indispensable para entender un vals criollo y disfrutar con él; no pasa lo mismo con el huayno, que pocas veces es huachafo, y, cuando lo es, generalmente es malo.

Pero sería una equivocación deducir de esto que sólo hay huachafos y huachafas en las ciudades de la costa y que las de la sierra están inmunizadas contra la huachafería. El "indigenismo", explotación ornamental, literaria, política e histórica de un Perú prehispánico estereotipado y romántico, es la versión serrana de una huachafería costeña equivalente: el "hispanismo", explotación ornamental, literaria, política e histórica de un Perú hispánico estereotipado y romántico. La fiesta del Inti Raymi, que se resucita anualmente en el Cusco con millares de extras, es una ceremonia intensamente huachafa, ni más ni menos que la Procesión del Señor de los Milagros que amorata Lima (adviértase que adjetivo con huachafería) en el mes de Octubre.

Por su naturaleza, la huachafería está más cerca de ciertos quehaceres y actividades que de otros, pero, en realidad, no hay comportamiento u ocupación que la excluya esencialmente. La oratoria sólo si es huachafa seduce al público nacional. El político que no gesticula, prefiere la línea curva a la recta, abusa de las metáforas y las alegorías y, en vez de hablar, ruje o canta, difícilmente llegará al corazón de sus oyentes. Un "gran orador", en el Perú quiere decir alguien frondoso, florido, teatral y musical. En resumen: un encantador de serpientes. (Uno de los más famosos discursos de Haya de la Torre comenzó así: "En esta plaza, ágora de inolvidables asambleas. . ."). Las ciencias exactas y naturales tienen sólo nerviosos contactos con la huachafería (No se me ocurre cómo se las arreglarían un matemático o un botánico para ser huachafos en su trabajo). La religión, en cambio, se codea con ella todo el tiempo, y hay ciencias con una irresistible predisposición huachafa, como las llamadas —huachafísicamente— ciencias "sociales". ¿Se puede ser "científico social" o "politólogo" sin incurrir en alguna forma de huachafería? Tal vez, pero si así sucede, tenemos la sensación de un escamoteo, como cuando un torero no hace desplantes al toro.

Acaso donde mejor se puede apreciar las infinitas variantes de la huachafería es en la literatura, porque, naturalmente, ella está sobre todo presente en el hablar y el escribir. La exuberancia y el engolamiento no son indispensables para que comparezca. Puede consubstanciarse también, como en la poesía de José María Eguren, con la delicadeza y la sobriedad. (Recuerdo un artículo de Alejandro Romualdo, hace mil años, en que hablaba de las "huachaferías mágicas" de Eguren, poeta que inventó la palabra "calestía' 'y que prefería escribir nez en vez de nariz, porque esta palabra le sonaba fea). Nuestros buenos prosistas suelen ser huachafos, y de maneras muy diferentes. Hay un abismo entre la huachafería castiza, abundante, arcaizante, operática de la prosa de un José de la Riva Agüero, y la sobria huachafería afrancesada, llena de vanguardismos de época, de José Carlos Mariátegui. Y, entre la de ambos y la huachafería cientificista y sensual, atiborrada de neologismos y de efectos oratorios, de Haya de la Torre. Pero, pese a las distancias, en los tres se expresa, muy genuinamente, a través de los resabios, ex-

cesos, tics y manías que singularizan sus respectivos estilos, esa vocación profunda de la idosincracia nacional.

Hay poetas que son huachafos a ratos, como Vallejo, y otros que lo son siempre, como José Santos Chocano, y poetas que no son huachafos cuando escriben poesía y sí cuando escriben prosa, como Martín Adán. Es insólito el caso de prosistas como Julio Ramón Ribeyro, que no es huachafo jamás, lo que tratándose de un escritor peruano resulta una extravagancia. Más frecuente es el caso de aquellos, como Bryce y como yo mismo, en los que, pese a nuestros prejuicios y cobardías contra ella, la huachafería irrumpe siempre en algún momento en lo que escribimos, como un incurable vicio secreto. Ejemplo notable es el de Manuel Scorza en el que hasta las comas y los acentos parecen huachafos.

He aquí algunos ejemplos de huachafería de alta alcurnia: retar a duelo, la afición taurina, tener casa en Miami, el uso de la partícula "de" o la conjunción "y" en el apellido, los anglicismos y creerse blancos. De clase media: ver telenovelas y reproducirlas en la vida real; llevar tallarines en ollas familiares a las playas los días domingos y comérselos entre ola y ola; decir "pienso de que" y meter diminutivos hasta en la sopa ("¿Te tomas un champancito, hermanito?") y tratar de "cholo" (en sentido peyorativo o no) al prójimo. Y proletarias: usar brillantina, mascar chicle, fumar marihuana, bailar rock and roll y ser racista.

Los surrealistas decían que el acto surrealista prototípico era salir a la calle y pegarle un tiro al primer transeúnte. El acto huachafo emblemático es el del boxeador que, por las pantallas de la televisión, saluda a su mamacita que lo está viendo y rezando per su triunfo, o el del suicida frustrado que, al abrir los ojos, pide confesión. Hay una huachafería tierna (la muchacha que se compra un calzoncito rojo, con blondas, para turbar a su novio) y aproximaciones que, por inesperadas, la evocan: los curas marxistas, por ejemplo. La huachafería ofrece una perspectiva desde la cual observar (y organizar) el mundo y la cultura. Argentina y la India (si juzgamos por sus películas) parecen más cerca de ella que Finlandia. Los griegos eran huachafos y los espartanos no; entre las religiones,

el catolicismo se lleva la medalla de oro. El más huachafo de los grandes pintores es Rubens; el siglo más huachafo es el XVIII y, entre los monumentos, nada hay tan huachafo como el Sacre Coeur y el Valle de los Caídos. Hay épocas históricas que parecen construidas por y para ella: el Imperio Bizantino, Luis de Baviera, la Restauración. Hay palabras huachafas: telúrico, prístina, societal, concientizar, mi cielo (dicho a un hombre o a una mujer), devenir en, aperturar, arrebol. Lo que más se parece en el mundo a la huachafería no es la cursilería sino lo que en Venezuela llaman la pava. (Ejemplos de pava que le oí una vez a Salvador Garmendia: una mujer desnuda jugando billar, una cortina de lágrimas; flores de cera y peceras en los salones). Pero la pava tiene una connotación de mal agüero, anuncia desgracias, algo de lo que —afortunadamente— la huachafería está exenta.

¿Debo terminar este artículo con una frase huachafa? He escrito estas modestas líneas sin arrogancia intelectual, sólo con calor humano y sinceridad, pensando en esa maravillosa hechura de Dios, mi congénere: ¡el hombre!

Lima, agosto, 1983

LOS CUENTOS CRIOLLOS

SOFOCLETO, seud. de LUIS FELIPE ANGELL (1926)

Sin referirnos a la política ni a los discursos oficiales, en este país cuando alguien le hace el cuento a otro, la víctima es siempre más tramposa que el cuentista.

Sin embargo, por una especie de ilusión óptica, resulta que en las versiones periodísticas hay siempre una cierta adhesión hacia el estafado, sin tomar en cuenta que si lo han estafado fue precisamente porque él quería estafar a su estafador y que en ese juego reside el éxito del cuentista. En efecto, cuando el cholito inocentón y recién bajado de los cuatro mil metros sobre el nivel del mar se acerca a la *ingenua* señora que acaba de sacar cien o doscientos mil soles del Banco y le pregunta cómo hace para cobrar un entero de la lotería premiado con ochenta millones de soles, la primera idea que cruza por el cerebro de dicha ciudadana consiste en ver cómo hace para cepillarse el "entero" a costa del pobre Mamani que, en la vida real, tiene un prontuario de ochocientas páginas, como "El Quijote" y que, a lo mejor, en su perra vida subió más arriba de Matucana. A partir de esta premisa es que la bienaventurada señora se transfigura en el ratón del gato, porque "el número premiado" se convierte en un elemento hipnótico para ella. Las neuronas se le congregan en un mitin deliberativo cuya única razón de ser consiste en quedarse con la plata del supuesto analfabeto. Y, así, todo elemento lógico pasa a cuarto término frente a las postulaciones inmediatas:

—Mejor será, pues —dice el "incauto"— que yo mismo vaya a cobrar a la Beneficencia, ¿No...?

—¡No, hijo, cómo se te ocurre semejante cosa! —se paralogiza la "víctima" frente a la simple idea de perder la mejor ocasión de su vida—. Más bien, si quieres, yo voy a cobrar por ti, para que no te roben...!

Es decir, para que no lo roben otros, sino ella, que lo vio primero. De allí a darle todo lo que tiene "en garantía" y salir disparada con el número (a cobrarlo), mientras del "recién bajado" no queda ni un átomo en el ambiente, hay, apenas, un paso. Después, lo de siempre: En la Beneficencia le dirán que el número es fraguado y que ella, la que pensaba cepillarse al cholo "ha sido víctima de una estafa". Lo mismo constará en los partes policiales y en las crónicas periodísticas, donde sólo constará el nombre y la descripción de un "choro", cuando la verdad es que en todo "cuento" los pulitones son dos. Hace años, cuando solía tirarme la vaca por las tardes y dar rienda suelta a mi inspiración poética recorriendo al tun-tun el Parque de la Reserva, vi un encuentro sensacional entre dos lobas de primera categoría que, por lo visto no se conocían el uno al otro porque ambos evidenciaban tener una pobrísima opinión de su interlocutor. Era un crolo que tenía una maquinita para hacer billetes de cinco libras y que pretendía vendérsela a un choliberto por cuyo bolsillo de la camisa pintaba un grueso paco de billetes. El grone dominaba la singüeso y explicaba con qué facilidad podía uno hacerse rico metiendo papeles en blanco por un lado de la máquina y sacando billetes de a cincuenta por el otro.

—A ver —le dijo al choliberto— apruebe uté, mi amigo... aquí tiene dié papele en blanco... agárrelo con toda confianza, mi etimado, y vaya metiéndolo todo por ete ladito e acá... pedo, eso sí, poniendo una mano de oto lado, pada que vaya decibiendo la plata confome salga...

—Pondré, pues —dijo el chontril, recibiendo los papeles e introduciendo, en efecto, el primero de ellos por donde le señalaba el crolo. Luego dio vuelta a la manija y sacó un billete de a cincuenta soles, entre la admiración de los presentes y la expresión de inge-

niero del cutato, quien animaba a su punto para continuar el experimento.

El cholo sacó otro billete. Y otro. Y otro más, hasta que se le acabaron los papeles en blanco y el cutato le pidió la devolución de los billetes. Todo el mundo vio cómo "la víctima" le entregaba los diez billetes de a cincuenta al grone y cómo éste se los metía en el bolsillo del pantalón. Pero, de pronto, algo vibró en el aire: una onda, una descarga eléctrica, una chispa sólo perceptible para el dueño de la maquinita. Lo cierto es que el tipo se metió la mano al bolsillo y, en vez de los billetes, sacó un fajo de papeles en blanco, que le había devuelto el cholo como circulante fabricado por el aparato de marras. El cholo no movió una pestaña, como si aquello no fuera con él. Pero el crolo del artefacto sacó súbitamente, no sé de dónde, una chaveta como para podar eucaliptos, al tiempo que de sus labios salían estas discutibles palabras, dadas las circunstancias:

—Alvieto que a mí no me gutan confianzas con la plata ajena... y eso no se lo pemito a nadie... o sea, que van apadeciendo mi do mil sole o te abo la badiga y te hago meté peso, ladón de poquedía...!

—¡Más ratiro sirás tu, que me dice dos mil cuando sólo quinientos habían sido...! —dijo, y mostró un par de piedras, que debían pesar medio kilo cada una pero que produjeron entre los asistentes la necesidad importergable de refugiarse entre los árboles Sólo quedaban en cancha los seis: El cutato, el chontril, la maquinita, la chaveta y las dos piedras. Al rato cayó un guardia y cargó con todo el mundo hacia la Octava comisaría que, por aquellos tiempos, quedaba junto a Radio Nacional. Hoy las cosas han cambiado, pero antes el guardia se llevaba a los rateros con público y todo. A tal extremo que no estaba de oletón hasta las últimas consecuencias, que se produjeron cuando el comisario vio la maquinita y dispuso que la preparasen para verla funcionar.

—Vea, señó comisadio —dijo el negro— ya mi maquinita no sive poque etá pasada e moda. Pedo ete cholo é má modeno y uté

vedá que yo le meto papele en blanco po un bosillo y le saco billete po toda pate...

—A ver —dijo el comisario, extrañamente interesado en el asunto— haga usted el experimento...

El negro lo hizo. Y diez minutos más tarde el cholo había producido cinco mil cuatrocientos ocho soles con veinte centavos, tres relojes de oro, una billetera ajena, dos anillos, papeles diversos y un negro en estado comatoso, porque le encajó tal pedrada en la cabeza que hubieron de llevárselo en una motocicleta al hospital. En cuanto a la maquinita, parece que se la llevaron a la Casa de Moneda.

Y dicen las malas lenguas que, hasta ahora, el Gobierno la sigue haciendo funcionar...

10. LA PROSA NARRATIVA DESINSTITUCIONAL

La desinstitucionalidad de ciertos discursos se debe a su difusión marginal o clandestina, frente a la circulación de los discursos tanto institucionales como semiinstitucionales protegidos deliberadamente por el Estado y el orden social imperante.

La producción de la narrativa desinstitucionalizada se reparte, entonces, en razón ya sea de la marginalidad, ya sea de la clandestinidad de los textos producidos. En seguida tenemos dos muestras de escritura marginada: el libro de Alberto Hidalgo titulado *Hombres y bestias (bocetos críticos)* [1] es un notable ejemplo de prosa narrativa panfletaria mientras que la "Presentación" al poemario *Detrás de las rejas...* [2], folleto mimeografiado por el Comité de Educación del Penal de Lurigancho, lo es de la prosa narrativa de reclusión. Se han seleccionado del panfleto de Hidalgo, además del prólogo, algunos de los "bocetos críticos" sobre la actividad intelectual de Lima y provincias en la segunda década de nuestro siglo; son las semblanzas de González Prada, Riva Agüero, César A. Rodríguez, Ventura García Calderón y Felipe Sassone. En cuanto al poemario *Detrás de las rejas...* de circulación "casi clandestina", contiene poemas no incluidos aquí de los presos José Robles Guerrero, José Sanone, Augusto Asín, Alejandro Velásquez Jibaja y Arnaldo Segura.

---

1) Tipografía Artística, 1918, pp. IX-XVIII, 21-32, 71-92, 95-102 y 155-157, Arequipa.

2) *Detrás de las rejas...*, Comité de Educación del Penal de Lurigancho, febrero de 1976, pp. 1-2. Lima.

Completan esta sección tres cortos textos de prosa narrativa clandestina subversiva (o, más exactamente, de subrepción) sobre movimientos sociales. Se trata, en primer lugar, del artículo anarco-sindicalista suscrito con el seudónimo "Rokel" y titulado *Los sucesos de Chicama* (3) donde se describe la sublevación obrera ocurrida en esa localidad los primeros meses de 1912. Luego, el artículo *Hermana campesina* (4) firmado con el seudónimo "Juan Manuel", en que el narrador relata la huelga de Huacho entre junio y setiembre de 1917: en él se hace un llamado a la resistencia y rebelión del campesinado. Finalmente el volante anónimo *Unidad para la revolución* (5) que deslinda ciertos conceptos entre la acción política contrainstitucional e institucional en el país.

ENRIQUE BALLON

---

3) Apareció en *La Protesta*, el 16 de abril de 1912, pp. 97 (texto parcial), Lima. Ha sido tomado de Torres Franco, Manuel, *Breve antología del pensamiento anarquista en el Perú*. Serie: Movimientos sociales Nº 3, Univsrsidad Nacional Agraria - Departamento de Ciencias Humanas (Informe de Investigación - Taller de Estudios Andinos), setiembre de 1980, pp. 97-98. La Molina.

4) *La Protesta* Nº 60, setiembre de 1917, pp. 7-8, Lima. Ha sido transcrito de Torres Franco, Manuel, *Breve antología del pensamiento anarquista en el Perú*. Serie: Movimientos sociales Nº 3, Universidad Nacional Agraria - Departamento de Ciencias Humanas (Informe de Investigación - Taller de Estudios Andinos), setiembre de 1980, pp. 113-115. La Molina.

5) Distribuido en el Jirón Carabaya de la ciudad de Lima, el 20 de julio de 1982.

HOMBRES Y BESTIAS (bocetos críticos)

ALBERTO HIDALGO (1897 - 1968)

PROLOGO

Hace no mucho tiempo inicié una gira por el Sur de la República, y dí, en varias ciudades, una conferencia sobre la literatura nacional de última hora o contemporánea, si así os gusta más. Esa conferencia erizó la epidermis de muchos burgueses a quienes sin quererlo, epaté con las audacias de mis opiniones. Después, algún buen amigo sugerióme la idea de publicarla. Yo no eché en saco roto el consejo, pero cuando me disponía a ejecutarlo, pensé que más valdría ampliar y explicar algunos de mis ligeros juicios. Así nació este libro.

De sobra sé que más de un menguado, que bastantes hay, habrá de rugir de indignación no bien comience a leerlo. En el Perú, estamos acostumbrados a que los escritores no se aparten jamás de las sendas conocidas. Son carneros de Panurgo, con muy pocas, poquísimas excepciones. Nos encandalizamos aparatosamente siempre que un mozo audaz dice una fresca. Cuando éste o aquél escritor de esos que se llaman *consagrados* nos parecen malos, no lo decimos por no contrariar a los lectores o por temor (esto es muy humano) de que nos den una paliza. He aquí el mérito de este libro: viene a romper la costumbre. Yo pienso una cosa y la digo con desenfado y sencillez cada vez que me da la gana. El que quiera leerme, que me lea y el que no, que se vaya a hacer bolitas. Y no

se me tome por grosero, no señor. El precepto dice que hay que escribir como se habla. Yo, pues, escribo como hablo. Y como hablo yo, habla cualquier hijo de vecino. Es cuestión de temperamento. Puede que también tengan que hacer algo con esto la vergüenza y el pudor. Sólo que en estas tierras fingimos lo primero y no conocemos lo segundo. Nos tapamos (a medias) los oídos cuando a nuestro lado se dice una grosería, pero consentimos que nuestras hijas se levanten las faldas hasta hacer ver lo que no se nombra. Este libro, pues, no ha sido escrito para los espíritus discretos y moderados. Los que os sintáis tales, no lo leáis; vuestras almas de señoritas podrían ruborizarse.

Antes de ocuparme de la actual generación literaria del Perú, me parece justo, y, a fuer de justo, necesario que me detenga, aunque sólo sea por breves momentos, sobre nuestra paleontología literaria.

Hace algún tiempo, varios distinguidos escritores de menos de treinta años sostuvieron con uno de cincuenta una brillante polémica encañonada a probar que las generaciones anteriores a la nuestra o no hicieron nada, o lo que hicieron fue lamentablemente malo. Muchas y muy poderosas razones tenían aquellos escritores. En el Perú, la literatura anterior a la de nuestros días era no otra cosa que una literatura de imitación, de imitación servil, vergonzoso es confesarlo, de la peor y más pobre etapa de la literatura española. Me refiero a la de la época en que eran tenidos por maestros (espantaos, burgueses, que voy a decir dos herejías juntas) José Zorrilla, tamborilero tan sabio en recursos de versificación cuanto hueco de cerebro y sandio de espíritu y Gaspar Núñez de Arce, ese vulgar y ripioso declamador, tan lleno de lirismos de folletín y arrebatos de cocinera. No he de detenerme aquí para decir todo lo que pienso de los escritores que nos han precedido. Mucho se ha hablado de ellos. Básteme asegurar que fué tan nula la literatura de los pasados tiempos que ni siquiera merece el nombre de tal. La literatura peruana comienza con nosotros. González Prada, Ricardo Palma, Santos Chocano, Francisco García Calderón y, quizá, si algún otro no son sino casos aislados. Y como tales no marcan una literatura. Merecen nuestro aplauso y nuestra veneración porque nos abrieron

el camino y algunos, como González Prada, nos enseñaron a escribir y hasta ser hombres, que ni eso siquiera sabíamos.

Ha habido, como es fácil suponer, algunas excepciones, sin que éstas hayan sido nada del otro jueves, salvando la figura del cincelador de *Exóticas*, a quien todos los que creemos tener un adarme de talento, reconocemos como maestro. Así por ejemplo, sería injusto quien no citara los nombres de los que lograron sacar la cabeza de en medio de este abigarramiento de mediocres. José Arnaldo Márquez, poeta y periodista de muchos méritos, Manuel Ascencio Segura, poeta también, autor de varias piezas de teatro entre las que sobresale *Ña Catita*, su obra maestra; es ésta una comedia hermosísima donde se critica acerbamente las costumbres de la Lima encubridora y alcahuetesca, llena de todos los estropajos que nos legara el nefasto régimen del coloniaje. Clemente Althaus, lamartiniano de honda y dulce inspiración, cuyas obras han sido editadas en Lima y París donde murió loco. Felipe Pardo, notable por la jocosidad de su espíritu, autor de composiciones satíricas y burlescas que le ganaron una sólida reputación. Carlos Augusto Salaverry, el más apreciable, a mi juicio, de todos los enumerados, y que ha dejado obras como el conocido soneto *La Esperanza* perfecto de forma y bellísimo de concepción. Luis Benjamín Cisneros, a quien se reputa como el mejor de los poetas inmediatamente anteriores a la generación de Chocano, autor de celebrados poemas entre los que el mejor es el que dejó inconcluso con el nombre de *Aurora amor*. Carlos Germán Amézaga, tan apreciable poeta como periodista; fué uno de los principales paladines del anticlericalismo y ha dejado obras dramáticas de relativo valor, entre las que hay que mencionar como las más importantes *El Juez del Crimen* y *El suplicio de Antequera*.

Casi todos los géneros literarios han sido ensayados por nuestros escritores, pero del que más se han preocupado es de la poesía y es, sin embargo, en el que más han desbarrado. Pueblos hay como Arequipa, en el cual desde los mugrientos y escamosos abogados hasta los torpes y groseros *cachacos* de las esquinas llenan diariamente kilométricas cuartillas con lamentaciones del género chico o arranques de menguado yoísmo. Recién empieza a hacerse litera-

tura de verdad. Hasta hace poco tiempo, la poesía era un lujo cualquiera. Lo mismo daba ser poeta que dandy, jockey o ciclista. Parece que Manuel Ugarte hubiera escrito para nosotros esta precisa frase: "La literatura era un traje de domingo que muchos llevaban intermitentemente y que ninguno adoptaba en definitiva". Todavía no se pueden sacudir de la manía de celebrar concursos, juegos florales, veladas ó fiestas por el estilo. De lo que más se preocupan es de ser los primeros. Por allí asoma un melenudo vociferando: "yo soy el primer poeta del Perú"; por acullá un adiposo maestro de escuela rugiendo: "yo soy más grande novelista que Zola". Es pues el pueblo de los primeros y de los grandes. Y siguen siendo todavía admiradores de Mariano Melgar, a quien llaman el "padre de la poesía arequipeña". Esto sólo se les puede ocurrir a los bellacos. Mariano Melgar, juzgándosele en la época que se quiera, así en la presente como en la suya, fue un pobre diablo. Escribía perramente mal y pensaba peor. Se me dice que fue un gran patriota. Entonces, apláudasele como tal. Arequipa, como todos los pueblos del Perú, no tiene tradición literaria de ninguna especie. Esto hace que algunos abogadillos (a los literatos, aquí, por antonomasia se les dice abogados; es porque el público no concibe que un hombre sea escritor sin haber antes adquirido un título universitario) pretendan creársela. Y para el logro de tal pretensión, inútil y absurda por demás, empiezan por crear genios. Uno de estos es, pues, Mariano Melgar. Melgar no fue un poeta; componía unos versillos que se ha dado en llamar yaravíes y luego les ponía una musiquilla de tres al cuarto, como se supondrá. El poncho al hombro, la guitarra al brazo, el sombrero tirado para atrás y la camisa abierta, dejando ver el desnudo pecho color de chancaca rubia, iba, a pasos de matón, entonando por las chicherías estrofitas de esta laya:

Ya que para mí no vives
y no te han de ver mis ojos,
pues te he perdido;
daré lugar a mis penas
en la triste soledad
en que hoy me miro.

En el Perú hemos vivido y vivimos todavía en un insoportable ambiente de mediocracia. Hasta la aparición de las últimas generaciones hemos estado atragantados de imbecilidad. Hoy mismo, apenas estamos logrando sacudir el polvo de estolidez que amenaza ahogarnos. Cuando un poeta canta le salen al camino los canes de la envidia. Y no pudiendo alcanzarle se contentan con roerle la base para ver si logran desmoronar su pedestal. Por cada Apolo tenemos cien Marsias, por cada talento cien cretinos. Así, por un Eguren y por un Cisneros, tenemos cuatrocientos Barretos y otros tantos Pasquales.

Como acabo de decir, hasta la aparición de las últimas generaciones no hemos tenido valores poéticos. Descontando a Chocano, de quien no se habla ex-profeso en este libro, porque ha sido ya ampliamente juzgado por autorizados críticos extranjeros y porque no está dentro de nuestra literatura ni fuera de ella; está al margen; descontando a Chocano, repito, los poetas peruanos a más de haber escrito siempre sandeces, han disparatado cómicamente. Ejemplos. Un señor, cuyo nombre no pongo aquí por no ensuciar el libro, dice:

morir octogenario con arterioesclerosis,
pero suicidarme antes en plena juventud, [!!!]

El señor Francisco Mostajo, poeta, abogado y juez de paz, dice en un soneto titulado *Ego Sum*:

Yo soy cual roca terminada en punta
. . . .
soy el picacho de la cresta trunca.

en qué quedamos, ¿el doctor Mostajo, es romo o tiene punta? Así se podría seguir hasta el día del juicio.

Este libro no es sino un bosquejo una *maquette* del que habrá de llamarse *Historia de la Literatura Peruana*. Escrito à base de una conferencia, apenas si es una especie de revisión de valores, sin grandes pretensiones críticas. Todos los jóvenes que creo merecedores de un aplauso están aquí al lado de los que, teniendo algún prestigio, no lo merecen.

De intento no he querido acordarme de las mujeres. No quiero hablar nada de ellas, primero por galantería, y segundo porque tendría que acordarme de Zoila Aurora Cáceres, alias "Evangelina", y al acordarme de ella, me acordaría de la justa frase de Valdelomar, que dice: "La señora Cáceres es un crepúsculo literario y anatómico".

No reclamo indulgencia del público. Dése éste por bien servido, que bastante hago con decir la verdad. Mañana me lloverán los garrotazos. Lo sé. No me aflijo. Cuando me caigan los recibiré con resignación. Pero estoy seguro de que no turbarán mis digestiones. Yo seguiré comiendo, que, como dice el proverbio, los duelos con pan son menos...

MANUEL GONZALES PRADA

ALBERTO HIDALGO
De *"Hombres y Bestias"* (bocetos críticos)

"El Genio es un guión que pone el destino entre dos párrafos de la historia". Ese guión, en el Perú, se llama Manuel González Prada. Y que conste que no hay si no uno. Nadie más tiene derecho a este dictado.

Cuando don Manuel González Prada apareció en la tribuna del Ateneo de Lima, allá por el año de 1886, debieron sentir los que fueron a escucharle una atracción tan sólo comparable a la de las agujas de acero cuando se les acerca el imán.

Jamás en estos lados del Pacífico hubo figura más compleja que la de este hombre nacido en Lima por una lamentable "calamidad geográfica". González Prada debió haber nacido en un país de Europa, cualquiera que él fuese. En el Perú resulta exótico. Lanzad de pronto un Pegaso en un aprisco y veréis cómo todos los carneros se desconciertan.

Después del admirable estudio crítico de Blanco-Fombona poco o nada, en verdad, queda por decir. Hoy ya en América y en la misma España, tan acostumbrada a sus latigazos, se le admira y se le quiere. Esas setenta y nueva páginas que el ilustre autor de *El Hombre de Hierro* puso frente a la edición española de *Pájinas Libres* encierran el pensamiento de todo un continente. No pudo haber mejor juez para semejante león. Pero, mal informado quizás,

Fombona cae en un error. Da a entender que cuando el "Partido Nacional" lanzó a Prada como su candidato a la Presidencia de la República, le faltaron energías para la lucha porque "o posee deficiencias en cuanto hombre sociable y transigente o ignora adrede los caminos de ascender al Capitolio" y luego: "Sin vocación para la intriga, incapaz de bajarse a practicar aquellas triquiñuelas y marramuncias que contribuyen al triunfo, fue él mismo el primer factor de su derrota". No, maestro Fombona, no. El no fue el primer factor de su derrota, si puede a eso llamarse derrota; el primer factor de su derrota fue su propio partido; le faltaron hombres, no energías. Cuando le lanzaron en memorable asamblea como candidato a la Presidencia de la República, González Prada, sin inmutarse en lo más mínimo, se puso de pie y dijo mas o menos: "Acepto la designación que se me hace, pero quiero que en este momento se levanten seis ministros y veinte prefectos dispuestos a degollar a todo el Civilismo". El más profundo silencio reinó en la sala. No hubo una sola voz que contestara al Maestro. Poco tiempo después, Prada abandonaba el país. El ambiente olía a cobardía. Hizo bien en marcharse. Más tarde, todos los que presenciaron y motivaron este gesto incomparable claudicarán de la manera más ruin, unos doblando el espinazo ante los *tagarotes* del Civilismo, otros atrincherándose tras un biombo de hipocresía, y todos escalando grandes situaciones políticas y económicas en contra de las mismas doctrinas por las que al lado del autor de "*Horas de Lucha*" combatieron con tanto empeño.

El más grande orgullo de mi vida es el ser amigo de González Prada y merecer su estima personal y literaria. Cuando vivo en Lima, voy a visitarle semanalmente, porque estoy seguro de que frecuentando a esta suprema encarnación de la honradez no caeré nunca en los lodos de la política. Allí, en la Biblioteca Nacional de la que sacó "en las garras , por los cabellos, chorreando ridículo, al antiguo bibiotecario, aquel jacarandoso Ricardo Palma" suelo verle en las tardes. Allí, he pasado las más felices horas de mi vida escuchando al gran viejo. Cada palabra suya es una enseñanza, cada mirada una confortación. Allí, refirióme un día, cómo los antiguos, cuando sentían que la muerte se avecinaba, se volteaban del lado de

la pared a fin de que no se viere sus muecas de agonia, y el Maestro, justificando esta costumbre, murmuró: "hacían bien; el dolor rompe las líneas". Yo quedé mudo. La frase me dejó perplejo. Minutos después me encontré en la calle. Parecióme haber despertado de un sueño de cien años. Entonces, en medio del bullicio metropolitano, atravesé las calles como un sonámbulo pensando en que no son necesarios los bronces para inmortalizar el nombre del espíritu más puro, el cerebro más vigoroso, la conciencia más honrada, el corazón más abnegado, la voluntad más firme que haya habido en el Perú de todas las épocas. . .

JOSE DE LA RIVA AGUERO

ALBERTO HIDALGO

De *"Hombres y Bestias"* (bocetos críticos)

"Toda juventud es inquieta. El impulso hacia lo mejor sólo puede esperarse de ella: jamás de los enmohecidos y de los seniles. Y sólo es juventud la sana e iluminada, la que mira al frente y no a la espalda; nunca los decrépitos de pocos años, prematuramente domesticados por la moral de las mediocracias: en ellas parece primavera la tibieza otoñal y toda ilusión de aurora es un apagamiento de crepúsculo. Sólo hay juventud en los que persiguen con entusiasmo una perfección; por eso en los caracteres excelentes puede persistir sobre el apeñuscarse de los años. Nada cabe esperar de los hombres que entran a la vida sin afiebrarse por un ideal; a los que nunca fueron jóvenes, paréceles descarriada toda soñadora inquietud. Y no se nace joven: hay que adquirir la juventud. Y sin un ideal no se adquiere". Así, con estas palabras de José Ingenieros, tiene que comenzar este comentario.

José de la Riva Agüero siendo un joven es un viejo. Perdonad lectores, si os da la gana, la vulgaridad de la paradoja. Es viejo porque no adquirió la juventud. Y no la adquirió porque nunca tuvo un ideal. Es éste un espíritu senil; jamás sintió una inquietud; vivió siempre aborreciendo cuanto significaba novedad, altivez, rebeldía, audacia. Tiene alrededor de 36 años y no ha sentido todavía una pasión más o menos noble. Nunca sintió un arrebato. Ni una mujer ni una flor ni un caballo, siquiera,

son capaces de entusiasmarle. Otra cosa es lo que le entusiasma. Y no seré yo quien ahora se lo diga. Es en resumen un espíritu castrado, si se me permite la audacia del adjetivo. Hay quien asegura que no es sólo el espíritu lo que tiene castrado. Si así fuera, mejor papel haría seguramente en el coro de la capilla sixtina. Pero, no. Voy a contradecirme. Dije enantes que jamás ha tenido una pasión. Esto no es verdad. Tiene una: la de los libros; los mira, los abre, los estruja, los besa y quizá —no me consta— si hasta los lee. La gente le llama "erudito". Los eruditos no me hacen feliz; más bien, me fastidian, me cargan; les aborrezco, les odio, ¡mueran los eruditos!

Ha pretendido sentar plaza de *sábelo todo*. Quiere ser buenmozo, dandy, cronista, crítico, historiador y político. Me parecen muchas cosas para un hombre solo. Buenmozo, no puede ser porque tiene una cara de chola bonita, gordiflona, rosadota y lustrosa como zapato de charol. Para dandy le falta todo y le sobra gordura. Como cronista es de un estilo demasiado duro, riscoso y petulante. Como crítico, es bastante sereno e imparcial; pero tiene un criterio apolillado, un gusto detestable y una petulancia dogmática, por otra parte propia de hombres que, como él, pueden contar el dinero por miles de cientos. Riva Agüero, espíritu sacristanescamente modelado, es de los que se asustan y alzan los brazos al cielo frente a una audacia viril o un ademán combativo. Repetir una frase de este señor, es como asirle por las solapas y darle un golpe contra la pared; ha dicho que Verlaine es un "nieto bastardo, plebeyo y encanallado de Lamartine". Esta sola frase bastaría para anularle definitivamente si no tuviera siempre el par de soles que necesitan sus panegiristas. Los verlainianos deberían castigarle. Para cuando quieran hacerlo, les aviso que el mejor y más cruel castigo es encerrarle una noche entera con un mujer desnuda. Como historiador no es enteramente malo. Ha publicado una monografía del Inca Garcilaso. Esta monografía puede citarse como su obra maestra, a pesar de que en su autor se columbra un exajerado prurito de "hacer literatura". Riva Agüero, cuyas hermandades con las polillas son tradicionales, es indiscutiblemente, un historiador, sólo que ha olvidado que la literatura barata no cabe dentro de la historia. Este joven Riva Agüe-

ro llama a Garcilaso de la Vega "el patriarca de la peculiar literatura peruana". ¿Cuál es esa *peculiar* literatura peruana de que es *patriarca* el cronista Garcilaso? Pero el crítico tenía que aparecer en la tal monografía. Así, en la segunda parte de ella, para probar, cosa que no consigue, que Garcilaso es el *patriarca* de la *peculiar* literatura peruana, hace una especie de comparación con algunos de nuestros escritores. Y aquí viene lo gordo. Con el mayor descaro concebible, este joven barbilindo, llama a González Prada *clásico* porque "el parnasianismo es la escuela moderna más afín de la clásica". ¡Vaya con la razón!

Pero los achaques literarios no satisfacieron la sed de gloria del señor Riva Agüero. ¿Qué hacer? Pues meterse a político. Entonces funda el Partido Nacional Democrático, que para felicidad de todos los peruanos falleció a poco de nacer. Este partido es la más grande equivocación de Riva Agüero. Un partido de intelectuales es algo así como una plutocracia del cerebro. En el Perú no necesitamos partido de intelectuales, necesitamos partido de hombres. Riva Agüero fundó ese partido porque no sabía qué hacer con su dinero. El Partido Nacional Democrático o Futurista no es otra cosa que un partido de mentecatos. Sin que esto quiera decir que todos los que lo componen sean mentecatos, ni mucho menos. Hay excepciones. Pero por cada excepción abundan los Belaúndes. Víctor Andrés Belaúnde, *brazo derecho* de Riva Agüero es la más alta encarnación de la mentecatada. Este "joven filósofo", como se hace llamar por sus amigos, es uno de esos estudiantitos que un día, por la bondad de un gobierno caritativo, van a Europa y cuando regresan al terruño os dicen: "cuando almorcé con Bergson", "mi amigo el rector de la Universidad de Cambridge", "yo fuí el alumno predilecto del filósofo de Oxford", y otras sandeces por el estilo. De tipos como este Belaúnde está formado casi todo el partido futurista.

El jefe de los futuristas goza de un gran prestigio en algunas provincias; pero ese prestigio se debe únicamente a su calculada rumbosidad. Cualquier día va a Lima un provinciano de mayor o menor influencia. Riva Agüero, entonces, le aloja en su casa, le alimenta como él sabe alimentar, le llama genio, y ¡claro! el provinciano vuelve a su tierruca convertido en un furioso partidario de mi

grande amigo. Así por ejemplo, un catedrático de la Universidad del Cuzco, no solamente tuvo la sinvergüencería de alojarse en su casa sino que llevó a toda su familia; sus razones tendría; pero yo me digo para mi capote que esas confianzas solo se tienen cuando median líos de faldas. Quiere decir que todos los arranques de admiración del catedrático aludido por el escritor de que me ocupo no son sino gritos de un estómago agradecido y de... algo más.

Esta es, a grandes trazos, la personalidad de don José de Riva Agüero, a quien Dios güarde.

CESAR A. RODRIGUEZ

ALBERTO HIDALGO

De *"Hombres y Bestias"* (bocetos críticos)

No recuerdo a punto fijo cómo ni cuando conocí a César A. Rodríguez. Hace ya de esto algunos años. Era en los tiempos en que yo no había publicado nada aún. El ya lo había hecho. Al principio nuestra amistad no pasó de un saludo más o menos amable.

Un día nos encontramos en el Puente Grau, que más tarde llamaríamos "El puente de los Inmortales". Allí contemplamos durante un buen rato, llenos de una beatífica mudez, el poniente rojo reflejado en las ondas apacibles del río. Inesperadamente habló. Fue una confidencia larga y sentimental, salpicada de pintorescas y graciosas anécdotas, como son todas las suyas.

—Un día, —díjome con voz cavernosa, después de referirme otras hazañas,— fuí con Nathal Llerena, un amigo que tenía la punta de la nariz colorada como una frutilla, a la librería de don Santiago Rojas y Franco, y me robé la *Historia de las ideas estéticas en España*, por don Marcelino Menéndez y Pelayo. . .

—¿Qué mañas se dió?, le pregunté ansiosamente.

—Llerena se quedó en la calle y yo, aprovechando un descuido del empleado, se lo pasé, repuso con gran soltura.

Tan espontánea como audaz confidencia, bastó para que el mozo me fuera simpático. Ya le podía contar en el número de mis amigos.

Desde entonces nos veíamos diariamente. Yo, a la sazón, estaba falto de recursos (1) y sediento de lecturas. ¿Que hacer, pues? recurrir al sistema de Rodríguez. Y para ello qué mejor compañero que el propio amigo. Una tarde nos dirigimos cargados de ilusiones a la *Nueva Librería*. Allí, comenzamos la revisión. La penumbra crepuscular propiciaba nuestros proyectos. De repente, Rodríguez murmuró:

—¡Un libro de López!, y lo engulló, sin más preámbulos.

Yo tomé otro. Y salimos.

Ya en la calle, observamos, a través de las vitrinas la respetable y simpática figura de don Santiago, que se paseaba tranquilamente por sus dominios sin sospechar lo que acababa de suceder.

Acertó a pasar entonces el *tranvía*. Fue como un respiro. Casi mecánicamente nos prendimos. Y al pasar por frente a mi casa me descolgué gritando:

—¡Hasta mañana, Rodríguez!

—¡Hasta mañana!

En mi casa, un poco conmovido todavía por lo nuevo y fuerte de la impresión, saqué el cuerpo del delito de debajo del chaleco y leí: Luis C. López. *Posturas difíciles*. Armado de un cuchillo comencé la lectura. Conforme iba leyendo cortaba los dobleces. Al llegar a las 20 o 30 páginas, arrojé el libro. Este es un imbécil, pensé. No lo entendí.

Y corrieron los días y los meses. Una tarde, en el "Puente de los Inmortales", donde nos reuníamos César Rodríguez, Carlos Gó-

---

(1) Vive en la ciudad de N. de un país imaginario, un medicucho de mala muerte que, aprovechando de la natural inconsciencia de la agonía de su protector, hizo que éste le nombrara guardador de sus hijos, para después cargar con su hacienda y alimentar con ella a una madona, símbolo de la obesidad, que ha engordado con el dolor de cuatro huérfanos. Felizmente, el miserable, no deja descendencia. Pertenece a una raza de perros, excluyendo a su madre, que fué modelo de virtudes y cuyo único pecado, es haberle parido, pecado que hoy lo están vengando los gusanos que le corroen las entrañas con ejemplar ensañamiento...

N. del A..

mez Cornejo, Nathal Llerena, Belisario Calle, Ricardo Amat y algunos otros a contemplar el crepúsculo o a empacharnos de buñuelos, mientras que con las manos llenas de miel alisábamos nuestras kilométricas melenas, que el viento se entretenía en enredar a su antojo, con impertinente ensañamiento, Rodríguez leyó unos versos. Todos palmotearon menos yo que, entusiasmado, me eché a sus brazos para felicitarle. Los proyectos sucedieron a los aplausos. Acordamos *sacar* una revista donde nuestras producciones fueran a decir al mundo ¡qué ingenuos! lo mucho que creíamos valer. Y la revista salió pocos días después. Rodríguez y yo la bautizamos con el nombre de *Anunciación*. Alguien ha dicho que *Anunciación* es o fué "la revista más útil y notable, por los valores que reveló, de cuantas hayan salido en el Perú de la República". Huelga decir que los gastos y la dirección corrieron de mi cuenta. Bien; allí se *reveló* César A. Rodríguez; me revelé yo, con unos versos que el mismo Rodríguez tuvo la amabilidad de corregir; se revelaron varios.

Los versos de mi amigo fueron seguidos de una nota de la Dirección que él, también, corrigió y que fue escrita con datos proporcionados por él mismo. Todos nos llamábamos genios. La gente se fastidió. Pero la revista tuvo suerte. Salieron varios números. En todos ellos se fué *revelando* César Augusto o César Atahualpa Rodríguez, que de los dos modos se hace llamar.

Y volvieron a correr los días y los meses. Ya las lecturas habrán serenado nuestro espíritu, y más cuerdos, trataremos de orientarnos trabajando con seriedad.

Husmeando en unas viejas alacenas, donde la trapería familiar se confunde con otra clase de menesteres, encontré, de pronto, un libro; lo sacudí, borracho de curiosidad, y leí: Luis C. López. *Posturas difíciles*.

Pocas ganas tuve de leerlo. Pero la curiosidad venció el recuerdo. Como iba avanzando me iba sorprendiendo. El imbécil de hace un año, es un poeta estupendo. Y —esto es lo más raro— sus versos se parecen mucho a los de mi amigo César A. Rodríguez.

Comparo:

Se enciende en la faz de la aldea
el rubor de la madrugada.
El sol por los montes otea,
. . . .
mientras se apaga la farola.

César A. Rodríguez

Sobre una giba de la cordillera
surge la faz clorótica del sol...
. . . .*un farol*
macilento se apaga en una esquina.

Luis C. López, pág. 47.

¡Esto es cosa de diablos! ¿César A. Rodríguez, el originalísimo poeta Rodríguez parecerse a López? No, no es posible. Veamos otro verso:

El Sol puso una daga de luz en mi ventana,
la campiña a lo lejos surgía como un sueño,

Rodríguez

. . . .*Por la ventana*
penetra el opalino
retazo de una rústica mañana.

López, pág. 27

¡Caracoles! Esto ya es más gordo. Véase este otro verso en que ya el plagio es desvergonzado, quiero decir textual:

de la ciudad que duerme con sus calles en cruz

Rodríguez

Y en la calleja gris, encrucijada.

López, pág. 52

Otro ejemplo; en este se verá cómo plagia toda una metáfora, lo cual es más grosero, si cabe. López dice en la página 88 del libro citado, que en la paz de la tarde

REMA *olímpicamente un* ALCATRAZ

y el joven Rodríguez:

Un largo MURCIÉLAGO *impuro*
REMABA *sobre el aire lento.*

La sensación es absolutamente iguai; lo único que se ha cambiado es el sujeto y el tiempo. Así fue cómo comencé a dudar de la obra de mi amigo.

VENTURA GARCIA CALDERON

ALBERTO HIDALGO

De *"Hombres y Bestias"* (bocetos críticos)

En el Palais Concert de Lima. Año de 1916. Rodeábamos una mesa, José Gálvez, Aurelio Martínez Mutis, apreciable poeta colombiano, un jovenzuelo periodista y yo. Se charlaba de literatura peruana. Martínez de repente, preguntó por Ventura García Calderón. Yo, sin dar tiempo a que los otros contestaran, repuse:

—Es un pobre diablo.

El jovenzuelo periodista, un muchacho de la aristocracia limeña, con una carita de maritornes y una cinturilla de mono tísico, que tiene, entre otras muy peregrinas costumbres, la de fumar mucho y no comprar cigarros, dirigiéndose a mi escupió:

—¿Ha leído usted su último libro de cuentos?

—No, —contesté— pero da lo mismo. Es un pobre diablo...

Al levantarnos, yo, que hacía de anfitrión en ese momento, pagué al mozo con un chequecito de cinco soles, y al regreser éste con la vuelta (o vuelto, como se dice en criollo), el joven de la cinturilla de mono y la carita de maritornes, alargando la mano, se la ingurgitó con el mayor cinismo.

El tipillo me preguntó si había leído el último libro de García Calderón... ¡a mí que no había leído ninguno!

Yo desde hacía mucho tiempo tenía una antipatía tan furiosa como injusta hacia el autor de *Dolorosa y desnuda* realidad. Y tenía

de remate, la extraña costumbre de hablar mal de él y de su obra en cuantas ocasiones podía. Claro está que maldito lo que esto importaría al señor García Calderón, cuyos triunfos en el extranjero le dan justo derecho para reirse de nosotros, sus paisanos. Mas la costumbre quedará disculpada si se tiene en cuenta mi calidad de provinciano, recién llegado por ese entonces a la capital. En provincias lo primero que aprendemos es a ser prejuiciosos. Somos muy *lanudos*. Además, nos han enseñado a que aborrezcamos como al diablo cuanto huele a Lima. Para nosotros no hay más genios que los que nacen en provincias. Los escritores limeños nos parecen unos asnos; nuestra tierruca el centro del mundo; Lima una "madriguera de sayones, esbirros, lacayos, prostitutas y maricones". ¡Si supieran los que esto dicen, que éllos son los sayones, esbirros, lacayos, prostitutas y maricones! Por lo que a mí respecta, declaro que estoy seguro de haberme desprendido ya de las *lanas* provincianas, además de que tengo por Lima el intenso cariño que sienten todos los que bien la conocen. En lugar de vituperar tanto a Lima, debiéramos procurar embellecerla cada día más. Esto es lo patriótico, lo racional, lo justo, porque Lima es el único orgullo del Perú. Pero no hablemos de estos asuntos, porque a lo mejor me sale por allí cualquier tío federalista gritándome "traidor".

Algunos días después del en que sucedió la escena del *Palais*, compré todas las obras, que pude, de Don Ventura García Calderón, incluso la citada por el mozalbete a que me he referido.

Y como sucede siempre en los casos en que se habla *a priori*, rectifiqué radicalmente mis primitivas opiniones, haciéndome decidido partidario del escritor de que me ocupo.

Hoy, para escribir estas breves líneas, he leído buena parte de sus libros, comenzando por *Frívolamente*, el primero que dió a la estampa.

García Calderón es un cronista exquisito, tanto o más que Gómez Carrillo, aventajando a éste en donosura espiritual y consistencia científica.

En puridad de verdad, este escritor no encuadra bien con mi personal idiosincracia. Si a esto se junta el que yo, pocos días antes

de comenzar a escribir este libro, he regresado de una excursión a nuestra sierra que he visto cuadros de una belleza brutalmente salvaje, que he puesto en mis labios el puro hielo de las cumbres y he sentido cuán inmensamente fuerte es la aspereza de nuestras montañas, el vigor estupendo de nuestros ríos, la extática quietud de nuestras pampas y la grandiosidad sombría de nuestros bosques ubérrimos, se tiene que el frívolo autor de *Frívolamente* está muy lejos de satisfacer, en las lecturas, la sed de masculinidad y fuerza que, acrecentada hoy, tiene mi espíritu.

Pero colocado en una situación de obligada serenidad, tengo que deponer todos mis gustos personales y mis naturales arrebatos dinámicos, ante la presencia de un escritor que, como García Calderón, hace honra a la tierra ilustre en que nació.

Hay páginas en *Frívolamente* como aquellas de las cartas a Santa Teresa, que acaban ganándose la voluntad más hostil. El artículo en que dice su amor por Sully-Prudhomme o aquel otro en que expresa sus entusiasmos por los versos de Laurent Tailhade, siendo de una sencilla sencillez, (es una redundancia, señores retóricos?) tiene una elegancia encantadora.

Del libro citado a los de cuentos, claro que hay una diferencia enorme; en esos se ve a un espíritu observador y sereno, que escribe admirablemente, aunque sin desprenderse todavía de esas sus feminidades que tanto daño le hacen.

Pero el libro que, para nosotros, tiene más importancia es aquel que lleva por título *Del romanticismo al modernismo*. Este libro no tiene otro valor que el de las apuntaciones críticas con que su autor, personalizándole, le salvó de ser contado entre las vulgares y pésimas compilaciones antológicas que inundan nuestras librerías.

El prólogo de ese libro, lo más notable de él, tiene párrafos que acreditan a su autor como un crítico ecuánime y parco. Lo que me disgusta es su tendencia: quiere probar que en el Perú hay una literatura *peruana*. Esto no puede ser más inexacto. En el Perú no hay una literatura nacional. Se hizo algunos ensayos criollistas, pero nunca llegaron a cuajar. Además, el señor García Calderón, comete la

lastimosa injusticia de no citar el nombre del primero que los hizo: Abelardo Gamarra. Fue Gamarra el iniciador, entre nosotros, de eso que García Calderón llama literatura peruana. Y no solamente fue el primero que hizo los ensayos sino el que mejor los hizo, a pesar de escribir tan mal como escribe; pero así también, hay que reconocer que pocos son dueños, como lo es él, de un estilo tan donosamente pintoresco y zumbón.

Las páginas que consagra el estudio de la obra de don Manuel González Prada no son tan cariñosas como debieran; me parecen frías e irreverentes. Ya se ve que el señor García Calderón no comulga en esos que tan graciosamente llama *ritos*. En lo que estoy totalmente de acuerdo con él, es en que "siendo González Prada nuestro primer literato, es el menos nacional y representativo". Pero, ¡claro! González Prada es un espíritu superior a su medio, ¿cómo puede ser, pues, su representativo? En cambio es el más *nacionalista*. Si hoy tenemos una *nacionalidad* es por él.

Al hablar de "los nuevos", los nuevos de ahora quince años, flaquea mucho el señor García Calderón, pues comete injusticias incalificables. Elogia incondicionalmente al señor Palma porque es su amigo, al señor Riva Agüero porque es su amigo, al señor Sassone porque es su amigo, y en cambio olvida a José M. Eguren. Parece que este olvido de Eguren es caprichoso; pues, según se me dice, en su folleto *La literatura peruana*, que aún no he logrado leer, a pesar de que alguien le recordó oportunamente al gran poeta de *La Canción de las Figuras*, no le consignó en la lista. No haga eso, señor García Calderón; es una injusticia que habla muy mal de usted.

Lo que dice de su hermano Francisco, acusa poca entereza de carácter. No porque sea su hermano debe usted "callar su elogio, por un escrúpulo justificable". Diga usted, no más, lo que piense de él, sin escrúpulos de ninguna clase. En el Perú sabemos cuánto vale Francisco García Calderón, sabemos cuánto le debemos, sabemos que, después de González Prada, fué el que mejor nos enseñó a pensar, sabemos que es el talento más valioso de su generación, sabemos que él, González Prada, Chocano y Eguren, son nuestras mejores glorias, las únicas glorias de que podemos envanecernos y

y sabemos, por último, que usted también lo sabe y que sabe además que muchos, aquí le llamamos maestro; cosa que usted no dice por "escrúpulo"...

Ya sé que este libro va a disgustar mucho al señor Ventura García Calderón, por las caricias que les hago a sus amigos; también sé que de ese disgusto dará pruebas próximamente. Lo sé. Pero, ¡qué le vamos a hacer!

FELIPE SASSONE

ALBERTO HIDALGO
De *"Hombres y Bestias"* (bocetos críticos)

Yo soy enemigo de las medias tintas. Digo todo o no digo nada. Y lo que digo es claro como un manantial. Así, pues, en cuatro palabras voy a decir mi opinión monda y lironda acerca del autor de *La espuma de Afrodita*: Sassone es un animal. Ese es el adjetivo más preciso.

Yo no puedo hablar de Felipe Sassone sin indignarme; por eso voy a detenerme muy poco en él.

El señor Ricardo Baeza: escritor español, en su traducción de *La Figlia di Jorio* de Gabriel d'Annunzio, ha escrito un hermoso prólogo en el cual atiza al señor Sassone una lapiza de padre y señor mío. No puede haber paliza más justa. ¡Sassone traductor de d'Annunzio! "Que se convierta en látigo la lira, que se convierta en bofetón la estrofa", como el poeta dijo, para castigar a este audaz escribidor.

Sassone ha conseguido merced a convencionalismos transitorios y desviaciones que no es del caso precisar un sonoro prestigio. Pero a nosotros no nos meten gato por liebre. Siempre le creeremos un animal.

Su novela *La espuma de Afrodita*, ¿qué es sino una novela para viejos verdes y señoritas de arrabal?

Sus dramas, ¿qué emociones dejan?

Su prosa, ¿qué es sino una prosa vulgar, anodina, incolora, insípida?

El señor Sassone puede ser muy elegante, muy buenmozo, muy bohemio; puede tener los ojos más encantadores que haya concebido cualquier huachafa de Lima; puede ser el amigo más leal que haya imaginado Vallecito [1]; puede ser todo eso y más si se quiere; pero no escritor, ¡no, por Dios!.

¿Y sus versos? se me preguntará. ¡Qué versos! Lo de siempre: vulgaridades, tonterías, bohemiadas, amoríos, etc. Cuando me hablan del "poeta Sassone", yo no sé por qué acuden solícitos a mi memoria estos versos del Maestro:

Desuella Marsias al divino Apolo,
muerde a Pegaso el burro de Sileno!

(1) Félix del Valle, notable periodista de la última generación.

PRESENTACION DEL POEMARIO "DETRAS DE LAS REJAS"..

COMITE DE EDUCACION DEL PENAL DE LURIGANCHO

Detrás de las rejas del Penal de Lurigancho, en el interior de sus grises muros, en ese turbulento submundo habitado por seres que el orden social injusto ha llevado a delinquir, florece también la poesía. Florece y germina como una brizna de luz horadando las noches terribles del cautiverio.

Pero no es una poesía para el goce exquisito de espíritus felices. Cada uno de sus versos contiene fragmentos trágicos, médula sombría de sufrimientos y de frustraciones rotundas. Los contenidos de esta poesía casi clandestina, están extraídos directamente de la dolorosa realidad en que sobreviven sus autores. La soledad de la celda, el suicidio acechante, el espectáculo del crimen, la desesperación y la muerte, el ansia siempre punzante de libertad, la ejecución del compañero fusilado en el alba, el insomnio, las torturas, le dan solidez al material ahumano de esta poesía de naufragio y sombra.

A veces, no obstante, como relámpagos de sangre relumbra en ella una urticante ironía para protestar contra el fallo inapelable de algún retorcido juez o para fustigar duramente el dorado mundo de los burgueses cimentado en la explotación del pueblo y generador, en última instancia, de las altas cuotas de criminalidad, depravación, alcoholismo, robo, estupefacientes, prostitución y demás taras de la absorbente estructura capitalista en que vivimos.

Para nadie resulta difícil entender que son la miseria, el hambre, la promiscuidad, el analfabetismo, el desempleo, impuestos al

pueblo por quienes detentan el poder económico, lo que verdaderamente condiciona la conducta delictiva del individuo al preparar o acentuar su decadencia orgánica y psíquica. ¿Acaso, no está comprobado estadísticamente que casi toda la clientela de las cárceles y "reformatorios" provienen de las clases sociales más pauperizadas?. En los patios de las prisiones hay cantidad impresionante de gente de barriadas, de esos tugurios y covachas infames mentirosamente llamadas "pueblos jóvenes". No hay duda, pues, que la delincuencia y su secuela de agresividad y depredación, en países como el nuestro obedece a factores socio-económicos. Parafraseando a Frantz Fanon podemos afirmar que la criminalidad y el alto índice de delitos perpetrados por el peruano no son la consecuencia de una organización del sistema nervioso ni de una originalidad del carácter, como tratan de embaucarnos algunos metafísicos; sino el producto directo de la situación semifeudal y neocolonial en que se encuentra postrada nuestra patria.

Los autores seleccionados en esta breve antología permanecen aún en prisión. Pero no interesa explicar aquí los motivos de su internamiento. Lo que importa son sus manifestaciones poéticas, esos versos escritos al borde de la desesperación y como una requisitoria contra la muerte. Importa sus poemas que han surgido de una urgente necesidad vital que no pudo ser anulada ni por el tenebroso panorama de las cárceles del país que contienen más elementos de degradación humana que de rescate.

Que estos poemas dolorosos y de ruda belleza hayan podido ser publicados para conocer un pedazo más de patria marginada, es ya bastante. Poemas testimoniales, limpios de pirotecnias literarias y sin pretensiones de estilo impecable. Poemas cuyo valor más alto es la insobornable denuncia de otra lacra de esta sociedad injusta y represiva: su sistema carcelario. Sistema que será definitivamente erradicado cuando triunfe la revolución democrática-popular, basada en la alianza obrero-campesina y bajo la égida del proletariado; cuando no haya explotadores ni explotados y se edifique un mundo libre y luminoso como el sol. El hombre, entonces, habrá dejado de ser un lobo para el hombre.

LOS SUCESOS DE CHICAMA

(del poemario "Detrás de las rejas")

ROKEL

Inútil, soberanamente inútll sería que prorrumpiéramos en un cúmulo de lamentaciones por los brutales acontecimientos de Chicama. Historia vieja: el hombre del pueblo, transformado en chacal por el uniforme de gendarme, puesto al servicio del capital, victimando a sus hermanos. Análisis: Ignorancia' triste ignorancia en el gendarme, egoísmo y crueldad en los capitalistas; falta de organización en los trabajadores. Necesitamos atraernos la conciencia del gendarme: hacerle comprender que es nuestro hermano. Necesitamos organizarnos. Lo demás cae por su propio peso.

Es verdaderamente sensible nuestro estado de absoluta desorganización, que nos permite, no digamos tomar las medidas necesarias para contrarrestar los brutales atropellos, la salvaje é inícua matanza que han cometido con nuestros hermanos de Chicama los eternos aliados: el capitalista y el gendarme, pero ni siquiera informarnos de un modo fidedigno y exacto de la magnitud de tan luctuosos sucesos, teniéndonos que conformar con los parciales datos que nos proporciona la prensa burguesa.

Los trabajadores de Chicama han estado completamente solos en la dolorosa campaña que han librado. La simpatía que han despertado en la clase obrera de Lima, no ha podido exteriorizarse en forma práctica, por la falta de organización, por la falta de un cen-

tro genuinamente obrero y suficientemente fuerte, para encabezar un movimiento de auxilio efectivo en pro del sostenimiento de la huelga y de las esposas e hijos de los victimados, ni para ejercer presión sobre los poderes constituidos a fin de controlar su brutalidad y falta de tino.

Ojalá estos hechos salvajes que ponen de manifiesto el menosprecio que inspira a capitalistas y gobernantes la vida del obrero cuando lo ven desunido é indefenso, nos determine, por instinto de conservación, á iniciar un período de activa y sólida organización sobre la forma sindicalista que, teniendo su centro en Lima, mantenga íntima vinculación con los otros centros de la república. Y basta de palabras.

HERMANA CAMPESINA
(del poemario "Detrás de las rejas")

JUAN MANUEL

En la campiña de Huacho se declararon en Huelga cinco mil obreros pertenecientes a las 21 haciendas del valle. Reclamaban aumento de salario y mejores condiciones de trabajo dado que la carestía de la vida y la explotación inhumana habían llegado a su colmo. Los hacendados de Huacho se opusieron al aumento pidiendo repetidas veces por telégrafo y directamente al presidente de la república enviara fuerzas militarest, para sofocar el levantamiento. Estos concientes de sus deberes y derechos se mostraron firmes desde el 5 de junio hasta el 14, en que la demanda tuvo su sangriento y heroico epílogo. El día anterior, en vista de que se habían solidarizado con los campesinos,— se envió de Lima al prefecto Edgardo Arenas al frente de más de mil hombres, el mismo que el 2 de setiembre del año pasado abaleó a los obreros. A la llegada del prefecto los campesinos, olvidando que su masacrador estaba frente a ellos, envían comisiones para ponerse de acuerdo y obligar a los hacendados a ceder su pedido.

Como tal cosa no sucedió, las mujeres é hijos de los campesinos en un momento de entusiasmo resolvieron ir a la población para pedir al prefecto la pronta solución del conflicto. Eran 150 mujeres, pacíficas, sin más armas que sus brazos, sin más defensa que sus pechos. Sin embargo, los mil y tantos soldados a órdenes del prefecto Arenas, quien personalmente ordenó la matanza, sablearon,

masacraron con furor de fieras a esas inocentes y pobres mujeres. La fuerza cumplió con su deber y el chacal autor de la masacre, satisfecho.

La Historia recordará a esas mujeres mártires en la vida del proletariado, y sus figuras acrecentadas por el martirio serán símbolo y bandera de reivindicación. Irene Salvador, atravesada de un bayonetazo, Manuela Diaz, Eulogia Morales, Isabel Pichilingue y cien más, junto con aquellos que quisieron correr la misma suerte que ellas y que cayeron unos sin ojos, con los intestinos vaciados por la bayoneta otros, mutilados por los culatazos, todos serán columna de luz que guíe a los campesinos hacia la tierra de promisión de justicia y amor. No olvidarse que la yerba que nazca en esa tierra abonada está con carne humana, regada se halla con sangre proletaria.

Hermana campesina:

La desolación y la muerte que las turbas armadas han dejado en la campiña, donde naciste y has visto marchitarse tus esperanzas de niña y tus sueños de adolescente, te dicen que eres virtud del mañana, promesa del futuro. Han caído, como estrellas de luz en un firmamento de gloria, tus hermanas campesinas: iban a reclamar pan para sus hijos y mejor salario para sus compañeros.

Tu choza que testigo es de tu miseria está desolada y triste. La ola de sangre, que derramada ha sido, ahoga a los infames que la han derramado en un remordimiento eterno. Los pequeños esperan, en vano las hijas esperan la vuelta de la mamita. Están solos y tú eres hermana de las que han caído gloriosamente, tú hermana mía corre presurosa donde ellos que les den pan y cariño. Tu sangre hermana pide promesa de redención, tu sangre hermana clama venganza. Y tú que te has quedado en la campiña, para seguir viviendo miserablemente, tristemente, tostando tu cara al sol de todos los días, promete, has juramento de venganza.

El dolor y la miseria que reinan en esta tierra te lo exigen. Te lo exigen también: La memoria de esas mujeres que en sudario de libertad han caído bajo la metralla de mil lobos carniceros, te lo

piden los pequeños haraposos que son carne de explotación y simiente de rebeldía, te lo piden esos algodoneros empapados en tu sangre, esas lágrimas vertidas, esos harapos que llevas por vestidos...

Hermana:

Organízate, sé rebelde, que tienes herencia de valor y heroísmo. Eres buena, eres fuerte, y que algún día sobre esa campiña de explotación surja la figura radiante de los mártires.

Hermana campesina:

Por las que cayeron que pertenecen a la región de los inmortales, por tu vida y por el mañana, rebélate, que la Humanidad confía en ti. La tierra es nuestra, hagamos realidad esta verdad de los tiempos nuevos. Júntate con tu hermano campesino y lucha, lucha hasta conseguir ver rayar la aurora de un día mejor.

UNIDAD PARA LA REVOLUCION
(del poemario "Detrás de las rejas")

A la clase obrera, al campesinado y al pueblo en general:

Los militantes de la izquierda, que en cada combate diario centramos nuestras esperanzas en buscar la transformación social de nuestra patria, porque en carne propia vivimos el hambre y la miseria de nuestro pueblo, nos vemos en la imperiosa necesidad de pronunciarnos ante la conciliación de la Dirección Nacional de la I.U., porque hace rato han abandonado el camino de la revolución.

LA CUPULA DE I. U. Y LA BURGUESIA: EN EL CAMINO SE JUNTAN

La coincidencia de intereses del reformismo de I. U. con la burguesía, queda claramente demostrada en el mes de Marzo-82, cuando públicamente sus expresiones han acortado distancias ante la presión que les significa las acciones armadas del PCP-S.L.

El régimen de AP-PPC a través del propio presidente y sus más conspicuos ministros, expresan su condena con un lenguaje que oscila entre el nacionalismo más reaccionario y la majadería; a la vez que muestran su incapacidad para poder controlar esta situación y menos aún de responder a los intereses populares que sustentan estas acciones. Por lo que se ven en la necesidad de aplicar con mayor descaro su política SI terrorista de represión y crímenes amparados en una falta total de garantías individuales y asegurados no sólo por la inmoralidad de los ministros de justicia y del

interior, así como de la obsecuencia de la fiscalía de la nación y el Poder Judicial, sino por el contubernio de los propios Abogados cuyo Colegio de Lima no tiene ningún empacho en declarar su actuación parcializada al referirse a las acciones armadas, declarando:

"...Esta sistemática acción no puede ser atribuida sino a quienes ideológicamente sustentan sus planteamientos en la lucha de clases...". "Una de las formas más efectivas para el logro de sus objetivos es precisamente aprovechar la existencia de la libertad de expresión...". "Las circunstancias del momento nos colocan en una disyuntiva fatal: o reforzamos el sistema democrático a base de comprensión, tolerancia y unión alrededor de conceptos esenciales, o cada vez crecerá con mayor riesgo la sombra destructora del totalitarismo y la dictadura". ("EL PERUANO" 10-03-82).

En este marco los representantes legales de la izquierda plantean un frente amplio de oposición en el que se incluía necesariamente al APRA y opcionalmente a "sectores progresistas" de AP y posiblemente a "personalidades democráticas" de otros partidos de la derecha, con la finalidad de exigir cambios de personas en el Ejecutivo, y por la defensa de la democracia y el respeto a la Constitución. A la vez condenan las acciones del PCP-S.L., toman distancia en relación a acciones de este tipo y *en nombre y por la seguridad* de las masas explotadas piden mayor efectividad en la represión y su aislamiento del pueblo por medio de la ejecución de algunas obras en los lugares en que se producen las acciones armadas de S. L.

LIDERES DE I. U. RENUNCIAN A LA LUCHA POR LA REVOLUCION

Así, los líderes más preclaros de la izquierda, aquellos en quienes la militancia partidaria y amplias masas de nuestra oprimida y explotada ciudadanía (% del electorado) han depositado su confianza para que conduzcan por la vía revolucionaria a los partidos y el trabajo parlamentario, respectivamente; hoy nos llaman a traicionar nuestros propios intereses de clase, pues no otra cosa significa la conciliación con sectores de la derecha y la defensa de inexistentes libertades democráticas mientras se condena las acciones de quienes

solitariamente se han lanzado a combatir al sistema (por muy criticables o discrepantes que sean con nuestras posiciones) y se califica de infantil y hasta de reaccionario a quienes muestran simpatía o tan sólo aceptan estas acciones. Indicando así, qué ubicación histórica dan estos cc. a la lucha revolucionaria.

Mientras la derecha muestra su homogeneidad y logra el normal funcionamiento del parlamento burgués que incluso otorga al Ejecutivo potestad para dictar leyes sin el trámite de la discusión parlamentaria, todas ellas en contra del pueblo, la izquierda ve diferencias en ella; mientras la derecha manifiesta la existencia de terrorismo y que ello es sinónimo de lucha de clases, la izquierda sólo atina a decir: Yo no he sido, tímidamente... y esconde sus convicciones clasistas; mientras se pide mayor represión y una política de mordaza, la izquierda declara ante el Perú y el mundo que en nuestra patria reina la democracia; mientras la derecha plantea su unidad en los términos más ignominiosos de *comprensión*, *tolerancia* y unión alrededor de conceptos esenciales (libre mercado), la izquierda pone una línea divisoria entre la I. U. que es democrática y los senderistas y sus cómplices que serían infantiles, subversivos y cuasi delincuentes.

Así, pues, la gran esperanza del pueblo que no cayó en la trampa votando por la lampa, esa izquierda revolucionaria que aceptó ingresar al parlamento para combatir a la burguesía en su propia cueva y desde allí impulsar las luchas populares, no sólo muestra incapacidad para el enfrentamiento y hasta hace el ridículo cuando no el seguidismo a la reacción en el parlamento, sino que además se aisla de las masas; esa izquierda que gallardamente esgrimía el *calibre 38* en la campaña electoral, como contundente y significativa herramienta contra el poder burgués, y prometía el juicio político (paredón) a la dictadura, no sólo ha sido incapaz de enjuiciar a nadie sino que peor aún, tiembla y llora ahora que otros han empezado a usar el *calibre 38* en defensa del pueblo.

I. U. CONDUCE A LAS MASAS A UN CALLEJON SIN SALIDA

La I. U. incapaz de conducir a las masas por el camino de la revolución sólo atina a rasgarse las vestiduras, jalarse los cabellos y gritar: ¡Consolidemos la democracia!, ¡destruyan ese foco de agitadores, subversivos, infantiles, aventureros, etc., etc.!; mientras tanto el gobierno encarcela a cientos de nuestros dirigentes sindicales, campesinos, populares; asesina a decenas de los mejores luchadores del pueblo; entrega nuestros recursos naturales a la voracidad imperialista; gasta ingentes sumas en armamentos y sólo dedica insignificantes presupuestos para la salud, la alimentación y la educación del pueblo.

¡¡NUESTRO DEBER ES COMBATIR!!

La militancia de la Izquierda Revolucionaria, y de la UDP particularmente, hoy tiene dentro de sus tareas prioritarias el zanjamiento con las dirigencias reformistas de I. U. que pretenden arrastrar al pueblo a un nuevo enfrascamiento electoral, a la conciliación con la derecha en frentes amplios y a renunciar al verdadero camino de la revolución.

La auténtica unidad de los revolucionarios sólo puede alcanzarse por un único camino: LA LUCHA. Para esto tenemos que forjarnos en verdaderas organizaciones revolucionarias capaces de desarrollar acciones fundamentalmente clandestinas, que organicen a las masas y las eduquen en la violencia revolucionaria, conduciéndolas a paso firme a superiores combates que, además de enfrentar en lo inmediato a este gobierno, permitan la destrucción de este sistema de opresión hasta alcanzar la Patria Socialista que permita a nuestro pueblo avanzar a su liberación definitiva,

¡¡POR EL UNICO CAMINO QUE ES LA LUCHA ARMADA!!
¡PATRIA O MUERTE: VENCEREMOS!

Perú, Julio-82

LA PRODUCCION NARRATIVA PERUANA: DE LA ACADEMIA AL GRAFFITI

Estamos condenados a la antología, salvo a repetir una filosofía moral de la totalidad.

R. Barthes (1)

Las antologías semejantes a esta que el lector tiene entre sus manos, se proponen necesariamente como selecciones dirigidas en varios sentidos. Nuestra selección —o más bién elección— tuvo que ver inicialmente con el término *prosa* que designa la manera corriente de la lengua para expresar los conceptos en el habla y en la escritura; la prosa fue así una elección frente al *verso* cuya función es también manifestar a la lengua oral y escrita pero atada a limitaciones formales determinadas.

Ahora bien, si en nuestro propósito se trataba de apreciar ("tomar el pulso") a la pluralidad de la prosa peruana desde la noción general anteriormente señalada, es evidente que la tarea de antologarla hubiera sido inagotable y finalmente inútil pues la noción de *prosa* —estrechamente trabada con la función comunicativa de la lengua natural— era demasiada amplia: como se sabe, ella abarca prácticamente la totalidad de los discursos producidos por nuestra sociedad multilingüe y pluricultural en el transcurso de toda su his-

(1) *Au séminaire*, en la revista "L'Arc" Nº 56, marzo 1974, p. 56. París.

toria. De ahí nació la necesidad de ajustar algo más el margen en que deberíamos situar esta antología.

El procedimiento de inclusiones y exclusiones que adoptamos se orientó así a elegir, dentro del marco global de la prosa producida en el Perú, un tipo particular de discursos prosados, aquellos que tanto en el habla como en la escritura expusieran ciertos *hechos*, es decir, que refirieran o dieran a conocer lo sucedido real o imaginario. Pero aun dentro de ese recinto, tropezamos con otras dificultades; en efecto, el conjunto de discursos donde se exponen los *hechos* reales o imaginarios reciben generalmente denominaciones que se confunden entre sí, por ejemplo, *narración* y *relato*. El carácter equívoco de estos términos en la lengua común, nos obligó entonces a realizar una nueva demarcación definitoria entre ellos. Debimos distinguir dos niveles, en los discursos que refieren *hechos*: el nivel de los enunciados y el nivel de la enunciación, esto es, el plano de lo que describe acciones encadenadas (= los enunciados) o *plano narrativo* ("lo que narra") y el plano que contiene esas acciones tramadas entre sí (= la enunciación) o *plano del relato* ("lo narrado"). Una vez entendidos de esta manera más precisa ambos planos, estuvimos en capacidad de deducir que la *narración* es un principio de organización general propio de todo discurso que refiere *hechos*, mientras que el *relato* es el contenido singular o materia del suceso narrado propiamente dicho y que varía en cada discurso individualmente considerado.

La prosa narrativa producida en el Perú comprendería pues todo discurso cuyos enunciados refieren acontecimientos, vale decir, las *narraciones* sin tener en cuenta —por el principio indicado— el tema de esos acontecimientos, el relato, argumento o intriga allí vertidos. En otras palabras, nuestra prosa narrativa abarcaría para el criterio tipológico que seguimos y luego expondremos, *lo que narra sin lo narrado* equivalente a la producción narrativa sin su producto relatado (lo novelable sin la novela, lo contable sin el cuento, lo historiable sin la historia, etc.). Posteriormente, en una segunda instancia, la descripción de la carga semántica especial vertida en cada discurso narrativo, nos permitiría discriminar el producto relatado o simplemente el tipo de relato que les correspondería.

El punto de partida escogido tuvo la virtud —nada desdeñable— de evitar las clasificaciones ideológicas de entrada, fundadas en apreciaciones y evaluaciones preceptivas del producto narrado (géneros, temas, estilos, estéticas, épocas, autores, obras); pero, ¿cómo organiza "lo narrable multilingüe y pluricultural peruano"? Conocemos ya suficientemente los desvastadores criterios empleados tradicionalmente para reducir, en operaciones que recuerdan bastante bien a las prácticas jíbaras, la pluralidad de las expresiones narrativas a una galería "ilustre" donde se cuelgan sólo ciertos textos de narración "dignos" de ser "conservados". Pues bien, nuestro enfoque al contrario admitió como criterio de base la *producción de los discursos que narran*, cualquiera fuese ese modo de producción siempre que se manifestaran en lengua y escritura.

Ya en camino y prontos a cruzar el umbral de la tipología de los modos de producción de los discursos narrativos peruanos en lengua y escritura, procedimos a ordenarla por medio de rasgos semánticos clasificatorios obtenidos de la actividad social cotidiana en las distintas formaciones discursivas nacionales, desde la *competencia narrativa* (social o individual) y la intencionalidad (intra o extradiscursiva) de los narradores. Los principales rasgos semánticos que organizaron nuestra tipología fueron los siguientes:

a) la presencia o ausencia del macrovalor (= valor englobador) socioideológico de representación discursiva llamado "literatura";
b) la práctica cotidiana de la oralidad y de la escritura;
c) el modo de difusión impreso o no-impreso de los discursos en forma de textos escritos;
d) el uso social de los textos según su carácter institucional o parainstitucional;
e) el referente cultural propio y aislado (intracultural) o compuesto (intercultural).

Estos índices someramente descritos, formales y funcionales a la vez, ingresaron en los diversos niveles de la tipología narrativa fin de discriminar pertinentemente las categorías (= prototipos) clasificatorias respectivas. El sistema resultante permitió ubicar así,

independientemente, cada relato encontrado. No obstante, debemos advertir que como nuestro proyecto estaba dirigido a obtener una tipología lo más amplia posible, cada categoría narrativa terminal fue localizada según el régimen de su producción más empleado; por ejemplo, las narraciones escolares y epistolares se caracterizan por circular en forma no impresa, aunque en determinado momento pueden publicarse y aparecer en revistas, antologías, etc.

Pasemos a la tipología prevista. Su primera disyuntiva se infirió, como se ha dicho, de la presencia o ausencia del macrovalor "literatura", entendido éste, de la manera más simple y económica, como trabajo de elaboración y transformación en la *materia* del discurso que es tanto la lengua como la escritura. Tal noción, inicialmente sustentada para el caso peruano por el escritor César Vallejo (1), plantea la oposición entre, de un lado, las narraciones producidas con intención declarada o presupuesta de inscribir valores semánticos autárquicos (autosuficientes), esto es, valores semánticos autoreferenciales, sostenidos *por* y *en* el propio discurso y, del otro, aquellas narraciones cuyos valores semánticos son funcionales en el discurso pero en vista de un referente extradiscursivo.

---

(1) Escribe Vallejo en su libro *Rusia en 1931 - Reflexiones al pie del Kremlin* (Tercera edición, Editorial Gráfica Labor, Lima, 1965, pp. 219 - 220) lo siguiente:

> "El trabajo se erige así en sustancia primera, génesis y destino sentimental del arte... El trabajo, el gran recreador del mundo, el esfuerzo de los esfuerzos, el acto de los actos... El trabajo es el padre de la vida, el centro del arte. Las demás formas de la actividad social no son más que expresiones específicas y diversificadas del acto primero de la producción económica: el trabajo."

Este pensamiento aparece extendido y reformulado en *El arte y la revolución* (Mosca Azul Editores, Lima, 1973, p. 150; en los tiposcritos conservados en la Biblioteca Nacional del Perú —E 2289, inf. 264— presenta variantes de estilo y no incluye los términos "cronológica y jerárquicamente"):

> "El instinto del trabajo es, cronológica y jerárquicamente, el primero entre todos, antes que el sexo y que el de la conservación. Lo primero que hace un niño al nacer es un esfuerzo (grito, movimiento, gesto) para contrarrestar un dolor, malestar o incomodidad. Este instinto puede llamarse el de la lucha por la vida (instinto del trabajo), base de una nueva estética: *la estética del trabajo.*"

Sigamos a continuación el desarrollo a que dio lugar la *presencia* del macrovalor "literatura" en los discursos narrativos. Ellos se subdividieron gracias a la oposición implícita surgida de la materia discursiva: *escrita* u *oral*. El primer tipo destacó la *competencia narrativa individual del narrador*, su idiolecto narrativo o habla narrativa, y sufrió al mismo tiempo la coerción de una nueva oposición entre *escritura institucional* y *escritura parainstitucional* de acuerdo al uso o empleo que las formaciones sociodiscursivas hacen de este primer modo de expresión narrativa.

En la primera vía, ésta de la *prosa narrativa literaria escrita e institucional*, se bifurcaron los dos puntos terminales que inauguraron nuestra tipología:

1. *Narrativa académica*

Comprende a las narraciones cuyos enunciados caen de lleno en el castellano peninsular. Si en algunas oportunidades esos enunciados incluyen palabras quechuas o "peruanismos", éstos aparecen allí "citados", es decir, en calidad de muestras linguísticas de sabor local o regional. Obra de "autores escogidos", la narrativa académica obedece a la morfología y a la sintaxis normativas de la lengua castellana en el momento de su producción, a lo que se agregan ciertos estereotipos de estilo, temática, géneros, etc., propios de la producción narrativa artística occidental.

2. *Narrativa formal*

Disminuida como "literatura menor", abarca aquellas narraciones en que el impacto del multilingüismo incide —con variada fuerza— en los enunciados escritos. Ella se presenta entonces como un muestrario elaborado de algunas formas lingüísticas que toma el llamado *intelecto peruano* desde su soporte unificador, el castellano del Perú. La distancia lingüística de estos textos frente al castellano peninsular, se complementa con el apartamiento de las formas narrativas puestas en práctica frente a los cánones tradicionales de invención narrativa occidental. Esta narrativa eminentemente diferencial, se propone así asumir la identidad lingüística y literaria del país.

La segunda vía presentó la *prosa narrativa literaria escrita para-institucional* que se define principalmente por su exclusión de las historias de la literatura peruana y ofrece una subdivisión entre las *narraciones semi-institucionales* y aquellas otras francamente *desinstitucionales*. De la primera subdivisión se coligió el siguiente término:

3. *Narrativa infantil*

Las narraciones destinadas al consumo infantil son en realidad producidas por adultos que al narrar presuponen, intuitivamente, cierto marco de inteligibilidad atribuido a los niños. Este presupuesto obliga al narrador a utilizar sólo palabras extraidas del habla coloquial y al mismo tiempo a idear relatos bastante esquemáticos que suelen imitar los cuentos de hadas (de modelo europeo) y la tradición folklórica, a pesar de incluir personajes y aventuras originales algunas veces inspiradas en las leyendas, mitos, hechos históricos, etc. del país.

Ocupó el otro extremo de esta división la *prosa narrativa literaria escrita y desinstitucionalizada*. Ella proliferó luego en varios términos distribuidos entre la *narrativa marginada* y la *narrativa clandestina*. La narrativa marginada se subdividió en *impresa* y *no-impresa* y la impresa dio lugar, finalmente, al término:

4. *Narrativa de quiosco*

Entendemos por narraciones literarias "de quiosco" aquellas que escritas e impresas se difunden luego a través de los quioscos de las esquinas, los supermercados, etc. Su presentación es prácticamente la misma que el formato de las revistas populares de colores llamativos y también el de los libros de bolsillo, comúnmente en rústica; contienen "novelas rosa" o narraciones de aventuras con personajes promocionados también por los otros medios de comunicación de masas, televisión y cine. Dado que su producción anónima o con autoría pertenece a las grandes transnacionales de edición (los best-sellers), su consumo excede en mucho a las otras formas de narración impresas en el Perú, salvo las narraciones periodísticas

que se expenden en los mismos quioscos. Cuando la escritura se alía a las imágenes fotográficas (fotonovelas) y diseños (historietas), las narraciones "de quiosco" se convierten en un modo híbrido de producción narrativa típica de la "civilización de la imagen".

La *narrativa literaria marginada no-impresa* es una expresión particular de la cultura popular que circula preferentemente en *policopias* y *manuscritos*. Ella fue repartida de la siguiente manera:

5. *Narrativa obrera*

La narrativa obrera trabajada en el Perú se caracteriza, como sus similares de otros países, por enunciados de denuncia e invectiva reivindicatorios de la clase social que la produce. Narraciones comprometidas y de protesta, plantean por lo general valores insurgentes contra el orden social instituido y encuentran natural acogida en las publicaciones mimeográficas de los sindicatos obreros(en algunas ocasiones aparecen como colaboraciones en las páginas culturales de las revistas y diarios de izquierda). Sin embargo, a veces la indecisión de los narradores obreros entre conciencia real y conciencia posible perturba la redacción de un mensaje reivindicatorio coherente y decidido. (2)

6. *Narrativa campesina*

La narrativa campesina, como en el caso anterior, circula en precarias publicaciones mimeografiadas de las cooperativas y otras agrupaciones campesinas, cuando no en simples manuscritos. A pesar de la fuerte influencia de las formas narrativas estereotipadas transmitidas por la escuela, muchos valores culturales campesinos

---

(2) Nuevamente César Vallejo en *El arte y la revolución*, p. 156 (B.N./E 2289, inf. 272), señala:

> "El escritor revolucionario cree erróneamente que hay que hacer arte proletario, considerando que el obrero es un obrero puro, lo que no es cierto, porque el obrero tiene también de burgués. El obrero respira el ambiente burgués y está impregnado de espíritu burgués más de lo que nos imaginamos. Esto importa mucho para concebir un arte proletario o de masas."

encuentran aquí su medio de supervivencia y reivindicación. La expresión proletaria de los narradores de origen campesino procede de este venero original.

7. *Narrativa escolar*

Producida en clase ("narración clásica") como una propedéutica general del conocimiento, la narrativa escolar está íntimamente relacionada con los ejercicios de "corrección" de la lengua (redacción, ortografía) y constituye el medio de reproducción mayor de los valores de la cultura dominante en materia de lengua y escritura. No obstante, por su carácter pedagógico (son narraciones dirigidas) esta narrativa circula casi exclusivamente dentro de la escuela; pero cuando las revistas escolares llegan a difundirla, éstas suelen seleccionar las narraciones que más se atienen a los criterios de la literatura institucionalizada.

8. *Narrativa de reclusión*

Las narraciones redactadas en las cárceles y otros centros de reclusión (reformatorios, orfanatos, cuarteles, etc.) constituyen también un tipo de narrativa que se difunde en manuscritos y, a veces, en policopias. Esta circulación reducida a ámbitos muy estrechos de lectores (especialmente entre aquellos que padecen la misma reclusión), pone de relieve la competencia lingüística multiglósica propia de los grupos marginados de la sociedad.

9. *Narrativa privada*

El ejercicio de la narrativa privada se difunde preferentemente entre pequeños círculos de lectores, aunque llegue a editarse en tirajes limitados "a cargo del autor". En las ciudades, esta actividad narrativa se canaliza por medio de los "concursos" donde los criterios de premiación suelen estar determinados por preconceptos tradicionales de orden literario institucional.

Frente a la narrativa literaria escrita marginada, se propuso la *narrativa literaria escrita clandestina* de donde se desprendió el término:

10. *Narrativa pornográfica*

La narrativa pornográfica llamada también "erótica", contiene enunciados subversivos de orden moral y sexual. Así, la ideología de la clase social dominante en el país, condena indiscriminadamente estas narraciones en nombre de la "moral pública" y las "buenas costumbres" e impide así su difusión abierta. Cabe señalar, sin embargo, que las acciones de coacción y represión dirigidas contra esta clase de narrativa, varían con el tiempo y las políticas culturales, religiosas y educativas solventadas por los aparatos ideológicos del Estado.

La prosa narrativa literaria transmitida *oralmente* y recogida de los *informantes*, pone en evidencia la *competencia narrativa social* del narrador, sea *intercultural* sea *intracultural*, dependiendo la decisión de la influencia foránea, es decir, de la intromisión o no en la emisión de los enunciados de ciertas pautas temáticas y discursivas occidentales en los planos de manifestación y contenido de la narración aborigen. La primera subdivisión recayó en los dos términos siguientes:

11. *Narrativa tradicional*

Diseminada especialmente en la costa y sierra peruanas entre los grupos campesinos, y transmitida de padres a hijos y abuelos a nietos, la narrativa tradicional constituye la llamada *tradición oral* del país. Son narraciones de temática compuesta por la participación, en diferentes dosis, de las corrtentes narrativas migratorias particularmente hispánicas y aborígenes latinoamericanas (por ejemplo, nuestra tradición oral presenta muchas variantes de la tradición oral española, árabe, mexicana, boliviana, etc.). Los "dichos", "máximas", "locuciones", etc. propias de la llamada "sabiduría popular", encuentran en estas narraciones su permanencia y fijación.

12. *Narrativa de leyenda*

Las leyendas, producidas con características semejantes a las anteriores, se distinguen por su procedencia: sus contenidos temáticos son narrativizados a partir de ciertos referentes locales verídicos

("históricos") o supuestos (por ejemplo, las leyendas de las "antibas" y las "gentilas" entre el campesinado de la costa norte originadas en la presencia de las momias y las huacas; la leyenda del "jarjachu" en Yauyos y los Andes centrales nacida del tabú del incesto, etc.). Las distintas poblaciones del país conservan a través de este tipo de narración oral el recuerdo de sus creencias ("del vulgo"), anécdotas lugareñas, sucesos sociales o cósmicos extraños, "milagros", etc., esto es, el conjunto de experiencias populares extraordinarias de cada región.

La literatura oral intracultural comprende un solo término:

13. *Narrativa mítica*

Las narraciones míticas son los exponentes de la *etnoliteratura* nacional. Por su raigambre eminentemente intracultural, son las narraciones aborígenes más "auténticas" del país, ya que en ellas se exponen los valores radicales de nuestra nacionalidad directamente por el pueblo que los produce. Afincadas entre las etnias selváticas y andinas, su conversión en narrativa tradicional o su depredación simple y llana va de consuno con la despoblación de esas mismas etnias que sufren migraciones masivas o se extinguen. Por esta razón es imprescindible la labor de los científicos sociales que recogen, transcriben, ordenan y estudian las narraciones míticas (versiones de base y variantes) donde se inscriben los valores de cultura totalizadores de los grupos étnicos a que pertenecen.

El último apartado concluyó la descripción de los principales prototipos de la prosa narrativa literaria peruana. *La prosa narrativa no-literaria*, recordémoslo una vez más, depende del orden de su producción. En este caso la intencionalidad del narrador se dirige a un referente extradiscursivo de variada función: documental, testimonial, persuasiva, epistemológica, etc. Puede ser, entonces, *institucional* o *parainstitucional*, es decir, o bien amparada y promocionada por los organismos estatales con el fin de hacer circular los valores ideológicos dominantes, su imposición y permanencia (la primera), o bien puede transmitir —con un carácter más libre e incluso contrainstitucional— los valores de comunicación social oral y escrita

determinantes tanto en la vida de la sociedad "económicamente productiva" como en los grupos marginados que la contestan (la segunla). De esta manera, a la primera rama, *la prosa narrativa no-literaria institucional escrita*, le pertenecieron nueve términos, siendo el primero de ellos la

14. *Narrativa cronística*

En el período histórico de la conquista, ésta trajo consigo el surgimiento de relatores y descriptores que iniciaron un tipo especial de narración, la cronística. Las narraciones cronísticas contienen la "memoria" de los sucesos del Incanato, relatos de la propia conquista e informaciones de diverso orden sobre la situación del mundo conquistado (su temática es, entonces, histórica), las creencias imperantes entre la población indígena (la temática es mítico-antropológica), sus costumbres, etc. Los discursos narrativos, de nuestras crónicas son similares a los de otros lugares, por ejemplo, a las crónicas mexicanas de la conquista, pero tienen caracteres estilísticos y temáticos particulares (por ejemplo, si comparamos las narraciones del Inca Garcilaso de la Vega con las de Bernal Díaz del Castillo). La etnohistoria que estudia estas narraciones, las toma en calidad de documentos susceptibles de informar útilmente a las demás ciencias sociales, no así las historias de la literatura peruana que también tienen interés en algunas de ellas pero sólo desde ei punto de vista estético y "artístico"; de ahí que acojan las narraciones del Inca Garcilaso de la Vega y excluyan las de Francisco de Avila, Antonio de Murúa, etc.

15. *Narrativa de viaje*

Durante la colonia y la república numerosos viajeros extranjeros han pasado por el territorio peruano "carnet en mano" anotando lo que veían y produciendo luego, a partir de esas anotaciones, narraciones y comentarios de sus experiencias. Algunas de esas narraciones han pasado a la literatura universal (por ejemplo, aquella de ciertos sucesos y la descripción del Callao y Lima inscrita en *La ballena blanca* de Melville), otras contienen observaciones sobre nuestro territorio y población (los apuntes de La Condamine, Castel-

nau, etc.), finalmente, en otros casos se trata de narraciones de aventuras, diarios de viaje o autobiografías. La narrativa de viaje escrita por observadores ocasionales de nuestra realidad, suele destacar sus "rasgos exóticos" y pone el acento en lo "curioso" o "estrambótico" —desde la perspectiva etnocéntrica— de lo que les ha tocado reseñar.

16. *Narrativa histórica*

Las variaciones del enfoque de la temática histórica sea específica sea totalizadora (de ejércitos y héroes, socioeconómica, cultural, etc.), no afectan a su redacción narrativa que posee los mismos rasgos discursivos de la narración literaria, salvo la naturaleza no-palíndroma de su composición. El discurso histórico es, en efecto, no-palíndromo pues desenvuelve siempre la exposición de los *hechos* a partir de una argumentación causal de sucesión (*antes — después*) orientada por la cronología (el discurso palíndromo de la literatura juega con la perspectiva inversa o rompe con la temporalidad cronológica). De ahí su preocupación, en cuanto discurso de ciencia social, de apoyar sus enunciados en otros conocimientos (arqueológicos, económicos, lingüísticos, etc.) que refuercen la verosimilitud de sus juicios en vista de la persuasión de los lectores. Por otra parte, la manipulación de los puntos de vista aplicados a los documentos, cifras económicas, datos antropológicos, apreciación de la evolución política, folklórica, etc. hace que la narración de un "mismo" *hecho histórico* presente diversas versiones, semejantes a las variantes de las narraciones místicas. Las narraciones microhistóricas inciden en la relación de los *hechos* regionales y su redacción suele tener características monográficas; en cambio las narraciones macrohistóricas, al abarcar por lo general la evolución histórica de la sociedad peruana en todo el territorio nacional y desde sus orígenes a la actualidad, eligen el *hecho histórico* en razón de su trascendencia global espacial y temporal.

17. *Narrativa administrativa*

El control de las distintas instancias burocráticas requiere de informes que den cuenta y razón de los actos administrativos. La

narrativa administrativa surge de esa necesidad de control y por lo general está sujeta a especificaciones y sanciones predeterminadas. Implantada desde la colonia en que los funcionarios estaban obligados a informar regularmente sobre sus actividades, ha dado lugar en el Perú a una clase especial de retórica, la retórica del dato administrativo, por medio de la cual se ejerce la inspección y examen del acontecer burocrático. Como es una narrativa guiada por enunciados-fórmula, tiene márgenes limitados de expansión; sin embargo, constituye una fuente documental importante para producir el efecto de sentido solicitado por la verosimilitud histórica.

18. *Narrativa de memorias*

Antiguamente las llamadas "memorias" eran escritos a los cuales se remitía el testador, para que fuesen reputados como parte integrante del testamento. Bajo este nombre se ha comprendido posteriormente las relaciones de sucesos particulares que se escriben para ilustrar la historia. Si bien las memorias constituyen desde entonces una fuente histórica, estas narraciones no suelen tener un grado de verosimilitud autosuficiente y reclaman su verificación por otros medios. De hecho, es la índole individual (más bien personal) de la declaración la que resalta o atenúa la evaluación de los sucesos consignados; por tal razón, este prototipo de narrativa revela, como ningún otro, la competencia ideológico-intencional de su enunciador.

19. *Narrativa política*

Los discursos son tanto orales como escritos, pero es sólo esta última forma la que los preserva. Se caracterizan sobre todo por la fuerte manipulación de sus enunciadores dirigida al convencimiento de sus oyentes y lectores y por el orden abiertamente ideológico y/o utópico de su exposición argumental. Los valores ideológicos y utópicos allí defendidos buscan dirimir posiciones en el amplio campo de referencias que exponen; por ello, tales discursos presentan una narratividad que, como pocas, solicita imperativamente la confirmación y la refutabilidad. La confrontación entre los discursos políticos fue llamada por E. Engels "lucha de frases" paralela más no concomitante con la "lucha de clases".

20. *Narrativa jurídica*

Puesta en práctica en los estrados judiciales, la narrativa jurídica está fuertemente retorizada por el discurso legal. En ella se debate tanto la veridicción del *hecho jurídico* planteado como el convencimiento de la instancia judicatoria (es decir, resolutiva) que se trata. De ese modo, los llamados "fundamentos de hecho" se combinan inextricablemente con los "fundamentos de derecho", pero sólo los primeros se actualizan en el discurso narrativo jurídico (su "prueba" se asienta principalmente en las narraciones de los testigos convocados, dirigidas por el interrogatorio de las partes y la instancia judicatoria). La decisión o sentencia contempla y dirime —en su parte resolutoria sobre los fundamentos de hecho— el grado de verosimilitud narrativa del *hecho* controvertido, uno de los sustentos en que se apoya la administración de justicia.

21. *Narrativa científica*

Los enunciados del discurso científico asumen las propiedades de la narratividad en las lenguas naturales, pero tratan de evitar su ambigüedad semántica. Por medio de una morfología unívoca en principio y una sintaxis relativamente condensada, el metalenguaje científico busca establecer criterios de rigor y coherencia susceptibles de transmitir la "verdad" científica. Entre las formas de esta narratividad en el Perú, se encuentra el diagnóstico médico de especial incidencia en nuestra sociedad multilingüe y pluricultural. Este diagnóstico depende de la declaración que hace el paciente de los síntomas (*hechos médicos*) que lo aquejan. Paradigma del llamado "lenguaje privado", estas narraciones se caracterizan por su dificultad en enunciar la índole más o menos precisa de dichos síntomas. El problema se agudiza cuando el paciente es diglósico, caso muy frecuente en una sociedad multilingüe; la incomunicación puede tener allí consecuencias trágicas.

22. *Narrativa policial*

Los enunciados que narran *hechos* en las dependencias policiales, sea en el momento de la denuncia sea en el transcurso de la instrucción, son de orden incriminatorio o no. Dichas narraciones

están condicionadas por una temática establecida de antemano, pues el tipo de denuncia que es susceptible de admitir la autoridad policial y su redacción se sujeta a ciertos requisitos y fórmulas de uso. Uno de ellos indica que la narración del *hecho policial* emitida por el enunciador, no es transcrita tal cual es dada, en sus propios términos, sino resumida por la autoridad policial que recibe la declaración. Es este resumen el que se asienta en el libro respectivo y es suscrito por el enunciador declarante.

La segunda rama clasificada como *prosa narrativa no-literaria institucional oral* constó de un solo término, a saber la

23. *Narrativa de sermón*

Narración dirigida al interlocutor creyente, el sermón religioso se caracteriza por un adoctrinamiento abierto en todo sentido, desde el gobierno de la introspección hasta la conducta individual y social. Basada en un conjunto de narraciones ejemplares (la *Biblia*, las hagiografías, etc.), la narración sermonal tiene un marcado acento aleccionador; por eso el referente obligado del enunciador en los sermones no es el propio enunciador, sino el enunciador bíblico quien así se constituye en garantía de legitimidad discursiva.

Al otro extremo de la prosa narrativa no-literaria institucional que acabamos de ver, se ubicó la *prosa narrativa no-literaria para-institucional*. Ella puede ser *semi-institucional* o *desinstitucional* de acuerdo a su mayor o menor aceptación por parte de las instituciones sociales imperantes en la actualidad (los aparatos ideológicos y de poder del Estado). La primera puede ser *escrita* u *oral* y la escrita se subdivide en *impresa* y *no-impresa*. Un término compone la *prosa narrativa no-literaria semiinstitucional escrita e impresa*, la

24. *Narrativa periodística*

La prosa narrativa y la comunicación de masas se imbrican mutuamente en ese medio de difusión extensa que son los diarios y revistas. A pesar de variar mucho de temática —en razón de las distintas secciones a las que sirven (noticias nacionales y extranjeras del día, artículos editoriales, deportes, amenidades, comentarios,

etc.)— y combinar las ilustraciones (fotografías, diagramas, caricaturas, historietas) con la escritura, por razones de composición y espacio las narraciones suelen ser condensadas; hay un propósito deliberado en la redacción periodística de evitar los enunciados extensos. La narración del *hecho periodístico* se expresa en una amplia gama que va desde la tendencia a observar la normatividad del castellano peninsular, hasta el empleo de enunciados interlectales y diglósicos ("El Comercio" / "Ultima Hora"). Por último, la incidencia de los periódicos y revistas en amplias capas de la población "activa" del país, canaliza y promueve el comentario y el rumor, llegando así a autoasignarse el rol de "opinión pública" y a emplear la narración informativa con la intención (uso y ab-uso) de dirigir el juicio del lector en servicio de los intereses ideológicos que defiende su enunciador.

La *prosa narrativa no-literaria semi-institucional no-impresa* comprendió dos términos:

25. *Narrativa de exvotos*

Los "libros de acción de gracias", las "cadenas de la buena suerte" repartidas a domicilio de manera anónima y otras expresiones de la religiosidad popular —aliada a las supersticiones— que reunimos bajo la denominación de *exvotos*, ponen de manifiesto las narraciones prospectivas y premonitorias de acontecimientos benéficos o maléficos que recaerán sobre los interlocutores que las reciban; o en su defecto, son narraciones de reconocimiento a la divinidad omnisciente por el favor recibido, acompañadas de advocaciones y oraciones apropiadas.

26. *Narrativa epistolar*

Las cartas, medio masivo de comunicación interpersonal, son más o menos formales según sean públicas (administrativas, burocráticas) o particulares. La redacción de las narraciones epistolares difiere de los otros tipos de redacción narrativa por las fórmulas de interlocución que la acompañan y el manejo de la normatividad de la lengua mucho más acentuada que en el habla corriente. Sin em-

bargo, las narraciones epistolares particulares dejan traslucir las marcas del habla del enunciador, su idiolecto.

Otros dos términos se emplazaron en la *prosa narrativa no-literaria semi-institucional oral.* Ellos son:

27. *Narrativa testimonial*

Recogida normalmente para informar los estudios de ciencias sociales, la narración oral testimonial se transcribe con la finalidad específica de conservar un testimonio que involucra al informante como tal o al grupo social al que pertenece. Dado que su valor estriba en la exactitud de los enunciados emitidos, éstos son transcritos guardando en lo posible su morfosintaxis original. En ciertos casos y debido a la calidad documental que tienen estas narraciones, llegan a ser difundidas de manera independiente. Por último, pueden agregarse aquí las narraciones hechas en confesonario, pero evidentemente difieren de las anteriores tanto por la transmisión estrictamente oral e interpersonal establecida por dos interlocutores (uno informador y el otro sancionador) como por la temática introspectiva que las define.

28. *Narrativa cotidiana*

Los modos individuales del habla cotidiana en ios distintos grupos de las formaciones sociales peruanas, afloran con nitidez en las narraciones que intercambian los hablantes en su vida diaria. Como la competencia lingüístico-narrativa de cada hablante se plasma inmediatamente en esa interlocución cotidiana, allí también se encuentra la fuente de toda la producción de nuestra prosa narrativa.

Nos resta la *prosa narrativa no-literaria desinstitucional* que puede ser *marginada* o *clandestina.* La primera constó de un solo término:

29. *Narrativa panfletaria*

Los panfletos y volantes son empleados con fines muy diversos, pero especialmente para hacer de conocimiento público un acontecimiento, un reclamo de interés colectivo, un anuncio simple, la diatri-

ba contra una persona o una institución. Las narraciones panfletarias se caracterizan por combinar en el discurso la descripción de la situación incoada (o denunciada), su sanción y llamadas de adhesión a los lectores.

Y la segunda, la *prosa narrativa no-literaria clandestina*, se subdividió en los términos:

30. *Narrativa de subrepción*

Se entiende por narrativa de subrepción aquella que circula en textos subrepticios de orden desintitucional e incluso contrainstitucional. Destinada de preferencia (aunque no con exclusividad) a desencadenar el cambio social violento, se opone a la narrativa política oficial institucionalizada: enarbola y defiende los valores subversivos que alientan los grupos políticos excluidos del llamado "debate democrático".

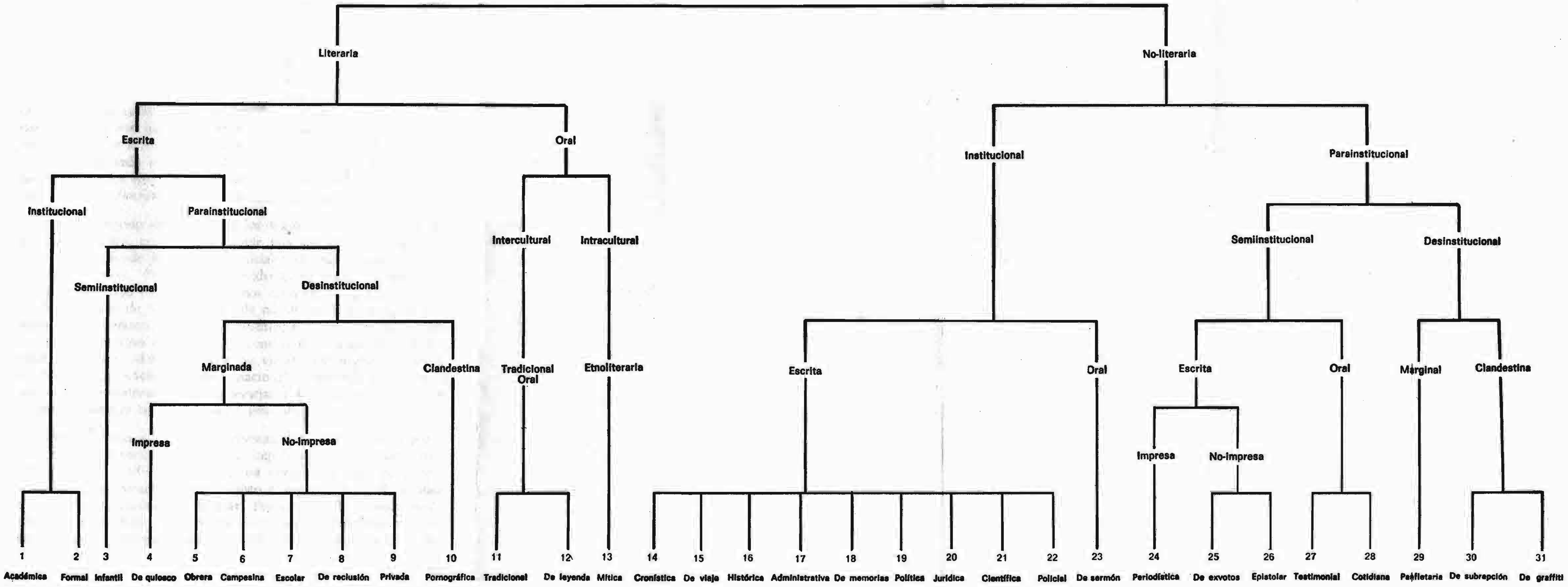
31. *Narrativa de graffiti*

Narrativa anónima por excelencia, la narrativa de graffiti subvierte un amplio espectro de valores morales, religiosos, políticos, sexuales, etc. Su forma discursiva avanza y prolifera a la manera de los *datzibaos* chinos, por medio de secuencias agregadas en ramificaciones que sólo se detienen al bordear los muros donde se inscriben. La intencionalidad de sus enunciadores es bastante clara: hacer pública la befa y el sarcasmo contra los tabúes sociales.

Una vez desmembrada la prosa narrativa peruana según esta tipología brevemente descrita, se procedió a organizarla en forma de diagrama que comprendiese todos los rasgos clasificatorios anotados:

El cuadro general de la *producción* de la prosa narrativa peruana presenta, desde la perspectiva *sincrónica*, la competencia narrativa o *saber-hacer narrativo* de la sociedad peruana en sus manifestaciones individual y colectiva, etnolectal y sociolectal, oral y escrita. Ella está relacionada de manera indisociable a las otras dos etapas de la comunicación lingüística, *difusión* y *consumo* (o lectu-

PRODUCCION DE LA PROSA NARRATIVA PERUANA



ra en sentido extenso), comprendiendo entonces los grandes medios masivos de la cultura popular actualmente vigentes: el teatro, la pantomima, la representación icónica —fotografía, pintura— y la danza (cuando contienen secuencias narrativas); la radio (especialmente las radionovelas), la televisión (cine televisado y telenovelas) y el cine.

Como se ve, la producción narrativa nacional excede en mucho las visiones reductoras que quieren circunscribir el ejercicio narrativo únicamente a ciertas elites intelectuales o a determinada perspectiva por lo general etnocéntrica. La antología obtenida es, en cambio, una selección de muestras textuales capaz de dar un panorama relativamente vasto de esta actividad narrativa (no dejará de notarse que, por razones editoriales, varios de los prototipos enumerados han quedado excluidos, sin su respectiva muestra): se trata de los productos narrados o *textos* resultantes, colectados bajo un punto de vista *diacrónico* complementario del primero.

La distribución diacrónica de los textos elegidos para nuestra antología procuró, en principio, seguir una secuencia temporal que comprendiera desde las muestras iniciales de narratividad peruana hasta las actuales. Pero como es evidente, en todas las épocas de nuestro transcurso histórico no hemos encontrado ejemplos textuales de cada uno de los prototipos de narratividad; es más, un solo texto presenta enunciados correspondientes a discursos variados (por ejemplo, la narrativa cronística trae consigo enunciados de narrativa mítica, histórica, administrativa o de viaje). De hecho —y ya lo advertimos— la práctica discursiva nacional entremezcla en sus textos los órdenes narrativos, de modo semejante a lo que sucede con las lenguas nacionales en la multiglosia generalizada del país.

Además, cosa que se puede constatar, en nuestra prosa narrativa tenemos la mejor y más amplia impronta de la simbiosis cultural que nos identifica: la pluricultura peruana se hace palpable a través de esas narraciones que asumen el espectro integral de nuestras axiologías, ideologías y utopías. Por eso, siendo el multilingüismo y la pluricultura el ser mismo de nuestra narratividad, en ellos se enuncia la *responsabilidad* de la práctica social del pueblo perua-

no. La narratividad no es un decorado lujoso de nuestra realidad social, poética o pasional; es, al contrario, su inteligibilidad misma.

Cabe, finalmente, decir unas palabras sobre el ejercicio de la libertad —que no capricho— de los antologadores. Si tomamos como punto de referencia la antigua clasificación de los trabajadores de la escritura donde el *scriptor* era quien copiaba sin añadir nada al texto transcrito, el *compilator* agregaba al texto otros textos, pero ninguno propio, y el *auctor* arriesgaba sus propias ideas, pero apoyándose siempre en el pensamiento de los otros, nuestro esfuerzo colectivo fue más bien el del *comentator*: añadimos a los textos tutores elegidos nuestro propio discurso, con el único fin de presentarlos y contextualizarlos. Los comentarios de los lectores perfeccionarán, sin duda, el suspenso en que hemos dejado la inalcanzable totalidad de la prosa peruana.

ENRIQUE BALLON

Sumario

Antología General de la Prosa en el Perú
Tomo III
De 1895 *a* 1985

Se terminó de imprimir en el mes de octubre de 1986
en los talleres gráficos de Tipo-Offset SESATOR,
Av. Sucre 1200 . Pueblo Libre - Lima-Perú.
La corrección y control de pruebas estuvo al
cuidado de *Joaquín Bernadas Fajardo.*

DIRECCION GENERAL DE LA EDICION
ISMAEL PINTO
UNIDAD DE COMUNICACIONES DEL BANCO CONTINENTAL

edubanco
FUNDACION DEL BANCO CONTINENTAL PARA EL
FOMENTO DE LA EDUCACION Y LA CULTURA